



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



~~263 c 16~~



~~275. b. 26~~

Vet. Span. III A. 138







**BIBLIOTECA DE EL PUEBLO.**

---

**D. PERRONDO,**

**HISTORIA**

**QUE, SIENDO FALSA, TIENE MUCHO DE VERDADERA,  
COMO VERÁ EL QUE LA LEYERE.**

POR

**D. EUGENIO GARCIA RUIZ**

**TOMO III.**

---

---

**CUARTA EDICION.**

---

---

**MADRID:**

**IMPRENTA DE JOSÉ CAÑIZARES,  
calle del Barco, 20, bajo.**

**1863.**



---

## LIBRO CUARTO.

---

### CAPITULO PRIMERO.

#### DON BONIFACIO.

¿Y quién es ese *D. Bonifacio*? estoy seguro que me dirá el curiosísimo lector: ¿qué nuevo personaje vas á traer ahora á la escena con un nombre tan prosaico y ramplon? ¡*D. Bonifacio*! ¿qué es, qué significa, que vale en resumen ese nombre, ya se le contemple de frente, ó per los lados, por arriba ó por abajo, per partes ó en conjunto...? Poco á poco, lector carísimo; no te fies de apariencias, que es sabido engañaron siempre al mas pintado. Por desgracia estoy experimentando esto con esta pobre obra mia, juzgada por la apariencia del título y no por su contenido.

Pero volvamos á nuestro cuento. *D. Bonifacio* es un hombre, que sino te gusta, no será porque yo no te le presente con todos los atributos indispen-

sables para que sobre manera te agrade, magüer seas tan displicente y descontentadizo como un inglés acometido del mas horroroso *esplin*. Entiende ante todo que *D. Bonifacio* es diputado, y aunque esto deberia bastar ya para que le mirases con respetuosa benevolencia, te añadiré que es, ha sido y está dispuesto á ser siempre *ministerial*... No arrugues el ceño... ¿por qué te ha de dar enojo esta circunstancia, que si prueba una extraordinaria elasticidad, tambien acredita una constancia digna de todo elogio? ¿Tiene él la culpa si al verse diputado en Madrid, cuyas yerbas son mas finas y delicadas que las de su tierra, dejó las infulas tribunicias, de que hacia continuamente alarde en las solanas de su lugar, conociendo] lo muy conveniente que es no refir con ningun ministerio? ¿No es disimulable el verle en este puntan flexible cual si fuera una verde y delgada vara de fresno...? Él es, por otra parte, rico, aunque para sí se lo tiene, esto es, aunque maldita la caridad que, á pesar de serlo, mostró jamás hacia el prójimo, y sobre todo es enemigo declarado de los empleos y de los empleados.... ¡Ah! los empleados, aun cuando casi toda la fortuna que tiene la debe á la empleomania de su familia, son para él gente de poco mas ó menos, la polilla de la sociedad, la causa eficiente de todos los males que la aquejan... ¿Por qué, pues, es diputado...? ¿Y por qué no...? ¿no han de ser diputados mas que los que quieran ser empleados? ¿han de ser siempre empleados los que quieran ser diputados? *D. Bonifacio* no quiere empleos, porque le sobran bienes de fortuna, y si, como casi todos los ricos, desea aumentarlos, sabe que hay contrataes que se adjudican sin necesidad de licita-

cion, convenciones, permutas y otras *fechorías* que, aunque formadas *en lo oscuro*, se aprueban *muy claramente* de real orden; honoríficas y muy luerativas comisiones, que no se pueden encomendar mas que á personas de *arraigo y responsabilidad*; y sabe, por último, aunque *palato*, que hay juego de Bolsa, el cual tiene su *intrín-gulis* para los que no son profanos á las altas regiones del poder. ¿Por qué, pues, no ha de ser diputado *D. Bonifacio*? ¿Quién mejor que él para decir al cuerpo electoral, que representa la riqueza, «no tengas confianza en nadie mas que en mí, que no te he de vender por un empleo, como te sucedería con todos los aspirantes á la diputación? Ciertó es que, por verle tan enemigo de los empleos y tan amigo de otras cosas á nuestro *don Bonifacio*, el cuerpo electoral de su tierra solo le mandó con gusto á las Córtes la vez primera, y si siguió representando despues durante varios años consecutivos los intereses de *sus comitentes*, no lo debió ya á las *simpatías* que proporcionan las riquezas bien *custodiadas*, sino á la sábia direccion que con ayuda de sus patrones supo imprimir al sorprendente *laboratorio de hombres*, capaz por su mecanismo de producir estupendos y nunca vistos prodigios, cuanto mas de sacar diputado á un *Bonifacio*, como ya sabe el lector desde que con él asistimos á ver funcionar al de Cerverá de Cataluña á cargo entonces de su inolvidable *Loba*. Otra queja tenia el cuerpo electoral de su mandatario, y era la de que durante toda su vida parlamentaria no habia desplegado los labios para mas que decir *si ó no* como Cristo nos enseña; pero si esto servia de enojo á sus paisanos, á *D. Bonifacio* le importaba un ardite, convencido como estaba de



que para hacer, no se necesita hablar, además que él tenía su conciencia tranquila, porque al salir de su casa hizo firme propósito de conservar siempre en la memoria aquel refran castellano *de que en boca cerrada no entran moscas*, aun cuando para comer brevas haya necesidad de abrirla... Pero ¡Dios mío! exclamará, y ahora con razon, el lector; ¿en qué confusion, en qué algarabía, en qué gresca, en que belen nos metes con tu personaje tan *bonifaciente*? ¿á dónde nos llevas, qué pretendes, qué quieres decirnos con ese tu por antífrasis *Bonifacio*? Vuélvete á tus viajeros, á quienes ya queremos ver, sea á las puertas de *Valencia*, sea en la heroica *Requena*, sea en la vetusta *Cuenca* ó sea en la coronada villa. Y como yo estoy ante todo á dar gusto á mis lectores, en lo que no hago mas que pagarles una justísima deuda de gratitud, dejo por ahora á *D. Bonifacio Burdiluengo... de Quincoces* (se me habian olvidado sus retumbantes apellidos) para luego tomar la paleta y retocar su magnífico retrato, y vuelvo á mis viajeros que, simpatizando sin duda con aquellos, están ya tambien con ardientes deseos de ponerse el ocoturno y salir á la escena.

Ante todo te advierto, lector carísimo, que esta pasa ya en Madrid, ó lo que es lo mismo, que nuestro caballero y su buen criado, quienes sin que les ocurriese cosa digna de contarse llegaron á la corte al anochecer del dia siguiente al en que abandonaron á *Valencia*, ocupan ahora una soberbia habitacion, que anticipadamente les buscó un paisano suyo, sita en la calle *Ancha de San Bernardino*, no lejos de la célebre plaza de *Santo Domingo*. Compónese aquella de un salon cuadrilongo, lujosamente alhajado y de dos anchos gabi-

tes seguidos de las correspondientes alcobas, en cada una de las cuales se ven dos tan sólidas como elegantes camas de acero, que ostentan ricas colgaduras de damasco amarillo. Aun cuando nuestros viajeros están á pupilo en una casa de huéspedes de las mejor montadas de Madrid, tienen por su cuenta desde la hora y punto que llegaron en la noche anterior á un criado, asturiano por cierto, á quien hace andar listo la esperanza de una buena propina, ya desempeñe el oficio de portero, ya el de recadista ó ya el de ayuda de cámara.

D. Perrondo, recostado en una de las cómodas butacas, que adornan el salón, y saboreando un exquisito habano, olvida por un momento las graves meditaciones en que ha tenido embargado su espíritu y contempla risueño á Masalegre, quien en pie junto á un magnífico tocador, colocado entre dos balcones que dan á la calle, ya se mira en él de frente, ya á un lado, ya á otro, gesticulando vivamente y dando en sus repetidos movimientos evidentes señales de hallarse sobremanera incomodado con el nuevo traje, que le trajera en aquella mañana uno de los mas afamados sastres madrileños.

De repente, volviéndose á su amo y procurando ensanchar con un fuerte movimiento de brazos un levita que acababa de ponerse, esclama:

—¡Maldito sea el sastre con sus figurines y sus modas parisienses, que nunca se le quitan de aquella boca mas grande que la de un pajar de Campos!... ¡Pues no digo nada del bendito asturiano! sin duda ese bigardo me ha traído de propósito un verdugo para que me dé tormento en vez de un sastre que me vista... la levita me tiene como en prensa los hombros y los brazos... el pantalón me

está oprimiendo atrozmente el estómago... gracias que solo he tomado el chocolate... Vamos; esto no es para mí... es habeis empeñado en martirizarme, y yo me voy á empeñar en andar á mis anchuras con mi chaqueton y mis pantalones tan cómodos como decentes... ¿Qué cuidado se me da á mí de la corte ni del mundo entero?...

—No, no es esa la cuestion. No es la vanidad la que me hace vestirme de señorito: la vanidad estaría ahora en andar de chaqueta, porque llamaríamos la atencion de todo el mundo... ya sabes lo que nos sucedió en el café de Valencia...

—¡ Oh ! pues si no fuera por eso...

—Tampoco me hubiera empeñado yo en que mudaras de traje. Cerozco que no hay cosa mas ridícula en el mundo que el obligar á uno á que mude de vestidos cuando muda de país. Sole una vanidad pueril, indigna de personas virtuosas y formales, es la que hace que muchos que viven en ciudades compelan con todo rigor á sus parientes aldeanos, cuando pasan á verlos, á que se vistan de petimetres.

—¡ Cá ! ¡ y qué figuras hacen los pobres *paletos* vestidos de monas!... exclamó Masalegre soltando una carcajada. ¿Pero qué digo? añadió ya muy formal: *mas tontos y paletos* son los ciudadanos que así les ponen... ¡ miserables! se avergüenzan de tener parientes pobres, y tal vez ne se avergüencen de cometer bajezas á montones... Yo en esta parte soy de la opinion de aquel papa, que no quiso reconocer á su madre, que era lavandera , porque se presentó ante él vestida de duquesa... Tambien tengo muy presente el agudísimo dicho de Juliano al despedir á un barbero que le fué á cortar el pelo vestido con un lujo impropio de su oficio:

«idos, amigo, que á quien yo necesito y he llamado ha sido á un barbero y no á un senador.»

—Bueno, bueno, repuso sonriéndose D. Perro; pero partiendo del supuesto de que tú no te hallas ahora en el caso que el barbero de Julian, no hay mas remedio que vestirme de señor, y si ese levita te incomoda por estar tan á la moda, cuando salgamos de casa podemos pasar por la del sastre y allí le reemplazarás con un gaban, que te esté holgado.

—Corriente, dijo Masalegre; ya que no hay mas remedio que resignarme á andar *hecho un señor por la corte*, andaré como un señor formal, y no como un figurin indigesto, cargante y ridículo... Pero á todo esto, añadió sentándose en una butaca próxima á la de su amo, ¿sabe Vd. que me pasmo cada vez que me acuerdo de que á estas fechas nos hallamos en Madrid?

—Claro: no pensábamos haberle visto hasta diciembre y estamos en él á mediados de noviembre...

—¿Y cuándo vendrá Gumersinda?... ¡qué ganas tengo ya de verla!

—No debe tardar mucho. Como que la escribí aprovechando el correo del día mismo en que nos refugiáramos al barco del excelente Mindana, probablemente recibiría anoche mi carta, y á mas tardar la tendremos en esta dentro de un par de días.

—¿Pero estais seguro de que vendrá el General á Madrid?

—Segurísimo... Mi cálculo no puede fallar. Cualquiera que sea el sesgo que con ocasion de los acontecimientos de Barcelona tome aquí la política, él ya no puede seguir de capitán general del

Principado... Queda á mi cargo, añadió D. Perrondo despues de una breve pausa, el que venga á la corte á dar cuenta de los pocos pero fatales dias de su administracion.

—¡El señor D. Bonifacio Burdiluenga de... Quincecos, dijo en esto el criado presentándose á la puerta del salon.

—¡Calla! ¡nuestro célebre diputado! dijo en voz baja Masalegre.

—Que pase, dijo levantándose D. Perrondo.

A los pocos momentos, el célebre D. Bonifacio, á quien sin disputa desea ardientemente conocer el lector, estaba ya ante nuestros viajeros. Era D. Bonifacio uno de esos entes, cuya sola presencia no puede menos de inspirar antipatia á los corazones rectos y generosos. De estatura que pasaba de los cinco piés, delgado hasta ser enjuto, envuelto ahora en un gaban azul, capaz de recibir otra humanidad tan boni-faciente como la suya en un ehaleco abotonado hasta el cuello y en unos pantalones verdosos mas anchos que los calzones de un maragato, de nariz larga y un poco encorvada, frente inclinada para atrás, pelo castaño, raro y sumamente lácio, ojos hundidos, garzos y tristes, quijadas en extremo pronunciadas, mejillas sobremanera salientes y color oetrine, no podia menos de pasar nuestro diputado, que contaria la edad de cuarenta años, como la mas viva y perfecta imágen de la roedora envidia, adornado con todos los terribles atributos, con que tan perfectamente nos la pintó el narigudo Ovidio en sus inmortales *Metamorfóseos*. Pero aunque la envidia de D. Bonifacio fuese tal, que lo mismo se cebaba en puestos que en fortunas del prójimo, aun era mayor su avaricia, y á título de

satisfacer esta le importaba un ardite el adular hoy al que habia ayer mordido sin piedad. Legítimo heredero de una generacion entera de insaciables avarientos, no desmentia su raza presentándose en todas partes bajo el triple aspecto de la envidia, la ambicion y la bajeza de alma.

La primera operacion que hizo *D. Bonifacio* no mas verse en el salon fué arrojarle con los brazos abiertos á *D. Perrondo*, que habia salido á su encuentro, y en seguida, al parecer con sincero y extraordinario gozo y con melíflua, penetrante y ofensiva voz, exclamó:

—¡Mi amigo! ¡mi paisano!... ¡Tanto bueno por aquí! ¡oh! ¡oh!... ¡Y cómo vamos, cómo vamos?

—Perfectamente, señor *D. Bonifacio*: ¿y usted?

—De mí no hay que hablar: estoy mejor que quiero.

—Bueno, bueno, repuso *D. Perrondo* desprendiéndose de los brazos del diputado; yo me alegro de eso... Pero ¿y el dolor de estómago?

—Se puede contar ya como desaparecido... las aguas de Madrid me pintan divínamente.

—¿Sí? le dijo *D. Perrondo* con cierta risita sarcástica... Yo lo celebre... Pero, sentémonos: vos ahí, ahí, añadió señalándole una butaca... bien, bien.

—¡Cuánto me alegro, exclamó no mas sentarte el diputado contemplando á nuestro viajero, de veros libre de aquella *canalla* catalana!... Sois, amigo mio, el objeto de todas las conversaciones de la corte... igualmente que vuestro criado... Disimulad, Masalegre: no creais que me he olvidado de vos, sino que... ¿Y cómo va?

—Tal cual, dijo Masalegre... En cuanto á vos, ya he oído lo bien que os prueba la corte.

—Sí, sí, dijo muy satisfecho *D. Bonifacio* sin comprender el doble sentido de las palabras de *Masalegre*... ¿Con que llegásteis anoche, eh? añadió dirigiéndose á *D. Perrondo*.

—A poco de ponerse el sol.

—Me lo dijo nuestro paisano *D. Tomás Rodríguez*, á quien ví en el café del Príncipe despues de las diez.

—Sí; hasta esa hora nos honró con su compañía...

—Es un excelente sugeto *Rodríguez*... ¿y sabe usted que hace negocio con su comercio?... Pero dejemos esto... ¿Qué me decís de los acontecimientos de Barcelona? estoy impaciente por oírlos de boca de Vd...

—¿Y qué quereis que os diga que vos no sepais ya? os supengo perfectamente enterado de ellos, no solo por los periódicos, sino por vuestras buenas relaciones con los gobernantes.

—Sí; pero ya sabeis que los periódicos suelen desfigurar á su antejo los hechos mas sencillos... los gobernantes se atienen á las comunicaciones de las autoridades...

—¿Pero no ha llegado una comision mandada por la Junta de la ciudad?

—Sí; llegó antes de anoche por la posta. Ya ha tenido dos conferencias con el presidente del Consejo.

—¿Y no habeis traslucido...

—Sí; segun ella, la ciudad volverá á la obediencia del gobierno dentro de breves dias, siempre que se otorguen ciertas concesiones... ¿es cierto?

—Sí.

—¡Oh! si no podia menos: desde luego dije que

era una revolucien descabellada, repuso muy satisfecho *D. Bonifacio*.

—¿Y el gobierno? le preguntó *D. Perrendo*.

—Todo lo ha rehusado por el pronto: quiere ver cómo se presentan los cuerpos colegisladores, cuya clausura decretó al recibir la noticia de la sublevacion, en la idea de obrar con mas desembarazo. Yo he propuesto al ministro que os oiga á vos, y ha acogido lisonjeramente mi pensamiento.

—¿Pero el ministro sabe cuáles son mis opiniones?

—Nada le importan: en casos como este se precinde de opiniones, y solo se atiende al carácter de los sujetos; sabe quién sois, y esto le basta: desea oiros, para en seguida acordar con sus compañeros el día en que han de volver á abrirse las Cortes, visto ya que la revolucien no avanza mas allá de los muros de Barcelona.

—¿Y la oposicion?

—Se presenta formidable... yome temo un cambio de gabinete... muchos opinan, y yo soy con ellos, que vos os hallais hoy en el caso de evitar ó precipitar la caída del actual.

—¡Yo! ¡por Dios, señor *D. Bonifacio*! exclamó asombrado *D. Perrendo*.

—No tengais duda, amigo mio, repuso el diputado; vos teneis que influir mas de lo que pensais en la suerte del ministerio... Por eso os dije al principio que érais el objeto de todas las conversaciones en Madrid. Vos habeis presenciado el asedamiento de Barcelona, habeis visto con vuestros propios ojos la conducta de los agentes del gobierno, y todo cuanto digais de uno y de otros no puede menos de llevar el sello de la imparcialidad; al contrario, generalmente se creen desti-



tuidas de esta circunstancia las comunicaciones de las autoridades, interesadas, como es regular, en quedar bien; y lo propio sucede con las exposiciones de la comision que ha mandado la junta...

—¿Pero no conocéis que el ministerio y los diputados tienen otros conductos para estar al corriente de la verdad de los hechos?

—No diré que no; pero la conducta que habeis observado en Barcelona no queriendo tomar parte en un alzamiento, que se decia de vuestras mismas opiniones, os ha rodeado de un prestigio inmenso, y vuestro juicio acerca de aquel, será el juicio de la mayoría de los diputados.... Vos sabeis muy bien que en los gobiernos representativos los cargos que se dirigen contra los agentes del poder, van á este de rechazo, como indirectamente responsable: en este supuesto, la oposicion tiene que redoblar sus esfuerzos para poner en descubierto al ministerio, y si los diputados llegan á convencerse de que la torpeza de las autoridades es la que ha provocado los sangrientos desórdenes de la capital del Principado, no dudeis que aquel caiga herido por un voto de censura.

—¿Y creéis de buena fé que aun cuando así sea, esto es, aun cuando se pruebe que solo la conducta de las autoridades ha producido la catástrofe de Barcelona y se lance un voto de censura contra el ministerio, esto va á dejar su puesto? le dijo de repente Masalegre.

—¿Hombre...! en esta clase de gobiernos, contestó algo confuso el diputado, ya se sabe..... el Congreso representa la opinion pública; la opinion pública es la *piedra angular* donde descansan, dignámocelo así, todo el edificio, y lo que la opinaion

exige... Hay que contar con que desde lejos se ven las cosas de diferente manera que aquí.

—Sobre eso no hay duda, señor *D. Bonifacio*, repuso Masalegre; solo falta saber quién es el que las vé mejor.

—¡Hombre! eso es muy sencillo: mejor vé el que vé de cerca.

—Y suponga Vd. que es corto de vista, ó que aun no siéndolo, no quiere ver.

Apurado nuestro diputado con las repentinas y picantes contestaciones de Masalegre, trató de salir del paso prorumpiendo en una risita falsa y entrecortada, y elevando despues sobre él por un solo momento sus ojos garzos, dijo:

—Siempre de buen humor... no, no ós le han quitado los pícaros catalanes.

—Ni creo que me lo quite la buena gente de Madrid, le dijo Masalegre con burlona sonrisa.

El semblante del diputado se coloreó un poco: durante algunos momentos se sintió sin fuerzas para seguir arguyendo con un adversario tan incisivo y terrible como Masalegre; pero pareciéndole en extremo bochornoso el darse por vencido, siendo él un diputado *de orden y de posicion* y aquel un simple palardo, hizo un esfuerzo y revistiéndose de notable gravedad, dijo:

—No es esto decir que yo esté interesado fuertemente en la duracion del actual gabinete. Soy, como Vda. saben hombre de *posicion independiente* y con ella solo me intereso por el bien procomunal.

—Dejemos eso, dijo *D. Perrondo* disgustado sin duda del necio y trillado lenguaje del diputado...

—¿Y cuándo hemos de ver al ministro?

—Iré antes á pedirle hora. Saldré luego con tal

objeto y en seguida soy otra vez con Vds... Pero ¡caramba! todavía no me habeis manifestado vuestro juicio sobre la revolucion de Barcelona.

—Pocas palabras os diré sobre ella, *Don Benifacio*: creo que basta el aseguraros que la provocó el general con sus desacertadas medidas.

—¡Qué decís! exclamó asombrado el diputado.

—Nada mas que la verdad.

—¡Canario! pues tiene razon la comision que ha venido en nombre de la junta... lo siento como hay Dios.

—En ese caso estais interesado en la suerte del ministerio.

—No... ya lo he dicho: no creais, y esto os lo digo en confianza, que sean de mi mayor agrado los individuos que le componen, porque todos tienen defectos á montones; pero al ver lo que pueden dar de sí las oposiciones, manejadas por cuatro ambiciosos, *abogadillos sin pleitos y literatos sin lectores*, que están mas orgullosos con sus títulos y sus cuatro mal pergeñados artículos que el duque de Osuna con sus pergaminos y sus grandezas, crea Vd. que continuamente se le viene á uno á las mientes aquel refran de nuestra tierra: *mas vale lo malo conocido que lo bueno por conocer*.

—¿Pues no son tambien *abogadillos* casi todos los ministros? le dijo Masalegre.

—Si, tambien... ¡pues esa es la fatalidad de este pobre pais!... Pero es lo que he dicho antes.

—¿Y creéis que no puede fundarse una esperanza legítima en ninguna de las oposiciones? preguntó D. Perrondo.

—Ps... ya se vé... en un caso... segun y en quienes cayesen las carteras, contestó el diputado bajando sus ojos al suelo en la idea de que no le no-

tasen la pequeña emoción que acabara de aparecer á su avinagrado rostro. Pero ¡oh! continuó alzando la vista, hay que contar con que aquí se ve muy poco patriotista, amigo mío.

—Echale un galgo, dijo para sí Masalegre.

—Nada me teneis que decir sobre eso, repuso don Perrondo; pero entre los pocos patriotas que haya...

—No són de arranques, repuso interrumpiéndole el diputado y haciendo gestos con la boca y los brazos. Hay, sí, una fracción de hombres independientes; de personas de arraigo, de los mayores contribuyentes de la nación, cuyo patriotismo no se puede poner en duda...

—¿Perteneceis vos á ella? le dijo sonriéndose don Perrondo y contemplándole con insolente burla.

—Ps... sí; la pertenezco de corazón, pero... ya se ve... nada se puede hacer con ella... se compone de gente tímida, es decir, nada audaz, nada provocativa...

—Es decir, de pollinos, se dijo interiormente Masalegre.

—No hay en ella, continuó el diputado en desdénoso tono, esos empalagosos y sempiternos parlanchines, que todo lo llevan de calle en esta clase de gobiernos, y... vos sabéis lo que sucede... un ministerio sin habladores es un ministerio perdido.

—¡Calla! este maldecido sin duda ha pensado en ser ministro! exclamó Masalegre para sus adentros.

—Por eso he dicho antes y repito ahora, continuó el diputado, dándose extraordinaria importancia, que me interesa poco que el ministerio caiga

—Me sostenga... Regularmente me elevaré sobre las misérias de los partidos y contemplaré la batalla que se prepara como un mero espectador.

—¿Pues cómo? dijo D. Perrondo.

—No asistiré á la sesión, y si asisto, me saldré sin votar.

—¿Y le llamarán tonto al salvaje? dijo para sí Masalegre.

—Vamos, no es mal recurso, repuso con punsante ironía D. Perrondo.

—Mire Vd. qué cosa! añadió Masalegre en tono sarcástico y frotándose apresuradamente las manos... Usted, señor D. Bonifacio, se desdén en su calidad de *hombre independiente* de tomar parte en una cuestión de gabinete, y ya aseguro yo que habrá mas de cien pobres de representantes que quisieran tener dos votos para quedar bien con todo el mundo.

—Yo lo creo, dijo muy serio D. Bonifacio, como si no le comprendiese de rabo á cabo la indirecta de Masalegre... todos los empleados... ¡oh! lo que es los empleados... vanes; si son como el dios Jano.

—Si, sí... ¿quién le duda? hay muchos como el dios Jano, repuso Masalegre con burlona sonrisa. Y sin dar lugar á que el diputado le contestase, después de echarle una rápida mirada sobre su chapado rostro, alargó por detrás de él un cuello tamaño como el de una grulla, llamándole con esto su atención de una manera que le hizo exclamar algo sobresaltado:

—¿Qué mira Vd., hombre!

—Nada... no es nada, dijo muy serio Masalegre: pero que era un *trato* esta mañana que tenías en el cuello de vuestro gaban.

—¿Qué diablo! exclamó *D. Bonifacio*: ¿cómo le habéis limpiado tan mal mi ayuda de cámara?

—No le extrañéis, señor *D. Bonifacio*, que muchas veces, aunque se quiera, no se limpian las cosas como sería de desear...

—Así es, así es, repuso el diputado interrumpiendo á Masalegre, cuyo lenguaje sarcástico le habia inspirado ya un miedo cerval... Pues señor, bueno, añadió levantándose y sacando al propio tiempo su reloj; lea deo á Vds., que ya me parece hora... ¡digo! son mas de las once... Con que... hasta luego.

—Sí, sí, hasta luego, le dijo *D. Perrondo*. Y haciendo á este y á su criado una grandísima reverencia salió del salon el insigne *D. Bonifacio* en direccion de las oficinas ministeriales, abiertas para él á todas horas por la circunstancia de ser representante de la nacion.

—Pues no ha aprendido poco el nene! exclamó Masalegre así que se alejó *D. Bonifacio*... ¿sabe usted qué vale un Perú nuestro diputado?

—Sí, sí; lo entiende, lo entiende, dijo *D. Perrondo* meneando la cabeza.

—¡Vaya si lo entiende! repuso Masalegre. Ahora sí que digo yo que su tio era un solemnísimo cuando antaño le aconsejaba que no pensase en ser diputado.

—Su tio le aconsejó eso?

—Sí, el cura... pues qué, ¿no lo sabeis...? ¿No lo sabeis, y eso que vive á las dos leguas que no está en...

—No lo sé, no.

—¿Cari es una cosa muy graciosa... Bien veo que os gusta poco la marmuración, y por eso ignorais la mayor parte de los sucesos que pasan á

nuestro alrededor... Pues señor: como su tío conocía al sobrino mejor que ninguna alma muerta, porque todos sabemos que contemplándole tan topo para seguir la carrera de las leyes le quitó de ella, y poniéndole luego al estudio de las matemáticas también tuvo que retirarle con sus honores, convencido de que en los años que le siguiera no pudo aprender siquiera lo que son círculos, triángulos, cuadriláteros, aunque sí se le quedó en la mollera eso de *piedra angular*, que nos ha encajado como de molde, así que le vió tan animoso para ser diputado, prometiendo por aquí, amenazando por allá é intrigando por todas partes, no por virtud (sabeis muy bien lo bueno que el tal tío q. e. p. d. podía dar de sí), sino por temor sin duda de que el *ilustre Bonifacio* viniese al laberinto de la corte á desempeñar el papel de... oso,

«¡Hombre, Bonifacio! le dijo; veo que la ambición de ser diputado te trae con el juicio revuelto, pensativo y desasosegado, y, lo que es peor, veo que te se van á llenar completamente tus deseos... Si quieres dar gusto á tu tío, es preciso que renuncies un cargo, que no es para personas como tú...

»Y por qué no? dijo el sobrino interrumpiendo al tío de repente: ¿quién mejor que yo con las riquezas que tengo para representar dignamente al país...? Ellas me han dado ya un nombre en la provincia y hasta en la corte misma...

»Esa es la razón mas poderosa que á mi me asiste para aconsejarte, por lo bien que te quiero, desistas de tu diputación, le replicó el tío. Bueno es que sepan en la corte que hay por estas tierras un D. Bonifacio Buldimengo de Quisacoc...

¡por Dios te suplico no vayas allí á que te conozcan de cerca!

—¿Jajajajajaj!

—Pero el tío estaba muy equivecado, prosiguió Masalegre: jamás pude imaginar que su sobrino llegara á ser en Madrid un *Papiniano*... Yo contengo que se burlarían aquí de él perfectamente, pero si por lo visto se burla también de todo el mundo, y si lo entiende ó no lo entiende, ha encontrado en la diputación una vida, que le produce mas que todas las de su caudal.

—Pues mira; puede ser que llegue un día en que el sobrino se acuerde del consejo del tío, dijo D. Barrondo. Pero dejémosle por ahora, y puesto que no ha de volver en un buen rato, vamos de pronto si te parece á casa del sastre á recomplazar esa levita.

—Sí, sí; vamos; vamos, dijo gozoso Masalegre: estoy por un gaban que me deje vivir á mis anchuras.

Aun no había llegado D. Bonifacio al ministerio cuando nuestros viajeros marchaban ya por las calles de Madrid en dirección de la casa del sastre; y hecho en ella el cambio, que tanto apetecía Masalegre, volvieron á la pesada, donde no se hizo esperar mucho tiempo aquel por varios conceptos célebre diputado.

## CAPITULO II.

### EL MINISTRO.

Al instante y siendo ya muy cerca del mediodía salieron todos tres, ó sea el insigne don Bonifacio, D. Barrondo y Masalegre en dirección de la



merada oficial del ministro, á quien el primer día, jara minutos antes ardiendo en deseos de enterarse se por medio de dos testigos presenciaron, tan parates como nuestros viajeros, de la revolución barcelonesa. Efecto sin duda de las para él pose de sonjeras noticias que sobre la misma recibiera, en aquella mañana, don Bonifacio llevaba pintada en su rostro cierta tristeza, que no dejaba de contrastar con la satisfacción que asomaba á los de nuestros viajeros: triste y satisfecho, sin embargo, dejando atrás de sí la plazuela de *Santo Domingo*, bajaron á la prolongada y concurrida calle del *Arenal*, y traspueta esta con acelerado paso entraron en la *Puerta del Sol*, cuadrilonga plaza donde principian las mejores y mas animadas calles de Madrid, y que sin tener puertas ni ventanas, verjas, asientos ni cosa equivalente, es la morada casi perpetua de los noticieros, sitio de vespasados encuentros, lugar de toda clase de citas, depósito de curiosos, holgazanes y vagamundos vestidos á lo decente, laboratorio en fin de embustes, enredos y mentiras sin cuento. Puestos en la célebre plaza examináronse sin detenerse á la *Casa de Correos*, edificio aislado y suntuoso, testigo de memorables acontecimientos y teatro de algunos de ellos tan sangrientos como estériles, y trepando su escudalera, practicada en los huecos de una de las paredes del patio por habérsele olvidado al artista esta parte de tan magnífica obra al levantar los planos de ella en el último tercio del siglo próximo pasado, llegaron á una ancha y prolongadísima antesala, atestada de innumerable turba de pretendientes, esos seres en general tan humildes como soberbios en los puestos que solicitan, tan bajos y envilecidos acá, que mendigan en otras

gran favor una mirada benévola del cefalo por sus  
tore, como insolentes, groseros y procaces allá pa-  
ra con el ciudadano honrado y pacífico, de quien  
se consideran superiores, cual si en el hecho de  
vivir este con el sudor de su frente no valiera in-  
mensamente mas que ellos, quienes viven por una  
regular de los sudores ajenos.

Al poner los piés nuestros viajeros y su paisa-  
no en el salon, uno de los porteros, prevenido sin  
duda de antemano, despues de hacerles una gran-  
dísima reverencia, se colocó silencioso á enfrente y  
con activo ademán é imperativa mirada fué abrien-  
doles paso por entre la turba de parásitos, que  
nos creyendo á aquellos dispensadores de las gra-  
cias, por suya consecucion venian á sufrir allí  
tantas y tan cruesas humillaciones, se retiraban  
apresuradamente á los lados, contemplados en su  
vergonzosa fuga por el anti-turronero D. Bonifacio  
con manifesto desprecio, y por D. Perrondo y Ma-  
salegre con caritativa lástima, porque aunque pre-  
tendientes no dejaban de ser prójimos para ellos.

Cuando este primer salon, nuestros viajeros y  
su ilustre compañero, precedidos aun del conse-  
do portero, atravesaron sombrero en mano otras  
dos ó tres piezas, sumamente espesas, en las cua-  
les vieron no sin notable asombro una multitud de  
empleados, tan inmensa que ninguno podia contar  
(*quam enumerare nemo poterat*); adunados unos  
en desorden envidiable calma el diácono de la capilla  
tal ó un periódico situacionero; otros en charlar á  
medida de su deseo de los acontecimientos de Bar-  
celona; otros contemplando en una especie de éxta-  
sis la dirección de las espesas columnas de humo  
que vomitaban surtidoras bocas, adornadas de  
gruesos y aromáticos habanos; aquellos, calados

sus verdosas ó azuladas antiparras; borrajando con marcada pausa muy serios y pagados del utilísimo trabajo que estaban prestando; los de acá mordiendo suavemente el retorcido bigote en actitud de meditar, ya sobre la ventura de la patria, ó ya sobre la suya propia, que para el caso es igual; los de acullá atusándose con la mano izquierda en medio de una indecible satisfaccion la larga y espesa, ó corta y rara perilla; los de este lado, *verdaderos hospitales ambulantes*, segun las diversas y complicadas dolencias que al parecer padecian, haciendo firmas junto á unos grandes y relucientes brazaeros, que tenian entre sus piernas para llevar un benéfico calor á sus casi de continuo ateridos miembros, y los de aquel, *no menos verdaderos botiquines andando*, segun los subidos y diferentes olores que sus cuerpos despedian, pero ardientes entusiastas sin duda de las artes, se entretenian por fin en admirar embobados los objetos de pasmoso linaje que quier desplegado en su derredor. Sin embargo de que la mayor parte de estos entes habian ocupado durante diversas épocas su correspondiente plaza en el primer departamento, no presentaban ahora el aspecto compungido, humilde y quejumbroso que allí irremisiblemente tuvieron, esperando entre angustias mortales la feliz *resurreccion de la carne*; al contrario, todos los rostros, peregrinos ó avinagrados, feos ó hermeses, pronunciados ó *bonachones*, poéticos ó prosaicos, de ángeles ó de demonios (que de todo habia para gloria del Señor), aparecian radiantes de satisfaccion y de orgullo. A la vista de estos y aquellos, ó lo que es lo mismo, de los repletos y de los hambrientos, de los empleados y de los pretendientes, cualquiera hubie-

rañón con Masalegre, que los segundos salones, en donde su fatal ó lisonjera estrella le tenía ahora, eran la brillante y deliciosísima *merada de los justos*, mientras que el primero lo era de la tristemente horrible del *purgatorio* con sus escualidos habitantes, á quienes solo un rayo de consoladora esperanza hace conllevar con alguna conformidad las terribles penas á que están condenados por su mala ventura.

Y en verdad que bien merecian estos salones interiores la comparacion con la risueña mansion de los escogidos que de ellos hiciera Masalegre, no solo por lo felices que al parecer eran sus habitantes, sino tambien por el lujo altamente fascinador con que estaban adornados, para gloria inmarcesible de la patria y del preclaro ministro que en ponerlas así empleara durante largo tiempo sus privilegiados talentos. Aun cuando no se les considerase mas que como el inmenso laboratorio del esquisito *turron*, que afortunadamente cuenta en nuestro venturoso pais con millones de voracísimos consumidores, preciso era que correspondiesen á su alta mision, y comprendiéndolo así en su gran penetracion el esclarecido ministro habia desplegado su sublime genio para que presentasen la mas sorprendente suntuosidad, adornando sus paredes de vistosos y riquísimos empapelados, de soberbios cuadros de antiguos y modernos artistas y de asombrosas colgaduras del mas fine damasco, y cubriendo, digámosle así, todo su ámbito de magníficas mesas de pulimentada caoba, de caprichosas arañas, pendientes de la pintada techumbre, de grandes y relucientes braseros, de preciosas y lindísimas chimeneas francesas, y de butacas,

sofas y sillones trabajados á todo costa y con el mas delicado primer.

Presiso es confesar aqui en honor de todos los empleados, tan perfectamente entretenidos como acabamos de ver, que al cruzar nuestros viajeros los suntuosos salones, bien fuese porque iban al lado de un representante de la nacion, ó lo que es mas probable, porque en porte y ademanes nada tenian de famélicos pretendientes, les miraron en su inmensa mayoría con señaladas muestras de respeto, y aun hubo algunos que les saludaron con un gracioso movimiento de cabeza acompañado de una sonrisa benévola y seductora, lo cual no pudo menos de llenar á nuestro Masalegre de infinito reconocimiento... ¡tan agradecido era á estas pruebas de natural y sincero cariño, manifestado cuando él menos podia pensarlo hacia su humilde... y recién estrenado gaban! Cerca ya del despacho del ministro, D. Bonifacio mandó hacer alto al portero, y separándose un poco de nuestros viajeros se dirigió radiante de satisfaccion á saludar cortésmente á dos empleados de alta graduacion, con los cuales se entretuvo como cosa de cinco minutos, sin considerar que sus pobres paisanos, objeto en su planton de las miradas de una infinidad de *eseogidos*, estaban haciendo un papel, si no ridículo, bastante desairado. Durante la corta, pero animada y misteriosa conversacion del diputado y los empleados, nuestro Masalegre, que no separó un punto su vista de ellos, observó como el insigne D. Bonifacio no trataba á aquellos personajes con el desprecio que momentos antes manifestara hacia los pobres pretendientes; ni tampoco con el que hablaba por detrás de todos los que viven del presupuesto, en lo cual, sospechoso como él solo, cre-

yé ver su intríngulis, que interiormente se propuse averiguar en mejor ocasion.

Pero dejemos por ahora y en su buena fama y opinion al diputado *palato*, cuyo tío clérigo segun Masalegre queria y acaso con razon que no fuese conocido personalmente en la corte, é introduzómecle en union de nuestros viajeros en el despacho del ministro, morada en verdad oriental por el maravilloso lujo con que estaba alhajada.

Prévio aviso del portero, penetraron los tres en la dealumbradora estampa, y el ministro, que estaba escribiendo, se levantó presuroso de su asiento y saliendo al encuentro de aquellos, tomó al parecer con marcadas muestras de respeto y benevolencia las manos de nuestros viajeros, á quienes despues de saludar con corteses palabras obligó á sentarse en dos elegantes butacas de muelles, forradas en damasco amarillo con preciosísimas fleasaduras de seda, sentándose en seguida él y D. Bonifacio en su inmediacion.

Era el ministro de elevada y corpulenta talla, de grande y amelonada cabeza, rostro lleno y colorado, perfectamente afeitado, ojos turbios, abultada y abierta nariz, frente despejada, mas que por la naturaleza por lo falta de pelo que cubria la noche mollera, aun quando no pasaba de los cincuenta; barba redonda, gruesos labios y dientes negrecidos, sin duda por el tabaco, ó mejor abultado del puro, que rara vez quitaba de la boca. Sin embargo de que semejante cabeza ofrecia á primera vista todas las trazas de una calabaza, cualquier mediano observador que se fijara en lo hinchado de las venas, que cruzaban su frente, en la aproximacion de sus largas y espesísimas cejas, lo que puede decirse formaban una sola y en su natura

ral inclinacion para atrás no podía menos de considerarle á su dueño como una de esas organizaciones de hierro, capaces de allanar las mas superiores dificultades por la fuerza de su extraordinaria y terriblemente audaz energía, cualidad indispensable y acaso la mas preciosa para estar en todos tiempos, y en especial en los de revueltas, al frente de los destinos de una gran nacion.

Aun cuando el ministro, hijo de una pequeña aldea, no recibiera en su juventud una educación esmerada, por cuya causa confirmaba de vez en cuando con magistrales golpes aquel tan sabido refrán de que *la cabra tira al monte*, ya por su natural astuto, ya por haber vivido en Madrid algunos años consecutivos, estaba considerado generalmente como un *cortesano* completo, ó lo que es lo mismo, todo el mundo sabia que S. E. habia aprendido á presentar cuando queria en su boca una sonrisa encantadora, á llevar su disimulo hasta el extremo de acariciar á quien odiaba, á doblegarse y á tiempo, á erguirse en ocasion oportuna, á hacerse hoy el pequeño y mañana el grande, á decir, en fin, nada mas que lo que le convenia y obligar con insinuantes y seductores modales al sujeto con quien hablaba á que dijese lo que tal vez no le estuviere bien. Semejante cualidad, ó mejor, semejante conjunto de cualidades, de que estaba adornado el ministro, y que en la corte es calificado con el pomposo dictado de *talento*, como son calificados los que le poseen con el de *hombres de mundo*, no era desconocido á nuestro D. Perrenzo, y si bien aldeano y enemigo intransigente en su acrisolada honradez de una escuela que hace que el hombre vea en cada semejante un enemigo, se consideraba, y con razon, bastante escudado con su

cuando franquosa y elagisimo juicio para que aquel alto funcionario pudiera, dado caso que lo intentase, burlarse impunemente de él. En cuanto á Masalegra nada hay que decir respecto de esto, sino que su mismo genio divertido, y si se quiere socarrón, bien conocido del lector, le libraba en todas partes de la nota de imprudente, proporcionándole al propio tiempo, y sin él buscarlas, algunas de las ventajas, que por el detestable medio arriba expresado buscan los *hombres de mundo*.

Colocados como dejamos consignado, ministro, diputado y nuestros viajeros, el primero tomó la palabra, y dirigiéndose á D. Perrondo con notable pausa y la sonrisa en los labios, dijo:

—Debo, ante todo, caballero, daros un millón de gracias por vuestra amabilidad en venir á honrarme á este despacho en el momento mismo de haberme tomado la libertad de llamaros.

—No hay por qué darlas, señor ministro, dijo don Perrondo con su acostumbrada dulzura: los honrados somos nosotros en el hecho de haber merecido de una persona tan caracterizada como vos la brillante distinción...

—Oh! no, no: no he tenido consideración con vos; habeis hecho precipitadamente un largo y penoso viaje...

—¿Qué! ya veis que tres dias escasos...

—Con todo: han precedido á esos dias deplorables acontecimientos, que deben haber llenado de amargura vuestros corazones; llegasteis en el de ayer, y parecia regular que el de hoy le hubierais destinado completamente al descanso.

Prescindiendo de que no teniamos necesidad de él, repuso D. Perrondo, nuestro deber era sen-



—Inmediatamente al llamamiento de la autoridad suprema...

—Con todo, dijo interrumpiéndole el ministro, es preciso que sepais que el consejero de la corona, que ahora tiene el honor de hablaros, no os ha llamado como tal consejero, sino como... amigo particular... si así me permitís explicarme.

—Sí, sí; lo mismo les he dicho yo, dijo á la sazón el insigne D. Bonifacio.

—El gobierno, continuó el ministro sin hacer aprecio del diputado, sabe quién sois; está perfectamente enterado de vuestra posición, de vuestra honradez, de vuestra caballerosidad... no lo tengais por adulación, porque jamás manché con ella mis labios...

D. Ferrando hizo un movimiento afirmativo de cabeza, mientras que Masalegre, fijos sus ojos en el ministro, dijo para sus adentros: *luego veremos como te explieas.*

—El gobierno, prosiguió el ministro, sabe por las prensas periódicas y por las comunicaciones oficiales de las autoridades, vuestro comportamiento en Barcelona, que sin disputa os ha enaltecido á los ojos de todos los partidos, por cuanto habeis preferido el destierro con esposición de perder la vida á asociar el nombre que llevais á una revolución, que entre nosotros me escuso de calificar. Bajo este supuesto, y convencido el ministerio de que ninguno mejor que por vos, testigo presencial de ese alzamiento sobre el cual tiene fija su vista la nación entera, para orientarse hasta de sus más insignificantes pormenores, desea oír por tal conducto, y aun saber también vuestro juicio acerca de semejante acontecimiento para en segui-

de apaciguarse en su verdadero valor y hacer que  
del comercio los representantes del país.

— Yo agradezco, como es justo, dijo D. Perren-  
do con la sonrisa en los labios, el buen concepto  
que el señor ministro y sus compañeros tienen  
formado de mi humilde persona, y si bien estoy  
pronto á satisfacer sus deseos de una manera com-  
pleta, sin perjuicio á mi honradaz y franqueza el deca-  
rarse ante todo, que no porque no me asociase al  
movimiento barcelonés estoy por eso conforme con  
la marcha del ministerio, ni menos con la política  
que viene gobernando al país de algunos años á la  
ficha. Permitidme, añadió al vez que el ministro  
apataba de interrumpirle: convengo que os pare-  
cerá cuando menos estemporánea esta mi declara-  
ción, mas yo soy así: *encuigo como vos de la adu-  
lación* (y recaló con todo cuidado estas palabras),  
ni digo lo que no siento, ni oculto nada de lo que  
tal vez pudiera contribuir á que se formase un ju-  
riperón sobre mi conducta, que no quiero se  
estime de mas ni menos de lo que realmente valga.  
— A ventajada, era, caballero, repuso el ministro  
haciendo un esfuerzo por disimular la impresión  
que en él produjera la inesperada salida de nues-  
tro viajero, la idea que de vos tenía formada; pero  
deseable franqueza con que os aconseja de esperar  
ahí habeis mirado con un respeto, que no tendré  
reparo en calificar de religioso; y si antes deseaba  
cielos, os aseguro ingenuamente que os deseo co-  
comprido ahora en una necesidad imperiosa, que  
supanto antes quiero ver satisfecha.

— Bien está; pretendo no defraudar en lo mas in-  
admisibles vuestras esperanzas, dijo D. Perrendo con-  
templando al ministro con ciertos aires de triunfo;  
subditos y á fuer de leal, debo también decir,

que aun cuando no quise tomar parte en la revolucion de Barcelona, y aun cuando la desaprobé de una manera terminante antes de estallar, estaba conforme con su fondo, ó lo que es lo mismo, para mejor entendernos, debo declarar que estoy firmemente convencido de que lo que ha habido en aquel centro industrial no ha sido un motin, que merezca ser castigado con todo rigor, sino una revolucion, digna de ser estudiada, una revolucion que, si como todas, ha empezado por abajo, ha sido promovida desde arriba, y que sin recelo alguno la hubiera prestado mi débil apoyo á haberla contemplado adornada de todas las circunstancias secundarias, indispensables para que fuese fecunda en buenos resultados.

El ministro quedó estupefacto con este segundo golpe, que vino á desvanecer casi por completo las lisonjeras ilusiones que no sin motivo fundárense en la entrevista con los desterrados de Barcelona: sostado contra el respaldo de su butaca miró por un instintivo impulso á D. Bonifacio cual si, á pesar de conocerle, creyera hallar en él un firme apoyo para contrarestar á un adversario terrible; pero al ver al diputado sonreirse con la candidez de los niños del limbo, sacó, como suele decirse, fuerzas de su misma flaqueza é incorporándose de nuevo, con voz entrecostada, si bien acompañada de la sonrisa que tan oportunamente sabia llamar en su ayuda, dijo:

— Permitidme que os diga, amigo mío, que no puedo creer, atendido vuestro buen juicio, que mintais lo que acabais de decirme.

— Pues nada es mas cierto, señor ministro, repuso D. Perrenzo con gravedad; yo no estaria conforme con el fondo de una revolucion que tratara

de promover un país teniendo expedidas todas las vías para lograr por los medios posibles, el remedio de sus males; pero no puede menos de estarlo con la que es originada por continuas y terribles padecimientos, cuyo fin no se ve alumbra en un camino para venir, con la que es hija de la celeridad absoluta de todo principio tutelar de una regular mediación...

—¡Oh! ¡oh! no digais eso por Dios, repuso con algún enfado el ministro: ¿quéando ha obstinado al gobierno esas vías a la capital del Principado?

—Me poneis en la precisión de decirlo, contestó don Ferrando procurando calmarlo. Es con una amarga aunque seductora contraria, que siempre las ha tenido cerradas: una ciudad sujeta durante cañes enteros al estado de sitio, tratada en el hecho de estarle cual si fuera país conquistado...

—Pero vos no conocéis en ese caso a Barcelona, ni al país de que es cabecera...

—Eh ahí, repuso D. Ferrando interrumpiendo al ministro, por qué antes he sentido que la revolución de Barcelona ha sido promovida desde aquí. Sentiría, señor ministro, que os disgustase mi franqueza; pero tratándose de asuntos de mi patria y dirigiéndome a un consejero de la corona tan talentoso y leal como vos, yo no puedo callar lo que siento mi corazón...

—Efectos contrarios, seguid, seguid, dijo el ministro; pero he visto que habéis dicho que el ejército de la libertad del Principado, según D. Ferrando, que es así, no se puede mover sin el patriótico objeto de que mejor podáis aprender con vosotros mismos, sobre los males, como oportuna y oportunamente se dice, tiene fin su vista de las acciones...

21. Como se ve, habíase propuesto ante toda cosa Ferrondo destruir á la revolución con acortamientos anteriores á ella en la que él se comprometió al ministro, ya para conseguir de él la salvación de los amigos queridos que dejara en Barcelona, ya para que en un caso fuesen menores los rigores que con consen de aquella plebs de cretarios contra el emporio de la industria española.

22. Convenido: sería hacer un agravio al señor siquiera de vuestras intenciones, dijo con notable formalidad el ministro.

23. — ¡Oh! eso por supuesto, añadió muy sério el señor D. Bonifacio.

24. Pues bien, prosiguió D. Ferrondo; en Barcelona se la viene considerando desde larga fecha como un foco permanente é inmenso de insurrección, y es preciso saber que no es otra una ciudad ilustrada, laboriosa, pacífica y altamente organizada. Conocida por efecto de la injusticia que sobre ella pesa el duro régimen del noble en tanto ha pedido multitud de veces que se le sustituyese por el imperio de las leyes: á sus fundadas reclamaciones se suscitaban quexas y la oposición de los terribles y continuados sufrimientos que aquel régimen le costaba á sus hijos, empezando en el simple trabajador y concluyendo en el opulento comerciante; se le ha contestado por todos los ministerios: *Aguarda; eres indigna por ahora de vivir á la sombra del derecho común; y de gozar de todas las garantías inalienables de un gobierno libre.* Aunque mudando el freno, ha aguietado una vez, eres mas eficaz y te presentas á herir reproducidas las mismas quexas, las mismas oposiciones, los mismos agravios, ese fatal aguar-

de, o que en un principio pudo dejar antrover, la  
consecuencia que para mí, se ha hecho, en fuerza de  
hechos, tan difícil para ella, como el caso del  
Judio Errante, de donde se deduce y sacando por la  
circunstancia de no tener fin.

En el momento en que se ha hecho para  
disponer y para el gobierno, dijo el ministro en  
un tono que daba a demostrar habíase hecho sobre  
la profunda impresión de los acontecimientos de nues-  
tro tiempo, que la Gaceta de la Gaceta, es, sujeto a un  
permanente estado de excepción, para que se de-  
bea que por una que el ministerio de que forme  
parte ha de ser levantada, se ha visto contra-  
río de otros, de las intenciones por una serie no  
interrumpida de acontecimientos a cual mas gra-  
ves y trascendentes.

En el propio día, dice, todos los ministros y  
dirán siempre los gobiernos que, en vez de una  
obligación que se valgan del rigor para regir los  
pueblos sometidos a su mando, repuso D. Perres-  
cencia persona de historia de estos se encarga de pro-  
hibir a los que van en sus salidas al extranjero de  
conducir a la guerra. Ahí, tanto a la antigua, Gaceta  
de las rigurosas contra ella, de la Gaceta, durante  
los últimos años, no han impedido por esto los  
acontecimientos de la guerra, de los que se de  
centralistas, ni los motines sobre los derechos de  
la Gaceta y otros acontecimientos, funestamente  
numerosos, por la guerra que se da de un  
modo de la Gaceta. No repata, añadió, después  
de una larga pausa, las determinaciones del go-  
bierno ministerio, pero no se puede negar que  
la Gaceta de la Gaceta y pacífica que se ha go-  
regado no se ha visto al estado de guerra, al  
estado de guerra, de la Gaceta, de la Gaceta.

quien, aunque enemigo político, es político, yo, no puedo menos de tributarle una grande admiración por su equidad, su humanidad, su cordura y su delicado y finísimo tacto.

Al recuerdo de este general el ministro frunció el ceño; sin embargo, subyugado, dígamele así, por la ardiente mirada de nuestro viajero, espuso con mas amabilidad que nunca:

—Si me fuera posible, yo os diria, amigo: qué, las razones que el ministerio ha tenido para decretar la separacion de ese general...

—No, no, no hay necesidad, dijo de repente don Ferrondo: al tomar en boca á ese funcionario solo he querido haceros ver que mejor es gobernar á los pueblos con la dulzura que con el rigor.

Hemos llegado insensiblemente, añadió cambiando de tono, al principal asunto que ante vos oyes ha ocurrido...

—Sí, sí; dejemos lo pasado, que ya nada significa, dijo interrumpiéndole D. Benfazejo.

—No diré yo tanto, paisano, le dijo sonriéndose Masalegre; el pasado significa mucho, y una mala posición para lo favorable y para lo adverso siempre aparece enlazado con el presente, como está con el porvenir, á manera que los hombres estamos unidos con nuestros padres y con nuestros hijos.

—Bien, pero... quiero decir... que hablen de la revolución segun de Barcelona, sin que nos enredemos en el asunto de allá solamente, repuso con-

—fuso el diputado, mientras que el ministro al estar en el momento de parpadear nuestro Masalegre le contemplaba con miradas muy tristes de benevolencia. —Escuchadme, dijo D. Ferrondo sin dar lugar á que Masalegre replicase á la pregunta. El ministro





calenturas es preciso partir del supuesto de que si tiene muchos enemigos, los que ataquen el interés de la Patria no podrán gloriarlos de que son los amigos de ningún hombre; dijo D. Ferrondo con impetuosa dignidad.

—Y mejor del general; todo lo contrario: lo que debemos asegurar á V. E. que hasta lo séame de ningún dolo de algún error, por el cual no podemos decirnos de estarle agradecido, añadió Masalegruñe con risita sarcástica.

—Con todo, repuso el ministro refrenándose, aunque en vano, por disimular su interior agitación; no pocas veces acontece que por mediación indirecta como reprobados se logra extraviar la opinión de los hombres hacia virtudes y sumptuosas.

—Disfrazados, dijo D. Ferrondo meneando la cabeza cuando uno es testigo presencial de ciertos hechos, no cabe formarse en juicio apurado, él mismo. Yo siento no poder al general en el mejor lugar del mundo; pero, ante de la verdad, no debo reírme que lo que he oído por mi mismo. Esa autoridad llegó á Barcelona bajo muy malas circunstancias. No relacionaré ya aquí supuestamente las quejas que esta ciudad ha venido produciendo desde largo tiempo por el mal tratamiento recibido de todos los gobiernos; pero sí diré que la recepción del general anterior la comovió profundamente, y que la imposición de los nuevos derechos de puertas con el cerramiento de algunas oficinas, debido á la funesta rivalidad entre los capitalistas y los obreros, llenó de furor á las masas proletarias y á muchos coracenes que labran para mejorar su condición moral y material... Y es así lo que dicha autoridad hizo para calmar la agitación de los espíritus desde el momento mis-

no de bu legalidad... Puesto a consultar que con  
 con su amor propio, siendo únicamente en la fuerza  
 de las bayonetas, empezó a tomar alimentos y  
 procedimientos disposiciones; echando brava voz  
 tra los trabajadores catalanes, a quienes de harto  
 llora apellidaba incorregibles, capullos, hijos de  
 vertir, lacalle y plomo de la ciudad con campesi-  
 nados militares; atestó las cárceles de la ciudad  
 nos, en su mayoría pacíficos, fusiló a una infinidad  
 trabajar, que con propia defensa hicieron que  
 imprudente soldado, y para atenuar a la multitud  
 sedienta de venganza, dió por dilación en medio  
 del más imponente aparato bélico, un bando  
 creyendo, que así subió de punto la indignación  
 popular, porque en él se predicaba la pena de  
 muerte por las más insignificantes acciones.  
 resultado de todo esto ya le habia el pueblo, solo  
 por haberse medio día, volado desde abundancia  
 la ciudad y de sus fortalezas internas, sembradas  
 en los cerros de vendidos y vencedores. Terrible,  
 espantosa hasta no haberse podido contar el  
 número de muertos, los penitentes y multi-  
 plicados lamentos de los heridos y moribundos  
 pere, dejen las de victimaciones. En la tarde,  
 anunció en el estrado con la voz de un papá  
 impreso de su magnífica cartera, un ejemplar  
 a todas las personas que por el momento se  
 iban a bandos, digno solo de figurar en un  
 bando de canibales... leído, leído, y por el  
 poderío de la voz del general, de la  
 voz de los soldados de la fuerza de cuanto  
 de leer, y por el poderío de la voz del general,  
 de la voz de los soldados de la fuerza de cuanto

El ministro quedó horrorado al ver confirmada  
 por una persona de tanta importancia como nues-  
 tro viajero todo cuanto sobre el general había  
 dicho la comisión mandada por la junta de la

dad; cogió un poco pálido el terrible bando, leyó con aparente calma; después, doblándole entre sus temblorosas manos, le arrojó con furia sobre unas mesas inmediatas, y volviéndose hacia don Perrocho con visible connexion, dijo:

—Nada mas tengo que decirles, amigos mios, que estoy muy convencido de la verdad de lo que me habéis dicho del general; sí, sí, no cabe duda que este hombre ha procedido como un insensato. Yo espero tambien á mi vez me hareis el obsequio de decirme qué las instrucciones que le dió el gobierno me le facultaban para obrar de la manera que le ha hecho; las oposiciones se aprovecharán de sus débilidades para dirigir tremendos cargos al ministro. Pero el honor de esta república impide que ya sucumba á talga triunfante de la luz, en que el general rinda estrecha cuenta de su conducta; inmediatamente será llamado á Madrid á donde se le dará el castigo que merece.

—¿Pero si puede pensarse en alar su proceder, dijo D. Perrocho con toda intension.

—Desconfiad sobre eso, repuso el ministro: hoy mismo os le mandará venir.

—¿Y la ciudad, señor ministro, volverá á ser tomada con sangre española? le preguntó D. Perrocho.

—Se me figura que podéis estar tranquilo, dijo; aquí después de una breve pausa; creo que de cualquiera manera se economizará...

—No, no: es necesario que no ocurra siquiera una gota... ¡harta se ha derramado inútilmente! repuso conmovido D. Perrocho.

—Y lo que se derramase lo sería mas, añadió Melalagro.

—¿Pero que puedo aseguraros, replicó el ministro;

es que la multitud no será tratada con crueldad... sobre el actual ministerio se gestiona; yo os respondo de ellos, y sobre todos, como que el que le reemplaza, subirá apoyado, digámoslo así, en la misma revolución, me pongo que se manifieste muy sigurose con los que la han promovido, ó si quereis con los que han tomado parte en ella... mas, no os pueda decir.

—¿Orienta, rapto D. Perrondo; ora que hemos concluido...

—Sí, sí, dijo el ministro: voy luego en busca de mis compañeros. Entre ellos políticos, como, afirma, dirigidos a D. Perrondo y Masalagre, pero eso no obsta para que seamos amigos particulares; la disposición de mí como gustéis.

—Antes de despedirme de vos me permitiréis que pida algunos favores, le dijo contristado D. Perrondo.

—Mi mayor placer estará en poder complaceros, contestó con galantería el ministro.

—Gracias se trató de tres personas, como se titulan la complacencia.

—Al fin, el ministro, agregó el oficio.

—No osáis, continuó D. Perrondo, que yo me interesaría por ellas si no fueran dignas del aprecio y hasta de la admiración de todo hombre honrado, con la que quiera su bandera política... Una es el periodista Celso Vidal.

—¿El que hizo dimisión de su cargo de miembro de la junta? dijo de repente y con visible interés el ministro.

—Justamente: pero en los cortos momentos que perteneció a ella, al propio tiempo que su valor, acreditó en grande humanidad, salvando del furor de las furbas desenfrenadas multitud de infelices.

solidades. Es una pensión en todos conceptos muy poco cuantiosa... Las otras dos, tan pequeñas, las doy para mí que el periodista, salvarán la vida de este oficial de caballería, ahogado mío...

—¿Son el obrero Pedro Fabra y el ex-capitán don Roberto Vicens, que salvarán a Solís, y evitarán el incendio y saqueo de la fábrica de Padra? repuso el ministro.

—Los mismos, contestó D. Perrondo radiante de júbilo.

—No pocos militares dependerán también de la sublime abnegación de esos dos jóvenes brillantes, así como de su generosidad para con los infortunados, añadió Masalegre lleno de entusiasmo.

—No me digais más... repuso el ministro algo escarnejado. Gran papel han desempeñado esos tres jóvenes en tan funesto acontecimiento... pero ¿qué importa...? son unos héroes...

—¿Sí, sí, estáis, D. Perrondo.

—Descuidad, yo los salvaré a todo trance.

—Gracias, gracias, repuso D. Perrondo contemplando lleno de emoción y de respeto al ministro... eso os honrará sobre manera, y me da mucho gusto a una política humanitaria y conciliadora.

—Descuidad, descuidad, prosiguió el ministro. ¿Dónde vivís? añadió acercándose a la mesa y tomando en su mano una pluma.

—Asha de San Bernardo, número...

El ministro escribió unas cuatro líneas en un papel que luego dobló y metió en su cartera.

—Antes de las cuatro de la tarde, dijo volviéndose a D. Perrondo, tendréis en vuestro poder tres salvo-conduitos acompañados de tres reales órdenes: con estas no serán inquietados en lo más del mundo.

nimo vuestros protegidos si desean permanecer en Barcelona, y con aquellos podrán trasladarse al sitio que sea por oportuno, á la ciudad de Perpiñán, donde queda á mi cargo que sean acogidos hasta que la capital del Principado vuelva á su costumbre normal.

— ¡Gracias, gracias... Pero en la suposición de que el primer medio no les ha de ofrecer paliativo...

— Ninguno, caballero, ninguno... Hacedme el obsequio de decir nuestra segunda pretensión.

— Ahí es en la travesía de Mallorca á Valencia vino en nuestra compañía un pobre recluta por aquella provincia, llamado Jaime Ravert; es hijo único de una viuda pobre, y creo que al fallar de la corporación, que ha privado á este infeliz del único apoyo de su vejez sea desahogado.

El ministro se acercó nuevamente á la mesa; hizo sus apuntaciones en otro pequeño papel, que también guardó en la cartera, y dijo:

— Os doy palabra de pedir hoy mismo el oportuno expediente y hacer que se revise con el debido detenimiento por el Consejo Real. Si esa oficina está sirviendo injustamente, no tengáis duda que volveré dentro de un breve plazo al lado de su madre. — ¡Adios, señores, añadió alargando sus manos á nuestros viajeros... cuento con vuestra amistad.

— ¡Qué grande honra tenemos el aceptar la de una persona como vos, le dijo D. Perrodo; y apretando la mano del ministro, á quien despues hizo una profunda reverencia, salió de la casa de Correos, seguido de su criado y del celaberrimo D. Benigno, cuyoavinagrado rostro se habia coloreado de una manera extraordinaria, con ocasion del desprecio:

que le hiciera el ministro en un momento de mal humor.

Unos minutos después nuestros viajeros comenzaron a andar alegremente en casa de su paisano el comerciante D. Tomás Rodríguez, el ministro contaba a sus afligidos compañeros lo ocurrido en la entrevista con aquéllos; y el ilustre D. Benigno, fiel a su conducta noble y previsora, se hallaba en una reunión numerosísima de diputados opositores, donde mientras él y otros personajes no se atrevían a decir en alta voz esta boca es mía, cuatro grandes fabricantes de palabras, entre infinidad de protestas de acendrado patriotismo, esperanzados y sobrehumanos entusiastas, proponían los medios que les parecían mas adecuados para derribar al ministro, dejando entrever en su laudable modo de sentir los mas fuertes deseos de encañonarse a las espumosas sillas, decididos a labrar la felicidad de la pobre nación española.

Pero dejemos por ahora a los alegres con su hilaridad, a los afligidos con su tristeza y a los esperanzados con sus ilusiones; y antes de pasar a otro capítulo consignemos aquí, que el conserje del ministro cumplió al pie de la letra las palabras que dijo a nuestro viajero, y que mientras un portero le llevaba a su posada las órdenes y salvedades prometidos, un correo de gabinete salía a todo escape por la puerta de Alcalá, siendo portador de importantísimas disposiciones, cuáles eran la destitución del general y su llamada a Madrid para rendir cuenta del mando que había ejercido, la de que marchasen sobre Barcelona todas las tropas disponibles de Aragon, Valencia y Cataluña y la de que, hasta que el gobierno no se presentase a las Cortes y estas decidiesen la

que fuese de su agrado, no se harnbardenas, como  
 censo quisieran cuatro españoles espúres y no po-  
 cos extranjeros envidiosos de las glorias españo-  
 las, aquella floreciente y hermosa ciudad.

### CAPITULO III.

D. TOMÁS RODRIGUEZ.

Todo iba saliendo de medida de los deseos de  
 nuestro illustre viajero: en su entrevista con el mi-  
 nistro había logrado, como hemos visto, tres cosas  
 á cual mas importantes: salvar para un caso espe-  
 cial á sus queridos amigos de Barcelona; hacer que  
 se llamase al general, cuya presencia en Madrid  
 le era interesante; algo mas que el que se le exi-  
 giese, como no podia menos de suceder, puesto de  
 su conducta, y dar á la opinion del ministro y por  
 consiguiente de las de sus compañeros, sobre los  
 acontecimientos de aquella ciudad otro sesgo del  
 que tenían, limitando al propio tiempo de una opo-  
 rtuna los atroces sentimientos que contra ella  
 abrigaban y reemplazándolos con otros mas hu-  
 manitarios y arreglados á una bina, extendida ge-  
 nérica: Merced, pues, á la actividad y sabiduría con-  
 traria de Di Parrado, la parte del Mediterráneo  
 podía estar segura de no ver destruidos sus esbo-  
 zos edificados, ni sepultados bajo sus escombros á  
 inocentes y culpados, á niños, jóvenes, adultos y  
 ancianos: en medio del estruendo y atropello del  
 cañon y del infierno y por eso, estruendo de  
 cañoneras pambas y otras proyectiles incedi-  
 ciones todos los días se oía la voz de la  
 a la bina de miseria y de las circunstancias  
 de la bina de miseria y de las circunstancias



importante y magnífico papel, debiendo conseguir  
 en la parte que en él tuvo de paisano y amigo  
 don Tomás Rodríguez, de quien ya hemos hecho  
 mención en los dos anteriores capítulos y pondre-  
 mos que hacer en muchos de los venideros. Hijo  
 este de una familia pobre del mismo pueblo de  
 nuestros viajeros, estuvo durante su mas tempra-  
 na juventud al servicio del padre de D. Perrondo,  
 quien prendado de su honradez, actividad y natu-  
 ral despejo le colocó ventajosamente; siendo ya  
 adulto, en una casa-comercio de Valladolid, des-  
 de donde algunos años después, viéndose con un  
 capitales regular, pasó á establecerse por su cuenta  
 en la corte, aunque protegido todavía por aquel  
 hombre, tan virtuoso y humanitario como su lin-  
 eaje descendiente. A beneficio de una conducta in-  
 reprehensible y de un trabajo tan continuado como  
 inteligente había logrado D. Tomás en los quince  
 años que ya contaba en Madrid levantar una so-  
 leana, no diremos inmensa, pero respetable,  
 puesto que constaba de un establecimiento com-  
 pletó, bien surtido y acreditado, y de tres magnífi-  
 cas casas incluso la que le servía para su habita-  
 ción y tráfico, una en la corte y angosta calle de  
 Perros, una de las mas concurridas de la corte por  
 su buena posición entre la Calle y Plaza Mayor  
 cerca de la Puerta del Sol. Consiguada la acedia-  
 de don Tomás de Rodríguez, no se extrañará obli-  
 gar al extraordinario crédito que gozaba no solo  
 en la corte sino también en el mayor número de  
 ciudades y plazas de comercio; de las notables bu-  
 sines relaciones que en aquella época, á él mismo  
 de que profesase al hijo de su bienhechor una  
 sincera y profunda estima, por que habiendo de ja-  
 nar de un virtuoso á un hombre de agüedad. Si

oprimido era el afecto que, al tener equisimilante presencia a D. Perrodo, no era menor el que tenía el Masalegre, pues aunque favorecido de una manera sorprendente por la elegancia, este en su carácter de su temperamento fué bastante á trastornar los juicios y hacerle olvidar y despreciar, como le sentaba diametralmente con multitud de necios, al igual con él vivió bajo un mismo techo durante dos magníficos años de su vida. Por su parte tanto don Perrodo como Masalegre correspondían al trabajo amor de Rodríguez con otro no menos diligente y desinteresado, que abastecía á su familia, compuesta de una bella señora y de tres hijos de tierna edad, puesto que el mayor no había cumplido aun los catorce años.

En las pocas horas después que llegó D. Perrodo á la vértice con su escelente criado y se instaló en la posada, que como ya tenemos dicho, le propincharon Rodríguez con anticipación, determinó que sus fueros en busca del diputado D. Bonifacio (á quien por la circunstancia de ser paisano, unió con alguna intimidad), al cual solía pasar algunas horas en el casto del Príncipe; y accedió al agusto entretido y extraordinario despojo del entusiasmo, sin aparecer que la solicitaba, que era lo que ante todo deseaba nuestro viajero para mejor comprender sus nobles fines, se preparó al momento de su entrevista con el ministro, recordando la verdad, el noble fogor por otra parte, el elevado y sublime prestigio de que se poseía en Barcelona y su hábil evadido, apareciendo para siempre en la víctima de un movimiento que cada cual veía, pero otros como él mas imparcial no podían de los sucesos que le habían provocado y en obsequio de este punto fundaban las mas sólidas

esperanzas, y para todos, en fin, ante un hombre prudente, honrado y patriota, que, exponiendo generosamente su vida por impedir horribles desmanes de una turba de sicarios, no quise apenar su reputacion en el agitado piélagos de una revolucion, llevada á cabo con tanto arrojo como temeridad. Consignaremos aquí de paso, que el ministro se manifestó en dicha entrevista tan mal humorado con el diputado, fué porque, al proponerle este, efecto sin duda de su sola culpa, le hizo concebir lisonjeras esperanzas, que se desvanecieron como el humo en el momento mismo de desplegar los labios nuestro viajero.

Diremos, por último, que merced también á la actividad de Rodriguez habia logrado ya D. Barundo despachar un posta á Barcelona con un cargo de entregar á Vicens la ordenes y conductos, que en la tarde anterior le mandara el ministro, y que por las buenas y chatas relaciones del comerciante habia buscado asimismo á nuestro viajero en el corto tiempo que llevaba en la corte multitud de diputados de la oposicion, y amigos de vez de su boca la verdadera historia de los sucesos de aquel centro industrial, para con ella derribar al ministerio y reemplazarlo por otro que fuera de su agrado.

Serian pocas mas de las diez de la mañana, y apenas acababan de desayunarse nuestros viajeros, cuando sin previo aviso del portero, entró en la conocida habitacion de la calle Ancha de San Bernardo su excelente amigo y paisano D. Tomás Rodriguez. No desmentian el rostro, y presencia de este á buena opinion que de él hemos hecho formar al lector. De regular estatura, puesto que apenas da los cinco pies y una pulgada, vestido

sea elegante sencillez, sin alfileras, anillos ni otros  
 dijes que el lujo ha hecho extensivos hasta á las  
 clases menos acomodadas, mas bien delgado que  
 grueso, de agraciada cara, ancha frente, nariz  
 recta, barba cerrida, negra y espesa, cabellos de  
 ébano, entre cuyos naturales rizos se divisaban  
 algunas canas, debidas sin duda á un trabajo tan  
 agido como perfectamente aprovechado, y ojos  
 grandes y negros, cuya viveza daba á su noble  
 fisonomía una marcadísima expresion de despejo,  
 presentábase nuestro D. Tomás para el menos ob-  
 servador como el tipo del verdadero comerciante,  
 quien para ser considerado tal, por mas que se  
 piense lo contrario, sobre todo en estos tiempos  
 en que se camina al vapor, tanto por las rutilantes  
 vías de hierro, como por las anchas del engaño,  
 necesita estar adornado de una actividad extraor-  
 dinaria y de una inteligencia á toda prueba, que  
 en manera alguna deben ir refididas con la hda-  
 des. Nuestro comerciante tenía ya cumplidos los  
 cuarenta y cinco años, y aunque su vida había  
 sido en extremo trabajosa, circunstancias indispen-  
 sables para haber levantado honradamente la for-  
 tuna que poseía, su rostro, terso y sonrosado, no  
 le hacía llegar á los cuarenta, lo cual se explica  
 muy bien si atendemos á que estaba dotado de  
 una constitucion física tan excelente, que aun  
 no sabía lo que era una enfermedad. Por último,  
 y para completar el retrato del antiguo compa-  
 ñero de Masalegre, diremos que por una porcion de  
 individuos reunidos, entre los cuales contaremos su  
 natural y poco comun despejo, la nobleza de su  
 corazon, su mismo interés como comerciante in-  
 teligente y enemigo de toda clase de traba, y so-  
 bre todo su educacion en la casa de D. Ferranda,

era ardiente y decidido partidario de las ideas reformistas; en cuyo obsequio había hecho gustoso en todas épocas, y en especial durante la guerra civil, los sacrificios que de él exigieran la patria y sus correligionarios.

—Caramba! exclamó el comerciante fijando su vista sobre la mesita donde acababan de tomar el chocolate nuestros viajeros; y luego diréis de los cortesanos...! cómo tan tarde?

—Pues se puede decir que en cuanto nos hemos levantado, amigo Rodríguez, dijo D. Perrondo; es cierto que cuando nos hemos acostado serian ya muy cerca de las dos.

—Buena, bueno.... bien hecho, repuso Rodríguez con satisfacción. Teneis tambien necesidad de descansar lo perdido... ¿Y cómo se ha descausado?

—Bien!... y tú, contestó D. Perrondo.

—Muy perfectamente; heya, lo menos tres horas quieto me levante, y he corrido media Madrid.

—No está hecho bien, chico, dijo Masalegre; ni tantito tan poco. Yo no sé cómo hoy me he descausado para haber dormido mas que las mantillas no me despierta el año, todavía estoy pensando á pierna suelta.

—¿Toma asiento, Rodríguez, dijo D. Perrondo; si tienes un pare...? ¿Y Julia, cómo está?

—Bien, contestó Rodríguez sentándose en una butaca; hoy quiere que comais con nosotros.

—Pues no es cosa de hasta un díaire... ¡Ah! Conchito, comeremos en el caso que la diligencia de Burgos no venga hasta el anocheecer.

—Si, si, dijo Masalegre apoyando á su amo; lo primero es esperar á Gumerinda, que para col

— ¡Ver contigo, días desocupados tendremos en el tiempo que estemos aquí.

— El de hoy no impedirá que otros días comamos juntos, pues justo es que nos dispenseis varias veces semejante honor, ya que, como debais, no habeis querido hospedaros en mi casa.

— Ya te se han dado las razones, amigo Rodríguez, repuso D. Perrondo: no he estado en otras dos ocasiones en ella.

— Si, pero aquellas no han sido bastantes a convencerme... en fin, no hablemos mas del asunto, porque en esa parte te dejo obrar con entera libertad, persuadido de que dispondrás de mi y de mi casa como sea de tu agrado... Con que hoy comemos juntos: he estado en el parador de diligencias y puedo aseguraros que caso de venir vuestra Gumerinda, no llegará a Madrid hasta las seis de la tarde.

— Muy bien; nos has ahorrado ese trabajo, dijo Masalegre.

— He visto tambien el cuarto donde ha de establecerse aquella jóven... y ya está ajustado.

— ¡Hombre! esa es mucha actividad... gracias, mi querido Rodríguez, dijo D. Perrondo.

— Si; yo soy así, continuó Rodríguez: en tomando a mi cargo un asunto no descanso hasta verle completamente orillado... Vengo en este momento de verle en compañía de su dueño, que es el tío mas cuco que encierra Madrid... ¡Oh! ¡oh! te has empeñado en que la jóven se establezca cerca de esta casa, y como no hay otro principal decente en toda la calle... él, sí, es magnífico: ya le vereis, que aquí tengo las llaves en mi bolsillo... consta de doce piezas al menos, algunas bonitamente pintadas; pero el bribon del propietario, que sin du-

da ha conocido nuestros deseos, nos le hace pagar de lo liado... No ha querido bajar un maravedí de cincuenta reales diarios durante el tiempo del ajuste.

—Como sea bueno, lo que menos importa es el precio.

—Bueno; pero repito que es excesivamente caro... son las paredes volas... luego hay que contar con el alquiler del mueblaje; pues que para servirse de él un mes ó dos no se ha de gastar un dineral, que costaría su compra.

—Eso corre de tu cuenta; si te parece, lo compras, y si no...

—No, no, mejor es alquillarlo... deseuída, que para la noche ya tendrás el cuarto magníficamente alhajado.

—Corriente, corriente, repuso muy satisfecho don Perrondo... ¿Pero cuánto has andado ya, hombre?

—¡Toma!.. ¡No dije al principio que he corrido medio Madrid? Me levanté temprano, al momento vine á examinar toda esta calle, y no viendo señales de estar desalquilado ningun principal mas que el que he ajustado, entré en la casa, pregunté por el dueño, me dijeron dónde vivía, y sin parar me encaminé en su busca. El es un usurero maldito...

—¿Usurero tenemos? dijo Masalegre: ¡si estará de Dios ó del diablo que en cualquiera población en que tocamos hemos de encontrarnos al momento con esa raza maldita?... ¿Y cómo se llama ese bribón?

—¡Oh! tiene un nombre significativo y es muy apropiado á su oficio... Es conocido por el *no* *ab* *misio*.

—¡Diablo! exclamó Masalegre. No extrañaré que sea una buena ave de rapina.

—Sí; con un establecimiento de préstamos sobre prendas, continuó Rodríguez, y sobre las lágrimas de multitud de honradas familias y la corrupción y vicio de infinidad de jóvenes, separados de sus padres á causa de sus estudios, ha levantado una fortuna colossal... Y no hay que extrañarlo; hace lo menos treinta años que ejerce el oficio, y como no lleva mas que una peseta por duro al mes, ó lo que es lo mismo *un 240 por 100 al año*...

—¡Qué horror! exclamó D. Perrondo.

—¡Y en Madrid se toleran esas cosas! ¡pues es mil veces peor ese tunante que el escriba Retuerta! dijo Masalegre. ¡Ah! añadió dirigiéndose á su amo; ya que ha salido Retuerta... ¡no lograremos ver luego á aquel guapejoven del hospital de Búr-gos?... Pero dejémosle por ahora, y sigue con el tío *Cernisalo*, que su historia me va interesando sobremanera.

—Y tiene que interesarte mas por lo que luego diré, repuso Rodríguez. Pues señor: llegué á su morada: el exterior de ella me pareció en extremo pobre y hasta si se quiere indecente, y su aspecto no sé qué extraña impresion se apoderó de mí; pero esta fué profunda é indefinible al recorrer las dos ó tres grandes piezas interiores, que tuve que atravesar para ver á aquella *ave maligna*... Al primer golpe de vista me pareció aquello una especie de palacio encantado; despues pasó por mi mente la idea de si seria la mansion misteriosa de hombres y mujeres de todas clases del presente y pasados siglos, que tuvieran sus pobres y ricas vestiduras colgadas, mientras se entregaban á un tranquilo sueño, segun las gabanes, levitas, fraques, panta-



lones, calzones, capas, eslavinas, chaquetitas, mantillas, camisetas, mantones, collares, charreteras, espadas, pistolas, tricornias y otra multitud de objetos raros y comunes, que cubrían completamente las paredes y los techos; y por último, fijándome en la realidad de lo que tenía en mi derredor, me convencí de que lo que por desgracia representaba, era un dilatado valle de lágrimas, un mar inmenso de desdichas, que un gobierno previsor y humanitario podía hacer desaparecer con la institución benéfica de un Banco bien organizado, donde el menesteroso encontrase todo menos que de balde el conveniente alivio a sus necesidades... El bribón del río da a su establecimiento con una satisfacción brutal e indecorosa el pomposo título de *Cosmorama*, y en verdad que semejante nombre no deja de tener su propiedad... no hay mas diferencia que en el verdadero *Cosmorama* todo es ilusión e ilusión risueña y encantada,

mientras que en este todo es realidad, y realidad terrible y desgarradora para un melancólicamente humanitario observador... Pero dejemos por ahora el *Cosmorama* de Cernicaló, que una profunda impresión me ha causado por la circunstancia de que, aun cuando tenía noticia de él, no le he visto hasta hoy en los quince años que llevo en Madrid, y volvamos a nuestro asunto.

—Sí, sí, dijo Masalegre.

—El truhan del usurero, promiguió Rodríguez, tomándome sin darme al principio por un forzado visitante de su *Cosmorama*, me recibió con altanería, pero así que le signifique el objeto que ante él me llevaba, se deshizo en imperdables cumplimientos, que yo recibí con el desprecio que se merecían. Habíome en seguida, sin yo pregun-

terle nada, de su *Casimiro*, de los favores que  
 era, si dispensaba á toda clase de gentes, de las ne-  
 cesidades que tan generosamente socorría, del orgu-  
 llo que mas de cuatro mejos (fueron sus expresio-  
 nes) habian puesto á sus piés, y es seguro que  
 aun me estaria dando cuenta de su vida y quila-  
 gona si no habiéndole cortado en medio de su relacion,  
 diciéndole con insolente sequedad, que yo no iba  
 en su busca para que me enterara de sus asun-  
 tos, ni de las necesidades del prójimo, ni menos  
 de sus medios de satisfacerlas, sino á tomarle en  
 amonadamiento al quarto principal de su casa de  
 esta calle, si le convenia darle arreglado y por  
 buen tiempo. — Si es por poco tiempo, me dijo el  
 bergante, no puedo darle arreglado, me ha gana-  
 do diez mil reales al año, pero Vd. sabe lo que  
 es mi casa? — ¡Dijo! me costó veinte mil duros... si que  
 vale mas de cuarenta, y si yo la compré tan barata  
 fué por saber de un grande apuro á un grande  
 jugador muy conocido... — Yo no trato de comprar  
 á Vd. en casa; voyemos al quarto, si caparece, di-  
 je interrumpiéndole. — Bien quisiera poder ense-  
 ñársela en este momento, pero no han venido aun  
 los dependientes... — Y cuando podreis? — A las  
 nueve en punto. — Pues hasta esa hora. Con acalor-  
 rado paso salia yo del gran *Casimiro* de Carmi-  
 calo cuando al ganar la puerta del último salon me  
 encuentro de manos á boca con quién direis?  
 — Con la tia *Cernicala*? dijo risueño *Mamala*  
 — ¡Oh! no quisiera haberle visto... ¡oh! ¡oh!  
 ¡juvent! Con el hijo del buen Zenon, el de nuestro  
 pueblo! — Con el hijo de Zenon! exclamaron á un tiem-  
 po D. Porcundo y *Mamala*.

—Con el mismo: á mi vista se quedó petrificado y pálido en el un cadáver: llevaba un bulto debajo de su capota... sin duda había madrugado por visitár sin avergonzarse demasiado...

—¿Pere ese chico...? dije D. Perrondo.

—Creo que está lleno de vicios: ni estudia una palabra, ni piensa mas que en bromas, en el juego y en las mujeres. Como su padre me lo tiene recomendado, le he amenazado varias veces con poner en su conocimiento la conducta que está observando; pero las amenazas veo que son insuficientes para su enmienda... Sí, sí; es necesario escribirle, si no queremos que le arruine este picaruelo sin provecho propio... Figúrate que hace cuatro días le di mil reales, y que en los dos meses escasos que lleva de curso ha gastado otros dos mil, sin contar con lo que al venir le daría su padre y él sacaría á su pobre madre.

—¿Jesús qué atrocidad! sigue, sigue, dijo don Perrondo.

—¿A dónde vais, señorito Sergio? le dije deteniéndome y contemplándole con extraordinaria severidad... sin duda venís equivocado, pues no creo que haya aquí ninguna cátedra de derecho... Al ver que con los ojos fijos en el suelo no acertaba á articular una palabra siquiera (tal era su aturdimiento); sígueme, le añadí, y arrastrándole marginalmente tras de mí, fuera de la casa de Gerónimo; ¿qué llevas ahí? le pregunté con imperio.—¿Por Dios, D. Tomás! murmuró en voz baja.—¿Qué llevas? repetí.—¿Es un compromiso de honor...!—Calla, no me hables de honor, cuando con tu conducta relajada estás deshonorando á tu virtuoso padre... pronto sabrá quien es su hijo!—¿No, no...! ¡yo es prometo...—¡Bella esa boca! ya no pue-

de besar en tus protestas... sin embargo, ¿qué compensación es esa, del cual puede sacarte el mas bribón de los usureros?—Sólo necesito media onza de oro.—Yo te doy una; pero es en la sola idea de ver si de hoy en adelante te muestras digno de tu buen padre.—Sí, sí...—Toma y calla, le interrumpí dirigiéndole la moneda... obras son amores; probémoslo hemos de ver si eres un jóven estraviado, ó un vicioso incorregible... ¡Ah...! ¿no has visto aun á nuestros paisanos?—He sabido que han llegado, pero ignoro dónde viven.—Aucha de San Bernar, de, número... espero que luego vayas á verlos... ¡Adios!... Yo me encaminé á casa, y el jóven, en extremo cabizbajo, pensativo y avergozado, tomó sin duda la direccion de su pesada.

—¡Pobre Zenon! exclamó con tristesa D. Perrondo de... No le escribas hasta ver si logramos hacer que su hijo vuelva al camino de la virtud.

—¿E cómo crees que yo pudiera hacerlo sin contar contigo?

—¡Vaya unos veinte años bien aprovechados! exclamó Masalegre... ¡Oh! siempre lo dije yo... Si aquel meneo de cabeza y aquel centeneo de cuerpo indicoan cualquiera cosa.

—No obstante, repuso D. Perrondo; él ha recibido una buena educacion; las bellas máximas que durante la infancia grabó el padre en su corazon, tal vez no hayan desaparecido por completo..... en fin, pronto hemos de verlo nosotros.

—Volvamos al tio Carnícalo, dijo Masalegre dirigiéndose á Rodriguez.

—A las nueve fui otra vez en su busca, tocando antes en el parader de Diligencias: himo que sin detenerse cogiera las llaves del cuarto, y aun-

que con infinita repugnancia; fui en su compañía á un pase tan lento, que siempre tardábamos mas de media hora en llegar á la casa, á quien allí ordenado tiene las piernas abotagadas, y andas menos que una tortuga. Despues de cinco vueltas al quarto, le pedi el precio. Tres duros, dias, y caballo; dijo nel berriante; y con una gran risa imperdonable; añadió: ¡paga adelantada, despues te...! Ya estoy en pagar adelantado, de respuesta; pero ¿qué me habeis pedido mas que a doble de lo que ha ganado según vuestra confesión, ¿verdad? pero no es lo mismo alquilatle por un mes ó dos, que por un año completo: en fin, así ha de ser, qué adelantadas como que con ella puedo hacer un negocio en mi *Cosmorama*, me dareis á razón de seis cuartos reales diarios, y de ahí no hago un minuto. ¿No os contentaréis con cuarenta?—Os digo que no es ni un maravilloso fenómeno. Corriente; quedé como quedo por treinta dias; y si me conviene, por sesenta: vengan las llaves y ahí va vuestro dinero, de inteligencia que al siguiente día os voy á dar el mas; si no os han sido aquellas chavetas, podéis mandar por otra igual cantidad á la calle de Placeres, número... Dile á Gerónimo, veinte y cinco reales en billetes de banco, que miró y examinó á su satisfacción mientras yo ponía el recibo; pagó como estaba prevenido de papel y tintero, y como pues que le firmó y yo le guardé en mi cartera; recogí las llaves, cerré la puerta principal, y como la de esta, que traigo en el bolsillo me encaminé en busca vuestra, dejando al fin en la calle, indudablemente asombrado de un tan casillero, fingiéndose como yo, y marchando para su establecimiento, sabiendo ya seguirá que noche llegado á estas fechas, como los otros días, y así sucesivamente.

—¡Hombre, hombre! ¿qué tan bien acaso nos hemos echado para Gumeráinda! ¡recuerdo Masalegre. Se me figura que ya siémpase oye él... ¡oh! desde luego le prometí una visita: no me voy de Madrid sin ver una vez siquiera su maravilloso *beneficio Compravama*.

—Pues digo que tendrías un gusto detestable, dijo Rodríguez.

—¿Por qué?... yo he de ir... el motivo... Dios solo lo sabe, repuso Masalegre como con inspiración acento.

—Pero ese chico de Zenon, dijo D. Perrondo llevándose su mano á la frente.

—Dejarle por ahora, que tiempo tenemos de enterarnos de su conducta, dijo Masalegre, y poco hemos de poder si no conseguimos enmendarle. ¿Dices que la diligencia llega á las seis de la tarde?

—Sí, contestó Rodríguez.

—Pues por si acaso viene Gumeráinda, estaremos á esa hora en el parador.

—Sin falta alguna, dijo D. Perrondo.

—Pues corriendo, dijo Rodríguez; despues de comer iremos al café mas inmediato al parador, y desde allí veremos entrar el coche.

—No hay que hablar mas del asunto, dijo Masalegre. No vames hoy á cumplir con el *ilustre D. Bonifacio*.

—Sí, contestó D. Perrondo, y si le hemos de ver es necesario ir antes de las doce.

—Probablemente ni aun así le encontraremos en casa, dijo Rodríguez: ahora andan revueltos todos los diputados, y nuestro paisano está como un palomino aturdido sin saber dónde refugiarse.

—¿Cómo? ¿Pues no se refugió ayer en la oposición moderada? dijo Masalegre.

—No lo sé, repuso Rodríguez; no creas que porque asistiese ayer á la junta se pasó con armas y bagajes al campo anti-ministerial... él obrará como forme mas convenga á sus intereses, para lo cual tiene un instinto maravilloso.

—Sí, dijo Masalegre imitando la voz maliciosa de D. Bonifacio; *me elevaré sobre las miserias de los partidos... no asistiré á la sesion, y si asisto me sentaré sin votar.*

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¡Vaya un nene como nuestro paisano! continué en tono formal Masalegre: aunque seco, chupado, verdinegro, narigon y quijarudo es la *perla de Campos.*

—Lo peor es que hay algunas *perlas* tan preciosas como esa, dijo Rodríguez.

—¡Hombre! pues los diputados con quienes hablamos aquí ayer antes de comer, por la tarde en su casa y anoche en el café me parecieran escocitísimos, repuso Masalegre... Sobre todo los del café; oh! yo estaba embobado oyéndoles hablar en favor de esta pobre nación: al oír sus arranques patrióticos no pude menos de decirme interiormente: «¡Oh España! ¡no sé cómo no eres la mas feliz y poderosa del mundo contando con unos hombres tan entusiastas, tan desinteresados y tan grandes!»

—¡Calla, bribon! le dijo risueño Rodríguez.

—¡Un jóven pregunta por vos! dijo en este el conserabido asturiano presentándose muy sério á la puerta del salon y dirigiéndose á D. Petrandu.

—¿No ha dicho quién es?

—Solo me ha dicho que anuncia á un caballero de Burgos.

—¿A qué es D. Pepito? dijo con alegría. ¡Muy alegre,

—Que pase, dijo D. Porroño.

Bien fuere por lo que acababa de decir el portero, bien porque, como era natural, le estuviesen esperando, bien porque, aun cuando solo le habian visto una vez, y eso postrado en el lecho del dolor, bastase para no haber olvidado los nobles rasgos de su hermosa fisonomía. E bien por todas estas circunstancias reunidas, al momento reconocieron nuestros viajeros en el sujeto anunciado al hijo del difunto administrador amigo de Betueta, al sobrino de la anciana doña Carmen Salgado, á la víctima del avaro escribano, arrebatada de sus brazos y tal vez de las de la muerte por la mas sublime generosidad, al bello jóven, en fin, don *Pepito Escalante*, quien, segun sabe el lector, viviera desde el hospital de Burgos á Madrid á continuar la carrera de ingeniero, que con ocasion de la muerte de su honrado padre se viera precisado á abandonar hacia ya mas de un año. De elevada talla y proporcionadas formas, breve y esbelta cintura, hermosa cabesa, rostro claro por naturaleza y por los ya casi imperceptibles rastros de palidez que en él dejara su reciente enfermedad, frente sobriamente despejada, conchados y perfectísimos labios y grandes ojos de un azul encantador, que expresaban la mas extremada dulzura, presentábase D. Pepito en su leonina juventud de veinte años como una de esas figuras interesantes, en cuyo obsequio, impulsados por secreta y ardiente aspiración, palpitan desde el instante mismo en que á ellos se acercan todos los nobles corazones: por eso en efecto en un elegante monoquero, en un pantalón oscuro de pátin y en un levit azul abotonado



de hasta el cuello, y una nuestra brillante joya, tímido, azaroso y hasta profundamente conmovido por la mas pura gratitud, ante su misterioso y desconocido bienhechor para ofrecerle una existencia, que ya le tenia en su mente consagrada desde el momento en que su pobre tia le contare en el hospital de San Juan la maravillosa compra de su dibujo.

Tanto D. Perrondo como Masalegre salieron al encuentro del guapo manco, y despues de saludarle con caradissimas muestras de alegría, que ensancharon su oprimido corazon, tomándole de la mano, no le abandonaron hasta dejarle colgado en una butaca, sentándose en seguida ellos y su amigo Rodriguez, que con manifiesta satisfaccion observaba los cariñosos extremos dispensados al recién llegado.

—Supongo que á quien tengo el honor de hablar en este momento, dijo Escalante dirigiéndose a aquel conmovido á D. Perrondo luego de verle colocado, es á mi ilustre bienhechor...

—¡Aíto, caballero! dijo D. Perrondo interrumpiendo al jóven y procurando ensanchar mas y mas su noble pecho con una encantadora sonrisa como si dijera: ¡soy á un verdadero amigo, que siente una indecible satisfecion al veros completamente restablecido de vuestra dolorosa enfermedad.

—Gracias, gracias, repuso Escalante echando sobre D. Perrondo una mirada de inefable dulzura. Mucho es para mí esa amistad, pero yo la acepto con orgullo en la esperanza de que me proporcionará alguna ocasion para mostraros mi eterno agradecimiento... Os soy deudor de un presentimiento y de un porvenir digno y lleno de esperanzas, mas os soy deudor de mi vida... permitid-

me, pupa, que es la ofrenda con la sinceridad que jamás faltó á mi corazón...  
 —Gracias, querido mío, repuso D. Perando estrechándole afectuosamente la mano del joven, á cuyos hermosos ojos asomó una lágrima arrancada por tal vez sublime reconocimiento. No ha tiempo de eso... somos amigos y con esto está dicho todo.  
 —Sí, sí; amigos de todo corazón, dijo con entusiasmo Matalagrás.  
 —Tanto honor!...  
 —No me olvides que es tan fácil olvidarse, repuso Matalagrás que en esta misma mañana nos hemos acordado de vos... testigo este amigo nuestro...

—Servidor de Vd., dijo Escalante haciendo á Rodríguez un ligero movimiento de cabeza, acompañada de una sonrisa que le paró quites y melancolías.  
 —Hasta que os aprecien estos amigos míos para que contéis también con mi afecto, v!e, dijo Rodríguez haciendo el ademán de despedirse.  
 —Gracias, repuso el joven mirando al conde con respetuosa veneración... No he podido saber con certeza vuestra llegada hasta hace cosa de un cuarto de hora, añadió dirigiéndose á D. Perando y Matalagrás, ni siquiera enterarme de la casa que ocupabais... La revolución de Barcelona, que ha surtido y sirve de conmoción á todo el mundo, vino á sacarme de mi forzosa indiferencia acerca de la política y alejar de mi corazón la tranquilidad que hacía tiempo gozaba. Al ver la infantería nueva del inmotivado destierro de dos personas, y pasar mí las más queridas y respetadas sobre la tierra. En el momento mismo de tener noticias de tan interesantes sucesos hubiera querido volverme águila para volar á prestaros mi insignificante apoyo; pero ¿qué hago contemplándoos ya en ca-

así para esta y á merced de las olas... pedí...  
 Dios por la felicidad de vuestro viaje y noticias an-  
 bre el mismo á tantos amigos y conocidos tengo  
 en la corte. Anoche llegué á traslucir que efecti-  
 vamente era cierta vuestra venida: en vano los  
 y otros diferentes periódicos en una multitud de  
 establecimientos públicos; en vano también pre-  
 gunté á todo el mundo con el objeto de saber  
 vuestro alojamiento: no me ha sido dable enterar-  
 me de él hasta que á poco llegaron los primeros  
 diarios al gabinete de lectura de S. Felipe y en  
 ellos vi anunciado vuestro feliz arribo al anoche-  
 cer del penúltimo día. Verlo y venir á ponerme  
 á vuestras órdenes...

—Bueno, bueno, dijo D. Ferrando interrumpien-  
 do á D. Pepito y contemplándole con infinita  
 ternura... Pues aquí nos tenéis para mandarnos  
 lo que sea de vuestro agrado: podéis venir todas  
 los días, á todas horas, cuando lo permitan vues-  
 tras ocupaciones, cuando mejor os plazca... ¿Quién  
 sabe? añadió meditando un instante; acaso ten-  
 gais que entender algún negocio á vuestra ex-  
 celitud y talento.

—Mi mayor gloria estará en poderos ser útil en  
 alguna cosa.

—Así lo creo... Y vamos, ¿qué me decís de vues-  
 tra tia?

—Que está tan buena y contenta. La pobre tan-  
 to ha descansado un momento hasta que apobé  
 la aseguré que habíais venido, prometiéndole con-  
 tarme hoy de vuestra morada. Luego vendré á  
 veros: como yo he venido aquí directamente, está  
 de el gabinete de lectura, sin ignorar dónde  
 estáis.

—Decidla que por hoy no se moleste, porque

no me ha contentado con eso; venmos á salir luego, y dudo que volvamos á ella, hasta muy entrada la noche.

—¿Puedes ir á pasar un día con ellos, no pueden venir á verte por las tardes?

—Pobre señora! dijo Masalegre: decidle que yo tambien tengo muchas ganas de verla. ¡Quisiera para habitar un rato en esta del Bribón Retuerta... ¡túndale! No, no tiene mala lección en el tribunal.

—Y donde vivís, D. Pepito? dijo D. Ferrón de repente al ver que solo al nombre del avaro escribano se había huido el hermoso rostro del joven.

—Tenemos un cuarto tercero en la calle de Toledo, frente á San Isidro, que nos cuesta cinco reales diarios: para ayuda de pagarlos mi tia asiste á dos estudiantes y, aunque pequeña, dejan alguna utilidad.

—Para tender mucho trabajo la pobrecita.

—Ya sé usted, pero es natural, sin embargo ella lo soporta con gusto; pues aunque de edad avanzada, es tan activa y agita. Dice: ¡muja, goma de cociente, cald!

—Ya le diré ya que se le oide en el trabajo. ¡No es justo que haga media á la corte, y tenga en ella una vida tan trabajosa como en Búrgos! Ah! añadió D. Ferrón, ahora que ha salido Búrgos á campaña que se va á Gomarín.

—Lo pides que de mí me? ¡dijo Escalante!

—No, es de la corte.

—¿Mas que si le oide en el trabajo? Búrgos por la hueste de la guerra que se va á Gomarín.

— ¡Oh! es el corazón mas bello del mundo que  
están conmovido Masalegre.

— Luego la tendreis en esta, añadió D. Perro-  
ndos tal vez llegue esta noche: ya al menos la espero.

— Tendré en verla una singular complacencia y  
un grande honor el ponerme á sus órdenes, dijo  
don Pepito.

— Yo sí que tengo ganas de verla, repuso Mas-  
alegre: ¡Dios quiera que llegue esta noche!

— Segun vuestro cálculo no puede menos de ser  
así, dijo Rodriguez. Pero al tiempo se pasa muy  
dulcemente, añadió levantándose y mirando su  
reloj... son ya mas de las once, y si yo he de ar-  
reglar todos los negocios que traigo entre manos...

— Sí, sí, dijo D. Perrondo: tambien es ya hora  
para nosotros. Saludaremos á Julia antes de ir á  
ver á D. Bonifacio... Ya veis que se os trata con  
la confianza de un verdadero amigo, añadió en-  
gándose á D. Pepito en tono afectuoso.

— ¡Pues no faltaba mas! exclamó el joven lleno  
de satisfacción... Yo tambien tengo que ir á las  
debe al colegio, añadió levantándose, y como mi-  
ta me ha de detener un buen rato... amigos el  
corriente, querido, repuso D. Perrondo, por  
ese caso saldremos juntos, y nos despediremos  
hasta mañana donde sea de vuestro agrado.

— Ahora continúe D. Perrondo, Masalegre, Rodri-  
gues y Escalante salieron de la casa de Lucillo  
Antón de San Bernardo, tomando juntos la fa-  
recion de la de Pousa: pasaron todos juntos á la  
puerta de la casa del comerciante, este se enca-  
minó en busca del mueblaje que habia de ser-  
vir á la habitación de Cameranda, Escalante de-  
parar en el puesto de su pobreza la satisfacción  
que reboaba en el suyo por el buen recibimiento

que también de hacerle nuestros viajeros, y estos subieron á saludar á la bella Julia, esposa de su virtuoso paisano á la par, que tierno y verdadero amigo.

-m. f. 1811.

-m. f. 1811.

## CAPITULO IV.

no está en el

no está en el

## LA ESPERANZA.

039'

San la noche de la mañana: un sol esplendente y purísimo, que apenas acaba de nacer, baña ri- suafadas pintadas paredes de una soberbia habi- tation de la calle Ancha de San Bernardo, de- ran- de de paso los preciosos objetos que en ella hicie- ra colocar poco antes el mas delicado y esquisito gusto. En sus cuatro rincones elevanse sobre vis- tosos pedestales cuatro estatuas de mármol, que con primorosa perfeccion representan á *Venus, Flora, Diana y Pomona*, diosas respectivamente de la herminura, de las flores, de los bosques y de los frutos: cuelgan de su elevada techumbre dos lin- dúsimas arañas de cristal tallado: ricas alfombras en union de magníficos sillones, cómodas butacas y elegantes divanes y sofás, cubren el dilatado y tartan pavimento: penden de sus paredes echo se- herbias cuadros de bronce, llamando sobremano- la atencion por el vivo colorido de sus pinta- ras el colocado por cima de un bonito tocador, que representa las *Tres Gracias*, dulcemente enla- zadas, con su barba pintura sus cabellos flotantes, sus diademas bocas y las demas divinas formas, que una á otra se trasmitiera la apasionada mitología, y en un alto y plegado cortinaje de fino y blanquísimo damasco adorna por último sus dos grandes balcones en los cuales se ven diferentes

tientos con la fragante albahaca, el abanico de geranio y otras plantas y flores tiernas, deliciosas y odoríficas. Si no con el lujo que el ancho canchiv hallanse adornados con esmerado gusto los dos gabinetes que tiene á derecha é izquierda. Ambos puede decirse que están igualmente amueblados; pero hay la diferencia de que mientras en uno se encuentran colocados todos los objetos con admirable simetría, en el otro reina un completo á la vez que vistosísimo desorden, producido por los diferentes pañuelos, vestidos, guantes, corollos, pulseras, collares, y otros preciosos adornos de señora tendidos al acaso así y así, sobre la dorada sillería, dos lindos sofás, un soberbio fírepiano y una putida mesa de tocador de ríbo y terrosísima caoba. Y es que sin haber visto el primero, ni aun siquiera para tomar posesión de él, se ocupa en el segundo, á luego de abandonar el mullido lecho y sin aguardar al ordenamiento de su grande y magnífico equipaje, del conveniente arreglo de su tocado, la simpática y encantadora Gumerinda; Gumerinda á quien ya tenemos en la corte. Gumerinda que esta que ocupa la habitación buscada y amueblada con tanta elegancia por el comerciante Rodríguez; Gumerinda que, obediente á las órdenes de nuestro viajero, ha llegado en la tarde anterior acompañada de su criada Irene, del ilustre conde de Maigor, deposedo ya con aquel y del excelentísimo marqués de Gattieres, colocado al servicio de la jóven por disposición del mismo conde, quien al efectuarse el viaje de Burgos, destinó á su habitación en un caprichoso y lujoso apartamento su habitación en el palacio y en un aposento de la casa de la reina y la señora de la reina.

pluvium, cubierta con peballón elegante de plumas  
verde; ha pasado la joven una noche cruel de in-  
somnia y de melancolía. La fatiga del viaje, la vista  
de los queridos amigos y el consorcio porvenir que  
disponer de las reflexiones y consuelos de aquellos,  
presentaba de vez en cuando ante su vista en ator-  
mentado espíritu; la tienen sobremedida de  
conciencia: una ligera palidez se deja ver en su  
rostro celestial; que á veces con triste sonrisa, á  
veces enborrosa, pero siempre anhelante, contem-  
plándose fielmente reflejado en la ancha, preciosa  
plumada luna del magnífico tocador que tiene á  
sí misma: ¡Pare cuán hermosa está sin embargo  
de intrínseco! hija de Selá en su situación de an-  
gustia, de satisfacción y de esperanza... ¡Cuán  
bella, cuán divina aparece la hermosa joven en  
medio de las encontradas y fuertes emociones que  
agita su noble alma, contemplando ¡ese porvenir  
sombrio, que involuntariamente se aleja, que ter-  
na y desaparece luego, que vuelve y se ahuyenta  
con seguida de su ardiente y vivísima imaginación  
para gozarse en los cortos pero repetidos interva-  
los, dominada por una inesfable y melancólica dal-  
man, en el amor perfecto que los profesa, en la  
tierna actividad que hacia ella muestra el fiel ami-  
go de su padre! ¡Oh! no es posible, no, que se haya  
dado nunca una criatura mas seductora, una figu-  
ra mas interesante, una hermosura mas acabada.  
Si nosotros no estuviéramos íntimamente convenci-  
dos de lo imperfecto del cotojo, estogariamos aquí  
las mas sublimes creaciones de los mas sublimes  
artistas para comparar á nuestra Gumerinda con  
ellas; pero una mujer hermosa no puede parango-  
narse con que con otra que tambien lo sea: el bu-  
llo del álamo no sirve ni servirá jamás para dar



-nos ideas aproximada siquiera de las gracias y  
 encantos de una bella, y ver los retratos brevísimos  
 que debemos á la voluptuosa y ardiente imaginación  
 misma de los griegos sobre sus sinfías y mercedes,  
 sobre sus silfides y ondinas; esos retratos, cuya apla-  
 lecture continúa involuntariamente todas nues-  
 tras fibras, no nos hacen formar sino un juicio  
 incompleto de las raras y seductoras perfecciones  
 de una literatura. Pero en nuestro concepto,  
 los poetas y literatos modernos poseen una vul-  
 garidad, ó mejor dicho, insignie torpeza, cuando  
 obran sobre extraordinarios nobles objetos, imi-  
 tando á sus heroínas con las vírgenes del Ma-  
 rillo, las producciones de *Rafael*, *Miguel Ángel* y  
*Canova*, y los cuadros de *Van-dyk*, *Vinci* y el *Titic-  
 no*. Y en efecto, ¡qué artista, por inspirado que ha-  
 ya sido su talento, ha podido trasladar al lienzo  
 reproducir en el duro mármol el sentimiento de la  
 viveza, los encantos y las divinas formas de una  
 mujer hermosa...? ¡Ha podido algún genio supe-  
 rior existir con su pincel las misteriosas, sublimes  
 y celestiales emociones que en nosotros nacen de  
 la vista de una mujer soberanamente bella? ¡Há-  
 brase heroicamente esforzado, habrá puesto á su  
 lado con tal objeto su privilegiado ánimo; pero  
 imperfecto imitador en esta parte de la provida  
 naturaleza, tan solo se ha visto dado de jarnos de-  
 billísimos trasuntos de esas obras reservadas al  
 pincel de ella... El divino Apolo y el matador  
*Samso*, esos dioses de la pintura, regulados por el  
 incomprendible Autor de los mundos, el amor á la  
 mitología y el odio al cristianismo, ¿han podido  
 darnos mas que pálidas copias de esas queridas  
*Campane* y *Fornarina*, esas dos hermosísimas  
 mujeres que fueron el encanto de la griega?



de ocultar su emblema en persona que no; afora,  
esta ya sorprende cuando se asustan en el  
calle con la misma costumbre que en su propia  
propia casa.

—¡Ah, que volé volé! exclamó la joven Ca-  
lenda al encuentro de D. Perrodo, pero no se  
detuvo al que acababa de entrar. Se separó con  
impaciencia, amigo mío, añadió burlándose por  
recobrar su tranquilidad, y presentando su frente  
divina a nuestro viajero, que estampó sobre ella  
un óculo de castigo tan extrañable como in-  
cuento.

—Lo creo, hija mía, le dijo D. Perrodo con  
extraordinaria dulzura, y por eso he venido a  
mí levantarme, dejando aun al fondo en la co-  
muna... Pero estas cosas, añadió contemplando  
las tres monedas con indecible ternura; tiene,  
hinchados los ojos, pálida la color... ¿Cómo es que  
se vive así, aunque a mi lado no debes pean-  
sar que en tu felicidad? Por Dios, quédate más!  
¿así has desahogado esta noche?

—No lo costáis... la fatiga del viaje... la ne-  
cesidad de habitación y de comida.

—No, no, querida mía, repuso D. Perrodo con  
amabilidad su blanda y suave voz; pero es claro  
nada tiene que ver con las incomodidades del via-  
je... ¿Por qué te afiegas porque ves a mí...? ¡oh  
nada, nada de estas tan alborozado mi cora-  
zón...

—No creas que para otra cosa por el mío,  
repuso la joven, clavando en una expresión de  
amor infinito sus grandes y helados ojos sobre  
D. Perrodo; pero, ¿no sabes que también es  
caso de gozo arrancar de los y conchados la  
gema?

«¿Qué, hija mía...? ¿por qué me incugetas ver-  
las en esos divinos ojos, dijo D. Perondo ha-  
biendo parecido á la bodega Gumpersinda una ce-  
lestial abismal. Ahí, ahí, te quiero yo ver, risueño,  
allegro, contento...» Y así, voló, añadió diciéndola  
de súbito, y habiéndola, en el mismo sofá donde  
él se acomodó: tenemos que hablar muchas cosas,  
que anochecho me fué posible comunicarte...

«...ahí, en este momento de nada, ¿por qué este fúge  
un momento en mi obsequio? dijo la joven  
volviendo una rápida mirada por el salón.

—¡Lujo, querida mía...! esto no es lujo para  
la corte; pero aun cuando lo fuera, ¿no sabes que  
si yo pudiera rodearte en este momento del es-  
plendor inseparable de una reina, lo haría con  
la mejor voluntad? repuso entusiasmado D. Per-  
ondo. No hablemos de eso, no; hablemos de lo  
que interesa, de ti, del general...

—¡Y de vos y de mis hermanos! dijo inter-  
rumpiéndole Gumpersinda... de vos, que me in-  
teressais mas que el mundo entero! añadió diri-  
giéndole una ardiente mirada.

«...vos hermanos buenos de todo hablaremos hija mía.  
—A propósito de tus hermanas: ayer esperé en vano  
carta de Barcelona; pero hoy deberemos tenerla  
—ahí, supongo que te escribirá Adela... ¡ah! ¡ah!  
—¿verás qué corazon...! Ya poco podré añadirte á  
lo que anoche te dije sobre Eduardo y su dichoso  
enlace. Bástate el que te asegure sin ningún gé-  
nero de duda que tu hermano será feliz con la es-  
posa que ha escogido... él, sí; lo será, porque se ha  
—unido á un ángel... ¡ah! es Adela una mujer ce-  
lestial; es tan buena como tú, tan hermosa como  
la que mas...! no, no: un poco menos que tú, más...



dió después de una breve pausa mirando tristemente á Guimeráinda.

—Yo quiero que seas, amigo mío, hija de mi madre. Si de nadie tengo envidia; cómo la habiendo llamado de mi hermana! ¡Oh! ¡oh! ¡qué dicha es el poder llamar hermana á una jóven tan bella, chaga chaga que la vea luego?

—Sí, sí; espero que vengan los dos felices esposos á la corte así que se ponga bueno Radrast y se sienta completamente restablecido. Eduardo... vendrán, sí, sí, yo te lo prometo. Ya te dije anoche las palabras con que en el barco me espresó la jóven el ardiente deseo que tiene de verte: «Si hay necesidad, dijo llena de entusiasmo, iré hasta el fin del mundo por conocerla.»

—Pobrecita! ¿qué no haría yo en su obsequio! como se ha de aumentar el afecto que la profeso así que la vea...! Pero lograrán vuestros amigos vencer la repugnancia de su padre para que abrace como hijo á Eduardo?

—Sí, sí, desecha todo temor sobre el asunto. Además de que adopte antes de salir cuantas disposiciones creí conducentes para que así sucesivamente, disposiciones que me es de deber revelarlas ahora, el mismo fabricante que ya te he mencionado, y para que tú te asustes de todo punto por una sencilla razón, te haré el donante que no estaría en un caso de tanta importancia haberme visto. Y obtendrás la aprobación de tu padre de la idea. Cuanto a lo que me debes, mi pobre Eduardo, no te preocupes, la jóven mirando á D. Ramon de Alarcón, te lo diré, y quisiera que recibieras la noticia con la misma alegría que yo la recibo.

- ¡Pequeña, hija mía! exclamó D. Ferrando apretando involuntariamente entre las suyas la mano de Gumerinda, y elevando sobre ella sus ojos con una expresión indefinible de amor y de cariño... Pues ¿y ese amor, noble como vuestros almas, puro como vuestros corazones, que yo quiero tanto ó mas que á mi vida? Es el viva y reconcompensa ese afecto entrañable que habia en el pobre viático de una familia que como con una icon mi existencia, muestran dos orizontes celestiales, dos seres á cual mas interesantes y simpáticos, dos hijos en fin del hombre virtuoso y bienhechor, que fué el mejor de mis amigos... Bien sé, hija mía, continuó mirando á la jóven con melancólica dulzura, que estamos en un siglo de asqueroso materialismo, que se burla del entusiasmo, que hace un vil escarnio de las afecciones mas nobles y sublimes, porque todo lo contempla bajo el prisma de un cálido interés; pero esto mismo influye en el hombre de egregias sentimientos, en el hombre que se eleva sobre las miserias de esta vida y cree con fé en las felicidades de la otra, para apreciar en lo que valen los corazones que laten en esa llama divina que se llama amor en esa llama sin la cual no hay dicha posible sobre la tierra... ¿Cómo no he de estar yo ampliamente compensado con vuestro amor puro, inmaculado, sincero, con vuestro amor entusiasta, infinito, que vale mas que todos los tesoros del mundo y ha de durar tanto como nuestra vida?

- ¡Oh! sí, sí, amigo mío! (mas mas) durará mas que nuestra existencia, porque nos amareis con preferencia tambien en el cielo! exclamó la jóven en medio del mas sublime entusiasmo, que vino á manifestarse visiblemente en su sobrenatural bello-





estas tormentas... Mi afecto hacia ti es el deber de padre y el de tu madre; de qué Dios te privó en los mejores de tu vida; pero ese afecto, que nunca te faltará, no llena hoy los vacíos de tu posición; tienes que pensar... *[aquí se intermite un momento]*

—No lo comprendo! exclamó Gamarral con profunda melancolía... ¿tengo que pensar en cosas como las del mundo, en la deshonra...?

—No! nunca! dijo interrumpiéndola con calor don Perseus: la deshonra solo acompaña a las acciones criminales, y tú eres un ángel purísimo; dar deshonra en caso sería para el vil seductor, y que abusando con solemnes promesas de tu candor celestial... pero no, no; no pensemos en eso! Yo creo que el general cumplirá con su deber... *[aquí se intermite un momento]*

—El corazón me anuncia que no, dijo Gamarral, alida meneando tristemente su cabeza.

—No lo extraño, hija mía, repuso D. Perseus, porque un corazón atormentado por la duda, como lo está el tuyo, no sabe lo que siente... No olvidas, añadió con la idea de animar a la joven, que en medio de los rudos embates que ha sufrido y sufrido ese generoso corazón, que en esa lucha heroica, o mejor espantosa, que la incertidumbre en el porvenir ha llevado a tu noble alma, natural es que te inclines a descartar funestamente sobre tu posición; pero yo, que veo las cosas bajo de otro prisma, y que tengo una idea justa de lo que vides, no puedo menos de pensar de diferente manera; si, hija mía! Yo creo que el general, con lo que quiere ser un funcionario público, procederá como un hombre de honor... Espere en sus agencias tomadas a pretexto de medidas... *[aquí se intermite un momento]*... pero si esas medidas violentan la voluntad es sin duda una mala medida... *[aquí se intermite un momento]*

-no! Pero Dios, hija mía! ¿Y puede caber en tu imaginación que yo había de procurar tu muerte á la de un hombre, que no te estimasq. toda esta merced?... Esas medidas tendrán en su caso por objeto no forzar, sino persuadir; no violentar, sino convencer: de lo contrario yo sería un inconsiderado, que trataría de labrar tu infelicidad por sucumbir á preocupaciones vulgares é indignas de un peñón un poco elevado.

¿Y vos esperais?...

-Sí, espero, y espero con razón. Ciertó es, porqué nada quiero ocultarte, que de la entrevista que tuve con él en Barcelona el día mismo que tomé posesion de su cargo, no salí tan satisfecho como yo deseaba: te confieso con ingenuidad que, aunque no perdí la esperanza, no pude menos de dudar de sus intenciones, porque interpolado habíame precisamente por mí sobre tu abandono en Burgo, no acertó á disipar los recelos que abrigaba mi corazón; pero hoy ha variado por completo su situación. Por fin regular el hombre á quien á su antojin lehurta la fortuna, se ensorbece y mira como cosa muy natural el faltar al cumplimiento de sus finas sagradas obligaciones, mientras que, si aquél le vuelve la espalda, torciendo las desgracias que tal vez le proporcionen sus faltas como un justo castigo de la Providencia, vuelve sumido hacia esta sus ojos, aun quando insensiblemente desprecia en sus días de bonanza, y en proporcion de su abatimiento orece su amor á la justicia, como principio eterno que, gratiado por el Criador en el alma de la criatura, jamás desaparece de toda punta de ella. En este caso, contemplo yo ahora al General Heredia de la manera que lastimosa en su amor propio precipitado estrepito

temeramente de sus planes; él mismo me ha considerado, en él me mirado, por una especie de abnegación de todos; de los unos porque él me ofendió y a los otros porque no le sirvió a su satisfacción; por los demás porque ya contemplan oculto el día de la estrella, cree que hará a prisa de los instantes; gime todo de la conciencia, y que se ve del impudencia que se gesticula a ti como a un puerco, según el punto de eion: creo mas; creo que, considerándose en un estado de su angustiosa situación como en un papel tufelar, vendrá gustoso a depositar en tu noble corazón las angustias de que estará libre el sujeto de la crisis de la inconstancia de la cuarta y de la posesión que una se puede fiar de la generalidad de los hombres cuando aquella se nos muestra adversa.

—¡Ah! vos me alentais, mi buen amigo, papasa

—Pronto lo hemos de ver; queda un miaz dentro de muy breves días de haber llegado a la céntrica y de tenernos...

—¡Pero eso lo sabéis de cierto?

—De boca del mismo ministro. Antes de aquí logré tener una larga conferencia con este funcionario, y me debe ocultar que en ella me mostró, aunque justo, enemigo del General.

—¡Vos! ¡cuánto asombrada la jorona!

—Quiero decirte que le planté la revolución del Barcelona tal cual había pasado, que le asigné terminantemente que solo la torpeza del General prevenció al pueblo a la lucha, que luego me puse a mi suplico sofocar.

—¡Pero, Dios mío!

—No conocéis que a mí me das un tras de él?

—¿Qué? ¿has de ser perfecto?

—No, mi amigo, lo primero, y que por él se vea el efecto de lo primero, y que por él se vea el efecto de lo primero, y que por él se vea el efecto de lo primero.

que consignarse en la causa que se le forme para que rinda cuenta de su conducta; en cuanto á lo segundo, antes que el General, que tú, que yo y que todo cuanto me ataña en el mundo, está para mí la causa de la humanidad, interesada en que esos hechos se esclarezcan, en que no se lleven la desolacion y el espanto á una ciudad tan inmensa como fustre.

—¡Ah! ¡teneis razon! exclamó la jóven mirando á D. Perrondo con profunda admiracion.

—Y en cuanto á lo tercero, continuó este, desde luego calculé que la residencia, por la cual irremisiblemente tenia que pasar el General, podia servirnos de prenda segura, interesándonos en aquella á su favor, ó persiguiéndole sin piedad, aunque con justicia, según fuese su proceder para contigo.

—¡Ah! ¡no, no! exclamó la jóven llena de la mas sublime abnegacion. Cualquiera que sea su conducta para conmigo, yo os suplico que no le persigais.

—¡Pobrecita!... Yo admiro tu grandesa de alma, hija mia; pero si ese caso llegase, cuenta con que no he de obrar con arreglo á las inspiraciones de tu noble corazon... Si, lo que no creo, faltase villanamente á sus promesas; si quebrantando de una manera infame sus solemnes juramentos quisiera labrar tu desventura... ¡oh! entónces es preciso confundirle, anonadarlo, cubrirle de eterno oprobio...

—¡Ah! ¡no, no! repitió Gumersinda en tono lastimero. Mirad que en todo caso... ¡Oh Dios! ah! dió cubriendo el rostro entre sus manos: ¡el sueño de mi honor!... y no debéis olvidar que es villandio... podría alcanzar al fruto de mi pasion.



— ¡Jamás! dijo D. Ferrondo con imponente majestad. Si llegara á abandonar ese fruto de su amor, ¿qué tendría de común con él? nada absolutamente: yo haría que toda la deshonra recayese sobre su culpable cabeza, si; entonces, ambos nos sobrepondríamos á las preocupaciones sociales, á esas preocupaciones tanto mas injustas, cuanto que, dejando á salvo al criminal, solo se ceban en el inocente; y para que tú te miráras con orgullo en tu adorado hijo, yo le adoptaría como mio, llevaría mi nombre en union del tuyo...

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó Gumersinda elevando al cielo su mirada suplicante. ¡Con qué podré pagar tanto amor, tanta y tan sublime abnegacion!

— ¡Pero cuán necios somos! prosiguió D. Ferrondo mudando de tone mientras que la jóven derramaba abundantes y consoladoras lágrimas. ¡Por qué discurrirnos así, cuando todas las probabilidades están por que el General vendrá con ardientes deseos de arrojarle en tus brazos, de renovarte la fé prometida, de depositar en tu corazon las amarguras del exilio, de ofrecerte en fin para siempre el amor que tantas veces te ha jurado?... Sí, sí, hija mia; ámate, añadió tomándola de nuevo su blanca mano y mirándola con indecible ternura: el corazon me anuncia que serás feliz, sí, sí... ¿y por qué no?... Nada importa que por de pronto se vea el General arrinconado... tal vez, y sin tal vez, sea esto mejor para tí, sí; en el seno de la vida privada tu hermoso corazon amansará el suyo, tu alma elevada hará que se impresione la suya de lo bello y de lo grande, y tus nobles sentimientos contribuirán poderosamente á que los suyos sean tambien nobles, justos y sublimes, para que tiempo andando pue-

de otra vez en su alto puesto ser provechoso á tí, á vuestros hijos y á la sociedad entera... ¡oh! qué hermosa y fácil misión para tí, porque ¡qué no podrás hacer tú con tus atractivos? ¡qué es lo que no puede conseguir una mujer noble, bella y virtuosa?

—¡Ah! ¡en vos confío! dijo la jóven clavando sobre D. Perrendo sus negros y enternecidos ojos con una expresion de inmensa gratitud.

—Y en tí tambien, hija mia, y sobre todo en Dios, en tí, por lo mucho que vales, en Dios porque jamás se olvida de los buenos. Sí, si, no te abandones á crueles presentimientos, ensancha tu corazon, y haz porque en él reviva la consoladora llama de la esperanza.

—¿Y cómo no he de esperar, hallándome bajo el amparo de un hombre como vos? repuso Gumerinda, animada á su pesar con el persuasivo lenguaje de nuestro viajero.

—Buena, bueno: eso es lo que quiero, que esperes en Dios y en mí, dijo D. Perrendo. ¡Oh! ¡no quedes figurarte el placer que yo experimento viéndote alegre y satisfecha! añadió contemplando embalsado á la jóven, á cuya divina boca asomó una seductora sonrisa. Le demas... déjalo de mí, cuéntame... No creo que por ahora tengamos que hablar mas...

—¡Qué! ¿os quereis marchar ya? dijo la jóven con hondo sentimiento.

—Al momento, hija mia; pero luego soy contigo. Esta ha sido una visita, extraordinaria... ¡tenia tan ardiente deseo de verte y hablar á solas un rato!... Voy á ver si se ha levantado el conde...

—¡Oh! ¡qué hombre mas grande! ¡cuánto le debe tambien! exclamó conmovida la jóven.

—Después vendremos los dos con Músiclegre: no creas que vames á abandonarte un momento: procuraremos enseñarte lo mas precioso que enoferte la corte; distraerte con las mejores diversiones que ofrezca, proporcionarte alguna amiga...

—¿Para qué mas amistad? ¿no llenan las vuestras por completo mi corazon? dijo interrumpiéndole Gumersinda.

—No diré que no; pero si encontráramos una jóven digna de tu aprecio... En fin; obratemos conforme veamos... Vaya, vaya: yo me marcho, y puesto que la música deleita tu alma, espere que te diviertas un poquito con el piano...

—¡Tanta solicitud!...

—¡Ah! ¿no sabes que ayer ví al jóven D. Pepito Escalante?

—¿Al hijo del difunto administrador?

—Sí; me ha dicho que te conocé, y supongo que hoy vendrá á hacerte una visita.

—¡Pobre mozo! exclamó enternecida Gumersinda. Le recibiré como á un verdadero amigo.

—Sí, es un bellissimo jóven, repuso de repente D. Ferrondo; el reverso de la medalla de un peñanito nuestro, que está aquí siguiendo sus estudios, ó mejor, continuando en sus vicios, y de quien tú deberás acordarte.

—¿Quién es?

—Sergio Garcia, el hijo de mi buen amigo don Zenon.

—¿Pues no me he de acordar? dijo con alegría Gumersinda... si es de mi misma edad... ¡cuántas veces nos divertíamos juntos! y por cierto, recordo ahora que era un niño muy guapito, travieso...

—Y lo es al parecer mas de lo regular, dijo el

terrumpiéndola D. Perrondo: ¡digo! Yo no le he visto todavía, porque ayer fué á casa en ocasion que nosotros estábamos en la de Rodriguez, pero hoy procuraré verla, aun cuando tenga que ir al efecto á la suya... Tomás me ha asegurado que es un jóven pervertido, que no estudia una palabra, ni piensa en otra cosa que en el juego y en toda clase de vicios.

—¡Qué lástima!

—Yo quiero mucho á Zenon para que no procure poner enmienda á su hijo extraviado, prosiguió D. Perrondo: sí, sí, hoy empezaré esta nueva tarea, que creo no ha de serme muy costosa... Con que, te dejo por ahora, hija mia, añadió levantándose.

—Pues hasta luego, dijo risueña Gumerinda levantándose tambien.

—Sí, sí; querida mia... ¡adios, adios! repuso extraordinariamente satisfecho D. Perrondo. Y apretando con efusion la linda mano de Gumerinda, cuyo divino rostro contempló unos segundos con paternal ternura, salió del salon acompañado de la jóven hasta la puerta, y en seguida se encaminó en derechura á su posada, donde el conde, que hacía un rato abandonára su lecho, se entretenia ahora con la lectura de un diario político, mientras que Masalegre, consecuente en todas partes con la promesa que hiciera á su compañera Francisca al salir de casa, escribia una larga epistola, participándola todas las aventuras que por él y por su ame habian pasado desde que estalló la revolucion de Barcelona hasta su feliz arribo á la corte.

## CAPITULO V.

SERGIO GARCIA. — EPISTOLA DE MASALEGRE  
A FRANCISCA.

A la vista de nuestro viajero el ilustre conde arrojó á un lado el periódico, y fijando sobre aquel sus grandes y hermosos ojos azules, con la sonrisa en los labios, dijo:

—¡Bien, señorito, bien...! yo me alegro de que seas tan madrugador; pero te suplico para en adelante que no abandones así á los amigos.

—Dispensadme, mi querido conde, dijo don Perrondo... era tan temprano, y teniais por otro lado un sueño tan sosegado...!

—Bien, bien, repuso en tono formal y benévolo el conde; obraste perfectamente en no interrumpirmele, y te doy dobles gracias, pues supongo vendrás de ver á mi querida pupila.

—¿Cómo vuestra pupila? repuso D. Perrondo ocupando una butaca próxima á la del conde, y colocando en otra su sombrero.

—Sí... ¿no te ha dicho Gumersinda que he sido su tutor?

—¡Ah...! ¡cuán bondadoso sois! exclamó don Perrondo, contemplando con respeto el venerable y simpático rostro del conde.

—Ya se vé... casi no hemos podido hablar nada todavía, repuso el conde. Anoche me echaste á la cama á lo mejor... ¡Pues no queria venirse sola la niña con su Irene.....! ¿no te lo ha dicho?

—No, amigo mio.

—¡Cá! y estoy seguro que lo hace si por casual-

edad no me hallo yo en casa cuando recibió tu última carta. Como la significase en el momento de leerme la que ya estaba dispuesto para venir en su compañía, erre que erre en que no era justo que abandonase por ella mi casa y mis negocios; que por su parte los tenía todos arreglados; que la bastaba su Irene... qué se yo: ello es que tuve que cuadrarme, y con aparente gravedad, que produjo un efecto maravilloso, la dije: «Tú no eres mas que una pupila mia, y sería hasta indecoroso para los dos el que abandonárais a Burgos, y fueras por esos caminos en clase de una aventurera; en el viaje pasaré por tu tutor, y en llegando á Madrid cesarán mis funciones, y ambos haremos lo que nos mande nuestro buen amigo, que ya nos estará esperando con impaciencia...»

—Gracias, mi querido conde, dijo D. Perrondo gratamente conmovido.

—Sometida de esta manera á mi autoridad, prosiguió el conde, llamé al instante aunque con su beneplácito al honrado Gutierrez, quien aceptó con trasportes de júbilo mi propuesta de dedicarse al servicio de la jóven siempre que se le consiguiese su licencia absoluta, que entre paréntesis es necesario proporcionarme á toda esta solicitud acto continuo la provisional para que pudiera venir en nuestra compañía, y siéndome concedida, empezamos á disponer lo conveniente á nuestra partida, que se fijó para el siguiente día: A la verdad, me ha guardado mi pupila en el camino todas las consideraciones que se deben de justicia á un tutor fiel y cariñoso; pero te confieso que ha sido constantemente rebelde á mis influencias y consejos para verla alegre, entusiasmada, animada.... Si no risueña, al menos la vi en

Bárgos diferentes veces muy esperanzada; pero de manera que nos agredáhamos á la córta, no parecía sino que el corazón se la oprimía mas y mas, bajo el peso de siniestros y aterradores presentimientos. Vamos, lo que es en algunos momentos, al contemplarla entregada á una melancolía dulce, serena, y hasta diré que encantadora, es seguro que el mas inspirado vate la hubiera comparado á la mas bella estatua del dolor, acompañado de una conformidad tan extraordinaria como sublime... ¡Oh! ¡oh! esa niña está sosteniendo dentro de su pecho una lucha espantosa, una lucha tanto mas tremenda, quanto mas esquisita es su sensibilidad y mayor su entusiasmo por la virtud... ¡Pobre criatura! necesitas, y aunque sé lo mucho que tú puedes hacer, mejor diré, necesitamos andar muy á la mira de ella, trabajar con constancia, y ver cómo á todo trance endulzamos su hermoso corazón, que vale inmensamente mas que el mas precioso tesoro. »

—Ya podéis suponer, mi querido conde, que no habré ido con otro objeto á visitarla tan de mañana. Aunque cuento como anoche os insinué, con vuestro privilegiado talento para ver de salvar á esa criatura angelical, quise ir solo, ya por darle algunas noticias mas sobre sus hermanos, ya tambien porque mi corazón sentia una ardiente necesidad de que ella me abriese el suyo por completo... Como entré sin anunciarme en el salon, la sorprendí llorando...

—¡Pobrecita!

—¡No os habeis engañado, mi buen amigo! nunca han sido mas fatídicos los presentimientos que ha abrigado su noble alma.

—¡Ca! Ni yo he visto una desesperacion por

el estilo, dijo el conde con visible sentimiento. Cuando mas me apuré en una ocasion procurando poner en buen lugar al General, y animarla en la idea de que vendria gozoso á arrojar-se en sus brazos, « No os molesteis, mi querido conde, me dijo sin una señal de resentimiento, sin ira, con una melancólica dulzura, capaz de partir el alma mas avieja; el corazon me dice que ese hombre se acabó para mí, que seré su víctima, y no su víctima coronada de flores para ir al sacrificio, sino su víctima cubierta de oprobio para ser así arrojada á la imbécil y burlona sociedad en que vivimos. »

— ¡ Oh ! ; oh ! ; si yo tambien he de deciros lo que siento, esclamó en extremo conmovido don Perondo, ese hombre, por tantos estilos funesto, ninguna confianza puede inspirar á mi corazon !

— ¡ Pero es posible... ?

— ¡ Nunca, ó muy raras veces me ha sido traidor ! repuso con tristeza D. Perrondo... Sin embargo, continuó con aparente calma; escusade es deciros que á todo trance he procurado lanzar del de Gumersinda la honda amargura que le está devorando, y si no lo he logrado por completo, creo que he llevado á él el bálsamo consolador de la esperanza; esto no es poco, mi buen amigo; por de pronto lo que nos conviene es que espere... despues ¿ qué sabemos... ?

— Sí, sí; eso es lo primero, dijo el conde con manifiesta satisfaccion... Estoy contento porque me aseguras que Gumersinda está con esperanza... ¡ la esperanza ! ¡ triste del corazon que vive sin ella... ! Y por qué no hemos de esperar nosotros ? La posicion del General ha variado por completo... Sí, sí; dejémonos de augurios funestos, y puesto que los sucesos se acercan, aguardé-



moslos con calma, aunque prevenidos para que tengan una solucion favorable á nuestros designios... Y vamos, ¿supongo que me acompañarás hoy á hacer algunas visitas?

—¡Pues no faltaba mas! Me tenéis á vuestra completa disposicion para llevarme donde gustéis, dijo risueño D. Perrondo.

—¿No sé si ya tienes noticia de la *Duquesita del Terebinto*? repuso el conde.

—Recuerdo haberos oido hablar en Búrgos de ella.

—Pues bien, quiero que la conozcas: esa será nuestra primera visita, por supuesto despues que saludemos á Gumeriinda.

—Corriente, mi querido conde, dijo muy satisfecho D. Perrondo.

—¡Verás, verás que arrogante muchacha!... repuso aquel con entusiasmo. Si no conociera á Gumeriinda, diria que era la mujer mas hermosa del mundo.

—Tanto mejor para que yo desee conocerla, y si en ella pudiéramos encontrar una amiga para vuestra *pupila*...

—Ps... no sé que te diga sobre eso, repuso pensativo el conde.

—¡Ah! ¡qué torpe soy! No me acordaba de que esa señora podrá tener sus ínfulas aristocráticas, que no querrá abandonar en obsequio á una pobre huérfana desvalida.

—¡Ca...! No te aseguraré yo que no las tenga; pero eso tal vez seria lo de menos. Aunque lejano nos une algun parentesco, y en las pocas ó muchas consideraciones que guarda hácia su tío (pues que así me llama, mas que por otra causa, por la buena relacion que tuve con su padre), acaso se

daria por satisfecha en servirme si yo la hablase de semejante amistad. Lo que dudo es que pudiera congeniar con ella Gumersinda : mientras que esta es un modelo de candor y de ternura, la otra peca un pequito de casquivana..... ¡digo! no sé si la habrá sentado el juicio en los dos años que hace que no la veo... tal vez sea más caprichosa. Su padre fué un *bonus vir* que, viéndola sola, la dejó salir con todos sus gustos. Soltera, á pesar de su hermosura, de tener ya veinte y cuatro años y contar con una respetable fortuna, es la Duquesita lo que aquí se llama una *mujer de mundo*, esto es, *amable*, gastadora, alegre, vivaracha, insinuante, celosa de otras hermosuras á pesar de ofuscarlas la propia, y amiga en fin, á pesar también de no carecer de talento, de esas relaciones superficiales tan comunes en la corte y en las cun-les para nada juega el corazón, porque la cabeza es la que saca todo el escote... Recibe también á una infinidad de *literatueltos*, cuya mayor parte contribuye también con sus adulaciones y sus insulsas producciones á trastornar el juicio de la jó-ven.

—¡Ah! teneis razon, amigo mio, dijo D. Ferron-do un si es no asustado con la relacion que de la Duquesa del Terebinto acabára de hacerle el con-de: vuestra sobrinita es el reverso de la meda-lla de Gumersinda, y no cabe entre las dos rela-cion de ninguna clase.

—No diré yo tanto, querido mio, repuso el conde. No es una cosa imposible el que se haya enmendado la duquesa, ni tampoco lo es el que á pesar de esos que nosotros llamamos defectos, y aquí no pasan por tales, pueda ser una buena ami-ga de Gumersinda... En fin, tú la verás y juzgarás

por tí mismo si es ó no digna de la amistad de nuestra jóven, y en caso no nos faltarán otras revelaciones que puedan llevar nuestros deseos.... ¡Hola! que ya sale Masalegre, añadió viendo venir á este del gabinete inmediato con una carta en la mano.

—Sí, y por cierto que ya estaba en brasas por saber cómo ha descansado Gumersinda, dijo Masalegre mirando á su amo.

—Ps... así, así, dijo este.

—No lo extraño, repuso Masalegre: la pobre se quedó anoche sobremanera afectada, y aun cuando uno tenga agotadas las fuerzas del cuerpo, como el espíritu se halle intranquilo... pero supengo que ahora la habreis dejado contenta, ¿eh?

—Bien ha quedado, sí... Pero ¿qué carta es esa?

—Pues nada... tienen muchísima razon los provincianos en quejarse de los de la corte... Lo que há que somos nosotros cortezanos no nos acordamos de nadie... ni siquiera hemos escrito una mala carta á nuestro pueblo...

—Así es, hombre...

—¡Vaya si es! y como yo no me olvido de los míos, al ver que maldita la cosa tenía que hacer mientras que el señor conde se entretenía en leer el periódico, me puse á escribir á mi compañero Francisco.

—¡Buena estará la carta! exclamó risueño don Ferrondo.

—¿Por qué ha de estar mala? la leeré á ver si es de vuestro agrado, y si no...

—Sí, sí, dije de repente el conde; veamos lo que dice á tu compañera.

Masalegre ocupó un sillón, y desdoblando la

Carta, leyó con voz pausada su largo contenido; que el conde y D. Ferrondo escucharon con boch risueña, y la satisfacción retratada en sus semblantes. Decía así:

«Madrid y noviembre, etc.—Mi querida Francisca: Nos hallamos, á Dios gracias, en esta nueva Babel, que se llama corte, á la que arribamos felizmente hace tres dias, despues de correr al vapor, ó sea con la ligereza del águila, un *poquitillo* de mundo... ¡oh! ¡y que grande es este! puedo yo exclamar aquí con mayor razon que lo hice la *señora Pascasia* (q. e. g. e.) cuando, al ver llena de asombro á la media legua de nuestro pueblo que el cielo y la tierra no tenían pronto término por ningún lado, volvió de gurupa para su casa, dejando á otros el gusto de correrle á su satisfacción. Y no creas que entiendo yo aquí solo por mundo el mar, la tierra, los llanos, los valles, las montañas, las ciudades, las villas, las aldeas, los ríos; los arroyos, las lagunas, etc., no; más que todo esto componen el verdadero mundo los hombres y las mujeres, los chiquillos y los ancianos con sus *fiestas*, sus desgracias, sus festines, su hambre, su lujó, su miseria, su abundancia, su escasez, sus batallas, sus lleros, sus risas, sus gritos, su prudencia, sus locuras, sus simplezas, su cordura, su aversión, su largueza, sus virtudes, sus engaños, su heroísmo, sus traiciones, sus torpezas, su despojo y otra multitud de cosas que no te digo ni de tierto podrás en la estrechez de una carta: mira pues si es grande el mundo, contempla si es inmenso, y dime despues si habrá algun hijo de Adán y Eva que, teniendo los cinco sentidos *estados*, se *de* *ante* de su confusa ó innumerable *escencia*. *Antes* estoy yo de ella; pero, como que *ve* *ve*

tariamente y hasta con gusto me lancé á recorrerla, si tengo tropiezos me los aguanto, si caidas las sobrellevo, y si me rompe en una las narices, tendré tambien que sufrirlo, acordándome de aquel refrán de que *el que algo quiere algo le cuesta*: haber hecho si no lo que la *señora Pascasia*, que á fé que nadie nos ponía un puñal al pecho para abandonar nuestra casa.

«Pero casi todo lo que voy diciendo es para tí incomprendible, y aunque quiero ser claro, porque tú eres sencilla, parece que no adierto á salirme con la mia, lo cual es fácil que dependa de que ya soy *cortesano* por cuanto me hallo en la corte, y acaso, como todos ó los mas que en ella viven, tenga yo sin saberlo en mi cabeza un órgano, y no de música, que, merced á una nueva ciencia, ahora aquí muy en boga, es conocido bajo el larguísimo y altisonante nombre de *incomprendibilidad*. Mas aunque tal me suceda, haré en tu obsequio como hacen ellos cuando les tiene cuenta, porque me entiendas á tu satisfaccion; y así, tomando el hilo de nuestra viajata desde el punto donde la dejé en mi anterior epístola, te diré que si bien nos echaron malpareciendo de Barcelona, y no por nuestros pecados, sino por los ajenos, dimos gracias á Dios de que nos dejarán como en el aire, esto es, medio en destierro y medio en libertad; pues con esta, entre otras cosas de importancia que llevamos á cabo, podremos casar á Eduardo con una señorita de la ciudad que vale mundo y medio, el entero por ella, y el medio por la circunstancia de ser extraordinariamente buena, á pesar de tener un padre muy berrugo, muy usurero y muy mas que amante. Desde Barcelona, el barco donde nos re-

fugiamos, á cargo de un bravo capitán que se llama *Mindana*, y á quien siempre tendré en el corazón, nos trasportó en un día á *Valencia*, tocando en *Palma de Mallorca*, en cuya última ciudad (y no lo tomes á mal) ví todo lo contrario que en ese país respecto de vosotras, pues que allí casi todas las mujeres que encontré me parecieron hermosas, mientras que ahí las mas que se aparecen al individuo pecan de ese maldito defecto que se llama *fealdad*. En nuestra travesía marítima nos encontramos con un quinto muy guapo por sus cualidades, y con un diputado muy feo también por las suyas, y si te doy esta noticia, al parecer nada importante, es porque sepas que hay quintos que deberían ser diputados, y diputados que deberían ser quintos, al menos mientras no desapareciese esa contribucion que se llama de *sangre*, solo defendida por los que no quieren pagarla, ni la han pagado ni acaso la pagarán jamás. Necesito decirte antes de pasar adelante, que aun cuando nos arrojaron de la manera consabida de Barcelona, no creas que la generalidad de los catalanes es mala gente: yo, antes de conocerla, tenia esa idea de ella; pero he visto por experiencia lo contrario, mal que les pese á los que solo miran las cosas por encima, y á los que, siendo ellos malos, creen que lo son todos, á semejanza de aquel danzante que, al ser conducido al patíbulo por sus fechorías, dijo que no habia en el mundo ningún hombre honrado. Bien quisiera decirte otro tanto de los valencianos; pero como no estuvimos mas que un día en su capital, no tuve tiempo para conocerlos. Lo que sí puedo asegurarte es, que la huerta de Valencia, la mas deliciosa del mundo, será para mí por siempre memorable, porque en

ella unos bergantes de manta y trabuco robaron al amo y al buen Mindana con mucha sutileza y cortesía todo cuanto llevaban, y gracias que á mí me dejaron en salvo por considerarme un *pobre diablo*, que si no, nos entorpecen nuestra marcha á la corte, obligándonos á buscar el *cum quibus* indispensable para viajar.

»Come te dejo dicho, llegamos hace tres días á esta sin novedad, y en ese poco tiempo ya he visto mucho, mucho, muchísimo. Por supuesto me he convenido plenamente de que aquí hay en toda mas farsa que realidad. En cuanto á lo primero (y esto te encargo se lo digas al momento al señor cura) todos los que desde ahí nos parecen unos *hombrones*, dispuestos á escalar el cielo, mirados desde cerca, no son sino muy chiquititos, tan chiquititos, que bien se les podría meter en una jaula de canario; en cuanto á lo segundo, casi todos los que andan en la baranda (no quisiera ofenderlos), me parecen unos intrigantes de primera clase; y en cuanto á lo tercero, pulula por todas partes una plaga de *figurines, monigotes y tutili-mundis*, capaz de revolver con su sola presencia el estómago mejor arreglado. Al ver esto, yo creo que estaría ya aquí fastidiado, si anoche no hubiera llegado Guernersinda, que está mil veces mas hermosa que la diosa de la hermosura. También vino con ella el conde de Melgar, á quien tú conoces, y nuestro salvador de *Rabé*, el buen carabinero Juan Gutiérrez; este se ha quedado al servicio de Guernersinda, y el conde está hospedado en nuestra compañía. Ya veremos cómo el amo y el conde proporcionan á aquella criatura celestial la felicidad de que tan merecedora es por su belleza y por su noble corazón.

»Diferentes veces hemos visto á nuestro paisano el diputado D. Bonifacio Burdiluengo de Quinsoces, que por cierto no es tan tonto como se creia: sabe perfectamente dónde le aprieta el zapato, y si no logra dar honor al país, presumo que al menos él ha de hacerse célebre en los *fastos parlamentarios*, eso que no es amigo de *parlar*; pero en cambio lo es y mucho de *hacer*, que es lo que ofrece cuenta. Tu parlante Tomás Rodríguez, con quien nada va de le arriba dicho sobre los cortesanos, está tan bueno en union de su bella señora y de sus lindísimos hijos: es llano y honrado á toda prueba; me ha preguntado mil veces por tí, y segun yo he llegado á entender, al regresar á esa, piensa darme un recuerdo para probarte su afecto.

»Aunque esta es larga, no la cierras ahora porque el correo sale mas tarde y quiero ponerte una *postdata* para D. Zenon relativa á su Sergio, á quien no hemos visto aun; pero pensamos ver hoy á todo trance... Adios... Consérvate buena, y no nos esperes hasta muy cerca de Navidad, en cuya época, huyendo del rico *turron* de la corte, iremos á comer lo de nuestra casa, que, aunque pobre, nada deberá á ninguna alma nacida. Tuyo como siempre.

MASALEGRE.

La presencia del portero, que vino á anunciar á D. Sergio García, no dió lugar á que el conde y D. Ferrondo formáran comentarios sobre la carta que acabara de leerles Masalegre. Al oir este el nombre de su paisanito, doblando apresuradamente la carta, que luego guardó en su bolsillo.

T. III.



— ¡Hombre! ¡qué linda alhaja! mas ¿tiempo no podía venir.

— Que pase, dijo D. Perrendo dirigiéndose al portero.

Un momento despues estaba en la habitación el joven estudiante Sergio Garcia. Aunque ya contaba este la edad de veinte y un años y su estatura era bastante elevada, al contemplar su sencillez, su cuerpo, su talle breve y su claro y sonrosado rostro, sobre el que apenas apuntaba el bozo, cualquiera hubiese oído que se encontraba aun en la pubertad, edad feliz, aunque pasajera, venturoso aunque estrecho limite entre la vida material y la intelectual, que permite gozar todas las dulzuras de la primera y parte de las de la segunda sin ninguno de los sinsabores inseparables de la infancia y de la juventud: sin embargo, fijando un poco la vista en lo inquieto de su ancha frente, mas ancha a causa de dos enormes entradas que notablemente le afeaban, en el oscuro color de sus hundidas órbitas y sobre todo en la continua distraccion de su mirada, sintoma infalible de interior agitacion, desaparecia para el menos observador el puberto, presentándose el joven en su lugar, y no el joven entusiasta, sano, apacible, contento. Mas con un mundo de lisonjeras ilusiones, sino el joven intranquilo, débil, somnoliento, arrastrado prematuramente por el torbellino de las pasiones al centro de una vida de abnegacion, de emociones fuertes y terribles, de pasiones ruidosas y furiosas y de largos disgustos, que en poco tiempo envilece al alma y gasta hasta secan el corazon, secando con él todas las fuentes de la humana felicidad. Afortunadamente, aunque lanzado á toda vela en esa vida miserable, toda-

— «Esa aterrorizada muchacha joven en su porción, talgu-  
 — «muy graciosa de virtud, y con su apoyo podía an-  
 — «rancarse de aquella, convirtiéndola en un ser útil  
 — «para mí y para sus semejantes; sobre todo no había  
 — «desaparecido de él la vergüenza, y la vergüenza  
 — «para un adolescente constituye un signo presen-  
 — «cioso (1)».

A la vista del imberbe manco se levantaron  
 — «bruscamente tres amigos: adelantóse aquel con timi-  
 — «doso hincapié. Don Ferrondo, quien, contemplando de la  
 — «mano, le obligó a sentarse a su diestra, después  
 — «expuso que correspondiera a los afectuosos salu-  
 — «dos que tanto él como el conde y Masalegre, le dir-  
 — «gieran. V. se le dijo, Ferrondo, ¿qué le pasa? —  
 — «¿Dónde te escondes, hombre? le dijo luego  
 — «don Ferrondo contemplándole por la nariz, es  
 — «dichosita».

— «Retírate aquí, y verás...»  
 — «No, dijo lo hemos sabido; pero bien podías haber  
 — «dicho... me hablo con esta franqueza, porque sa-  
 — «bas que te se estima: cortía mercedes. Además que  
 — «hace ya tres días que allegamos...»  
 — «No, no tienes  
 — «disciplina, y castigo es un delito imperdonable, al no  
 — «distinguirse de la vergüenza tanto tiempo. Hoy está-  
 — «bamos pensando si iríamos a casa para tener el  
 — «placer de saludarte...»  
 — «Al fin, que tenía que estar en la idea  
 — «de que nuestro hijo se le daría ya noticia de su  
 — «rehabilitación por su presencia en el *Comodoro* de Compiè-  
 — «ne, y en el momento de haber recibido el  
 — «afectuoso, cuando por lo menos razonablemente  
 — «esperábamos que se le expresara, o al menos que se le  
 — «dijera sin ambigüedad...»  
 — «Dijo...»  
 — «Dijo...»  
 — «Dijo...»

Rodríguez había guardado sigilo sobre sus compromisos de honor, y así en extremo animoso y con el corazón rebotando de alegría, dijo:

—No podéis dudar que mi mayor satisfacción hubiera sido no solo el venir á veros á poco de vuestra llegada, sino el haber salido á esperares; pero hasta anoche no supe de fijo que era cierto vuestro arribo.

—Bien, hombre, bien; está admitida tu disculpa, porque ya estoy contento con verte, repuso don Perrondo. Y vames: ¿supongo que estudiarás mucho? añadió echando sobre Sergio una mirada penetrante.

—¿Pues qué ha de hacer? ¿á qué ha venido si no? dijo Masalegre contemplando al jóven con una sonrisa un tanto burlana.

—Ps... Mucho, no, pero á las horas se hace lo que se puede, contestó Sergio algo ruborizado.

—No es poco, querido, no es poco, dijo con afabilidad D. Perrondo: en ta edad no se debe exigir otra cosa; el estudio á sus horas y una honesta distraccion á las suyas...

La palabra honesta vino á ruborizar mas á Sergio, á quien el conde, precisamente por el retintín que advertiera en las palabras de sus amigos, empezó á contemplar con manifestó interés; no se escapó á la penetracion de D. Perrondo aquella circunstancia, y con la misma seductora dulzura con que en su interior de habia propuesto fundar un partido más recóndito del corazón del marqués, continuó: Mas, como el ser obeso, que es una no es, si las diversiones no están refidias con las letras: por el contrario: son absolutamente indispensables en la adolescencia, en esa edad, dispon en que el corazón se entrega con ciego entusiasmo

á las ilusiones, mas, risueñas y consoladoras. No obstante, esas diversiones deben sufrir el contrapeso de la meditación y del estudio, porque el adolescente tiene que llegar á ser hombre, y al hombre le es imposible desgraciadamente, alimentarse de ilusiones... Yo me licencio; añadí despues de una breve pausa y como interrogando con su vista á Sergio, con la idea de que en su buena disposición no tendrás olvidado esto:

—No señor, contestó al estudiante entre risueño y turbado.

—¿De dónde es este caballero? preguntó el conde.

—De nuestro pueblo, é hijo de un excelente amigo, dijo de repente D. Ferrnando.

—¿Tiene en su padre un buen espejo donde mirarte, añadió Masalegre.

—¡Hombre! hombre! repuso el conde con satisfacción: en ese caso: no me extraña el interés que mostráis por su bien.

—Es que lo merece este buen mozo, repuso don Ferrnando.

—Gracias, murmuró Sergio bajando al suelo su vista, aunque fijándola antes un segundo sobre el venerable rostro del conde.

—Pero oyes chicos, añadió D. Ferrnando con entrebortadas y entontadas palabras; tenga que decir una cosa que entretá muy mal parecida. El siglo está por doscientos mil motivos. Nuestro paisano Rodriguez sugeto á quien yo no puedo menos de presenciar.

—Al decir esto, el rostro de Sergio se puso mas encarnado que el carmen. Desapareciendo en un instante las esperanzas que poco antes, conchiara

sobre la reclusa del opaco amante, en ay de que alienta á  
tro viajero; entiendo por aquel dar su vida, como lo  
da la b. á entenderse una reprimenda en que se re-  
liese á reducir su matutina visita al *Comendante*  
*de Córdoba*; y seguro es que en aquel momento  
habiera deseado que se apianara sobre su cabeza  
el techo de la habitación, para que ser ahogado  
nada por semejante cosa delante de un caballero  
tan principal como para él era ya el que tenía de-  
lante, puesto que nada menos que de donde habia  
oido tratarle D. Perrodo lo notó con tanta ali-  
naria satisfaccion, y dirigiendo su vista á otra parte  
para que el amante pudiera cobrar algún alien-  
to, prosiguió con notable precipitacion:

«Soy yo no puedo menos decosarla, porque es  
un hombre tan veraz como el primero. Si me ha  
quejado de que le visitas muy pocas veces, nada  
mas que las necesarias, esto es, cuando vas á mi  
conferirle por la *teoría*. En la *práctica*, que es  
muy reprehensible, porque Rodriguez es un buen  
amigo de tu padre, es un paisano que á todo se  
hebra por su aislada probidad; tiene excelentes  
relaciones en la corte y otros puntos que podria  
servirte de mucho, y sobre toda me conoto que te  
estara como lo que es, circunstancia que de he-  
ria animarte mas y mas á ir de vez en cuando de  
satisfacer gustos á tu interesante familia».

Borgio vió los cielos abiertos con el pare-  
inesperado giro que D. Perrodo dió á su ser-  
vicio, en cuya virtud pudo ya respirar con  
alguna libertad. Sin embargo tan honda impres-  
ion recibió su ánimo con la fundada sospecha de  
verlo reprendido por sus vicios, que aun cuando  
intento dos ó tres veces usar de la palabra para  
disculparse se encontró sin aliento para hacerla;

cual si su corazon fuera presa de una horrible pesadilla. El conde lo observó, y para que pudiera el joven, ganando un poco de tiempo, salir de su embarazosa posicion, dijo con la mas estremada dulzura:

—En efecto que Rodriguez es un bellissimo sugeto... Yo no le he conocido hasta ayer noche; pero ne puedo menos de decir que me pareció una persona en todos conceptos excelente. Convenido de que ganareis, y mucho, con su relacion, me tomo la libertad de unir mis súplicas á las de mi buen amigo para que frecuentéis mas á menudo su casa... ¿Donde hay mayor satisfaccion que la que proporciona el trato íntimo de un paisano honrado, cuando uno se halla á gran distancia de su pueblo natal...?

—Y siendo Rodriguez un sugeto tan afable y tan llano... Vaya, vaya, no tienes perdon, añadió Masalegre: si yo estuviera establecido aquí, no dejaba de verle todos los dias.

—Si yo también tengo un gusto especial en verle, dijo aturrido y con conmovida voz el estudiante; pero... como en este año asisto á tres cátedras...

—¡Ay! ¿qué cátedras serán ellas! esclamó para sí Masalegre... y qué *catedráticas* las que las regenten!

—Hay que estudiar bastante...

—En el libro de las *cuarenta hojas*, dijo tambien para sí Masalegre: estoy ardiéndome... ¡bronzuelo...! si no temiera al amo, yo, yo te cantaría claro.

—Yo supongo que estudiarás, dijo D. Perrondo mirando de nuevo al mancebo, á cuyo rostro iba volviendo poco á poco la serenidad; pues no fal-

taba mas! Pero como que hay tiempo para todo, bien puedes estudiar, cumplir con los deberes sociales, divertirme... aunque gastando poco...

—¡Cá! no hay que temer por ese lado: un joven estudioso nunca puede gastar mucho....! ¿ne es verdad, mi querido Sergio? dijo Masalegre en medio de la sonrisa sarcástica que tan oportunamente sabia llamar á su boca.

—No, no creo yo que Sergio sea un gastador, repuso D. Perrondo con aparente formalidad, mientras que los labios del mancebo se contrajeron, presentando una risita que no le salia de adentro... Ya sabes lo que es Masalegre, añadió procurando animar mas y mas á Sergio, que siempre está para broma.

—En efecto, dijo el conde.

—Ya le conozco, dijo Sergio, dirigiendo á Masalegre una mirada, que mas tenia de suplicante que de otra cosa.

—Pues bien, prosiguió D. Perrondo; á mí no me extrañará, ni extrañará tampoco á tu padre, que tengas tus gastos extraordinarios, como los tuve yo y los tienen todos los jóvenes que se hallan en tu caso; por el contrario, es preciso convenir en que el hombre constituido en cierta posicion, debe pecar muchas veces de rumboso mejor que de ruin, á trueque de que no se rian de él ni le desprecien.

—Pues eso es lo que le hace á uno aparecer como gastador, dijo con desembarazo Sergio, cual si le hubieran tocado el único resorte capaz de dar vida á su enfermo corazon. Mi padre se queja continuamente de que gasto, pero es porque no se hace cargo de los compromisos que hay en la corte, de que tiene Vd. que andar vestido

con decencia, ir alguna vez al teatro, al café, emplear una enorme cantidad en libros...

—Bueno, hombre, bueno, repuso D. Perrondo; yo me hago cargo de todos esos compromisos, y mientras permanezca en esta, aquí me tienes para sacarte de cualquiera en que puedas encontrarte.

—Mil gracias.

—Nada, nada... cuidado que me enojaré si no lo haces... No creas que tu buen padre es tan poco conocedor de tu posición, que no se haga el mismo cargo que yo, continuó D. Perrondo; pero amigo... es necesario tener en cuenta muchas cosas: los jóvenes no mirais regularmente mas que el día de hoy, y es preciso tender la vista al porvenir, si queremos gozar siempre de un presente tranquilo y feliz. Tu padre tiene otros hijos, querido mío; ha gastado mucho con la dolencia de tu pobre hermanita, felizmente terminada; los tres últimos años han sido fatales, merced á la escasez de aguas; las contribuciones se han aumentado, y lo que parece increíble, á manera que las cosechas son mas cortas, decaen los precios de los granos y del vino... Esto, que no necesito probártelo porque lo has palpado tú mismo, es suficiente para cohar por tierra las mejores casas.... ¿Qué tiene, pues, de particular que tu padre, que se esfuerza en proporcionarte una brillante educación, procure al mismo tiempo porque seas un hombre económico, en bien tuyo y de tus pobres hermanitos? No lo estrañes, hijo mío, no; ten presente que los tiempos están malos, y que solo se puede ganar de comer á fuerza de incesantes y bien dirigidos trabajos.

D. Perrondo acababa por de pronto de conseguir



su objeto. Mientras que tan hábilmente traspasó el cuadro de los sinsabores, porque tenía que pasar la familia de Sergio para sostenerle en el estudio, habíase ido presentando ante la imaginación del jóven el otro cuadro, mas espantoso para él, de sus vicios y su loca disipación. Las dulces é la par que profundas reflexiones que le dirigiera nuestro viajero habían llegado hasta lo íntimo de su corazón: se vergonzóse interiormente de la vida licenciosa que traía, sus ojos se humedecieron y su delicado é imberbe rostro se cubrió de una triste gravedad, que no pudo menos de mover á compasión hasta al mismo Mraalegre, árido antes de darle una durísima lección. A la verdad no podía confarse con la inmediata enmienda de un jóven contaminado con toda clase de defectos, pero ya pudo nuestro viajero abrigar la esperanza de que aun era tiempo de salvar al hijo de su amigo. El conde, que en el modo de explicarse de D. Perrondo había calculado ya hacia tiempo que se trataba de un jóven extraviado, cuya enmienda buscaba aquel por los medios suaves, mas eficaces en general que los rigurosos, iba á tomar la palabra en su ayuda cuando la presencia del portero, que traía una gran carta en la mano, vino á estorbarlo con harto sentimiento suyo.

—No hay mas correo que este, dijo el portero, entregando la carta á D. Perrondo.

—¡ Hombre! es de Barcelona, dijo este mirando el sello.

—De veras! dijo lleno de gozo Mraalegre.

D. Perrondo abrió la carta, que era de Vicens, y contenia en su interior otras tres. Púsose á leer con notable calma la del noble ex-capitan, y así

que la saludó volviéndose al conde. Mas  
alegre, dijo con la mayor satisfacción:

— ¡Estamos de enhorabuena, amigos míos!

— ¡Cómo!

— Padre ha abrazado á Eduardo.

— Ya parece que le quiero menos mal que hasta  
aquí, dijo Masalegre.

— Está loco de contento con él; así me lo asegu-

ra Vicens, y supongo que Eduardo me dirá lo mis-

mo en esta que me incluye el capitán.

— Bueno, bueno, dijo el conde rebotando de  
alegría. ¿Y la ciudad?

— Sigue lo mismo... en espera de la comisión  
que ha venido á la Corte... Contad con que la  
fecha de esta carta no había llegado aun el correo  
de gabinete...

— Ya lo supongo, hombre; mi amor habrá llega-  
do aun; repuso el conde. Pero bien podían haber  
ocurrido nuevos acontecimientos desde nuestra  
salida.

— ¿De qué? ¿por las otras dos cartas? dijo  
Masalegre: ¿quién sabe si nos todos nuestros amigos?

— ¿Adónde? preguntó D. Ferrnando. ¿Estáis de Fabra  
parís?...

— ¡Buen Fabra!...

— ¡Tomad, lo otro que te dirá lo mismo que a mi  
me dice Vicens... Esta otra es de Adela para Guob  
mersinda... Nos prepararemos para llevarla  
luego...

— ¡Al instante, al instante, es necesario poner  
cuanto antes en su conocimiento una noticia tan  
importante, dijo el conde mientras que D. Ferrnando  
y Masalegre leían las cartas de Eduardo y  
Fabra.

— Nada mas de particular me dice mi buen

amigo; dijo Masalegre así que concluyó su lectura.

—Ni Eduardo me habla de otra cosa que de su suegro y de su hermana, dijo D. Perrondo.

—Vamos, vamos a ver cuanto antes a Gumersinda, dijo levantándose Masalegre.

—Sí, sí, dijo el conde. ¡Hola! ¿en ya mas de las once, añadió mirando su reloj.

—Yo tambien me mareho ya, dijo Sergio, que nada de lo que acababan de hablar nuestros amigos habia comprendido.

—Qué... ¿no quieres venir a ver a Gumersinda? le dijo D. Perrondo.

—Iré donde gusten; pero... como no conozco a esa señora...

—¡Ah! ¡si tengo la cabeza requeleta! ¡pues no creia que ya te habíamos hablado de ella!... de sobra que la conoces si... ¿no te acuerdas de la hija del difunto médico Solís?

—¡Es así! repuso Sergio con alegría.

—Sí, la misma... ya sabe que te hallas en esta casa desde que acabas de recordar nuestros primeros años... Es necesario que vengas con nosotros... ¡verás que verás que criatura mas hermosa!

—Sí, sí, tenen que venir, amiguito, dijo el conde encaminándose hacia el gabinete inmediato al momento con Vda.

—Iré con el mayor placer, dijo Sergio: ¡pues no me he de acordar de ella si éramos vecinos y siempre nos divertíamos juntos! Pero ¿prive aquí?

—Por ahora sí... ya sabrás su historia, dijo Don Perrondo.

—Que algo bueno aprenderás con ella, burlóse,

le añadió Masalegre, sabiéndola una significación mirada.

—Voy, voy á ver si despacha luego el conde, repuso D. Ferrondo.

De allí á un breve rato el ilustre conde de Melgar, D. Ferrondo, Masalegre y el estudiante Sergio García marchaban juntos por la calle Ancha de San Bernardo en dirección de la consabida casa de Cornicelo, donde ya estaba esperando á los tres primamente con impaciencia la simpática y encantadora Gumersinda.

## CAPITULO VI.

### LA DUQUESA DEL TEREBINTO.

Un par de horas estarían le menos nuestros amigos con Gumersinda, y acto continuo salieron de su habitación, tomando el estudiante Sergio la dirección de su posada, y el conde D. Ferrondo y Masalegre la de la magnífica y concurridísima calle de la *Carrera de S. Jerónimo*, donde entre otras de elegante y sólida construcción, y mas cerca del famoso paseo del *Prado*, que de la no menos famosa *Puerta del Sol*, estaba sita la casa-palacio de la bella *duquesa del Terebinto*, á quien, como sabe el lector, tenían determinado visitar.

Al cabo de un buen rato llegaron nuestros tres amigos á la soberbia casa, y puestos en el ancho y bien embaldosado portal, aunque aguijoneados por el ansioso deseo de ver cuanto antes á su lindísima moradora, no pudieron menos de detenerse unos momentos á contemplar un bello grupo de arquitectura, colocado en un gran hueco de la pa-

Red del fondo, que representaba a Heracles empujando entre sus robustos brazos al gigante Anteo: en el centro, en la gran sala, una columna de mármol adornada con elegantes barandillas de reluciente bronce, la cual reparó un momento, engolfándose después, digámoslo así, en prolonga oruga que, dando a un estenso pavor interior, recibía una luz oscilante y si se quiere temblorosa por entre el ya pelado ramaje de las acacias, cítricos, plátanos, Morones o sauces de Babilonia y otros árboles magníficos que le rodeaban: pasaron por fin una espaciosa antesala, alhajada con esquisite gusto y cuyas columnas abiertas observaron que eran de palo de rosa, rica y caprichosamente trabajado y anunciados por un joven criado, vestido con la humillante librea de los altos señores, quienes a su vez, aunque sin vestir librea, son humillados por otros señores más altos, los cuales obtuvieron permiso para pasar a un salón circular, en el extremo fascinador por el maravilloso lujo que de él quer presentaba.

Primorosas estatuas marinores, bellas pinturas en cobre y lienzo, jarrones de rica porcelana adornados de fragantes y delicadas flores, espejos de seguridad, costosas alfombras extranjeras, alfombras de plata filigranada; obsequios de chocolate verde, elegantes mesas y sobre ellas ramos, vasos de metal y otros objetos de oro y plata, alfombras, divanes y sillones tan cómodos como suaves, todo cuanto pudiera apetecer la imaginación más exaltada por el gusto de un buen señor, todo esto en sus inmensos ambientes el salón donde ahora se hallaban nuestros amigos, y cuyo sorprendente esplendor realzaban las luzes magníficas que de él emanaban y por donde se reflejaban

preciosismo mueblaje dejaban ver sus festones, sus flores, sus frutas, sus conchas y sus caprichos de mascarones. A pesar de su especie de estorcedimiento y aun de venir ya preparados por el conde, preciso es confesar que al aspecto de tanta magnificencia nuestros viajeros sintieron un movimiento de asombro, que no pudo menos de retratarse aunque ligeramente en sus nobles semblantes. En esta estancia verdaderamente oriental por su configuración, por los suavisimos y gratos aromas de que estaba impregnada y por los preciosos muebles que en maravillosa profusión ostentaba, hallábase la joven y lindísima *duquesa del Tercino*, entretenida á la sazón con la lectura de un diario político.

Todo el mundo conviene en que para que una mujer sea considerada completamente hermosa necesita reunir un conjunto maravilloso de perfecciones: por eso son tan raras y apreciadas las bellas acabadas. Pues bien: el ilustre conde nada había exagerado en verdad al hablar á nuestros viajeros de la extraordinaria belleza de la duquesa: era esta hermosa en toda estension de la palabra. Elevada estatura, elegantes y proporcionadas formas, talle de ninfa, pié breve, ojos grandes, negros y rasgados, delgada y bien acabada nariz, frente serena, cara ovalada; sobre la que parecía pintado un hermoso color azul y rosa; diminuta, ligera y seductora boca, que dejaba entrever una dentadura de marfil perfectamente dispuesta, cuello un poco largo, blanco y tersísimo, y grandes, espesas y lustrosas tabelleras de castaño oscuro, todo este conjunto magico de cualidades á cual más preciosas y brillantes, que poseía la noble dama, la constituía sin disputa en una belleza so-

berana. No nos olvidemos de consignar aquí, que un pequeño lunar, que tenía la jóven sobre el carrillo izquierdo y cerca de la oreja, comunicaba á su divino semblante una gracia en extremo encantadora. El traje que en esta ocasión tenía la duquesa era precioso á la par que sencillo y sobre todo preciosísimo. Su vestido de rica muselina, color de lila con velantes al aire, que en la posición perezosa y lánguida que ocupaba no la ocultaba el diminuto pié, envuelto en lindísima babucha adornada con hebilla de oro cincelado, aparecía vistosamente abierto por la parte anterior, aunque sujeto por una multitud de elegantes cordoncitos entre los cuales se veían dos pequeñas chorreras de finísima blonda: por entre una especie de manteleta lujosamente adornada, que cubriendo la espalda venía á rematar en dos puntas por debajo del seno, percibíase así bien el esbelto talle, que no por estar holgado dejaría de poder abarcar con sus dos manos un hombre de un mediano desarrollo; y por último, una especie de papalina pequeña, á la que en su forma de guirnalda embellecían diferentes lazos de cintas y unas cuantas piedras preciosas, lucía sobre la erguida cabeza de la jóven, viniendo á realzar mas y mas su sobrenatural belleza unos grandes tirabuzones que la caían hasta los hombros, y el inmenso rodete, construido de las cien trenzas en que tenía entretajido lo restante de su cabello, y que un poco inclinado al lado derecho mostrábase brillantemente coronado por una maravillosa florecita de diamantes y rubíes. Traje, hermosura, sitio, posición, puesto que estaba colocada con molición en uno de los elegantes divanes, todo contribuía á comunicar á la jóven duquesa una expresión de su-

canto, y si se quiere de voluptuosidad, mas fácil de comprenderse que de describirse.

Sobre la bordada alfombra donde descansaba el lindo pié de la duquesa hallábase en disposicion de olavar sin necesidad del mas pequeño movimiento sus ojos grandes y extraordinariamente vivos en el divino semblante de su ama una perrita americana, chata, rabilarga y de pelo luengo y sedoso en la cabeza y en el medio cuerpo. La interesante alimaña era tambien aristócrata, puesto que desde su bautismo llevaba el título de *marquesita*. Este diminuto ser irracional, infinitamente mas feliz que los catorce millones de racionales de los quince ó diez y seis que encierra la España, puesto que dormia en mullido lecho, paseaba en coche, gustaba de los mas esquisitos manjares y asistiendo á infinidad de espectáculos en union de su dueña, gozaba de todas las emociones que proporciona la música, era el encanto de la joven duquesa, quien, como multitud de duquesas, acaso hubiera preferido el quebranto de una buena parte de su caudal y aun la muerte de alguno de sus criados á la irreparable pérdida de su querido animalito: y á fé que en esto no iria tan descaminada, porque si las haciendas pueden recobrase y el pueblo da de sobra hombres y mujeres para que se reemplacen unos á otros en el servicio de los *grandes*, sabido es que una perrita linda, mimosa, lista y acariadora no admite reemplazo de ninguna clase.

A la vista del conde y de nuestros viajeros una sonrisa seductora animó el celestial semblante de la ilustre dama, quien dejando á un lado el periódico y alargando al primero su linda mano exclamó con voz dulce á la par que sonora:



—¡Tanto bueno por aquí! Y sin dar lugar á que la contestase el conde, mientras que este apretaba con efusión su blanca y suavísima mano, hizo una graciosa inclinación á nuestros viajeros. ¡Y cómo vamos, mi querido tío? añadió contemplando respetuosa el noble semblante del conde.

—Bien, querida mía, bien, contestó el conde mirando embelesado y risueño á la jóven; ¿y tú?

—Yo mejor que quiero...

—Bueno, bueno, yo me alegro de eso, repuso el conde soltando la mano de la duquesa... Sentémonos, añadió con franqueza invitando á sus amigos con un movimiento de cabeza á que ocuparan unos sillones inmediatos.

—¿Y qué me decís de vuestras nietas? dijo la duquesa.

—Que deben estar buenas en *Granada*, contestó el conde.

—¿Y *Adalberto* insiste en no querer desprenderse de ninguna de ellas?

—Sí, y hasta cierto punto me alegro de la terquedad de tu tocaya.

—No lo comprendo... ¿No estaríais mejor teniendo á vuestro lado á una nietecita, que os consolara de la pérdida del hijo? repuso como asombrada la duquesa.

—No te diré que no, contestó el conde un poco afectado; pero las dos son muy jóvenes, como que la mayor aun no ha cumplido los diez años, y en esa edad ya tú ves que nadie mejor para educarlas que una madre virtuosa y de talento... *Adalberto* no quiere en manera alguna dejar á *Granada*...

—Como vos, *Búrges*, ¿eh...? ¿Y vais á verlas ahora?

—No.

—¿Y no las habeis visto?..

—Desde que hace próximamente dos años toqué aquí de paso... No ha ocurrido cosa especial, han estado buenas, y yo he permanecido tranquilamente en Búrgos y en sus inmediaciones.

—¡Ah!... ¿No sabéis que ha estado en poco el que me hubiérais tenido de huésped en el verano último? dijo la joven con alegría.

—¿Y cómo no he tenido esa dicha?...

—Ps.... Era un viaje de... capricho, y se desbarató por...

—Capricho también, vames, dijo el conde sonriéndose. Supongo que el viaje sería a *Francia*.

—Pensábamos ir mas lejos, contestó la duquesa.

—¿A *Londres*?

—¡Puf!... no me gustan las nieblas del *Támesis*, dijo con gravedad la duquesa. Se trataba, añadió animando de nuevo su semblante, de recorrer la *Italia*, ese país encantador, esa patria de las artes...

—Y de los placeres sublimes y ruidosos, de las aventuras amorosas, de las emociones fuertes y arrebatadoras, repuso interrumpiéndola el conde. ¿No es verdad, mi querida Adalberta? añadió en un tono bastante significativo.

—¡Ya empezamos con vuestra filosofía! exclamó la duquesa con una sonrisa un si es no irónica. Pero ¡par diez! añadió en tono de suave reconvenccion: no sé qué filosofía es la vuestra, que tan cruel se manifiesta con la juventud. Acordáos de aquel filósofo que dice, que la alegría se ha hecho para los jóvenes y la tristeza para los ancianos.

—¡Bravo, mi querida duquesa!... Me alegro que

me arguyas con esas armas... pero á la verdad no se que haya ningun filósofo...

—Sí, sí; amigo mío, dijo á la sazón D. Perrondo; la señora duquesa tiene razon; hay un poeta filósofo que dice eso, y si mal no recuerdo es nuestro Séneca en su *Hipólito* (1).

La duquesa dirigió á D. Perrondo una mirada de respetuosa benevolencia, y en seguida volviéndose al conde con aire de triunfo:

—Ya lo veis, mi querido tío...

—Me has vencido, querida mía, repuso risueño el conde, y ya con doble motivo te tendré por una filósofa...

—¡Yo filósofa! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

—No te rías, Adalberta, que al menos para mí lo eres, sí; de lo contrario yo no comprendo cómo á tu edad, rica, hermosa, rodeada de adoradores, que vienen sumisos á prosternarse á tus plantas, permaneces aun en el estado de soltera...

—¡Ah! pues sino os fundais en otra cosa, dijo de repente la jóven, retiradme esa brillante calificación, porque no la merezco. ¿Sabeis vos si me hallo soltera solo porque no haya encontrado todavía uno de mi gusto entre los pecos que me han hablado de amor? Sin embargo, añadió con graciosa coquetería, aun cuando yo no peque de filósofa, tal vez procure no entregar mi corazon mas que á un hombre que sea, ó al menos me parezca filósofo.

—¡Loquilla! ¡loquilla! la dijo el conde con extrema amabilidad... Yo creí que ya te habia sentado el juicio, ¡oh! y verdaderamente cuando entré aquí y te ví entretenida con ese periódico que, si no lo es, al menos pasa por grave, te consideré la

(1) *Lasititia juvenem, frons decet tristis senem.*

mujer mas cuerda del mundo... Otra cosa seria si te hubiera visto solazandote con las magnificas composiciones estampadas en tu *album*.

—Pero, por Dios, tío, que me desacreditais sin piedad ante estos caballeros.

—¡Oh! son mis intimos amigos, á quienes nada puedo ocultar...

—Y muy servidores de la señora duquesa, que en todas partes alabarán, como es justo, su claro talento, dijo D. Perrondo haciendo una ligera inclinacion á la jóven.

—Gracias, dijo esta inclinándose tambien ante nuestros viajeros.

—Ya ves que puedo hablar delante de ellos con entera confianza, repuso el conde. Pero fuera de broma, añadió mirando con noble gravedad á la linda dama: ¿cómo es que ahora te entretienes con la lectura de un diario político?

—¿Qué quereis? dijo la jóven con formalidad: la política, con ocasion de los acontecimientos de Barcelona, está ahora á la orden del dia en todas partes, y aunque esto tal vez no hubiera sido bastante á sacarme de mi habitual indiferencia hácia ella, como que se halla envuelto en aquellos en primer término un sugeto á quien me unen algunas relaciones, me han inspirado interés en estos dias los periódicos.

D. Perrondo y el conde se dirigieron recíprocamente una mirada.

—¡Qué! dijo el conde como asustado: ¿es acaso algun pariente?...

—No, contestó la duquesa: precisamente el único pariente que tengo en el ejército se halla en Cuba... ¡Ah! pues vos conoceis á ese sugeto... es el general T...

—¡Hombre! qué es amigo tuyo el General, exclamó el conde con segunda intención, mientras que el solo nombre de aquel producía en nuestros viajeros una ligera conmoción, que pasó por desapercibida para la dama.

—No he dicho yo tanto, querido tío, dijo esta con alguna zalamería.

—Conocido al menos, vámos, repuso de repente el conde.

—Sí; es visita de casa... ¡oh! es un hombre muy galán. En las dos ó tres veces que ha venido á la corte durante su mando en Búrgos tuvo la bondad de visitarme, y lo propio hizo al marchar á Cataluña, donde acaba de oscurecerse su estrella.

—Lo que te será en extremo sensible, basta que esté de por medio ese antiguo conocimiento, que no quieres se califique de amistad, dijo el conde en la idea de fondear mas á la jóven sobre sus relaciones con el General, que tan interesantes podían serle á él y sus amigos.

—Sois malicioso en extremo, repuso sonriéndose la duquesa. Yo tengo al General por un hombre galán y caballero; pero, francamente os digo, que si siento su desgracia no es mas que como una conocida.

—Te creó, porque le dices muy formal, repuso el conde, y en cuanto á la galantería del General, no seré yo el que te la niegue, ni tampoco estos caballeros, que le conocen tan bien ó mejor que yo.

—En efecto, dijo á la sazón Masalegre con punzante ironía; nosotros al ménos tenemos de esa galantería pruebas inequívocas, á que deseamos corresponder dignamente.

—Sí, sí, dijo el conde, y viendo por el semblan-

te de D. Perrondo que no debia de gustarle el giro que acababa de darse á la conversacion, añadió: ¿y qué dice ese periódico de él y de la revolucion de Barcelona?—No he leído papeles en estos días...

—Pues afortunadamente estaba concluyéndola cuando llegásteis, y os puedo poner al corriente de las mas importantes noticias, dijo la duquesa. La ciudad sigue emblevada; pero el movimiento no ha tenido ni ya es fácil que tenga eco en parte alguna. El General ha sido relevado y llamado para que rinda cuenta de su conducta. Unos dicen que el gobierno le ha llamado *proprio motu*, y otros creen que es á consecuencia de la entrevista que un ministro ha tenido con ese célebre D. Perrondo y su criado, que tan importante papel hicieron en la revolucion.

El conde dirigió á sus amigos una mirada imponente y silenciosa.

—Yo, continuó la duquesa, no estoy muy inclinada á creer lo último, porque parece singular habiendo sido desterrados aquellos *hombres ilustres* por los revoltosos, se hayan puesto mejor de parte del General, que de los ingratos que le lanzaron malparciendo de Barcelona.

—No pierdas de vista, querida; repuso el conde cual si solo tratára de prolongar la especie de martirio que sufrían sus nobles amigos con las alabanzas de la duquesa, que aun cuando esos hombres, á quienes tú calificas de *ilustres*, fueron lanzados, como todos sabemos, de Barcelona, estaban por efecto de sus opiniones por la causa del pueblo y no por la del General en el día tremendo de la revolucion.

—Eso no quita para que todo el mundo les

considera como unos héroes, repuso con visible entusiasmo la duquesa. Yo al menos por tales les tengo; me gustan los hombres intrépidos y valientes, y mas cuando lo son en medio de peligros de la clase que ellos arrojaron. Precisamente viene hoy un largo artículo en que, dando cuenta de su viaje y arribo á la corte, se ponen al propio tiempo de manifiesto sus proezas durante la revolucion, su valor sobrenatural, su conducta en todos conceptos magnánima... ¡oh! ¡oh!... esos hombres, sean las que quieran sus opiniones, no pueden menos de ser apreciados y admirados de toda clase de personas.

No hay que perder de vista que al explicarse así la duquesa; mas que á otra cosa, puede decirse que obedecía á la impresion del momento, á la impresion que en su viva imaginacion acabára de dejar el artículo del periódico, en extremo laudatorio, de nuestros viajeros. Pero fuese lo que quisiere, el resultado es que tal efecto produjo en el ánimo del conde el lenguaje de la jóven, que contemplándola llena de la mas sublime satisfaccion, dijo:

—¡Bien, señorita, bien! yo me alegro infinito de que esas personas hayan sabido inspirarte un entusiasmo tan ardiente, y siquiera por lo mucho que las conozco...

—¿Las conocéis vos? preguntó con grande interés la duquesa.

—Y tú tambien.

—¡Yo...! No recuerdo.

—Eso no importa; pero repito que tú las conoces.

—¿Teneis gana de broma...?

—¡Pues no las has de conocer si las estás vian-

do? dijo por fin el conde señalando á sus amigos, mientras que su noble semblante aparecia radiante de majestad y de orgullo.

—¿Sois vos? dijo la duquesa volviéndose admirada hácia nuestros viajeros: ¡oh! ¡oh! prosiguió alargando su mano á D. Perrondo, sobre cuyo simpático semblante fijó una mirada de profundo respeto; contad con una amiga leal.

—Y vos con unos obedientes servidores, dijo aquel, apretando la linda y suavisima mano de la jóven.

—Gracias, gracias... Tambien soy vuestra amiga, Masalegre, añadió la duquesa, rebosando de purísima satisfaccion, y alargando asimismo su mano á nuestro oriado: desde que por los papeles tuve noticia de vos, ha latido tanto mi corazon en vuestro obsequio como en el de vuestro digno amo.

Masalegre, en vez de apretar la torneada mano de la duquesa, la llevó respetuoso á sus lábios, diciendo en seguida notablemente conmovido por la prueba de cariño con que se veia honrado:

—Procuraré, señora duquesa, corresponder dignamente al alto honor que me dispensais.

—Un millon de gracias, mi querido tio, por tanto favor, dijo aeto continuo la duquesa, volviéndose enternecida al noble conde; relacionándose con des personas á quienes ahora con mejor gana, aunque no con mas justicia, califico de ilustres, me habeis proporcionado uno de los dias mas felices de mi vida.

—Y en la nuestra formará tambien época el de hoy por haber tenido el honor de ponernos á la disposicion de una dama tan noble y en todos conceptos tan bellísima como [vos, dijo D. Per-



rondo, fijando enajenado sus hermosos ojos sobre el divino semblante de la duquesa.

—No tienes por qué dárme las, hija mia, dijo el conde, mirando risueño á su encantadora sobrina; al contrario, aunque no esperaba yo otra cosa de tí, te soy deudor del brillante recibimiento que has hecho de estos mis buenos amigos... Además de que, añadió despues de una breve pausa, á fuer de caballero, yo no puedo menos de decir que con vuestro reciproco conocimiento quienes han ganado han sido ellos.

—En efecto, en efecto, dijo satisfecho D. Ferrondo.

—Y en esa idea, continuó el conde, me he tomado la libertad de presentártelos luego de haber llegado á la corte.

—Pues bien, no riñamos por tan pocas cosas; repuso la duquesa con una encantadora sonrisa. Digamos que estamos iguales, añadió fijando sus negros ojos en D. Ferrondo con una expresion marcadísima de respeto y benevolencia; y puesto que nuestra relacion empieza hoy bajo tan buenos auspicios, hagamos votos porque no se quiebre por una ni por otra parte.

—¡Oh! ¡oh! ¡pues no faltaba mas! dijo el conde: las relaciones que yo proporciono quiero que sean tan íntimas como duraderas.

—¡El señor vizconde de Villambrune! gritó el de la librea, cuadrándose muy sério en el dintel de la puerta del salon.

—¡Necio! murmuró por lo bajo la duquesa arrugando su semblante. ¡Introducidle en el salon de enfrente! dijo al portero visiblemente incomodada. Dispensadme, amigos míos, añadió dirigiéndose risueña á nuestros viajeros; pero cuando

en el mismo momento de conocer á dos personas tan respetables se anuncia á un fátuo que, habiéndose hecho vizconde despues de ser *albardero*, viene con sus ridículos modales y su empalagosa petulancia á interrumpir la satisfacción inseparable de semejante acontecimiento, nada tiene de extraño que una se ponga de mal humor... ¡Jesús qué ente! prosiguió haciendo visajes... como no tiene sentido comun, mas quisiera que me cojiese la masa de Fraga... ¡Oh! es el hombre mas tonto, mas pesado y mas fastidioso que he visto en toda mi vida.

—En ese caso, señora duquesa, dijo de repente y con mucha gracia Masalegre, mejor que el título de vizconde le estaria á ese individuo un aparejo de su antigua fábrica.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡Bien Masalegre! dijo la duquesa: ya casi me alegro de que haya venido ese *abejorro*. Con vuestra salida habeis lanzado el mal humor que su solo anuncio produjo en mí, y es prometo acordarme mil veces de vos cuando tenga el honor de oir sus simplezas.

—¡Pobre hombre! ya le tengo lástima, dijo el conde; pero puedes recibirle, que nosotros ya hemos tenido el gusto...

—Qué... ¿os marchais ya? dijo la duquesa con hondo sentimiento, clavando sobre el conde su mirada suplicante.

—Luego, sí; tenemos que arreglar por ahí algun negoeito, repuso el conde. Sin embargo, cuenta con que vendremos á verte...

—¡Ah! ¡pues no faltaba mas que no lo hiciérais! exclamó la duquesa. Mi casa está abierta para Vds. á todas horas, de día, de noche...

—Pierde cuidado, que mientras permanezcamos

en la corte procuraremos venir á gozar con frecuencia de los encantos de tu conversacion, dijo el conde.

—¿Y vais á estar aquí mucho tiempo? preguntó á D. Perrondo la duquesa, despues de dirigir al conde un gracioso movimiento de cabeza.

—Un mes, por la parte mas corta, contestó don Perrondo.

—La señora marquesa de las *Contratas*! gritó el consabido portero.

—Otra!.. ¿Si se habrán dado del habla estos *contratistas*? dijo la duquesa en desdefioso tono. Conducidla al mismo sitio, añadió dirigiéndose al portero.

—Oh! oh! esto ya es otra cosa, dijo el conde en ademan de levantarse.

—En efecto, dijo Masalegre mirando risueño á la duquesa; qualquier aparejo estaria bien sobre el antiguo albardero; pero no estoy por ponérsele á ninguna señora, aunque pertenezca á la aristocrácia metálica.

—Sois tan galan como chistoso...

—Tiene razon Masalegre, dijo el conde levantándose.

—Aguardad, querido tio, que no es justo que por atender á la de las *Contratas* me abandoneis á mí antes de tiempo, repuso la duquesa con una sonrisa seductora. Necesito de vos y de estos nobles amigos una palabra formal de comer conmigo...

—Bueno; la tienes, repuso el conde interrumpiéndola; pero no cuentes con nosotros hasta dentro de unos dias. En estos primeros tenemos que acompañar á una jóven huérfana, en cuya compañía he venido.

—¿Es parienta vuestra?

—Para los tres es mas que parienta, porque todos la queremos como si fuera hija... ¡Hermosa como un sol, buena como un ángel, no puede menos de ser amada de todo el que la conozca!

—¡Ah! pues quiero verla: ¿las señas de su casa?

—Ancha de S. Bernardo, núm... principal.

—Corriente: no se me olvidarán.

—Ea, dijo el conde viendo ya levantados á sus amigos: hasta luego, mi querida *Adalberta*.

—Adios, adios, dijo la duquesa alargando la mano al conde. D. Perrondo y Masalegre la dirigieron una profunda inclinacion, que fué correspondida con otra no menos profunda, y momentos despues los tres amigos se hallaban ya en la *Carrera de S. Gerónimo*.

—¿Qué os ha parecido la duquesa? dijo el conde.

—¿Qué quereis que os diga? respondió D. Perrondo como dudando sobre la contestacion que habia de dar: por de pronto no se puede negar que es en extremo encantadora.

—Hasta no mas, dijo de repente Masalegre. ¡Oh! yo me la comería...

—¡Cómo! ¿antropófago?... dijo el conde.

—A fuerza de besos, prosiguió Masalegre, que tambien el hijo de mi padre es de carne y hueso... ¿Tengo mal gusto?

—No; pero conténtate con besarla la mano, le dijo risueño el conde.

—Y me doy por muy satisfecho, repuso Masalegre. Ya quisiera *el de las albardas* que le diese á besar el pie.

—Sin embargo, dijo D. Perrondo que habia permanecido como distraído á las palabras de Masalegre: todo aquel aparato suntuosísimo... aquel

desden que involuntariamente se pinta de vez en cuando en su bellissimo semblante... aquel entusiasmo pasajero... una porcion de cosas, en fin, me han hecho recordar vuestro juicio sobre la hermosa dama; pero...

—Es decir, que necesitas mas tiempo para conocerla, ¿eh? dijo el conde interrumpiéndole.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡conocerla! ¡lo que se llama conocerla! dijo Masalegre: un mes poco mas ó menos vamos á estar en la corte; pero aunque estudiáramos un año entero, al cabo de él encontraríamos á esa señorita tan nueva para nosotros como en el día de hoy... Una dama aristocrática en la corte, como no pague de tonta, cual la sucede á la duquesita, debe ser un libro mas difícil de estudiar que la *Suma de Santo Tomás*.

—Tienes razon, Masalegre, repuso el conde soltando una carcajada con la ocurrencia de nuestro oriado.

—¡Vaya si tengo!.. Quien logrará conocerla mejor en pocos dias será Gumersinda, si es que se decide á tratar con ella.

—En efecto, en efecto, dijo D. Perrondo con satisfaccion, como aquel que acaba de descubrir el medio de salir de algun apuro.

—Allá lo veremos, dijo el conde.

—Son ya las dos menos cinco, dijo D. Perrondo mirando su reloj: es la hora mejor para encontrar en casa á Rodriguez, porque no come á estilo de los grandes señores.

—Eso consiste en que son medio *franchutes*, mientras que aquel se precia de ser muy español, dijo Masalegre.

Llegaban en esto ya nuestros amigos cerca de la Puerta del Sol cuando vieron obstruido el paso

de la acera de la izquierda por donde marchaban por unas cuantas docenas de *mirones-papanatas* (fruta que aunque parece mentira abunda mas proporcionalmente en la corte que en ningun otro pueblo de España), quienes con la *candidex de los niños del limbo contemplaban el retrato á caballo*, nasien colocado junto á la puerta de una peluquería, que representaba á un general de rostro algo huraño y bigotudo, á quien la fama pública atribuia mil hechos grandes y gloriosos, que si olvida la posteridad no será porque las trompetas de aquella ne hayan senado atronadoras por todos los ámbitos del pais, sino porque muchas veces sucede que los sonidos que estas producen, en fuerza de repetidos, suelen embotar la sensibilidad de los oidos mas listos, y la celebridad, hasta allí sublime é inmensa, sin ser euerpo palpable y sin que por esto se atribuya á milagro, viene al suelo obedeciendo á las leyes de la gravedad. Pero volvamos á nuestro asunto. El grupo de *mirones-papanatas*, como en tales casos sucede, se iba progresivamente aumentando con no pocos transeuntes que pugnaban dando y recibiendo fuertes empuellones y sendas pisadas por ver, ó no ver, la verdadera *efigie* de aquel hijo predilecto de Marte, mas atestada de cruces, cintas y colgajos, que de trapos tiene el vestido de un pordiosero, cuya comparacion (entre paréntesis) no deja de ser exacta, aun cuando nada tenga de poética, porque si los ramliendos se *buscan* en las calles, las distinciones se *pordiosean* en las antesalas, y todo viene á ser uno. Tambien nuestros amigos cayeron en la maldita tentacion de indagar la causa que producia tal aglomeracion de gentes, y, aunque á un estremo del grupo, trataron de satisfacer su curiosi-

dad poniéndose de puntillas y alargando todo lo posible sus cuellos por entre la apilada muchedumbre que le compenia. Sucedio, pues, que uno de los infinitos *tomadores del dos* que pululan en la corte en mas abundancia que los *jugadores del tres*, ese que el número de estos ha subido á proporcion que la industria, el comercio y la agricultura han bajado, merced á la *sabia gobernamenta* de los hombres de la *Suprema Inteligencia*, el cual por cierto era un figurin con cara de mico, bota limpia, económica levita bastante raída y gorro griego muy mas que grasiento, creyendo descuidado á nuestro Masalegre, trató de apoderarse de un rico y flamante pañuelo de seda que tenia en el bolsillo de su gaban. Nuestro criado, que vivia sobremanera prevenido contra este género de ataques, porque precisamente el dia anterior le habian quitado otro hermoste pañuelo y unos guantes en la calle de la *Montera*, aunque aparentando no sentir nada, dejó que el ladronzuelo se engolfara en su empresa con la sutileza que lo hacia, y cuando conoció que el pañuelo estaba á la mitad del camino de su perdicion, á la voz de ¡alto! que vino á llamar la atencion de su amo, del conde y otros varios, echó rápidamente su mano de hierro sobre la débil del *hombre-mico*, quien lejos de perder la serenidad al mirarse frente á frente de Masalegre y sin hacer aprecio de los gritos de indignacion que de diferentes partes salieron al verle cogido *in fraganti*, puesto que el mismo pañuelo le estaba acusando, empezó á dirigir á aquel profundas cortesías acompañadas de ofrecimientos en extremo afectuosos. Si Masalegre hubiera obedecido al primer impulso de su corazon seguro es que retuerce el pescuezo al desgra-

ciado *tomador del dos*; pero á la vista de un ente tan requitico y nauseabundo, que con la mayor frescura del mundo seguia dirigiéndole reverencias y cumplidos, vínosele á la imaginacion un pensamiento, que al instante trató de poner por obra, y así con sarcástica sonrisa y en tono asaz burlon y provocativo, le dijo, sin soltarle por supuesto de la mano, y en medio de la mayor satisfaccion de todos los circunstantes:

—¿Con que... para servirme, eh, señor... *Aguerrilla*?

—Sí, señor... muy servidor... estoy á las órdenes de usted, dijo el *tomador* haciéndole tres profundas reverencias.

—¿Sí?... ¿Y por eso sin duda tratábais de *hacer mudar de domicilio* á mi pañuelo?...

Una estrepitosa carcajada recibió las palabras de Masalegre, y el ladron, ya algo mohino, contestó:

—No comprendo...

—¿No?

—No, caballero... pero... repito, estoy á la orden de usted...

—Ya lo veo, dijo Masalegre apretándole fuertemente la mano.

—Para cuánto gustéis mandarme, repuso algo descolorido el *tomador*.

—Bueno; lo aceptó, repuso muy sério Masalegre. *¿Sabeis pintar monas?*

Otra carcajada mas fuerte que la anterior acogió la ocurrencia de Masalegre.

—No, caballero, contestó el ladron, que ya iba perdiendo la mayor parte de su serenidad.

—*Pues yo sé hacer bailar en el aire á las vivas*, repuso Masalegre. Y dando un empellon al ladron—



zuelo para volverle de espalda, al propio tiempo que soltó su mano, le plantó en el trasero tan tremebundo puntapié, que levantiéndole de cuajo, le hizo ir por los aires á la distancia de cuatro ó seis varas.

El desgraciado *tomador* midió con todo su cuerpo el duro suelo en medio de las risas, gritas y bufonadas de los circunstantes, ébrios de placer con la saludable y graciosísima lección que acabara de darle nuestro Masalegre; pero el muy tunante, que en su difícilísima posición no tenía olvidado cuán probable era que un agente de policía le echase mano para conducirlo con mucha sal al *Saladero*; levantóse como pudo, y cojeando y dando brinquitos, dobló rápidamente la iglesia del *Buen Suceso*, y entrando en la magnífica calle de *Alcalá*, logró escabullirse por entre la innumerable multitud de gentes que á todas horas y en todas direcciones la recorre.

—Una pase, dijo indignado Masalegre así que desapareció el *tomador*, introduciendo su pañuelo en el bolsillo; pero aunque *paleta*, el hijo de mi padre no se deja robar dos veces impunemente.

—¡Bien!... ¡bien!... ¡divino!... exclamaron muchos de los presentes, que contemplaban á nuestro criado con tanta benevolencia como admiración.

—¡Buena lección ha llevado el bribonzuelo! dijo otro.

—No creo que la olvide tan pronto, repuso risueño Masalegre. Y dando acto continuo un besamanos á los circunstantes, quienes con ocasión del chistesísimo lance del *tomador* habían ya vuelto la espalda al retrato del consabido general, se echó á andar con aire triunfante en busca de la casa de su paisano y amigo D. Tomás Rodríguez, siguién-

dole su amo y el conde, que á corta distancia iban celebrando con repetidas risotadas su modo *de hacer bailar monas en el aire*, modo que, adepto por muchos, produciria indudablemente mejor efecto para la estirpacion de los *tomadores del dos* que la persecucion de la policia por grande y activa que fuese.

## CAPITULO VII.

### LOS VICIOS.

El dia que siguió al en que D. Perrondo y Masalegre conocieron á la lindísima duquesa del Te-rebinto era de fiesta. Apenas el reloj de *San Isidro* acababa de dar las once de la mañana, quando cinco jóvenes estudiantes salieron de una modesta casa de la calle de Toledo, dejaron esta presurosos tras de sí, y atravesando la plaza de la *Constitucion*, bonito nombre *in illo tempore*, en que los moderados y aun los progresistas no habian conseguido todavia con su conducta que fuesen para el pueblo un cruel sarcasmo los nombres y los emblemas mas venerandos, se entraron resueltamente en un establecimiento que, aunque anunciado al público bajo el pomposo título de fonda, no era en realidad mas que un mediano figon, sito en una de las angostas y cortas calles que desde el último punto dirigen á la Mayor de la capital de España.

—¿Qué hay de bueno, *maese Colás*? dijo uno de los jóvenes al dueño del establecimiento, hombre ya entrado en años, revestido con su gran mandilón de estopa que le cogia desde la mitad del pecho hasta los pies, campechano, coloradote, y con mas pestorejo que un abad de gerónimos.

—Todo calentito, todo, caballero *Villasante*; con-

testó risueño el pretendido fondista: ¿no sabéis que hoy es buen día?... Jamón en dulce, chuletas de ternera, lenguas de carnero, solomillo de cerdo, sesos de buey, riñones bien guisados...

—Basta, que no teneis traza de concluir en media hora vuestra relacion, repuso el jóven arrugando su alegre semblante, al que daban marcada animacion dos ojos negros, pequeños y sumamente vivos... Preparad unas chuletas y un buen trozo de jamon... ¿no hay alguna empanadilla?

—Sí.

—Pues venga tambien... cinco botellas de Valdepeñas, y cuidado con que esté *acristianado*... ¿hay gente en el cuarto de la derecha?

—Todavía no se ha estrenado hoy *el señor Coldás*...

—Bueno: queremos estar solos.

—Si vienen, irán al de la izquierda, repuso el fondista, ó si no, se quedarán abajo... primero son mis parroquianos que el mundo entero.

—Pronto, pues, dijo el jóven. Y seguido de sus cuatro compañeros, subió á un pequeño cuarto, cuyas paredes no tenían mas adornos que unos cuantos mamarrachos, y en cuyo pavimento solo se veian cuatro mesas de pino y como docena y media de sillas de paja de colores.

—Vivo, *Coldás*, exclamó Villasante dando una fuerte palmada sobre la mesa, alrededor de la cual acababa de colocarse en union de sus compañeros.

Antes de cinco minutos *el señor Coldás*, que se preciaba de servicial, tuvo á disposicion de nuestros jóvenes los manjares y vino que le habian pedido.

—Ea, pues, cuidados á un lado, dijo Villasante, to-

mando el primero su ración de ternera... comamos..  
¡qué diablo! *presos por mil...*

—Sí, sí; esa es la cuenta que yo me echo, dijo otro joven rubio y delgadito, que así como Villasante tenía el acento extremeño.

—Es que eres de mi género amigo Castrillo, repuso Villasante.

—Y yo estoy tan conforme con ella, dijo otro joven robusto, de ojos negros y barba larga y cerrada, que por mi gusto hubiéramos dejado hoy esta *tasquera de maese Colás* por la magnífica fonda de *Genyeis*.

—¡Bravo! ¡viva el humor! exclamó Villasante riendo como un tonto.

—No soy con *Rojas* en la presente ocasión, dijo Castrillo: en la fonda de *Genyeis* á nadie se fia mas, que al dinero, y sabido es que *maese Colás* pasa por la perla de los fondistas, porque se hace cargo de los truenos.

—¡Bravísimo! exclamó Villasante. Nosotros somos fieles parroquianos de *maese Colás* porque constantemente estamos *tronados*... *Colás* nos fia diez almuerzos, aunque el undécimo nos cobra el importe de veinte.

—Eso no vale la pena: en cambio es maestro consumado en el arte culinaria, dijo Castrillo.

—Sí, sí .. no debemos abandonarle... ¡Venga Valdepeñas á su salud! repuso Villasante cogiendo una gran copa del rico manchego.

—Bebamos, si, dijeron Rojas y Castrillo.

—Qué... ¿tú no bebes, *Sergio*? dijo Villasante así que apuró su copa dirigiéndose á un joven de cuerpo sencillo, rostro adamado y vaga y triste mirada; ¡qué diablo!... parece que tienes *esplín* segun lo taquíturno que estás.

—¡Yo...! dijo Sergio haciendo un esfuerzo por alegrar su rostro claro é imberbe; no me asusto por nada... ¡venga vino...!

—¡Bien ! ¡ bien ! exclamó Villasante viendo á Sergio apurar su grande copa... El vino ahuyenta el mal humor que producen los contratiempos del juego.

—Y dá fuerzas para conquistar á las bellas, dijo Rojas mirando risueño á Sergio.

—¿Pero vos no bebeis, amigo D. Pepe? dijo Castillo al quinto personaje, jóven de arrogante presencin, esbelto talle, noble fisonomía y ojos de un azul hermoso, que de vez en cuando fijaba en Sergio con manifiesto interés.

—Después lo haré, contestó Pepe con una sonrisa en extremo seductora.

—Siempre tan metódico... ¡Bebed, voto á Cri-bas...! dijo Villasante. Tenemos este almuerzo puede decirse que á insinuacion vuestra, ¿y no habeis de olvidar en él los consejos de nuestra digna patrona?

—¿Quién hace caso de patronas? dijo Sergio: pues si Rojas y yo fuéramos á atender á los consejos que nos da la nuestra, ¡frescos estábamos!

—Es que la nuestra es parienta del señor, dijo Castillo.

—Descuidad, amigos míos, que á su tiempo sacaré mi escote, dijo Pepe en la idea de que siguiera animada la conversacion.

—¡Brabo! tenemos un gran compañero nuevo, dijo Rojas; ¡renegó de los que no son piés útiles para todo!

—¡Y yo, dijo Villasante. ¿Para qué sirve un *mentecato* que ignora el valor de la comida, el vino, el juego y las mujeres? Para nada. No

quiero en mi derredor mas que hombres que, conociendo la cortedad de la vida, se apresuren á proporcionarse por todos lados fiestas, banquetes, inefables deleites, y emociones fuertes á la par que placenteras... ¿Por qué se rodea de flores la hermosura? Porque es breve: rodeemos á la vida, que además de breve es insegura, de mágicas y bulliciosas fruiciones... ¡oh! ¡oh...! ¡bienaventurado aquel que dijo *in illo tempore: ede; bibe et lude; post mortem nulla voluptas!*... Convengamos, señores, en que la antigüedad no produjo un sábio mas profundo que él.

—¡Magnífico! ¡magnífico! exclamaron Rojas y Castrillo.

—¡Valdepeñas! ¡Valdepeñas! gritó fuera de sí Villasante.

Y mientras los tres jóvenes apuraban con loca alegría por vez segunda sus grandes copas, el llamado Pepe, aunque con el semblante risueño, maldecía interiormente el ateo lenguaje del último, que vino á traer á la imaginacion de Segioamargos y punzadores recuerdos.

—¡Calla, tú no has bebido! dijo Villasante al dejar su copa sobre la mesa y ver llena la de Sergio.

—Es lo que vamos á hacer los dos á un tiempo, dijo sonriéndose Pepe; y cogiendo su copa animó con una señal á Sergio para que cogiere tambien la suya ¡Bebamos!... añadió fijando sobre el imberbe maucebo una mirada entre tierna y compasiva... ¡Porque nuestra amistad, que empieza en este momento bajo tan buenos auspicios, sea leal y duradera!

Sergio acercó á sus lábios con mano trémula la tallada copa, cuyo contenido no le fué dado con-

cluir. Había en las palabras y en la dulce mirada de Pepe una cosa, que aunque sin comprenderla vino á aumentar la amargura de su corazón, amargura que solo debía desaparecer aunque momentáneamente cuando los vapores de Valdepeñas, unidos á los libertinos dichos de sus tres antiguos camaradas, tuvieran medio turbado su espíritu.

—¡Diantre! ¿no has podido concluir la copa? dijo Castrillo.

—Vamos, hoy no está para ello el mozo... ¿cuándo dije yo al principio que tenía *esplin!*.. añadió Villasante en tono burlesco.

—No, *esplin* no, dijo Rojas; pero un humor de los diablos...

—Y bien mirado, el caso no es para menos, repuso Castrillo.

—¿Por qué? ¿porque anoche dió en no salir la pícara de la *sota?*.. dijo Villasante. ¿Quién hace caso de eso? también yo perdí hasta el último maravedí y estoy mas alegre que nunca... y cuidado que lo perdí en regla: yo no me aventuro tanto como Sergio... ¡oh! lo que es Sergio, estoy viendo que un día va á perder el bautismo.

—¡Todos mas arreglados que yo! exclamó para sí Sergio con profunda tristeza.

—Pero lo que dice el refrán, continuó Villasante dirigiendo sobre Sergio una mirada picaresca; *desgraciado en el juego, afortunado en amores.*

Una sonrisa melancólica asomó á los labios de Sergio.

—¿Y si se precisa del aurífero metal para ablandar el amor?.. dijo Rojas.

—¿Y cuándo faltó dinero para pleitos y lo de-

más? dijo Villasante presumiendo en una estrepitosa carcajada.

—En efecto, en efecto, dijo Castrillo. ¡Ah! pues ¿y ese célebre paisano tuyo? añadió dirigiéndose á Sergio.

Este y Pepe aparecieron ligeramente conmovidos.

—Sí, sí; al paisano, al paisano, dijo Villasante; que se deje de impertinentes consejos y spelte de bolsillo... ¿quién se mete á enderezar sermones de Cuaresma á un mozo de veinte años, que anda perdido por una muchacha mas hermosa que un sol?

—¡Oh! ¡y qué linda es la paisanita! exclamó entusiasmado Castrillo. ¡Vive Dios, que jamás la encantadora y celebrada Andalucía produjo una mujer mas *sandunguera*!

—Necesito tres onzas, dijo con desenfado Sergio, mientras que sus ojos parecían animados por una llama de voluptuosidad. Anoche fui al juego con ánimo de triplicar la que tenia, y bien sabeis que me quedé sin ella.

—Y qué... ¿no es hombre el paisano de darte tres miserables onzas? dijo Villasante.

—Y doscientas, respondió Sergio; pero no me atrevo á pedirle un cuarto... ¡Cál no puedo pensar en él tan pronto, añadió despues de una breve pausa.

—A Cernícalo con el cuento, dijo Rojas; lleváremos si hay necesidad hasta los calcetines á su *endiablado Cosmorama*.

—Si se trata de un lance de honor... dijo Pepe echando una mirada escudriñadora sobre Sergio.

—Bebamos, bebamos, dijo este con resolucion, cuasi un nuevo y lisonjero pensamiento hubiera vani-



do á reanimar su corazón. Se trata, añadió con visible exaltación, así que dejó su copa vacía sobre la mesa, de una mujer celestial, de una encantadora *huri*...

—¡Bien! ¡bien! ¡viva el entusiasmo! exclamó interrumpiéndole Villasante: con él se vencen las mayores dificultades.

—¡Oh! ella ha estado muy esquivá, repuso Sergio; pero merced ya á la sagacidad de la *señora Caprimucia*...

—Soberbia *zurcidora*, como diría Quevedo! exclamó Castrillo.

—¿Y pensáis que esa mujer...

—Se sale con todas las empresas que acomete, dijo Sergio interrumpiendo á Pepe: sobre eso no hay que dudar...

—No, no; tenemos todos pruebas de su habilidad, dijo sonriéndose Villasante...

—¡Es la mas famosa de las *Celestinas*! exclamó Castrillo.

—Y también la mas guapa... ¿verdad, Sergio? repuso Villasante.

—¡Otra copa á la salud de la señora Caprimucia! exclamó Rojas.

—Pero la suerte ha sido adversa, prosiguió Sergio, y la señora Caprimucia, aunque ya tengo yo andado la mitad del camino, es mujer que no da un paso sin su por qué.

—Y hace bien dijo Castrillo. *De tejas abajo*...

—Vamos: no hay mas remedio que acudir á Cernícalo, dijo Rojas.

—Sí, sí, dijo Sergio; primero quiero hablarle como *amigo*, recordarle la exactitud de mis palabras; lo mucho que le he dado á ganar... veremos qué tal se explica el bergante.

—¿Pero no habeis podido prescindir de valeros de esa Caprimucia?... dijo Pepe en la idea de sonsacar mas y mas á Sergio.

—Imposible, contestó este: tiene á su lado la niña un moscon, un bestia de un lacayo, que abriga el pensamiento tonto y prosáico de casarse con ella, y el condenado no la deja ó sol ni á sombra... si no fuera por eso, precisamente está en una casa...

—¡Oh! la de la *Marquesa de las Contratas* ¿eh? ¡magnífica para recibir buenos ejemplos! exclamó Villasante.

—Como hay muchas en la corte, dijo Castrillo.

—¡Oh! ¡y qué linda es tambien su ama! repuso con ojos encendidos Villasante: lástima es que mande en jefe en su casa ese badulaque de *Villambruno*.

—Es que es hombre adinerado, dijo Castrillo.

—Pero ella no le va en zaga, dijo Villasante:

—Pero tiene al marido algo zambo y muy narigudo, dijo Rojas.

—Que gasta peluca, antiparras verdosas y fraque de *piston*, añadió Castrillo.

—¡Oh! ¡qué horror! eso le dá un derecho indisputable á mirarle por encima del hombro, repuso Rojas.

—Y sobre todo, señores, dijo con mímicos modales Villasante, estamos en pleno siglo diez y nueve, en este siglo de las *comunicaciones maravillosas*... ¿por qué las mujeres no han de tener en él facultad para *comunicarse* con quien sea de su agrado?...

—¡Jal ¡jal ¡jal

—Sois unos locos, dijo sonriéndose Sergio, mientras que Pepe maldecía en su interior los dichos disolutos de los tres jóvenes.

—Pero, chicos, añadió Villasante haciendo ascos; ¿no es verdad que la marquesa tiene un gusto sobremanera detestable?

—En efecto, dijo Castrillo, porque el tal *Villambruno* es mas baboso que un caracoi.

—Y mas charlatan que un gitano, repuso Villasante.

—Y mas pesado que una *rebatidera*, añadió Rojas.

—Y más bruto que el de *Babilonia*, añadió Sergio.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¡Oh! yo no sé cómo ha llegado ese gazañero en tan pocos años de *albadero* á millonario, dijo Rojas.

—¿Pero tan rico es ese *pedazo de atún*? dijo Castrillo.

—¡Oh! sí; es poderoso, opulentísimo; dijo Sergio.

—¿Y cómo diablos ha levantado tanta fortuna? respondió Castrillo.

—Ya te lo he dicho cincuenta veces, querido paisano, contestó Villasante; porque como me precio de *húsmeador*, sé la vida de ese prógimo y la de otros muchos danzantes que arrastran coche y llevan títulos aristocráticos, comprados á peso de oro.

—¡Vanidad bien tonta! dijo con desprecio Sergio.

—¡Oh! es que esa vanidad tiene todavía entre nosotros muchos partidarios, repuso Villasante, Pues señor: ese *albadero* no hace muchos años era *albadero*...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—Qué... ¿es mala definicion?... continuó Villa-

sante con mímica seriedad: yo creo que lo mismo da decir *es albardero el que hace albardas*, que... En fin, sigamos con el cuento...

—Si es que no te lo impiden los vapores del Val-depeñas, dijo riéndose Castrillo.

—¡Cómo! ¡venga otra copa! á mí nada me trastorna el juicio á no ser una mujer hermosa, repuso muy formal Villasante, pero dejadme seguir, que en cuatro palabras concluyo con la historia del *ilustre vizconde de Villam... bruno...* Apuré su copa y en seguida continuó: Pues señor; nuestro hombre era *albardero*, ó lo que es lo mismo, estaba haciendo albardas cuando se metió miliciano nacional por aquello del *treinta y seis*; de miliciano nacional se elevó sin esfuerzo alguno á *bullanguero*; de *bullanguero*, oficio que vale mucho en ciertas épocas, se hizo *proveedor de paja*, otro oficio muy fácil de ejercer cuando, aunque con *su aquel*, como dicen los choriceros de mi tierra; da la patria á los que la representan fondos para seguirle; de *proveedor de paja* ascendió á *contratista de cebada* .. ya veis que la vocación del mozo no podía ser mas decidida... el pobrecito buscaba lo que le hacía falta.

—¡Já! ¡já! ¡já!

—En pocos años logró reunir sendas pesetas, consiguió Villasante: con ellas se consideró hombre de *orden*, ó lo que es lo mismo, de los pocos de la clase *decente* de la sociedad, que no pueden ni *deben* ser confundidos con los quince millones de *canalla* que la España encierra, se cruzó de qué se yo qué; se hizo vizconde, diputado, galanteador, *meloso*... ¡Oh! ¡oh! añadió dando á sus palabras un tono semi-dramático... ¿quereis un hombre mas *metamorfoseado*? preguntad, preguntad ya por el an-

tiguo albardero. . ¡bien haya la revolucion española!.. ella hizo correr á torrentes la sangre del pueblo; pero no puede negarse que ha sido soberanamente fecunda .. en *monigotes, tutilimundis y pres-tidigitadores!*

Una estrepitosa carcajada acogió las últimas palabras de Villasante, y hasta el mismo Pepe, que con tanta repugnancia interior escuchara las hirientes pullas del calavera contra la marquesa de las Contratas, ó mejor, sus dichos obscenos y escandalosos, no pudo menos de reir de buena gana al ver los magíficos resultados que habia dado nuestra revolucion en su mas brillante período.

—¡Otra copa! ¡otra copa! exclamó Castrillo.

—Sí, sí; la última, amigo Sergio, dijo Villasante... no vendrá mal para que rueden al estómago las migajas de la empanadilla.

—¡Qué.! ¿no pedimos de postre una botella de Jerez, dijo Rojas.

—No quiero mas que esto, dijo Sergio apurando el contenido de su copa.

—Haces bien, chico, le dijo Villasante; bueno es, si has de ir á habértelas con Cernícalo, que lleves el espíritu confortado, pero no atribulado... *spiritus confortatus sed non tribulatus.*

—Necesitais llevar todos los cinco sentidos cabales para hincar el diente en aquella ave de rapaña, añadió Villasante.

—¿Y si ha de hablar á la *señora Caprimucia*. ? dijo riéndose Castrillo.

—¡Oh! lo que es para esa... ¿no tiene sobrada confianza? repuso Villasante: lo que únicamente necesita es dinero.

La mirada de Sergio, animada con los espíritus del rico manchego, volvió por efecto de las últi-

mas palabras de Villasante, que vinieron á recordarlo la insaciable y cruel avaricia de Cernícalo á su ordinaria distraccion melancólica.

—Y lo principal es, prosiguió Villasante, que se deje convencer el *ilustre* marido de la *tía Gurgusa*.

—La de las *patas coloradas*; dijo Castrillo soltando una carcajada.

—Para eso él las tiene *pajizas*, añadió Rojas.

—Siento, amigo mio, dijo Pepe echando sobre Sergio una significativa mirada, y haciendo un esfuerzo para disimular los sentimientos de su corazon, no hallarme en posibilidad de sacaros de vuestro compromiso... librándoos de ir...

—Gracias... veremos como se presenta ese tío bribon, dijo Sergio reanimándose. Y sacando su petaca, tomó de ella un puro, que se puso á encender en un fósforo de cerrilia.

—Pero qué... ¿es cosa de que nos abandoneis ahora mismo? repuso Pepe.

—Si, contestó Sergio con sequedad. Es preciso salir cuando antes de esta situacion de duda...

—¿Qué duda ni qué calabaza? dijo Rojas interrumpiéndole; lo dicho: si no se porta bien ese bergante con el mejor de sus parroquianos, le llevaremos hasta el corbatín.

—Sí, sí, dijeron entusiasmados Castrillo y Villasante.

—A verlo, pues, dijo Sergio levantándose con resolucion entre una nube de humo que arrojó por boca y narices.

—Si, sí... ¡que te pinte bien! dijo riéndose Villasante. Ya sabes lo que tienes que hacer... *Audaces fortuna juvat*... ¿Y dónde nos vemos, querido?

—Si me dispensais el honor de pagar el café... dijo Pepe sin dar lugar á que le contestase Sergio.

—Aceptado, aceptado, dijo Villasante. A las cuatro al café de Correos.

—Coriento, y allí os daré cuenta del resultado de mis dos asuntos, dijo Sergio, quien haciendo una inclinacion, salió con apresurado paso, centelleantes los ojos, y el rostro sumamente encendido, de la fonda de Colás, en la cual todavía permanecieron un buen rato sus cuatro compañeros de almuerzo.

Suponemos que el curioso lector habrá conocido en el llamado Sergio al paisanito de nuestros viajeros, y en Pepe al noble hijo del difunto administrador de Búrgos, cuya tia doña Carmen Salcedo tenia á su cargo la asistencia de los estudiantes Castrillo y Villasante, inseparables camaradas, así como Rojas, del primero en el juego, en las bromas y en todo lo demas que constituye la vida de los jóvenes calaveras, ó mejor, corrompidos por efecto de los maravillosos adelantos de nuestra civilizacion, y mas que por esto, por el bendito sistema de la enseñanza universitaria.

Fuera ya del establecimiento de Colás, atravesó Sergio con precipitado é inseguro paso diferentes calles, y llegado que hubo al comedio de una estrecha y tortuosa, detúvose junto al dintel de una casa de aspecto bastante miserable; movió en todas direcciones sus ojos, ramificados de encarnado por la poderosa accion del Valdepeñas, cual si temiera ser espiado por alguno; y satisfecho de que nadie le seguia, entró resueltamente en el portal, trepando en seguida presu-

roso, y con el corazón palpitante, la detestable escalera, que conducía á las habitaciones superiores. Hallábase, pues, en el gran *Cosmorama* de Cernicalo.

Aun cuando este insaciable usurero es ya conocido del lector, no estará de mas que demos aquí algunas pinceladas á su original retrato. Era el dueño del célebre *Cosmorama*, alto y delgado: sus ojos verdes aparecían incrustados, digámoslo así, en unas órbitas hundidas y amarillentas, viniendo á aumentar la natural pequeñez de ellos, la espesura y longitud de sus ásperas cejas y de sus cerdosos párpados; su nariz era larga y encorvada, cual el pico del ave cuyo nombre llevaba; su boca era tan enorme, que puede decirse la servían de trabillas las orejas, y sus dientes, diminutos y puntiagudos como los de los animales dañinos, se hallaban, á pesar de contar ya la edad de sesenta y cuatro años, perfectamente conservados, sin duda por la notable distancia que separaba unos de otros. Formaba parte de este rostro repugnante, que lo era mas por las arrugas que surcaban la angosta frente de una cabeza, sino grande, en extremo abollada, que de continuo estaba inclinada sobre el hombro izquierdo, cual si su dueño, que ni con cien leguas pecaba de sordo, pretendiera tener solamente espedito el oído derecho. Gastaba el avaro un leviton azul, sucio y raído, un chaleco negro de colosales dimensiones, y un pantalón tan corto que solo le llegaba hasta los tobillos. Unas anchísimas zapatillas de hirma, fábrica de su digna esposa la señora *Gurgusa*, que entre paréntesis no le iba en zaga en fealdad de cuerpo ni de alma, abrigaban sus enormes pies, envueltos completamente, así como la mitad de las piernas, á causa de padecer de vez en cuando ataques de gota, en unos trapos de bayeta pajiza cogidos con seis ó ocho varas de trenza blanca de algodón. Sin duda por esta última



circunstancia designó el estudiante Rojas á Cernícalo por el de la: *patas pajizas*, y Castrillo, en atención á gastar la Gurgusa medias de lana encarnada, nos la había dado á conocer por la de las *patas coloradas*.

Enemigo Cernícalo del género humano, como son todos los de su clase, le comprendía tan de lleno la imprecación de *Juvenal* contra el avaro, que hasta de su misma mujer era mortalmente aborrecido (1). Por un lado, y sin contar con el genio endiablado de Cernícalo, del que ya estaba hasta su mitad, carecía este matrimonio de familia, ese vínculo poderoso que tantas dificultades supera; y por otro, aun cuando la Gurgusa quería también los intereses á cualquier precio adquiridos, no gustaba de economizarlos para su cuerpo en un grado tan eminente como su esposo, quien á pesar de la inmensa fortuna con que contaba, tenía una mesa mucho mas pobre que la del mas infeliz jornalero: todo esto, unido á la circunstancia de contar la Gurgusa unos diez ó doce años menos que Cernícalo, y por supuesto también á la bondad de su corazón, contribuía de consuno á que aquella se alegrase en extremo cuando á este le apretaba fuertemente la gota, y á que se entristeciese sobremanera cuando el mal, en vez de introducirse en las regiones umbilical y epigástrica, le salía por la punta de los pies.

Precisamente, no sabemos si por fortuna ó por desgracia, cuando llegó Sergio al *Cosmorama* no encontró en él mas que á tres personas; Cernícalo, uno de sus dos dependientes y una señora, cuya edad rayaba con los cincuenta y que según trazas podía ser viuda

---

(1) *Vivat paucius quaso, vel Nestora totum; Possideat quantum rapuit Nero: montibus aurum. Exaquet, nec amet quenquam, nec ametur ab ullo.*

de un militar ó un empleado: acababa la pobre de recoger una mantilla de encaje á beneficio de cinco duros que anticipadamente dejó sobre el largo y grasiendo mostrador por los cuatro que treinta días antes recibiera, y ya porque vio á nuestro jóven, ó lo que es mas creíble porque había concluido con su comision, saludó á los presentes con semblante airado y los ojos llorosos y en seguida desapareció, maldiciendo probablemente en su interior al inhumano usurero.

—¿Podeis oir una palabra, señor Joaquin? dijo Sergio algo azorado asi que salió la señora.

—Y veinte que querais decirme, contestó el usurero con una grosería imperdonable, echándose de pechos sobre el mostrador, los brazos cruzados y la cabeza mas inclinada hácia el hombre izquierdo que lo de costumbre.

—Es á vos solo á quien deseo hablar, repuso Sergio no poco cortado con el lenguaje seco é insolente del avaro.

—¡Ahl negocio secreto, ¿eh? dijo en tono burlesco Cernicalo. Bueno, bueno..., pasad, pasad, caballero, añadió incorporándose y echándose á andar por un cuarto inmediato, á donde le siguió no poco cabizbajo nuestro jóven.

—Bien sabeis, señor Joaquin, dijo Sergio ocupando maquinalmente una silla sin orden de Cernicalo, que soy uno de vuestros mas constantes y... cumplidos parroquianos...

El bribon del usurero, á quien no debió gustar semejante preámbulo, arrugó el ceño, clavó por un momento sus repugnantes ojeles sobre el mancebo, y sin decirle una palabra, cual si tratara de gozarse en el martirio que estaba sufriendo, sacó una gran caja redonda de cuerno del bolsillo de su chaleco, y dando un par de golpecitos en la tapa, la abrió y tomó una bue-

na pulgarada de tabaco colorado, que de dos sorbos pasó á sus enormemente encorvadas narices.

A la vista de semejante proceder de parte del judío, entraron á Sergio sudores mortales, y seguro es que en aquel instante desiste de su empresa, si el recuerdo del consejo que acababa de darle Villasanté al salir de casa de Colás, no hubiera venido á reanimarle un poco. Tosió dos ó tres veces como para tomar aliento, y fijando de nuevo su mirada sobre el avaro, prosiguió:

—Confiado en esto y teniendo de por medio un compromiso de honor...

Una sonrisa de esas que ofenden mas que la mas atroz injuria asomó á los labios de Cernícalo.

—Me he acordado de vos...

—¿Y qué dijo Cernícalo al ver que de nuevo se paraba el mancebo.

—Contad, señor Joaquín, continuó Sergio, con que no es mi ánimo perjudicar vuestros intereses: todo lo contrario, vos en caso señalareis el premio y... mi gratitud...

—Sí, sí, dijo Cernícalo con punzante ironía. Pero todavía no me habeis explicado...

—El negocio es muy sencillo, señor Joaquín, dijo Sergio un poquito animado con las últimas palabras del usurero: necesito tres onzas, que os devolveré dentro de ocho días con el rédito que á bien tengais exigirme.

—¡Un préstamo de tres onzas! exclamó el usurero meneando su disforme cabeza... ¿Y sobre vuestro crédito, eh? añadió en insolente tono.

—No creo que podais dudar de él, dijo Sergio revistiéndose de alguna dignidad.

—¡Oh!... Yo dudo de todo el mundo, repuso brutalmente el avaro, cuanto mas de un caballero estu diante...

—Permitidme que os diga que no teneis derecho á

insultarme, dijo Sergio de repente con el rostro arrojando llamas de ira y de venganza.

—¡Cál ese no debe servir os de incomodidad, dijo Cernícalo encogiéndose de hombros, porque... ¿qué bienes os reconozco yo, que en caso pudieran responder...

—Mi firma, mi fe en las promesas, mi exactitud, de vos bien conocida, en pagar no solo al tiempo convenido, sino antes...

—¡Ta! ¡ta! ¡ta!... Eso nada significa para mí, caballero, dijo con desprecio Cernícalo, porque si pagais en mi establecimiento con exactitud; por un lado no haceis mas que cumplir con vuestro deber, y por otro venís á recoger la cosa empeñada, que como es justo, vale mas que el préstamo.

—Pero cuando se trata de un hombre como yo, que os ha dado á ganar tanto como el primero...

—Eso me significa menos, repuso con desenfado el inhumano usurero: yo presto á todo el que viene con arreglo al valor de la alhaja que trae, y miro á esta y no á la persona que me la presenta, porque ese es mi oficio... Yo creí que traíais otra comision... añadió despues de una breve pausa; ¡prestaros sobre vuestro crédito! ¡vaya! ¡vaya! No digo yo que no me pagaríais; pero... bien sé que teneis muchos vicios, caballero, que esos vicios ocasionan trampas, y un tramposo... en fin... no estoy en el caso de esponer mis intereses.

Al oír un lenguaje tan grosero, tan insolente, tan atrocemente injurioso, el semblante de Sergio se puso lívido y su pecho se encendió en ira; pero tanta era esta, tal la palpitacion de su corazón, y tan grande, en fin, la alteracion de su espíritu, que al ir á contestar á Cernícalo, su voz se le ahogó en la garganta. Esto le contempló con aparente indiferencia; pero sin duda conoció, á pesar de su corazón de tigre, que habia ido de-

masiado lejos en su negativa; y así, sacando de nuevo la grasieta caja y tomando otro polvo, prosiguió en un tono un si es no es afectuoso:

—Mas... no vayais á hacer caso de lo que acabo de deciros... ya conoceis mi genio, y esa mujer que salió al entrar vos, no vino mas que á exasperármele con sus suspiros y su lenguaje insolente... Por lo demas...

El corazon de Sergio, á pesar de su terrible estado, se abrió momentáneamente á la esperanza con las últimas palabras del avaro, quien en el mismo tono continuó:

—Yo no presto sobre crédito á nadie, y si el diablo me tentara alguna vez para dar algun dinero sin prendas, no lo haria á no ser con la garantía de una buena finca ó de un fiador que me respondiese en todo caso de alto... ¿Pero qué son tres onzas que necesitais para poner en apuro á un caballero, estudiante, hijo de una casa regular? añadió con desprecio: ¿no contais con efectos que poder empeñar, ahorrándoos de pedir favores á nadie?

Ya fuese por el aturdimiento de Sergio, ó lo que es mas probable, porque naturalmente su vida licenciosa habíale ya traído á un lamentable estado de envilecimiento en que, si se sienten las injurias, no hay aquellos arranques innatos, nobles, incontrastables, que llevan al hombre á vengarlas sin reparar en ninguna cosa de este mundo, lo cierto es que nuestro jóven, olvidando por un momento los atroces ultrajes de Cernícalo, en vez de vindicarse de ellos, como en su lugar hubiera hecho todo hombre de honor hasta el estremo de romper el bautismo á aquel nauseabundo usurero, se limitó á contestar á la última proposicion que le hizo, diciendo con entrecortadas palabras:

—¡Oh! no cuento... Para que me dierais tres onzas... necesitaba traerlos todas las prendas de vestir que

poseo... con inclusión de las que tengo sobre mi cuerpo... vos no dais un duro... sin la garantía... de cinco.

—No tanto, caballero, no tanto, repuso algo amoscado Cernícalo, que yo me arreglo al valor de las alhajas que se me presentan, y eso lo sabéis vos mejor que otro alguno... A propósito, añadid fijando sus ojos ávidos sobre la pechera de Sergio que ostentaba un lindo alfiler de oro, en cuyo centro brillaba una preciosísima rosa; vos también podéis experimentarlo ahora mismo. ¿por qué os desentendéis de empuñar esa alhaja, que brilla en vuestro pecho?

No pocas veces con ocasión de sus continuos apuros había pensado Sergio empeñar la alhaja, sobre la que aun tenía fijos sus inmundos ojuelos el bargino de Cernícalo; pero otras tantas desistiera de hacerlo por un sentimiento que es preciso confesar le hacía muchísimo honor. El alfiler era un regalo hecho por su pobre madre con motivo de un fausto acontecimiento en la familia, y no quería desprenderse de él un solo instante, porque en medio de sus vicios profesaba á la que le había dado el ser un respeto sincero y profundo; así es que cuando ahora le propuso el usurero su empeño, obedeciendo al primer impulso de su corazón,

—No, no, le dijo con resolución: no puedo desprenderme ni un momento de esta alhaja, porque es un recuerdo de la persona á quien mas quiero en este mundo.

—Bueno: vos haréis lo que gustéis, repuso Cernícalo con frialdad, pero no digáis que carecéis de efectos que traer á mi establecimiento... ¡Pardiez! añadió después de una breve pausa con irónica sonrisa: ¡grande será vuestro compromiso de honor cuando lo pongáis al empeño momentáneo de una joya.

El recuerdo del compromiso de honor, tan hábilmente traído á cuento por el avaré, vino á contrariar

de una manera lastimosa la mente del jóven pervertido; dudó unos segundos, pero al fin pudo mas el impúdico deseo de salir á todo trance de aquel que el respeto á la que le habia llevado en su seno.

—¿Qué me dareis por él? dijo con febril exaltacion.

—Pis... ¿qué pudo costar? dijo Cernícalo contemplando non calma la piedra preciosa.

—Qualquier diamantista me daria por él las tres onzas que necesito, porque costó cuatro y media.

—Os daré dos... no quiero que salgais quejoso de mi casa, dijo el infame usurero sin separar sus ojos verdosos de los lindísimos jaqueles de la rosa.

—¿Y la restante que necesito? exclamó Sergio sin saber lo que decia.

—Muy sencillo, contestó Cernícalo: podeis traerme una buena capa y un par de levitas, si no llamantes, al menos en buen uso... Ya veis cuan á poca costa, y lo que es mejor, sin necesidad de pedir favores á nadie, vais á salir de vuestro compromiso. Al mes ó antes si gustais podeis recoger vuestras prendas, devolviéndome el capital con el insignificante aumento de *doscientos reales* esasas.

—Estais mas cruel que nunca, señor *Ioaquin*, dijo Sergio con reconcentrada ira, y levantándose de repente añadió despues de exhalar un ligero suspiro: mañana estaré aquí luego que den las dos.

—¿Cómo tan tarde?...

—Es la mejor hora para mí... no hay mas que hablar, repuso con despego Sergio, quien dando un seco *á Dios* á Cernícalo, salió del *Cosmorama* rachinando sus dientes de rabia por los repetidos ultrajes que aquel malvado le hiciera, ultrajes que, atendida la miserable posicion en que le habian colocado sus vicios, no tenia mas remedio, al menos por el pronto, que deponer en silencio.

Todavía le faltaba á nuestro jóven recorrer otra estacion de su *calvario*, y ya que le hemos acompañado en las dos primeras, ó sea en la fonda de *Colás* y en el *Cosmorama* de Cernícalo, justo es que vayamos con él á la tercera, ó sea al *establecimiento* de la señora *Caprimucia*, la mas famosa de todas las *Celestinas*, segun el sentir del estudiante Castrillo. A manera que Sergio se alejaba de la casa de Cernícalo, las ideas de venganza que naturalmente se habian albergado en su pecho contra el avaro, fuéronse amortiguando á beneficio de otras mas lisonjeras, que venian á ocupar su exaltada imaginacion. No por esto hay que suponer que le abandonaria tan pronto el humer acre que en él habian producido los groseros insultos del usurero; pero contaba ya de seguro con las *tres onzas* que tanto anhelaba, y en esta confianza podia presentarse ante aquella célebre *zurcidora* de voluntades con la resolucion que, para llevar á cabo empresas de la clase que él tenia entre manos, acompaña al hombre adinerado por cobarde que sea, y falta hasta al mas valiente cuando carece del elemento *metalúrgico*, el mas poderoso entre todos los elementos poderosos para conseguir cuanto se apetezca en nuestra sociedad, sobrado *metalizada*.

Despues de dejar Sergio tras de sí diferentes calles de las mas céntricas de la corte, llegó por fin á la casa de la famosa *zurcidora*, cuya situacion no consignamos aqui, suponiendo que interesará poco al lector; atravesó ligeramente el estrecho portal, y no encontrando obstáculo alguno, luego de ganar unos veinte banzos de flamante, ancha y sobrado limpia escalera, se entró en una habitacion amueblada con lujo y esmerado gusto, sin tomarse siquiera la molestia de anunciarse, lo cual no se estrañará si se atiende á que como *buen parroquiano* del establecimiento de la Ca-



primucia debería tener con esta nuestro jóven una ilimitada confianza. Sola estaba en la pieza en que Sergio acababa de entrar aquella perla de las *Celestinas*.

No crea el lector que era la Caprimucia una de esas mujerzuelas viejas, horriblemente feas y asquerosísimas, que con tan poco tino, aunque con la mas sana intencion, nos regala de vez en cuando la fecunda imaginación de los literatos: juzgan estos sin duda que, pintando á aquellas tan repugnantes, van á hacer aborrecible la prostitucion; pero prescindiendo de que esta tiene que ser atacada en otro terreno mas elevado, es lo cierto que no puede darse mujer menos á propósito para sostener y fomentar aquel vicio que una vieja seca, rugosa, amarilla, bigotuda y narigona; por que la hermosura no solo no simpatiza para nada con la deformidad, sino que se resiste tenazmente á comunicarse con ella hasta para las cosas mas insignificantes.

Sin embargo de contar la Caprimucia unos treinta y cinco años, hallábase tan bien conservada, reunia aun tantos y tan poderosos atractivos, que si no merecia por completo la calificación de hermosa, pasaba, como no podia menos, por una *jamona*, encantadora hasta el extremo de hacer perder los estribos al hombre mas pacífico y sesudo. Era de elevada talla, frescota y bastante gruesa: embellecian su rostro lleno y ovalado, cuya tez no podia ser mas sonrosada, una nariz perfecta, una boca pulida, y unos ojos grandes, negros y rasgados: tenia la frente tersa y despejada, y su larga cabellera de ébano, suelta á la sazón sobre la robusta espalda, la comunicaba una gracia sobradamente seductora. Diremos por último, para completar el retrato de la Caprimucia, que cuando entré Sergio en su cuarto estaba vestida tan solo con una elegante bata de invierno que, formando multitud de graciosos pliegues sobre el abultado seno, sujetaban á la cintura unos cordones

de finísima seda encarnada perfectamente trabajada.

Huérfana de padre y madre, espuesta por su hermosura á los incesantes ataques de una juventud tan frívola como corrompida, mas por necesidad que por afecto, casóse la Caprimucia á la edad de veinte años con un artesano, quien en los ocho ó diez que con ella viviera, habíala lanzado por efecto de sus multiplicados vicios, y entre ellos el repugnante de la embriaguez, al camino del deshonor, que, cual sucede á todo el que una vez entra en él, ya no la fué dado abandonar. De aquí al tráfico que emprendió despues de perder con gusto al marido no habia mas que un paso, y este le dió montando desde luego su *establecimiento* con un órden y una inteligencia, que en breve le proporcion estensa y merecida nombradía: en él encontraba siempre lo mas selecto en su clase el *goloso consumidor*, y preciso es confesar en honra de la Caprimucia que ninguno tuvo que llorar durante largos dias el efímero placer de cortos minutos por ella proporcionado. No solo por esto, sino tambien porque, segun hemos visto por la conversacion de Sergio y sus compañeros en la fonda de Colás, rara era la jóven (y cuando de jóven hablamos entiéndase del pueblo), cuya conquista se propusiera hacer que no sucumbiese á sus insinuaciones, á sus dádivas ó á sus fascinadoras promesas, pasaba la Caprimucia en opinión de los *aficionados* por una *Celestina* de finísimo tacto y superior inteligencia, con grandes ventajas en sus intereses, á los que en estremo se mostraba apasionada.

De mas que regular talento, bella aún á pesar de sus años, prudente, callada, insinuante y en estremo seductora, era, pues, la Caprimucia la mujer mas á propósito para el oficio que queria ver premiado, ennoblecido y reglamentado *Cervantes*, á fin de sacarle de manos de *mujercillas de poco mas ó menos, pafecitos*

y *truhanes de pocos años y poca experiencia* (1)... ¡Magnífico pensamiento! Acaso si el manco de *Lepanto* hubiera conocido á nuestra *Caprimucia*, habria pedido para ella las mas honoríficas distinciones... ¿No las merecia, puesto que proporcionaba el torpe placer sin las amarguras que suelen serle consiguientes? ¿No hacia apetecible el vicio exentándole de los crueles sinsabores que generalmente son inseparables de él? ¿No aventajaba á la sociedad en el hecho de crear esta despiadadamente con su pobre, mezquina y defectuosa organizacion innumerable multitud de víctimas para la vergonzosa prostitucion, y ella recogerlas, ordenarlas y presentarlas cubiertas de flores ante la esquisita voluptuosidad de los altos empleados, de los contratistas, de los ricos jóvenes pervertidos y de los demas privilegiados de la tierra?... ¡Desgraciada humanidad!... Pero ¿qué importa que Cervantes, ese ingenio que pasa por uno de los mas grandes de su siglo, pidiese la organizacion de la prostitucion, de esa lepra repugnante, cuyo origen ha estado y está en los opuestos polos del lujo y la miseria, á una sociedad que, á pesar de su corrupcion y envilecimiento, no quise concedérsela?... ¡Reglamentar el vicio! ¡recompensar la seducccion! ¡premiar el vergonzoso y nauseabundo oficio de la alcahuetería!... ¡Ah! no, no eran los tiempos en que esto se pedia mejores que los nuestros; eran mucho peores: hoy como entonces se lamentan los espantosos estragos de la prostitucion; pero entonces se la queria dejar á esta en pié sin peligro para los hombres corrompidos, entonces las víctimas desgraciadas de ella no inspiraban piedad á nadie, y hoy se inquieren las causas que la producen y la fomentan, y cien corazones generosos claman con nosotros, no por-

---

(1) Quijote. Parte 1.<sup>a</sup>, capítulo XXII.

que se organice el vicio, sino porque se organice la sociedad para que, quitadas las causas que producen el mal, haya las menos rameras posibles, y el menor número también de vicios que las busque. Pero volvamos á nuestro jóven.

Dejamos dicho que Sergio entró sin anunciarse en el cuarto de la Caprimucia, y ahora añadiremos que, sin saludarla también, se acercó á un pequeño azulador sobre el que aquella estaba escribiendo una carta, ocupó una silla inmediata, y tomando la badila del brasero, hizo en este una buena firma para que sus piernas, que colocó en términos de cruzar con ellas todo el interior de la camilla, pudieran recibir perfectamente el benéfico influjo del fuego, que acababa de avivar con la misma satisfaccion que si estuviera en su propia casa.

—Gracias, querido, gracias, le dijo la Caprimucia contemplándole con una sonrisa encantadora. Siempre que vengas con mal humor te estimaré como ahora que le desahogues haciéndome un señalado servicio.

—¿De veras? dijo Sergio en irónico tono.

—Como lo digo... apuradamente llevo escribiendo media hora y mis piés...

—No lo he hecho por los tuyos, sino por los míos..

¿Qué hay de nuestro asunto? dijo secamente Sergio clavando su mirada un si es no ceñuda sobre el alegre semblante de la Caprimucia.

—¡Bravo..! Es la primera vez que te veo mal humorado teniendo dinero en abundancia, repuso aquella dirigiendo sobre Sergio una mirada escudriñadora.

—Pero no es la primera que yo te veo á ti burlante á sangre fría de la situación apurada de un hombre de bien, repuso Sergio con toda intencion.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡Un hombre de bien!..

—Qué...?

—¡Chavalito...! ¿No ves que te llevo algunos años para que me deje engañar de ti? repuso la Caprimucia en un tono entre dulce y desdeñoso.

—¡Reniego de tales años... y también de la que los tiene!

—Tanto peor para tí... ¿Tan mal me he portado yo contigo? dijo la Caprimucia echando sobre el mancebo una mirada de voluptuosidad.... ¿Pero á quién has logrado engañar, criatura..?

—¿Tienes ganas de sofocarme? dijo Sergio algo incomodado.

¡Yo..! ¿Quién mas cariñosa para tí que la pobre Caprimucia? ¿á quién sirvo yo con mejor voluntad en cosas que...

—¡Reniego de mi estampa..! Tú me sirves; pero tratándose del dinero...

—¡Ah!... ¡Como todos! exclamó interrumpiéndole la Caprimucia... ¿Estrañais que nos manifestemos afectos al dinero?... añadió con amarga sorpresa, ¡pobre corazón nuestro! ¿qué resorte le quereis dejar para que pueda vivir en medio de su degradacion? ¿que otro estímulo le quereis proporcionar para que no sucumba seco y hecho pedazos en el centro de una sociedad que nos mira como sus miembros pedridos y pestilentes? Yo soy aficionada al dinero como tú á los placeres; pero tú buscas estos por vicio con un entusiasmo ardiente, con un delirio febril, y yo quiero aquello... por necesidad.

—O por ambicion, dijo Sergio con indiferencia, cual si no hubiera prestado atencion á las sentidas palabras de la Caprimucia.

— Bien; sea ambicion, dijo esta; pero esa ambicion es la única cosa que puede alentarnos en medio de nuestro deshonor.

—¡Deshonor! No hago caso de esa palabra vacía

de sentido, dijo Sergio con desprecio, al menos aparente.

—Convenido; pero es porque á tí no te alcanzan sus efectos... Tú vienes con *honra* á mi casa *envilecida*; vienes á envilecerla mas, y al abandonarla, sales tan limpio de ella como si te hubieras bañado en agua lustral... Ya que el oficio sea infamante, dejadnos recibir en paz la única recompensa que le está destinada, el único premio reservado á nuestra deshonra, que por grande que sea no puede pasar de un puñado de oro.

—¡Vive Dios, que estás hoy filósofa como nunca! exclamó Sergio. Pero has de saber, que en mi vida he estado yo menos dispuesto á oír sermones de cuaresma que en este momento... Estoy para romperme la crisma con el *niño de la bola*.

—¿A que es preciso reírnos de tus niñerías? dijo la Caprimucia abandonando el tono grave con que hasta allí se espesara: ¡pobre Sergiol! .. Pero ¿quién diablos te ha puesto de tan mal humor?...

—¿Y á tí qué te importa?

—¿Pues no ha de importarme cuando has venido á suavizarle á mi casa? repuso la Caprimucia. Y has hecho bien, querido, añadió con una sonrisa en extremo seductora, porque, ¿quién mejor que yo para ponerte contento?

—En efecto, dijo Sergio poniéndose á contemplar embelesado despues de una breve pausa el sonrosado y peregrino semblante de la Caprimucia; no quiero estar hoy en guerra contigo...

—¡Buena cuenta te tendria!

—¿Sabes que estás encantadora con esos cabellos flotantes y era bata tan cómoda como elegante? repuso Sergio fijando sus ojos sobre la Caprimucia con una expresión marcadísima de injuria.

—¿De veras?... ¡si dije yo!... vamos, ya eres mio, *chavalito*, dijo riéndose la Caprimucia al propio tiempo que echó sobre el mancebo una mirada lánguida, llena de voluptuosidad, de esas miradas que fascinan, que entontecen, que trastornan al hombre sin embargo de que es el ser fuerte, y le someten completamente á la mujer sin embargo de que es el ser débil.

Sergio sintióse en efecto fascinado; pero despues de contemplar unos segundos en delicioso éxtasis á la Caprimucia, acordóse del principal asunto que ante ella le habia llevado, y volviendo á un lado su encendido rostro dijo con desenfado:

—Vamos, vamos... dejémonos ahora de requiebros... ¡vive Dios que eres aun la mujer mas peligrosa!..

—¿Otra vez el mal humor? dijo interrumpiéndole la Caprimucia.

—No; pero... hablemos de nuestro negocio: tengo precision de dejarte luego.

—¿Y no has de saludar siquiera á *tus amigas*? repuso la Caprimucia con su sonrisa encantadora.

—Veremos, contestó Sergio despues de una breve pausa. Lo que me interesa es mi negocio, añadió con resolucion.

—Calma, calma, *criatura*, repuso en tono afectuoso la Caprimucia; ¡cómo se conoce que ne tienes todavia veinte años!

—¡Y cómo se conoce que tú tienes ganas de martirizarme! dijo Sergio mirando de nuevo á la Caprimucia entre risueño y enojado.

—Nada de eso, querido... ¿qué interés puedo yo tener en ello?...

—No le sé; pero el resultado es...

—¿Qué has hecho tú por tu parte? dijo la Caprimucia interrumpiendo al mancebo, sobre cuyo imberbe y encendido rostro fijó una mirada codiciosa.

—Todo está arreglado; contestó Sergio, exhalando un pequeño suspiro. ¿Y por la tuya?

—Tambien.

—Vales un mundo, dijo Sergio contemplando con indecible satisfaccion á la Caprimucia.

—¡Oh! eso sí... ahora...

—Mañana, continuó Sergio sin dejar hablar á la Caprimucia, estará en tu poder el dinero antes de las tres de la tarde.

—Demasiado tarde es, dijo de repente la Caprimucia... No obstante, añadió despues de una ligera pausa: eso no destruiria nuestro plan, porque si hay necesidad yo adelantaré por tí lo que sea indispensable, y de paso te convenceré de que no soy tan interesada...

—¡Oh! ¡oh..! Ya sabes que tengo confianza contigo, dijo interrumpiéndola Sergio y mirándola con una expresion marcadísima de gratitud.

—Si acaso no estoy en casa cuando tú vengas mañana, prosiguió la Caprimucia prescindiendo de lo que Sergio acababa de decirle, te entiendes con la *Paca*, y á la caída de la tarde es necesario que no faltes en la puerta del Sol, junto á la calle de la *Montera*. Sobre las cinco pasará por allí *Melitona* con el velo echado, circunstancia que no creo te impida el conocerla... si-guela, que en derechura vendrá á esta tu casa.—

—¡Repito que vales un mundo! esclamó Sergio con entusiasmo.

—Sí... ahora valgo mucho, dijo con ironía la Caprimucia. Cuando una quita el mal humor á estos señores..., ¡pues...! pero...

—No volvamos á las andadas... ¿Y dónde está la *Paca*?

—¿Quieres verla?

—¿Pues qué he de hacer si sabes que es la amiga á quien más aprecio? dijo Sergio de repente. Por su-



puesto, añadió sonriéndose y echando una lasciva mirada sobre la Caprimucia, que tú, aun cuando casi puedes ser mi madre, ocupas el primer lugar...

—¡Vamos! ¡un favor y un disfavor! no es del todo tan malo, dijo interrumpiéndole la Caprimucia. Anda, anda, *chavalito*, añadió afectando un poco de seriedad; vete á ver á la *Paca*, que ahí está en ese cuarto de enfrente con sus amigas, y déjame concluir esta carta.

—¿Quieres que yo te contente ahora? dijo Sergio con zalamería.

—¡Cal... para qué te has de molestar en eso si no lo has de lograr? repuso risueña la Caprimucia.

—¿De veras?...

—A fé de *madre tuya*...

—¡Oh, qué piezal... cómo sabes que te se quiere! dijo Sergio levantándose. Hasta luego.

—A Dios, *chaval*.

Un momento despues nuestro jóven entraba en una habitacion fronteriza á la en que dejaba escribiendo á la alegre y encantadora Caprimucia. Alli, entretenidas tan solo en impúdica conversacion, sentadas con molición, dos en un cómodo sofá y las tres restantes en elegantes sillas colocadas á la inmediacion de aquel, estaban cinco jóvenes, la que mas de veinte años de edad, todas hermosas, insinuantes, vivarachas, alegres... ¿y ¿por qué ne habian de estar contentas? ¡infelices!... ¿qué sabian ellas de su degradacion? ¿acaso una criatura que en medio de su belleza é inesperienza es arastrada al lodazal de la prostitucion, tal vez por causas ajenas á su voluntad, tiene obligacion de volver la vista á su triste pasado y tenderla despues hácia su nebuloso porvenir? ¿ha de buscar en aquel crueles remordimientos que turban su insana felicidad, y en estas sombrías y aterradoras ideas que la presentan la

horrible perspectiva de un hospital ¿no le basta el presente que, si no dichoso, es al menos alegre, entusiasta, bullicioso y placentero?

Sergio, que es recibido por todas cinco con muestras de una alegría insensata, se coloca muellamente en medio del sofá. Tiende sus brazos sobre los hombros de las dos jóvenes que le ocupan, las cuales á su vez enlazan los suyos junto á la delgada cintura del imberbe mancebo, y á las lánguidas miradas, y á las incoherentes palabras de ellas contesta él con otras palabras y otras miradas no menos incoherentes: cruzándose al parecer, tiernas é ilusionadoras caricias, y á los impúdicos besos de las impúdicas bocas de las pobres muchachas, corresponde el joven con otros besos no menos desahonestos, confundiendo recíprocamente su aliento cargado de repugnante voluptuosidad... Nuevo hijo pródigo, ya está entregado el corrompido mancebo, sin aguardar á la realización del proyecto que tras entre manos, á las torpes delicias de una vida muella, afeminada y funestamente enervadora. ¡Pobre joven!... Después del juego, los báquicos festines y los impúdicos y deleznables placeres proporcionados á costa de los vergonzosos y terribles sinsabores, consiguientes al que tiene ó quiere tener trampas, y mas cuando aquellos vicios las producen... ¡Escelente vida!... Pero dejémosle por de pronto en ella para tomar presurosos el hilo de nuestra historia, aunque consignando de paso algunas ideas que se agolpan á nuestra imaginación.

Cinco jóvenes bellas, seductoras, contentas en medio de su envilecimiento, ofrecen al descarriado mancebo sus atractivos, que extasían el alma de éste, ávida de libidinosas emociones: las desgraciadas constituyen una ofrenda colocada sobre el impuro altar de la disolución, ofrenda de que el joven se apodera cuando quiere, merced á un mezquino y despreciable interés:

el sacrificio ofrece la particularidad de ser el único de los sacrificios en que el *sacrificador* y las *víctimas* rien, loquean y simpatizan, confundiendo todos sus aspiraciones. Sin embargo de esto, y prescindiendo también del porvenir reservado á uno y á otras, ¡cuán distinta es su muerte hasta en ese presente tan feno, al parecer, de encantos y delicias para ambas partes! El diccionario del gran mundo, de ese gran mundo que tal vez y sin tal venia arrastrado á las infelices jóvenes hácia su perdición, contiene para ellas una terrible y significativa palabra que se llama *desonra*, mientras que para el perverso mansebo solo reserva otra, vacía de sentido, que se conoce bajo el nombre de *calaverada*... el oprobio con todas sus consecuencias para aquellas; para este una cosa parecida al triunfo... ¡lógica atroz y bárbara! ¡el deshonor, la vergüenza, el escarnio para el ser débil; que sucumbe víctima de la horrible miseria, de la páfida seducción ó de otros defectos de que adolece la sociedad! y esta sociedad nada mas reserva que una palabra sin significado, ó que si la tiene es hasta cierto punto honorífico para el ser fuerte, que voluntariamente y solo por vicio se lanza á toda vela en el mar de la disolución!... La Caprimucia acababa de decir, y con razón, que solo había un resorte para el pobre corazón de ella y para el de las que como ella vivían con el vergonzoso oficio de la atahuetaria, *maternidad*... ¿Pero qué resorte podría animar los de las infelices jóvenes destinadas á sostener su establecimiento?... El *interés* no puede apoderarse por completo de un corazón tierno... ¿No podía, no debía buscárselas otro resorte mas eficaz y provechoso para ellas y para la sociedad en que viven? Aquí está la cuestión... ¿Hace algo la sociedad por que esas mujeres, que sucumben, sea por la causa que quiera, puedan levantarse y convertirse en unas buenas madres de familia? La

ESPERANZA es un recurso que ni siquiera piensa explotar nuestra sociedad... ¿Y por qué pecader de otra manera? Si ella hace víctimas, ¿se ha de tomar el trabajo de volverles á la vida, valiéndose de la *esperanza*, que solo abandona al corazón cuando le abandona la existencia?... Pero lo que mas importa; ¿que ha hecho esa misma sociedad para que no sucumban aquellas mujeres? NADA... Mas... consolémonos; que en cambio se reserva el derecho de escarnecerlas sin piedad así que las ve caídas... ¡Desgraciadas jóvenes! ¡Desgraciada sociedad!

## CAPITULO VIII.

TIRÓ EL DIABLO DE LA MANTA, ETC.—EL COSMORAMA DE CERNICALO.—UN DEBER NATURAL.

¡Oh mundo de las casualidades! ¡Desgraciado del que se fie ciegamente en ninguna de tus cosas! ¡Qué de cambios repentinos, qué de mudanzas súbitas, qué de sorprendentes peripecias no vemos todos los dias, á todas horas y á todos momentos, debido tan solo á una maldita ó bendita casualidad...! Por una casualidad se levantan de la noche á la mañana fortunas colosales; por una casualidad desaparecen otras en un segundo; que por tan inmensas se creían seguras poco menos que por una eternidad; por una casualidad llevan unos el nombre de *grandes* á pesar de ser muy *pequeñitos*, y otros el nombre de *pequeños* á pesar de ser muy *grandes*; por una casualidad nacen unos de piés, mientras que otros vienen á este pícaro mundo de cabeza; dándose en ella tan fuerte coscorrón, que ya no fuésana en todos los dias de su vida; por una casualidad, al desembarcar aquellos en este valle que llaman de lá-

grimas, les espera una esplendente corona de oro y de pedrería, mientras que á estos les aguarda una corona de espinas, que no les es dado arrojar de su frente interin permanezcan en él; por una casualidad son ensalzados los humildes como dice la *Escritura*, y grandezas humanas, tan empicetadas, que creían escalar el cielo en medio de su orgullo, bajan estrepitosamente á lo mas profundo del abismo; por una casualidad se altera el gobierno interior de los estados, pasando los vencidos á la clase de vencedores y *vice-versa*; por una casualidad se conmueve y rompe eso que se llama *equilibrio de las naciones*, fundado y sostenido por los déspotas á fuerza de afanes y sacrificios, que por supuesto han pagado aquellas; por una casualidad ve asombrado el orbe de cuando en cuando, esos monstruos, que son conocidos bajo los nombres, gloriosos para unos y funestos para otros, de *Alejandro*, y *Napoleones*, *Atilas* y *Tamerlanes*, y sin contar un número de casualidades, cuya sola narración podría ocuparnos algunos dias, se descubren en fin por una casualidad tambien los asuntos mas reservados, así de los gobiernos como de los particulares, pasando el secreto desde los gabinetes y escondrijos al dominio del público, que le estierde por plazas, calles, villas, ciudades y campos, de donde sin duda proviene aquel tan conocido refran, que sirve de epigrafe al presente capítulo, de *tiró el diablo de la manta y se descubrió el pastel*.

Casualmente salia nuestro buen carabinero Juan Gutierrez, quien, entre paréntesis, per no querer serlo, iba vestido de paisano en este dia, sobre las diez de la mañana del posterior al en que Sergio visitó los tres establecimientos dirigidos por *Coldas*, *Cernicato* y la *Caprímueta*, de la casa de la calle de Toledo, donde vivían la simpática doña Cármen Salcedo y su noble

sobrino Pepito, cuando un poco antes de subir á la magnífica *Plaza Mayor*, ya de regreso para las pesadas de nuestros viajeros y Gumersinda, se encontró por casualidad con un antiguo compañero de armas durante la guerra civil, que casualmente también se hallaba al servicio del ilustre *D. Bonifacio* en clase de ayuda de cámara.

No fué pequeña la satisfacción que experimentó el honrado Gutierrez al encontrarse de manos á boca con un antiguo camarada, en cuya compañía marcharon cien veces á los combates al mágico nombre de una *libertad* para ellos siempre desconocida; pero aquella subió de punto cuando, preguntándole despues de los primeros cumplidos por la causa de su estancia en la corte, supo que estaba sirviendo, hacia ya unos cuantos meses, al inolvidable y celeberrimo *Dr. Quiñoces*. Como Gutierrez tuviese por *Masalegre* no escasas ni falsas noticias de aquel benemérito padre de la patria, á quien tambien habia visto una ó dos veces en casa de su nueva ama, calculó en su buen juicio que la coyuntura que acababa de presentársele con el encuentro de un tan leal como antiguo amigo, no tenia precio para los planes que pudieran abrigar sus favorecedores respecto de *D. Bonifacio*: así, disimulando por el pronto sus intentos, y desentendiéndose de que conocia personalmente al diputado, y sabia no poco de su vida y milagres, dijo:

—¡El buen *Garcerán*...! ¡ahora de ayuda de cámara! ¡el mejor sargento de húsares que vieron los valles de *Navarra*! ¡oh! ¡oh!

—¿Qué quieres amigo Gutierrez...? y gracias que despues de mil trabajos ha podido uno encontrar esa colocacion, dijo *Garcerán*.

—Sí... ya lo veo, repuso Gutierrez contemplando con infinita ternura á su camarada. Esa es la recom-

pensa que ha habido para los valientes... echarle á uno á morir de hambre á la calle después de haber conquistado grados, honores y riquezas para otros; y gracias que podemos contarle, y mas porque podemos hacerlo sin la falta de un brazo ó una pierna... ¡oh! ¡y qué de promesas nos hacian al llevarnos ante el enemigo! ¡pobres de nosotros! todos han sido á engañarnos, desde el primer general hasta el último cadete... ¡tribones...! Hiciste bien en no querer entrar de simple carabiniere después de haber sido sargento brigada años enteros... yo estoy tan desesperado con el servicio, que me voy á retirar inmediatamente de él... Pero dejemos esto... ¿y qué tal es tu amo? ¿te va bien con él?

—Así, así, chico, contestó risueño Garterán. Tengo un amo que no sé si es listo ó es fátuo; digo, para sus intereses no es bobo....

—¿En tal caso no tendrás que agradecerle mucho.

—No por cierto... Nada me debe; eso es positivo; pero puedo asegurarte que jamás he visto en él un arranque de generosidad.

—¿Eso que, según dices, es diputado y rico..?

—Ahí veraz. Y no es eso solo, sino que suele confiarme de vez en cuando algunas comisiones que nada me valen, y es seguro que su desempeño me proporcionaría con otro amo muy buenas propinas. Aquí nada: el ajuste y para de contar... Es un hombre muy amigo del dinero.

—¿Tan antel... exclamó Gutierrez aparentando indignarse: yo ya le habia abandonado.

—¿Y adónde vas...?

—Es cierto... ¡está todo tan malo!

—Y como me ha prometido proporcionarme un destino antes que concluya su diputación...

—¡Ah! no hagas caso de esas promesas, amigo Gar-

serán... La parte mas integrante del oficio de los diputados del dia es *prometer y no dar*, porque nada les cuesta abrir la boca; y si son de la calidad de tu amo, asi entre listos y tontos, hacen concebir en balde las mas lisonjeras esperanzas á todo pobre pretendiente; dicen que maldita la cosa quieren para sí, y olvidándose hasta de Cristo padre quando tocan á percibir, toman cuanto se les presenta á mano sin reparar en la cantidad, ni en la calidad de los géneros.

—Pueda ser que no vayas equivocado, dijo algo carbizbajo Garcerán.

—¿Que pueda?... Lo que diga, repuso Gutierrez con resolucion.

—¿Como no esperas mas de esta tu buen camarada que del diputado?...

—¿De ti?...

—Acaso, dijo risueño Gutierrez, no concibas muchas esperanzas; pero por hoy contento con algun influjo que interponer en tu obsequio. Ya te he dicho que pienso abandonar inmediatamente el servicio, y es porque tengo segura y brillante colocacion en una casa donde me estiman como á un hijo.

—Sí; pero eso será solo bueno para tí.

—Y para tí... ya hablaremos... pero ¿dónde vas ahora?...

—¡Ira de Dios! exclamó algo apurado Garcerán; y me estoy yo aquí tan fresco cuando van á dar las diez!... ¿A dónde nos vemos de nuevo, mi querido Gutierrez?

—No te apures por nada, hombre, le dijo este con mucha flama: ¿en busca de quién vas?

—Voy á casa de un oficial de secretaría, que saldrá para la oficina asi que den las diez.

—O las once... ¿quién va tras de los *plamistas*?



¿te parece que ellos tienen ordenanza?... Aguarda, aguarda...

—No, que el asunto es urgente.

—Acaso asunto patriótico, ¿eh? dijo con ironía Gutiérrez. ¿Y despachas luego?

—No mas entregarle una carta si no mereces contestacion, y si la precisa, ya ves tú que no puede tardar mucho en dármela.

—Pues chico, dijo Gutiérrez, yo estoy completamente desocupado, y á título de hablar otro rato contigo, me decido á acompañarte. ¡En marcha!

Conversando alegremente sobre su posicion respectiva, llegaron á casa del oficial de secretaría nuestros dos amigos, y previo el anuncio de ordenanza fueron al instante introducidos en el despacho de aquel funcionario, á quien, á pesar de haber sonado ya las diez de la mañana, encontraron vestido de bata, envueltos los pies en holgadas babuchas, y saboreando un grueso habano, ineluctablemente repantigado en una tan lujosa como cómoda butaca colocada detrás de una grande y elegante mesa de bufete. El empleado, que era bajo, rechoncho, calvo, de ojos saltones y turbios y fea y enorme boca, mas fea por contar con una desigual y ennegrecida dentadura, recibióles tan solo con un ligero movimiento de cabeza y esa risita que tan á tiempo saben llamar á sus labios los que se precian de cortesanos, creyendo que tiene un valor inestimable, y que por significar y valer tan poco desprecian los hombres de buen juicio y de noble y valiente corazón.

—¿Qué se les ofrecia á Vds.? dijo el oficial sin moverse de su asiento ni mandar sentar á nuestros dos amigos.

—Mi principal, el Sr. Burdiluengo os Quincecos...

dijo Garcerán presentando ante la vista del empleado la misiva del diputado.

—¡Ah! sí, sí; no me acordaba, repuso el empleado interrumpiendo á Garcerán y fijando sobre el mismo su débil mirada, como aquel que quiere reconocer á una persona á quien ya ha visto algunas veces... ¿Y el señor? añadió después de una ligera pausa, como es trañando que Gutierrez fuese en su compañía.

—Soy también dependiente del señor de Quineocce, dijo con grande desenvoltura nuestro carabinero sin aguardar á que contestase Garcerán.

—Bueno, bueno... A ver, dijo el empleado pidiendo con un ademán la carta que Garcerán le alargó por cima de la mesa pensando, mas que en lo que estaba haciendo, en la traviesa serenidad de Gutierrez para fingirse doméstico del ilustre *D. Bonifacio*. ¿Y está bueno vuestro amo? añadió el oficinista rompiendo el sobre de la carta.

—Así, así, contestó Garcerán; ¡ah! se me olvidaba una cosa... Me encargó sobremanera mi amo que al entregar á V. la carta le recordase, sin perjuicio de hacerlo él en ella, la imperiosa necesidad de despachar hoy mismo el espediente.

—¿Qué espediente? dijo sin premeditación el empleado; ya sabeis que tiene dos... ¿es el de la indemnización?

—No me dijo mas que eso, contestó Garcerán, mientras que Gutierrez, en extremo satisfecho, tomaba acta de las palabras que acababa de pronunciar el empleado.

—Hoy mismo, dijo este en actitud de meditar y volviendo un poco sobre sí; me parece punto menos que imposible, sea el espediente que quiera... en fin, veamos lo que dice la carta. Y calándose unas lujosas antiparras se puso á leer con calma la epistola del be-

mercérito padre de la patria. ¡Torpel murmuró por lo bajo así que concluyó de leerla; y doblándola con manifiesta incomodidad añadió dirigiéndose á Garcerán? ¿Cómo no ha venido vuestro amo?

—Supongo que será, dijo el camarada de Gutierrez, por haberle acaecido anoche una ligera indisposicion de estómago que aún le tiene postrado en cama.

—No obstante... bien habrá podido levantarse, repuso el empleado con visible incomodidad y como hablando consigo mismo... el dolor de estómago sin calentura nada significa... ¡Cuántas veces por cumplir con su obligacion tiene uno que ir hasta con fiebre á la oficina!.. Decidle, añadió mirando con las gafas caladas á Garcerán y arrugando maquinalmente la carta entre sus manos, que procuraré despachar hoy mismo el espediente... Pero no, no; lo mejor y mas barato es que nos veamos... ¿No creéis que pueda abandonar el lecho antes de mediodia?

—Creo que sí, contestó resueltamente Garcerán.

Está bien, dijo el oficinista poniendo la carta sobre la mesa; en tal caso mi contestación es la mas corta del mundo.

—El empleado, no sin asombro de parte de Gutierrez y su buen compañero, cogió silencioso aunque de mal talante una gran oblea, cerró con ella la misma carta de D. Bonifacio por el propio sitio por donde minutos antes acabara de abrirla, y alargándosela á Garcerán añadió:

—Devolvedle su carta, y al entregársela le decís que mi contestacion está reducida á que sin falta alguna se presente antes de las dos en la secretaria.

—Corriente; ¿teneis que advertirme mas?

—No; contestó con sequedad el empleado, quien á las corteses despedidas y profundas reverencias que le

dirigieron los dos antiguos camaradas, solo correspondió con un altanero y hasta insolente *Adios*.

—¡Tunante! exclamó en alta voz Gutierrez bajando la escalera: ¡tal vez, y sin tal vez, habrá sido en su juventud el tío *bridon* este, limpia-botas de algun contratista, y con qué orgullo trata ahora á la gente!... ¡no contestar á nuestra despedida! ¡mal rayo le parta! ¡Habrás visto un tuno por el estilo?...

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! de poco te asustas, amigo Gutierrez, le dijo Garcerán; y bien se conoce que no has vivido en la corte. Si á veinte casas me hace ir el amo, en todas encuentro la misma correspondencia que en esta para mis salutations y despedidas... Los señores nos consideran de una especie inferior á la suya.

—No son así todos, amigo Garcerán, repuso Gutierrez con dignidad: los caballeros con quienes yo trato, que sin disputa valen un millon de veces mas que tu amo y todas sus relaciones juntas, obran de una manera enteramente contraria... ya veo que no son cortosanos, y en estos todo es farsa: farsa si saludan, porque sus salutations no salen del corazon, y farsa si no saludan porque solo obran impulsados por una vanidad ridicula... Pero dejemos esto por ahora, que, ó he de poder yo muy poco, ó he de sacarte de las garras de esta gente altanera y despreciadora... Dime; ¿qué trapos traes entre manos tu diputado? ¿qué dice esa carta para no haber querido quedarse con ella el *plu mista*?

—Lo que dirá la carta lo ignoro, amigo Gutierrez, dijo Garcerán; pero presume sea referente á una reclamacion que mi amo tiene pendiente sobre indemnizacion de daños causados en 1836 por la *faccion de Gomez*, que sabes nos hizo andar tras ella toda la España sin poder darla alcance.

—¡Hola! exclamó Gutiérrez en tono picaresco: ¿y es mucho lo que reclama?

—Segun lo que en diferentes ocasiones le he oído, pretende una indemnizacion por valor de *ochomil duros*.

—¡Zape! ¡pues es una friolera! exclamó asombrada Gutiérrez. Y esa carta... ¿sabes que debe contener algun misterio cuando el *plumista* no se ha quedado con ella? ¿Vamos á verla?

—¡Hombre!

—Sí, sí, veámosla, dijo risueño Gutiérrez. No hay inconveniente, porque se puede abrir y cerrar con la mayor facilidad del mundo; la oblea está aun tierna... sí, sí; trae, trae; fuera escrúpulos de monja. Y sin dar lugar á que Garcerán discudiese sobre el valor de la accion que le proponia ejecutar, le arrebató la carta, que aun llevaba en la mano, abriéndola actó continuo sin ninguna dificultad: en seguida se puso á leerla en medio de una calle ya distante de la en que vivia el empleado.

—¡Canario! ¡pues es cierto! ¡ochó mil duros! ¡no pide poco el condenado! exclamó Gutiérrez separando su vista de la carta, que tenia bien agarrada entré sus manos. ¡Hola! prosiguió así que leyó otro poco; atiende, atiende, Garcerán; verás cómo se *explicotea* tu amo... ahora sí que digo que tienes un amo que vale un *Perú*; y fijando de nuevo sus ojos en la epístola, leyó en voz baja, grave y pausada lo siguiente: *escusado es el decir que quedo en corresponder de una manera adecuada con V. si el expediente se despacha pronto y como se desea...* Vámos; basta, basta; continuó el carabínero con irónica sonrisa: el nene lo entiende... ve ahí por qué el empleado no ha querido quedarse con esta...

—¡Jesus qué barbaro! exclamó Garcerán asombrado.

—Pero, como en este mundo, 'prósigué Gutierrez doblando la carta, hay tantos y tan diferentes gustos, que lo que uno no quiere el otro le apetece con ánsia, lo que ha despreciado el empleado...

—¿Qué haces?

—Quedarme con la carta, que guardaré como oro en paño, dijo Gutierrez con pasmosa calma al mismo tiempo que introdujo la epístola de *D. Bonifacio* en lo mas hondo del bolsillo de su pantalón. No hay que asustarse por nada, amigo Garcerán... la acción es mala; pero...

—¿Hablas de veras? dijo Garcerán lleno de asombro.

—Tan de veras que por lo mismo te protesto anticipadamente que la acción es fea, mala, todo lo que quieras, pero no esperes que me retraiga de llevarla á cabo.

—¿Cómo!...

—¡Hombre! cualquiera diría al verte, que te estaba sucediendo algun trabajo del otro jueves; repuso Gutierrez con su calma imperturbable. ¿Por ventura espera tu amo esta carta?

—No; pero el empleado le dirá que me la devolvió.

—Muy sencillo: tú no tienes que decirle otra cosa sino que prometió despachar hoy mismo el expediente: así no se ve con él y...

—¡Imposible...! es una acción infame y primero...

—Calla necio, dijo Gutierrez con un acento de dignidad que no pudo menos de conmover á Garcerán. ¿He de consentir yo que infamemente se abone á tu amo, á costa de los contribuyentes, la enorme suma de *ocho mil duros*, cuando sé de *una manera positiva* que solo le llevaron los facciosos dos mulas *matalonas*, una chaqueta *grasienta* y una polainas *apolilladas* de su padre?

—¿Cómo...! Pero tú... ¿qué interés... dijo cada vez mas asombrado Garcerán.

—¡Pobre Garcerán! Tú ignoras que el amo á quien sirves es *amigo* mio, dijo Gutierrez con sarcástica risa... Dirás que te he engañado, añadió con formalidad; pero yo te pondré al corriente...

—No, no, dijo Garcerán volviendo en sí: por mas que yo nada tenga que agradecer á mi amo, por mas que repruebe tanto como tú sus infames exigencias, no puedo consentir en que te llesves la carta... ó me la devuelves ahora mismo, ó perdemos las amistades...

—Mucho lo sentiré, porque eres un muchacho honrado; pero perderia hasta el bautismo primero que soltar la carta, dijo Gutierrez con una resolucion que hizo palidecer á Garcerán. Ven aquí, pobre hombre, continuó contemplando á su camarada con tierna solitud... Yo no puedo menos de respetar tu honradez; pero esta se funda ahora en escrúpulos pueriles, que sin reparo alguno debes abandonar... ¿Quieres si no que tu amo, prevalido de ser un representante de pueblo, robe á este (porque roba es el que intenta hacer) una cantidad exorbitante, que asusta, en recompensa de dos bestias *setentonas* que le llevaron los facciosos haciéndole un gran favor, mientras que tú, que sin descanso, casi desnudo, descalzo, hambriento y lleno de miseria, perseguiste á estos en una travesía de mas de *doscientas* leguas, te ves precisado á servirle solo por comer un pedazo de pan amagado por el perpétuo desprecio que te proporciona su orgullo insolente? ¿No te se enardece la sangre solo al considerar que ese bribon intenta saquear al país por sus puestas desgracias en la guerra, mientras que tú nada pides por los miles de reales que en ella ganaste y no te abonaron al echarte malparciendo á tu casa, ni nada has podido conseguir en premio á los empujones

servicios que prestaste durante siete años de sangrientos y terribles combates? ¿No te avergüenzas de desempeñar el papel de ciego y mudo instrumento en un plan indecente, en que puede asegurarse se querrá especular con la preciosa sangre, que tú, yo y mil valientes derramamos para conquistar una libertad, que tu amo y otros como tu amo han convertido en una vil y despreciable prostituta...? Vamos, vamos, añadió Gutiérrez al ver que el semblante de Garcerán se había llenado de magestad con los recuerdos que él tan oportunamente evocara; veo que aun corre por tus venas a-t-his-ma sangre que te alentó á lanzarte como un león sobre los redutos de *Belasocain y de Arromis*...

—Tienes razon, amigo Gutiérrez; un defensor de la libertad no debe servir de instrumento á planes tan asquerosos y repugnantes, dijo Garcerán lleno de entusiasmo. Lleva la carta, que yo en caso habré cómo he de componerme.

—Gracias, amigo Garcerán, repuso Gutiérrez apretando la mano de su antiguo camarada.

—¿Pero no me dices...

—Nada por ahora, dijo Gutiérrez. Conviene muy mucho que sigas en casa de D. Bonifacio por unos cuantos días, si es que no te despidas... De cualquiera manera, yo me comprometo á colocarte con ayuda de mis padrinos; descuida... Yo estoy ahora mas de prisa que tú: mañana es preciso que nos veamos: señalámonos sitio y hora.

—En los portales de la Plaza Mayor, á las doce del día.

—Corriente; no hay mas que hablar, dijo Gutiérrez radiante de satisfacción, y apretando fuertemente de nuevo la mano de Garcerán, se echó á andar en dirección de la calle *Ancha de San Bernardo*, tomando su



camarada la de la en que vivia el celoso representante de... la nacion.

Pero dejemos por ahora en paz á este y á su ayuda de cámara, aunque en la confianza de volver á hablar de ellos, y sobre todo de tomar por nuestra cuenta al por siempre ilustre, impertérrito y desinteresado Burdilaengo de Quincoces, y traslademos al lector por unos cuantos minutos al gran establecimiento del simpático marido de la tia Gurgusa.

Está ya consignado de antemano que á las dos de aquel mismo dia tenia determinado Sergio llevar al Cosmorama de Cernícalo, no solo el rico alfiler que debia al tierno amor de su pobre madre, sino tambien las demás prendas de vestir que la cruel avaricia del usurero le habia señalado para poder tomar las tres onzas, absolutamente indispensables si queria salir airoso de su compromiso de *honor*. Sin discurrir mucho, y solo con recordar los personajes que asistieron al almuerzo de la fonda de Colás, comprenderá el lector que nuestros viajeros no solo estaban al corriente del paso que tenia que dar Sergio ante Cernícalo, sino tambien del que habia de seguirle á las pocas horas, merced á la bien probada habilidad de la encantadora Caprimucia.

Es de advertir que el estraviado mancebo, eacamentado sin duda con la consabida sorpresa matutina, y en la idea tambien de que el buen D. Tomás Rodriguez habia guardado sigilo sobre su *debilidad*, escogió, para llevar á cabo su trato con Cernícalo, la hora de las dos de la tarde, en que generalmente comia el comerciante; muy satisfecho con esto, ni siquiera se le pasó por las mientes que, aun cuando no fuese mas que por el grande interés que por su noble familia inspiraba á nuestros viajeros, se le habia tendido una vasta red, en cuyas mallas tenia que verse rodeado, en

términos de no poder dar un paso en su vida licenciosa sin que llegase á noticia de sus paisanos.

No eran aún las dos de la tarde, cuando tres caballeros, instalados cerca de la puerta del mismo cuarto interior donde Sergio sufriera el día antes amargos, terribles é inolvidables sinsabores, sostenían una conversacion muy poco animada con el avaro y por todos conceptos nauseabundo Cernícale. Los caballeros no eran otros que D. Perrondo, el conde de Melgar y el comerciante Rodriguez, quienes bajo el pretexto de prolongar el arriendo del cuarto, habitado á la sazón por la bella Gumeriada, querían enterarse por sí mismos de la entrega de efectos que en prenda de las tres onzas iba á hacer el joven pervertido, y ver al propio tiempo el establecimiento, donde, según expresion del infame usurero, se socorrian tantas necesidades y se dispensaban tantos y tan señalados favores. Y en verdad que aquellos no podían proporcionarse mejor hora para quedar plenamente convencidos de los inmensos beneficios que con su tráfico dispensaba Cernícale á los menesterosos, porque siendo la última del día, en atencion á que el brillante espectáculo del cosmorama nunca tenía lugar por la tarde, aparecía esto á la sazón favorecido por multitud de espectadores, ansiosos de proporcionarse á toda costa emociones *metalúrgicas*.

En efecto: mientras que el dueño del cosmorama contestaba á las calculadas palabras de Rodriguez, casi único que se entendía con él, D. Perrondo y el Conde, aunque aparentando prestar atencion al usurero, tenían puestos sus cinco sentidos en lo que pasaba en el salon inmediato, donde la interesante Gurgusa, parapetada detrás del gran mostrador y ayudada por sus dos dependientes, se entendía con las veinte ó treinta personas que, impulsadas por una necesidad apremiante, hija en unas de la desgracia, y en otras de los

vicios, habían ido allí á presentar sus alhajas, sus prendas de vestir y hasta sus ropas de cama, en cambio de una insignificante cantidad... Cuatro pebros sobre la Gurgusa. Tan seca, que dirían la estaban de arrancar de un tapiz, altanueña y desgarrada, con su vestido corto y mal dispuesto, y sus medias coloradas, mas que figura humana parecia á primera vista, una individuo correspondiente á la familia de las aves zancudas; y si del conjunto de su cuerpo descendamos á describir su rostro, y decimos que era boqui-tuerta, hocicona, bigotuda, remellada de un ojo, lagñoso de los dos, verdinegra y abierta de narices, que foricaba de vez en cuando con sendas pulgaradas de tabaco colorado, este sin contar con una enorme calvicie, el curioso lector podrá formarse una cabal idea de la brillante hermosura de esta envidiable mitad del otro individuo, perteseciente por su nombre y su industria á la gran familia de las aves malignas.

—Un duro es lo que se os puede dar por este gaban, decía la Gurgusa á un caballero ya entrado en años, cuyas tramas indicaban á cien leguas que era un cesante sin sueldo.

—Yo os había dicho que tres... dijo el pobre anciano con timidez al propio tiempo que echó una mirada suplicante sobre el feo rostro de la Gurgusa.

—Y estoy yo aquí para daros lo que pidaís? repuso esta en tono brusco. Es una prenda, añadió levantando en alto el gaban y mirándole con desprecio, que tiene mas años que *Matuealen*... llevadla si no queréis esa cantidad.

—Si no, dáis mas...

—Nada mas.

—¿Cómo os llamaís? dijo uno de los dependientes cogiendo el gaban de encima del mostrador.

—Pedro Rincon, contestó el cesante.

En un Jesus ató el dependiente una tarjeta de lata en uno de los ojales del gateo, dió otra igual al cesante, quien cogiendo el duro que tiró sobre el mostrador la Gurgusa, se echó á andar en busca de la escalera de la casa, que bajó mas avergonzado que si acabara de robar la cantidad que llevaba en el bolsillo.

—¡Otro! gritó con despego la Gurgusa.

—Aquí teneis esta capa, dijo con tenue voz un hombre chiquitin y delgadito poniendo sobre el mostrador una de paño verde con anchos embozos de pana encarnada.

El dependiente la cogió, y levantándola en su diestra la puso en disposicion de ser contemplada de un lado por él y de otro por la Gurgusa.

—Esta capa tiene traza de ser de un barbero, dijo la Gurgusa haciendo gestos.

—Hacedme mas favor, que es de un cirujano desgraciado, dijo el hombre chiquitin con el rostro mas encendido que una grana á causa de la insolente salida de la Gurgusa.

—Tanto me dá que sea de un sangrador como de un barbero, repuso esta con mucha frescura. ¿Qué quereis por ella, buena hombra?

—Cinco duros, contestó con recoscentrada ira el que parecia ó en realidad era cirujano.

—Ya os contentareis con uno y medio.

—Es muy poco.

—Dale dos, chico, que para que vacie bien las navajas y lancetas y haga la barba como corresponde...

—Estais un poco provocativa...

—Y vos un mucio pesado... coged los treinta reales, y si no ya estais ahí de mas... ¡Otro!

—Esta levita, dijo un estudiante sacando una azul de entre la capa y poniéndola sobre el grasiento mostrador.

—¡Hay!... ¡qué raida! exclamó la Gurgusa mirando la prenda del estudiante. ¿Es de la última moda? añadió con punzante ironía.

—De la misma que vuestras medias coloradas, dijo con desembarazo el estudiante, fijos sus alegres ojos sobre la Gurgusa, mientras que todos los circunstantes reían de buena gana con su oportuna contestación.

—En ese caso tanto andamos como corremos, dijo la Gurgusa un si es no risueña.

—En efecto, y por eso confío en que hemos de *sinpatizar* los dos, repuso el estudiante en tono picaresco.

—Puede... vamos á verlo... ¿Qué quereis por esta prenda? dijo la Gurgusa sonriéndose y columpiando la pobre levita.

—Cuatro duros contestó resueltamente el estudiante.

—Parece mucho...

—¡Mucho!... ¡y si os dijera que me hace falta doble cantidad para seguir con los caprichos de la última moda?

—Dáselos, que bien los merece aunque no sea mas que por su despejo y travesura, dijo la Gurgusa dirigiéndose al consabido criado en medio de la mas grande satisfaccion de todos los circunstantes.

—¡*Quiteria Quitapesares!* gritó el estudiante para que le sentaran en el libro *verde* de Carnicero.

—¿Sois de la familia de los *Quitapesares*? le dijo en tono de incredulidad la Gurgusa.

—De la misma... de los *Quitapesares* de... mi lugar... Hasta mas ver, *prendecita*, dijo en tono burlón el estudiante, quien cogiendo su tarjeta y los cuatro duros se echó á andar en busca de la escalera, que bajó de cuatro brincos, mas alegre por cierto que lo estaban todos los que quedaban en el *cosmorama*, y eso que les dejó riendo á carcajada tendida con sus repentinias y picantes contestaciones.

—¡Otro de otro humor, que si no me pierdes! dijo la Gurgusa. A ver: ¿qué es lo que traéis vos? añadió dirigiéndose á una pobre viuda de un artesano, que con semblante triste y en extremo ruborizada presentó sobre el mostrador la colcha de la miserable cama en que dormía con una tierna niña, único fruto de su desgraciado matrimonio. ¡Hotal! prosiguió la Gurgusa fijando su vista sobre la desdichada viuda; no es la primera vez que habeis venido á mi establecimiento, y por cierto que rara es la prenda que habeis rescatado.

—La desgracia ha sido para mí, dijo la infeliz inclinando sus ojos al suelo.

—Ser mas trabajadora, ó mas económica, repuso brutalmente la Gurgusa. Pero al negocio, que va siendo tarde y hay mucha *gentecilla* que despachar... ¿qué quereis por esta *alhaja*?

—¿Si conocéis que vale dos duros... dijo con apagada voz la infeliz viuda.

—¡Cómo dos duros! esto no es mas que un *pingajo* que no merece dinero, dijo la Gurgusa; en fin se os dará medio por él.

—Está bien, dijo la viuda exhalande un profundo suspiro.

Mientras el dependiente despachaba á esta desgraciada, que necesitaba los diez reales á fin de proporcionar un poco de pan para ella y su niña, la Gurgusa se dirigió á una jóven de no mal aspecto, de ojos negros y rasgados, que no era sino una *manola* honrada, pero resuelta hasta el extremo de plantar una desvergüenza á Cristo padre.

—¿Qué traes tú buena moza? la dijo en tono entre risueño y burlon.

—Esta mantilla, contestó muy seria la jóven presentando sobre el mostrador una de rica seda con anchísima franja de negro y mas que fino terciopelo.

—¿Y qué quieres por ella? repuso la Gurgusa después de haber examinado un momento la mantilla.

—Dos duros.

—¿Dos duros!

—¿De qué os admirais...? Me costó cinco: está llamante; pero como sé que hay que dejar aquí las cosas por mucho menos de la mitad de su precio...

—Con mal lenguaje viene esta niña para que se le dé dinero, dijo algo amoscada la Gurgusa interrumpiendo á la joven.

—Un poco peor es el vuestro, señora mía, repuso la manola con notable al par que gracioso desembarazo. ¿Necesito por ventura contemplaros? añadió echando el medio cuerpo para atrás y poniéndose en jarras. Si prestárais de balde, pueda ser que me esforzara en poner de *Pascua florida* esa cara de *Viernes santo*.

—Pues, hija mía, repuso sobremanera picada de amor propio la Gurgusa; si quieres ir en calesa á los toros acompañada de tu *gaché*, trae otra prenda...

—¿Y no sabe usted que yo haga lo que quiero de mi dinero, *tía mochuela*..?

—¡Miren la grandísima desvergonzada!

—¡Calle usted, *tía estampa de la heregia*, que sin duda la *emplamaron* en su tiempo según lo *calvaritona* que está!

—¡Infamel gritó fuera de sí la Gurgusa.

—¡Tía bribonal ¿á qué salto por cima del mostrador..?

—Vamos, vamos, dijeron varios al ver que aquello se iba poniendo un poquito sério.

—¡Tomad vuestra prenda y salid de mi casa..!

—Sí; venga acá, dijo la manola cogiendo con mucha calma su mantilla al propio tiempo que dirigió una mirada vengativa sobre la Gurgusa. Si puedo, añadió con un acento que no carecía de dignidad, me pasará

sin empeñarla, y si no hay otro remedio, lo haré en una casa donde habite Dios, que Dios no habita en las casas de los usureros. Y esto diciendo, se echó á andar con aire resuelto y firme planta en busca de la escalera.

Aun cuando Cernícalo oyó la disputa de la resuelta manola con su carísima mitad, no salió á la defensa de esta, bien fuera porque estuviera acostumbrado á oír diariamente escenas de semejante naturaleza ó bien porque le contuviera la presencia de nuestros caballeros, muy respetables para él; bastaba que le hubieran parecido hombres adinerados.

Apenas acabó la Gurgusa de despachar á otro visitador del Cosmorama cuando, fiel á su palabra, comparció ante el mostrador nuestro jóven Sergio seguido de su amigo y compañero Rojas, ambos envueltos en sus grandes capas debajo de las cuales traían el primero un flamante gaban y el segundo dos levitas apenas estrenadas.

—¿El señor Joaquin... dijo Sergio con débil voz.

—Está ocupado, contestó con despego la Gurgusa.

—Dedídle que está aquí...

—¡Ah! si; dijo el dependiente reconociendo á Sergio; voy á servirlos.

Acercóse aquel á la puerta del cuarto donde estaban nuestros amigos...

—El jóven de ayer, dijo á Cernícalo, pregunta por vos.

—Que espere, dijo Cernícalo, mientras que los corazones del Conde, D. Perrondo y Rodriguez palpitaron con el anuncio del dependiente entre la desesperación y la alegría.

—No; salid y despachadle, que aun tenemos que hablar otro rato, dijo Rodriguez.

—¡Hola, amiguito! dijo Cernícalo acercándose difi-



cultosamente al maestrador, fijos sus ojos, vendiéndose sobre nuestro joven con una expresión marcadísima de insultante burla.

—Una palabra, dijo Sergio pidiendo á Cernícalo con un ademán de cabeza que se acercara para hablarle en voz baja.

Sergio le dijo cuatro palabras al oído; pero el bribón del usurero, que tenía una singular complacencia en avergonzar á cuantos iban á visitar su establecimiento, alzó á propósito la voz con la infame idea de que todo el mundo le oyera, y dijo:

—Estoy ocupado con unos caballeros... ¿qué más de que me lo deis aquí?... ¡Trais, por ventura, con irabando?

Sergio se quedó cortado con el grosero proceder de Cernícalo, por fortuna suya ó desgracia. Rojas salió en su ayuda depositando sobre el maestrador las dos levitas que llevaba y diciendo al usurero:

—Aquí teneis estas dos prendas...

—La principal, dijo interrumpiéndolo, Cernícalo y mirando á Sergio.

—Ahí la teneis, dijo este avergonzado, sacando de su bolsillo el consabido alfiler envuelto en un pape-lito.

—Veamos, dijo Cernícalo, poniéndose á contem-plar la linda joya.

—A ver ese alfiler... me parece que yo le reconoz-co, y dudo que pueda empeñarse, dijo una voz que vino á helar toda la sangre de Sergio.

—¡Cómo! exclamaron á un tiempo Rojas y Cerníca-lo, mientras que Sergio, echando su anorada vista en todas direcciones y no encontrando al sujeto que con ella buscaba, á pesar de tenerle bien cerca de sí, con el semblante desencajado y horrorosamente pálido, se consideraba presa de una horrible pesadilla.

En esto, un hombre alto, envuelto en una gran capa andaluza, con sombrero gacho lleno de adornos y galas verdosas, que le tenían completamente desfigurado, el cual, acompañado de otro y confundido entre la multitud había estado observando hacia rato cuanto pasara en el Cosmorama, aproximóse con calma en medio del asombro de todos á examinar el afiler que Cernícalo tenía en su mano derecha. Sergio fijó en él por un momento sus ojos espantados, y acto continuo un temblor general que le privó por unos minutos hasta del uso de la palabra, se apoderó de todo su cuerpo. Acababa de reconocer en el hombre medio vestido de andaluz á nuestro Masalegre, quien en unión de Gutierrez entrara en el Cosmorama al propio tiempo que su amo, Rodríguez y el Conde.

—No es eso decir que el señor sea un ladrón, dijo Masalegre echando una mirada sobre el pobre Sergio no solo no digo yo esto, sino que ya le hubiera cogido quiera de detrás delante de mí; pero... repitió que no puede empeñarse este afiler.

—¿Pero quién sois?...

—¡Silencio! gritó Masalegre interrumpiendo á Rojas con un acento que no pudo menos de conmover á todos los presentes. ¿Cuánto le ibais á dar por él? añadió dirigiéndose á Cernícalo.

—Tres onzas con...

—Basta; venga aquí, repuso Masalegre arrebatando el afiler de las manos de Cernícalo.

—Pero...

—¡Repito que calleis! exclamó Masalegre interrumpiendo de nuevo á Rojas. Como me llevo esta alhaja, que, vuelvo á decir, no es robada, continuó volviendo su rostro á Cernícalo, justo es que entregue á este jóven las tres onzas de que ha menester... Os daré el oficio, amigo, añadió en tono sarcástico, pero no te-

mais que os prive de parroquianos, porque si vos prestais al módico interés de un *doscientos cuarenta por ciento*, yo no lo hago á no ser al mil por ciento, y ese mil pienso ganar al menos con la especulacion que acabe de tomar á viva fuerza, aunque presumo que á gusto vuestro.

Una estrepitosa carcajada acogió las picantes palabras de Masalegre, para las cuales no encontró contestacion el usurero en medio de su aturdimiento.

—¿Pero habrás visto mayor insolencia? dijo Rojas, que no acertaba á comprender nada de lo que estaba viendo.

Masalegre tomó con calma las dos levitas que el jóven pusiera sobre el mostrador, colocólas medio á la fuerza debajo de su brazo derecho, y cogiéndole á él en *seguida* del izquierdo, dijo:

—Usted se toma la puerta por ahí. Díóle en esto un fuerte empuellon, que le hizo andar dos ó tres varas contra su voluntad, probándole de esta manera que el sugeto que con tanto imperio le mandaba, tenia unas fuerzas hercúleas... Vos, caballero, prosiguió Masalegre dirigiéndose á Sergio, que aparecia mas muerto que vivo, tomad las tres onzas y seguid á vuestro compañero. Este... *Cosmorama*, como le titula su dueño, no es para visitado dos veces...

—Teneis razon, dijo uno de los infelices que esperaban su turno para empeñar una prenda.

—¡Sí, sí! gritaron todos en un momento de entusiasmo.

—Mas que, ó por los muy desdichados, ó por los muy *viciosos*, continuó Masalegre al oido de Sergio. Toma, le añadió tambien en voz baja metiéndole en el bolsillo las tres onzas de oro: sal de tus compromisos... veremos si despues quieres ser hombre de bien. Y esto diciendo, en medio del asombro creciente de

todos los espectadores, condujo al joven, que le siguió maquinalmente, hasta el primer banco de la escalera, la cual bajó ciego de vergüenza detrás de su amigo Rojas, que allí le estaba esperando poco menos asustada que su pobre compañero.

—Vamos adentro, dijo Masalegre volviendo al salón así que vió bajar la escalera á los dos jóvenes; y alzando con la mayor satisfacción la trampa del mostrador, hizo una señal al carabinero para que le siguiese al cuarto donde se hallaban su amo, el Conde y Rodríguez.

—Pero... dijo Cernícalo, asustado en estramo con la nueva resolución de Masalegre, que vino á asombrar mas y mas á todos los presentes.

—Deseo saber si hay contrabando en el cuarto inmediato, añadió con firmeza Masalegre.

—Pero...

—¿Quereis impedirme la entrada?

—Pero...

—Tanto pero ni tanta *porra*, dijo Masalegre pasando resueltamente del otro lado del mostrador. ¿Creeis que tambien voy á tomar posesion á viva fuerza de vuestro *Cosmorama*?... Seguidme, que aunque no tan amigo como vos de los *peros*, basta y sobra vuestra digna esposa para *socorrer las necesidades* de estos señores.

Otra estrepitosa carcajada acogió las palabras de Masalegre, quien con la cabeza ergida atravesó el salón seguido del carabinero y de Cernícalo y contemplado con cierto terror por la Gurgusa, que, á pesar de tener una lengua sobrado suelta y mordaz, no se atrevió á soltarla contra un hombre para el cual, según acababa de ver, nada se resistía.

—Todo lo hemos oido, dijo D. Perrondo no mas entrar en el cuarto Cernícalo, Gutierrez y Masalegre.

En ese caso nada tengo que decirles, dijo este  
¡Ah! sí, añadió con sarcasmo, el señor Joaquín se ha  
portado como un hombre completo no oponiendo a mi  
plan la menor resistencia. ¡Pues adios el día que se jun-

—Ps... yo... dijo Cernicalo fijó su vista en el suelo. O  
—Sí, continuó Masalegre, ha perdido una regular  
ganancia.

—No lo echaremos en olvido, dijo Rodríguez. El día que

—Eso es lo que quería decirles, repuso de repente  
Masalegre. Juan y yo nos retiramos a casa... Adios,  
señor Joaquín... contad con... mi eterna gratitud.

Esté diciendo, acompañado de Guterrez y contemplado  
con respeto por la multitud, atravesó con grave paso el  
salon, y juntos los dos amigos, no más atardiéndose la

casa de Cernicalo, tomaron la dirección de la de su  
querida Gumersida, a donde no tardaron en seguirles  
D. Perrondo, el Conde y Rodríguez. Volvamos a nues-

tros jóvenes.

Mohinos, cabizbajos, en extremo confusos y aver-  
gonzados caminaban como inquietamente los estu-  
diantes, cuando a alguna distancia ya de una casa del

usurero, Rojas detuvo el paso, y mirando con mirado de  
asombro a su compañero, le dijo:

—¿Pero quién es ese hombre... ¿es acaso tu padre,  
que así te ha privado de la voz?

—¡Oh! es igual que si fuera mi padre, dijo Sergio  
cubriendo la mitad del rostro con el embozo de la capa.  
Pronto sabrá quien es su hijo, y...

—¿Luego quien es?

—Masalegre!

—¡Ira de Dios!! y qué fuerzas tan colosales tiene  
el maldecido!! si se provoca a que me de otro empu-  
llon, me estrella contra la pared... ¡Y es ese el del ge-

nio divertido. ¡Paya unas pulgas como las que te

—Tiene de todo, porque es más travieso que el

— mismo. **Satanás**, repuso **Sergio**. ¡Vive. Dios que hemos quedado heridos delante de tanta gente! ¡Yo no veo por dónde tratino de avergonzado que voy.

— ¿Pero cómo habrá sabido...?

— Supongo que por nuestra paisano **D. Tomás**. ¡Sí; no hay duda... me ha vendido el comerciante... por eso dijo que el Cosmorama no era para visitado dos veces.

— ¡Ea te que no puedo menos de darle la razón... yo penmi parte!.

— Sin duda pos ha estado atisbando todos los días, y para sorprendernos mejor ha venido disfrazado. ¡Oh! ¡oh! ¡maldito sea el juego, que nos espota á estos sinsabores!

— ¡Ahora no es juego, que es el amor!

— ¡Es el juego, que nos convierte en unos holgazanes, y sabido es que la ociosidad trae consigo muchas malas compañías, las mujeres... ¡la deshonra! Necesario es que abandonemos esta vida licenciosa, amigo **Rejas**, si no queremos dishonrar á nuestros padres, ya que nosotros estamos envilecidos.

— Convengo, dijo **Rejas** y te aseguro que esta decisión me ha de servir de mucho para arreglar mi vida futura. Pero lo que me toca que á empresas amorosas, añadió después de una breve pausa.

— Pues es necesario. Hagam hasta eso, dijo **Sergio** con resolución.

— ¡Y has de renunciar tú á la posesión de la divina **Melitona**!

— No lo sé, contestó **Sergio** después de un momento de cruel incertidumbre.

— Después de estar comprometida, citada...

— No me trastornes el juicio, repuso **Sergio** con febril exaltación, me voy á volver loco. ¡Temp et tu ser-  
propalal... mose... de... el... el... el... el... el...

—¡Cómo...! ¿No dices que quien te ha vendido ha sido el comerciante...? ¿Qué puede saber él de tu empresa amorosa para comunicársela á nadie?

—No lo sé... Ya voy creyendo que las paredes tienen ojos y oídos... No obstante; asistiré, si... mas bien por compromiso que por otra cosa. Pero te juro que desde mañana voy á reformar mi vida en todo y por todo.

—Así sea, dijo Rojas que ya iba recobrando su buen humor. Yo tambien estoy en la misma idea y prometo ser un santo... ¿Pero á dónde vamos que no hacemos mas que caminar como *tortolillos* espantados por el azor...?

—A casa, que ya es hora de... descansar.

—Y de comer... dijo Rojas de repente: ¡qué diablo! ¿no quieres comer? ¡ya iba yo á perdonar la comida...! hoy mas que nunca es necesaria una botella de Jerez seco... ¿cómo diantre, si no, echas el susto abajo.

—Veremos, dijo Sergio distraido. Lo que ahora nos conviene es redoblar el paso y llegar cuanto antes á casa.

Y los dos jóvenes ganaron en silencio la distancia que les separaba de su posada. . . . .

A las tres horas escasas despues que ocurrieron los anteriores sucesos, dos jóvenes elegantemente vestidos estaban en el mismo punto de la célebre *Puerta del Sol* donde da principio la ancha, inclinada, magnífica y concurridísima calle de la *Montera*. De los dos el uno era el que hablaba, limitándose solo el otro á contestarle y como maquinalmente con los secos monosílabos de sí y no: el primero manifestaba en su semblante estar alegre y tranquilo; el segundo demostraba en lo vago de su mirada y en lo encendido de sus mejillas que mil encontradas ideas bullian en su cabeza, alejando la tranquilidad de su corazón. El joven

taciturno y de distraída mirada era Sergio, quien después de descansar poco y comer menos en su posada y previa una ligera visita á la Caprimucia, habíase presentado en la Puerta del Sol, donde en medio de una lucha tremenda de presentimientos terribles y de risueñas y embriagadoras ilusiones, esperaba ahora de un momento á otro el paso con dirección á la morada de aquella famosa *zurcidora*, de su pobre paisana Melitona, arrastrada á la pendiente de su perdición por los halagos del jóven, el mal ejemplo que continuamente recibiera en casa de su ama la marquesa de las Contratas, y sobre todo por las pérdidas sugestiones de la peligrosa alcabueta. El otro jóven era el alegre y travieso Villasante, que corriendo tras de los placeres habíase encontrado hacia poco con Sergio, y sabedor como era de la cita amorosa que allí le tenia, no quiso seguir adelante sin cambiar cuatro palabras con su buen compañero de glorias y fatigas.

En opuesto lado, esto es, en el punto donde principiaba la calle de *Carretas*, mas corta, aunque no menos frecuentada y magnífica que la de la Montera, un hombre de elevada talla, ojos azules, cuya mirada no podia ser mas penetrante, sombrero blanco de grandes alas y copa en forma de caldero y burlesca fisonomía, que tenia completamente desfigurada una barba negra, cerrada y tan luenga, que casi le llegaba hasta la mitad del pecho, espiaba confundido entre los grupos que sin cesar se forman, desaparecen y vuelven á formarse en aquel sitio, hasta los menores movimientos de Sergio sin recelo alguno de ser conocido. Vestía el hombre alto y barbudo un anchísimo pantalon verdoso, un gaban blanco abotonado hasta el cuello y un largo monecristo color de pasa con grandes adornos de terciopelo encarnado: llevaba los brazos como para librarse del frio de la tarde, perfectamente acomodados dentro



de las mangas del montecristo, y como por debajo de este tenía enlazadas sus manos á la espalda, dejaba bien al descubierto toda la parte anterior de su cuerpo, que parecia sobremanera abultado. El sombrero, la barba, el vestido, su aire y modo de presentarse, todo daba á nuestro hombre el aspecto de un extranjero.

Apenas el reloj del *Buen Suceso* dió las cinco de la tarde, hora en que el sol bañaba con sus rayos tibios y melancólicos la fachada de aquel vetusto templo y las de los magestuosos edificios que se levantan mas orgullosos que él á su derecha, cuando Sergio y su camarada Villasante, vuelta la espalda á la Puerta del Sol, dirigieron su vista sin separarla en unos minutos por todo lo largo de la calle de la Montera... Acercábase á ellos con ligero aunque incierto paso una mujer al parecer jóven, airosa, de regular estatura, talle esbelto y pie breve, cuyo rostro no podia reconocerse porque le traia cubierto con un largo y tupido velo de finísimo encaje de seda.

A la vista tan apetecida de la tapada, los ojos de Sergio despidieron chispas de una lubricidad por momentos creciente; su corazón palpité con inusitada violencia, y en su acalorada cabeza ya no bulleron otros pensamientos que los que le sugería su pasión, que en su frenesí le entregaba anticipadamente á las mas dulces é indescribibles fruiciones.

Pasó por fin la tapada por frente de los jóvenes. Sergio dió un seco adiós á Villasante, y con el rostro en extremo encendido siguió como á la distancia de ocho ó diez varas á aquella, que atravesando la Puerta del Sol tomó la acera derecha de la *Carrera de San Gerónimo*. En esto el hombre del gaban blanco entró precipitadamente en un establecimiento inmediato al sitio desde donde espiaba al jóven Sergio y en el cual estaban esperando tres caballeros.

—¿Qué hay? le dijo el uno no mas verle aparecer á la puerta.

—*El verdugo sigue á la víctima...* No desengañarse, que á mí no se me pierden de vista. Y esto, diciéndo, salió el hombre barbudo del establecimiento y enlazadas sus manos por detrás de la cintura, como arriba le hemos pintado, se echó á andar en pos de la *víctima y el verdugo*, la cabeza erguida, el corazón sereno, la boca risueña y el paso si bien largo sobremane-  
ra grave. Los tres caballeros que incontinenti abandonaron el establecimiento, tomaron también la misma dirección que el del gaban blanco, siguiéndole perfectamente envueltos en sus grandes capas, á una regular distancia, aunque procurando no perderle de vista.

Mucho antes de la mitad de la *Carrera*, Sergio se unió á la tapada, y juntos entraron en la calle del *Príncipe*, ganando luego otra no muy distante, y en la cual se hallaba la casa de la celebrísima Caprimucia. Iban ya á entrar en ella cuando el estudiante giró por un movimiento instintivo su azorada vista en todas direcciones, y si bien vió no muy distante de sí al del gaban blanco, hacía el cual sintió cierta pasión, que él mismo no sabría cómo calificar, satisfecho de que nadie le seguía, fijó su planta en el portal tras de la pobre muchacha, cuya cabeza estaba hecha un volcán, y cuyo corazón dirían quería salirsele del pecho según lo terrible de sus palpitaciones. Entonces redobló su paso el del gaban blanco, y colocándose en unos segundos sobre el dintel de la puerta, antes que los dos aturdidos jóvenes ganaran la segunda de la casa, con voz entera exclamó.

—¡Alto, señor paisano!... ¿Qué fruta buscáis en ese jardín?

—¡Ay! exclamó aterrada la joven refugiándose im-

pulsada por un natural movimiento de rubor á un lado de la escalera.

—¡Dios! exclamó Sergio mirando como petrificado al hombre del gaban blanco, cuya voz era la misma que horas antes le habia dejado mas muerto que vivo en el Cosmorama de Cernícalo.

—¡Bueno, querido, bueno!... dijo Masalegre arrancándose su barba postiza, y contemplando al jóven en medio de una sonrisa la mas sarcástica del mundo. Segun aprovechas el tiempo, no me cabe duda que tendremos dentro de poco un *jurisconsulto* de provecho en el pueblo... por la mañana *cátedra de economía* para tratar de los *préstamos usurarios*; por la tarde *cátedra de derecho* para probar si son válidos los contratos que se llevan á cabo por la seducción, el engaño y otras malas artes...

—¡Reniego de mi estampa! exclamó Sergio con concentrada ira. Pero... ¿eres el mismo Satanás?...

—Sí, contestó con su cruel ironía Masalegre. El mismo Satanás en figura de... *napolitano*... Mas no creas que vengo solo: he querido hacer públicas tus proezas, y para lograrlo, vengo provisto del competente número de testigos... aquí los tienes...

En el momento aparecieron en el portal D. Perrondo, el Conde y Rodriguez: á su vista, aterrado, confundido, cubriéndose el rostro con sus manos y dando un paso hácia ellos, exclamó Sergio con el acento de la desesperacion:

—¡Oh!... ¡mátenme ustedes! ¡por favor!

—¡La jóven! exclamó D. Perrondo no viendo en el portal mas que al hijo indigne de su noble amigo.

—Aquí entró, dijo apurado Masalegre lanzándose en el segundo portal: ¡señorita! ¡paisana!

—¡Ah!... ¡por piedad!... ¡he sido engañada! exclamó

la jóven saliendo de su escondrijo al ver acercarse á Masalegre...

—Venid aquí, pobre jóven, la dijo D. Perrondo con extraordinario dulzura: aún hemos llegado á tiempo de deshacer el engaño...

—¡Oh! ¡oh! ¡salvadme! gritó la jóven, que aun seguía con el velo echado: quien quiera que seáis, el corazón me dice que estoy delante de un caballero...

—Sí, sí, no tengáis cuidado...

—¡Ah!... ¡no sé lo que me pasa!... ¡estoy perdida! exclamó la jóven sin saber lo que decía.

—Calmaos, pobre niña, la dijo el Conde con paternal ternura.

—Sí, sí, añadió D. Perrondo: estais á salvo: ¡aun podéis levantar altiva vuestra frente!...

—¡Oh! ¡no! ¡no! exclamó la jóven con el acento de la desesperacion.

—¡Sí!... ¡Bien aventurado del que tropieza y no cae, si esto le sirve para caminar con el pie sentado en lo sucesivo!... repuso D. Perrondo con sublime dignidad. Habeis sido arrastrada á la orilla del abismo por infames sugestiones y por halagos tan seductores como pérfidos... no habeis caído en él... ¡dad gracias á Dios!...

—Y á vos, á vos! exclamó la jóven con el acento de la gratitud.

—Bueno, continuó D. Perrondo; si algo creéis que me debeis, pagádmelo con seguir un consejo que os voy á dar... El que aquí aparece como vuestro seductor, es un jóven inesperto, poco menos digno de lástima que vos... no le odieis; pero por vuestro bien y por el suyo no le volvais á hablar.

—¡Oh! no, no: ¡os lo juro!

—Está bien: sin detencion vais á volver á casa de vuestros amos en compañía de este caballero, prosi-

guió D. Perrondo señalando á Masalegre: podeis ir tranquila á su lado.

—¡Oh! sí, sí.... ¡gracias!

—Sé que sois de *Carrión de los Condes*, continuó D. Perrondo, hija de padres tan honrados como desgraciados... somos paisanos... todo esto es mas que suficiente para que yo os mire con interés... Nada mas os digo por ahora... ¡Adios!

—En él confio, dijo la jóven exhalando un suspiro. ¡Pero no puedo saber...

—Nada mas por ahora... ¡Adios! Y á una señal de nuestro viajero la jóven se echó á andar tras de Masalegre, que no paró hasta ganar la casa de la marquesa de las Contratas.

—Nada tengo que decirte, dijo en seguida D. Perrondo dirigiéndose con acento severo al aturdido Sergio.

—Soy un perverso! exclamó este en extremo abatido.

—Bueno es que tú lo conozcas...

—Nada prometo, porque sé que no he de ser creído...

En efecto: *obras son amores*, te dijo Rodriguez dias pasados; *obras son amores*, te repito yo ahora, repuso D. Perrondo. La ociosidad, añadió en tono solemne, el juego, las mujeres y las comilonas te han convertido en un insigne bribon... ¡veremos si de hoy en adelante el estudio y las buenas compañías te vuelven en un hijo digno de D. Zenon García...! ¡Síguenos! Y esto diciendo, salió de la casa de la Caprimucia, seguido de sus dos amigos, satisfechos de haber contribuido á salvar á una pobre jóven del deshonor y del aturdido estudiante, que escarmentado con las dos durisimas lecciones que en aquel dia recibiera, acababa de hacer un firme y verdadero propósito, mas firme y verdadero que el que hizo delante de Rojas, de enmendar por completo su vida futura.

## CAPITULO IX.

## LA SOSPECHA.

Al siguiente día de las terribles sorpresas de Sergio en los establecimientos de Cernícalo y la Caprimucia, y cuando aun el sol no estaba en la mitad de su carrera, nuestro D. Perrondo entraba con ligero, aunque seguro paso, la cabeza erguida y el rostro inundado de magestad en el cuarto de la casa de aquel usurero, sita en la calle Ancha de San Bernardo, habitado, como ya sabe el lector, por la simpática y encantadora Gumersinda. Tan embelesada estaba á la sazón la noble jóven con las dulcísimas melodías, que su sorprendente habilidad sabía arrancar al piano, que no advirtió la aproximación de nuestro viajero hasta que le tuvo delante de sí.

—¡Ah! que estais aquí vos... dijo la jóven clavando sus negros ojos en D. Perrondo con una espresion de amor indefinible.

—Sí; he logrado sorprenderte agradablemente entretenida con tu instrumento favorito, repuso D. Perrondo contemplando enajenado el peregrino rostro de Gumersinda: ¡oh...! Si supieras la gran satisfaccion que yo recibo cuando te encuentro así, como ahora distraida, contenta... Pero ¿no quieres seguir con tu romanza?

—¿Quereis vos que siga...? repuso la jóven con seductora sonrisa. Pero no, no; dejémoslo para otra ocasion... tendremos que hablar, y acaso el tiempo de que podamos disponer para ello sea demasiado corto:

—Lo que há que tienes por amiga á la linda duquesita... dijo sonriéndose D. Perrondo. ¡Pues!... ya no podemos contar contigo...

—¿Y cómo habeis venido tan tarde? dijo interrumpiéndole Gumersinda. Os he estado esperando con impaciencia toda la mañana.

—Lo creo: yo tambien hubiera deseado venir antes, pero no me ha sido posible, y por eso mandé á Masalegre á ver cómo habias descansado.

—¡Buen pájaro es Masalegre! exclamó la jóven: no permaneció conmigo cinco minutos cabales... ni siquiera quiso tomar asiento; sí que en cambio estuvo charlando con Gutierrez mas de media hora... Pero á todo esto... ¿quereis hacer vos lo mismo que él? añadió señalando el sofá colocado enfrente del piano.

—No, hija mia; aqui me tienes á tu disposicion hasta que vengan por tí; contestó D. Perrondo ocupando el sofá. Ante todo: ¿Sabes que he tenido carta de Zaragoza? añadió lleno de satisfaccion.

—¿Del oficial Tárrega? preguntó Gumersinda con alegría.

—No es de Tárrega; pero en ella me comunican expresiones de su parte para tí.

—¡Qué jóven mas bello!

—Sin que sea mi ánimo el ofenderle, aún tengo por mas bello al hijo de la señora viuda de Logroño, de quien te he hablado ya algunas veces, repuso D. Perrondo. La carta es de este jóven, el mas brillante que he conocido en mi vida... ¡Oh! ¡qué corazón mas noble! ¡qué alma mas tierna y heroica! ¡y qué figura mas interesante y simpática!... Tambien me dá espresiones para tí, igual que el jóven de Barbastro, que ha de ser pronto hermano suyo... ¡Oh! ¡qué carta! añadió algo conmovido... me ha hecho llorar con los recuerdos que trae... ¡si vieras cómo te quieren ambos!...

—¡Ahl! no solo me amais, sino que en todas partes buscáis quien me ame! exclamó Gumersinda con el acento de la gratitud.

—¿Y quién mas digna que tú de ser amada? hija mía... pero eso no debes extrañarlo, porque mis amigos tienen que serlo tuyos con precision... Pues esa carta es la que me ha impedido venir antes á verte, y mas que ella la visita que tempranito he hecho á nuestro paisano Sergio.

—¡Pobre muchacho!... exclamó Gumersinda meneando tristemente su cabeza; anoche le traías mas muerto que vivo, y eso que ya habian transcurrido algunas horas desde su aventura.

— Le he sorprendido en la cama, y le he hecho quedar en ella, porque se me figura que tiene un poco de fiebre... No te asustes... Yo me alegro de que le haya sobrevenido esa pequeña calentura.

—¿Pues cómo?

—Porque eso me dá esperanza de que se enmienda; mas, eso me hace creer firmemente que caminaré en lo sucesivo por la senda del deber... Un corazon á quien no hubieran hecho melia los dos golpes que ayer recibió el suyo, podía contarse perdido... Por lo demas... su mal será de veinte y cuatro horas.

—¡Terribles fueron los golpes!

—Sí; pero eran absolutamente indispensables si queríamos conseguir nuestro objeto... Remedio fuerte, pero heroico; espero con confianza que nos dé el resultado apetecido... Hoy le he encontrado tal cual yo deseaba, abatido de ánimo aunque no desesperado, con el corazon oprimido aunque no en términos de haberle abandonado la esperanza. En medio de sus infames vicios no le faltó el rubor, y ese noble sentimiento le alienta hoy y le alentará en lo sucesivo para entrar en otra vida arreglada, virtuosa y digna de él y de la interesante familia á que pertenece... sí, sí; de seguro será de hoy en adelante; como ayer le dije, un hijo digno de D. Zenón García.



—¡Hábeis salvado á dos á un mismo tiempo!... ¡oh! ¡cuán grande sois! esclamó Gumersinda contemplando á su amigo con una admiracion sublime.

—¿Por qué? hija mia...

—¿Por qué me preguntais? ¿No hábeis con vuestra conducta heroica separado á Sergio del camino de su perdicion? ¿no arrancásteis á la pobre jóven, seducida por él, del borde del abismo? repuso Gumersinda. ¡Oh! ¡oh! añadió despues de una breve pausa, en extremo conmovida y fijando en el suelo sus ojos entristecidos: ¡La salvásteis á tiempo; os salvásteis sin honor!...

—Sí, la salvé; salvé su honor; pero fué porque conocí que, perdiéndole de la manera que iba á perderle, nunca podia recobrarle, repuso de repente y con todo cuidado D. Perrando. ¿Qué es hoy de esa infeliz si Sergio llega á satisfacer su pasion brutal?... Golpeada en el terreno fangoso de la prostitucion, ¿quién responde de que no hubiera ido á morir á un hospital despues de una tan corta como agitada y oprobiosa existencia?... ¿Qué noble pasion dominaba su corazon? ¿Qué idea animaba su espíritu? ¿Qué resorte, en fin, la movia para entregar su único patrimonio, LA HONRA, á un mozaivete corrompido, que queria recibirle sin condiciones?... ¡Ah! lo que es peor, ¡que queria tomarle por un vil interés!...

—Pero el resultado es que vos la salvásteis, repuso la jóven levantando un poco animada su frente, que á vos os debe mas que la existencia, que sois su ángel....

—¡Ah!... sobre eso solo te diré una cosa, hija mia, repuso D. Perrando interrumpiendo á Gumersinda y contemplándola con tierna solicitud. La desdichada jóven iba por el camino seguro de la perdicion, y al salir yo á su encuentro para obligarla á volver atrás, prescindiendo de lo que nos interesaba Sergio, no hice

otra cosa que llenar un deber sagrado, un deber de hombre, que por desgracia está muy olvidado en nuestra sociedad: el que cuando puede no impide pecar, lo manda (1). Yo pude impedirlo, y al hacerlo cumplí con ese deber natural.

—¡Oh! ¡oh! exclamó Gumersinda elevando al cielo su mirada llena de admiración.

—Por lo demás, prosiguió D. Perrondo sin separar la vista del rostro de Gumersinda, que poco á poco iba recuperando su serenidad, es preciso no abandonar ahora á esa pobre joven, cuya honrada familia me es bien conocida. Según dijo ayer Masalegre quiere salir al momento de la casa donde está sirviendo... Yo había pensado traértela aquí provisionalmente, pero he hablado con Rodríguez esta mañana, y con acuerdo de su esposa hemos convenido en que perimpenca allí por unos cuatro días: durante ellos Julia se encarga de colocarla en clase de doncella en una casa de su completa confianza, en la de una íntima amiga suya, donde su virtud, ya vacilante, no corra los riesgos que en la de la célebre marquesa de las Contratas... ¡Ah! ¿no te ha dicho Masalegre lo que anoche hizo en casa de esta *ilustre argirócrata*?

—No, contestó sonriéndose Gumersinda.

—Al Conde y á mí nos lo contó cenando... Pues nada: intrépido cual él solo, se anunció con la mayor frescura á los numerosos sirvientes de la Marquesa como tío de la joven, á quien por casualidad acabara de encontrar. Precisamente llegó aquella de vuestra correría Interin pasaba el rato con sus domésticos: pidió y obtuvo al momento el permiso de hablarle, y tanto la supo encantar con sus travesuras y sus chis-

---

(1) *Qui non vetat peccare, cum possit, jubet.* SENECA. In Troade.

tes, que se pasó muy dulcemente con ella cerca de una hora, ofreciéndole al despedirse de buena voluntad su raza y servicios. Vamos; de seguro le ha proporcionado la sorpresa de Sergio aumentar, como él dice, sus *buenas relaciones* en la corte.

—¿Pero no le conocía la marquesa?

—No; no la había visto... ni el Conde ni yo la conocemos aun.

—¿No?

—No, hija mía: ayer hubiéramos deseado veres siquiera partir desde el palacio de la duquesa; pero Sergio y su víctima nos interesaban mas que conocer personalmente á la Marquesita. Por otra parte, no creo que se pasen muchos días sin que tengamos el gusto de ver á esta millonaria.

—Eso contadlo como una cosa segura, dijo Gumer-sinda: para el jueves próximo piensa obsequiarnos á todas *mi buena amiga* con un gran banquete, al cual ya está invitada la de las Contratas...

¡El jueves! exclamó interrumpiéndola D. Perrondo: hoy es martes, ¿eh? añadió meditando: no, no puede venir para ese día.

—¿Quién? preguntó con interés Gumersinda.

—La contestacion que espero de Barcelona, dijo con aparente indiferencia D. Perrondo; y viendo que el recuerdo de aquella ciudad empezaba á nublar la hermosa frente de Gumersinda, añadió en tono jovial: pero ¿qué me cuentas de tu correría? ¿te has divertido mucho? anoche no pudimos hablar...

—Que os debo una tarde cuyos recuerdos jamás se borrarán de mi memoria, amigo mio, dijo la joven con entusiasmo.

—No, hija mía, en tal caso á quien se la deberás será á la linda duquesita, repuso con galantería Don Perrondo.

—Bien, sea como vos querais, repuso Gumersinda asomándose á sus lábios una sonrisa tan significativa como encantadora; el resultado es que tuve una tarde sumamente divertida, que ví el campo, que tanto me gusta, que contemplé los mas deliciosos jardines, que fui objeto de las mas esquisitas atenciones... Ya se vé, prosiguió con seductora gracia despues de un momento de pausa. La duquesa me trata como á su buena amiga... asi me llama y asi quiere que yo la llame.

—Y yo espero que no sea fingimiento el tratarte así, querida mia, dijo sonriéndose D. Perrondo. Si hemos de creer al Conde...

—No, no; yo no abrigo tan ruin sospecha, repuse muy formal Gumersinda. Pues señor, añadió animándose progresivamente su divino semblante; colocadas las tres, esto es, la Duquesa, la Marquesa y yo en la carretela de la primera, ocupande yo de órden y con mucho gusto de ambas damas el lugar mas preferente, en breve rato nos pusieron los briosos y arrogantes caballos en la deliciósima quinta... ¡oh! ¡qué posesion mas magnífica tiene allí la Marquesa!... ¡lástima que vos no la veais!... Yo no me cansaba de admirar las preciosidades que encierra, sus estanques, sus jardines, sus paseos, sus arcos, sus baños, sus viveros... ¡oh! ¡qué gusto mas exquisito en la colocacion de las plantas! ¡qué verjas mas magníficas para la conveniente separacion y resguardo de cada familia de ellas! ¡qué glorieta mas encantadora! ¡qué lujo tan asombroso hasta en las cosas mas pequeñas!... La vejelacion es verdad que no se presenta robusta y majestuosa, porque todo se sostiene á fuerza de sacrificios inmensos; pero sin embargo, ví allí infinita variedad de árboles, si no colosales, al menos de una altura y corpulencia dignas de llamar la atencion: muchos de ellos, para mí desconocidos, ostentaban, aun á pesar de lo avan-

zando de la estación, sus hojas verdes, entrecortadas y caprichosamente lindas. La hermosura y asombrosa diversidad de las flores, en particular de las conservadas en tiestos, de esas flores que sabeis deleitan tanto mi alma, me tuvieron completamente enajenada. Añadid á esto la exquisita solitud que hacía mi mostrar tanto la Duquesa como la Marquesa, esta sin duda por imitación á aquella, pues que á porfía se esmeraban en hacerme admirar las bellezas que por doquier presenta la estensa quinta, y podreis formar una idea aproximada de la deliciosísima tarde que yo pasaria.

—Bueno, querida mia, bueno, dijo radiante de satisfacción D. Perrondo; me alegro que tu buena amiga te haya proporcionado tan excelente rato.

—Fué delicioso, amigo mío, dijo con entusiasmo Guinersinda. Con todo: una cosa eché allí de menos.

—¿Cuál, hija mia? la preguntó D. Perrondo viendo que se detenía la jóven, fijos sobre él sus negros y hermosísimos ojos.

—Que no estábais vos allí, ni estaba el Conde, ni ningun amigo, á cuyo lado me hubiera mostrado yo mas animada, repuso la jóven sin separar su vista de nuestro viajero. ¡Ah!... ¿no os dije anoche que cuando llegamos á la quinta ya nos esperaba allí con su coche ese vizconde de nuevo cuño?

—Sí; ya nos dijiste que habfais tenido de *caballero* al necio de Villambruno, contestó con seriedad D. Perrondo.

—¡Jesús, qué hombre mas antipático! exclamó Guinersinda haciendo gestos. Como veia á las dos aristocráticas damas deshacerse en cumplimientos para conmigo, tambien él por su parte se escedia á sí mismo en imitarlas; pero tan desgraciado éra hasta en sus

obsequios, que aun contra mi voluntad, yo no podía menos de recibirlos con una frialdad glacial... su figura, sus modales, su lenguaje, todo me inspiraba invencible repugnancia.

—Lo creo... Pero ¿á qué fué allí ese mentecato? dijo D. Perrondo en un involuntario movimiento de indignación. Mas... yo no le culpo á él, culpo á la Marquesa... Bien pudo esa mujer, siquiera en obsequio tuyo y en el de la Duquesa, haber invitado á su marido, haberle obligado á que os hubiese hecho los honores del recibimiento en su posesion.

—Suponed que se presentó allí Villambruno sin anuencia de la Marquesa...

—¡Caf!... Esas son, repuso D. Perrondo, arragando notablemente el ceño, las costumbres que se hallan muy en voga en las grandes poblaciones... los pobres maridos son una carga muy pesada en todas partes para cierta clase de damas... Pero para estar allí con completa confianza, añadió dando de intento otro giro á la conversacion, te bastaba la linda Duquesa, á quien has entrado por el ojo derecho como suele decirse.

—Ciertó es que debo á la Duquesa una infinidad de atenciones, á que jamás podré corresponder, que su bondad hácia mí es exquisita ó imponderable, repuso la jóven; pero ¿qué quereis que os diga?... á mí me faltó esa cosa... ¡no estaba entre los míos!... Todos los extremos de la Marquesa me parecieron fingidos, y bien sabéis que yo soy muy muy amiga de la naturalidad.

—Sí lo creo; se tiene por *mujer de mundo*, y esto basta para que la verdad esté alejada casi de continuo de sus lábios. Pero tú no pierdas de vista que no fuiste por ella á distraerte á su hermosa Granja de los *Caramancheles*. Ya sabes que engreida en extrema, como

todas las aristócratas nuevas, con su magnífica posesión, ha convidado infinidad de veces á tu buena amiga para pasar un día de campo en ella, y que cuándo con un pretexto, cuándo con otro, se ha desentendido la duquesa de sus invitaciones. Ahora aceptó, mas que por otra cosa, porque viende un tiempo tan bonancible y hermoso como el que tenemos, quiso proporcionarte un buen rato de solaz; y así es que la primera condición que puso á la marquesa fué que tú habías de acompañarla y que las tres habíais de ir en su carretela.

—¡Pobre duquesa! ¡Cuánto la agradezco su solicitud! exclamó Gumersinda un si es no enternecida. Pero ¿cómo una joven soltera, tan elegante, vivaracha, lista y hasta no sé si diré espiritualista, cual es la duquesita, trata con la marquesa, tan prosaica, vulgar y positivista?

—No creas que es íntima su relación: al contrario; me consta que no puede ser mas superficial.

—Lo he presumido; pero hasta ese frívolo tratamiento no puede menos de estrañarme sobremedura.

—La duquesa debe ser un pequito gastadora... dijo sonriéndose D. Perrondo.

—Convenido, dijo Gumersinda, contestando á la sonrisa de su amigo con otra en extremo seductora.

—Como tal necesita tener su tesorera, y el conde ha averiguado que lo es la célebre marquesita... Ya tú ves que esto es bastante, no diré para que trate con ella, sino para no poder eludir en ocasiones ciertos compromisos sin un rompimiento completo.

—Nada tengo que decir á eso, repuso Gumersinda, y ya no estraño tampoco que la duquesa contara ayer con ella y con su marido para el convite, que como dejo dicho, piensa dar el jueves en obsequio vuestro y de su tío.

—¿Ya te quieres tú separar de ese obsequio cuando eres la parte mas atendida?

—De mí no hay que hablar; querido amigo... ¡oh! si por ella fuera ya habia de estar alojada en su palacio... ¡poquito trabajo me costó anoche el quitarla de la cabeza el pensamiento de proponérselo á vos y al conde! dijo Gumersinda con el acento de la gratitud.. ¡Ah! añadió con alguna tristeza y fijando su vista en el suelo: ¡sin duda ignora mis relaciones y mi situacion!... yo no me he atrevido aún á decírselas...

—Ni yo me atreveré á decirte á tí, dijo de repente D. Perrondo con ánimo de distraer á la jóven de las ideas que naturalmente se agolpaban á su imaginacion, si has hecho bien ó mal en ocultar aquellas á tu buena amiga... Pero sí, sí; has obrado perfectamente... La duquesa debe saberlas luego, mas no por boca tuya... El conde las pondrá en su conocimiento, y estoy seguro que cuando venga el general hemos de tener de nuestra parte á la noble dama... Dejemos esto... ¿Sabes si ha convidado ó convida tambien la duquesa á Villambruno?...

—Sí...

—Lo siento.

—Al parecer quiere que sirva de irrisión á unos cuantos poetas y literatos que asimismo han de asistir al banquete.

—¡Diablo! ¿tambien poetas y literatos? ¡Ah! sí; los literatuelos que dice su tio... ¿Pues á cuántos nos quiere reunir?...

—Su idea no es otra que la de honraros mas y mas; ¡Ah! se me olvidaba... Ya que no es de vuestro agrado el que presta Villambruno, podeis regocijares de antemano con la noticia de que no faltará la jóven *Condesa de la Alegria*.

—¡Bravo! En efecto que lo celebro... vamos á tener



en el convite las tres mujeres mas hermosas que hoy encierra la corte, dijo D. Perrondo con entusiasmo. Debes suponer, añadió sonriéndose, que en ese número no entra la marquesa de las Contratas, y eso que me han asegurado que nada tiene de fea.

—Gracias... La joven condesa creo que sea lindísima... sí... Hoy me hace ir con ella la duquesa á visitarla; quiere que sea amiga mia, y en verdad que ninguna ocasion mejor para que empiencen nuestras relaciones que yendo á invitarla al banquete.

—De modo que con tanta solicitud, con tan esquisita bondad hacia tí, no extraño que estés reconociéndola á la ilustre sobrina del conde; dijo sonriéndose D. Perrondo.

—Ya ves que no cumplo con menos.

—¡Oh! ¡oh! ese es muy cierto y yo no puedo menos de aprobarlo; ante toda la gratitud, repuso sumamente satisfecho D. Perrondo. Y vamos, añadió despues de un momento de reflexion fijando en la joven su mirada escudriñadora y ansiosa, como aquel que espera una contestacion que en extremo le interesa: ¿te agrada esa nueva relacion...? Es necesario que me digas si... si es digna de tu amistad la joven duquesa: si además de digna es á propósito para tu trato.

—¿Qué quereis que os diga á eso, amigo mio? dijo la joven contemplando con respectuosa ternura á D. Perrondo, cuyo semblante la pareció un poco conmovido. La duquesa me agrada, añadió con calculada parsimonia: mas, me tiene encantada: pero tanto como poder contestaros categóricamente á lo que me preguntais, eso no me es fácil en la actualidad... sabeis que solo la he tratado dos dias, y en dos dias...

—Convengo, hija mia; pero en esos dos dias, para una mujer de talento como tú, no es una cosa sobrenatural el formar un juicio aproximado... ¿No le has for-

mado bien exacto de la marquesa, eso que no la has visto mas que ayer tarde...?

—La marquesa, dijo con desden Gumersinda, es una mujer vulgar,

—Si, y eso la da á conocer desde luego, repuso pensativo D. Perrondo.

—Pero la duquesita, prosiguió Gumersinda, me parece de un talento mas que mediano, su belleza es extraordinaria, sus atractivos infinitos...

—¡Oh! sí, sí, dijo D. Perrondo con visible entusiasmo.

—¡La ama sin duda! dijo para sí Gumersinda. Ese talento, esa hermosura, esas gracias, continuó dirigiéndose á su amigo, no pueden menos de ofuscar en los primeros momentos á todo el que la trate: no es fácil, por lo tanto, que pueda desafiarnosla ahora tal cual yo quisiera... Sin embargo, os diré que su nascente amistad hácia mí se me figura que ha de ser sincera; de seguro lo es por de pronto, porque la creo basada en el respeto que no puede menos de profesar al noble cende, y mas que en esto...

—¿En qué? preguntó no sin ansiedad D. Perrondo viendo que se contenia la jóven.

—En el entusiasmo que vos habeis sabido inspirarla, contestó la jóven sonriéndose, mientras que el rostro de su amigo apareció ligeramente sonrosado.

—¿Entusiasmo yo? dijo este algo afectado.

—Sí, sí, amigo mio... la duquesa es sobremodera impresionable, repuso la jóven en tono jovial: eso no me ofrece duda... No os diré yo tanto, añadió con gravedad, sobre la duracion de su entusiasmo, sobre la constancia en todas sus afecciones, porque para esto es necesario tratarla mas tiempo, conocerla mas á fondo...

—¿Es decir, repuso vivamente D. Perrondo, que su entusiasmo te parece que no sale del corazón?

—¡Por Dios, amigo mío! tampoco puedo asegurar eso, dijo la joven. Dejadme que la conozca mas á fondo, y entonces...

—Sí, sí... ¡tal vez formes de ella el mismo juicio que nosotros! exclamó D. Perrondo con algun sentimiento. Te parecerá, añadió con notable calor, lista, insinuante, vivaracha, sí, pero no de un talento sólido; impresionable como has dicho, pero no entusiasta de corazón; acaso orgullosa, pero no de una alma heroica y elevada...

—¡Pobre duquesa! Vos sí que la juzgais con severidad...

—Tienes razon, repuso conteniéndose D. Perrondo y llevando maquinalmente la diestra á su abrazada frente.

—No me equivoco: ¡la ama, sí! se dijo á sí misma Gumersinda.

—Si tú no la conoces aun, continuó nuestro viajero fijando su encendida vista sobre la joven, menos debo conocerla yo. Su tío, prosiguió dirigiendo á un lado sus ojos, y como hablando consigo mismo, hace tiempo que no la vé... jamás la ha tratado á fondo... ¿Quién viene? añadió algo sobresaltado... ¡Hola Gutierrez!

—El coche de la señora duquesa, dijo el carabinero.

—¡Diantre! No creí que viniera tan pronto, dijo Gumersinda: lo peor es que me hallo á medio vestir.

—Diré á los cocheros que se aguarden un poquito

—Sí, amigo mío: procuraré no detenerles mucho.

—Está bien, dijo Gutierrez.

—Pero qué, dijo con notable sentimiento la joven así que salió el carabinero: ¿os marchais vos, amigo mío?

—Sí, contestó D. Perrondo procurando todavía, aunque en vano, disimular su afectación... Téngo que hacer con el conde...

—¡Oh! ¡qué poco tiempo estais hoy con vuestra pobre huérfana!

—Estaría mas, hija mia, repuso D. Perrondo, cuya conmoción aumentó considerablemente la exclamación de la jóven; pero... te espera la duquesa... yo tengo tambien que hacer en otra parte, y Gutierrez te servirá de caballero en mi nombre para subir al coche... Si no te comprometiese la duquesa, añadió esforzándose por traer á sus lábios una sonrisa, hablaríamos largamente esta tarde...

—¡Ah! para mí no hay compromisos estando vos de por medio, repuso de repente la jóven; hablaremos, sí, amigo mio: os espero sin falta esta tarde.

—Corriente, quedamos en eso, dijo D. Perrondo. Adios, hija mia: hasta despues. Y apretando fuertemente la blanca y torneada mano de la jóven, salió del lindísimo gabinete, embargada su alma con multitud de terribles y encontrados pensamientos.

—¡La ama, sí... la ama sin disputa! exclamó conmovida la jóven levantándose y dando principio á vestirse. Ese interés tan grande por saber de la noble duquesa, esas dudas tan tristemente espresadas acerca de sus cualidades morales, esa misma turbación que en él he observado, á pesar de ser el hombre mas sereno del mundo, todo, todo me hace creer que los atractivos de la ilustre dama han cautivado por de pronto su corazón... no hay duda, no: procurando enterarse de si es ó no á propósito para mi amistad, ha querido saber si es ó no digna del amor, que en tan pocos dias ha logrado inspirarle... ¡Dios mio! ¡amarla sin tratarla, sin conocerla á fondo! ¡él, que es el hombre mas prudente y juicioso que yo he conocido... Pero el amor es

ciego... involuntariamente se apodera del corazón... los atractivos de la joven duquesa son infinitos... no hay que extrañar que la ame, no... ¿Y si ella no le corresponde?... pero esto no puede ser... aquel entusiasmo ardiente con que de él me ha hablado... Mas... ese mismo entusiasmo hacia él, ¿no puede ser hijo de las circunstancias y pasajero como ellas?... Por otra parte, esa dama pertenece á lo mas elevado de la antigua aristocracia... pero ella no tiene, al menos con nosotros, ese orgullo insolente que en otros engendra la casualidad de lo que se llama nacer en ilustre cuna, no, no... ella debe amarlo, sí... ¿qué importa que él no sea duque? ¿no vale mas que todos los grandes de la tierra? ¡oh! sí, sí: infinitamente vale, y significa mas que todos los magnates, que todos los príncipes, que todos los poderosos del universo. Sí, sí: ella debe adorarle á ciegas... yo quiero que le adore con entusiasmo, con delirio, con frenesí... ¡oh! ¡qué mujer mas venturosa!... ¿Y él?... ¡Dios mío! me parece que tengo celos de su amor... ¡oh! ¡estoy local... ¡celos de su amor, cuando el que á mí me profesa es el de un padre para con su hija, el del Criador para con la criatura! no, no; yo no tengo celos ni puedo tenerlos de su amor hacia la ilustre dama; quiero que la ame, que la idolatre, que se case con ella; pero ha de ser digna de sus virtudes, de su grandeza de alma, de su magnánimo corazón... ¿Y si ese amor reemplaza al mío en su hermoso corazón? ¿y si logra quitarle un solo quilate de su intensidad?... ¡Dios mío! ¡Dios mío! yo moriría en tal caso de pesar, yo no querría la existencia, yo llamaría á gritos la muerte, porque ella sería entonces mi supremo bien... ¡Tengo celos, sí... pero son los celos de una hija para con su padre querido cuando teme que ha de abandonarla... ¡abandonarme!... Pero ¡Dios mío! ¿por qué ha de abandonarme? ¿no me quie-

re tanto como á su vida? ¿no me quiere tanto como yo le quiero?... ¿y si la duquesa tiene celos de mí? ¿y si la ofende nuestro amor?... ¡Ah! pero ¡cuán necia soy! ¿por qué ha de ofenderla ese amor que es tan puro como el de los ángeles? no, no; eso no puede ser: abandonemos esas ruines sospechas, alejemos de la mente esos recelos injuriosos, y procuremos ver desde este momento si la duquesa es digna del amor del mas grande de los hombres... ¡sí! ahora me toca á mí velar por él con fé, con entusiasmo, como él vela por su pobre huérfana... ¡yo veré si es digna de él, sí!... para esto necesito y quiero tratarla á fondo, estudiar sus inclinaciones, examinar sus gustos, leer en su alma, escudriñar, en fin, hasta los mas recónditos pliegues de su corazon... sí, sí; esa es hoy mi obligacion... ¿no debo servirle como una esclava?... Y esto diciendo, sin siquiera tratar de serenar su encendido rostro, salió del gabinete con firme, á la par que ligero paso; llamó seguidamente á Gutierrez, en cuya compañía bajó la escalera, y ayudada del honrado y simpático carabini-nero, se acomodó con confianza, y en medio de las mas espresivas muestras de respeto de parte de los lacayos, en el lindísimo carruaje, que en breves minutos la trasportó á la casa-palacio de la alegre y encantadora-duquesa del Terebinto.

## CAPITULO X.

**EL CONVITE ARISTOCRÁTICO. — OPINION SOBRE LOS POETAS. — LA SOCIEDAD DE SOCORROS MÚTUOS INTELECTUALES. — SOCIALISMO Y COMUNISMO.**

Magnífico, encantador, sobremanera asombroso es el espectáculo que presenta el gran salon, donde la alegre y bellísima duquesa del Terebinto ha logrado reunir una veintena de convidados para el espléndido

festín que dejamos anunciado en el antecedente capítulo. No crea, con todo, el lector, que vamos á describirle en el presente uno de esos convites puestos tan de moda en el día entre la nueva aristocracia; uno de esos banquetes altamente escandalosos y provocativos, en que un magnate de nuevo cuño, insultando á la miseria pública, escarneciendo á la moral y apostrofando á la sociedad entera, suele gastar en el corto espacio de un par de horas y con veinte ó treinta personas tan solo lo que sobraría para mantener un año entero á una poblacion de *cuatrocientos vecinos* (1). Semejantes locuras, tan insensatas y criminales disipaciones están solo reservadas á los hombres que á poca costa y sobre la ruina de millares de familias modestas y laboriosas han logrado levantar esas fortunas colosales, cuya residencia piden á voz en grito y de consuno la moralidad, la justicia y la política. Nuestro banquete, mas que por la variedad y carestía de los manjares, mas que por la abundancia de objetos costosísimos y supérfluos, aparece suntuoso por el lujo que presenta el salon donde tiene lugar y por el esquisito gusto, que hasta en los mas insignificantes pormenores ha sabido desplegar la duquesa, á fin de obsequiar dignamente á sus nuevos amigos y á las demas personas en su honor invitadas.

Figúrese el lector una sala de dimensiones inmensas, perfectamente caldeada y alumbrada con la luz de cincuenta bugías al principio de la noche de uno de los

---

(1) Se han dado convites durante la dominacion moderada, en que un *aristócrata del dinero* hecho tal por arte de encantamiento, ha invertido la exorbitante suma de *cuarenta y cinco mil duros*, que no comen en todo un año *mil y seiscientos* individuos, que constituyan un pueblo rural entre ricos, medianos y pobres, niños, adultos y ancianos.

últimos días del mes de noviembre: sobre elegantes columnitas de rico mármol de *Carrara*, alévanse en sus cuatro rincones hasta la altura de un hombre regular otros tantos pebeteros de reluciente plata, que sin cesar arrojan aromáticas esencias perfumando suavemente todos sus ámbitos; sus paredes aparecen casi cubiertas por magníficas colgaduras de damasco bonitamente recamado, por cuatro grandes espejos venecianos de un valor inestimable, por unos doce riquísimos cuadros de cobre que representan asuntos mitológicos, debidos al diestro pincel de uno de nuestros mejores artistas del siglo XVII, y por dos relojes de música que descuellan entre todos los preciosos muebles por su magnitud y elegancia, y cuyos acordes, suavea y dulcísimos sonidos amenizan mas y mas el brillante festin; penden, por último, de en medio de la pintada techumbre, tres tan elegantes como riquísimas arañas de plata sobredorada, cuyos mecheros son los que sostienen las encendidas bugías, y á su luz esplendorosa pueden verse perfectamente los animados semblantes de todas las personas colocadas en cómodos sillones alrededor de la gran mesa cubierta de manjares y vinos esquisitos, que sirven con esmerada diligencia dos jóvenes doncellas, altas, de fino y agraciado rostro y de breve y esbeltísimo tallo.

La alegre y hermosísima duquesa del Terebinto, brillantemente ataviada, y cuya tersa y despejada frente ostenta una preciosa diadema de esmeraldas y rubíes, tiene á su derecha á Gumersinda y á su izquierda á la joven condesa de la Alegría, á quienes atiende, y en particular á la primera, con esmerada solicitud: su rostro se presenta radiante de satisfaccion y de orgullo, y su mirada de fuego sifase con notable frecuencia sobre nuestro D. Perrondo, que ocupa un sillón frontero al suyo, teniendo á su izquierda á Masalegre y á



su derecha al honrado y apreciablesimo conde de Melgar. La condesa de la Alegria, jóven soltera y de idéntica edad que Gumersinda, aparece soberanamente hermosa, con su rostro sonrosado, sus ojos azules, grandes y sobremanera expresivos, su boca diminuta y de continuo risueña y su inmensa cabellera rubia, sobre la que brilla, realzando la belleza de su dueña, una preciosa y vistosísima flor de diamantes: tiene la seductora jóven á su izquierda un apuesto mancebo, de ancha frente, agraciado rostro, negro bigote y finos y si se quiere aristocráticos modales, que aunque sostiene conversacion con la condesa, se conoca que no es esta la que ocupa su imaginacion, porque de vez en cuando y como á hurtadillas, fija sus negros ojos, que en lo brillantes espresan lo inmenso de una pasión interior sobre el semblante de la duquesa, para él nunca tan peregrino ni encantador como ahora: el jóven lleva el nombre de *Baron del Puerto*: las gracias de la ilustrada sobrina del conde de Melgar tienen desde hace tiempo trastornado su juicio, y por desgracia suya, sin esperanza fundada de poder recobrarle. La célebre marquesa de las Contratas, cuya edad no llega á treinta años, y que aunque lleva ya los diez de casada, preséntase todavía en estremo encantadora con sus facciones blancas y peregrinas, sus ojos negros y vivísimos á pesar de su asombrosa magnitud, sus largas pestañas y sus delicados labios que dejan entrever una dentadura de marfil, ostenta un lujo maravilloso de rica y deslumbradora pedrería, colocada con esquisito gusto en sus torneados brazos, su terso cuello y su erguida y hasta orgullosa cabeza: á su izquierda se sienta su esposo, de alguna más edad que ella, flaco, moreno, de descuidados modales, pocas, frias y calculadas palabras, y fea y repugnante catadura con su nariz de higo chumbo, su pelucon castaño y sus antiparras verdosas; y hen-

chido de satisfaccion, ocupa la derecha de la argirócrata dama el celeberrimo vizconde de Villambruno, de mas que regular corpulencia, colorados moñetes perfectamente afeitados, ojos pardos y tristes, nariz algo roma, soberano pastorejo, enorme calva y tremenda boca, que no le hacen tan antipático como su charla sempiterna, ofensiva hasta no mas por le agudísimo y desapacible de su voz. Ocupan respectivamente la derecha de Gumersinda y del ilustre conde de Melgar, el jóven Sergio García, que ostenta ya en su pechera el consabido alfiler arrancado por el noble criado de las garras de Cornitalo, y el simpático comerciante D. Tomás Rodríguez, en cuyo semblante se ven bien retratadas su alma fuerte y elevada y su no mediana inteligencia: ambos han sido invitados con sumo placer por la duquesa, á insinuacion, por supuesto, de Gumersinda, cuyo objeto al propio tiempo que honrar á sus dos paisanos, no ha sido otro que mostrar su gratitud hácia el antiguo compañero de su querido Masalagre, y ensanchar el corazon del pobre estudiante, á quien los recuerdos que de su vida pasada se agolpan de vez en cuando á su imaginacion tienen un poco cabizbajo y tubbrosó. Les demas convidados que ocupan lo restante de la gran mesa son ó se titulan todos literatos, con quienes la duquesa sostiene amistosas relaciones: *D. Miguel Fabricio Matalallana*, poeta epigramático, épico, lírico y dramático medianamente, prosista detestable, larguirucho de cuerpo y corto de alma, tan voluble como la veleta y tan inconstante como el mismo viento: *D. José Antonio del Espino*, así bien poeta epigramático, satírico, agresivo, mordaz, sangriento y personalísimo, sin respeto á nada divino y humano, templado mas bien que admirado y respetado de todos, que es por esta razon admitido en muchas casas, y de quien, para definirle de un solo

golpe, diremos que con toda justicia podía aplicársele aquel célebre epitafio de *Simónides* sobre la tumba de *Timocreonte*: *Yo he pasado mi vida en comer, beber y decir mal de todo el mundo.* *D. Pantaleon Alonso de Arana*, también poeta descollante en toda clase de géneros y prosista tremebundo para todo cuanto se le viene á las mientes y coje por su banda, de abultado vientre, barba cerrada, descuidados modales, muy poco aprensivo y muy mucho marrajo. *D. Mariano Lariztizabal*, poeta no mediano, de buena figura y finos modales, alegre, de poco juicio, amigo de los placeres y mas de los ruidosos, adulador de las damas y corruptor de ellas: *D. Pedro Calasanz Villalafuente*, jóven barbudo, pequeñito, de ojos tristes, dificultosa nariz y delgadísimos lábios, escritor ampuloso en prosa y verso, plagiarlo, traductor de opúsculos y comedias insustanciales, pedante en demasía, necio y ridiculo, que lo es mas por unas maneras sobrado afectadas y por un amor propio sobremanera excesivo: si la duquesa, á pesar de su despejo y fina educacion, ha invitado como en otras ocasiones á tan despreciable ente, no lo ha hecho mas que porque posee la gracia particular de hacerla olvidar algunos ratos de mal humor con su estravagante lenguaje y su necia presuncion: *D. Antonio Francisco Alvarez Amador de los Rios*, mas largo de nombres y apellidos que un portugués, jóven, con pretensiones de ser un *Aristarco* consumado, de aristocráticas maneras á pesar de ser demócrata y muy *demócrata* de nacimiento, orgulloso, vapo y despreciador de sus semejantes en términos de no reconocer nada bueno de grado en las producciones de aquellos y tener á las suyas criticas y satíricas, de mala prosa y peor verso, en mas estima que á las niñas de sus propios ojos: *D. Antonio Jesus de Calumbres*, periodista sin convicciones, verdadero *saltimbanquis*

político, real y positivo *tutitímundi* literario, dispuesto á alabar y vituperar cuanto le digan, *pecunia mediante*, siempre que no se trate de algun individuo de la SOCIEDAD DE SOCORROS MUTUOS INTELLECTUALES, porque entonces como jefe de ella cumple con ser el mas rigido observador de sus originalísimos y de pocos conocidos estatutos, anunciando al asombrado mundo con toda pompa y magestad un infinito número de... *calabazas y calaveras*: así como este ciudadano se daba á conocer por su rostro irónico y un tanto avinagrado, llamaba sobremanera la atencion por su bella figura, finísimos modales, noble rostro, serena frente, mirada de fuego, firme y si se quiere orgullosa presencia, *Don Felipe de Cienfuegos*, último de los convidados, cuya descripcion nos falta, periodista valiente, hábil político, crítico profundo y mas que regular poeta, de alma elevada, de corazon intrépido, severo sin ser orgulloso, consecuente hasta la temeridad, tan intransigente con los defectos de propios como de extraños, desinteresado, patriota, modelo en fin de honradez personal y de probidad política. De todo, pues, habia en la reunion; grave y fastivo, mordaz y prudente, bajo y elevado, repugnante y simpático, bello y monstruoso, admirable y ridículo; extraña, maravillosa si se quiere, pero no imposible mezcla, porque el mundo nos presenta la comun existencia de *bueno y de malo*, para decirlo de una vez, en todas sus cosas y por toda y cualquiera parte. No hay que extrañarse, pues, de que la linda sobrina del conde de Melgar se proporcionase en el convite á pesar de su talento ese *bueno y ese malo*, inseparables conjuntamente del hombre desde la cuna hasta la tumba.

Mientras la redonda mesa apareció cubierta de variados y excelentes manjares y vinos, puede decirse que la mayor parte de los convidados solo penso en

saciar su apetito, por lo que será muy puesto en razón que nosotros pasemos por alto los obsequios recíprocos, las significativas miradas, los dichos poéticos y prosaicos, tontos y agudos, y otros insignificantes pormenores que tuvieron lugar durante la comida; pero cuando, concluida esta, se pusieron los caballeros, previo el correspondiente permiso de las damas, a saborear sus purós, y las esbeltas y graciosas doncellas de la duquesa empezaron a escanciar al propio tiempo el dulce y delicadísimo *champagne* en grandes y graciosas copas de oro cincelado, entonces la animación de los concurrentes fué creciendo por grados dándose a demostrar ante todas cosas con alegres y estrepitosos brindis.

—Estamos ya en el caso de brindar en regia, señores, dijo con desembarazo Matafallana al ver á las lindas jóvenes dispuestas á desocupar las botellas del exquisito vino francés.

—¡Sí! ¡sí! dijeron con entusiasmo casi todos los convidados.

—Señores! Contando de antemano con la aprobación de ustedes, dijo de repente y en pedantesco tono D. Pedro Calasanz de Villalafuente, me tomo la gran satisfacción de suplicar de la manera mas encarecida á la señora duquesa se digne darnos el noble ejemplo...

—¿De qué, Villalafuente? dijo con burlona sonrisa la duquesa interrumpiendo al pedante, que llevaba trazas de no concluir con su insustancial y altisonante pretensión en un cuarto de hora.

—Quiero decir, continuó impertérrito Villalafuente, á pesar del mal gesto que involuntariamente ponían los convidados cuando tomaba la palabra (lo cual hacía siempre por asalto), que nos hagais el obsequio de brindar la primera por los objetos que os sean mas

caros: al suplicaros nos dispenséis tan especial honor mi idea no es otra que la de que elevéis con vuestro lenguaje sublime y entusiástico los nobles corazones de vuestros ilustres convidados, á fin de que sus brindis sean dignos de vos y sobre todo del magnífico pensamiento que os ha impulsado á reunirnos en este angusto lugar.

—¡Bravo! ¡bravísimo! exclamó en irónico tono Laristizabal ayudando á la tremenda esplosion de risa que no pudo menos de estallar con el lenguaje afectado del pedante, Villalafuente, señores, añadió con mímica seriedad, está como siempre por lo elevado, lo escelso, lo poético... pido, pues, que cuando le llegue su turno abandone la detestable prosa y nos regale los oídos con un brindis en arrebatadora y sublime poesía.

—¡Bien! ¡bien!

—Corriente, señores, repuso muy serio Villalafuente; cuando llegue el caso procuraré daros gusto: pero ahora no se trata de mí. La proposición que he tenido el honor...

—Está tomada en consideración, dijo interrumpiéndole Pantaleón Alonso de Arana.

—¡Sí! ¡sí! ¡Que brinde la duquesa! gritó en voz chillona y en extremo ofensiva Villambruno.

—¡Que brinde! ¡que brinde! gritaron varios convidados mirando á la noble duquesa.

—¡Señores! dijo á la sazón el simpático periodista Felipe de Cienfuegos: mi mayor placer sería el que brindase la primera la noble dama, que nos ha proporcionado este espléndido festín; pero creo que la galantería aconseja que empecemos nosotros. La señora duquesa debe conocer nuestros brindis por si acaso gusta arreglar á ellos el suyo...

—¡Sí! ¡sí! exclamaron todos.

—Pido, pues, continuó Cienfuegos con gravedad, que el señor Villalafuente retire su proposición en honor mismo á la bella dueña de la casa.

—Sí, sí; aunque apoyada en diferentes razones que Cienfuegos, yo no puedo menos de aprobar su proposición; dijo la duquesa con encantadora gracia: á mí no me corresponde en manera alguna el brindar la primera... Semejante honor, añadió después de una breve pausa mirando con respetuosa ternura á D. Perrondo, pertenece de derecho al noble caballero que, aceptando mi amistad, me ha proporcionado la dicha de ofrecer á todos los presentes este banquete.

—¡Bien! ¡magnífico! exclamaron todos, si se exceptúa el baron del Puerto, cuyo corazón hizo latir con inusitada violencia la honrosa distinción de la duquesa para con nuestro viajero.

—Acepto, mi señora duquesa, dijo D. Perrondo con boca risueña, y haciendo una graciosa inclinación á la noble dama, tan distinguido honor; pero con vuestro permiso, yo suplico á mi digno amigo el señor conde...

—No, no, querido, dijo interrumpiéndole el conde de Melgar: ese honor no te es permitito cederle, ni yo...

—¡No! ¡no!

—Corriente, señores, dijo levantándose con dignidad D. Perrondo, mientras que los ojos de la duquesa brillaban de inefable satisfacción. Una de las esbeltas doncellas escanció en la gran copa que tomó en su diestra D. Perrondo, quien, fijos sus negros ojos sobre la duquesa, con voz clara y solemne, si bien un poco conmovida, exclamó:

—¡Por la eterna felicidad de la hermosa entre las hermosas, que nos ha proporcionado este espléndido festín!

Una exclamacion de delirante júbilo acegió el brindis de nuestro viajero, que produjo en la ilustre huérfana un estremecimiento de inefable placer, viniendo á celorear ligeramente su megilla.

El conde de Melgar que, como dejamos dicho, ocupaba la derecha de D. Perrondo, se levantó en seguida, y tomando su copa, dijo con voz entera y pausada:

—¡Señores! hay aquí dos jóvenes á cual mas bellas, á cual mas interesantes: ambas son huérfanas, ambas me son igualmente caras; la una por relaciones de parentesco, y la otra por relaciones no menos respetables que las de familia, y ambas, en fin, se aman hoy con un amor leal, profundo y desinteresado... ¡Brindo, pues, porque la naciente amistad de la duquesa y de Gumersinda sea tan pura como duradera!

Al oír el noble lenguaje del conde, cual si nubieran obedecido á una fuerza magnética, las dos bellas jóvenes se abrazaron instantáneamente cubriéndose de ardientes besos, mientras que la mas estrepitosa explosion de aplausos resonaba por todos los ámbitos del magnífico palacio.

En seguida que el conde, brindaron:

Rodriguez por la salud de la duquesa.

Cienfuegos, que estaba á la derecha del comerciante, porque la misma encontrase un esposo digno de ella.

El baron del Puerto, que seguia al periodista, por la buena y antigua amistad de la duquesa y la condesa de la Alegría.

Y esta, cual si tratase de destruir el mal efecto causado por el brindis del baron, que algunos consideraron como una contraposicion al del conde de Melgar, lo hizo con general aplauso por su nueva amistad con Gumersinda, y por la antigua con la duquesa.



Tocó el turno á esta, quien con graciosa desenvoltura, boca risueña, voz plateada y encantadora, si bien un tanto conmovida, dijo:

—¡Señores! dado este banquete en obsequio del hombre ilustre, sobre el cual tiene hoy fija su atencion la España entera, quise, como era natural, que fuese digno de él por todos conceptos, y contando al efecto con vuestras personas, habeis respondido todos inmediatamente á mi invitacion: con esto, no puedo menos de confesar que me habeis dispensado uno de los mas especiales favores que haya pedido recibir en toda mi vida: mi gratitud hacia todos es y será, por lo tanto, tan sincera como duradera... ¡Brindo, pues, por el noble caballero Bárcena, que nos ha proporcionado este festin, por su salud y felicidad, que igualmente deseo para todos los demás convidados!

Otra explosion de aplausos inmensamente mas fuerte que la anterior, acogió el brindis de la linda duquesa. Sin embargo, preciso es confesar que no satisfizo á todos su lenguaje. Mientras que Guernersinda se preparaba para echar su brindis, acercóse el baron del Puerto al oído de la interesante condesa de la Alegría, y con una amargura mezclada de sarcasmo, la dijo:

—Se conoce, mi querida *Aurea*, que os ha entusiasmado el lenguaje de vuestra buena amiga.

—En efecto, no puedo negároslo, mi querido *Aurelio*.

—¿Tambien vos estais hoy cruel para conmigo?...

—¡Cál repuso con desdeñosa sonrisa la linda dama. No veo que alguien esté cruel para con vos... Vos sí que estais hoy...

—¿Qué?...

—Mas torpe que nunca; pero... ¡silencio! oigathos.

Interin que el baron, herido en su amor propio con las picantes palabras de la alegre condesa, se mordía

involuntariamente el lábio inferior, Gumersinda, que sin disputa era la mas hermosa de las cuatro damas que honraban el brillante festin, puesta en pié con una modestia llena de dignidad, inundado su rostro de sublime magestad, mezclada con una ligera tristeza, centelleantes de purísima satisfaccion sus grandes, negros y seductores ojos, firme su cuello de cisne, con voz un tanto tímida, pero dulce y sobremanera simpática, dijo:

—Huérfana de padre y madre, como lo está la duquesa, naturalmente la circunstancia de verla en la misma posicion que hace tiempo ocupó, ha hecho mas fuertes para con ella las simpatías que supo inspirarme en el instante mismo de conocerla. Su amistad me ha proporcionado la de la señora condesa, y si está me llena de orgullo, la de la duquesa ha despertado en mi corazón un sentimiento que no me ruborizaré de expresar en mi brindis, porque sé por propia experiencia, señores, que la orfandad, cualquiera que sea la posicion del hombre y de la mujer, es la escuela de la desgracia... ¡Brindo, pues, por mi nueva amistad con la condesa y la duquesa, y porque esta pase del estado de huérfana al de esposa, uniéndose á un hombre que, siendo digno de ella, haga su felicidad!

Imenso, delirante fué el entusiasmo que produjo en los circunstantes el brindis de Gumersinda; y hasta el mismo baron del Puerto, que empezó por escucharla con marcada é injusta prevencion, se sintió irresistiblemente arrastrado á aplaudir por la deslumbradora belleza, las maneras dignas, el decir sencillo y el acento encantador de la voz argentina y simpática de la interesante huérfana. Al dejarse caer esta sobre su sillón, la duquesa la estrechó fuertemente contra su seno entre ruborosa y afectada, y mientras que D. Perrondo, cuyo corazón había ya escitado en demasía con su

significativo lenguaje la digna hija de Solís, al verla ahora enlazada á la lindísima dama, sentia desfallecerse por efecto de un exceso de suprema felicidad mezclado con otro exceso de profundo dolor, el escelente Masalegre necesitó de todo su valor para que no brotase de sus ojos una lágrima, que á ellos trajeran los recuerdos que la pobre huérfana despertó en su imaginacion, recuerdos que de un solo golpe le llevaron á contemplar su triste pasado, su presente nada lisonjero y su porvenir nebuloso é incierto.

Restablecida al cabo de unos segundos la calma, brindó Sergio con tímidez por la salud y ventura de su paisana Gumersinda; siguióle el marqués de las Contratas, quien con mal gesto (sí que al pobre hombre le era imposible el ponerle bueno) y con una candidez que no pudo menos de escitar interiormente la risa de todos sus oyentes, lo hizo por la *fé conyugal* pura y eterna, y acto continuo que él, un poco desconcertada por la *oportunitísima* salida de su esposo, brindó la marquesa en los siguientes términos:

—¡A la salud de mi amiga la duquesa, que tan esquisito gusto ha sabido desplegar en este festín!

Levantóse despues el ilustre de Villambruno, y con pasmosa celeridad, en tono melífluo y sobremanera antipático, dijo:

—¡Brindo por la felicidad de la señora duquesa, por la de las tres restantes damas que me escuchan, y porque la alegría que leo con mis ojos (y eso que entre paréntesis los tenia bastante turbios el vizoonde) en los semblantes de todos los convidados, reine hasta el fin del espléndido banquetel

El brindis del antiguo albardero fué acogido, como era natural, con marcadas muestras de frialdad; y aunque invocó en su ayuda á la alegría, esta hubiera desaparecido del salon á no tocar su turno al travieso

Laristizabal, quien con notable al par que gracioso desembarazo, dirigiéndose risueño á la duquesa, á la condesa y á Gumersinda, dijo:

—¡Brindo por esos cuatro ojos negros y esos dos azules, no menos encantadores, que adornan los tres rostros mas peregrinos que encierra la corte, y porque antes de concluirse los brindis, ó disolverse esta alegre reunion, un númen poético, inspirado por las infinitas gracias de la duquesa, celebre en armoniosos y dulcísimos versos su hermosura y el pensamiento de darnos este por tantos títulos brillante festín!

—¡Bien! ¡bien! ¡magnífico! exclamaron todos.

—¡Vos! ¡vos! dijeron varios convidados.

—No, señores, dijo con mímica seriedad Laristizabal; mi musa es tarda, ramplona, *pedestre*, como diria Horacio; y al revés que á otras, los vapores del *champagne* la enervan, la languidecen, la matan... Mi musa, pues, no existe ahora. En cambio, señores, ahí está la de mi amigo Villalafuente, fácil, voluntaria, sonora y sublime, que á satisfaccion de todos desempeñará á su tiempo tan elevada y digna comision.

—¡Bien! ¡bien! exclamaron todos fijando su mirada sobre Villalafuente, que sin conocer la cruel ironía de Laristizabal se preparaba ya para cuando le llegase el turno á brindar en los que, segun él, serian ruidosos, sublimes y magnificéntísimos versos para embeleso de sus oyentes y honra perpétua de la noble y bellísima duquesa.

Siguieron los brindis, que nada ofrecieron de notable, á no ser que consignemos que el de Antonio Francisco Alvarez Amador de los Rios fué lánguido, pesado y dicho en pedantesco tono, y el de Alonso de Arana altisonante y relumbron, como todas sus cosas, hasta que llegó el turno al insigne Pedro Calasanz Villalafuente, ornamento de las musas y gloria de la bendita

madre que le parió, al cual todos se dispusieron á escuchar con boca risueña y extraordinaria atencion.

Villalafuente, más orgulloso que si fuera un *Garcilaso* ó un *Rioja*, fijos sus alegres ojuelos en la linda duquesa, estendida sobre la mesa su diestra, que empuñaba la correspondiente copa de oro, despues de dos ó tres ligeras tosecillas, como en demanda de una voz clara y retumbante, hizo sentir esta un poco delgada y un mucho nasal diciendo:

*Nítido; refulgente, coruscante,  
Raro, sublime, peregrino y ledo,  
Tal es, noble duquesa, y corto quedo...*

El poeta, á quien con mas razon podríamos llamar *poetisida*, detúvose en este como aquel que ha perdido el hilo de su discurso, visto lo cual por el simpático Cienfuegos, que como todos los convidados, estaba para reventar de risa, salió de repente á concluir la tremenda copla, diciendo en tono extraordinariamente burlesco:

*Mi númen soberano, altisonante.*

La mas estrepitosa carcajada acogió el oportuno verso de Cienfuegos, á quien, despues de la explosion, se dirigió Villalafuente un poco plorado de amor propio, no creemos que porque conoció la burla, sino porque juzgó que el noble periedista solo se habia propuesto arrebatarle sus glorias, aprovechándose á tan pequeña costa de sus sublimes y espontáneas concepciones.

• —Ahora, dijo con mas vanidad que la que tendria *Virgilio* al completar los célebres versos del *Sic vos non vobis*, no se trata de mí, señor Cienfuegos: por consecuencia, bien puede usted retirar su verso para que ocupe su lugar el único á quien *exclusivamente*

corresponde ocuparle en mi composicion; y encarándose impertérrito de nuevo á la duquesa, y otra vez estendida su diestra, dijo:

*Vuestro rostro encendido y rutilante.*

Oír el *relamido* verso del D. Pedro y prorumpir los circunstantes en una risotada espontánea, inmensa, delirante, todo fué obra de un segundo; pero ahora la risotada no tuvo como las anteriores, un pronto término, porque señoras y caballeros, movidos por la fuerza de la mas terrible convulsion, se agitaban rápidamente en sus sillones, tendiéndose sobre los respaldos de ellos, inclinándose para adelante, sobiendo y bajando en el instante sin sentido, locos, frenéticos, sudosos y anhelantes: aquello era una algarabía incalificable, en que nadie, sin embargo, podia contarse dueño de sí mismo, en que todos habian perdido por completo su juicio, que de seguro no hubieran recobrado tan pronto si Cienfuegos que fué el primero que logró serenarse, no hubiese gritado con toda la potencia de sus pulmones:

—Atencion! ¡atencion! ¡que sigue! ¡que sigue!

En efecto, el desfachado pedante, que sin duda creyó que todos reían tan sin sentido por la *graciosa* *sal* de sus *elegantes*, altisonos y tremebundos versos, aparecia aún en pié muy satisfecho de sí mismo y en disposicion de regalarles otros tan retumbantes y ultraculteranos como los pasados.

Señores, dijo muy serio; sigo pues con mi *escabrosa* y *difícilísima* comision...

—¡Jal! ¡jal! ¡jal!

Y mirando de nuevo risueño á la duquesa, y estendiéndola á un lado y á otro su brazo, cual si al compas de los movimientos del mismo tratara de medir sus versos, empezó á delirar de la siguiente manera:

*Si las PIRRIDAS envidian ese rostro,  
Si su brillo al de las PLÉYADES confunde...  
¿Qué extraño es que así mi ESTRO se circunde...*

—¡Basta! ¡basta! gritó medio atragantado Cienfuegos, temiendo otra explosión de risa tan tremenda ó mas que la pasada.

—¡Prosa! ¡prosa! exclamó sofocado Laristizabal. Basta por ahora de versos.

—Sí, sí, de lo bueno, poco; dijo Arana con punzante ironía.

—Sí, justo es que descanse, á calidad de que concluya en otra ocasión, añadió Espino en tono burlón.

—¿Quieren ustedes que concluya mas adelante? dijo con pasmosa formalidad Villalafuente.

—Sí, sí...

—Y yo lo deseo tanto mas, dijo levantándose Masalegre y contemplando con burlona sonrisa al pedante, cuanto que os veo ya un poquito fatigado.

—Yo no... dijo muy sério Villalafuente.

—¿No?... repuso de pronto Masalegre con insolente sorna. Pues sea lo que quiera, señor D. Pedro; yo no he echado aún mi brindis, y ya creo que será justo...

—Sí, sí, exclamaron todos con entusiasmo.

—Brindo, dijo Masalegre echando una mirada sobre Villalafuente, que luego fué á fijarse en el alegre rostro de la duquesa, por los poetas melífluos y altisonoros, por esos seres privilegiados, á quienes el cielo ha concedido la envidiable prenda de hacer llorar... *de risa* con sus *eoplas* á la misma seriedad personificada.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¡Magnífico, Masalegre! exclamó la duquesa.

—¡Versos! ¡versos! exclamó con voz ahogada Calambres.

— ¡Sí, sí, gritaron entusiasmados todos los que se consideraban poetas.

— En tal caso, señores, pido que el insigne Calasanz concluya ante todo con sus soberbias estrofas, y lo conminaba seriedad Laristuzabal.

— ¡Pera de drama, señores, digo a la sazón muy hacedo de sí mismo Antonio Francisco Álvarez, Amador de los Ríos: yo también pido versos, y los pido con toda formalidad. Pénennos aquí excelentes poetas, y puesto que todos los que me escuchan son tan entusiasmados...

— ¡Sí, si, vengan versos, dijo interrumpiéndole Pantaleón Alfonso de Arana: vengan versos, que en tal caso del sabidísimo champagne nos llenen de inefables fruiciones... La poesía, señores, añadió dándose estrofa dinaria importancia, es, como todos sabemos, el arte sublime de expresar las ideas en el lenguaje de los dioses: ese arte encantador, que diviniza al que le profesa dignamente, eleva el alma, arroba en éxtasis delicioso, sobre todas las miserias de esta vida...

— Pues que no la falta en medio de ellas, amigo mío, dijo sonriendo el conde de Melgar.

— ¡Uhm! escucho un poco cortado Arana con la salida, para el inefable, del conde. Eso no es posible, caballería ni misión del poeta es más elevada, más escabrosa y solub olemmum... ni en el nobilior rolig

— ¡Uhm! no sé, repuso el conde con pánico calma, pero lo que yo sé de decir no sólo es posible, sino que es un hecho viendo todos los días.

— ¡Uhm! dijo el conde.

— ¡Uhm! señores, escuchad con su acostumbrada ingenuidad Laristuzabal. Esto es otra cosa: ya no se trata de recitar versos, se trata de decirlos, nuestra bandera... ¡Uhm! señores, que tendamos en cuenta la ayuda



á las damas, añadió haciendo una graciosa inclinacion á la duquesa.

—Veremos, Aristizabal, dijo esta con sonrisa encantadora.

Pero, señores, exclamó Arana dirigiéndose á D. Perrondo y al conde. ¿Es decir que no os gustan los poetas, que la poesia no tiene para vos los encantos indefinibles que no puede menos de reconocer en ella toda alma sensible?

—Nosotros no decimos tanto, amigo mío, dijo el conde.

—En efecto, señor Arana, añadió D. Perrondo con su acostumbrada dulzura: nosotros no decimos ni decir podemos que no nos gustan los poetas, que no nos halaga la poesia. Este arte no puede menos de agradar á todo el que tenga corazon...

¡Bravo! exclamó interrumpiéndole Villalafuente.

—Pero de que nos agrade, continuó D. Perrondo despreciando el aplauso del pedante, á que os concedamos que hace los milagros que vos le atribuis, hay una diferencia inmensa...

—Esa es la cuestion, señores, dijo el conde interrumpiendo á su amigo. ¿Cómo hemos de sostener nosotros que no nos gustan los poetas, que no nos halagan las poesias que merezcan el nombre de tales? Eso seria tanto como decir que no nos gustaban los armónicos sonidos de un instrumento dulce y bien tañido; seria tante como asegurar que no nos deleitaban los suavisimos y embelesadores trinos del canario ó de la alondra; pero cuidado, señores, que bien puede gustar una cosa y no ser buena; porque propio es de nuestra humana debilidad el marchar en pos de lo que no nos conviene ó de lo que nos proporciona despues de conseguido infinitos y crueles sinsabores.

—Eso no reza con los poetas, señor conde, dijo de

repente Antonio Francisco Alvarez Amador de los Rios, cuyas producciones deleitan, instruyen, elevan el alma, cautivan la imaginacion, encantan el entendimiento, moralizan...

—A eso vames, dijo D. Perrondo; los poetas (y hablo de los buenos) nos deleitan, nos halagan, nos conmueven, nos arrebatan, nos rodean, para decirlo de una vez, con sus producciones, de una atmósfera de fruiciones encantadoras; pero esos deleites, esas fruiciones, esas emociones, tan gratas á los sentidos, en vez de elevar el alma sobre las miserias de la vida, como cree el señor Arana, la lanzan en medio de ellas, y lejos de moralizarla, como vos suponeis, la pervierten y trastornan.

—¡Oh! ¡eso no es posible! exclamó Antonio de Cálambres.

—Sí lo es, prosiguió D. Perrondo: consultad si no sus fábulas, sus ridículas ficciones, su libertad en el decir, su peligrosa inconsecuencia... ¡oh! ¡qué de giros mas incitativos! ¡qué de conceptos tan insustanciales en sí como arrebatadores por la conveniente colocacion de las palabras! ¡qué de imágenes mas encantadoras, que halagando los sentidos del lector despiertan ó desarrollan en él las pasiones mas fuertes y á veces mas criminales!...

—Aun suponiendo que eso fuera cierto, dijo á la sazón el raquítico José Antonio del Espino, seria tambien aplicable á la mayoría de los escritores en prosa.

—Yo bien conozco, le dijo sonriéndose D. Perrondo, que hay prosistas detestables, prosistas indignos, vendidos á la tiranía de los hombres ó á la tiranía de las pasiones; pero el poeta muchas veces está al servicio de la última tiranía y generalmente tambien al de la primera.

—¡Eso no es cierto! exclamó Arana.

—Sí, sí, dijo con calor el conde: de lo primero responden casi todas las obras de los poetas de todos los tiempos y países, y de lo segundo la vida misma de los poetas que más celebridad han alcanzado en el mundo.

*Homero* alaba la tiranía de los hombres y de los dioses: *Arquilocho* es el oprobio de la Grecia en sus mejores tiempos, *Horacio* y *Virgilio* tratan de hacer apetecible al pueblo romano la usurpación de *Augusto*; el *Aretino* se burla de la manera más infame sobre las víctimas que le señalaban los magnates de su siglo, y hasta el mismo *Voltaire*, ese *Voltaire* tan enemigo de la tiranía religiosa por la sola razón de que podía alcanzarle a él, se constituye en un adulator indigno de la tiranía civil, porque los tiranos halagan su vanidad colmándole de honores y distinciones. . . Hombres generalmente los poetas de violentos afectos, de pasiones volcánicas, á fin de satisfacer unos y otras, siempre han tenido dispuesta su pluma para celebrar los triunfos de los tiranos, los natalicios, los desposorios y las muertes de los príncipes y los prosperos sucesos de los poderosos, casi nunca para endulzar la triste posición del género humano, que no puede dar otra recompensa que la gratitud y esta por un regular tardía. . . Firmemente convencido de esto, añado el ilustre conde haciendo una ligera inclinación á los literatos, tengo la suficiente franqueza para decir delante de ustedes, que más que los poetas me han gustado siempre los hombres sensatos, los hombres laboriosos y pacíficos, los filósofos de alma elevada y regularizadas pasiones, que con tanta constancia como buena se emplean en labrar la felicidad de sus semejantes.

—Bien, bien, mi querido conde! esclamó entusiasmada Gumerinda.

—Sí, sí, dijo con calor el conde: de lo primero responden casi todas las obras de los poetas de todos los tiempos y países, y de lo segundo la vida misma de los poetas que más celebridad han alcanzado en el mundo.

*Homero* alaba la tiranía de los hombres y de los dioses: *Arquilocho* es el oprobio de la Grecia en sus mejores tiempos, *Horacio* y *Virgilio* tratan de hacer apetecible al pueblo romano la usurpación de *Augusto*; el *Aretino* se burla de la manera más infame sobre las víctimas que le señalaban los magnates de su siglo, y hasta el mismo *Voltaire*, ese *Voltaire* tan enemigo de la tiranía religiosa por la sola razón de que podía alcanzarle a él, se constituye en un adulator indigno de la tiranía civil, porque los tiranos halagan su vanidad colmándole de honores y distinciones. . . Hombres generalmente los poetas de violentos afectos, de pasiones volcánicas, á fin de satisfacer unos y otras, siempre han tenido dispuesta su pluma para celebrar los triunfos de los tiranos, los natalicios, los desposorios y las muertes de los príncipes y los prosperos sucesos de los poderosos, casi nunca para endulzar la triste posición del género humano, que no puede dar otra recompensa que la gratitud y esta por un regular tardía. . . Firmemente convencido de esto, añado el ilustre conde haciendo una ligera inclinación á los literatos, tengo la suficiente franqueza para decir delante de ustedes, que más que los poetas me han gustado siempre los hombres sensatos, los hombres laboriosos y pacíficos, los filósofos de alma elevada y regularizadas pasiones, que con tanta constancia como buena se emplean en labrar la felicidad de sus semejantes.



interrumpiendo al literato. ¡Todo para los hombres de las pasiones! ¡nada para los hombres de recto juicio, de corazón puro, de alma serena y heroica que tratan de regularizar aquellas en bien de la sociedad!... La frase de vuestro orador, añadió contemplándole con cierta sonrisa de lástima, es muy bella, muy galana, pero no pasa de ser hija de una imaginación viva y voluble, que solo se alimenta de ilusiones. El primero entre los mortales siempre será, como ha sido, aquel hombre sensato, profundo y honrado que consagró su vida á labrar la felicidad de sus semejantes; aquel hombre sereno y virtuoso á quien le sea lícito decir con justicia: HE HECHO, HAGO Y HARÉ TODO EL BIEN QUE PUEDA.

—Bueno, yo respeto á esos hombres, dijo de repente Villalafuente, sin duda para quitar la ilusión que en los circunstantes acababa de producir el noble lenguaje de nuestro viajero; pero para mí y para todo el que tenga una imaginación viva, ardiente, poética.. *Ostian* solo es mas grande...

—¿Mas grande que vos?... dijo en irónico tono Masalegre viendo detenido al pedante en busca de puntos de comparación.

La circunstancia de ponerse á contemplar Masalegre la figurilla del pedante con manifiesto é insolente desprecio, despues de su ocurrencia, hizo que la espontánea carcajada que produjo fuese lo mas tremenda que imaginarse pueda. Herido Villalafuente en su amor propio, mas que por el pensamiento que encerraban las palabras de nuestro criado, por la sola razon de creerse un *buen mozo*, cual sucede con todos los raquíticos, se puso en pié, y encarándose revestido de una seriedad sobradamente ridícula á Masalegre, le dijo:

—Oiga usted, señor mío, para que uno sea conside-

rado como grande no necesita ser de lomo y lomo...  
*Agasilao...*

—¡Jal jal jal!

—¡Señores! promiguió el pedante poniéndose de puntillas como si así pretendiera dar á su figurilla una cuarta mas de estension que la que tenia: Agasilao era, cual todos sabemos, pequeñito, como yo, y además de pequeñito, raquítrico y contrahecho, y sin embargo, la historia imparcial le considera con justicia como uno de los hombres mas grandes que han conocido los siglos.

—En efecto, teneis razon en todo, señor Villalafuente, repuso con burlona sonrisa Masalegre; pero permitidme que os manifieste una idea que habeis traído á mi mente con vuestra comparacion.

—¿Cuál es? dije un sí es no avergonzado Villalafuente.

—Que no me cabe duda de que Agasilao fuese como vos, pero que al dudo y mucho de que vos seais como Agasilao.

Otra risotada mas terrible que la anterior recibió la nueva ocurrencia de Masalegre. Intrépido como él solo iba ya á contestarle Villalafuente, y de segure lo habria hecho, por supuesto para empeorar su causa, si el insigne Antonio Francisco Alvarez Amador de los Rios no se lo hubiera impedido diciéndo de repente y con su acostumbrada prosopopeya:

—¡Señores! no nos separemos de la cuestion, que ella es de la mas inmensa importancia... He dicho que el poeta es por su mision el primero de los mortales, y ahora añado que tambien es el mas útil en una república bien ordenada.

—Sí, dijo de pronto y en irónico tono el conde; por eso sin duda dió Sócrates á sus conciudadanos aque célebre consejo: *adornad la frente de los poetas con*

**coronación lunar, opere arrojadas en las montañas del territorio de la república.**

**...edizipA**

-Ese fué un consejo detestable, dijo en su momento el doctor de la Universidad de Harvard, y me acordaba de lo que me había pasado con los médicos de la casa de mi madre.

[illegible][illegible]

-Sei alguns judeus em Hamburgo e em Amsterdã, mas  
pois para ganhar dinheiro e não se meterem no negócio que os  
quero e não posso deixar de ir. Não há mais nada a fazer.

vartecida por completo, repuso D. Perrondo. Vos decís que son los maa á propósito para dirigir á los hombres, ¡y luego les señalais los cielos como su único elemento...! Perfectamente. No hubiéramos podido el conde y yo decir mas en apoyo de nuestra opinion.

— ¡Por qué? repuso algo conturbado Arana. Si los poetas hablan el lenguaje de los dioses; si por la elevacion de sus sentimientos, si por lo escelso de sus a'mas, si por lo sublime de sus corazones :on su elemento les cielos, tanto mejor para gobernar con justicia á los hombres...

— ¡Oh! ¡oh! exclamó interrumpiéndole D. Perrondo obedeciendo á un secreto impulso de su corazon. ¡Desgraciada de la nacion que hubiera de ser gobernada por poetas...! Es cierto que su elemento es el cielo; pero es un cielo pintado allá á su manera, esto es, un cielo que no corresponde con nuestra tierra ni puede convenir á los mortales; tambien lo es que su lenguaje es el de los dioses; pero el de los dioses de la mitología, á veces apasionado, á veces ridiculo, á veces terrible, á veces contemplativo, á veces injusto, y siempre como ellos, contradictorio.

— ¡Pero, señores! exclamó sumamente apurado Antonio Francisco Alvarez Amador de los Rios. ¡Es posible que así se desconozca la importancia del poeta! ¡Es posible que en tan poco se tenga á esos seres preferentes, á esos seres divinos, que tan inmensamente se elevan por su númen sobre el resto de los mortales...! Yo, señores, que no me tengo por poeta, pero que he llegado á gustar de las inefables delicias de la poesía, no puedo menos de decir con un íntimo convencimiento, que *Pindaro* vale mas que todas las celebridades griegas, *Virgilio* mas que todas las romanas, y que *Homero* solo es mas grande que las naciones.

— ¡Bien! ¡bien! exclamó entusiasmado Villalafuente.



—Entusiasta sois de los poetas, dijo al presumido Ríos D. Perrondo con una ligera y un tanto sarcástica sonrisa; no trataré de quitaros por lo mismo vuestras ilusiones; pero á vuestro juicio sobre *esos seres divinos*, contestaré, sí, con otro mio acerca de *esos seres humanos*, quienes como tales no estraño que os hayan inspirado tan poca admiracion... En mi concepto, añadió en tono formal, *Whashington* solo vale mas que todos los poetas que ha habido desde la edad media hasta nuestros dias; *Timoleon* mas así bien que todos los de la antigüedad, y por último *Hipócrates* mas que todos los que han producido los siglos, incluso *Pindaro* y *Homero*.

—¡Magnífico! ¡magnífico! exclamó el conde.

—Sí, sí, dijeron casi todos los convidados.

—¡Tambien vos, señor Cienfuegos! exclamó viendo aplaudir á este el tremebundo Arana. ¡Vos, que componeis versos, que mereceis dignamente el nombre de poeta...!

—No merezco tanto honor, señor Arana, le dijo con encantadora amabilidad el periodista, á quien todos se dispusieron á escuchar con estraordinaria atencion; pero aun quando me considerase digno de él, no retiraría mis aplausos á las opiniones de estos dos caballeros, por quanto la mía está en un todo conforme con ellas... Creo que se ha ido sacando la cuestion de su verdadero terreno. Ni el conde ni el señor Bárcena desconocen el mérito de los poetas como tales poetas, ni menos son enemigos de ellos...

—¡No! ¡no! exclamaron á un tiempo el conde y Don Perrondo.

—Yo tambien les hago esa justicia, dijo la duquesa.

—Sí, les juzgan, continuó Cienfuegos, en medio de la satisfaccion de todos, bajo su verdadero punto de vis-

ta. El poeta es, en efecto, un ser excepcional, un ser privilegiado, un ser, casi me atrevería á llamar, *sobrehumano*, ya porque, tocando los mas recónditos secretos del alma y del corazón, encanta á uno y á otro con la maravillosa elevación de sus conceptos y la dulzura indefinible de la cadencia métrica, y ya también porque la Naturaleza no se muestra pródiga en crear genios que merezcan aquel glorioso nombre. Sin embargo de esto, y aun cuando yo sea poeta en el sentido solo en que también lo son el mismo señor conde y el mismo señor Bárcena, pues que todos tres somos *poetas de corazón*, yo no puedo menos de confesar que la imaginación fecunda, creadora, pero viva y exaltada, de que se halla adornado el verdadero poeta, le hace girar en un mundo de ilusiones, muy diferente del mundo real, y que su corazón ardiente, volcánico, ávido de goces, le pone, muchas veces contra su voluntad, si no al de la tiranía de los hombres, al servicio de otra tiranía no menos funesta que aquella, cual es la de las pasiones, cuya regularización en bien de la sociedad corresponde exclusivamente á los filósofos. De ahí el aparecer todos ó casi todos los poetas visionarios, soñadores, volubles, inverosímiles, y por consecuencia, libres y peligrosos en sus escritos, y nada ó bien poco aptos para gobernar á los hombres... Yo nunca dejaré de reconocer que es sobrado sublime, sobrado magnífica la misión del poeta; pero efectivamente hay para el hombre que cree y espera otra misión mucho mas elevada, mucho mas envidiable sobre la tierra, y esa es la de aquel que se consagra por completo á sus semejantes; la de aquel de quien se pueda decir después de su muerte: *pasaba su vida haciendo beneficios* (*præteribat benefaciendo*); la de *Marco Aurelio* consagrando todos los instantes de su vida á la felicidad del género humano; la de *Tito* exclamando el día que no pudo nacer un be-

neficio: ¡he perdido este día, amigos míos! la de San Vicente de Paul dedicando su persona y bienes al cuidado de los enfermos; la de *Hípócrates* salvando, sin hacer caso de la suya, las vidas de millares de apesados, la de mi nuevo é ilustre amigo el señor Bárcena, la de este noble caballero, señores, que ama con un amor inmenso, que no quiere la vida sin ese amor sublime, precioso destello de la divinidad, que la dedica entera por todas partes y por todos los medios á hacer el bien, que la espone por la de un desconocido, que la desprecia, en fin, por salvar la del pobre *ex-capitan* Vicens, arrojándose con heroísmo á las ondas del *Llobregat*... Esa es la mision magnífica por excelencia mil veces mas elevada que la del poeta, mil veces mas escelsa, porque desempeñada en la tierra tiene su origen y su fin en el cielo.

—¡Bien! ¡bien! ¡magnífico! exclamó el conde, radiante de satisfaccion y de entusiasmo.

—¡Sí! ¡sí! gritaron todos los convidados fijando sus miradas sobre el simpático semblante de Cienfuegos mientras que Gumersinda, conmovida en estremo con el noble lenguaje del periodista, enjugaba dos gruesas y consoladoras lágrimas.

—¡Por Dios, amigo Cienfuegos..! dijo á este don Perrrondo con su acostumbrada modestia.

—Si, amigo mio, repuso el periodista contemplando con respetuosa admiracion á nuestro viajero; me complace en decirlo: la vuestra es la mas preclara, la mas elevada, la mas envidiable mision. ¡Dichoso vos, que os hallais en posesion de desempeñarla dignamente. ! Por lo demas, añadió de repente y como si quisiera impedir que nuestro viajero le contestase, dirigiéndose risueño á los literatos; amigo como soy, admirador entusiasta, diré mejor, de los verdaderos poetas, yo no puedo juzgarlos mas lisonjeramente que lo

que acabo de hacerlo. Acaso mi juicio no os parezca bien; pero él es hijo de una conciencia pura y de un íntimo convencimiento, porque ni soy de los que á ciegas alaban los hombres y las cosas, ni menos pertenezco á esa especie de compañía, ó mejor diré, verdadera ASOCIACION DE SOCORROS MUTUOS INTELECTUALES, cuyo objeto no es otro que encomiar hasta las nubes las producciones de los *asociados*, por mas detestables que sean, con ofensa del buen sentido, menosprecio de la moral y gravísimo detrimento de las mismas letras.

—¿Con que existe esa asociacion de que acabais de hablarnos y de la cual por cierto yo no he tenido noticia hasta ahora? dijo con sorna Masalegre al ilustre periodista.

—¡Oh! sí; es una *sociedad secreta*, dijo de repente la duquesa mirando risueña á Masalegre, y por eso no extraño que no se tengan noticias de ella en vuestro país. Esa sociedad tiene como cualquiera otra su reglamento formal... solo le falta reducir este á escritura pública, añadió echando una mirada bastante significativa sobre Antonio Jesus de Calambres.

—No comprendo... dijo el crítico algo confuso.

—El amigo Cienfuegos os sacará de dudas, le dijo con regunda la condesa de la Alegría.

—Vamos á ver, mi buen amigo, dijo el conde al periodista.

—Sí, si, dijeron varios convidados.

—Me gusta muy poco, señores, dijo con noble desembarazo el periodista, tratar asuntos de suyo desagradables; pero puesto que el curso de la conversacion nos ha traído al estremo de hacerlo, diré que existe por desgracia y para mengua de nuestra literatura esa *sociedad de glabanzas recíprocas*, que con tanta oportunidad ha calificado de *secreta* la linda duquesa, ya por la religiosidad con que observa sus es-

tatutos, ya tambien porque carece de la patente indispensable á toda sociedad para ejercer sus funciones legitimamente y á la luz del dia. Indignos en general sus individuos de llevar el glorioso nombre de literatos, de que en su *estremada modestia* se revisten, y destituidos de todo sentimiento de pudor, siempre tienen empuñadas las trompetas de la fama para anunciar al mundo con inusitado estrépito las producciones que á ellos pertenecen, mientras que esas mismas trompetas permanecen mudas tratándose de obras que no correspondan á la sociedad, aun cuando su mérito sea indisputable... y gracias que no se esgriman contra ellas las prohibidas armas del ridículo, del sarcasmo y de la mas severa y exigente crítica, porque entonces ¡triste del autor! casi le valiera mas entregar su cuerpo vivo á media docena de cirujanos para que hicieran diseccion anatómica de él, que no que su obra cayera en las manos impías de aquellos *operadoras*... Para llenar dignamente su instituto, siempre tiene á su disposicion la *cofradía* dos, tres ó mas periódicos de literatura y unas cuatro medias columnas en otros tantos de política, y así, si alguno, *hermano*, se descuelga con una novellita insustancial en el fondo, ridícula en las formas, inverosímil y extravagante en todo su conjunto, cuenta con los elementos indispensables para proclamarle un ingenio de primer orden, rival de los mas grandes ingenios del orbe, cantor dulce y armonioso de las bellezas de la naturaleza y narrador elecuente y portentoso de esplendentes y magnificéntisimos hechos; si el *cofrade* da á la estampa en honor de la que solicita por novia, ó del amigo á quien debe, ó del sastre que le viste de prestado, una coplilla insulsa ó un soneto *poquisonante*, ensalza hasta las nubes su númen concluyendõ por compararle nada menos que con el de Quevedo ó el de *Lope de Vega Carpio*; si el *asociado*

es poeta dramático, *Calderon*; *Moliere*, *Corneille* y hasta el mismo *Shakespeare* son niños de teta á su lado; si es elegíaco, sus versos respiran la inimitable dulzura de los de *Tibulo*; si epigramático y satírico, *Juvenal* no sirve para descalzarle; si heróico ó épico, su genio se asemeja cuando no aventaje al genio maravilloso de *Goethe*, y su inspiracion es tan grande como la sublime inspiracion de *Byron*, y si por último es libre, hinchado y tremebundo en la versificacion, su vena aparece mas fecunda, terrible y arrebatadora que la de *Ludovico Ariosto*... Y no pocas veces el cinismo de la asociacion va mas allá que todo esto. No se concreta á ensalzar las obras que han visto la luz pública, sino que tambien tiene laudatorias para las que están por nacer. De vez en cuando aparecen en los periódicos que tiene á su disposicion anuncios por el estilo siguiente: «Tenemos una singular complacencia en anunciar á nuestros lectores que el brillante jóven *D. Emilio Piñeiro* está escribiendo un poema heróico sobre uno de los mas importantes episodios de nuestra historia. Los que conocemos el talento aventajado de aquel jóven, los que tenemos noticias de su elevado *estilo*, no podemos menos de recomendar anticipadamente la adquisicion de tan preciosa obra, llamada á llenar un inmenso vacío en nuestra literatura, y que empezará á publicarse por entregas en principios del año próximo venidero, etc...» De esta manera algunos ingenios, que prometen ser grandes, se quedan por de pronto en la oscuridad, y otros, que nunca debieron salir de ella, brillan ante los ojos del atónito vulgo...

—Que por de pronto, dijo interrumpiéndole y con notable gracia Laristizabal, se cree poseedor

de un infinito número de *cabezas*, siendo así que solo puede contar con una abundantísima cosecha de *calabazas*.

—En efecto, en efecto, dijo con satisfaccion el conde en medio de la hilaridad de todos los circunstantes.

—¿Pues se está burlando indignamente del país esa asociacion...? dijo Masalegre.

—Sí; pero ¿á ella que la importa? prosiguió Cienfuegos. ¿Está por ventura constituida para desempeñar otra mision mas noble...? Ella logra su objeto, y esto la basta. ¿Qué se la da de que la miren con horror todos los hombres honrados y todos los amantes de las letras? ¿qué significa para ella la aversion que la tienen los hombres de mérito? ¿qué la indiferencia ó el asco con que los mismos contemplan sus juicios? Nada. Por de pronto logra llenar de dinero á los escritores *cofrades*, ó en su lugar á los editores, á esos *piratas* de los literatos, que sin ser escritores son tambien *cofrades*, y en segundo término rodea á los primeros de una aureola luciente, *corusca*, como diria Villalafuente...

—¡Jal ¡jal ¡jal

—Pero esa aureola, continuó Cienfuegos, es comparada al fuego fátuo que se eleva del centro de los cementerios en medio de la oscuridad de la noche: brilla ante la espantada imaginacion del espectador para desaparecer en un segundo sin dejar rastro alguno de su existencia.

Convenido, dijo con dignidad Laristizabal, y por lo mismo no forman parte de la asociacion los verdaderos hombres de mérito que soberanamente desprecian sus juicios, aun cuando sean favorables á sus producciones.

—¡Pues aquélla, dijo de repente Metastaseo, de sí te escapó de las albas, más: pero si te albas, los reos, por sí. Opinan perfectamente los hombres que se estiman en sígo... que es verdad, señores Villafuente... añadió, volviendo sobre esta una picaresca mirada.

—¿Qué quereis? dijo el padante en sí es, no es confuso. Yo no opino como el señor Cienfuegos.

—¿Cómo nos dijereis varios convidados.

—Quiero decir, repuso Villafuente, que no creo exista esa asociación de alambres repórteres tal cual ella pinta.

—Yo tampoco, dijo Calambres, aleptado con la salida del padante.

—¿Cómo no? dijo con entereza Cienfuegos. ¿No vemos á cada paso en los periódicos de la *Gaceta* de estensos artículos críticos los mas lienzos sobre obras condenadas á morir en el instante de nacer; sobre novelas impudenciales, extravagantes y ridículas, sobre poesías sin colorido, y lo que es peor, sobre comedias y dramas que los autores quieren hacer pasar por originales, siendo así que no son mas que misérrimos plágios, palidísimas copias de comedias de *Lope*, *Tirso*, *Guillermo de Castro*, *Calderón* y *Moreno*, y de producciones de célebres trágicos franceses y alemanes? ¿No nos descuellan todos los días semejantes hurtos y supercherías los pobres hombres versados en fuerza de un profundo estudio y una constancia estrordinaria en nuestra literatura de los siglos XVI y XVII, y en las literaturas francesa y alemana del último y del presente siglo, todo por fortuna con desercito de esa vergonzante asociación?

—Así es, así es, dijo con calor Laristizabal.

—Pecó á poco, señores, no confundamos las co-



ses, ¿dijo también importante el oficio de Calambres. Ustedes no podrán negarme que hay críticos demasiado exigentes, que ven en todo lo moderno copias de lo antiguo, que quieren una originalidad en los mas insignificantes poemetas de una obra, que no hay en las de los mismos autores que creen han sido copiados. Es necesario desengañarse, señores; hay muy pocas ideas, muy pocos pensamientos, muy pocas situaciones, muy pocas intrigas, muy pocos episodios en todos los libros del mundo que puedan llamarse originales. Los mas grandes ingenios de toda los tiempos se han aprovechado de la originalidad de sus predecesores: sin temor de ser desmentido, puedo en apoyo de mi opinion citar a Calderon, Moliere y al mismo Cervantes; pero no porque obraran así estos autores inmortales se les tiene por unos miserables plagarios. Conviene con vos, repuso Cienfuegos, en que no se encuentran en los libros tantas ideas que verdaderamente puedan llamarse originales como algunos creen; y bien sé que los autores mas célebres son motejados por algunos críticos profanos de haber copiado los pensamientos de otros predecesores suyos. La diferencia de pareceres en Atenas sobre el respectivo mérito de *Hesíodo*, *Sófocles* y *Eurípides*, hace concebir a *Aristófanes* el pensamiento de un juicio contradictorio en la sombría corte de *Plutón*, para decidir en él, a quién de aquellos tres grandes trágicos correspondía la palma de la primacía: todos los poetas, buenos y malos, que han bajado ya a las húmedas mansiones del Tártaro, toman parte en la contienda sustentándola cada cual con las armas de la sátira para haber prevalecer su opinion, y la pe-

los no cesa hasta que *Baco*, encargado de decidir, señala el primer lugar á *Maquilo*, el segundo á *Sófocles* y el tercero á *Eurípides*. El gran emperador *Juliano* escribió muchos siglos después una sátira histórica, haciendo comparecer ante las diidades del Olimpo, de quienes se burla, á *Hércules*, *Alejandro Magno*, y á todos los emperadores romanos desde *Julio César* hasta *Constantino*, con el objeto de señalar á cada uno el sitio que le correspondía ocupar en el cielo: estos alegan para ser preferidos sus brillantes conquistas, aquellos sus victorias y osados proezas y sus trabajos sobre humanos; pero los dioses, amigos de la justicia, señalan el lugar mas distinguido al virtuoso *Marco Aurelio*. El célebre *Moratin* escribe en el presente siglo su *Derrota de los Pedantes*, que no es mas que otro juicio, á semejanza del de *Aristófanes*, ante *Apolo* y las musas, en que hace salir triunfantes los buenos poetas nuestros de la plaga de necios presumidos que quieren ocupar el Parnaso; y por último, nuestro contemporáneo *Zorrilla* pone en escena un juguete cómico, muy celebrado, para proclamar tambien la gloria del que en su concepto es el mejor y mas grande de los poetas dramáticos españoles. Ahora bien: *Aristófanes* concibe un pensamiento á virtud de los diversos pareceres que reinan en su patria sobre quien es el mas grande de sus tres y grandes trágicos; *Juliano* le imita, y *Moratin* y *Zorrilla* hacen lo mismo. Es cierto que el pensamiento de *Aristófanes* puede haber servido de algo, de mucho si se quiere, á aquellos autores, pero han sabido desfigurarlo tan oportunamente; han sabido revestirlo de tantos y tan brillantes colores; han sabido á presentarle bajo un punto de vista tan nuevo, tan extraño y agradable; han lo-

grando imprimirlo en fin tal carácter de originalidad, que en todos ellos todo puede considerarse como parto de unos respectivos ingenios. Lo propio que habria si ante respecto de *Juliano*, *Moratin* y *Torrilla*, puede decirse para contestar á los que, burlándose mal, creen ver en la famosa aventura de los Carneros de *Cervantes*, y en la brillante descripcion que con motivo de ella hace de los señalados capitanes que se presentaban ante la delirante imaginacion del diálogo manchego una sencilla copia de la *Atenea*, ó sea, de la última mitad del libro II de la *Historia de Homero*. Pódo mismo ni á *Cervantes*, ni á *Juliano*, ni á *Moratin*, ni á *Torrilla* puede considerárseles con justicia como unos plagiaristas, pero de estos á lo que yo he mentado, á lo que aquí á querer disculpar, mas, á enfrenar, á alabar á los autores modernos, qué tanta mayor desvergüenza, copiar intrigas, pensamientos, episodios enteros, y hasta verbos de los antiguos; hay una diferencia inmensa. De esto último es de lo que se está tratando; de estos de lo que nos quejamos los amigos de las letras, y esto es lo que combatimos en la parte que podemos, porque en todo nos es imposible, los hombres que contemplamos á aquellos con la veneracion religiosa que se merece. En resumen, señores: la asociacion de palabras antiguas existe tal cual que la he pintado; sus efectos, tambien los he presentado ante la consideracion de ustedes, y ya solo me falta indicar su origen, que está á mi modo de ver en el egoismo subrado, interesado, de unos, en la necia, presuncion de otros, y en la permanencia de los mas, en este vicio, defecto, ó hábito como se quiera, el mas grande del mundo manifestándose de tantas maneras... porque, señores, añadid en saliente tono despues de una breve gran-

sa, hay para mí una cosa mucho peor que la ignorancia, y es el error; pero hay otra cosa aún veces peor que el error, y es la PEDANTERÍA, título de errores acapitulado de una audacia insolente, enfermedad de suyo incurable; verdugo de las letras, enemigo declarado é intransigente de los literatos, téngase en fin otros y repugnante para todo hombre que siquiera tenga sentido común.

El discurso de Cienfuegos, escuchado con extraordinaria benevolencia, le valió una fuerte explosión de aplausos. Al ver Laristzábak que el orático Calambres no se atrevía á contrarrestar á su adversario tan terrible para él como era nuestro periodista,

— Señores, dijo en tono de broma; basta ya de esto... ¡Otra copa á la salud de los pedantes!

— ¡Já! ¡já! ¡já!

— Para que vuelva la risa á las bocas de todos los circustantes, añadió el poeta.

— Sí, pero para eso no hay necesidad de acudir á los pedantes, dijo con mucha formalidad Antonio Francisco Álvarez Amador de los Ríos,

— florentino, amigo mío, repuso con su ordinaria gracia Laristzábak; pero ¿quién mas á propósito para hacer reir que los pedantes...? Si Cienfuegos les ha considerado bajo un punto de vista muy verdadero, yo les quiero considerar ahora bajo otro no ménos cierto.... Porque, señores, añadió gesticulando; ¿hay cosa mas ridícula que un buen trozo de poesía pedantescas ó de prosa sublimada?... Yo por mi parte renuncio á todo lo satírico, burlesco por estos cuatro versos que les no sé dónde ni cuándo:

*Hoy que ya bebo tras de afan prolijo  
Del Halcón el agua cristalina,*

*Venga y veréis de Latona el hijo*

*Mi frente VIRGINAL Y MACULINA...*

—O por un trocito de proba bulti-cleada, con-  
tinuo Laristizabal, como el siguiente:

«Cuando el hombre cristiano y altamente pensa-  
dor, armado con la coruscante antorcha de la con-  
soladora filosofía se introduce, en los intrincados y  
oscurísimos subterráneos, donde la provida natu-  
raleza tiene avaramente guardados, o mejor pro-  
fundamente escondidos los miríficos e inaprecia-  
bles tesoros de las ciencias sublimes; cuando el fi-  
lósofo católico, escudado solo con la coraza de la  
inflexible lógica y el broquel de una análisis con-  
cientuda, descende á examinar los incompletos é  
incomprensibilísimos sistemas conocidos bajo los  
retumbantes nombres de *parlamentarismo*, *socia-  
lismo* y *comunismo*, inventados por la vanidad hu-  
mana para solo contrarrestar la benéfica influencia  
que el imperacedero *catolicismo* viene ejerciendo  
desde ha diez y ocho siglos y medio; etc., etc., et-  
cétera...» ¿No dije yo? añadió en diferente tono  
viendo prorumpir á la reunion en una prolongada  
y estrepitosa carcajada. ¡Hay, at haber puede, co-  
sa mas célebre que el oír ó leer estos hinchados  
pedantescos é ininteligibles conceptos!

—En efecto, dijo en irónico tono la duquesa:  
ese lenguaje tan *sublime* si que es propio de los  
dioses, y á la verdad que sus autores deberían re-  
servarle para cuando sean llamados por sus méri-  
tos al centro del *Olimpo*. Pero cuidado Laristiza-  
bal, añadió sonriéndose, que no solo áais tras los  
pedantes... algun personaje tal vez se creyera adu-  
dido...

—En ese caso, mi querida duquesa, repuso el

poeta haciendo á la dama una seña de inteligencia, no será mía la culpa... dependerá de que también se dan otros personajes sobre manera pedantes, anfibológicos y tremebundos, y como tales *célebres* y extraordinariamente... ridículos.

—Ciento, ciento, dijo con satisfacción el conde.

—¡Oh! prosiguió risueño Laristizabal; á un personaje, casi cojo, conozco ya, capaz de arrojarse desde el último cielo á lo profundo del abismo por batallar á manera de un profeta con frases hinchadas, tremebundas, é ininteligibles hasta para él mismo, estendidos sus brazos, el cabello erizado y el rostro invadido de... *humores biliosos*, contra todo bicho nacido y por nacer que tome siquiera en boca cualquiera palabra que acabe en *ismo*, como no sea la única de este retintín que es de su agrado... Pero... repito... ¡otra copa á la salud de los pedantes!

—¡Bravo! exclamaron casi todos los circunstantes.

—Que brinde el vizconde, que va á beber ahora! dijo con barlona sorpresa Laristizabal.

—¡Sí! ¡sí! dijeron la duquesa, la condesa, Massalegre y otros.

—Tomando en boca, añadió Laristizabal, al *parlamentarismo* ó á cualquiera cosa que acabe en *ismo*.

—No hay inconveniente, dijo con su voz ofensiva Villambruno, mientras que el semblante de la de las Contratas se cubrió de un ligero carmin, y menos cuando el asunto que acaba de tocar el señor Laristizabal me da pie para ello... ¡Señoras! añadió procurando darse importancia, creo que nadie puede poner en duda mi amor al *parlamentarismo*; pero menos puede dudarse aun de mi

aversión al socialismo o comunismo, que para mí es todo uno...

—¡Alto, señor Villambruno! escúame Olentzuegos.

—Que concluya su brindis! escúame con esa sarcástica sonrisa Laristizabal.

—Sí, beberé, dijo Villambruno tan satisfecho como si acabara de conseguir un triunfo. Y echándose al colete su copa con no poca estrañeza de todos, añadió: ¿queréis decir que el socialismo y el comunismo no son una misma cosa?

—No lo son, no escatimaron a un tiempo don Perroñdo, el conde y Olentzuegos.

—Pues yo entiendo que sí, repuso Villambruno. ¿Qué quiere el comunismo? que quede abolida la propiedad, que todos vivamos como vivían los frailes en sus conventos, que nadie posea para sí y sus hijos cosa alguna, y que de todo sea dueña la sociedad, para que el bueno y el malo, el imbécil y el hombre de talento, el holgazán y el hombre laborioso gocen igualmente de ello... ¿Qué quiere el socialismo? ¿a qué tiende? ¿cuál es su fin? Para mí y para todo hombre que sepa discurrir medianamente, en nada se diferencia del comunismo, y no necesito decir otra cosa en apoyo de mi opinión, que lo mismo que este quiere la abolición de la propiedad.

—¡Falso!... gritó Masalegre en un momento de indignación que no le fué dado contener. Usted me dispense, añadió en tono entre burlesco y afectuoso, la dureza de la expresión que involuntariamente se me ha escapado al oírlos equiparar al socialismo con el comunismo, y al suponer también que el primero quiere la abolición de la propiedad. Si aquello es inexacto, esto nada tiene de cierto. En Barcelona he tenido ocasión por mi for-

tuna ó desgracia de penetrarme de lo que es el socialismo, y eso de atribuirle que quiere la abolición de la propiedad no es mas que una torpe calumnia inventada por los hombres de corazon empedernido, que no se cuidan ni cuidarse quieren de la triste posicion de millares de sus semejantes, y de los que neciamente temen, ó mejor, de los que aparentan temer porque se trata de hacer el bien de los desdichados, que les arrebaten sus colosales fortunas, cuyo repentino levantamiento acaso sea la causa de la miseria y ruina de millares de honradas y beneméritas familias.

—Vuelve por otra, albardero, dijo para sí la duquesa.

—Asi es, asi es, dijo sumamente satisfecho Cienfuegos.

—Me parece que estais muy equivocado, dijo á la sazón con voz un tanto alterada el marqués de las Contratas, dirigiéndose á Masalegre... Vos que estuvisteis en medio de la revolucion de Barcelona, que para mí no deja de ser socialista, no podeis negarme que en la misma sala de la junta hubo mas de cuatro sugetos que pidieron la abolición de la propiedad.

—Eso sí que digo con un pleno conocimiento que es falso! exclamó indignado Masalegre. Dígase lo que se quiera de la revolucion de Barcelona; dígase que se ha hecho sin justicia, sin motivo que la justifique, fuera de tiempo y sin saber el punto de partida ni el objeto tras de que se marchaba; pero no se la calumnie vil y gratuitamente. Ni una voz siquiera se ha levantado durante ella contra la propiedad, y si bien hubo algunos malvados que trataron de atacarla, ó mejor que la atacaron tumultuosamente, esos no eran ami-



gos de la revolucion; eran, sí, sus enemigos mas encarnizados, ó si no, unos miserables instrumentos de los que á todo trance querian mancharla, calumniarla y escarnecerla para hacer asi miedo á todo el mundo.

—En efecto que es necesario hacer esa justicia á la revolucion barcelonesa, dijo á la sazón don Perrondo, que con beneplácito de todos tomó la palabra; y cuidado, señores, que sin que se tenga por propia alabanza, me parece nos asiste un indisputable derecho á ser creídos en todo cuanto digamos de ella.

—Sí, si, exclamaron casi todos los circunstantes.

—Pues bien, prosiguió D. Perrondo; eso de achacarla ideas disolventes y tendencias criminales sobre la propiedad, sin cuya existencia yo no concibo la de la sociedad, es evidentemente calumnioso. Sobre esto no hay que hablar, y si ahora he tomado la palabra no lo he hecho con otro objeto que con el de hacer ver al señor vizconde que está en un grandísimo error creyendo que el comunismo y el socialismo son una misma cosa, y que éste por consecuencia quiere como aquel la abolición de las fortunas particulares para formar con ellas una pública á fin de buscar así una igualdad de suyo irrealizable... Señores! todos los sistemas que han aparecido en el mundo, aun los mas buenos, han sido calumniados con la mira de hacerles aborrecibles á los ojos de los ignorantes, que siempre compusieron y compondrán el mayor número de las naciones. Los socialistas, hombres en general de fe ardiente, de corazón humanitario, de nobles aspiraciones, lejos de pretender la abolición de la propiedad, quieren fundarse en esta para ennoblecere el proletariado y mejorar su

triste condicion, sin empeorar la del rico y medianamente acomodado, y yo por mi parte debo declarar aqui que no estoy dispuesto a consentir se me arrebaten mis bienes, que poseo con justos y legitimos titulos, ni menos tomo que asi suceda por la sencilla razon de que no me asusto ni me separo de hacer todo lo bueno que puedo. En cuanto a equiparar el socialismo con el comunismo, digo, que uno y otro sistema son enteramente contrarios, son dos cosas que se rechazan, que se excluyen reciprocamente; son los dos opuestos polos de una imagen en fin del anverso y el reverso de una medalla. El socialismo, como principio, es una aspiracion noble, magnifica, grandiosa de los hombres de bien en favor de la humanidad desgraciada; es el deseo natural, potente, irresistible de parte de la propia humanidad para buscar su mejoramiento; es el mismo progreso lento, pero seguro, incontestable, que ya magestuosamente en pos de su elevado fin; es por ultimo la *civilizacion* que avanza a pesar de enormes obstaculos, con todas sus beneficiosas consecuencias, en contraposicion de ese comunismo, que seria la *barbarie* con todas las suyas; de ese comunismo, señores, ensayado ya entre los primeros cristianos, que seria, si desgraciadamente llegara a ponerse en planta aunque fuera por poco tiempo, el mas espantoso retroceso de la humanidad, porque degradaria a la especie racional hasta el extremo de reducirla a la triste condicion del bruto, que seria para decirlo de una vez el caos reinando sobre la sociedad hasta concluir con ella. El principio del socialismo es vital, fecundante, civilizador y rico en lixonjeras y fundadas esperanzas; el comunismo, que aunque sale del centro de la civilizacion,

no por eso la corresponde, á la manera que no corresponde á un delicioso jardín una planta parasita, que por casualidad hace prevalecer en él lo vicioso de alguna parte de su terreno, es deletéreo, infecundo, sin porvenir, y cuando más solo debe inspirar al hombre de talento el recelo que le inspirará la aparición de una cuadrilla de saqueadores, que puede alarmar á la sociedad, pero nunca, ni aun por sueños, apoderarse de ella (4):

— ¡Bien! ¡magnífico! exclamó entusiasmada la duquesa contemplando llena de amor y de admiración á nuestro viajero.

— ¿Os dais por vencidos? dijo en esto el alegre Lavistizabal, dirigiéndose con fina y un tanto burlesca sonrisa á Villambruno y al de las Contratas... Parece que sí ¿eh?.. vamos... ¡qué diablo! Es preciso que seamos condescendientes con la razón... yo también he tenido que abandonar esta noche mas de cuatro ilusiones que el amor á la poesía había llevado á mi imaginación, y justo es que vos que, *sin ser poetas*, sois grandes capitalistas, hayais también abandonado otros cuatro recelos sobre esas ideas que quieren y deben apoderarse pacíficamente del mundo para mejorarle... Con que... estamos corrientes... ¡ea, pues, señores! otra copa por el abandono de nuestras recíprocas preocupaciones!

— ¡Bravo! ¡bravo! gritaron todos con entusiasmo.

Sirvieron por tercera y última vez el delicioso

---

(4) Claro es que el autor de esta obra alaba, no el socialismo por el Estado, sino el principio fecundo de la asociación voluntaria y completamente libre para la producción y distribución de la riqueza.

*champagne* las esbeltas y bellisimas doncellas de la joven aristocrática, y acto continuo cesó la animacion general que hemos observado en el festin, trasladándose á los diferentes grupos en que se dividieron todos los convidados. Entreteniéndose en dulces y tambien amargos coloquios, trascurriría próximamente una hora, al cabo de la cual todos se dispusieron á dejar la encantada morada de la alegre duquesa, que radiante de belleza, les despidió con la amabilidad que la era característica.

Unos minutos después de desocupado el magnifico salon, la linda duquesa, cuyo semblante aparecia mas peregrino y seductor que nunca, pero cuyo corazon jamás habia latido con tan grande violencia, se despojaba en un inmediato gabinete, ayudada por las dos consabidas doncellas, de sus ricas y elegantes vestiduras. La brillante joven, á cuya abrasada cabeza iban para luego desaparecer, tornaban para luego huir, miles de encontradas ideas, infinitos y contrapuestos pensamientos, queria encontrar en su magnifico lecho de plumon un dulce y tranquilo sueño, que inútilmente habia de llamar en su ayuda por toda aquella noche, de sempiterno recuerdo para ella, para la pobre Gumersinda, para nuestros viajeros y para todos los demás convidados.

## CAPÍTULO XI.

### PODÍA NO SER YA CONVENIENTE.

A los dos dias, que la encantadora duquesa del Terevinto dió el espléndido festin que hemos descrito en el antecedente capítulo, ella y su amiga la no menos encantadora condesa de la Alegría,

comodamente colocadas en dos lujosísimos sillones junto a una elegante chimenea francesa del gran salón en que la aristocrática huérfana recibió por la vez primera a nuestros viajeros y a su ilustre pariente el conde de Melgar, sostenían la siguiente conversación:

—En verdad, mi querida Aurea, decía la duquesa con una sonrisa un sí no es amarga, aunque en extremo seductora, que con tu venida me has sorprendido mas agradablemente que lo que imaginarte puedas. No te esperaba hoy, pero precisamente cuando senti tu carruaje tenías ocupada por completo mi imaginación.

—¿De veras? dijo la condesa tomando la linda mano de la duquesa y fijando sobre el peregrino rostro de esta sus grandes ojos azules con una expresión que tanto tenía de amorosa como de incrédula.

—Sí, sí, hija mía; repuso la duquesa con acento un poco conmovido. Quería comunicarte una noticia, y si tú no vienes, no dudes que yo hubiera ido en busca tuya... Pero ¡Dios mío! añadió apretando una de las delicadísimas manos de su bella amiga; ¿qué frias tienes las manos! ¡si las tres heladas!... Calientate, querida mía. Y esto diciendo, cogió una linda tenaza de reluciente bronce, y atizó el fuego que ardía en la chimenea.

—Gracias, mi buena Adalberto, dijo la condesa frotándose con satisfacción sus blancas y pulidas manos. Como sopla el viento Norte, no deja de estar cruel el día, y los guantes no sirven para librar completamente del frío vuestras delicadas manos... Sólo por ver a nuestra buena amiga...

—¿Vas a ver a Guñersinda?

—Sí, voy a pagarla la visita que ayer me hizo

acompañada de tu tío y de su padrino... Es una joven apreciable, no solo por su hermosura, sino también por sus brillantes cualidades. Seduce, hasta por ese fondo de tristeza, de dulce melancolía, que parece inseparable de ella. Tocó varias piezas en el piano con inimitable maestría, y cantó también con una gracia poco común.

—Sí, sí, es una joven encantadora... dijo con entusiasmo la duquesa; y digna de mejor suerte, añadió con marcada tristeza.

—¿Pues qué?

—Nada, repuso repentinamente la duquesa alzando sus grandes ojos negros sobre los encantadores azules de la condesa. Que no es tan feliz como merece... la pobre huérfana, sin más familia que un hermano, joven oficial de caballería, cuya edad no pasa de veinte años... ¿Te parece poco esto, mi buena Aurea? Pero dejemos eso por ahora, y hablemos de la nueva que quiero comunicarte.

—Tal vez no sea nueva para mí.

—Bien puede ser, repuso la duquesa algo sorprendida. ¿Sabes que ya se halla nuestro general en Madrid?

—Sí, lo he sabido por una casualidad.

—Anoche llegó. Ya me ha hecho una visita.

—¡Diantre! ¿acaso no mas llegar? dijo la condesa entre risueña y desdenosa. Se conoce que ocupas un lugar muy distinguido en su corazón.

—Dejémonos de broma, dijo la duquesa bastante seria; tú eres la que le ocupas, y muy preferente por cierto.

—Bien puede ser.

—¿Quieres tener hoy juicio? repuso con impaciencia la duquesa.

—Aunque no quisiera, me le harás tener tu con esa seriedad de domine que veo pintada en tu rostro, dijo con la misma ligereza la condesa. Pero di, di, que ya te escucho, añadió formalmente.

—Pues bien: ya sabes que yo he recibido siempre al general como se recibe a una persona a quien se aprecia, mejor, como se recibe a un buen amigo. Ahora necesito decirte, que hoy le he recibido sumamente disgustada.

—¿Acaso por los sucesos de Barcelona...?

—Nada de eso! no es tan perverso mi corazón, que pueda odiar a los desgraciados... Este es, suponiendo que él lo haya sido por su conducta en aquel emporio de la industria y del comercio... Esas cosas no son para nosotras. Su conducta se halla sometida a un tribunal, y este dirá si ha sido buena o no! lo que puedo decirte es, que él está muy satisfecho de ella, y lo está tanto, que confía en que se le dé una condecoracion en premio a haber salido herido en defensa del orden.

—¿Herido?

—Sí, repuso con desprecio la duquesa: parece que una bala de fusil le raspó el muslo derecho... Ya verás, añadió en diferente tono, como se explica sobre su conducta durante la revolución de Barcelona, que, según él, ahora es el pueblo mas valiente y arrojado del mundo... Piensa visitarte antes de las dos.

—Tendrá la bondad de volver, porque a esa hora estare aun con Glimersinda... Es ya cerca de la una.

—Le recibirá tu madre, y aguardará tu regreso... No es cosa de privarse...

—¡Cál exclamó con desden la condesa.

—Puedo asegurarte, dijo la duquesa sin separar sus ojos del lindísimo rostro de su amiga, que nunca me ha hablado con tanto entusiasmo de tí, eso que jamás me ha encontrado peor dispuesta para escucharle. Dírase al oírle, que no era sino un triunfador, ansioso de descansar de sus fatigas en el seno de la vida privada, compartiendo sus laureles inmarcesibles con una linda y encantadora compañera.

—¿De veras...? Pues yo creí que vendría triste, cabizbajo...

—Todo lo contrario: si tenía algo de aprension, pudieron llevársela, envuelta entre sus antiguas glorias, los trabajadores catalanes.

—¡Cruel estás con tu antiguo amigo! exclamó sonriéndose la condesa.

—No, querida mía; le hago justicia: digo fielmente lo que en él he observado, y tú misma te convencerás de la verdad con que te hablo, puesto que has de verle dentro de breves instantes... Supongo que el entusiasmo con que ante mí se ha explicado será inmensamente mayor delante de la que hoy mas que nunca es la señora de sus pensamientos.

—Magnífico, querida mía! exclamó de repente la condesa: á fuer de agradecida te empeño mi palabra de no hacerle perder sus ilusiones... Al fin y al cabo, añadió con irónica sonrisa, las ilusiones sirven de inefable consuelo, y como, una vez perdidas, difícilmente admiten reemplazo á su edad...

—Sobre cuarenta años, dijo con indiferencia la duquesa.

—¡Dios mío! ¿y te parecen poco cuarenta años?..

—Cuarenta años en un hombre...



—¡Diantre! ¡amoríos con uno que podía ser padre mio! exclamó gesticulando la condesa. Eso es mas repugnante que un matrimonio *morganático*, mi buena Adalberta... Pero ¡ah! no me acordaba, añadió contemplando á su amiga con significativa sonrisa: como el caballero Bárcena cuenta próximamente con la misma edad...

—Ps... dijo la duquesa, cuyo rostro se cubrió de un ligero carmin.

—Ya se ve, prosiguió la condesa con su habitual lijereza; ese caballero no es duque, pero... su talento, sus prendas, su figura, á pesar de su edad... ¡pues! y sobre todo, su posicion es magnífica, ¡oh! mas magnífica que la de muchos duques, condes y marqueses.

—De cualquier modo, no deja de ser brillante la de un general, dijo algo seria la duquesa desentendiéndose de la pulla de su amiga.

—Pero lo es mas, dijo la condesa desentendiéndose tambien á su vez de la indicacion de la duquesa, la de un hombre que cuenta con ocho ó diez mil duros de renta, y se halla en esperas de otra no menos inmensa.

—Pero no es ministro, querida mia, dijo la duquesa procurando traer una sonrisa á su linda boca.

—¡Oh! bien mirado es mas que ser ministro...

—No, no, dijo la duquesa, quien, merced al genio divertido de la condesa, iba ya progresivamente recobrando todo su buen humor: ya que has hablado de posiciones sociales, te diré que la de un ministro es magníficamente hermosa, altamente deslumbradora... además de hallarse rodeado de esplendor, tiene seis mil duros de renta, coche de balde y...

—Pero todo ello no equivale á la renta casi triple de ese caballero...

—Sí; pero los caballeros particulares, sean duques ó no lo sean, repuso con intención la duquesa, no pueden adjudicar contratas sin licitación previa, ni jugar á la bolsa con conocimiento de causa, ni prodigar, en fin, á manos llenas empleos, honores y distinciones... Hay la contraperdida mia, añadió con encantadora sonrisa, de que en los tiempos que corremos la duración de los ministros suele ser muy corta... Su estrella se ve continuamente rodeada de parduscos y densísimos nubarrones.

—¿Y qué cosa no tiene su contra en este mundo, mi buena Adalberto? repuso la marquesa con heroica conformidad.

—Veo con mucho gusto, mi querida Aurea, que el joven ministro te alienta hoy para contemplar á nuestro general bajo un punto de vista nada lisonjero...

—Como á tí, dijo la condesa sin abandonar su buen humor, el noble caballero Bárcena para manifestarte tan cruel con el joven baron del Puerto. ¡Pobre mozo! añadió aparentando indignarse... ¡postergarle tú, que perteneces á la mas alta aristocracia, á un simple caballero!... y no es esto lo peor...

—¡Por Dios, Aurea! exclamó la duquesa con impaciencia:

—Sino que, prosiguió la condesa sin querer escuchar á su amiga, el hombre ese es un furioso demócrata.

—¡Pero, niña...

—No creas que lo digo porque me asusten sus ideas, dijo bastante formal la condesa, sino porque

creo firmemente que los que las profesan no pueden convenirnos á nosotras: les chocan nuestras costumbres, á que jamás pueden doblegarse; nuestros mas legítimos gustos los toman por intolerables caprichos; nuestros gastos, aun los mas indispensables, les causan mal...

—¡Oh! ¡oh! no adelantes tanto la materia, amiga mía, dijo la duquesa un poco pensativa, y advierte que ahora no se trata de mí.

—¡A buena hora, mi querida Adalberta! exclamó la condesa, soltando una carcajada.

—Vamos: está visto que hoy no quieres tener juicio, dijo la duquesa con forzada conformidad.

—Tú sí que se le has arrebatado al noble baron del Puerto... ¡pobre jóven!.. él á la verdad es un poco... *prosaico* para tu genio; pero...

—Todo lo echas á perder con tu poco seso, repuso la duquesa en tono de reconvencion. Ni siquiera he tomado en boca al baron...

—Cierto, pero yo me tomo la libertad de hacerte observar que tratas á ese guapo muchacho con una crueldad inaudita... No pretendas tú decirme cuanto te se antoje de mis cosas y que yo te calle las tuyas... ¡pues digo! ¡no faltaba mas!.. Y no vayas á creer por esto que ya miro mal al noble caballero Bárcena: todo lo contrario; es un hombre que tiene todas mis simpatías; pero con tiempo quiero decirte como amiga, que de seguro no encontrarias en él, cual en el buen baron, un esclavo sumiso á todos tus mandatos.

—No pierdas de vista, mi querida Aurea, dijo la duquesa un poco afectada, que ahora no tratamos de mí ni de tí: y si de tí, es solo indirectamente por lo que ocurrir pudiera... Volviendo al general, prosiguió al ver bastante formal á la condesa, ten

go que hacerte para tu gobierno una declaracion importante.

—Acaso no la necesite, dijo con desdenosa sonrisa la condesa.

—De cualquiera manera no estará de más. Yo bien sé que al pasar el general para Cataluña recibiste sus obsequios con notable frialdad; esto, que en otra ocasion tal vez hubiese mirado con indiferencia, me tiene hoy sobradamente satisfecha y tranquila.

—Pues...

—Me parece, si mal no recuerdo, mi buena amiga, continuó conmovida la duquesa, que en aquella época se nos dijo á ambas, así como una cosa indiferente, que el general sostenia, ó habia sostenido, íntimas relaciones amorosas con una jóven del pueblo soberanamente hermosa... Las dos creímos que eso seria uno de tantos amorfios como, sin que por ello se dé casi por entendida la sociedad; se peamiten los hombres de alta pocision con el mayor descaro. Pues bien; las dos nos equivocamos, y preciso es que ahora lo sepas todo... Esa jóven bellísima, esa jóven por todos conceptos encantadora, no era otra que nuestra Gumersinda.

—¡Dios mio! exclamó la condesa inmutándose notablemente su rostro, que en un movimiento involuntario cubrió con sus dos manos.

—Sí, amiga mia: ayer lo supe todo. Ella es la jóven seductora, de quien no abusé como se abusa de una *querida* despreciable; ella es la jóven brillante, aunque desgraciada por una multitud de infaustos acontecimientos, á quien sedujo con páfidos halagos, con mentidas protestas, con solemnes palabras, que hoy parece quiere olvidar, quebrantando otras palabras no menós terminantes y

solemnas. Ignorando mis recientes relaciones con Gumersinda, á quien sin duda cree aun en Búrgos, me ha hablado hoy con ridículo entusiasmo de su amor hácia tí, de ese amor que significa el abandono de aquella pobre jóven, de ese amor que hoy menos que nunca podrías tú recibir; porque sería un amor repugnante, infame y perjuro.

—¿Y tú nada le has dicho sobre sus solenes compromisos? ¿no le has confundido con el nombre, la belleza y las brillantes cualidades de ese noble jóven? dijo la condesa con soberana indignacion.

—No: tenía otras órdenes de mí tie, y no me era dado quebrantarlas, contestó tristemente la duquesa: este y el caballero Bárcena, íntimo amigo del padre de Gumersinda, que fué un médico tan sabio como virtuoso, tienen formado su plan para ver de hacer entrar buénamente en su deber al general. No sé si se harán ilusiones, añadió meneando su hermosa cabeza; pero dudó mucho que lleguen á conseguir su objeto. Yo por de pronto ya he llenado el mio, diciéndote como amiga leal lo que de cualquiera manera no está de mas que sepas.

—¡Oh! no, no, mi buena Adalberta, dijo la condesa fijos sus hermosos ojos azules sobre la duquesa con una espresion de inmensa ternura. De cualquier modo, añadió sonriéndose, valiéndome de términos técnicos, puesto que se trata de un general, pensaba batir al enemigo; pero ahora lo haré parapetada tras de una fuerte trinchera.

—¡Ah!... Conviene que la mas granve reserva ..

—Descuida sobre eso y sobre todo, querida mía.

—No esperaba yo otra cosa de tu hermoso co-

razon, dijo la duquesa con el acento de la gratitud.

—¡Pobre Adalberto! exclamó Aurea contemplando con ternura á la duquesa. Confía en mí; y no dudes que, haciendo el mío, procuraré darte gusto; pero mira que...

—No volvamos á las andadas; querida mía...

—No, no; era solo una advertencia, pero... me voy.

—¡Tan pronto!

—Sí, amiga mía; quiero ver sin detención á nuestra pobre Guersúnda.

—Pero si aun debes estar helada, hija mía...

—No, no; mi buena Adalberto; advierte cómo tengo ya las manos, dijo la condesa tomando entre las suyas la diestra de la duquesa. ¿Verdad? Permíteme, añadió con su sonrisa encantadora, que cuanto antes vaya á consolar á mi rival.

—¡Pobrecita!

—Sí, sí; quiero verla al momento... ¡Adios! ¡adios! dijo levantándose la condesa. Y dando un tierno y expresivo abrazo á su amiga, salió del magnífico salon con la ligereza de una sílfide, en busca de su elegante y cómodo carruaje.

Apenas abandonara este el palacio de la duquesa, un hombre de venerable y simpático aspecto entró en él con firme á la par que noble paso; ganó sin titubear la magnífica escalinata, y con la misma confianza que si se encontrara en su propia casa llegó hasta la brillante habitacion, donde ahora se hallaba la ilustre huérfana sumida en profundísimas meditaciones: siente esta crugir la preciosa puerta sobre sus goznes, y acto continuo aparece en el salon la imponente y hermosa figura del conde de Melgar.

—¡Oh! ¡oh! exclamó la duquesa levantándose algo sobresaltada de su sillón á la vista del noble conde. ¡Cuánto me alegro que hayais venido!

—¿Sí? dijo el conde sonriéndose. Pues no me lo agradezcas, porque ha sido una casualidad el venir tan pronto... Pero, chica, añadió contemplando con ternura á su sobrina... advierto que te hallas un poco afectada... No quisiera equivocarme: he querido reconocer en el carruaje que salía de aquí al de tu linda amiga la condesa... ¿Has reñido por ventura con ella?

—Todo lo contrario, mi querido tío: nunca la he apreciado tanto como la aprecio en este momento, dijo la duquesa con el acento de la mas fuerte convicción. Pero.... ¿no quereis tomar asiento?

—¡Oh! sí, sí: sentémonos y departamos al amor de este hermoso fuego, dijo con satisfacción el conde, colocándose al propio tiempo en el sillón que minutos antes ocupará la linda condesa de la Alegría. ¿Con que la condesita, añadió así que vió sentada á su sobrina y fija sobre esta una escudriñadora mirada, merece hoy todo tu aprecio?

—Sin duda alguna: se nos ha venido á las manos antes de tiempo, y se ha presentado como yo ayer os dije y era de esperar... Ante todo; tengo que anunciaros una cosa importante. Anoche llegó el general á Madrid.

—Lo sé, dijo secamente el conde.

—¿Pues cómo?

—Lo he leído en un periódico de la mañana, y esa ha sido la causa de venir ahora á verte.

—Pero lo que no sabreis es que ha madrugado mas que vos para visitarme.

—La aurora dijo al conde con notable tristeza.

—¡Diantres!

—Muy sencillo. Adelante, siempre que a la persona á quien se ama, se visita á la amiga. Por eso ha venido también solo.

—Segun eso vos sospechabais ya todo lo infame de su conducta...

—Antes de saber que estaba en Madrid, abrigué mis sospechas; pero en el momento que la vi mañana en llorada, las perdí por completo; contéstole el conde bastante sermoneado.

—No acierte á comprender por qué esa razón sola... acaso no sepa él que se halla aquí Guzmán, sí.

—Debe saberlo. ¡Oh! sí, de seguro lo sabe, porque en la misma Barcelona se le hizo enterar que vendría. Lo que de fijo se ignora es su paradero, porque Barcelona le dió conocimiento de ella por medio del postillon que mandó á aquella ciudad. Parece regular que ante todo hubiese ido en busca de mi noble amigo.

—Vuestro talento me excusa ya de haceros una relacion circunstanciada sobre la visita del general. Basta decir que á pesar de ser escuchado por mí con extraordinaria renuencia, me habló de la condesa con un entusiasmo propio de un joven de veinte y cinco años.

—¡Indigno! exclamó con fuerza el conde. Pero tú.... añadió pintada en su rostro cierta ansiedad.

—Podéis estar tranquilo, querido tío. Ni un instante siquiera me olvidé de lo que para mí es mi teniente advertido. La condesa también ha sido perfectamente procedida. Es una bella joven.



esto y segura que, si hasta aquí le ha mirado con indiferencia, hoy le aborrece de todo corazón.

—Tampoco esperaba yo otra cosa de la hermosura y bellas prendas de tu noble amiga, dijo el conde con entusiasmo.

—Segun eso, repuso la duquesa sonriéndose, ya no nos tendréis por tan locos.

—El fondo... excelente, sobradamente bueno: contestó el conde mirando con infinita ternura a su sobrina. De lo demás... no tenemos culpa, añadía con cierta tristeza. La naturaleza está en pugna con la sociedad.

—¡Oh! eso no es poco, querido tío, dijo la duquesa con su sonrisa seductora. Si hay que ha, Dios sabe quien vencerá.

—Dejemos eso por ahora, Adalberto, repuso el conde con gravedad. La condesa miró al no supieron salir ahora en busca de Guernersinda.

—En busca de Guernersinda dijo el conde con brevedad.

—Sí, pero no tengáis cuidado, que obraré con toda prudencia. Sais ya de su casa con ánimo de pagarla la visita que ayer la habéis acompañada de vos y del caballero Barcelona.

—Es necesario tan esquisito trato para aquel corazón angelical, para aquella alma de artista, exclamó el conde tristemente.

—Pues la condesa le tiene, y ya venid que yendo a pagarla su visita, malísima sospecha que puede inspirarla.

—¿Con que ese hombre está tan olvidado de sus deberes? dijo el conde meneando la hermosa y venerable cabeza.

—Completamente. Me ha causado horror. ¡Oh! y si vierais que satisfecho se halla de su obra...

ta en Barcelona! A su derrota la da el título de *honrosa retirada*, porque dice que con diez mil hombres de que disponia, ni el mismo Napoleón hubiera sujetado a una poblacion belicosa, que le opuso al pie de cien mil combatientes contando con las mujeres y chiquillos.

—No está su derrota en la lucha, dijo con desprecio el conde; lo está en las barbaras medidas por él adoptadas, que la provocaron para ignominia suya.

—Anoche se presentó al ministro del ramo, quien segun él, no le recibió mal.... Es de advertir que han sido intimos amigos y compañeros de armas.

—Lo que menos importa es ese ministro. Su conducta se halla sometida al tribunal de Guerra y Marina.

—En el cual debe contar con no pocos amigos, dijo con sentimiento la duquesa.

—No obstante, repuso el conde pensativo, nosotros haremos porque la justicia encuentre mas.

—Y no será yo en caso la que menos os ayude en ese terreno, dijo la duquesa reanimándose. Sabéis que cuento con bastantes y muy buenas relaciones en la corte.

—Quedan desde luego aceptadas, la dijo el conde contemplándola con agradecimiento. Por de pronto, añadió lleno de satisfacción, ese hombre tiene contra si que la mayoría del ministerio no está satisfecha de su conducta, y si aquel cae, como es probable, entonces lo estará todo, el que le suceda.

—Bueno es que el ministerio no esté de parte suya... Pero, ¿vos sabéis que la mayoría de los actuales ministros...

—Sí; y para que te convenzas bastará decirte, que el periódico, donde hoy he leído la noticia, de su

llegada, pasa por semi-oficial, y los términos en que aquella está concebida, si bien cortos, no pueden ser más significativos. Recuerde que el día-rio aquel dice poco más o menos lo siguiente: «Ayer al anochecer llegó en posta a esta corte el general T..., llamado por el gobierno por no ser ya conveniente su permanencia al frente del primer comando militar del Principado.» La noticia no puede ser ni más seca ni más dura. En ella veo yo la justicia providencial. Hace cosa de un mes todos los periódicos de la corte y de las provincias anunciaron la traslación de ese general por ser más conveniente su presencia en Barcelona que en Burgos: hoy nos participan su arribo a Madrid por no ser ya conveniente su presencia en el Principado.

—Inestabilidad de las cosas humanas.

—Llevadera tan solo, hija mía, cuando el hombre pueda descansar tranquilo en el testimonio de su conciencia. ¡Oh! si siguió el conde bastante preocupado y cual si hablara consigo mismo: si no es por un estilo, es por otro, esa justicia divina, en que yo creo con fé, viene á caer sobre el hombre que lamentablemente se olvida de sus deberes... Pero dejemos esto, añadió volviendo sobre sí... Y no podemos ir á la inclusa en esta tarde, mi querida Adalberto.

—¿Sabe V. que le celebro? dijo de repente la duquesa.

—¿Pues como así, hija? ¿Te olvidas de tu promesa?

—Pí... ya verá que... el día está demasiado frío, contestó pensativa la duquesa.

—Y tu no muy animada... acaso accedieras á mi fuego nada más que por compromiso, ¿eh? Sin em-

—Basta, la palabra es palabra: espero que no me abandonarás en uno de los próximos días.

—Si vos te empeñas... dijo la duquesa.

—No, no: yo siento que tú no hayas aceptado con gusto mi idea.... esto de ir contra voluntad...

—No, no: yo nunca tanto a mis palabras, pero... ¿qué queréis? soy franca: siempre tuve por extraño la idea de llevarme a visitar un establecimiento de esa clase.

—¡Poco a medias! exclamó el conde.

—¡Pero tíol!..

—Nada, nada, dijo el conde con su habitual severidad: la sociedad, o lo que es lo mismo, la educación, como antes te dije, está en pugna abierta con los sentimientos naturales, bellos, sublimes...

—Esta visto, mi querido tío, que no os hacéis cargo de nada, dijo la duquesa contemplando al conde con una sonrisa benevola: preciso es que convengáis en que no se os puede hacer una observación... sois muy poco tolerante...

—¿Por que no tolero caprichos? ¿por que no apruebo a elegas, cual los mozalvetes que te rodean, cuantas ideas buenas o malas salen de esa linda cabeza? ¡eh? repuso el conde sonriéndose. Si yo te propusiera ir a la ópera o a la comedia, seguro estoy que aceptarías sin titubear: te propongo visitar durante unos minutos un establecimiento piadoso, y lo tomas por una estravagancia... ¡Ah! no daba en ello, añadió fija su dulce a la par que escudrinadora mirada sobre el peregrino rostro de Adalberto. Sin duda ves tú la estravagancia en ir acompañada de este pobre anciano.

—¡Tíol! exclamó la duquesa algo ruborizada.

—Vamos que sí, prosiguió el conde sonriéndose. No quiero decirte que tengas a menos el ir conmi-

se todo lo contrario; pero vosotras, quereis lucirle en todas partes, lo mismo en el campo que en la iglesia, lo mismo en un sarao que en un hospital... Ya, creo, yo que si nos acompañara a los dos, una persona de tu gusto.

No os negaré que si fueran en nuestra compañía la condesa y Gumersinda.

—O el noble caballero Bárcena, dijo de repente el conde con su sonrisa significativa y sin separar sus ojos escudriñadores de la hermosa joven.

—Ps., para el caso sería igual, dijo sorprendida y un si es no afectada la duquesa, cuyas mejillas hicieron colorear un poco las calculadas palabras del conde.

—Le ama, dijo éste para sí. Si dije yo, exclamó en alta voz. Bueno, bueno, mi querida Adalberta: no puedo darte palabra de que nos acompañen Bárcena y Gumersinda; pero puesto que la linda condesa es también de tu gusto, te faculto para que en caso te arregles con ella. Qué; ¿no quieres llevarla?

—No os digo ni que si ni que no; lo que os aseguro es que contéis conmigo.

—Es que yo no tengo inconveniente, añadió el conde con galantería, en ponerme al completo servicio de las dos, aunque viejo iriais bien escudadas a mi lado.

—Ya lo creo! dijo la duquesa reanimándose. Pero si no nos ha de acompañar Gumersinda, añadió con una sonrisa encantadora, pueda ser que me quiera yo llevar sola la honra de teneros, por mi caballero.

—Aunque te tengo por ambiciosa, yo me tengo por muy feliz... ¡oh! ¿quién sabe si lograré enamoraros? repuso el conde en tono de broma.



otros tan irónica y terrible, fija ahora sobre la seductora joven, con una expresión maravillosa de entrañable cariño, llena de un amor tan puro, como candoroso.... Si alguien ha mirado alguna vez en la vida el rostro de Juan, una pluma y satisfecho en el instante mismo en que existía motivo, aunque para él ignorados, para que tenga logrado el corazón; si alguien ha contemplado á un ser querido que se le presenta, dichoso y estupefacto momentos antes que aya la desgracia que le amenaza, podrá formarse una idea bastante cabal de la sublime ternura con que Antonio Mequeles contemplaba á Guinevinda, próxima á ser víctima de la conducta del ganapán; pero cuyo rostro sin embargo, anudado de su ligero tinte de palidez, expresaba la mas grande satisfacción. Y es que ahora no pensaba ni pensar podia la interesante huérfana en su situación; porque por completo embargaba deliciosamente su espíritu el contenido de una carta, que acabára de dárle su ilustre protector y ella tiene aun entre sus manos; y es que ahora, olvidada por completo de sí misma, se contemplaba feliz viendo que lo es su querido hermano, según esa carta traída minutos antes por el correo; y en la cual el noble capitán Vicens hablaba á su salvador de Molins en los siguientes términos:

«Barcelona y noviembre... de 1811... Mi inolvidable bienhechor y amigo: aprovecho el correo de este día para deciros que después de infinitos pasos ante la autoridad militar, á fin de que Eduardo no subiese á Montjuich prestando que sus heridas no le permiten aun prestar servicio, acabamos de conseguir nuestro intento: Rosell, que todos los días viene á visitarnos, es el que mas ha trabajado para lograrlo en su calidad de médico. No se

separar y a pues vuestro ahijado de nosotros, por-  
 que mientras tanto se está formando el oportuno  
 expediente para retirarse del ejército, y á vuestra  
 solicitud queda el pronto y buen despacho así que  
 aquel vaya á esa corte. A beneficio del plan pro-  
 puesto por Rosell podemos contar á Padrast casi  
 restablecido: solo le ha quedado cierta dulce me-  
 lancolía, que le hace interesante á cuantos le ven,  
 y que segun aquel, ó desaparecerá muy tarde, ó le  
 acompañará hasta el sepulcro. Y no solo el ilustre  
 médico ha dado la salud del cuerpo al fabricante,  
 sino que con sus consejos y sabiduría ha logrado  
 transformar completamente su alma: despues que  
 le hizo abrazar á Eduardo, ha contribuido mas que  
 nada á imprimir en su corazon un amor tan puro,  
 tan vehemente hácia su nuevo hijo, que no sabe  
 qué hacer con él: hasta asegurarnos que en con-  
 cepto de los amigos quiere tanto ó mas á Eduardo  
 al fabricante que á sus dos propias hijas. Pero no  
 es esto solo: el hombre se ha dado á Dios y á sus  
 semejantes por completo; no piensa en otra cosa  
 que en hacer el bien, y para lograrlo mas desem-  
 barazadamente quiere echar á un lado todos sus  
 negocios. Espera con impaciencia la llegada del  
 marido de Marcela á fin de abandonar á los hijos su  
 establecimiento comercial. Siendo sin duda ya  
 para él un peso insoportable el solo recuerdo de  
 su pasada avaricia, piensa dar la conveniente tran-  
 quilidad á su conciencia enmendándose de una ma-  
 nera tan digna como gloriosa; al efecto, hace unos  
 tres días nos significó á todos los amigos el pensa-  
 miento irrevocable que ha concebido de fundar un  
 establecimiento para el suceso de los trabajado-  
 res honrados, que quiere dotar con un millón de  
 ástecas, y valiéndose principalmente de Rosell, á



quien tiene en la mano la espada, una de las  
 oportunas pasos para plantarlo. Aquí debo decir  
 que no os podéis formar una idea de lo  
 sumo que fue la abnegación de sus dos hijos y  
 de Eduardo al anunciar tan magníficas cosas por  
 tenerlos, pues, ya un momento más en el exten-  
 go de los buenos, mereca a lo heroico de vuestra  
 alma y al mismo tiempo, cordura y profunda sabiduría  
 de Rosen, que tan bien ha sabido comprenderlo.  
 La ciudad está tranquila, en cuanto puede serlo  
 y los que nos gobiernan, siguiendo el impulso de  
 la pública opinión, en espera de la reunión de las  
 Cortes. Como los hombres notables de cada uno  
 de los partidos se van convenciendo más y más  
 de la justicia que asisto a este pueblo para su  
 bienestar, me parece que los sucesos tendrán un  
 desenlace, que ni vido, ni fabra, ni yo, nos veré-  
 mos en la precisión de hacer uso de los salvaca-  
 ñones que vuestro amor nos proporcionó, y el yo  
 recibo os acuse en mi interior, que supongo ya en  
 vuestras manos. Restame decir que el general  
 abandonó ayer a Monfich en dirección de esa,  
 por lo cual es de presumir que, si al recibo de es-  
 ta no se halla entre vos, no se tardará en pasar  
 mucho tiempo. Reciba V. un abrazo de todos estos  
 amigos, otro más alegre, y ambos dispongan del  
 que de corazón es suyo.

ROBERTO.

P. D. Están ya hechos vuestros encargos para  
 con Rosen.

¡Ah! ven, québrábase, ¡dijo! ¡Parecía! ¡desfor-  
 mable! por decirse de boca una sonrisa, mientras  
 que más alegre contemplaba con los ojos que se le

dejamos dicho a Gomersinda, que la carta no puede estar mas satisfactoria.

—Digo... Lo está en todos conceptos, dijo el conde de Melgar.

—Oh! sí, sí, exclamó con gozo Gomersinda.

—La suerte de tu hermano se halla ya asegurada, prosiguió D. Ferrondo: unido a un angel, idolatrado de sus nuevos parientes, querido de sus nobles amigos, ¿qué le falta para ser completamente feliz? Por de pronto una cosa tan solo: que venga a verte en union de su bella Adela, que venga a vernos a todos nosotros, y esto es mas que probable que lo logremos, así que se resuelva favorablemente, como no puede menos, el espediente incoado para retirarse del servicio.

—¡Qué felicidad! exclamó con alegría Gomersinda.

—Sí, sí; no dudes de verle antes que abandonemos a Madrid... Pero vamos a otra cosa. Ya ves lo que tambien dice la carta.

—De qué? pregunto con naturalidad Gomersinda.

—De la salida del general, contestó D. Ferrondo, fija su mirada sobre la joven con una expresión de infinita ternura.

—Esa no es una nueva para nosotros, amigo mio, repuso Gomersinda con una indiferencia, que no dejó de chocar a sus tres oyentes.

—Cierto, hija mia, repuso D. Ferrondo; pero quiero decirte que, según esa carta y mis cálculos, deberemos tenerle en esta... de hoy a mañana.

—Sí; es de suponer que venga en diligencia, dijo el conde haciendo un esfuerzo sobrenatural al expresar lo que no sentia su corazón.

—Tendremos el gusto de verle, dijo la joven

con una amarga sonrisa. ¿No le parece, mi querido Masalegre? añadió dirigiéndose a este, que aun seguía contemplándola con el mayor interés.

—En efecto, dijo este sorprendido con la inesperada salida de Gumersinda. ¡Oh! ¡oh! lo que es yo, añadió reponiéndose, le aseguro que tengo visísimos deseos de verle.

—Bueno, bueno, repuso con tristeza la joven, y procurando desentenderse de la conversacion en que querian meterla, sus amigos, añadió dirigiéndose a D. Perrondo un tanto conmovida: tomad, amigo mio, tomad esa carta, que ha venido a llenar de júbilo mi corazon.

Habia en el tono con que la joven pronunció estas palabras una especie de dulzura tan melancólica y sublime, un no sé qué tan seductor y penetrante, que los corazones de D. Perrondo, el conde y Masalegre, sintieron desfallecerse. Destituído el primero del valor necesario para replicar por de pronto a Gumersinda, cogió enternecido la carta de Vicens, y mientras la colocaba en su rica cartera, hizo un esfuerzo, la joven por traer a sus labios una encantadora sonrisa, y después de exhalar un ligero suspiro, prosiguió:

—Hoy es día de regocijo, y ahora menos que nunca debemos pensar en cosas serias... La condesa no se hará esperar mucho tiempo... no son ya mas de las doce?

—Sí, contestó el conde un poco afectado; pero no hay que esperarla hasta muy cerca de la una, porque la funcion empieza a las dos en punto.

—Bueno, bueno, opino como Gumersinda, dijo a la sazón Masalegre, cuyo genio es sabido se ayesia mal con tratar las cosas serias antes de tiempo: dejemos a un lado los asuntos formales y

— ¡Pensamos en los toros! Hoy es día de broncas y de jarana para el heroico pueblo de Madrid... ¡los toros! no necesita tanto el pueblo de Madrid con lo último debe bastarle, puesto que, según me han asegurado, mas de cuatro centenares de Madridenses se quedan sin lo primero por no perder el espectáculo.

— En efecto que es así, dijo el conde.

— ¡Vaya a lo es!... la mitad de los que hoy han visitado el Cosmorama de Cernisado, estoy seguro que lo han hecho por ver la función, repuso Masalegre.

— No me cabe duda, replicó el conde, y eso que solo es lo que aquí se llama una media corrida como esta se da fuera de la temporada, solo matarían cinco toros de una acreditada ganadería.

— Lo suficiente para que el público madrileño pierda la afición a tan brillante espectáculo, dijo con ironica sonrisa Masalegre. En este nuestro pueblo es mas feliz que el romano: a este pueblo que darle de balde pan y circenses, y aquí se contenta con que le den circo a costa de su bolsillo.

— No soy amiga de semejantes funciones, dijo Guernsinda; pero por dar gusto a la duquesa y a la condesa... ¡Ah! Y Julia? ¿se decide al fin a ir?

— Si, ella y Rodriguez nos esperan en su casa.

— ¡Pobre Julia! Pero no podia haberse decidido tambien a venir con nosotras... Yo estoy segura...

— No, querida, contestó sonriéndose D. Perrondo: vosotras sois solteras, con diferentes costumbres, con distintos gustos... convenceos de que ella estará de seguro mas satisfecha y contenta a nuestro lado. Desde aquí le veremos partir, y en seguida iremos todos en su busca.

con una amarga sonrisa. ¿No le parece, mi querido Masalegre? añadió dirigiéndose a este, que aun seguia contemplándola con el mayor interés.

—En efecto, dijo este sorprendido con la inesperada salida de Gumersinda. ¡Oh! ¡oh! lo que es yo, añadió reponiéndose, le aseguro que tengo visísimos deseos de verle.

—Bueno, bueno, repuso con tristeza la joven, y procurando desentenderse de la conversacion en que querian meterla sus amigos, añadió dirigiéndose a D. Perrondo un tanto conmovida: tomad, amigo mio; tomad esa carta, que ha venido a llenar de jubilo mi corazon.

Habia en el tono con que la joven pronunció estas palabras una especie de dulzura tan melancólica y sublime, un no sé qué tan seductor y penetrante, que los corazones de D. Perrondo, el conde y Masalegre, sintieron desfallecerse. Destituido el primero del valor necesario para replicar por de pronto a Gumersinda, cogió enternecido la carta de Vicens, y mientras la colocaba en su rica cartera, hizo un esfuerzo la joven por traer a sus labios una encantadora sonrisa, y despues de exhalar un ligero suspiro, prosiguió:

—Hey es dia de regocijo, y ahora menos que nunca debemos pensar en cosas serias... La condesa no se hará esperar mucho tiempo. ¿no son ya mas de las doce?

—Sí, contestó el conde un poco afectado; pero no hay que esperarla hasta muy cerca de la una, porque la funcion empieza a las dos en punto.

—Bueno, bueno; opino como Gumersinda, dijo a la sazón Masalegre, cuyo genio es sabido se avenia mal con tratar las cosas serias antes de tiempo: dejemos a un lado los asuntos formales y

pensamos en los toros. Hoy es día de bronca y de jarana para el heroico pueblo de Madrid... ¡pero los toros! no necesita tanto el pueblo soberano! con lo último debe bastarle, puesto que, según me han asegurado, mas de cuatro centenares de individuos se quedan sin lo primero por no perder el segundo tacito.

—En efecto que es así, dijo el conde.

—¡Vaya a lo es!... la mitad de los que hoy han visitado el Cosmorama de Cernideja, estoy seguro que lo han hecho por ver la función, repuso Masalegre.

—No me cabe duda, replicó el conde, y eso que solo es lo que aquí se llama una media corrida como esta se da fuera de la temporada, solo se darán cinco toros de una acreditada ganadería.

—Lo suficiente para que el público madrileño pierda la afición a tan brillante espectáculo, dijo con irónica sonrisa Masalegre. En esto nuestro pueblo es mas feliz que el romano: a este hombre que darle de balde pan y circenses, y aquel se contenta con que le den circo a costa de su bolsino.

—No soy amiga de semejantes funciones, dijo Guimersinda; pero por dar gusto a la tíaqueta y a la condesa... ¡Ah! y Julia? se decidió al fin a ir?

—Sí, ella y Rodríguez nos esperan en su casa.

—¡Pobre Julia! Pero no podía haberse decidido también a venir con nosotras?... Yo estoy segura...

—No, querida, contestó sonriéndose D. Ferrondo: vosotras sois solteras, con diferentes costumbres, con distintos gustos... convenceos de que ella estará de seguro mas satisfecha y contenta a nuestro lado. Desde aquí le veremos partir, y en seguida iremos todos en su busca.

—¿Pero suponga que nos acompañará á comen-  
 zando... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*...  
 nos... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*...  
 mismo... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*...  
 propia... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*...  
 quienes... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*...  
 título de darnos gusto: no, no puede ser el que  
 nos acompañe: su esposa no es lo mismo: comerá  
 con nosotros, igualmente que Sergio y Escalante,  
 que ya deben venir luego.

—Lo que es Sergio... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*...  
 una corrida de toros! dijo Masalegre. —Ann cuando  
 ya hemos logrado haberle entrar en el camino de-  
 recho, todavía no es tiempo de que pierda por  
 completo su afición á las emociones fuertes y ter-  
 ribles. —El pobre Gutierrez, añadió con alguna  
 sentimiento, es el único que no va á ver la fun-  
 ción. —*¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*... *¡Basta!*...  
 pero es por su gusto solo, dijo Gumerinda.  
 —¿Quiere abandonar á Irene por ayudarla en sus  
 tareas? en cambio los dos verán otra función que  
 sea más de su estado.

—Corriente, pues nosotros hemos de ver de to-  
 do: ¡qué diantre! repuso Masalegre, con su risita  
 sarcástica y dándose un fuerte frotón de manos.  
 Mañana se abren las Cortes... también allí se cor-  
 rerán novillos... ¡ya lo creo! ¡oh! toros en la pla-  
 za, novillos en el salón de los padres de la pa-  
 tria... esta es una vida alegre y divertida. Ten-  
 drems el gusto de ver el papel que desempeña en  
 la función el ilustre D. Benifacio... Ah! á propó-  
 sito: ¡viva Dios! que nuestro diputado se ha con-  
 vertido en un galanteador de primera clase... ¡sa-  
 bes que yo le agradezco en el alma las continua-  
 das visitas que le hace!





hermosa, sobre una elegante corona color de lila, que dando á su rostro un poco melido, pero suya nupca peregrino semblante cierta gracia soberanamente seductora, le hacia aparecer con todo el encanto de una virgen celestial. Grande Vds. gusten, dijo con sonrisa angelical.

Venid, dijo D. Ferrando, y seguidme. Dió por esto su brazo á Guernandá, y seguidos ambos de sus cuatro amigos bajaron por la escalera en busca de la alegre y bellísima condesa. Esta recibió á nuestros jóvenes con los brazos abiertos, y después de hacerla colocar en el sitio mas preferente, empezó á reír, y aquel con gran felicidad por la espaciosa y prolongada estancia en direccion de la mirada de la condesa.

De allí á un rato las tres interesantes jóvenes, sin pensar en una mañana sombria, conversaban alegres y entusiastas sobre la comedia de los toros que iban á presenciar, y nuestros cinco amigos se hallaban en la casa del honrado comerciante Don Tomás Rodríguez, donde ya encontraron á su bella esposa dispuesta para ir á la misma función, calificada con orgullo por algunos de magnífica y esencialmente española, y mirada con sentimiento por otros como una muestra de los hábitos de nuestros antepasados.

¡Honradas ya! aunque ligeramente, en del doctor las buenas cualidades morales de Julia Rodríguez, le haremos aquí una sucinta descripción de sus prendas físicas. Hallában en Julia en esta época de su vida, en que la hermosura del cuerpo empieza á declinar, presentándose en su rostro una con toda su magestad de la belleza de la alma, en su figura

por multitud de afecciones tiernas y dulces, que el rostro ofrece al mero observador, vivamente retratadas con su simpática nobleza y sinifable y tranquila satisfaccion. Esto no obstante, conserva-  
ba aún la fiel compañera de Rodríguez tal con-  
junto de raras perfecciones, que bien podia ser con-  
siderada como sobradamente hermosa. Era Julia  
de una estatura regular y de formas á ella pro-  
porcionadas: la tez de su rostro perfecta, dulce  
y simpático, al que daban una expresión de es-  
quisita bondad y de no corta inteligencia dos gran-  
des y vivisimos ojos azules; aparecía ahora de un  
sonrosado finísimo; era su frente tersa, despejada  
y serena, y su diminuta y casi de continuo risueña  
boca emberraba una dentadura tan blanca é igual  
como bien conservada: lo maravillosamente luengo  
y poblado de su hermoso cabello castaño oscuro, á  
pesar de sus años de casada y sus cuidados y des-  
velos consiguientes á la crianza de seis ó siete hi-  
jos que había tenido, además de realzar su belle-  
za, acreditaba la escelente constitucion y la tan  
metódica como virtuosa vida de la digna esposa  
del probo é inteligente comerciante.

—Os tengo que dar dobles gracias, mi querida  
amiga, dijo D. Perrondo contemplando con satis-  
faccion á Julia luego que la vió corresponder á los  
saludos de todos los recién llegados.

—No atino por qué, dijo Julia contemplando á  
su vez á D. Perrondo en medio de una seductora  
sonrisa.

—Gracias porque habéis tenido la bondad de  
acceder á nuestro ruego, y gracias porque sois  
tan puntual en el cumplimiento de vuestras pro-  
mesa.

—¡Ah! sí, por mí cuando ustedes gustan. Pe-

ro... la doblemente agradecida soy yo, amigo mío, porque, además de ser invitada á la función, se me va á dispensar el honor de ir acompañada de unas tan ilustres personas.

—No, no, dijo D. Perrondo: nosotros vamos á ir á la función, no diré que con placer, pero tampoco á disgusto.

—¡Ah! pues yo tampoco, amigo mío.

—No quiero decir tanto.

—Es una función que no es de mi mayor gusto, por mas que se tenga por muy española.

—Muy nacional, mujer, dijo en esto con tono irónico Rodríguez.

—Lo mismo me dá... Pero si ahora no tenia ánimo de verla, mas que por la aversion que me inspira, era por mis muchas ocupaciones; continuó Julia con encantadora naturalidad: la hora es intempestiva, y el cuidado de mis niños, sobre todo de los dos menores...

—¿Y dónde se halla el señorito Maximiliano? dijo á la saxon Masalegre.

—Está en el estudio, y no hay que contar con él en casa hasta las dos.

—¡Ah! sí, no me acordaba, repuso Masalegre: ¡el nena durmiendo, eh?...

—Sí.

—¿Y la *chiquitina*?

—La he mandado á prevención con la doncella á casa de mi amigo Barriquet. ¡Pues digo!... ¡buena la habria si ella me viera salir.

—¡Pobrecita! ¿y por qué habeis hecho eso? la dijo D. Perrondo en tono de amorosa reconvenccion: Aunque yo hubiera tenido que llevarla en mis brazos...

—¡Jesús, qué disparate!

—Yo, yo la hubiera llevado con el mayor gusto y con el mas grande orgullo, dijo entusiasmado Masalegre. ¡Pobres *Poquitas*! ¡cuidado con que hagais esb otra vez, mi querida Julia!

—Sí, sí, tiene razon Masalegre, dijo el conde.

—¡Vaya, vaya, ya no tiene remedio, dijo Rodriguez y otro dia será otra cosa. La hora se vá acercando, señores, añadió mirando su reloj, ya la una y media.

—En marcha, dijo Masalegre.

El ilustre conde ofreció su brazo á Julia, y aceptado con satisfaccion por esta, se echaron todos á andar en direccion de la Plaza de Toros.

Los *toreros*, sublime, mágica, entusiasmadora palabra, que infinitamente mas que á los antiguos y fieros aragoneses la terrible *ade contrafuero*, continúa al heroico pueblo de Madrid. Por tí el ilustre descendiente de cien varones, tenidos tambien por ilustres, abajona enagenado en seriedad ridicula y sus mas ridiculos vestidos, sabiertos de cintas y colgajos, reemplazando la primera con una jovialidad plebeya, y los segundos con un *marabilla* y unas *bragas andaluzas* para confundirse entre la *canalla* del tendido y tocar á tiempo un vil y enorme cencerro; por tí la empinotada aristócrata echa á un lado con desprecio sus extrañas y lujosas galas por un corto y elegante vestido de *maja*, con el que piensan *hacer furor* ante el pueblo, mas que nunca *sobrarano*, por tí el modesto menestral arroja lleno de gozo los instrumentos de su oficio, que de seguro manejará si pensara en el dia de mañana; por tí mas de cuatro pobres, tan viciosos como mentecatos, van á sufrir en el *Coamorano* de Cádiz y en otros paisajes tanto ó mas pintorescos

que el del marido de la tia Gunguza, crueles angustias, infinitos y terribles ainsabores, que no buscarian acaso por otro motivo, si en ello les fuera la vida, por tí desde el mas subido empleo hasta el mas humilde oficinista, trabajan mal y apriesuradamente en la mañana, sin maldita la aprension que los acude, porque primero que el servicio es lograr satisfacer á tiempo su pasión sublime y favorita; por tí se entranpa el *manola* á título de dar gusto á su *manola*; por tí la *manola* aipezase presenta enmbosa hasta un extremo inconcebible y heroico con su *temible gachá*; por tí el *casinante majo* se manifiesta *crud* con su *mitaje selado*; y esta atquila un carenado cabriolé para llevar contento sobre ruedas al hijo indolente pero conductor de la bendita tierra *el Maria Zantísima*; por tí muchos *queridos* mbenprecian sus negocios y familias y tantas ó mas *queridas* vilipendian su familia y sus negocios, que antes que estos objetos, es la jérenta el bullicio y el deleite; por tí al comenpate abandona sus asuntos, el estudiante avrincona sus libros, el boticario su espátula, el abogado sus defensas de pobres, el figonero su gracioso mandibon; y hasta el espendellor ambulante de agua helada, comprometido con la oastñera de su calle, arroja el tubo para dar su *hamedenido* brazo á la *sediente* mitad de su corazón, entusiasmada de los *bichos* y ansiosa de guesca y de jaleo, y por tí en fin la corte se convierte en una verdadera *Babel*, donde todo es confusión, gritos, greaca y rebullicé; donde todo es en una palabra: *libertad, igualdad y fraternidad*, cual si besucitáran los tiempos patriarcales, cual si por unanimidad y con delirante júbilo se hubiera proclamado la mas amplia *democracia*.

Pobladas de coches, birloches, omnibuses y toda clase de gentes, que metían un ruido infernal; aparecían la Puerta del Sol y la gran calle de Alcalá, por cuya magnífica acera derecha marchaban nuestros amigos, llevando la delantera Julia y el conde. La gente de á pie iba apresurada, alegre y bulliciosa: todos los carruajes, desde el modesto ballestín movido por un caballo matalon hasta la lujosa carretela tirada por yeguas normandas, rodaban presurosos por la espaciosa y silenciosa calle en dirección de la Puerta de Alcalá, á cuyas inmediaciones se halla el gran círculo, surcos conduciendo señoras y caballeros de la aristocracia, otros esbeltos y bellísimas madamas pertenecientes á la argirocracia, estos elegantes mondos y seductores mapólas, aquellos toreros alegres y entusiastas, esotras estudiantes contentos que á pesar de estar tronados, los de acá prostitutas y gachas, los de allá zapateros y criadas de servicio y los de acullá sastres y dependientes de comercio revueltos con doncellas en caballos y aun en cuellos.

Medio trastornada llevaba su cabeza nuestro Mascalegre, con semejante algarabía, cuando fijándose en un lindo carruaje que marchaba por medio de la calle, tirado por dos hermosos caballos tordos, reconoció en él á la marquesa de las Contratas, rica y elegantemente ataviada, llevando á su izquierda al célebre crítico y nunca bien ponderado de Villanbruno: la marquesa, vestida de andaluza, aparecía sobremanera encantadora, y el vizconde, que no cabía en la abierta carretela, según lo ancho que iba, dirigía á diestra y siniestra su lujoso fante, haciendo un papel aun mas que ridículo.

¡Calla! exclamó Mascalegre llamando la atención de sus amigos. Ahí va Villanbruno con la de las

Contratas... ¡Y qué linda está la marquesita con ese vestido!

—¡Hola...! ¡parece que le entusiasma el vestido andaluz, eh? le dijo sonriéndose Rodríguez.

—¡Cá...! no he querido significar tanto, repuso Masalegre. ¡Pues y el pobre marqués? ¿cómo no vendrá a la función?

—Acaso estará ocupado, dijo con naturalidad D. Ferrondo.

—O acaso no será amigo de cuernos, repuso Masalegre con una serna que hizo saltar la carcajada hasta al conde y a Julia. Pero ¡Dios mío! prosiguió dirigiendo su vista a todas partes, ¡qué afluencia de gentes! ¡qué confusión de hombres y mujeres! ¡qué furor por ver una corrida de toros! ¡qué afición mas bien puesta...

—¡Oh! lo que es este pueblo no puede ser mas entusiasta que lo que es por semejante función, dijo Rodríguez.

—Sí, sí, se conoce, continuó Masalegre en picaresco tono y sin dejar de mirar en todas direcciones. Yo creo que él es entusiasta por todo lo que sea correr, correr y arañas, correr bromas, correr vacas, correr... qué sé yo... Pero lo que es por los toros y por los novillos... ¡oh! ¿qué veis? esto es pasmoso... ¿Qué amigo de cuernos es este maldito lugar?

Una estrepitosa carcajada acogió la última exclamación de Masalegre, quien después de una breve pausa prosiguió en el mismo tono sarcástico que le era tan peculiar:

—Sí, sí, no lo tomen ustedes por lo malo... Está bien patente la afición que este pueblo tiene a los cuernos. Por lo tanto, y sin que sea mi ánimo ofender en lo mas mínimo a la metrópoli de las Espa-

ñas, soy de opinion que debian añadir á los títulos de *muy noble, muy ilustre y coronada*, que con gloria goza, el de *muy cornuda*.

Sobremañera contentos bajo la impresion que en ellos causáran las picantes palabras de Masalegre, llegaron todos nuestros amigos á la plaza, y á beneficio de doscientos empellones que dieron y dos mil pisadas que recibieron, lograron ganar su localidad, en ocasion en que ya empezaban los preliminares para la salida del primer *bicho*. Aun tardaron un largo rato en aparecer en su palco la duquesa, la condesa y Gumersinda, quienes no quisieron sentarse sin saludar á lo lejos á nuestros amigos con inequívocas muestras de satisfaccion. Colocada Gumersinda en medio de las dos, fueron las tres jóvenes, y en especial nuestra huérfana, por su extraordinaria belleza, su seductor donaire y sus ricas y esplendentes galas, la admiracion de una gran parte de espectadores durante los intervalos de la brillante funcion.

Dió esta principio saliendo á la arena un bravo y enormísimo toro, que haciendo correr en todas direcciones á la alegre y pintoresca cuadrilla, hizo cesar tambien instantáneamente el inmenso murmullo producido por diez ó doce mil bocas, fijándose en el momento doble número de ojos sobre el lucido y corniabierto *animalito*, que puesto en medio de la plaza mira erguido en derredor, como aquel que se siente con sobrados bríos para desafiar á todo el mundo... ¡Qué gozosa está ya la innumerable muchedumbre! ¡Qué de satisfacciones exquisita é inmensa se advierte retratada en casi todos los semblantes al ver se va á resolver el interesante y filosófico problema de proporcionar una muerte cruel á la fiera, suavizando así las



costumbres con su sangrienta y desesperada defensa, y elevando las almas con su terrible y prolongadísimo martirio!... Confiada en sus fuerzas y bravura desprecia la fiera por un momento las provocaciones de sus verdugos; pero instigada por todas partes arremete con brío aunque no muy furiosa contra el picador, que la recibe lanza en ristre metiéndola dos dedos de rejon junto á la paletilla...

— ¡Bien puesta la pupa! ¡bien! ¡bien! gritan entusiasmados los espectadores.

La fiera retrocede para volver al instante en busca de una legítima venganza; lázase rugiente de ira contra el que la ha ofendido; pero el pobre y estenuado caballo, que marcha vendado al sacrificio, es el que paga la función recibiendo una herida mortal en el vientre, que rompe con fuerza la terrible y puntiaguda asta.

— ¡Magnífico! ¡viva!

La sangre del inocente y tímido animal riega la plaza; el brigado y ha enorme montón de tripas cuelgan hasta tocar con la arena... ¡Cuán legítimo es el gozo de los aficionados al ver la extraordinaria bravura del bicho! Otra y otra vez arremete este con el caballo, que redondo y arrojado cae al suelo echando sangre por seis ó siete heridas terribles.

— ¡Otro! ¡otro! grita la multitud.

Y el bicho, cada vez mas furioso y ensangrentado por los rejonazos del picador, molido con tanta caída, concluye con cuatro ó cinco caballos, aunque perdiendo el la mitad de sus fuerzas.

— ¡Banderillas! ¡banderillas! grita la muchedumbre.

Retíranse los picadores, y por entre los cadáve-

res de los inocentes caballos, y en medio de las exclamaciones de los espectadores, empiezan á desempeñar su oficio los banderilleros.

—¡Anda tú, *rico jembro*! grita una prostituta desde el tendido.

—¡A él, *sal de la Andalucía*! grita otra.

—¡A ver cómo le vuelves loco, *saleroso*! esclama un *chulo* en tono fanfarron.

—*Cuidiao, que es revoltoso, compacito*! dice un jóven marqués vestido de andalúz.

El *bicho* brama, jadea, suda y mira con furor á sus nuevos enemigos: con sin igual intrepidez arremete acá y allá arrojando llamas por sus ensangrentados ojos: acércasele un *diestro* con ánimo de clavarle con limpieza dos pares de *rehiletes*; pero, al hacerlo, vé que es *revoltoso el animalito* y huye el cuerpo dando una media vuelta nada *limpia*, y quedándose con sus instrumentos en las manos...

—¡Cochino! ¡marrano!

—¡Cójete! ¡cójete!

Llueyen de todas partes insultos como puños sobre el desgraciado torero; suenan los cencerros en su obsequio, y lleno de confusion, ciego de vergüenza, sale otra vez al encuentro del *bicho*: si la vuelta de antes no fué *limpia*, la de ahora es en *falso*, y tanto que cogiéndole el toro por su banda, le arroja contra la barrera rompiéndole la cabeza y un brazo.

—¡Bravo! ¡bravo!

—¡No le ha hecho nada!

—¡Pobrecito!

—¡Le está bien empleado por su torpeza!

El pobre *diestro* es llevado con destreza á la enfermería, y el *bicho* molestado por los otros tore-

ros, pierde en cien vueltas, que hace mas penosas la sangre que en abundancia mana de su cuerpo, las cuatro quintas partes de sus fuerzas.

Viene en seguida con su garbo y sus alamares el torero de *buen trapío*, ostentando su muleta y estoque, y despues de varias suertes, en que acredita su destreza y serenidad, hace que la misma fiera se presente á recibir el acero, que la entra hasta el corazon, cayendo acto continuo redonda á sus pies.

—Bravo! ¡bravo!

—Viva el *Zenón Manolo*...

Ya está hecho un sacrificio... ¿Para qué describir los demás cuando vienen á ser lo mismo?

Gumersinda, á pesar de la esquisita solicitud que para tenerla entusiasmada desplegaron á porfía la duquesa y la condesa, unas veces afectada, otras risueña y otras indiferente, presencié la funcion con interno disgusto. Sabido es que nuestros amigos, si se exceptúa Sergio, no podían estar contentos con semejante espectáculo: por lo tanto determinaron salirse de la plaza mientras el martirio del quinto y último *bicho*, en lo que obraron cuerda y perfectísimamente siquiera por no sufrir iguales ó mayores *encontrones* que los que sufrieron al entrar.

—Pues, señor, dijo Masalegre así que se vió fuera de la plaza: será muy *nacional*, muy *española* la funcion de toros; pero eso no quita para que en mi concepto ella marque no pocos pasos en la carrera del retroceso.

—Y sin embargo, dijo Rodríguez, cuenta con muchos y ardientes defensores, y entre ellos algunos hombres de talento.

—En efecto, dijo D. Perrondo: no puede negarse

que la funcion de toros tiene entre sus entusiastas defensores algunos hombres de buen juicio y de noble corazon; mas no por eso concederemos nosotros que sea buena. También el *desafío* y el *suicidio* cuentan con admiradores ardientes, y por cierto que muchos de ellos se tienen por *religiosos* y por decididos *partidarios de la reforma*, considerando a esta sociedad en que vivimos plagada de preocupaciones, y de rancias y perjudicialísimas ideas. Pues bien: yo por mi parte (y creo que será conmigo todo hombre verdaderamente sensato) diría a los encomiadores de las funciones de toros: *queréis la civilizacion, y aladais y protegéis bárbaros y sangrientos espectáculos que la hacen un daño terrible*; diría a los defensores del desafío: *el desafío que aladais y en caso púeleis en práctica, representa a la vieja sociedad, cuya caída nos estamos anunciando todos los días*; y diría por último a los partidarios del suicidio, que sin embargo de serlo, dicen que *CREEN Y ESPERAN*: *el suicidio representa y siempre representará la irreligion hasta el ateismo*.

—Perfectamente, dijo el conde en extremo satisfecho con las profundas palabras de su buen amigo.

—Sí, sí, dijeron Julia, Rodríguez y Escalante.

Conversando así sobre la funcion que acababan de ver, llegaron nuestros amigos a la morada de Rodríguez. Después de dejar en ella a la simpática Julia, tomaron nuestros seis amigos la direccion de la consabida casa de Gernicaló en la calle Ancha de San Bernardo, a la cual llegó de allí a una media hora la interesante Gumersinda.

## CAPITULO XIII.

LAS CÔRTES.—OTRA EPISTOLA DE MASALEGRE Á  
FRANCISCA.

Si fuera dable que á nuestro gusto se descorriese el misterioso velo por entre el cual contemplamos tan imperfectamente las personas y las cosas, que han estado y están lejos de nosotros; si fuera hacedero, por ejemplo, que obrándose un sorprendente milagro, se levantase tal cual era el afamado *Partenon de Atenas* para que nuestros ojos le examináran á su completa satisfaccion; si fuera, v. gr., posible, que resucitáran algunos de los hombres á quienes la fama pública pregona como grandes, para que nosotros les viéramos, contempláramos, examináramos y tratáramos de cerca..... ¡oh! ¡qué de ilusiones mas lisonjeras que allá forjára la exaltada fantasía, perderia nuestra alma! ¡qué de vacío mas terrible quedaria en el frio y angustiado corazon!...

*¡Cuántos que calabazas siempre fueran,  
Por sabios tomará la edad futura,  
Y en tanto los que bien les conocieran,  
El humor recobrando que perdieran,  
Se reirán desde su estrecha sepultura.*

No hagas caso de los cinco anteriores versos *prosáicos*, y dí conmigo, lector: ¿Hay alguno que, viviendo fuera de la corte, y siendo ardiente, mediano, ó flojo partidario de la política, no haya deseado con ansia ver el santuario de las leyes, conocer á los principales autores de ellas, contemplar de cerca á los mas afamados oradores, oir

sus discursos, estasiarse con los acentos suaves, festivos, fuertes, melancólicos, dulces ó terribles de su voz...? ¿Y hay alguno que, habiendo oído, palpado, conocido y presenciado todo esto, que habiendo satisfecho aquella ansia tan viva como natural, no haya generalmente sacado triste su corazón, conturbado su espíritu con la dolorosa contemplacion de una fria realidad que le queda, de un *no se qué* escéptico que se presenta á reemplazar infinidad de risueñas ilusiones, que se le marchan para nunca mas volver?

Tres veces bendito es el amor de la patria, ese amor que no es ni puede ser otra cosa que el sublime amor hacia sus semejantes, que el sublime amor hacia el Criador, que se deja conocer con hechos ostensibles y benéficos hacia sus criaturas... ¡Cómo conmueven á los corazones generosos las palabras que espresan esa sacrosanta pasión, que, uniendo á los hombres, debería formar de todos ellos una fuerte é indestructible cadena! Pero ese amor, sublime y dulcísimo para el alma que le abraza en su seno, ¿se manifiesta con la frecuencia y el heroismo que nos figuramos los que de lejos, y bajo un engañoso prisma, contemplamos los hombres y las cosas, los que tenemos la fortuna de no pertenecer á esta sociedad de *fríos calculadores, de impuros é interesados mercaderes*, cuya torpe divisa es la propia utilidad, los goces materiales, y los impúdicos y ruidosos placeres...?

Vamos á llevar á nuestros viajeros al Congreso de los diputados, en quienes reside, ó al menos residir debía, la soberanía de la nación. Nada importa que ahora, mas que el ansia de conocer los obreros de las leyes, y el complicado mecanismo consiguiente á su confeccion, les lleve al agosto.

recinto el interés que tienen en la grave cuestion que allí se va á ventilar; á la manera que aquel que, movido por su religiosidad, ó por un simple deseo de solazarse, va á la iglesia ó al teatro y presencia sorprendido estraños é imprevistos sucesos, ellos se enterarán allí de cosas en cuya existencia ni siquiera han pensado una vez en su vida.

Sabe ya el lector por lo consignado en los antecedentes capítulos, que el gobierno iba á someter á la representacion nacional la suerte de Barcelona, de la cual hasta cierto punto dependia la suya, y que la oposicion, decidida y briosa cual nunca, se encontraba dispuesta á desplegar todos sus recursos para hacerle moralmente responsable de los sangrientos sucesos de que fué teatro aquel emporio de la industria española, y lanzarle así del poder por medio de un voto de censura.

Desde muy temprano todas las avenidas del magnífico palacio estaban tomadas por una inmensa muchedumbre, ansiosa de presenciar la batalla parlamentaria, y mucho antes de comenzar esta, las tribunas públicas, reservadas, de señeras y del cuerpo diplomático aparecieron con una llena completa. La duquesa, la condesa y nuestra Guernersinda, que solo ha ido por dar gusto á sus amigas, ocupan para ver la funcion un asiento preferente, y en sus rostros peregrinos se ve pintada cierta ansiedad, signo evidente del interés que tienen en el éxito de la contienda: el conde, D. Perrondo, Rodríguez y Masalegre, colocados tambien convenientemente en la tribuna reservada á los caballeros, mientras que los diputados conversan acaloradamente en corrillos, corren de acá para allá en el espacioso hemiciclo, entran y

salen, vuelvan á entrar y salir, unos cabizbajos, otros erguidos, estos meditabundos, aquellos serenos, esotros tristes y los demas allá satisfechos, esperan con impaciencia el momento en que la mesa presidencial dé la señal de la disusion, que así bien será la del reñido é interesante combate.

Masalegre, á quien en medio de su impaciencia porque la lucha comenzase, no se le escapaba nada de cuante pasaba en su derredor y á él no podía menos de serle sorprendente y extraordinario, llama la atencion de Rodriguez, que ocupa su izquierda, y dirigiendo su vista al centro del salon le dice en voz baja:

—Dime; ¿quiénes son aquellos dos individuos bajitos y rechonchos, que se dan tan afectuosamente la mano y se contemplan con una boca tan risueña?

—*Picoleonino y Panza de Cola*, candidatos contrarios que fueron en el distrito de la *Soledad*, no sé si de *Barcelona, Sevilla ó Zaragoza*.

—¡Cielos! y los electores de ambos bandos se rompieron la crisma por ellos, segun anunciaban los papeles! ¡pobres electores! ¡cuán ajenos sois á las costumbres cortesanas!... ¿Y siguen hoy por supuesto contrarios?

—Sí: *Panza de Cola* es un ministerial furibundo...

—Pues esa es mas negra...

—Nada quita lo cortés á lo valiente, dijo sonriéndose Rodriguez.

—Ese es un refran como otro cualquiera, repuso aparentando indiferencia Masalegre. Pero... ¿Y quién es este hombre alto y corpulento, que está debajo de nosotros y habla al parecer á sus colegas con inusitado acaloramiento?



—Ese es el famoso *Portalatina*, ministro que fué en el presidido por el general *Pujavante*.

—¿Cuándo?... Todos sabemos que ese general ha presidido lo menos catorce ministerios de su comunión en el corto espacio de seis años... Pero esto es lo que menos importa... ¿Y qué es ahora ese *Portalatina*?

—Un opositor atroz.

—¡Calla!

—Sí; y creo que tenga pedida la palabra para batir al gabinete.

—¿Pues qué ha de decir ese ciudadano que á él no le coja de rabo á cabo?... Ya veo que no es lo mismo *predicar que vender trigo*... Pero se necesita tener flemma para desempeñar ciertos papeles.

—Pues algunos la tienen.

—Sí; como los comediantes, repuso con irónica sonrisa Masalegre. ¡Hola! ¿que está allí ya el insigne D. Bonifacio?... ¡mírale, mírale!

—¿Hacia dónde?

—¡Qué condenado! ¡ya se escabulló! ¡allí! ¡allí! ¿no le ves cerca de la presidencia? no, no: ya se fué á la izquierda... ¿le ves?

—Sí, sí... ¡y qué triste parece que está!

—No, no, dijo Masalegre: lo que está es... *meditabundo*... atiende, atiende... ¡ya se marchó á otro lado! ¿no ves cómo corre de acá para allá?... ¡Si dirán que está picado de la tarántula, según las vueltas y revueltas que dá!... ¡pobrecito! se halla mas que *turulado*.

—Sí; pero al fin y al cabo ha de votar contra el ministerio.

—Veremos; dijo con burlona sonrisa Masalegre. Se me antoja creer que ahora anda *nuestra perla* á la *husma*... es uno de esos hombres altamente pre-

visores... ¡pues! en esos corrillos se pueden formar cálculos aproximados y...

El *dilín, dilín* de la campanilla del presidente vino á cortar, no solo la conversacion de Masalegre y Rodríguez, sino tambien las de los diputados, ministros y espectadores. En medio del silencio sepulcral que el presidente logró imponer con sus campanillazos, y despues de leer uno de los secretarios un real decreto derogando el de suspension de los trabajos legislativos, con voz solemne, si bien conmovida, dijo:

—En virtud del decreto que acaba de leerse, queda abierta la legislatura; suspendida con motivo de los deplorables acontecimientos ocurridos en la capital del Principado... ¡Señores! Se va á dar cuenta de una proposicion firmada por varios señores diputados y motivada en esos mismos acontecimientos; pero antes de nada cumpliré mi lealtad y carácter rogar al Congreso, como encarecidamente se lo ruego, tenga todá la calma posible para que la discusion sea lo mas decorosa y digna.

Las palabras del presidente fueron acogidas con marcadísimas muestras de aprobacion de parte de los diputados, y escuchadas tambien con gusto por todos los asistentes á las tribunas. En esto, otro secretario leyó con voz clara y sonora la siguiente tan lacónica como significativa proposicion:

«Pedimos al Congreso se sirva acordar un voto de censura contra el gobierno por los últimos acontecimientos de Barcelona:—*Portalatina*.—*Quintanaluenga*.—*Piccolomini*.—*Barrientos*, etc».

—Tiene la palabra el Sr. Portalatina para apoyar su proposicion, dijo en seguida el presidente.

Instintivamente todas las miradas, las del inmenso público, las de los diputados y ministros se fijaron sobre el gigantesco Portalatina, quien en pie junto á su banco de la izquierda, teniendo diferentes papeles debajo del brazo y un manuscrito en la mano derecha, empezó con voz débil y conmovida, que luego se convirtió en clara y potente, su discurso, que duró nada menos de hora y media: durante este largo espacio, el orador, dando palmadas sobre el banco que tenía delante, ensayó todos los tonos, desde el excesivamente patético y terrible, hasta el inmensamente flojo y ridículo: bajo lo menos mil y quinientas protestas de abnegación y patriotismo, y consignando una y tres veces que solo impulsado por este había suscrito y se atrevía á sustentar su mocion ante una Asamblea, de que él era el último y mas indigno miembro, nuestro diputado, ya parándose, ya corriendo, ya tropezando, ya cayendo, ya mirando al manuscrito, ya á los papeles impresos, ya elevando sus encendidos ojos sobre el presidente, ya sobre los ministros, ya sobre sus compañeros ó ya sobre el público, divagó lo que se dice de lo lindo, repitió y volvió á repetir lo dicho aunque en diferentes términos, reducido en sustancia á que el gobierno, ó lo que era lo mismo, sus agentes responsables, habian provocado la revolucion de Barcelona, tratando á esta ciudad como á país conquistado, vejándola y oprimiéndola con inusitada crueldad, insultándola y escarneciéndola, sin piedad, y que por consecuencia la Cámara debía aprobar su proposición á fin de que un nuevo ministerio, mas tolerante, conciliador y prudente que el actual, cicatrizase las heridas que aun manaban sangre en el emporio de la industria nacional,

próximo á someterse por la misma razón que ahora se había levantado sin que á ello le impulsaran fuertes y poderosísimos motivos.

Mientras que, después que hubo concluido Por-talátina, unos diputados y oyentes ponían á aquel sobre las nubes y otros le bajaban á lo profundo del abismo, Masalegre, cuya lengua se avenía muy mal á estar mucho tiempo ociosa, llamó la atención de Rodríguez para decirle en voz sumamente baja:

—Este no lo ha hecho mal en el fondo; pero lo que en él mas me ha gustado ha sido su excesiva modestia.

—No hagas caso de la modestia de algunos diputados, le dijo sonriéndose Rodríguez: dirán con la lengua que son muy *chiquititos*, muy inferiores á otros; pero para sus adentros y para fuera de este recinto todos los demás hombres son niños de teta á su lado.

—Ya yo tenia entendido, repuso con sorna Masalegre, que para *parlar* aquí en grande no se necesitaban mas que dos cosas: vivir persuadido de que se sabe mucho mas que los que á uno le escuchan y tener una dosis inmensa de osadía; pero... cuando se oyen con estos oídos tantas, tan formales y repetidas protestas...

—Atendamos, que va á empezar tu amigo el ministro, dijo interrumpiéndole Rodríguez.

En efecto: uno de los siete individuos que ocupaban el banco azul, puesto á la sazón en pie, dió principio á su discurso, que si no tan largo como el del diputado, fué en cambio mas *terrapon* é inmensamente mas duro, mas incisivo, mas vehemente y mas provocador. Entró lamentándose amargamente de los acontecimientos de Barcelona,

que en su opinion habian puesto al trono en inminente peligro; conjurado; segun él, por la sabia energia del gobierno; y por la lealtad y valentia del ejército: en bastante embozados terminos procuró hacer ver que solo los elementos revolucionarios, que con ocasion de nuestras discordias civiles se encerraban aún en Barcelona, habian sido la causa de las sangrientas colisiones allí ocurridas; dijo que la conducta del gabinete no habia podido ser mas digna, mas patriótica, mas firme ni mas humanitaria á la par, puesto que lo primero que hizo á luego de tener noticias circunstanciadas de los sucesos fué ordenar que no se bombardease la ciudad para que no pagasen inocentes por criminales: aseguró así como de paso y con voz no muy fuerte que el general cumplió con su deber durante la lucha; pero que, sin embargo, queriendo el gobierno que se esclareciesen hasta los hechos mas insignificantes de su corta á la par que desgraciada dominación, le habia llamado á la corte, sometiéndole al propio tiempo al Supremo Tribunal de Guerra y Marina, único en su concepto competente para decidir si aquellos habian sido ó no acertados, si habian ó no sido prudentes y arreglados á las circunstancias: encarándose en seguida á los bancos de la oposicion, un poco inclinada para atrás la enorme cabeza, chispeantes los ojos y el rostro sobremedidamente encendido, lanzó en el campo de las recriminaciones y con toda la fuerza de sus pulmones exclamó: «¡No! ¡no somos crueles ni arbitrarios, no! ¡Crueles nosotros, que lo primero que hemos hecho ha sido dar orden de no bombardear á Barcelona...! ¡Arbitrarios nosotros, que no nos hemos separado en un ápice de lo dispuesto en las leyes, ni hemos se-

guido otra línea que la que nos ha sido trazada por los cuerpos colegisladores...! ¿Y quién es, señores el que pretende llevarse el primero la triste gloria de dirigir cargos tan infundados, tan gratuitos, tan injuriosos al gobierno, de que con honra forme parte...? ¡El Sr. Portalatina...! ¡El señor Portalatina, señores, que siendo ministro sostuvo aquí y fuera de aquí con todas sus fuerzas el permanente estado de sitio del Principado, aprobó por consecuencia las comisiones militares, que desterraron del suelo pátrio por las mas levísimas causas á muchos ciudadanos, y condenaron á la última pena á mas de cuatro desgraciados, aumentó sin el necesario concurso de las Córtes los tercios de mozos de escuadra gravando con esto el presupuesto, dió diferente destino del que tenían á varias partidas del mismo, y aprobó, en fin, indemnizaciones de inmensas cantidades con cosas públicas así bien destinadas á objetos altamente sagrados, sufriendo en ello todas las leyes y hasta no sé si diga que la misma moralidad!»

El sangriento apóstrofe del ministro, lo arrogante de su presencia, su mismo tono tan orgulloso como provocativo, produjeron al pronto una honda sensacion en todo el auditorio, que al fin concluyó por estallar en fuertes murmullos y acaloradas recriminaciones entre unos y otros diputados: de banco á banco dirigíanse en horrible confusion insultos como puños, y verdades como templos, y durante unos minutos vióse lamentablemente convertido el augusto laboratorio de las leyes en un verdadero campo de Agramante. Con no poca dificultad logró al cabo de aquellos restablecer la calma el presidente, y despues de una razonable y sentida exhortacion de éste y de las

correspondientes rectificaciones de ministro y diputado, tocó su turno al llamado Barrientos para apoyar la consabida proposición.

Razonada y terrible, aunque no pronunciada con rapidez, fué la oración de Barrientos, quien en el espacio de una hora larga que ocupó la atención del Congreso, procuró destruir el efecto producido por el discurso del ministro, dirigiendo al gobierno nuevos y severísimos cargos. Empezó por decir que la política de recriminaciones no producía otra cosa que el descrédito de unos y otros, y tempestades como la que acababa de correr el Congreso; rechazó en seguida con energía la peregrina teoría del ministro sobre que el tribunal de Guerra y Marina era el único competente para decidir acerca de la conducta del general, diciendo: que si bien concedía á aquel la esclusiva facultad de aplicarle el rigor de la ordenanza, si á ello había dado lugar, existía, sin embargo, otro tribunal superior á todos los tribunales, y era el Congreso, que fallando sin apelación en nombre de la opinión pública, conservaba los gobiernos y sus agentes que obraban bien, y quitaba á unos y á otros el poder cuando no le ejercían con arreglo á las leyes: demostró acto continuo que el gobierno había sido cruel en demasía, no después de una revolución tan terrible y poderosa como la de Barcelona (pues que de haberlo sido en este caso, no habría palabras bastante duras con que calificar su conducta), sino antes exasperando y provocando á la ciudad con fuertes é injustísimas exacciones, con inmotivados encarcelamientos, con destierros gratuitos de honrados y pacíficos ciudadanos, con bandos terroríficos y solo propios de los pueblos bárbaros, y con el fusilamiento en fin de

un infeliz trabajador, que hirió á un soldado en propia defensa. «Estos hechos de refinada y gratuita crueldad, decia con voz ya potente y agitando en su diestra una porcion de cartas y periódicos, aparecen aquí plenamente comprobados; aquí se ven esas disposiciones oficiales, cuya sola lectura estremece; aquí se ven en fin confirmadas por el testimonio de personas honradas, pudientes, y en todos conceptos respetabilísimas, las medidas de terror, las órdenes verdaderamente draconianas que lanzaron á las calles á casi todas las clases de una ciudad inmensamente populosa, inmensamente rica, é inmensamente trabajadora. Y si esto no es suficiente para probar la indisculpable, la bárbara, la atrocísima conducta del gobierno y sus agentes con un pueblo laborioso y morigerado, pero condenado á pesar de esto durante la dominacion moderada á vergonzosa y perpétua servidumbre, ahí está, señores, ese hombre ilustre, ese hombre cuyo testimonio á nadie puede ser sospechoso, ese hombre valiente y honrado que en union de su criado presencié la sangrienta catástrofe, y ayudé poderosamente á que esta no fuese mas terrible. Todos sabemos la opinion que ese grande y virtuoso ciudadano ha formado de los sucesos que nos ocupan, y ella dice mas contra el poder, que cuanto yo y la oposicion entera conmigo pudiéramos razonablemente echarle en cara.» Después de estas palabras, que produjeron un efecto maravilloso en la Cámara, y conmovieron los corazones de nuestros viajeros y todos sus amigos, se entró el orador en consideraciones de la mas elevada política, probó de una manera explícita que el gobierno habia tolerado los escándalos desmanes de sus agentes en Barcelona, hacién-



dose por lo tanto connivente en aquellos, y que por consecuencia habia perdido el apoyo de la pública opinion, sin la cual ningun gobierno puede funcionar libre y desembarazadamente, concluyendo por decir con atronadora voz y encarado hácia el banco azul: «¡No! Vosotros no podeis seguir ocupando esos escaños: la revolucion de Barcelona ha venido á quitaros hasta el último rastro de fuerza moral que pudiérais tener no sólo en el país, sino fuera de él; y sin esa fuerza moral, sin ese elemento, único poderoso para regir los pueblos que aun conservan un resto de libertad, á nadie le es dado gobernar en beneficio de los gobernados: solo veo ya con vosotros una cosa lúgubre, aterradora, el despotismo, pero revestido con los atributos de la libertad, que es cien veces peor que el despotismo descarado: dejad, pues, el poder, y es fácil que tras de vosotros luzca al fin brillante y esplendoroso el sol de la libertad para esta nación magnánima y digna de mejor suerte.»

El discurso de Barrientos fué el verdadero cachetero del ministerio. Despues de él, si bien hablaron otro ministro y otro diputado en contra y en pro respectivamente de la proposicion, como que ya estaba, digámoslo así, agotada la discusion, sus pálidos discursos fueron escuchados sin interés por el público: en cuanto á los diputados, los mas de ellos habian ya abandonado el salon, refugióndose en el inmediato de conferencias, á donde tambien se fué el ilustre D. Bonifacio, ansioso de proporcionarse *noticias circunstanciadas*, para en su vista votar un *si* ó un *no* provechoso á la patria, de él tan ardientemente querida.

Mientras tanto, y viendo el poco aprecio que todo el mundo hacia ya de la discusion, Masalegre

entabló de nuevo conversacion con Rodriguez diciéndole:

—¿Sabes que yo tenia otra idea de esto?

—Pues...

—Lo digo por tanto hablar todos para decir tan poco, prosiguió con desden Masalegrè... Yo creí tambien que hablaban mas de corrido y mejor; pero... ¡val! ¡va...! habiendo visto esto, casi me atrevia á apostar que habla con mas desparpajo que la mayor parte de diputados y ministros el tío *Pope el Diego*, de quien tú deberás acordarte, en las conchajadas de nuestro lugar.

—Advierte que se dan muy pocos *Demóstenes* y *Cicerones*.

—Sí, pero tú no pierdas de vista que hay muchos *ciudadanos* que en su escesiva modestia se tienen por tales, repuso con sarcástica risa Masalegre. Tampoco creas, añadió muy formal, que me gusten á mí los que dicen pocas cosas con muchas palabras, los que para dar una razon la adornan por delante y por detrás de *hojarasca*, tan grata para algunos como para mí insoportable... ¡Oh! lo que es algunos... ya oiste al insigne Antonio Francisco Alvarez Amador de los Rios, que el primero de los mortales despues del *poeta* es el *orador*... pero lo que es para mí... ¿quién alaba á quién?... Oí en una ocasion al amo (y ahora se me ha venido cincuenta veces á la imaginacion) que Demóstenes y Ciceron brillaron al espirar sus repúblicas. Discurre tú si esto puede significar algo... Mas que grandes parladores me agradan á mí hombres que digan con franqueza y precision lo que quieren, que orillen luego la cuestion y no traten de ofuscar la verdad, ni deslumbrar á los que les escuchan con frases pomposas, sonoras y retumbantes,

Los que mucho charlan suelen formar con sus palabras un tan intrincado laberinto, que ni aun ellos mismos saben como salir de él. Pero en fin, lo que ahora se puede desear en los mas, parlen mucho ó parlen poco, es que, sobreponiéndose á las miserias de bandería, voten bien la proposicion.

—¿Y si varios lo hacen contra el gobierno, impulsados tan solo por esas miserias...? Unos, á quienes aquel no contentó, otros, que aspiran á mas de lo que tienen ó lo que son, estos, que dice recibieron un desprecio, aquellos, que alegan fueron heridos en su amor propio... ¡ohl ¡ohl Si se descorriese el velo que encubre tantas y tan grandes miserias...!

—¡Qué de *sapos y culebras* habíamos de ver! ¿eh? dijo sonriéndose Masalegre. Pero... ellos voten, y lo demás...

—Sí, pero si todos los votos...

—Qué, ¿no quieres que sea derrotado el ministerio?

—Con el alma y la vida, hombre; pero te contesto á lo que acabas de decir.

—Bien, hombre; es lo que menos importa para el caso. Ya sabemos que algunos de estos individuos la tendrán *muy ancha*... ¿Por ventura va siempre unida la conciencia á los actos de los hombres?

—No, pero debería ir...

—No es lo mismo *deber que pagar*, dice el refrán... Pero atiende atiende.

Acercábase ya el solemne momento de votar, para cuya operacion, por ser ya cerca del anochecer, fué brillantemente iluminado el magnífico salon. Otra vez volvió á poblarse este de representantes, que en sus rostros traian pintada ya, ó la

alegría del próximo triunfo, ó la tristeza de la cercana derrota. En esto, á la esplendorosa y casi mágica luz que bañaba el salón, nuestros amigos, que de vez en cuando fijában sus miradas en el sitio que ocupaban Gumersinda, la duquesa y la condesa, observaron que las tres jóvenes se movían, Gumersinda un poco pálida y con la vista fija en el suelo y la condesa y la duquesa un si es no azoradas, mirando esta de vez en cuando al centro de la tribuna pública... Acababa de ver en esta al general, vestido de paisano y confundido entre la multitud, nuestra pobre huérfana, quien, no sintiéndose con fuerzas para permanecer por mas tiempo en el augusto recinto, significó á la duquesa su voluntad de retirarse. Al instante y no sin alguna extrañeza de parte de nuestros amigos, abandonaron las tres jóvenes el suntuoso salón, colocándose en el carruaje de la duquesa, que las esperaba en una de las próximas calles, y á los pocos minutos las condujo al consabido palacio de la Carrera de San Gerónimo.

En medio del mas religioso silencio, respirándose en todas partes con dificultad, porque los corazones latían con inusitada violencia en esperas del interesante resultado, dió principio la votación, que concluyó como era de esperar por ser funesta al ministerio. En el momento de anunciarlo así el presidente, todas las tribunas prorrumplieron en estrepitosos aplausos, y mientras los ministros los ministros salían cabizbajos y furiosos en dirección del real palacio para presentar sus dimisiones, unos diputados se abrazaban á otros radiantes de gozo, otros rabiaban y pateaban, estos redoblaban frenéticos sus bravos y vítores, y aquellos maldecían medio ahogados por la furia

la conducta y mentidas palabras de los que llamaban *cobardes y pasteleros*. No nos olvidemos de consignar aquí (pues que algo y aún mucho de lo último le tocaba) que cuando llegó su turno en la votación al insigne Burdiluengo de Quincoces, confusa, ruborosa y atragantada la *perla de Campos* por las ardientes miradas que los ministros la dirigian, pronunció un *sí* compungido y melifluo, pero que sin embargo no dejó de valer tanto como los seis sonoros y retumbantes de los mas furiosos y valientes opositores.

Con la cabeza medio atonada, á causa de las exclamaciones de delirante júbilo que por todas partes venian á sus oídos, salieron nuestros amigos del magnífico palacio, tomando la dirección de lo consabida posada de la calle *Aneha de San Bernardo*, á donde llegaron presurosos como agujoneados por una hambre semicanina, que cuanto antes querian todos satisfacer: está sin embargo no habia quitado á Masalegre la facultad de *parlar*, y así dirigiéndose á su amo luego de abandonar el congreso, dijo:

—El ministerio cayó sin disputa: de suponer es que le reemplace otro de la oposición moderada, que tanto y tan bueno ha prometido....

—Eso por de contado, dijo el conde interrumpiéndole.

—Pues bien, prosiguió Masalegre; es necesario no perder estos preciosos momentos si queremos conseguir lo que deseamos. Casi todos los moderados, añadió con una gracia que hizo reír de buena gana al conde y á sus amigos, vienen á ser como los alcaldes de monterilla, muy rectos y arreglados los quince primeros dias de su mando; pero trascurridos estos, si la justicia llama á sus puertas,

la contestan muy frescos con un *perdone usted por Dios*..... Con que así, pidamos pronto, pronto lo que mas nos convenga, porque despues, de seguro nos darán con la suya en los hocicos.

Instalados nuestros amigos en la posada, á donde ya les estaba esperando el buen Gutierrez, exento de servir entonces á Gumersinda por estar convidada á comer con la duquesa, fueron al instante obsequiados (si obsequiado puede ser uno á costa de su bolsillo) con una abundante y variada comida, concluida la cual y viendo Masalegre que su amo y el conde se disponian á ir á casa de la aristocrática huérfana, dijo:

—Pues señor, corriente: ustedes se van con Gumersinda, Rodriguez con su familia, y yo me voy con Gutierrez á ver la funcion de un *titiritero, prestidigitador ó gana-vidas*, que trabaja segun dicen divinamente.

—¡Funcion de un titiritero! exclamó el conde en tono despreciativo.

—Si, mi querido señor conde, repuso Masalegre con sonrisa picaresca, y nunca mejor que esta noche para verla. Pero no vaya usted á creer, añadió con formalidad, que hemos de estar en ella mucho tiempo..... Deseo tanto como VV. ver á nuestra Gumersinda y saber por qué abandonó el congreso antes de la votacion..... será cosa de un par de horas lo mas..... al cabo de ellas allá nos tienen VV. á los.

—Bueno, bueno, le dijo risueño el conde.

—¡Ah! dijo Masalegre llevando su die tra á la frente: voy, voy antes á escribir á casa..... Quiero aprovechar el correo de esta noche para que cuanto antes se enteren de la gran noticia del dia nuestros paisanos y amigos.

A los pocos momentos D. Perrondo, el conde y Rodriguez marchaban por la calle *Ancha de San Bernardo*, este en busca de su familia y aquellos en la de la duquesa y Gumersinda, y mientras tanto Masalegre, decidido á ir con el carabinero á ver la funcion del *titiritero*, escribia bastante de priesa á su querida Francisca la epístola siguiente:

«Madrid y noviembre... de 484... Mi inolvidable compañera y amiga: acabo de salir de la gran funcion que ha habido en las Cortes, donde he visto cosas que me han parecido muy buenas, y otras que no me han parecido tanto, y al momento voy á ver la de un *prestidigitador* ó *tutillimundi*, que dicen que trabaja de lo lindo, por lo que no quiero en manera alguna perderla y menos cuando me está esperando para ir en mi compañía nuestro salvador de Rabé. Así, pues, y porque aun cuando la noche es larga, el tiempo de que yo puedo disponer es corto, el correo inconsiderado y la ocasion fugitiva, como diria *Hipócrates*, hombre á quien tú no conoces ni yo tampoco, te escribo de priesa estos cuatro ó cuarenta renglones para poner en tu conocimiento, á fin de que tú lo hagas en el del señor cura y en el de todos esos buenos paisanos, que el ministerio ha sido derrotado en la solemne votacion, que dió fin á la solemnisima funcion, vista no solo por mí, sino tambien por el amo y varios amigos y amigas. Con esto, antes que concluya el mes, que ya está al espirar, tendremos otro ministerio, compuesto de las notabilidades de la oposicion que se llama *moderada* y que mas bueno ha prometido, y solo Dios sabe si cumplirá... no, no, me equivoco: yo sé de positivo que no se llevará á cabo ese *bueno*, por-

que para los ministerios, máxime si son *moderados*, al revés que para todo el mundo, prometer y no dar es una misma cosa. Tocante á promesas, todos los moderados son muy largos: diríase que les habia parido una misma madre; pero yo entiendo que si como las de ellos fueran las promesas de N. S. Jesucristo, que todos los dias pedimos en la *salve*, bien podíamos renunciar los pecadores á ver el reino de los cielos. Pongo en tu conocimiento que mi humilde nombre ha resonado gloriosamente esta tarde en las bóvedas del palacio de los legisladores en union de el del amo, lo cual no creas que me ha puesto ancho, porque me hago la cuenta acá para mi pobre juicio que igual valgo hoy que ayer y que ayer valía tanto como hoy: casualmente estoy contemplando ahora mi sombra y veo que es lo mismo ni más ni menos de grande que lo era anoche y hace veinte años: además que yo creo que si se nos ha tomado allí en boca es porque se dan algunos individuos que, cuando tratan de derrocar ministerios, se agarran aunque sea á un clavo candente... tan *discurridores* son!... El amo ha salido en este momento acompañado del conde en busca de Gumersinda, á quien yo iré á buscar tambien despues de la *titiritera* funcion... ¡Pobre muchacha! Por ahora no te digo mas acerca de ella que el general hace tres dias que está aquí y aun no ha á ido verla... Pero vamos á otra cosa, que solo el pensar esto me pone de un humor acre y endemoniado. Puedes decir al señor cura y á todos los amigos, que nuestro diputado D. Bonifacio asistió *husmeante* á la tremenda sesion, pero al fin votó *medio llorando* la muerte del ministerio, ó lo que es lo mismo, pronunció un *si* tan *indemine, anistiado* y *complicido*, como dice ese



tio *Telebrón*, que daba lástima el oírle, porque dirían que con él se le escapaba la mitad y mas de su alma *matemática*: sin embargo, como que su *sí delgadito y exánime* valia tanto como el *sí llenote y robusto* de los mas pronunciados oposicionistas, los ministros arrugaron el ceño al oírle, y seguro es que si pudieran entonces taparle la boca, aunque hubiera sido con un puñado de pimientó picante, lo habrían hecho de muy buena gana. Concluyo la presente diciéndote, que corre por esta coronada villa un librito intitulado *SEMBLANZAS* (que es lo mismo que *histórietas*) DE TODOS LOS ACTUALES DIPUTADOS, compuesto por unos tunos muy largos, que todo lo saben y nada callan aunque se trate del *lucero del alba*: en él está escrita con tinta colorada la *vidilla y algun milagro* de nuestro celebérrimo Burdiluengo de Quincoces, y para muestra de lo que las malas lenguas dicen de él, te copio la siguiente coplilla, que por casualidad ha cogido de memoria este tu afectísimo como siempre

MASALEGRE.

Perla mirífica  
del *Campo gótico* (1)  
quiero en esdrújulos  
por tí cantar;  
y el vulgo impúdico,  
fiero y estólido  
mi númen tétrico  
venga á admirar.  
Charlando impávidos

---

(1) Era llamada así en lo antiguo la tierra de Campos.

muchos frenéticos  
 nota de estéticos  
 logran tomar;  
 y en tí metódico  
 siempre y flemático  
 yo admiro eclético  
 tu *buen callar*;

Dicen que escualido,  
 con ojos lividos;  
 tu voto lánguido

das al poder...  
 necios políticos  
 de almas raquílicas,  
 que envidian pálidos  
 tu proceder!

Tú, matemático,  
 solo el capítulo  
 del bien genérico  
 mirando vas;  
 y esa *catáfila*  
 tonta y ridícula  
 el de *agarrántibus*  
 mira no mas.

Siendo tú estíptico,  
 quieres sintético,  
 mas, analítico

*Vizconde* ser;  
 y yo *espetífico*,

no yo *hipotético*,  
 y aun *Daque* emplástrico

te quiero ver.  
 Y que impertérrito

con tu metálico  
 compres espléndido

un tilburí;  
 Te quillo

y... al ver enfático  
tan gran gagnápiro.  
el pueblo estático  
se goce en tí.

## CAPÍTULO XIV.

## EL TITIRITERO MARCHANTE.

Contentos, y mas que contentos, apresurados, marchaban nuestro Masalegre y Gutierrez por las calles de Madrid, á la sazón brillantemente iluminadas por el *bicarburo de hidrógeno*, en busca de la *titiritera* funcion, como decia el primero, que de antemano tenían concertado presenciar. Puestos en la Puerta del Sol, arrojó Masalegre por el buzón del majestuoso edificio de Correos la *flamante* carta escrita para Francisca, y engolfándose seguidamente con el carabiniro en la gran calle de *Alcalá*, solo abandonaron ésta al llegar á la denominada de *Peligros*, la cual no creemos se los ofrezca á nadie por ningun estilo. A los pocos pasos que dieron nuestros amigos en la última calle, los *deliciosísimos* acentos de una música *ra-tonera*, que del centro de una bastante vetusta casa vinieron á halagar sus oídos, hiciéronles entrar en su cuadrilongo portalon, pálida y tristemente alumbrado por un enorme farol pendiente de la ennegrecida techumbre, y atravesándole con firme á la par que ligero paso ganaron un estrecho pasadizo, llegando en seguida, pródigo por supues-ro el correspondiente *cuanteque* de dos reales de vellen por cada uno, á un salon como de veinte varas de largo por doce ó catorce de ancho, á la sazón ocupado por unas doscientas personas, nú-

mero en estremo satisfactorio para el *trujián*, que segun *pública voz y fama y comun opinion*, como por *nétia rutina* dicen muchos *escribos y fariseos* con mas interés que nunca cuando tratan de condenar á un inocente ó salvar á un criminal, tan sorprendente y maravillosas habilidades ejecutaba. Mas de las tres cuartas partes del antedicho número le componian mozas sueltas, relamidas y ardientes por un acomodo; imbéciles cocheros *femeninamente* aquí y *masculinamente* fuera de aquí emparejados, criados *sisonos* de espalera abajo, *manolas*, *majos*, prostitutas y gachés, gente toda alegre y divertida, ávida siempre de gresca; ansiosa continuamente de movimiento y de jarana, que pensando solo en el dia de hoy, le da un ardite por el de mañana, y menos si es posible que nada por el que pasó.

Como la llena puede decirse que era completa, cuando llegaron nuestros dos amigos, y segun todas las probabilidades se iba á subir luego el telon que habia de poner de manifiesto la plataforma levantada para que trabajase el ponderado titirite-ro; procuraron acomodarse al momento, y al efecto se dirigieron á tomar el para los dos insignificante espacio que divisaron en uno de los roñosos bancos de pino, espareidos por acá y por allá, donde ya estaban instaladas cuatro esbeltas *manolas* conversando alegremente con dos elegantes *majos*, sentados en otro banco inmediato, vuelta su espalda al proscenio.

— ¡*Jesú y que ancho viene su mercé!* exclamó algo enojada la *manola* junto á la cual se sentó Masalegre, inclinándose desdeñosa al lado opuesto de este, como aquel que siente se le acerque un importuno.

—Es que confío en que *esa sal de Jesú* me hará un poquito de sitio, la dijo con galantería Masalegre:

—Pues es mucho confiar, compadrito, repuso ya algo mas risueña la *manola*; y echando una mirada picaresca sobre Masalegre, añadió: ¿de cuándo acá tanta *satisfacción*? ¿pensais tenerla por vuestra cara de letanía...?

—Lo habeis acertado, *palomita rubia*, la repuso con mucha gracia Masalegre, á quien no desconcertaron en nada ni las últimas palabras de la *manola*, ni las estrepitosas risas que produjeron entre sus amigas y amigos. Si fuera de *viernes santo*, recelaria poner de luto ese divino palmito...

Trastornada la *manola* con las alabanzas de Masalegre, alabanzas que por otra parte se merecia muy bien, porque tenia un palmito de cara capaz de tentar al mismo *San Antonio*, salió á interrumpirle diciéndole con mal disimulada alegría:

—Me doy por vendida, señor mío... ¿Le hacemos un *cacho* de sitio; muchachas? añadió ejecutando lo que decía... sí, sí, bien lo merece, porque es un *Don levitt* *ma* formal.

—Sí, sí, dijo una de las compañeras estrechándose otro poco para que se colocáran cómodamente Masalegre y el carabinero... de lo contrario no vendría á ver á *Marchante* con un simple *melitar*.

—Lo que es por ahora quiero ver esos *dos luceros*...

La subida del telon vino á concluir con los requiebros de Masalegre para con las *manolas*, é hizo cesar tambien todas las conversaciones, dirigiendo todo el mundo involuntariamente su vista sobre el individuo que apareció en el proscenio, y no era ni podia ser otro que el afamado titiritero Marchan-

te, quien de pié delante de un gran sillón y una larga y estrecha mesa en forma de mostrador, un poco inclinado para atrás y un mucho descarado, esperó unos momentos á que reinase el más profundo silencio para anunciar la función, recreándose durante ellos sus codiciosos ojos en el numeroso público que habia acudido á presenciaria... Pero ante todo digamos cuatro palabras acerca de este trujiman.

Era Marchante, cuya edad no pasaba de los cuarenta, delgado, bajo y finchado cual pudo serlo el mas finchado *portugués* de los tiempos de *Aljubarrota*: vestía en esta ocasión un gabancito de paño no muy nuevo, unos pantalones que parecían verdosos y un chaleco de tela encarnada tan bien abotonado que le cubria mas de la mitad de una corbata de colores: sus cabellos lácteos, graciosos y caídos para los lados y para atrás á lo romántico, se hallaban divididos al nacimiento de la grande entrada izquierda por una rayita á estilo de los de las señoras: su barba larga y cerrada era roja como la de Judas, su nariz chata y sus ojos pequeñitos, negros y vivisimos: la circunstancia de tener el labio superior algo arremangado, hacia aparecer casi de continuo en su boca cierta risita entre cruel y desdenosa, y dejaba ver perfectamente su mutilada y bastante sucia dentadura. Semejante conjunto de cualidades físicas daba á nuestro Marchante á primera vista todas las trazas de un... titiritero. ¿Para qué hemos de molestarnos en buscar objetos de comparacion cuando ninguno es mas á propósito que este...? ¡A cuántos, de nosotros conocidos, cuyas cualidades físicas y morales vienen á ser como las de Marchante, comparamos lo mas oportunamente con un titiritero...!

Si de lo físico de nuestro hroe pasamos á lo moral, con muy pocas palabras le definiremos, pues bastará decir que era tan buen charlatan como grandísimo bellaco, esto es, ni mas ni menos que lo que han sido todos los de su clase desde *maese Pedro* acá y desde *maese Pedro* allá, incluso el mismo *maese Pedro* y su celeberrimo ayudante.

Al propio tiempo de ir á tomar la palabra Marchante con el objeto arriba indicado, uno de los majos andaluces que poblaban el salon y que desde el momento que se corrió el telon tenia fija su asombrada vista sobre el titiritero, exclamó con toda la fuerza de sus pulmones y con toda la gracia peculiar á los de su tierra:

— ¡Hui! ¡qué *facha* tiene su mersé!

La exclamacion del majo hizo prorumpir á todos los espectadores en una tremenda carcajada; pero el trujiman, lejos de desconcertarse con semejante incidente, así que vió que todo el mundo habia reido á su satisfaccion, dando un par de pasos hácia adelante, con mucha flemma y donaire dijo:

— Señores: por esta ya no se puede remediar, y así espero que me dispensen Vds.; pero para otra funcion les prometo traer mejor *facha* con lo que me preste de la suya ese *cabayerito*.

Otra risotada, si cabe mayor que la anterior, acogió las palabras del titiritero, quien, ya por no dar lugar á que le replicase el majo, ya por no prolongar una escena tan estraña al espectáculo, retirándose á su antigua posicion, empezó á desempeñar su cometido hablando con la mas pasmosa ligereza en los siguientes términos, que por lo menos habria pronunciado cinco mil veces en el discurso de su vida ayenturera:

—Señores; va á dar principio la función, que procuraré sea digna del respetable público que ha tenido á bien favorecerme con su asistencia. Ante todo debe el *artista* dar á conocer á sus favorecedores el nombre que lleva, su patria y su vida para que ninguno alegue ignorancia en la materia. En este supuesto, sepan, pues, ustedes que yo soy *Marchante*, natural de *Murchante*, cerca de *Cascante*, de oficio ambulante y por el mundo errante: fui de niño estudiante, y por no haber querido la *necea* fortuna que naciese hijo de un duque ó de un gran mayorazgo, tuve que abandonar mis estudios y meterme á *danzante*, oficio que ahora ejerzo, pues danzante y no otra cosa es el que anda *danzando* como yo por el mundo para ganar honradamente una *pidilla*, que sobremanera aprecio, porque lo que la falta de quieta, la sobra de holgada, y la holganza, por mas que se diga, no deja ser para todo prójimo el supremo bien..... Sí, señores; no lo tomen Vds. á broma, porque no hay cosa mas dulce, mas sabrosa ni mas apetecible que la santa holganza; y, con permiso de Vds., aunque por otro lado *es de rigurosa ordenanza*, á fin de que mejor se comprenda el *mundo abreviado* que al instante se pondrá de manifiesto, voy á cantarla en placenteras y entusiastas seguidillas..... ¡Música! ¡música! exclamó dirigiéndose á los cinco *Orfeos*, que al pie del proscenio esperaban la señal de *rascar* un enorme violín y *soplar* dos cornetas de llaves, un fígle y un serpentón..... ¡Esa guitarra, muchacho! añadió mirando á su izquierda al propio tiempo que se sentó en el vetusto sillón con mas prosopopeya que si fuera un triunfador romano ó un monarca oriental.

El charlatanismo del titiritero arrancó al *ilus-*



*trado* público que llenaba el salón fuertes y prolongadas risas y numerosos y terribles aplausos. Bajo impresión tan favorable empezó el trujimán a cantar y tocar las seguidillas en honor de su *ídolo*, que lo era también de la inmensa mayoría del auditorio... ¡Oh! ¡qué de satisfacción aparecía en casi todos los semblantes mientras Marchante entonaba por *re*, *sol* ó *mi* su canción favorita! ¡y qué de tremendas carcajadas daba aquel *pueblo soberano* cuando el bellaco, haciendo ridículas muecas é indecentes gestos, arrellanado su cuerpecito en el ancho y carcomido sillón del último siglo, cantaba al son de la estruendosa y bárbara música aquel tan sabroso estrivillo para los haraganes, viciosos, chupones y parásitos!

*porque es muy bueno,  
porque es muy bueno,  
porque es muy bueno,  
comer y holgar...*

*porque es muy dulce  
gozar, gozar;  
y mas sabroso  
no trabajan,  
no trabajar,  
no trabajar.*

—¿Sabeis que la función esta va a ser la mas estrafalaria del mundo? dijo en voz baja Gutierrez a Masalegre, mientras que Marchante se *poseia* con el anterior estribillo: ¿no os dije yo que aqui no vendrian mas que *manolas* y *gachés*?

—Aguardemos, le dijo Masalegre; recuerdo ahora lo que el amo dijo en la feria de *Nagera* viendo

una cosa por el estilo: en todas partes hay mucho que aprender.

—¡Ea, señores! dijo el titiritero poniéndose en pie así que concluyó la canción: van VV. á ver al instante el *mundo abreviado*, y no así como se quiere, sino á través de cortina, cosa muy puesta en moda en el día... En el verán VV. toda clase de pájaros, porque así como á otros les da por comer tierra, á mí me ha dado por espigar avena de todas las familias, desde las astutas llamadas *malignas* hasta la de las terribles conocidas con el nombre de *rapientes*... Un andante suave y pausado con solo el violín, añadió dirigiéndose á los músicos, para que mi voz sea oída y las figuras pasen con toda pompa y magestad.

Retiróse unpa pasha el *hiatirion*, y en el momento cayó delante de la mesa-mostrador un ligerísimo telón de gasa blanca, por entre el cual se divisaban perfectamente cuantos objetos había en el prescénio. Colocado aquel de pie tras de la mesa empezó al son disorde del violín y en medio de la atención general á mover los diferentes resqrtes que en ella había, y á beneficio de sus maniobras se iban progresivamente presentando ridículos muñecos como de media vara de altos, que desaparecían á su tiempo para ser reemplazados por otros, todos vestidos de la forma y según la descripción que hacía Marchante, cuyo público entusiasta, ya por sus picantes palabras, ya también por la vista de las figurillas, no estaba de dar sendas risotadas y los mas estrepitosos braves y aplausos.

—Aquí tienen VV., dijo el trujiman así que apareció sobre la mesa el primer títere, un ciudadano de levita azul *turqui*: no esperéis, aunque le veis tan placentero, que él os diga la razón de gastar

siempre paño de este color; pero yo que os debo ante todo la verdad, en obsequio siquiera á la *pitanza* que habeis soltado, os diré, que excluye para vestirse todos los otros colores, porque es aficionadísimo á cuanto huele á *Turguta* y tanto que á título de vivir lo que se llama *sobre el país* de una manera holgada, temiéndome estoy que se me vuelva *turco* de la noche á la mañana.

Este otro de fraque verdoso, sombrero de castor, pantalon de trabillas y botas de charol, ansía con ardor un título aristocrático: tiene mucho dinero ganado con poco trabajo, y quiere sobresalir en el mundo sin duda para ganar mas, porque aunque la echa de generoso, *no es oro todo lo que reluce*, como dice el refran... Por mí, si VV. no tienen inconveniente, le haré no solo duque, sino caballero *crucificado* por todos sus cuatro costados.

Este otro jóven de fraque negro, matizado de cintas de todos géneros y colores, ganadas en los campos... *de Alcorcon*, tiene la manía de querer gobernar una provincia y aun un reino entero si se le dieran... ¡eh! en cuanto á *voluntad* es un prodigio este mozo: si así fuera respecto de *memoria* y *entendimiento*, valia mundo y medio... ¡Animo, hijo, que la voluntad de Dios es mas grande que la tuya, y *agráces, fortuna: y uoas*, como me decía continuamente mi maestro *Cuerniponce*! Tú llegarás á ser con el tiempo el ornamento de la república, la honra del suegro que te dió su hija, y la gloria de la bendita madre que te parió para que te casaras. Pero por ahora convendrá mandarte unos cuantos meses á la escuela siquiera para que aprendas á leer, escribir y contar con conciencia.

Aquí teneis otro ciudadano de paletó color de

pasa, seco, quijarudo, y tan bien trasquilado, que la misma ciega fortuna no tendría por dónde agarrarle... ¿No descubris en él el verdadero retrato de la envidia y la usura admirablemente hermanadas? No vayais á creer con todo que sea amigo de los empleos ni de los empleados, no: es partidario *sui generis* de la santa holganza, y *alieni generis* de retumbantes y magníficas distinciones. Hagámosle, pues, *Vizconde*, y concedámosle ciertas *compensaciones* que aumenten su no escasa fortuna, siquiera para taparle la boca, y así deje él en paz á todo el mundo.

A este otro de levita agabanada con mas narices que el *Tío Ustá*, á quien yo conocí de especie de portero en los baños de *Panticosa*, cuando mi citado maestro *Cuerniponce* me llevó en su compañía para curarse los aristines, le ha dado por correr tierra, despreciando heroicamente los peligros é incomodidades consiguientes al que vive lejos del querido suelo patrio; pero como no piensa ni aun por sueños hacerlo á costa de su bolsillo, el pobre se afana y trabaja, rema, suda y jadea porque le hagan embajador cerca de la *Sublime Puerta*, ó al menos encajado de negocios junto á los *Países Bajos*.... ¿No le veis qué serio se presenta el individuo?.... Basta que tenga esta cualidad, tan inseparable de los asnos y de los diplomáticos, para que le hagamos, si ustedes no lo toman á mal, comisario de policía del *Lavapiés*, lo que traducido libremente al castellano significa lo mismo que *embajador ordinario y extraordinario* cerca de los *barrios bajos*, con lo cual, aunque se quede en casa, ya no tendrá por qué quejarse.

Este de colijn económico y enjuto vientre, con todas sus trazas de tonto de capirote, es, sin em-

Bango, tan decidido partidario del dulce capitulo de *agarránibus*, que si por atrapar fuera, atraparía de buena gana un *canonicado*, á pesar de ser leigo y estar casado en terceras nupcias con *doña Gerundia de Panticapés*, que no se presenta en la danza por hallarse un poquito indispueta.

Este otro grueso, coloradote y coccon como el solo, que por añadidura toma á puñados el tabaco colorado, prevalido de sus *bastos* conocimientos *metalúrgicos*, aspira nada menos que á que le hagan inspector y administrador general é irresponsable de todas las minas de oro, plata y azogue que encierra esta tierra de garbanzos: aunque á ustedes les parezca mal, yo no puedo menos de aprobar sus pretensiones por aquello de *ya que á uno le lleve el diablo, que sea en coche*; y como en materia de guetés nada hay escrito,

Aquí tienen ustedes el reverso de la medalla: este pobre ciudadano, de casacon raído y antiquaño, verdadera esfigie de un hidalgo *franchute* del pontífimo siglo, sería capaz de contentarse con una humilde portería de cualquiera oficina de liquidacion de *atrasos*, y mejor si fuera de adelantos..... ¿No ven ustedes qué triste tiene el semblante?.... Démosle, pues, la portería, siquiera porque otra vez no se presente compungido y lloroso ante un público tan alegre y respetabilísimo.

¿Ven ustedes este gran ganso de tan luenga levita, que ha necesitado de doce á catorce docenas de botones para adornársela?.... Pues es nada menos que un general de marina, que ha llegado á serlo conociendo, mejor que los *términos*, los puertos secos que tiene la España..... ¡*Huy!* ¿no veis qué trazas de tragador tiene el condenado?.... ¡To-

¿avía no estás contento?... Capaz sería, si le diera abasto, de comerme hasta los enjutos caballos que conducen por el mundo mi pobre hacienduela..... No abras tanto esa *bocaza*..... ¿no?... ¡fuera! ¡fuera! no vaya á creer alguna de esas lindas señoritas que quibres tragártela viva.

Este jóven, bajito, presumidillo, elegante, barbilampiño, almidonado y oloroso, que recibió no hace aun un año carta blanca para *arrojar o tirar* pedimentos, aspira nada menos que á una toga ó á una secretaria de embajada..... No le tomen ustedes á mal, porque siendo hijo de un *pigmeo*, á quien muchos llaman *grande* á boca llena, justo es que él no tenga los pensamientos pequeños..... Yo sería de opinión (salvo la de ustedes) de darle pasaporte perpétuo aunque fuera para la *California*, á fin de que aquí no *embistiera* con sola su presencia á toda persona formal y sensata.

A este otro ciudadano, rubito, delgadillo y mimbrado en fuerza de hacer vénias, que no en poco han contribuido á proporcionarle las cruces y calvarios que con profusión ostenta en los ojales de su lujoso frágil; le han venido tales y tan grandes infusas de pocos años á esta parte, qué la posesión de una poltrona ministerial forma su sueño dorado..... ¿No le veis?... Tan guapo, tan insinuante, tan intrigantillo y tan osadío es el *nené*, qué abrigo la esperanza de que se le lleguen á realizar sus deseos, y entonces me saqué á mí de la vida de *trujiman* y *tracamundero* que arrastro por estas pícaras tierras..... ¡A ello, hijo mío! no desmayes; tú sube á lo mas alto, que para subir te asiste todo lo bueno: brilla, brilla, que algo es algo, y si despues descienes, como es probable, á la mas profunda oscuridad, echa la culpa á tu cabeza, que

nació para engañar mejor que para gobernar á los hombres.

Así fué sacando y describiendo el trujiman en medio de la mas completa satisfaccion de todo su auditorio una infinidad de figurillas, hasta que por conclusion las subió todas sobre el mostrader. Aqui fué *Troya*. A la vez que dió Marchante de *¡ea, señores! ¡aqui está el tútili-mundi!* unas figurillas empezaron á bailar alegremente, otras á brincar en seco aparentando estraordinario furor; aquellas parecía que reñian con acaloramiento, estas que departian en interesantes y dulcísimos coloquios: las de acá se dirigian unas á otras afectuosos saludos y humildísimas vénias, y las de allá se miraban con un ceño terrible; las de aquí, en fin, mudaban lo que se dice de *chaqueta*, poniéndose al revés sus levitines ó sus fraquencillos, y las de allí se burlaban con descarada insolencia de semejante operacion. Mientras tanto el público, inmensamente gozoso, frenético de alegría, entusiasmado hasta el delirio, daba cada tremenda carcajada, que parecia se iba á hundir el edificio. Despues de esta pantomima, de esta algarabía in-calificable, debida á la astucia del titiritero, puso este todas las figurillas de frente al público, y empezando de nuevo á mover los resortes con pasmosa ligereza, dejó oír su voz, mas penetrante y burlona que nunca, diciendo:

Ahí les teneis...  
 mirádmeles bien...  
 despues no digais...  
 mirad como corren,  
 mirad como brincan,  
 mirad como bailan,

mirad como juegan,  
 mirad como rien;  
 que caen, que levantan,  
 que toman, que dejan,  
 que chillan y rabian,  
 que vuelven, se pican,  
 se insultan, vindican,  
 pero nunca muerden.  
 Que todos son unos,  
 ya tontos, ya tunos;  
 que buscan *pitanza*  
 por la dulce *holganza*,  
 tan sabrosa á todos,  
 sean listos ó bobos....  
 Rum ca ta plum,  
 rum ca ta plum,  
 ru um m m m,  
 tum m m m m!

Y al decir esto, a innumerable y vistosísima turba de muñecos cayó al suelo en medio de los mas estrepitosos aplausos de todos los espectadores.

—Teniais razon, amigo mio, dijo luego Gutierrez á Masalegre: algo se puede aprender con las habilidades del insigne Marchante.

—¡Ob! mucho, dijo Masalegre, y mas que con ellas con su lengüecilla, que corta como una espada bien afilada... alguna que otra vez, añadió sonriéndose, *pincha* en carne viva; pero generalmente opera en la que se halla en el estado de putrefaccion: en una palabra, amigo Gutierrez, le considero tan diestro que, valiéndome de la espresion que ayer usaban los *aficionados á los bichos*, bien se le



podía dar á este trujiman el título de *tórcero de buen trapío*.

—En efecto.

—Pero me parece que hemos visto lo mejor del espectáculo, repuso Masalegre; los juegos de manos y demás zarandajas anunciadas por el trujiman nada ó bien poco pueden ya interesarnos...

—¿Qué?... ¿quereis marchar?

—Quisiera y no quisiera, contestó sonriéndose Masalegre.

—Pues...

—Si hasta los santos se alegran, según dicen, de ver una buena cara, no estrañes que yo sienta dejar tan amable compañía, dijo Masalegre después de echar una rápida mirada sobre la alegre y bellísima *manola* que tenía á su derecha... Pero tal vez y sin tal vez nos esperen ya en otra parte... sí, sí; vámonos, que me interesa mas Gumersinda y quiero verla al momento.

Despidiéronse nuestros amigos de las lindas *manolas* tan alegremente como se habían saludado, y acto continuo, mas contentos sin duda que cuando en él entraron, abandonaron el improvisado teatro de las inclitas *fazañas* del celeberrimo Marchanté: puestos en la calle, á los muy cortos minutos, atravesando la titulada *Ancha de Peligros*, hoy de Sevilla, lograron ponerse en la casa-palacio de la duquesa de Terebinto, donde ya les esperaban hasta con impaciencia el conde, D.<sup>e</sup> Ferrondo, Gumersinda y la misma duquesa.

## CAPÍTULO XV.

## UNA LIGERA VISITA AL MUSEO DE PINTURAS. — LA MANO INVISIBLE.

—Y bien, hija mía, decía al día siguiente de la tremenda sesión del Congreso nuestro D. Perrondo á la simpática Gumersinda, cuyo pálido semblante contemplaba con más ternura que nunca: he satisfecho tu curiosidad manifestándote la causa de no haber venido conmigo el conde y Masalegre, y justo es hablar de otra cosa. La conducta de *ese hombre* no deja de ser extraña; pero no he perdido por completo mis esperanzas.

—Nada me coge de sorpresa! exclamó la joven con un acento de filosófica conformidad, que vino á partir el noble corazón de nuestro viajero.

—No ha venido á verte, es cierto, repuso este haciendo un esfuerzo sobrenatural sobre sí mismo; pero... debemos suponer que ignora tu morada.

—No os molesteis, amigo mío: conozco vuestra alma; mas... ¿para qué es el hacernos ilusiones entre los dos...? Os concedo que ignore mi morada; pero ya tenía noticia de la vuestra antes de abandonar á Barcelona.

—Aunque así sea... ya ves que no es en él una obligación el visitarme á mí...

—No digais eso, amigo mío: primero que á vuestra huérfana... ¿No sabe que sois para mí más que si viviera mi mismo padre...? y en caso, antes que conmigo, tendría que verse con vos, dijo la joven con firmeza. Pero, ¿qué digo...? añadió tristemente; si otros fueran sus pensamientos para con vues-

tra pobre protegida, ¡oh! seguro es que ya se hubiera apresurado á visitaros.

—¡Pero, hija mía! dijo de repente D. Perrondo sobremenera conmovido: aguarda siquiera unos días á pensar tan tristemente... aun no es tarde... yo supongo que llegó á esta antes de anoche...

—Van ya muchas suposiciones, amigo mío, dijo la jóven con amarga sonrisa.

—Y no es tiempo aun por lo tanto, prosiguió D. Perrondo desentendiéndose con toda intencion de las significativas palabras de la jóven, de perder toda esperanza... ¡oh! eso no; no nos hallamos en este caso... aun está por mover la mayor parte de nuestros resortes, y hay que moverlos todos en obsequio á tu felicidad.

—¡Mi felicidad! e clamó la jóven con amargura, al propio tiempo que clavó sus hermosos ojos enternecidos en D. Perrondo: ¡oh, amigo mío...! esa dulce palabra se acabó para mí!

—¡Pero, por Dios...!

—¡Ah! no, no, prosiguió Gumersinda, presentándose subitamente en su divino rostro un rayo de suprema alegría... ¡no sé lo que digo! Con mi lenguaje ofendo á Dios y os ofendo á vos; pero bien sabeis que no quiero ultrajar ni á uno ni á otro... ¿Os acordais de lo que me dijisteis en nuestra despedida de Burgos...? ¡Allí, solo allí está la verdadera felicidad! añadió la jóven señalando al cielo con entusiasmo.

—Sí, pero...

—Pues bien, amigo mío, continuó la jóven interrumpiendo á D. Perrondo; yo debo pensar, yo pienso ya en esa felicidad: ¿qué me importa lo demás...? Pensando en ella me siento animada para sobrellevar con valor todas las tribulaciones del

mundo, para presentar mi pecho fuerte á todas las adversidades... (1) ¿A qué es el que la mas pura amistad procure con la risueña perspectiva de brillantes y lisonjeras ilusiones comunicar á mi alma un temple de que no há menester?

—No seré yo, hija mia, dijo D. Perrondo cada vez mas afectado, yo que te quiero tanto como á mi vida, el que trate de abatir tu espíritu, el que trate de quitar un solo quilate al sublime valor de tu hermoso corazon. Pero..... no lo dudes..... aun no es tiempo de pensar tan tristemente; aun no es tiempo de perder la esperanza, ese precioso bálsamo, ese inefable y dulcísimo consuelo para el alma atribulada. Cuando llegue el dia, si es de fé que ha de llegar, entonces desearé verte, desearé verme á mí mismo con esa sublime y religiosa conformidad; pero, mientras tanto, te suplico en nombre del puro amor que te profeso, que no abandones esa esperanza sobre tu felicidad en la tierra..... ¿y por qué has de perder tú esa esperanza, esa esperanza que no pierde el moribundo abandonado del médico, que no pierde el infeliz que se ve cordenado á perpétua prision, que no pierde tal vez el desdichado que se halla al pié del patíbulo (2)? No son incompatibles, hija mia, la felicidad purísima, inmensa é imperecedera de

(1) . . . . . *Quocirca tívite fortes,  
Fortiaque adversis opponite pectora rebus,*  
HORACIO. *Sat. Lib. II.*

(2) *Sape aliquem solers medicorum cura re-  
linquit,  
Nec spes huic, vena, deficiente, cadit:  
Carcere dicuntur clausi sperare salutem,  
Atque aliquis pendens in cruce vota facit.*  
(OVIDIO: *De Ponto*, lib. I.)

la otra vida con la imperfecta, efímera y limitada de esta.

—¡Ah! sí; ni yo pienso perder esa felicidad, mi buen amigo: tengo tomado ya mi partido, y con él no la perderé, dijo Gumersinda con acento solemne. Pero no pensemos en mi felicidad; pensemos en.... ¿queréis darme gusto, amigo mío? añadió con una sonrisa amarga, aunque sobremanera seductora.

—¡Oh! ¡sí, sí!

—Pues bien, hablemos de vos y de la duquesa: de vos, amigo mío, repuso la joven con una alegría que no dejaba de parecer extraña. Ya os he dicho varias veces que no faltándome vos....

—¡Oh! ¡nunca! ¡nunca!

—No puede faltarme la felicidad..... ¿Sabéis que hasta cierto punto podría decirse que los dos habíamos nacido bajo la influencia de una misma estrella?.... ¡ah! ¡sí! será que las más crueles amarguras estén reservadas para los buenos en este valle de lágrimas! exclamó enternecida la joven, causando con sus palabras en D. Ferrondo un temblor involuntario.

—No te comprendo, hija mía.....

—Yo quiero vuestra dicha inmensamente mas que la mía.... ¡bien lo sabe Dios! exclamó cada vez mas enternecida la joven. ¡Si yo creyera, añadió despues de una breve pausa, que la alcanzabais con la duquesa! ¡oh! ¡si supierais, amigo mío, cuánto he trabajado, cuánto se ha afanado mi corazón en estos cortos días para ver si encontraba en ella una esposa digna por todos conceptos de vos!.... La duquesa tiene un buen corazón: la apreció yo á par del mío; pero.... ¿qué queréis, mi noble amigo?.... su educación es distinta de la

vuestra; vuestros gustos, vuestras inclinaciones, vuestras costumbres difieren una inmensidad.....

—Lo sé, hija mía, dijo D. Perrondo con una tranquilidad que no dejó de chocar á la jóven: no te acuites por mi suerte..... ¡oh! ¡si la tuya fuera igual á ella!....

—Parece que no os cojen de sorpresa, que no os afligen mis palabras..... ¡ah! ¡bendito sea Dios! exclamó Gumersinda elevando al cielo sus ojos preñados de lágrimas.

—No, hija mía..... no veo motivo para ello, repuso D. Perrondo separando involuntariamente sus ojos del rostro de la jóven y exhalando un ligero suspiro. Pero..... hablemos de tí, de tu posición, de tus esperanzas.....

—¡Ah! ¡me equivoqué! ¡me equivoqué! exclamó con tristeza Gumersinda: ¡vos no sois feliz!.... ¡bien sabe Dios que yo quisiera que lo fuerais con esa ilustre dama! pero me aterra la sola idea de una union que no os proporcionase la dicha.....

—No, hija mía, no te has equivocado, repuso reanimándose D. Perrondo al propio tiempo que fijó de nuevo sobre la jóven sus ojos espresivos. ¿Qué quieres que te diga? prosiguió procurando traer en vano una sonrisa á sus labios: cierto es que yo amo á esa mujer..... me persuado que ella me ama á mí por desgracia; y digo por desgracia, porque tengo formado de ella el mismo juicio que tú; pero nuestro amor no ha echado tan profundas raíces que no pueda ser cambiado sin violencia por una amistad sincera, para mí tan halagüeña como el mismo amor, porque es otro amor si cabe mas puro y entusiasta..... En cuanto á ella..... ese jóven baron del Puerto, que me parece un sugeto de buen fondo, la idolatra..... en fin..... veré-

mos,.... Hablemos, hablemos de tí, hija mia.... ¡ah! ¡pluguiera á Dios que tu suerte fuera igual á la mia! Y al decir esto, dos gruesas lágrimas corrieron por el hermoso rostro de nuestro caballero.

—¡Ah, amigo mio! ¡cuán llagados están nuestros corazones! exclamó la jóven con profundo dolor.

—No, no: el mio....

—¡Sufre mas que el mio! ¡y sufre principalmente por mí!.... ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó la jóven elevando al cielo su mirada suplicante.

—¡Por Dios, hija mia! Dejemos, dejemos esta conversacion, dijo D. Perrondo con desgarrador acento.

—¡Teneis razon! ¡aun nos esperan dias, mas crueles! exclamó la jóven volviendo sus ojos hacia D. Perrondo con una espresion de infinita ternura; pero ¿qué digo? involuntariamente me olvidado de vuestra advertencia, añadió con una amarga sonrisa: pensemos en otra cosa, sí, sí.... voy á manifestaros un capricho, sí, un capricho indisculpable, amigo mio.... El dia está hermosísimo.... ¿no veis qué sol mas puro y esplendente? prosiguió la jóven volviendo para el balcon su conmovido, pero cual nunca peregrino semblante. Nuestros corazones laten con violencia..... se me figura que el mio necesita de mas espacio que este, que mis ojos quieren mas luz, que la que alumbra esta pequeña estancia..... demos un paseo por el *Prado*, amigo mio....

—¡Oh! ¡sí, sí! exclamó D. Perrondo con entusiasmo.

—Allí, prosiguió la jóven, respirando otro ambiente entre aquellos árboles magníficos, gozando

de los rayos de ese sol esplendoroso, aproximada imagen del Dios que le crió, procuremos dar la conveniente tranquilidad á nuestros espíritus.... Yo ya estoy casi vestida; y en dos minutos concluyo de adornarme, añadió levantándose y poniéndose al espejo. Si, sí; nunca mejor que ahora... precisamente hoy no tengo compromisos... Entraremos tambien en el Museo, continuó adornando su cabeza: ¡me gustan tanto las preciosidades que hay en él...! Quiero ver otra y otra vez el retrato del que mejor comprendió la caridad, publicándola y estendiéndola por todo el universo... Ya estoy... vamos, vamos, amigo mio; salgamos cuanto antes de aquí, no sea que venga á estorbárnoslo cruelmente cualquier importuno.

D. Perrondo, sin aliento al pronto para dirigir una palabra siquiera á la jóven, por efecto de la gran conmocion que le trabajaba, la ofreció su brazo en elocuente y sublime silencio, que apenas fué interrumpido durante la larga travesía que tuvieron que recorrer hasta ganar el *Prado*:

¡Pobres árboles! exclamó Gumersinda deteniéndose como á la mitad del afamado paseo, y apoyándose en D. Perrondo para contemplar melancólicamente las numerosas filas de gigantescos árboles que le adornan: ¡el rigor de la estacion os ha arrebatado vuestras hermosas vestiduras con la misma indiferencia que el mundo cruel y engañador arrebató las mas dulces y lisonjeras ilusiones á las almas puras y generosas!

—Sí; pero no olvides, hija mia, dijo D. Perrondo haciéndole un esfuerzo sobrenatural por dominar su interior agitacion, que la primavera vendrá á devolverles toda su lozanía y magestad.

—Sí, si..... tambien para esas almas. rentuso la



jóven con febril entusiasmo, existe otra primavera deliciósísima, incomparable, eterna... ¡oh amigo mio! ¡qué brillante perspectiva la de esa primavera sin fin! ¡y cuán dulce es vivir en la esperanza, aun cuando se abrigue la idea de verla realizada en un tiempo remoto! ¡Oh! ¡oh! ¡dichoso del que espera y confía...! Vamos, vamos, prosiguió con una alegría extraña; vamos al Museo, amigo mio; no le he visto mas que dos veces, y se necesitan muchos meses para contemplar á gusto los tesoros que contiene... ¡Oh! ¿quién no se está horas enteras extasiándose con las divinas creaciones del *divino Sanzio*?

Arrastrado, digámoslo así, maquinamente Don Perrondo por la jóven, llegaron ambos al Museo de pinturas, el mejor del orbe, porque las posee en mayor número y mas ricas que ningún otro. Cortos pero agradables fueron los momentos que pasaron en la primera pieza, de extraordinaria elevación, contemplando algunos de los cuadros que ostenta, y en seguida ganaron el inmediato salon, inmenso paralelógramo de muy cerca de *cuatrocientos* piés de largo por *cuarenta* próximamente de latitud y de altura, que es el que contiene las mas preciosas creaciones de las escuelas italianas. D. Perrondo trataba de encaminar á la jóven á que contemplase algunos asuntos alegres del gran *Vinci*, de *Broncino*, *Sarto* ó el *Ticiano*.

—No, no, le dijo Gumersinda con una sonrisa que encerraba la mas dulce á la par que profunda melancolía: hoy que os he traído yo aquí teneis que hacer mi gusto, amigo mio: veamos el número 774... ¿Veis qué cuadro mas notable? añadió contemplando con los ojos enternecidos el citado número (que representa la caridad, debida al pin-

cel del aretino Jorge Vasari): los inteligentes no le dan mucha importancia; pero para mí la tiene extraordinaria, inmensa... ¡oh! ¡oh! ¡no veis qué bien corresponde esa figura dulce, tierna, melancólica; al título que lleva...? Vámonos, vámonos al 784, amigo mío; prosiguió despues de echar una mirada de amor indefinible sobre D. Perrondo, quien bajo la impresion del lenguaje entusiástico y para el significativo de la jóven, era conocido como maquinalmente á donde esta queria llevarle: contemplamos un rato el maravilloso *Pasmo* (1); esa obra maestra del *immortal Rafael*... ¡ved! ¡ved qué espresion tan divina tiene ese rostro...! ¡advertid cómo el Hombre-Dios mira á las desoladas hijas de Jerusalem...! ¡todo es amor hacia ellas! ¡amor hacia cuanto le rodea en su terrible posicion! ¡amor tambien hacia los *sayones y turba multa* que de escarnecen y violentan, pero que sin embargo no saben lo que se hacen...! ¡oh! ¡oh! ¡cuánto significa, cuánto habla al alma tierna y simpática la espresion dada por el sublime genio del artista á ese rostro celestial, que parece quiere salirse del lienzo...!

D. Perrondo no se sintió con valer para sufrir mas: arrasados sus ojos en lágrimas con el melancólico acento de las palabras de Gumersinda, mientras que esta contemplaba absorta en profundísimas á la par que dulces meditaciones el gigantesco y admirable cuadro, hizo un esfuerzo extraordinario y sin articular una palabra siquiera

---

(1) El gran cuadro de Rafael sobre la caída de Jesus con la cruz acuestas entre Jerusalem y el Calvario, conocido bajo el nombre de *Pasmo de Sicilia*.

se echó á andar en busca de la puerta principal del suntuoso edificio, llevando consigo silenciosa, conforme y más buena que nunca á la encantadora joven... ¡oh! si en aquel instante los ahogados suspiros y el turbio de sus negros ojos no le hubieran impedido á nuestro viajero contemplar el noble rostro de su pobre protegida; si en aquel momento hubiera podido mirar á su satisfacción el semblante de la digna hija de Solís; si entonces en fin le hubiera sido posible fijarse en la dulzura melancólica, en la conformidad heroica, en la abnegación sublime y en la celestial belleza que á un mismo tiempo aparecían retratadas en él, seguro es que hubiese creído que un ángel de luz acababa de rodearle de una aureola magnífica para hacerle el más hermoso é interesante del mundo.

Pero dejemos por ahora á uno y á otra procurando recobrar la tranquilidad conveniente á sus espíritus por entre los hermosos árboles del Prado y á la vista de la infinita variedad de plantas de recreo y de yerbas medicinales y olorosas que, caprichosa y admirablemente colocadas, ostenta por doquier el estenso y magnífico *Jardin Botánico*, y vamos á ver lo que mientras tanto sucedía á nuestro general.

Habíase este hospedado á su llegada á Madrid en una casa, sita en la calle del *Príncipe*, y en ella seguía aguardando con pasmosa tranquilidad el éxito de su encausamiento. Por boca de la duquesa sabíamos que, lejos de temer el fallo que sobre su conducta en Barcelona estaba llamado á dar el Tribunal Supremo de Guerra y Marina, vivía tan satisfecho, como si hubiese conseguido una gran victoria. Un ejército, por mas disciplinado y valiente que fuese, no podia resistir en su con-

cepto á una poblacion belicosa y hábilmente dirigida, que le oponia diez combatientes por cada soldado, y el general que, metido en lucha tan desigual y horrorosa, sacaba á salvo sus tropas, despues empeno de hacerlas quedar con honores, mas bien que reprendido y castigado, debia ser espléndidamente recompensado. En su opuguedad ni aun á considerar se paraba que la porta pero tremenda lucha que tuvo lugar en el emperio de la industria nacional era solo un efecto, y que él tenia que responder ante Dios y los hombres de una causa: de las medidas brutales, sanguinarias y altamente atropelladeras, dictadas en el ejercicio de su omnimoda autoridad, y á las que produjeron la sangrienta catastrofe. Si como jefe superior del ejército, responsable de mucha y muy preciosa sangre inútilmente derramada y de tanta y tan diversa riqueza destruida, andaba torpe y desorientado, como hombre se habia olvidado casi por completo de sus mas sagrados deberes, de sus mas sacrosantas obligaciones. Atormentado de continuo por la ambicion mas insaciable de gozar y brillar en el gran mundo, á su llegada á Madrid solo pensó en la posesion de la linda condesa de la Alegría, conocida de mucho tiempo atrás, obsequiada ya por él al ir á Barcelona, y á quien consideraba justamente dueña de una gran fortuna, que la muerte de su anciana y achacosa madre vendria no tardando á hacer colosal. A sus ojos nada valia ya nuestra pobre huérfana, cuyo estado consideraba como el sencillo resultado de un natural y legitimo *pasatiempo*, no solo tolerado sino hasta aplaudido en hombres de su esclarecida clase. Gumersinda era una triste huérfana sin nombre, sin fortuna, queda decirse que hasta sin

familia... La condesa era ya para él inmensamente mas hermosa que aquella; llevaba además un título ilustre, era dueña de una fortuna prodigiosa... ¿por qué abandonar por *nequios escrúpulos* una posición tan ardientemente ambicionada...? La oscura artista, arrastrada por los mas mentidos halagos y por las mas páfidas sugerencias de su feliz estado de inocencia, ¿no podia dar gracias por haber poseído su corazón durante uno ó dos años? ¿no habia colocado á su hermano? ¿no podia comprar su deshonor por un puñado de oro, y dejarle á él desembarazado para proporcionarse una union por muchos títulos brillante y sobre todo conforme con su alta categoría?

- Halagado con estas ó muy semejantes ideas, habia abandonado nuestro general el blando lecho al concluir la mañana de aquel día; que tenia que ser para él eternamente memorable. La primera operación que hizo no mas verse en pié fué tomar un periódico de su biblioteca; que momentos antes habia introducido en la habitación uno de sus asistentes, y despues que lo leyó y reluyó á su satisfacción, púsose al espejo con ánimo de adornarse de una manera conveniente para interesar á la noble y encantadora condesa: ante todo lavó su áspero y un tanto antipático rostro con agua de azahar hábilmente preparada; suavizó con esquisita pomada su facio y rubio cabello, vistióse sus mejores ropas de paisano, y colocándose su gran faja á la cintura en disposición de cubrir solo la mitad de aquella el bordado chaleco, se echó á la calle, la cabeza erguida y el ademán resuelto; tomando la dirección de la casa de la condesa, que ganó á la misma hora en que Gumersinda y Don Perrondo se encontraban gozando en el *Prado* de

los rayos del sol mas benigno y hermoso que podia ofrecer el ya espirante otoño.

Hallábase la condesa de la Alegría cuando la fué anunciado el general en un gran salon, que daba á su lindo gabinete, en cuya alcoba, tendida sobre un blandísimo lecho de plumon, adornado de pabellon de raso azul con franjas de oro, se encontraba su madre, que habia pasado una noche sobrado cruel con la exacerbacion de sus dolencias crónicas del pecho: vigilaba ahora en su tranquilo sueño á la enferma la aya de la condesa, y mientras tanto, envuelta en una elegante bata de invierno, que sujetaban á la breve cintura unos finisimos cordones de hilo de oro, sin mas adornos en la poblada y rubia cabellera que una grande y preciosísima flor de diamantes, descansaba la bella jóven muellemente recostada sobre un cómodo sofá con un buen brasero á sus piés, que hacia conservar todos sus miembros un calor natural y benéfico: efecto del insomnio, pues que como buena hija habia pasado en vela la noche entera á la cabecera de la cama de su madre, los hermosos ojos azules de la condesa se hallaban un poco turbios, su frente se presentaba nublada y su rostro aparecía cubierto de una ligera palidez, que lejos de empañar su belleza, la hacia mas interesante.

Incorporóse la jóven al tiempo de penetrar el general en la estancia, fijó sus grandes ojos en él con una rápida expresion de desprecio, y al corresponder á su saludo, una sonrisa irónica y cruel se presentó involuntariamente en sus labios de coral.

—Sobrado tarde os encuentro sin vestir, hermosa Aurea, dijo sonriéndose el general, que no se fijó ó aparentó no fijarse en la expresion de serie-

dad y aun de disgusto que aparecía en el rostro de la condesa: por lo visto habeis renunciado hoy á las visitas y aun á gozar de la hermosura del día, que no puede estar mas suave y encantador.

La entrada del general vino á mudar el plan que con él se había propuesto seguir la condesa desde su conversación con la duquesa acerca de nuestra Gumersinda. En vez de rechazarle á primera vista con manifiestos y terribles desprecios, que al menos le hubieran proporcionado las ventajas de un pronto deshucio, ideó en un momento que mejor seria martirizarle armada de la fina á la par que sangrienta sátira, que tan divinamente sabia ella manejar; así, haciendo un esfuerzo por traer á sus labios idéntica sonrisa irónica que la que se le presentó para corresponder al saludo del general, le dijo:

—En efecto, señor general, que ni siquiera he pensado por hoy en hacer visita ninguna; y ahora me alegro debilmente de mi propósito, puesto que me ha proporcionado la satisfacción de recibir la vuestra... una cosa siento, añadió aparentando ruborizarse; pero en la galantería que os distingue espero me la dispenseis...

—¿Cuál, señora condesa? dijo el general rebo-sando de satisfacción.

—Que me hayais encontrado vestida á la *négligé*...

—Por Dios, mi querida Aurea...

—Cuidado, señor general, le interrumpió la condesa, con una zalamería que por unos segundos trastornó deliciosamente las sentidos de aquel.

—Mi amiga condesa...

—Para el caso es igual, repuso la condesa con un sarcasmo terrible, pero que sin embargo no co-

noció el general en medio de su ceguedad: os lo digo porque no levanteis tanto la voz.

—¡Ah!... quería deciros, prosiguió el general bajando de tono aunque con visible entusiasmo, que lejos de tener yo que disimularos, os soy deudor de una confianza para conmigo que siempre sabré apreciar en lo que vale... Por lo demás, añadió después de una ligera tosecilla y fijando de nuevo sus ojos verdosos sobre la jóven con una expresión de amor, que nada tenía de poética: con esa holgada y graciosísima bata estais doblemente encantadora, infinitamente mas seductora y hechicera que con vuestras mejores galas.

—¡Sí!... dijo la condesa con su punzante ironía... yo agradezco ese juicio tan lisonjero, señor general... cualquiera diria que habia adivinado vuestro gusto...

—Pues repito que estais asi inmensamente mas seductora, mas divina, repuso el general sin apercibirse siquiera de la burla sangrienta que de él estaba haciendo la linda condesa. ¡Oh! añadió con creciente entusiasmo, olvidándose de la advertencia que acababa de hacerle la jóven... ahora que se me ha proporcionado la dicha que tan ardentemente deseaba mi corazon, ahora que he logrado encontraros sola, hermosa como nunca...

—¡Por Dios, señor general! exclamó la condesa saliendo á interrumpirle con toda intencion.

—¡Oh! sí... hermosa como nunca, hermosa como ninguna...

—Advertid, señor general...

—Permitidme que concluya, mi bella Aurea, dijo el general en tono suplicante, mientras que sobre su encendido rostro aparecia pintada una ansiedad que por mas terrible que fuese no dejaba



de ser sobremanera ridícula para la condesa.

—Pero antes permitidme á mí, le dijo, esta con su sonrisa sardónica, suplicares que modereis ese entusiasmo ardiente, estrepitoso...

—¡Ah! exclamó el general haciendo un gesto mímico... ¿puede uno ser dueño del corazón cuando se le presenta la dicha?...

—Pero pueden oíros, repuso la condesa interrumpiéndole otra vez apropiado, y echando una mirada significativa en dirección de la puerta, y ya veis que... Yo agradezco vuestros elogios, añadió en tono sobremanera displicente llevándose su diestra á la frente y aparentando hallarse indispuesta despues de haber fijado un segundo sus ojos sobre el general con una marcada espresion de horror; pero... tengo la cabeza trastornada... mi madre ha estado esta noche bastante desasosegada... la jaqueca ha venido á sobreescitar terriblemente mis nervios y... cualquier ruido por insignificante que sea me hace mal.

El general quedó desconcertado: la extraña salida de la condesa, el tono de sus palabras, la espresion de sus ojos, todo encerraba para él un no sé qué, que sin echar al pronto por tierra sus sueños dorados, vino á oprimir terriblemente su corazón. La condesa conoció el efecto que su conducta acababa de ejercer sobre el general, y lejos de arrepentirse, cual si se hubiera propuesto no tener piedad en el cruel martirio que le estaba dando, incorporándose y trayendo una sonrisa irónica á sus labios, prosiguió:

—Sí, sí... hablemos de otra cosa por ahora, señor general... ¿Sabeis que extraño en vos...

—¿Qué? dijo el general al ver detenida á la condesa.

—Que esteis tan tranquilo, tan gozoso...

—Pues...

—Vuestra posicion escepcional por un lado... por otro... ¿sabeis que cualquiera diria que descuidabais vuestros negocios mas árdulos?...

—No os comprendo, dijo el general cada vez mas confuso.

—Los enemigos que teneis son muchos y poderosos, prosiguió la condesa, y no será nada extraño que en un cambio de gobierno... Ya habreis visto en los papeles públicos la caída del ministerio.

—¡Ah! por ese lado no tengo recelo alguno, dijo el general respirando con libertad: juzgué que me hablabais de... ¡bah! nada me importa del nuevo ministerio, que probablemente se organizará hoy: mi sola conducta basta y sobra para confundir á mis enemigos.

—¡Oh! no obstante... por otro lado, prosiguió la condesa sin separar su mirada del general para ver el efecto que en él producian sus palabras: ¡ja! ¡ja...! preveo que os va á chocar sobremanera mi observacion... en los cuatro ó cinco dias que há que os hallais en la corte creo que no habeis visitado aun á una lindísima jóven de Búrgos... Supongo que adivinareis de quién os hablo? añadió con aparente indiferencia, mientras que el rostro del general se cubrió de una ligera tinta de encarnado: por una rara casualidad he sabido que es una conocida vuestra y...

Ps... cierto que es *conocida* esa jóven, dijo el general haciendo un esfuerzo por serenar su semblante; pero.... no es una obligacion.... por otra parte, ya veis que aun no es tarde...

—Ciertó, y de esperar es en vuestra galanteria

que no caigais en falta por una cosa tan insignificante, repuso la condesa con una ironía, que ya no se escapó a la no muy alta penetración del general. Pero dispensadme, señor general, añadió levantándose bruscamente: el estado de mi madre me llama a su lado: soy muy servidora de V... Y haciéndole una reverente vènia, acompañada de una burlona sonrisa, se dirigió mimbreado graciosamente hacia el próximo gabinete. Puesta a la puerta de este dio de nuevo su cara al general: Hasta cuando gustéis, le dijo haciéndole otra reverencia y contemplándole con cierta lástima insolente, y desapareció en busca de su querida madre.

El general quedó estupefacto: sin aliento para pronunciar una sola palabra, con el semblante desencanjado, medió crispado el lacio cabello y espantados los ojos; diríase que él mismo se consideraba presa de una horrible pesadilla: llevado de su natural arrebatado é iracundo, hubo un momento en que cruzó por su abrasada mente la idea de lanzarse en el gabinete tras de la jóven; pero calculando luego lo imprudente y temerario de semejante paso, abochornado como estaba en términos de arrojar llamas por todos los poros de su rostro, y tan frenético que los dientes le rechinaban y las sienes le latían con mas violencia que si las agitara el fuego de una atroz calentura, se levantó de su asiento, y dirigiendo su sobresaltada vista por todas partes, como si temiera que alguien le viese en aquel estado, salió del salón y de la casa de la para el esquiva condesa con acelerado é inseguro paso.

—¿A dónde vamos? se preguntó a sí mismo al verse en la calle; y después de dudar unos segun-

des, tomó resueltamente la dirección del palacio de la duquesa del Terebinto.

Cuando el general llegó al palacio de la *Carrera de San Gerónimo*, hallábase el conde de Melgar conversando con su linda sobrina sobre los asuntos del día, ó sea la maldanza del ministerio y la suerte de la pobre Gumersinda. En el instante de ser aquel anunciado por un portero, nublóse el noble semblante del conde, y el corazón de la duquesa sintió oprimirse cual si se le hubiera dado noticia de alguna calamidad.

—¡En mejor ocasión...! murmuró la duquesa con manifiesto disgusto.

—No quiero ver á semejante hombre, dijo el conde.

—Ni yo sufriré mucho tiempo su preseneja, dijo la duquesa.

—Yo me voy; pero repito que no quiero ver á ese hombre, repuso el conde, abandonando el asiento que ocupaba.

—Aguardad, dijo la duquesa: cuánto lo siento...! Podeis salir por ese gabinete, añadió señalando una puerta fronteriza á la principal del salón.

—Hasta la noche, mi buena Adalberto... Adios.

—Hasta luego, mi querido tío, dijo la duquesa al ver desaparecer al conde por la puerta del gabinete.

Cual si la linda duquesa se hubiera dado del habla con su amiga Aurea, procuró desenojar de repente su peregrino rostro y traer á su pulida boca una sonrisa fina é irónica, para recibir al general tan dignamente como merecia su proceder.

En otras circunstancias, ninguna mella hubiera hecho en el ánimo del general la ligera circunstancia de tenerle una linda dama aristocrática cuatro

ó cinco minutos de antesala; pero en estas la consideró de muy mal agüero. Combatido por punzantes y desgarradoras dudas, entró en el aposento donde se hallaba la duquesa, y aun cuando hizo un esfuerzo para presentar erguida la cabeza, al fijar sus ojos sobre la noble dama diríase con razon que humildemente la demandaba una misericordia, que ni ella ni ningún corazón generoso habian de concederle jamás.

—Estoy á vuestras órdenes, mi señora duquesa, dijo el general haciendo á la dama una reverente inclinación.

—Señor general... dijo la duquesa en tono entre jovial y burlesco: dignaos tomar asiento... aquí, á mi derecha... gracias.

—Permitidme, señora duquesa, repuso el general despues de instalado en un rico sillón, que sea yo quien os las dé lo mas cumplidas...

—No encuentro la razon, señor general... ¡ah! sí; la de todos: que hagamos una cosa buena, que la hagamos mala, que la hagamos indiferente, siempre hay gracias para nosotras, dijo la duquesa con cierta risita que no dejó de imponer al general. Pero á todo esto, añadió mudando de tono y fija sobre él su ardiente mirada: parece que venis demasiado sofocado... ¿os ha sucedido alguna desgracia?

—Ps...

—No podeis ocultármelo: teneis el rostro encendido...

—Vengo de casa de vuestra amiga, dijo el general presentándose en su boca una sonrisa, que mejor que de tal podía calificarse de convulsiva contraccion de sus labios.

—Vamos; ya adivino; cosas de Aurea... y como

vos no la conoceis á fondo... dijo la duquesa con fina ironía. Ella es un poquito caprichosa... ¡digo! todas las mujeres lo somos, y como los hombres no se hacen cargo de ello, de ahí es...

—¡Señora! dijo el general con acento suplicante.

—¿Ha rechazado por ventura vuestro amor? dijo de repente la duquesa contemplando al general con insolente compasion.

—No sé qué os diga, contestó el general completamente sometido á la poderosa influencia de la mirada de la jóven.

—¡Ah! pues entonces, prosiguió esta con su punzante ironía, vuelvo á mi idea de que ella no os habrá dado motivo: me persuado de que habrá habido quejas de por medio; pero las quejas de las damas deben servir de satisfaccion á los amantes.

—¿Y si os dijera que en vez de esas quejas, que alientan, que dan ensanche al corazon, ha habido grandes y terribles desprecios? dijo el general con mal disimulada ira.

—¡Pero, por Dios! dijo la duquesa con una sonrisa encantadora, porque su idea no era otra que martirizar al general sin hacerle perder la esperanza: lo principal es que mi buena amiga no os haya desahuciado: convengo en que os haya hecho cualquier desprecio; mas, ¿por ventura como militar que sois habeis conquistado alguna plaza sin ningun género de sacrificio...? Vamos, vamos, confesad que estais hoy sobrado susceptible, sobrado quisquilloso... Ya apostaba yo alguna cosa, añadió con toda intencion sin separar su escudriñadora vista del general, á que acertaba con el motivo principal de vuestra incomodidad.

—Vos direis, repuso el general.

—Sí; por lo que aquí se habló anoche... ¿No os ha hablado, dijo la duquesa con calculada parsimonia, de cierta joven de Burgos? No forméis misterio, añadió despues de una breve pausa y contemplando con burlona sonrisa al general, cuyo rostro apareció sobremano encendido: yo le digo porque anoche se suscitó aquí conversacion acerca de esa joven, que creo sea lindísima... ¿no es verdad?..

—Sí esa joven es...

—La misma; una joven huérfana; una pobre artista, recién venida á Madrid, dijo la duquesa con afectada indiferencia.

—En efecto, que de ella me ha hablado la condesa; repuso algo animado el general. ¿Pero cómo...

—Nada, dijo la duquesa interrumpiéndole á propósito: yo creo que el objeto de mi amiga es fácil de adivinar... Aquí se dijo, añadió con una risita tan sarcástica que vino á traer la confusion de nuevo al general, que esa joven era muy conocida vuestra, que sin embargo no la habíais visitado, y como la condesa tenga sus... escentricidades...

—Pero señora... ya conocéis que...

—Conozco que sois demasiado galán; en el propio concepto me parece que os tiene mi digna amiga; y por lo mismo extrañamos aquí que no habierais cumplido con esa joven...

—Señora: mucho podré deciros acerca de eso, dijo de repente el general; pero...

—Lo dejaremos para otra ocasion, ¿eh? dijo con su punzante ironía la duquesa: ahora os hallais en un estado sobrado violento y...

—No, no; pero...

—Sí, sí; y para entonces espero que dejareis bien puesto vuestro pabellón.

—Muchas veces las apariencias...

—Engañan, sí; sobre eso no hay duda, dijo con su habitual sonrisa la duquesa.

—¿Pero cómo diantres... dijo sumamente apurado el general.

—¿Ha llegado á noticia vuestra todo eso?... En efecto, que es una cosa extraordinaria: lo hemos sabido por una rara casualidad... Sin embargo; ¿qué cosa, por ignorada que se crea, ya tarde ó ya temprano, no llega á ser patrimonio de todo el mundo?

—¿Pero la causa...

—¿No se han de convenir en dejar eso para mejor ocasión?

—No: solo quería preguntaros...

—Por ahora me es imposible el responderos, señor general, dijo la duquesa con su habitual sonrisa. Permiidme, añadió levantándose al propio tiempo que le dirigió una mirada desdenosa; tengo que hacer dos visitas urgentes, y por aya que sienta dejar tan amable compañía... vos, si gustais, podeis continuar... hasta despues.

Habia en las palabras de la duquesa tanta hiel, tal ironía, tan sangrienta burla, que el rostro del general, de encendido que estaba hasta el extremo, se volvió horrorosamente pálido. La vergüenza, y el coraje se apoderaron en tales términos de él, que la lengua se le trajo, cual si acabaran de pegársela al paladar con la mas espesa liga de maldado; y así cuando la fúven, despues de hacerle una gran reverencia, que mas tenia de insolente que de cortes, desapareció radiante de belleza, y de majestad por la misma puerta que minutos an-



tes ganara el noble conde de Melgar, se contentó con clavar en ella sus verdosos ojos con una expresión de terrible y reconcentrado furor.

—¡Ira de Dios! murmuró con rabia luego que vió cerrada la puerta por donde acababa de salir la duquesa: ¿qué es esto? ¿qué mano invisible me persigue? ¿el infierno entero se ha declarado contra mí por ventura? Y haciendo un esfuerzo extraordinario, porque todos sus miembros temblaban bañados por un sudor abundante y frio, se levantó de su asiento, y con el semblante desencajado y la vista tan estraviada, que cualquiera le hubiese considerado poseído de una espantosa demencia, abandonó con precipitado paso el palacio de la hermosísima duquesa de Terehinto.

Puesto en la *Carrera*, procuró ante todo serenarse, aunque sin detener su incierta marcha. Párase despues de repente, medita unos segundos, cual si quisiera tomar un partido decisivo, cruza por su abrasada mente una idea lisonjera, y apoderándose de ella con insana alegría,

—Vamos allá, se dice echándose á andar de nuevo; sí, sí: hay un estorbo entre la condesa y entre mí, y preciso es que me desembarco de él á todo trance: cortemos si es posible por lo sano, sí... Segun las señas que me han dado, no puedo equivocarme... *Ancha de San Bernardo*, número... sí, sí: vamos allá... Esa *chicuela* se me opone al paso... el cómo yo no lo sé; pero es lo cierto que se me opone... ¿Y por qué ha de impedir mi felicidad? ¿no es una huérfana desvalida, á quien antes saqué de la miseria, y ahora puedo contentar de cualquier modo?.. El oro... pero no, no... ¡deliro! Ese hombre opulento, y mas que opulento, rígido, virtuoso, terrible, es su protector... ¡maldición!..

¡Ah! ¡otra idea feliz! Y brilló por un instante sobre su siniestro rostro una alegría infernal. Si fuera dable calumniarle ante la condesa y la duquesa, fingir con buen éxito relaciones amorosas entre los dos... á ello se presta el excesivo afecto que se profesan... ¡oh! tal vez así consiguiéramos mas de lo que apetecemos. Pero tenemos el primer medio, que acaso sea bastante... ¿quién sabe?... si no... ya sé lo que tengo de hacer.

Como se ve, acababa de convencerse el general de que Gumersinda era la única causa de sus crueles sinsabores ante la duquesa y la condesa. En el estado de terrible exaltacion en que se encontraba, concibió la insensata idea de presentarse ante la misma jóven, pero no como un caballero dispuesto á reconocer sus mas sagrados deberes para con ella, sino como un *gran señor* preparado á pagar con un puñado de oro su precioso honor, á fin de que no le interceptase el paso en la carrera de sus desenfrenadas ambiciones. Caso de que esto no le saliese bien, ya hemos visto el otro plan que en su furor delirante acaba tambien de concebir.

Mientras que el general sufría las hirientes pullas de la linda duquesa, D. Perrondo y Gumersinda descansaban á la sazón en el mismo gabinete, de donde dos horas antes habian partido para el *Prado*, y el buen Gutierrez desempeñaba el oficio de portero paseándose por el tránsito que daba entrada al salón principal.

Puesto el general á lo último de la escalera, fijó silencioso su aun encendida vista durante unos segundos sobre el carabínero, y este, aparentando no conocerle, le interrogó bruscamente por el objeto de su venida.

—¿No me conocéis? le respondió el general en tono asaz imperativo y amenazador.

—Sí, dije con desprecio el carabinero.

—¿Está Gumersinda?

—Sí, contestó secamente Gutierrez.

—¿Sola?

—Sí, contestó el carabinero después de un momento de incertidumbre. ¡Alto! añadió en tono provocador y solemne al ver que el general dio un paso para ganar el salón.

—¿Cómo! exclamó el general asombrado.

—No podéis entrar.

—¿No puede entrar? repuso el general con una sonrisa infernal, rechinando sus dientes y apretando sus puños.

—Os vuelvo á decir que no, señor general, le replicó Gutierrez interponiéndose entre él y la puerta.

El general palideció al ver la resolución de Gutierrez y su ademán amenazador: acordándose á luego de que el que le oponía tan temeraria resistencia era un carabinero, y que como tal no podía faltar á las consideraciones debidas á su clase,

—Soy, le dijo con arrogancia, vuestro jefe, y...

—Seais lo que querais, señor general...

—¿No hay un *mi*, señor carabinero? repuso repentinamente el general, fija su iracunda mirada sobre Gutierrez.

—¡Ah! sí señor, le hay, contestó este con burlana sonrisa, abatiendo con la suya la mirada del general. Ese *mi* es que tengo *mi* licencia absoluta en el bolsillo para no estar sujeto á ciento cincuenta mil que consideran al hombre como una cosa, como un simple *autómata*, porque las leyes le han puesto un poco menos que al nivel del *bruto*.

—¿Cómo, pues, vestís de militar? dijo el general fascinado, digámoslo así, por la mirada de fuego de Gutierrez.

—Eso no importa, repuso este con sarcasmo: un amigo de los dos... el conde de Melgar, me la ha entregado no hace una hora, y ya veis que no es cosa de mudarme de ropa á vuestro gusto... Casualmente por ser el último día de mi carrera, he querido vestir hoy este uniforme... Ya veis, continuó Gutierrez volviendo en arrogante su tono sarcástico, que el particular habla al particular, y como tal os digo por última vez que no podeis entrar. Hemos concluido.

El general, encendido en ira con las picantes y altaneras palabras de Gutierrez, fluctuó un momento entre estallar ó abandonar al desprecio á un hombre tan bajo para él; adoptó por fin este partido, y mas furioso, si cabe, y avergonzado que cuando salió de las casas de la duquesa y de la condesa, salió de la de Gumersinda, encaminándose en derechura á la calle del *Príncipe* en busca del sosiego indispensable, si habia de discurrir con algun acierto para poner en planta sus péfidos planes.

Digamos para concluir, que Gutierrez en su conducta no habia hecho otra cosa que seguir las instrucciones que para un caso le tenia dadas de antemano Gumersinda, esto es, de negar al general á todo trance la entrada en su casa (interin antes no se yiese con D. Bernondo; acertada y prudente disposicion que, despues de un maduro examen, adoptara la joven, no solo por el profundo respeto que le merecia su ilustre protector, sino tambien porque, no viéndose con este, el general primero que con ella, naturalmente debia confir-

márse mas y mas en la terrible idea que de tiempo atrás tenia concebida sobre la perfidia y mala fé de su infame seductor.

## CAPITULO XVI.

### COSTUMBRRES RARAS.—LA INCLUSA Y EL TEATRO DE LA ÓPERA.

No crea el lector que vamos á hablarle de las costumbres de los *germanos*, que mas que las brillantes acciones de los afamados capitanes romanos dieron lugar á que se immortalizase el nombre de *Tácito*; ni tampoco de las de los *galos*, tan bien descritas por su mismo conquistador *Julio César*; ni por último, de los antiguos, valientes y altivos *iberos*, ligeramenre reseñados por *Polidio*, *Tito Libio*, *Estrabon* y otros historiadores y geógrafos. Lejos de nosotros el pensar ahora en tan aguerridos pueblos, que tanto dieron que hacer al coloso romano, y como que ni aun con bastantes fuerzas nos consideramos para describir bien ó mal las sorprendentes y variadísimas costumbres de nuestra muelle y venturosa patria en este siglo que ha de llevar, si mal no hemos calculado, el glorioso nombre de *siglo de la rapidez en todo y para todo*, nuestras aspiraciones no pueden menos de ser en la materia sobrado exiguas, escensivamente modestas.... Limitarémonos, pues, á dar algunas pinceladas, no sobre todas, sino sobre algunas costumbres de la gran *Babel*, conocida bajo el nombre de *córtis*, y no sobre las de todos los individuos que la componen, sino sobre los de algunos que, sin embargo de ser los menos, constituyen la parte mas integrante de ella, ó como si dijéramos su cabeza, que con esto algo y

aun mucho debe haber adelantado para tomar una idea de los demás miembros, por aquella regla que, si no es de *derecho*, tampoco tiene nada de *curra*, de *para muestra basta y sobra lo que está de manifiesto*.

Sería poco mas de la una de la tarde del ultimo dia de noviembre por cierto, y subsiguiente al en que el general sufrió tantos y tan crueles desprecios en las casas de la condesa, la duquesa y Gumersinda, cuando nuestro Masalegre, intrépido cual él solo, subia la escalera del magnífico palacio que, merced á su súbita y portentosa mutacion de fortuna, habia levantado de nueva planta en uno de los barrios mas céntricos de la corte dos ó tres años hacia la célebre marquesita de las Contratas: concedémos á la argirócrata dama los honores que deberian recaer sobre el jefe de la familia, porque este, ó sea su presáico marido, fué siempre, era y estaba de seguro predestinado á ser para ella un *bonus vir*, lo que se llama un *esclavo* en toda la estension de la palabra. La marquesa, pues, mandaba á su satisfaccion en casa, y por cierto que si hay alguna mujer acreedora, por sus continuos y acertados esfuerzos para levantar y sostener á aquella, á ocupar la posicion que la naturaleza y las leyes tienen destinada al marido, ninguna con mas derecho que la marquesa, por cuanto ella, hecha dueña tan solo al dar su mano al flamante marqués de un decente capitalito dedicado al comercio, habia contribuido con su ingenio y travesura, infinitamente mas que él, á agenciar la fortuna colosal que poseian. No nos detendremos á describir minuciosamente la brillante morada de la nueva aristócrata, y solo diremos que era digna de un príncipe por lo elegante y sólido

de su construcción de granito, sus bellas estatuas, sus soberbias pinturas, sus ricos artesonados, sus pisos marmóreos, su jardín magnífico y su lujo en fin de sillería y alfombrado, que le daban el aspecto de un palacio oriental.

Si el lector recuerda la determinación adoptada por nuestro viajero de dejar á Melitona, aquella jóven sorprendida con Sergio al entrar en el establecimiento de la Caprimuola, otros cuatro días mas al servicio de la marquesa, á fin de proporcionarla durante ellos un honrado acomodo, no se extrañará de ver ir en este á Masalegra en busca de su improvisada sobrina, para trasladarla á la casa de Rodriguez y de aquí á la que la esposa de este la habia buscado para servir en clase de doncella. Orgulloso, y si se quiere provocador, corrió Masalegre por el palacio de la opulenta marquesa hasta ganar una semi-regia antesala, en la cual encontró á Melitona, dispuesta ya para partir, y conversando con tres ó cuatro criados de la casa y dos envilecidos lacayos, adornados de rica y flamante librea; el uno de estos, ya de edad madura, era extremadamente alto, seco, lívido, narigón y pelicano, y el otro, de unos treinta años próximamente, era grueso, de pelo rubio, frente estrecha, tez sonrosada y nariz aguilena; el primero desempeñaba en este día el oficio de portero, y al segundo le tenia allí su pasión hacia Melitona, pues no era otro que el novio, ó mejor, el que que quería ser novio de ella; según nos dijo Sergio en el establecimiento de *maesa Colás*.

La conversacion de los domésticos de la marquesa, que habia empezado con ocasion de la próxima salida de Melitona, estaba ahora reducida á murmurar en grande de su ama, oficio en que por

diferenciar se entretenían todos los días, con los brazos cruzados por supuesto, dándoles pie para ello la linda marquesa con sus extravagantes caprichos; su avasallado lujo, sus descaradas relaciones con Villanbruno, y sobre todo su insolente altanería para con todos ellos. El orgullo nacio y despreciador, ese orgullo que hace que muchos tengan á sus domésticos en menos estima que á un perro, era muy natural en nuestra marquesita, porque si, como dice Juvenal, no hay cosa mas intolerable que una mujer rica, ninguna tanto como una rica nueva (1). Por esta razón tenía la marquesa, como tienen con muy ligeras escepciones todos los que se llaman grandes, en vez de criados fieles y agradecidos, seres viles siempre dispuestos á cometer las mayores bajezas delante de ella, y siempre empleados en morderla sin piedad á sus espaldas. La bajeza de los criados para con su ama no estaba refida con la altanería que á su vez demostraban hácia las personas de quienes no creían esperar nada bueno, cosa tambien muy natural en ellos, porque el esclavo, cuanto mas envilecido se halla por su señor, cual si quisiera desquitarse de las amarguras que le producen sus doradas cadenas, tanto mas soberbio se manifiesta con los que considera que no se encuentran en posición de comprarle.

Masalegre, que vino á cortar con su presencia las murmuraciones de los aurigas y de las compañeras de Melitona, se limitó á saludar á todos con un ligero movimiento de cabeza, acompañado de una sonrisa burlona, y despues de preguntar á aquella

---

(1) *Intolerabilius nihil est quam Jemina dives.*  
(Sat. 6.<sup>o</sup>)



por su estado con las mas afectuosas palabras, dirigióse al lacayo larguirucho diciéndole:

—La señora marquesa...

—Está de tecador, contestó bruscamente el portero, quien, como todos los presentes, tomó por una ofensa el frio saludo de Masalegre.

—¿Y no podrá vérsela? repuso Masalegre contemplando al auriga con una sonrisa de lástima.

—Aguarde usted á que salgan el peluquero y la doncella de servicio, replicó con sequedad el larguirucho.

—La doncella de servicio y el peluquero, ¿eh? dijo Masalegre en tono hinchado y notoriamente insultante.

—Sí señor, dijo el lacayo mirándole con ira mezclada de desprecio.

—La doncella y el peluquero pueden tardar en salir.... Psi para el caso es igual, dijo Masalegre meditando: si: ¿puede verse al señor marqués? preguntó en altivo tono al larguirucho.

—¿Pero es para...? dijo asombrada Melitona.

—Pues claro: lo mas acertado es despedirme del jefe de la casa.

Una sonrisa la mas insultante para el buen marqués asomó á los labios de todos los circunstantes al oír las palabras de Masalegre.

—Advertid, repuso Melitona, que la señora es quien recibe á todos sus criados.

—Tanto mejor, dijo Masalegre: ya que tiene la impertinencia de recibirlos, justo es que no tenga la de despedirlos: así los trabajos del matrimonio se comparten y...

—¡Silencio! dijo á la sazón el larguirucho clavando su vista en el tránsito inmediato, donde resonaban fuertes pisadas. ¡El señor vizconde!

En el acto apareció Villambruno envuelto en un elegante montecristo, adornado con infinitas bordados y finísimas pieles de Rusia. Todos los circunstantes, si se exceptúa á Masalegre, recibieron al flamante vizconde con una profundísima reverencia; pero él ni siquiera se dignó mirarlos. Puesto en la inmediación de la puerta, el lacayo consabido, haciendo un verdadero arco de su cuerpo de reptil, le dijo en humildísimo tono:

—Permitidme que anuncie á *Usia*.

Villambruno permaneció erguido y silencioso junto á la puerta que acababa de ganar el lacayo.

—Que pase *Usia*, dijo aquel, que salió al instante, y conteniendo con su izquierda la puerta, y encorvándose de nuevo casi hasta tocar el suelo con su cabeza en justo y merecido honor del antiguo albardero, pasó este á la presencia de la encantadora marquesa.

Masalegre miraba entre asombrado y lleno de indignación tan insolente orgullo por un lado, y tan infame servilismo por otro: llevado de su genio, iba ya á hacer sentir al hombre reptil sus hirientes pullas, cuando vinieron á impedirselo el peluquero y la doncella de servicio.

—¡Hui...! ahora sí que ha ido de *repatalon*.... ha quedado á medio peinar, dijo en voz baja, haciendo gestos y guiñando los ojos la doncella. No es verdad, señor *Lefaire*?

—Así, así, contestó con sonrisa barlona el peluquero.

—Y hoy no se quejará de ustedes, dijo con segunda intención una de las criadas.

—Me parece que no, dijo con su risita el peluquero. A la paz de Dios, añadió, que yo tengo que hacer en otra parte.

No habia concluido de bajar el peluquero la escalera de la casa, cuando apareció en medio del próximo tránsito la escuálida figura del marqués. Venia este sin sombrero, caladas sus verdosas antiparras, y vestido con su acostumbrada negligencia. Todos sus criados le recibieron, si no con frialdad, al menos de una manera nada lisonjera en comparacion de las grandes muestras de respeto de que acababa de ser objeto Villambruno.

—Anunciadme, dijo el marqués al portero reptil.

—No podeis entrar, le dijo muy sério el larguirucho: la señora está ocupada y tengo orden de no anunciar á nadie durante una hora.

El marqués bajó la cabeza, dió media vuelta y, como si acabáran de decirle la cosa mas natural, se echó á andar con la mayor fiema del mundo en busca de la habitacion que dos minutos antes abandonára con ánimo de ver á su esposa.

Masalegre se quedó estupefacto. Mientras que todos los criados miraban con estólida indiferencia la marcha del marqués, los ojos de nuestro criado, que espresaban á la vez ira, lástima y asombro, no le abandonaron hasta que desapareció de la larga y mágica crujía para ocultar su vergüenza en el fondo de sus régias habitaciones.

—¡Qué costumbres del diablo son estas! se dijo para sí á luego que desapareció el marqués: ¡oh! ¡oh! Vámonos, añadió en alta voz y como maquinalmente dirigiéndose á Melitona.

—¿Pero sin ver á la señora? dijo la jóven.

—¡Oh! eso no debes hacerlo, la dijo el lacayo rubio.

—¿Por qué? le dijo con enfado Masalegre.

—Ya usted ve... podrian sospechar cualquiera cosa... no por que...

—Basta; nada tienen que sospechar, dijo Masalegre interrumpiendo al lacayo: yo soy el que la llevo, y pronto estoy á responder en toda parte y lugar de cuantos cargos quisieran dirigirla la envidia y la maledicencia.

—Jé, jé...

—¿Parece que os reis con... risa insolente, eh? dijo Masalegre encarándose al criado reptil.

—Me río... de vuestra ignorancia acerca de las costumbres de los grandes, dijo el portero en tono de lástima y de desprecio.

—Pues habeis de saber que estoy muy orgulloso con esa ignorancia, y que la aprecio inmensamente mas que vos podais apreciar vuestras artes para tener cabida entre esos que llamais grandes, dijo con dignidad Masalegre. En una palabra, añadió con resolucion dirigiéndose á Melitona: ¿tú quieres ver á la marquesa?

—Lo considero mas acertado.

—Ya lo veis; repuso Masalegre volviéndose al portero: aunque he oido con dolor vuestras órdenes, yo insisto en ver á la marquesa ahora mismo, porque hágo falta en otra parte. Podeis entrar y decirla...

—¿Estais loco?

—No, sino muy cuerdo... Podeis decirla que está aquí el tio de Melitona.

—Vamos... no me es posible, repuso impaciente el portero.

—¿No...? decidla que está el que tuvo el gusto de asistir con ella al convite de la señora duquesa.

—Tampoco.

—Decidlá...

—¡Hombre...! se conoce que estais en...

—¿En qué estoy...? Vamos á ver, dijo con concentrada ira Masalegre. Tened entendido, añadió resueltamente, que mi sobrina desea despedirse de la marquesa y yo no quiero aguardar... ¿lo oís?

—Lo oigo, dijo el portero visiblemente incomodado con las exigencias de Masalegre, y veo que sois...

—¿Qué soy?

—Un gazzápíro, contestó el portero fuera de sí.

—¿Cómo qué! exclamó Masalegre apretando los puños.

—¡Per Dios! ¡por Dios! exclamó sobrasaltada Melitona interponiéndose entre Masalegre y el lacayo. Vos bien podíais tener un poco mas de respeto, añadió dirigiéndose al último.

—¿Sabeis con quién os las habeis, *tio estanti-gua?* dijo fuera de sí Masalegre.

—¿Con quién...? dijo con desprecio y encogiéndose de hombros el reptil: con un *paleta*.

—¡Miserable! gritó Masalegre con voz de trueno: agradece que no quiero dar un escándalo; pero ten entendido que si yo soy un *paleta*, tú eres un ente envilecido y digne del mas soberano desprecio. Vámonos de estos salones, prosiguió tomando con su izquierdo el brazo derecho á Melitona, que el aire que se respira en ellos emponzoña el alma y corrompe el corazon... No quiero que estés mas tiempo entre estos seres abyectos y nauseabundos añadió echando una mirada de profundo desden sobre el hombre reptil.

—¿Cómo qué...! eso se nos alcanza á nosotras, dijo con visible incomodidad la doncella de servicio, poniendo en armas á sus compañeras.

—¡Habrá V. visto que insolencia, dijo una de ellas.

—No se puede dar mayor, dijo otra.

—Si dije yo... añadió animado el lacayo reptil.

No se acobardó Masalegre al ver la especie de *pronunciamento* que acababa de levantarse entre los esclavos de la marquesa; al contrario: revis-tiéndose de todo su valor y pintada en su rostro la mas noble dignidad,

—A tí, te desprecio, dijo al lacayo reptil echau-do al propio tiempo sobre él una mirada que le hizo retroceder dos pasos: á vosotras, añadió di-rigiéndose á las criadas con una amarga sonrisa, os compadezco. Y sin dar lugar á que le contesta-sen, ¡paso á un hombre de bien! exclamó en tone alto y solemne; y enlazando su brazo con el de Melitona, salió de la magnífica antesala de la mar-quesa, dejando á las criadas y al lacayo reptil con un palmo de boca abierta bajo la impresion del asombro que en unas y otro acababa de producir con su lenguaje y conducta.

El lacayo rubio, que por respetos á Melitona no habia tomado parte contra nuestro criado, al verle desaparecer con el objeto de su cariño, se lanzó al tránsito con rapidez.

—Pero, señor.... dijo con humildad: no podiais aguardar...

—Yo sé lo que me hago, amigo mio, dijo Masa-legre interrumpiéndole y sindetener el paso. Vos, añadió con sonrisa sarcástica, volveos á vuestro puesto, y no penseis mas en mi sobrina, porque ella es demasiado *humilde* para enlazarse á un hombre de tan *magnífica librea*. Y dicho esto, que dejó al lacayo completamente cortado, redobló el paso con gran placer de Melitona para abandonar cuanto antes la suntuosa morada de la argirócra-ta dama.

—¡Ira de Dios! dijo Masalegre así que se vió en la calle: fuera, fuera de esta casa, donde la virtud no puede menos de estar en continua zozobra... vamos, vamos, hija mia, adonde la tuya no corra ya ningun riesgo.... ¡Pero qué costumbres, Dios eterno...! ¡si he quedado escandalizado...! Y ese bestia de marido... vamos; ¡si es lo mas atroz...! á mi podian venirme con esos estilos si Dios ó el diablo me tentáran para matrimoniar...! ¡oh...! Pero si uno no considerase que era faltar á la caridad, diria que le está todo bien empleado á ese mentecato de marqués.... ¡fátuo! ¿quién le mandó trocar sus costumbres de *especiero* por las de los duques y marqueses cortesanos?

Melitona nada dijo á Masalegre, bien porque el pudor la contuviese, ó bien porque las diversas emociones que acababa de experimentar la tuvieron absorta en profundas meditaciones: contentóse, pues, con echar sobre él una mirada de ternura mezclada de rubor, y despues le siguió silenciosa hasta ganar la casa del honrado comerciante D. Tomás Rodríguez. La jóven, con gran satisfaccion suya y de todos nuestros amigos, pasó en aquel mismo dia al servicio de una virtuosa amiga de la bella y simpática Julia.

Mientras que Masalegre sacaba á Melitona en la forma que acabamos de ver del poder de la marquesa de las Contratas, ocurrían otros sucesos en la calle del *Meson de Paredes*, dignos de la atencion de nuestros lectores. Casi á la misma hora que subia nuestro criado la escalera del soberbio palacio, morada de aquella nueva aristócrata, se paraba junto al núm. 74 de la indicada calle una lindísima carretela tirada por dos briosos caballos tordos. Un anciano de formas atléticas, noble sem-

blante y blanca cabellera, apeóse primeramente del carruaje, y apoyada en él, le siguió al instante una jóven de rara belleza, alta, esbelta y vestida con un lujo asombroso: jóven y anciano entraron enlazados en el núm. 74, y tras de la primera marchaba meneando su larga cola una perrita americana, de ojos grandes y vivísimos, y pelo luengo y sedoso, bonitamente dispuesto como el de los perros de lana del país. Suponemos que el lector habrá conocido en el anciano al ilustre conde de Melgar, y en la jóven á su hermosa sobrinita la duquesa de Terebinto, comprometida, como sabemos, á visitar con él el establecimiento de la *Inclusa*.

Un oficial de la casa y dos hermanas de la Caridad recibieron con inequívocas muestras de satisfacción y de respeto á los dos ilustres personajes, y como el conde significara el objeto de su visita, uno y otras se apresuraron á corresponder de la manera mas cumplida y certés á sus humanitarios deseos. La duquesa que, aun cuando poseia un buen obrazon, tenia á causa de su educacion por una escentricidad del conde la visita á un establecimiento de tal clase, si no con repugnancia, recorrió un si es no indiferente, por no decir disgustada, la mayor parte de los departamentos, que con la mas estremada dulzura la fueron enseñando el oficial y las dos hermanas: el conde, por el contrario, se enteró con verdadera solicitud paternal de aquel asilo destinado á recibir los inocentes frutos de delincuentes ó desgraciados amores; impidiendo así el horroroso crimen del infanticidio, y á convertir en un honrado menestral, en un activo comerciante, en un inteligente artista, en una excelente maestra, ó en una buena madre,



de familia, á los seres desdichados, que probablemente no llegarán á conocer las dulzuras de los nombres venerandos de *padre y madre*. A propósito se detuvo el bende en la sala de *Cóllares*, llamada propiamente así, porque en el momento de entrar la desvalida criatura se la pone al cuello, pendiente de un cordoncito, un medallón de plomo con dos inscripciones, una en el anverso, que la da el nombre de la gran madre que la adopta en lugar de la natural que la abandona, y otra en el reverso que esplica el fóllo de la partida que la corresponde con el día y año de su entrada; prudente y sábia disposicion por si desaparece la desgracia ó se enmienda el crimen que allí la han arrojado, y tiene la dicha de conocer á los autores de su mísera existencia: hizo otro tanto en la sala titulada de *Destete*; pero las que mas despacio y con mayor interés visitó fueron las de *Lactancia*, donde por ser la hora de las dos se hallaban como unas cien nodrizas alimentando á otras tantas criaturas sobrado limpias y mas que decentemente vestidas (4).

Con sin igual ternura miraba el ilustre anciano á aquellos seres inocentes para quienes, á pesar

---

(4) Aun cuando entran en la Inclusa mas de 1500 espósitos cada año, sabido es que son los menos los que se quedan en el establecimiento, porque cualquiera familia honrada, aunque sea pobre, tiene derecho á que la entreguen una criatura por un estipendio que mensualmente se le aboná con la mayor religiosidad. Se ha observado que, sea por el método de vida, por el mayor amor de los padres adoptivos ó por otras causas, proporcionalmente perecen menos niños de los que salen del establecimiento que de los que quedan en él.

de serlo, tenía reservados la sociedad en el insensato orgullo que la corrompe sus insolentes desprecios, sus crueles sarcasmos... ¿qué le importaba á él de esto? en su virtud, ¿no valia tanto para él cualquiera de aquellas desvalidas criaturas como la hija de un magnate, criada en el lujo y la abundancia, y tal vez condenada á morir en la miseria y la deshonra?... Acércase á contemplar una de aquellas infelices, que al ruido que produce su aproximacion suelta el pecho de la nodriza: era una niña de catooes á quince meses, un ángel de la hermosura, con sus ojos grandes de un azul de cielo, su boca diminuta y su tez sonrosada y finísima: el ángel fija sus ojos en el conde con una expresion que se comprende por lo que conmueve al alma, pero que no se describe porque no hay palabras que puedan dar de su valor una idea cabal; asoma á su boca una sonrisa celestial, y, cual si estuviera acostumbrada á los halagos del conde, manifiesta en su ademan y en los esfuerzos que hace su deseo de pasar á los brazos del anciano simpático: dulcemente conmovido el conde por la sonrisa encantadora y las celestiales caricias de la criatura se desprende por un movimiento instintivo del brazo de la duquesa y toma á aquella entre los suyos: redobla el ángel la sonrisa y los halagos, y el conde, rebotando el noble corazon de purísima alegría, estampa dos ardientes besos sobre sus sonrosas mejillas.

—¿Sabes, Adalberto, dice despues en medio del asombro y de la mayor satisfaccion de todos los circunstantes, que me dan ganas de adoptar este ángel de inocencia y de hermosura?

—Bien puede ser, le dice la duquesa sorprendida y un si es no disgustada.

—Sí, sí... ¡pobrecita! repuso el conde conmovido y sin separar sus ojos cariñosos de la criatura. Yo no tengo hijos... mis nietas están en Granada y... Dios sabe si las volveré á ver... la adopto por hija desde este momento.

—¡Jesus! ¡qué gusto! murmuró la duquesa.

—¡BENDITO SEAS DE DIOS! dijo al propio tiempo una persona que en union de otras tres estaba presenciando sin ser vista tras de una puerta vidriera la interesante escena.

—¿Qué estado teneis? prosiguió el conde dirigiéndose al ama de cria, que era una jóven como de veinte y cinco años, de rostro simpático y al parecer sobrado modesta.

—Soy viuda sin hijos: se me murió el marido dejándome embarazada de un niño, que tambien perdí á los seis meses de edad, y en seguida logré colocarme aquí.

—Su conducta es excelente, dijo en esto el oficial al conde.

—¡Oh! sí, sí, añadió una de las hermanas de la Caridad.

—Perfectamente, dijo el conde mirando con solicitud á la jóven nodriza. ¿Quereis abandonar á Madrid y seguirme á Burgos? Antes de decidirlo es muy justo que os entereis de mí... Para vuestro gobierno y satisfaccion del establecimiento, luego vendrán personas de conocida probidad en la corte que respondan del conde de Melgar.

Al oír este nombre, el asombro que inspiraba el noble anciano se convirtió en una veneracion profunda.

—Señor... yo no quiero abandonar la niña, dijo conmovida y casi llorosa la pobre nodriza.

—Pues no la abandonareis, no; tomadla, dijo el

conde alargándola la hermosa criatura: mañana ireis á la calle Ancha de San Bernardo, número... aquí vivireis en mi compañía hasta últimos del inmediato mes, que pasaremos á Búrgos, donde concluiréis de criar á la niña, y si despues os gusta, mi servicio...

—¡Oh! sí, sí...

—Pues bien, prosiguió el conde; podeis ir preparando todas vuestras cosas; yo vendré dentro de un par de horas á practicar las diligencias indispensables en estos casos... Soy muy servidor de ustedes, añadió dando un besamanos á todos los circunstantes, cuyos corazones dejaba grata y profundamente conmovidos con su heroica conducta, su sublime lenguaje y su figura venerable y simpática.

—Vamos, vamos, *Marquesita*, dijo la duquesa llamando la atencion de su linda perrita luego que la dió el brazo su tio para abandonar el establecimiento.

En este momento la persona que hiciera la sublime y religiosa exclamacion que dejamos consignada al espresar el conde que adoptaba la inocente y desvalida criatura, y no era sino una jóven soberanamente bella, clavó sus negros y hermosísimos ojos en un caballero de rozagante figura, que tenia á su derecha: la jóven, nada dijo al caballero; pero su mirada fija y á la par tierna y dulcísima tenia una significacion inmensa para los dos. La jóven era Gumersinda, el caballero D. Perroondo. Ambos acompañados de Rodriguez y de un facultativo del establecimiento, amigo del comerciante, habian presenciado sin ser vistos, parapetados tras de la gran puerta vidriera que separaba las salas de *Lactancia* del dormitorio de las amas

de eria; toda la escena que acabamos de describir.

Después que el conde se hubo colocado en el coche y este empezó á rodar en dirección de la Carrera,

—Vamos, Adalberto, dijo un poco conmovido á su sobrina: ¿y qué te parece de lo que acabo de hacer?

—Ps... ¿qué queréis que os diga? contestó la duquesa con sonrisa un sí es no desdeñosa. Conociéndoo, digo que bien.

—¿Y si no me conocieras?...

—¡Ah! entonces... Pero me abstengo de dar mi parecer, dijo con natural sonrisa la duquesa... Contad, en todo caso, añadió muy formal, con que no es sería muy desfavorable. Vos al menos no me negais que tengo buen corazón.

—En efecto, repuso el conde, contemplando con ternura á la dama: el corazón no solo no es malo, sino que es excelente; pero...

—¿Qué?..

—Vamos á otra cosa, dijo sonriéndose el conde. ¿Y nada te dice ese establecimiento que acabamos de ver?

—Le contemplo; contestó con indiferencia Adalberto, como una consecuencia natural del estado de nuestra sociedad.

—Pues mira, querida, repuso el conde con una convicción profunda; en él, con una simple visita, puede aprenderse mas que tomando de memoria un libro grande y profundo... ¡oh! ¡qué de reflexiones no arrancan al alma simpática esas criaturas desgraciadas! ¡qué de ideas no despiertan en un noble corazón hasta los mas insignificantes pormenores que de quier se presentan á la vista!.. El mundo tal vez lo mira con indiferencia; pero el

observador encuentra ahí representada á la sociedad entera, igualmente que á la religion y á la moral. La sociedad lanza, digámoslo así, en ese sitio una gran parte de sus vicios, y la religion y la moral salen á enmendarlos, á destruirlos con sus consuelos y preceptos... ¡feliz el pueblo que presente menos de aquellos y necesite menos de estos!

Las anteriores reflexiones del ilustre conde hicieron recoger interiormente á la duquesa durante unos segundos: al cabo de ellos, tomando su rostro una marcada animación, dijo:

—Y Bien, querido tío; ya os he dado gusto visitando este establecimiento... espero que vos me lo deis esta noche yendo á mi palco en union de vuestros amigos.

—Todos iremos; pierde cuidado.

—Sí, sí; esta noche canta la interesante *Frasconi*, ese pico de oro, esa maravilla de las cantatrices, y no es cosa de privarnos de las inefables dulzuras que proporciona su voz argentina y simpática.

—Buena, buena; eso es, dijo risueño el conde... ¡Holal añadió al verse cerca del umbral del palacio de su sobrina: ya estamos en casa: te dejaré en tu cámara, y enseguida iré á advertir á Gumer-sinda.

A los pocos minutos, el noble conde marchaba meditando interiormente por la Carrera de San Gerónimo, y mientras tanto la duquesa, reclinada en uno de los magníficos asientos de sus régias habitaciones, el ánimo intranquilo y el corazón palpitante, deseaba con ansia la llegada de la noche para ir á la ópera en busca de fuertes y varia-

das emociones, creadoras tal vez de otras mas fuertes y mas variadas.

Y no hay que extrañar en nuestra jóven ese deseo *de que pase el tiempo*, deseo innato, fuerte, inseparable del hombre, que, sin fijarse en él, le impele bajo engañosos prismas, bajo halagüeñas y fugaces esperanzas hácia la inmortalidad, como advirtiéndole de que aquí nada hay perfecto, nada duradero, nada que satisfaga por completo, nada verdaderamente dichoso... Está anunciada *Roberto il Diavolo*, esa obra maestra de Meyerbeer, que ha logrado mayor celebridad precisamente porque la envidia y la ignorancia presumida quisieron ahogarla de consuno antes de nacer para el mundo. Justo es, pues, que ya llevemos al lector al gran Teatro Real, al antes llamado Teatro de Oriente, esa que está al Occidente de Madrid.

La duquesa y Gumersinda, acompañadas del ilustre conde acaban de instalarse en un palco, que cuesta á la primera por la temporal la suma que sería muy mas que suficiente para el decoroso mantenimiento durante un año entero de una familia de diez ó doce individuos. El rostro de Adalberto expresa la satisfaccion y el entusiasmo, mientras que el de Gumersinda, á pesar de la sonrisa que aparece á sus labios cuando sus ojos se encuentran con los de su amiga, manifiesta una melancolía dulce y profunda. De pronto el rostro de las dos jóvenes toma diferente expresion: es que D. Perrondo, Rodriguez y Masalegre acaban de entrar en el palco de la ilustre duquesa, haciéndolo precisamente en el instante mismo en que los cien instrumentos músicos empiezan á llenar todos los ámbitos del inmenso edificio con sus acordes y entusiasmadores sonidos.

Después de saludar á la duquesa, en medio del asombro creciente de sus amigos, fija Masalegre su vista por todos los extremos del salón... ¡Oh! nunca, jamás su lince mirada se habia encontrado con tan maravilloso esplendor, con lujo tan deslumbrador, con fausto tan soberbio, con aparato tan suntuoso, con riquezas tan fascinadoras, acá y allá prodigadas. Lucernas, pinturas, palcos, barandas, butacas, sedas, terciopelos, todo llena al pronto de un asombro indescribible á nuestro criado, que se considera fuera de su centro, confundido, absorto en presencia de tan portentoso lujo, mas portentoso por las ricas y vistosas galas, y sobre todo por la esplendente pedrería, de que están adornadas las señoras que pueblan la mitad de la encantada estancia; sí, encantada, mágica, hechicera, porque para dar una idea aproximada del fausto fascinador que de quíer presenta, no sirven ni los palacios marmóreos, ni los pabellones maravillosamente contruidos y adornados, ni las moradas orientales destinadas al recreo de los monarcas mas muelles y voluptuosos.

Después de los primeros momentos de turbacion, de verdadero alelamiento, y cuando ya vió entreñidos en animada conversacion al conde y á don Perrondo con Gumersinda y la duquesa, Masalegre, que tenía á su izquierda al buen Rodriguez; le dijo en voz baja:

—¡Pero qué es esto, Dios mío! ; Estamos en España, Tomás, ó nos han trasladado por arte de encantamiento al venturoso pais de *Jauja*?...

—No estamos sino en la España, amigo Tomás, le dijo Rodriguez, en esta España de los contrastes y de los *vice-versas*.

—¡Pero esto!...



—Lo ha pagado, y bien recientemente, la nación.

—Tu qué dices!... ¡Esta nación tan pobre, tan esquilmada, tan falta de obras de apremiante y reconocida utilidad! ¡Y para qué un lujo tan insolente! esclamó Masalegre... ¡Dios mío! prosiguió, alargando el pescuezo para admirar mas y mas el fausto do quier desplegado... ¡Calla! ¿Qué es esto? continuó al fijar casualmente sus ojos en la columna que separaba de otro el palco abonado por la duquesa... *Aquí está la solución, aquí está*, añadió despues de una breve pausa, volviéndose hacia Rodriguez, á quien con una señal de cabeza ordenó que mirase al medio de la columna.

Los pueblos son como los niños; cuando no les dejan hablar lo que quieren en su defensa, ponen metes á la espalda, por detrás, á escondidas al que inhumanamente les tapa la boca, y esto es muy natural. Si al arroyo se le entorpece su marcha, busca rodeos y así logra llegar á su destino; si á la opinion se la quiere ahogar, ella se libra siempre de la muerte escabulléndose prontamente, sea por veredas subterráneas ó sea elevándose por cima de las montañas mas inaccesibles. Esta verdad la estaban palpando Rodriguez y Masalegre. En la citada columna, una mano oculta habia estampado con yeso mate unas quantas palabras simétricamente colocadas de abajo para arriba: la letra no era deorada y pulida á la par que colosal, cual la de que solia usarse en la antigüedad para poner á la vista de todo el mundo inscripciones como estas: *Reedificóse Tebas á costa de la cortesana, Tais; Pericles reedificó á sus expensas el Acrópolis y las murallas de Atenas y reformó el vestibulo de su gran teatro*; pero era gruesa y bien inteligible, y tanto, que Rodriguez la leyó perfectamente, como acababa de

hacerte Masalegre, en los tres siguientes versos:

*No contando ni una piedra ni una teja  
He costado á esta nación de CABESTRONES  
La suma colosal de diez millones.*

Pero no contenta con esto, otra mano atrevida (porque la forma de la letra era diferente) había puesto, por vía sin duda de inocente diversion, al pie de los anteriores, el siguiente verso, bastante largo de medida y nada cierto de significacion, que tambien leyeron nuestros amigos:

*Sin el pico que ascendió á sendos millones (4):*

—Vive Dios, que esto es lo mas gracioso del mundo! exclamó Masalegre.

—¡Chit! dijo Rodriguez: no hablar mas de esto, porque es fruta hoy prohibida; y separemos nuestra vista de esos versos, no sea que algun curioso quiera colgarnos el malagro...

—Y qué importa? dijo Masalegre; lo que yo sentiria seria que desapareciesen de ahí sin que los viera nadie Madrid. Sin embargo, yo ya les he dado á la memoria y prometo *canterlos* en todo el país para que vea en lo que suelen invertirse sus afanes y sudores... ¡Qué barbaridad...! ¡diez millones y pico en adornar un teatro...! Ya aseguro yo que mientras esto se hacia, lo menos *doce* millones de los diez y seis que encierra la España lloraban por pan, ó por otras cosas tan necesarias como el pan... Pero... ¡atencion, atencion, amigo

---

(4) Estos diez millones y pico hablan solo con el adorno del edificio, porque este, eso que puede ser calificado de malo por los inteligentes, ha costado además á la nación la friolera de *treinta y dos* millones, con otro pico.

Rodriguez añadió dirigiendo su vista al proscenio:

Acababa de subirse el telón. Todo el mundo dirigió súbitamente su vista al mismo punto que Masalegre: una música, mucho mas melodiosa que la anterior, vino á confundirse con las voces de los cantantes, que sucesivamente iban apareciendo, llevando á todas partes dulces y entusiasmadoras emociones. Cuando apareció la *Franconi*, joven que apenas pasaria de los veinticinco, ricamente ataviada, alta, mimbreada, con cara de virgen y cuello de cisne, estalló una casi general explosión de aplausos: estos se repetían con un furor delirante cuando la artista dejaba oír por algunos minutos su voz plateada, dulce, divina, en términos que algunas personas sensatas se fastidiaban viéndose privadas de la mitad de los encantos que no podía menos de producir la sorprendente habilidad de la joven italiana. Iba ya á concluirse el acto primero: la *Franconi*, llena de noble orgullo por los estrepitosos aplausos que se la prodigaban, considerándose acaso sobre las tablas mas grande que las mas grandes señoras, que las mas grandes princesas, que las mas grandes reinas, se superpuso á si misma haciendo verdaderos prodigios en una aria lindísima. Entonces el entusiasmo de muchísimos espectadores ya no reconoció límites: de todas partes llueven coronas, brazaltes, adornos, palomas y versos. La duquesa, la misma duquesa, á pesar de estar con D. Perrondo y el conde, esbo tipos de la gravedad mas augusta, toma parte en el casi universal delirio, y arroja á los pies de la cantatriz una preciosa corona de laurel matizada de angostas y vistosísimas cintas y adornada de algunas piedras de reconocido valor. Un hombre, que ocupa un local fronterizo al en que están

nuestros amigos; aguarda á que pasen los primeros momentos de este furor inaudito, y arroja risueño y satisfecho á las plantas del ídolo una corona de oro, deslumbradora por la rica pedrería que brilla en todos sus estremos.

Gumersinda miraba todo esto como un sueño, y el conde y D. Perrondo con cierta espresion de lástima: en cuanto á Masalegre, casi podemos asegurar que había vuelto por el pronto á su primera turbacion, á su primer aturdimiento.

Bajo por fin el telen y entonces, queditas ya las manos, casi todas las lenguas se deshicieron en alabanzas para la dichosa artista.... ¡dichosa hemos dicho! ¡ah! ¿quién sabe? acaso en los triunfos estrepitosos que la prodigaba el mundo fuese mas desgraciada que la mas infeliz mendiga.

Mientras que D. Perrondo meditaba melancólicamente, porque la accion de la duquesa con la cantatriz (y sea dicho con perdon de los *intelligentes*) habia venido á arrebatarle algunas ilusiones, Masalegre, volviéndose repentinamente á Rodríguez, le dijo en tono displicente:

—¿Quién diablos es aquel hombre que ha arrojado la corona de esmeraldas y rubíes?

—¡Oh! es el empresario del teatro, hombre célebre, lo que se llama de mundo; que suele gastar con estas cantatrices durante la temporada la suma que bastaría para mantener un año entero una ciudad. La liberalidad de ese hombre para con la *Francini*, que mañana será para con la *Prantini* ó la *Merciani*, no reconoce límites. Después de haberla hecho venir del extranjero á su costa, después de tenerla asignado un sueldo de dos mil duros al mes...

—¡Dos mil duros...! ¡Dios eterno...!

—Sí; ¿de qué te extrañas? aquí hay muchos sueldos que superan inmensamente á los de los ministros y grandes funcionarios de la nación.

—Ya lo veo, dijo Masalegra: ¡si serán las cantatrices y bailarinas, mas benéficas á la España que sus mas altos directores...? mientras tanto algunos hombres de ciencia no tendrán para comer un mal cocido... ¡Qué vergüenza!

—Pues ese hombre, continuó Rodríguez, además del sueldo bárbaro que la tiene asignado, casi todas las noches, á la luz de este público en general frívolo, liviano, insustancial, arroja á la célebre artista coronas, brazaletes, alfileres, joyas y otros adornos, con los cuales se puede poner mejor ataviada que una princesa.

—¡Tanta generosidad en ese hombre...! dijo sonriéndose Masalegra al propio tiempo que echó una significativa mirada sobre el comerciante.

—Estás entendido; pues... repuso Rodríguez. Cuatro necios, cuatro calaveras y cuatro parásitos le aplauden, y los demás no se oponen de la única manera que yo creo podían y debían oponerse á sus insolentes extravagancias y caprichos. Tan lejos de eso, estos, que quieren imitar, con segunda intención por supuesto, su largueza, hacen esfuerzos extraordinarios por venir aquí á arrojar á los pies de la artista sus coronas ú otros preciosos objetos; aquellos, que no pueden dar, se compon la cabeza en hacer versos á la mira de alcanzar una sonrisa benévola, ó una dulce mirada de la bella extranjera, y los mas vienen á perder el juicio con ese *mare magnum*, con ese inmenso piélago de fanatismo, de ostentación; de ruido, de estrépito, de incentivos, de provocaciones, de miserias, de adulaciones, de bajezas, de simplezas y de males ejem-

plaz, en donde la imaginacion se ofusca, los sentimientos se confunden, el alma se trastorna, y el corazon se llena de pasiones fuertes y terribles, que le marchitan, le secan, le matan, mas tarde si logra verlas cumplidas, mas pronto si no le es dado satisfacerlas.

— ¡Qué costumbres! exclamó Masalegre. Es decir que ese hombre, añadió mirando al que arrojó la corona, es un gran corruptor de la sociedad, á la cual pervierte con sus locas liberalidades, con su insolente y cínica generosidad, causándola tal vez mas daño con su conducta que un tirano abominable... Y estos mentecatos, continuó echando una mirada de desprecio sobre los espectadores, vienen tan gozosos á ayudarle en su obra de perdicion! ¡Ah, pobres diablos, que no dareis un cuarto para saber con honra de la miseria á un Cervantes ó á otro genio superior..! ¡mas dignos sois de lástima que de envidia..! ¿Quieres que te diga francamente lo que ahora siento..? puedo asegurarte que ya estoy aquí fastidiadísimo; no por la funcion, pues sobre todo soy aficionado á la música, sino por esta batahola de lujo, de aplausos, de coronas, de coplas, de... vamos; esto no es para mí; me gustan la música y el canto, pero...

La subida del telon vino á cortar la animada conversacion de nuestros dos amigos; quiénes mal de su grado tuvieron que prestar toda su atencion al espectáculo. De vez en cuando estrepitosas explosiones de aplausos venian á lisonjear el amor propio de la Franceni, y mas acaso del hombre de la corona, solo que en aquella el entusiasmo del publico acrecentaba hasta el extremo su pasion á la gloria, y en este inflamaba tambien hasta el extremo otra pasion que nada tenia de gloriosa. Siguió

la función, ofreciendo *plus minusve* los mismos incidentes, idénticas peripecias, iguales locuras; hasta que la llegó, como á todas las cosas, su término; su *finis est*; al parecer con notable sentimiento de la duquesa, con verdadera satisfacción interior de Gumersinda, con placer de Masalegre y Rodríguez y con indiferencia de parte de D. Ferrondo y el conde.

Entonces, con acuerdo de todos, el conde y Don Ferrondo subieron al coche de la duquesa para acompañar á esta á su palatio; y Masalegre y Rodríguez se fueron con Gumersinda hasta dejarla en su consabida morada de la calle Ancha de San Bernardo.

## CAPITULO XVII.

### MUCHOS Y MUY DIVERSOS AMORES.—UNA JUSTICIA SIN TRIBUNAL.

Dos ó tres dias habian trascurrido desde que nuestros amigos asistieron al teatro de la ópera. Son próximamente las doce de una mañana, fria y tempestuosa por cierto, del nebuloso y triste diciembre. En una pequeña pieza de la morada de Gumersinda, al benéfico calor que sale de un gran brasero de cisco ó carbon de canutillo, Masalegre y Gutierrez, visitados de vez en cuando por Irene, que al acaso entra, sale, vuelve y torna ejecutando las labores propias de su sexo y cometido, sostienen la siguiente conversacion:

—¡Pobre señorita! decia con tristeza Gutierrez: me parte el alma cuando la veo así...

—Vamos; no hablémos de eso, amigo Gutierrez, dijo interrumpiéndole Masalegre: á mí, aun cuando la he puesto cara risueña; me ha destrozado el

cerazon... Como el llanto se viene de vez en cuando involuntariamente á sus ojos... ¡cál de nada han servido mis heroicos esfuerzos para ponerla de buen humor. Me he retirado porque me ha dicho que se va á vestir, y es la única vez que he salido de su presencia dejándola sin consuelo... ¡ha perdido toda la esperanza...!

—Sí, según dice Irene, ha estado llorando toda la mañana...

—¡Ira de Dios! Si consistiera nada más que en ahogar á ese hombre fementido... ¡esclamó Masa legre con reconcentrada ira, y levantando en alto sus brazos con los puños cerrados. Pero, vamos, vamos: repito que no hablemos de eso...

—Sí os ha de poner de mal humor...

—Sí... Pero ¡ah! Te prohíbo formalmente que me llames de usted: tuteémonos como buenos amigos; te lo he dicho varias veces, y ahora no cedo hasta que no me salga con la mía.

—Gracias; pero... dijo con timidez Gutierrez: la diferencia...

—Ninguna: ¿que tengo yo algunos años más que tú...? eso no importa; también Gumersinda y su hermano tienen menos tiempo que tú y me tratan con la confianza de la amistad. Yo no soy Quijote; el mismo derecho tienes tú para tutearme que tengo yo para tutearte á ti: al fin y al cabo, tiempo andando, han de venir á tutearse todos, concluyendo por reirse á carcajada tendida de esas tontas distinciones de *nuestra merced, usía, ilustrísima, vuecencia*, etc., que parece quieren meter de sexo al agraciado. Yo bien sé que hay que conformarse en muchas cosas con el uso, y que una costumbre inveterada no desaparece en poco tiempo; pero de ti á mí no hay uso ni cos-



timbre que valgan: está dicho: de tú y nada mas que de tú: ¿lo entiendes? de tú á vos.

—Corriente; te daré gusto en eso.

—Así. Mira; no es esto decir que no debamos tratar segun el uso establecido á ciertas y determinadas personas: de la manera que yo quiero me trates á mi de tú, quiero que trates al amo de usted....

—¡Pues no faltaba mas!

—Aguarda: no es precisamente por tratarle de tú á de usted, sino porque para nosotros lleva hoy consigo el usted la significacion de respeto. Yo siempre trataré al amo de usted por la gran veneracion que me inspira: le estimo inmensamente mas que me estime á mí mismo, y no cumplí con menos: él me sacó de la abyeccion en que la sociedad me tenia; me ha criado, me confia todos sus secretos, me presenta en todas partes, me trata como amigo, como igual... ¿qué he de hacer sino adorarle punto menos que á Dios? Así es que cuantas mas confianzas le merezco, mas respeto verdadero le tengo.

—Tu amo tiene contigo la confianza de la honradez.

—Eso sí, dijo muy serio Masalegre, y á muchos bárbaros que no la conocen, les extraña que me trate de la manera que lo hace.

—¡Toma si lo extrañan! exclamó Gutierrez: Bien aprendí en Burgos que muchos decian que era una barbaridad el tratarte así... ¿y sabes quiénes lo decian?

—Ps... algun hijo de un lame-platos ó empleado, hecho escribano ó abogadillo arrastrando la hopalanda de convento en convento ó de portería en portería, dijo con desprecio y encogiéndose de

hombres Masalegre... Y eso es lo de menos: ¿qué otras cosas no dicen esos meptecatos de nosotros? Como no nos entienden, hay quien estraña nuestra figura, quién nuestros nombres, quién nuestros gustos, quién nuestra gran confianza, quién nuestras ideas, quién nuestras costumbres y quién nuestras acciones: tiempo vendrá en que todos nos entiendan, y entonces nadie se estrañará (porque serán bendecidas de todo el mundo) ni de nuestra íntima union, ni de nuestras aspiraciones, ni de nuestras obras de común acuerdo realizadas.

—¡Cál si hay gentes que de todo tienen que murmurar... algunos se han reído de vuestro modo de viajar en este siglo del vapor y de las comunicaciones eléctricas.

—¡Pardiez...! sí; algun pobrete y alguna *gran acémila* que no conozcan el valor de una buena mula, ni sepan lo que es contemplar despacio las bellezas de la naturaleza... Guando el mundo está atestado digámoslo así de ferro-carriles, ha de ser de gran tono el viajar caballero sobre un asno rozagante o sobre una mula de fraile benito.

—¡Ja! ¡ja...! Tambien hay algunos imbéciles, añadió Gutierrez, que dicen: sois unos Quijotes disfrazados...

—¡Hombre, esos nos hacen, sin quererle, mucho favor...! ¡digo! unos Quijotes! ¿qué mas podemos desear...? Pero hay la diferencia de D. Quijote á nosotros y de nosotros á D. Quijote, que este salió por las sierras, praderas y paramales combatiendo á un fantasma, cuya desaparicion iba ya á realizarse, mientras que nosotros hemos salido por campos, aldeas, villas y ciudades populosas combatiendo á la cara, de frente, sin disfraz, todos los vicios de esta mezquina, y egoista, sociedad, por

desgracia arraigados en ella con bastante profundidad... ¡Eh! pero ¿quién hace caso de lo que dicen...? ¿No es así, Irene?

—No sé de lo que habláis, dijo la joven que entró a la sazón en busca de un objeto dado.

—Se trata de tus amores con Gutierrez, dijo sonriéndose Masalegre.

—¡Mis amores...! ¡quía! dijo un poco ruborizada la joven.

—Vamos, picarilla... ¿te parece que somos cortos de vista? repuso Masalegre fijando su picaresca mirada sobre la joven.

—¡Si no me quiere Rodriguez...! dijo con zalamería la joven.

—¡Oh, si te quiere! dijo risueño Masalegre. Si aquí por lo visto todo el mundo está enamorado: amores, el amo; amores, Gutierrez, amores, Garcérán, amores... ¿qué sé yo... Todavía me he de enamorar yo en Madrid... Pero no, no, añadió pintándose súbitamente en su rostro la gravedad: ni el amo ni yo nos olvidaremos de nuestra misión... Vos bien podéis estar enamorados, casaros... Gutierrez es un excelente muchacho...

—Gracias.

—Te quiero a par del corazón...

—Ya sí, la quiero, pero... ya se le ha dicho: ni puedo ofrecer bienes, ni quiero que me los ofrezcan; pero deseo conocer y que me conozcan. Siempre hice el ánimo de no casarme a no tratar a la mujer al menos un año entero: durante él la conozco, me conoce a mí, y procedemos así con pleno conocimiento de causa.

—Has hablado, amigo Gutierrez, como un *Papiniano*, dijo con énfasis Masalegre.

—¡Valiente pescal dijo repentinamente el ex-carabinero.

—Como un *Seneca*, vaya, repuso Masalegre... ¡oh si has hablado! de perlas me viene tu sententencia para el amo: hoy mismo la pongo en su conocimiento. Bien dice el refrán, que muchas veces el hombre poco instruido discurre mejor con su buen juicio que el mayor sábio... ¿Qué, te vas?

—Hago ya falta á mi señorita, dijo Irene.

—Pues... te voy á hablar de otros amores, dijo con misterio Gutierrez así que desapareció Irene... Se trata de D. Bonifacio.

—¡Hombre!

—¡Chit!

—¿Qué es eso, hombre? dijo Masalegre al ver que Gutierrez miraba en direccion á la puerta.

—Es que tú no sabes, prosiguió Gutierrez con el mismo misterio, de quién está enamorado.

—Cómo diablos...

—Pues pásmate: está perdidamente prendado de la señorita.

—¿De Gumersinda? dijo con asombro Masalegre.

—Sí.

—Pero si ese cara de vinagre creo que está casado...

—Pues figúrate cuál será su pasion hácia esta pobre señora.

—No lo creo, dijo con desprecio Masalegre despues de un momento de meditacion.

—¿Cómo no? repuso apurado Gutierrez... Pues, ¿y sus visitas, sus atenciones, sus...

—¡Diablo! exclamó pensativo Masalegre.

—¿Y si te añado que se lo ha declarado á Garcerán?

—¡Tú qué dices!

—Y ya lo sabe la señorita.

—¡Y el amo no..!

—Sí; tambien lo sabe: anoche debió ella decirselo.

—¡Si no hemies tenido ocasion de hablar...! Por eso sin duda estuvo anoche tan pensativo... ¿Y ese bárbaro ha confiado á Garcerán tan inmundo secreto?

—Ahí verás lo que es... ¿no le confió el secreto de la indemnización, igualmente que el de su vizcondado? Todo lo que trae entre manos lo pone espontáneamente en conocimiento de su ayuda de cámara: es el hombre mas estúpido.

—¡Hombre! ¡hombre! exclamó con sarcástica risa Masalegre. ¡Esos amores sí que valen un mundo! ¡pobrecito! ¡que tanto le gustan, eso que es *campesino*, las castañas de la *Vera*! Bueno, bueno; veremos como acomete su empresa.

—Pues se me figura que ha de venir luego.

—¡Oh! y es preciso no ponerle entorpecimiento... Un mal rato llevará la pobre Gumersinda; pero... no hay otro remedio... A todo esto, ¿qué te ha dicho últimamente Garcerán de esos expedientes...? ¡Ah! otra cosa; ya puede Garcerán pensar seriamente en casarse: tiene colocacion en casa de la condesa de la Alegría, que le ha hecho administrador de las fincas que posee en Madrid con el sueldo de seis mil reales.

—Ya me lo dijiste anoche, hombre... Los expedientes siguen su curso, y como de Quincoces votó con la oposicion, no sería extraño que sorprendido el nuevo ministerio...

—¡Cál! eso no se debe tolerar. Que le hicieran vizconde, aunque para conseguirlo solo se apoya en que es rico, pase; como que su aristocracia no

habia de costarnos dinero... ¿pero abonarle *diez mil duros* por las polainas grasientas de su padre? ¡oh...! primero...

—Alguien sube, dijo Gutiérrez lanzándose en direccion de la puerta.

En efecto: á los pocos momentos Masalegre pudo ver desde su asiento, sin ser visto, una persona que esperaba en la antesala el permiso de pasar adelante. Era *D. Bonifacio*, quien, previo el anuncio de ordenanza, entró en el salón de recibimiento, adonde al instante salió Gumersinda, que acababa de ataviarse en su lindo gabinete.

Si el lector se acuerda, como no puede menos, del original retrato del celeberrimo de Quincoces, se holgará en gran manera contemplando ahora su escuálida figura, limpia, abundantemente perfumada y envuelta en reluciente bota de charol, guante amarillo, fina camisola bordada, chaleco negro de cachemir, pantalon alagartado y fraque azulado, casi cubierto por un ancho y flamante gabán color de plomo. Así tan escurrido, almidonado y oloroso, saludó con voz meliflua á Gumersinda, quien, por efecto de lo que la habian dicho en la noche anterior, le correspondió con marcada, y hasta si se quiere insultante indiferencia. Lejos de acobardar esto á D. Bonifacio, invitado que fué á tomar asiento, y viendo que la jóven se colocaba en un magnífico sofá, ocupó sin cumplimientos el sillón de cabecera, desde el cual se preparó á declarar á las primeras de cambio su ardiente y ridícula pasion... Era diputado, hombre rico, pronto esperaba aumentar su caudal, servizconde, Dios sabe qué mas... ¿no le daba esto derecho á galantear á quien se le antojase? ¿por qué guardar en su brillante posieion tantas consideraciones con

tono suplicante y soberanamente ridículo: ¡no me mireis con enojo! ¡tened piedad de mi pasión...! ¡dadme siquiera un consuelo! añadió inclinando su cuerpo en dirección de Gumersinda, cual si intentára apoderarse de ella: ¡una esperanza! ¡un mañana!

—¡Jamás! exclamó la jóven, que con horror retiraba su cuerpo de Quincoces, á medida que este se acercaba á ella. Os voy á decir mis últimas palabras, añadió pálida de coraje y rechinándola terriblemente los dientes. Habeis de saber, que, si antes me inspirábais invencible antipatía, ahora me inspirais ¡horror!

Deshauciado Quincoces con las terribles palabras y la actitud para él mas terrible de la jóven, y vién lose al mismo tiempo herido de una manera tan lastimosa en su amor propio excesivo, perdió el juicio por completo. Sin considerar que quien se defendia de su insolente, descabellada y nauseabunda pretension era una señora bella, fina, noble, brillante y desgraciada; y ateniéndose solo á las inspiraciones de su insensato orgullo, de su nebia y asquerosa vanidad, echando sobre Gumersinda una mirada iracunda, en actitud de levantarse, la dijo con voz medio ahogada por la rabia:

—¿Jamás, habeis dicho?

—Sí, contestó resueltamente la jóven, jamás.

—Bien está, prosiguió Quincoces... ¡tambien decís que os inspiro horror?... no os cederé yo en franqueza... Para que no os pongais tan ancha, á mi vez os digo ahora, que ni me merecis ni nunca me habeis merecido mas que... ¡desprecio!

—¡Oh Dios! exclamó juntando sus manos Gu-

mersinda... ¡Mal caballero! ¡salid de mi presencia!

—No he concluido, prosiguió el escriba con sonrisa infernal, y no es justo os dejéis así, vuestra esquivéz os aviene muy mal con la conducta que habeis observado en Búrgos...

—¡Monstruo de bestialidad y de impudencia! esclamó desesperada la pobre jóven... Os repito que salgais de mi casa, si no quereis que llame gente en mi ayuda.

—Sí, ya salgo, dijo Quinceoas retirándose para atrás con su torrija diabolica y sin separarse de la querosa vista de la jóven... Adios, bella querida del general Ferrando...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó sollozando Gumerinda y volviéndose hacia el balcón por huir la presencia del monstruo.

En este momento la puerta del salón giró sobre sus goznes, y acto continuo apareció en él como clavada sobre el alfombrado pavimento, una figura humana, severa, imponente, magestosa y terriblemente amenazadora... Cualquiera que sin conocerla se hubiese fijado en ella, hubiese dicho al pronto que era la estatua de la venganza; pero el diputado no pudo menos de reconocer en la casi misteriosa aparicion, al su génio del mal, gran Don Perrondo. A su vista blasfemó aterrado Quinceoas un ¡Dios! que hizo volver la cara á Gumerinda para exhalar un rayo de reconocimiento y de inevitable consuelo.

—Todo lo he oido, dijo nuestro viajero con voz de arreno al diputado, que le parecia como petrificado y sin atreverse á mirarle de frente. Miserable! ¡de rodillas ante la que habeis cobardemente ofendido!



—Pero... vos... balbuceó en Quincoces.

—¡De rodillas! repitió con furia D. Perrondo. No os admito disculpas, porque, prevenido de antemano, he oído toda vuestra indecente declaración y todos vuestros groseros insultos.

—Pero...

—¡No enténdeis el castellano, os digo yo a mí-vez? repuso D. Perrondo contemplando al miserable con ira mezclada de desprecio.

—Advertid que...

—¡De rodillas, digo por última vez, y si no os cojo entre mis brazos y os arrojo por el balcón! exclamó D. Perrondo estendiendo sus brazos con los puños cerrados y acercándose hasta casi tocar con estos a Quincoces.

Al ver esta furia y el ademán amenazador de D. Perrondo, ya se consideró volando por los aires, pálido, tembloroso y sudando por cada pelo una gota, logró hacer un esfuerzo por ver si podía aplacar a su terrible adversario, y con voz humilde y suplicatoria murmuró:

—Mirad... que soy... un diputado.

—De rodillas con vuestra diputación! exclamó inexorable D. Perrondo, y agarrando al cuitado de un brazo le llevó mal de su grado ante Gumersinda, obligándole de un empuellón a prosternarse a sus plantas.

—¡Horror! exclamó la joven al ver a Quincoces. Y, cual si creyera que acababa de acercársele un asqueroso reptil, huyó de su presencia refugiándose presurosa en el próximo gabinete.

—¡Haces bien, dice D. Perrondo contemplando con ternura en su marcha a Gumersinda, mientras que Quincoces permanece de rodillas en la actitud de un verdadero reo... Sois un adorador impero,

añadió dirigiéndose á este, y por lo mismo no puede soportar vuestra presencia... Venid aquí, miserable, prosiguió en tono solemne, ayudando á levantar á Quinceos, y llevándole hácia el balcón: ha llegado el día de arrancaros la máscara, de presentaros ante el país, en toda vuestra deformidad, de hacer ver lo que valen, lo que significan vuestras protestas de patriotismo, de abnegacion, de odio á los empleos, de alharacas y de insultos contra los empleados, siendo así que el último de estos vale inmensamente mas que vos.

—No creo que tengais derecho á insultar.

—¡Sella esa boca, perverso; fomentido! esclamó furioso D. Perrondo. ¿De derecho hablais? ¿Yes, cobarde, bajo, impuro, torpe, injuriador de una dama?... ¡Oh! no sé cómo tengo paciencia, no sé cómo me contengo para no despedazaros dentro mis manos. Venid aquí, acercaos. ¿Conceis esta carta? añadió sacando del bolsillo de su gaban la entregada por Garcera á Gutierrez: ¿qué decís en ella?... ¿no os acordais? Pues atended. Y desdoblando la carta, sobre la cual tenia fijos Quinceos sus espantados ojos, leyó, trémulo de coraje, el siguiente período: *y si se despacha pronto y como se desea el expediente, escurado, es decir que quedo en corresponder de una manera digna con Vd.*

—¡Ah! ¡por piedad...! esclamó medio acongojado Quinceos.

—¡Piedad...! ¿La habeis tenido vos de esa pobre criatura, que ningun mal os ha causado...? prosiguió D. Perrondo. No sois digno de consideracion, no... ¿Sabeis el delito que aquí habeis cometido? ¿Sabeis lo que es soborno? ¿Sabeis cómo lo castiga el Código cuando es con el objeto de malversar una cantidad inmensa de los caudales publi-

con el uso con el presidio; añada la entu-  
 ra una calificación...  
 ...miserables continúo Di Partendo con progre-  
 siva exaltación; y para eso queráis el cargo de  
 diputado... ¿Vehís pidiendo al cabo de largos  
 años la enorme cantidad de *pesos* por da-  
 nos que importaron *pesos*... En todas partes,  
 a todas horas, vosleréis que no queréis los em-  
 pleos ni los empleados; y tratando de corromper a  
 un funcionario público, pedís que os dejen robar  
 el sueldo de un jefe de provincia durante seis ó  
 más años... ¡Oír ¡oh! ¡protesto! ¡reclamáis! siendo  
 ya diputado; protestáis de que sois diputado; con-  
 serváis y villipendís el cargo de diputado...  
 El noble puesto de diputado, es puesto que sólo  
 deben habérselo los corazones tan puros como  
 el sol; tan grandes como el universo; para defen-  
 der con integridad, con desinterés, con justicia;  
 con valor, los sacrosantos intereses de la patria;  
 ese puesto sublime, augusto, soberano, vos le ha-  
 béis arrastrado por el lodo; vos le habéis salpicado  
 de inmundicia; vos le habéis ensuciado; vos  
 le habéis villipendiado; vos le habéis infamamente  
 prostituido... El cargo, sin embargo, queda tan  
 honrífico, tan puro, tan ilustre, tan resplande-  
 ciente como hasta aquí; porque sobre vos recae  
 toda la infamia; pero vos ya estais imposibilita-  
 do de ejercerle; ya no os pertenece; ya no sois  
 digno de él... Abordaos aquí, unidos dirigiendose  
 hacia una mesa donde aparecía reunido completo  
 el *senado*... Esta es la única piedad que ya pue-  
 do tener con vos... vais a escribir esas cartas:  
 señates. ¡Silencio! no os toca más que obedecer.  
 ...No vais que al *senado*...

—En efecto, si me hallais en disposicion de escribir, dijo D. Perrondo mirando con desprecio á D. Bonifacio; yo lo haré por vos. Y sentándose y haciendo que Quincoces se sentase á su frente, cogió una pluma y escribió rápidamente el siguiente oficio:

«Escelentísimo señor: Poderosísimos motivos, que, después de un maduro examen, me han impulsado á separarme para siempre de la política; ponen hoy naturalmente la pluma en mi mano para renunciar, como por el presente renuncio, el cargo de diputado con que fui honrado en las ultimas elecciones generales por el distrito de T... Lo pongo en conocimiento de V. E. para los oportunos efectos. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid y diciembre 3 de 184...—Escelentísimo señor presidente del Congreso de diputados»

La lectura que incontinenti dió D. Perrondo del oficio, puso horrorosamente pálido á Quincoces: quiso, al presentársele aquel á la firma, hacer alguna observacion sobre su contenido; pero no consintiéndosele hablar siquiera una palabra, cogió la pluma, y exhalando un profundo suspiro, suscribió tembloroso la lacónica y significativa comunicacion.

—Está bien, dijo D. Perrondo recogiendo el oficio. Ya podeis pensar en volver cuanto antes á vuestra casa, de la que nunca debisteis salir, como prudentemente os aconsejaba vuestro tio.

—Sí, dijo de Quincoces ruborizado y en actitud de levantarse.

—Quieto: aun no hemos concluido.

Don Perrondo escribió acto continuo una humillísima peticion de perdon dirigida á Gamarrin-

dá, que Bordabueno firmó sin dificultad, aunque exhalando otro suspiro.

—¿Estais satisfecho?... dijo en quejambroso tono despues de suscribir este segundo papel.

—Aun teneis que echar otra firma, le dijo Don Perrondo poniéndose á escribir... Es la principal... ¿Qué...? ¿Creis que mi clemencia se estiende hasta el extremo de dejaros robar impunemente diez mil duros...? Es preciso que ese empleado, á quien, prevalido del cargo de diputado, habeis tratado de corromper, inutilice á vuestra instancia, el expediente de indemnizacion. Si gustais, puede hacer lo mismo con el del Vizcondado.

—Si vos quereis...

—A mí es lo que menos me importa; tan infame sereis con el Vizcondado como sin él... do dejo pues á vuestra eleccion.

—Que inutilice los dos, murmuró Quincoces.

Escrita la carta para el empleado, que firmó tambien sin replicar D. Bonifacio.

—Estamos despachados, dijo á este D. Perrondo.

—Pero esa carta... dijo apurado Quincoces.

—Me quedo con ella; pero desquidad por completo, repuso D. Perrondo levantándose y haciendo que se levantase el ex-diputado. Yo deberia hacer que os mandasen á un presidio; mas... bastante castigo llevais... Durante toda vuestra vida, á todas horas y en todas partes os han de acosar los remordimientos de la conciencia, ese huésped importuno, constantu, terrible, del hombre que no ha obrado bien... Por lo demás, prosiguió contemplándole con sonrisa amarga y desdeñosa, no tengais cuidado: así que estas hayan producido su efecto, es prometo, bajo palabra de honor, que la

rempere en mil pedazos... la firma y el periodo. Ido irán á vuestro poder... Adios.

—Adios! murmuró casi llorando Quincoces.

—Por allí, por allí, repuse D. Perrondo al ver que Quincoces, de puro abochornado que estaba, no daba con la puerta. Adios.

—Salió al fin el cuitado Quincoces del brillante salón, donde tantas y tan grandes amarguras acababa de cansar y de sufrir. Al cruzar el inmediato tránsito un *¡adios, señor de Quincoces!*, pronunciado á la par por dos bocas en alto y burlesco tono desde una habitación próxima, y seguido de una prolongada y estrepitosa carcajada, vino á llamar dolorosamente su atención. El miserable miró azorado y como maquinalmente durante unos segundos en todas direcciones, y si bien logró divisar dos hultos humanos, tan ofuscada tenía la vista, que á nadie reconoció. Eran Masalegre y Gu tierret, que habían escuchado con D. Perrondo la indecente pretension del ex-diputado y los groseros insultos causados á Gumersinda, y solos toda la escena subsiguiente. Echando con esto llamas por la cara, bajó de Quincoces la escalera, y así que llegó á su posada, temiendo sin duda que si sabía le habían de leer en el rostro su infamia, se encerró en su cuarto, el cual no abandonó hasta la madrugada siguiente, que, empaquetado con una diligencia, abandonó á Madrid con ánimo resuelto de no volverle á ver en toda su vida.

—Ya tenemos un male inhabilitado, murmuró no sin emocion D. Perrondo así que salió D. Benifacio de la habitación. ¿Será el último...? Dios lo sabe. Pero apresurémonos á consolar á esta infeliz. Y dicho esto se entró ressaltamente en el gabinete de Gumersinda.

Pero dejemos por ahora á nuestro caballero procurando endulzar la amarga pena de la pobre huérfana, y traslademos al lector á la calle del Príncipe.

Prescindiendo de su residencia, acerca de la cual abrigaba idéntica confianza que al primer día que llegó á Madrid, desde que el general sufrió las terribles repulses de parte de la condesa, la duquesa y Gumersinda, dos cosas puede decirse que habían ocupado por completo su imaginación: ver de desacreditar á Gumersinda y con ella á nuestro viajero, é idear planes para captarse á todo trance la voluntad de la linda condesa.

En este momento, este es, al propio tiempo que concluyó la vida pública del celeberrimo Burdiluengo de Quinececa, el general se hallaba en el gabinete de su alojamiento, del cual, bien perfumado y elegantemente vestido, le vimos salir días atrás para casa de la condesa. Un hombre de alguna mas edad que él, de regular estatura, bastante obeso, de espesa y canosa barba, frente mas ancha que estrecha, ojos pequeños y zarcos, mirada fija, labio inferior grueso y nariz arremangada, que embiste á todo prójimo con sus dos ventanas enormemente abiertas, se pasea con la cabeza algo baja y come en actitud de meditar ante el señor escolentísimo, que ocupa un sillón colocado tras de una mesa de bufete, sobre la que tiene fijo el codo izquierdo cubriendo casi con la mano la angosta, un poco rugosa y un mucho intranquila frente.

Como observará el lector, el desconocido, verdadera representación, según su rostro, de la astucia, de la serenidad, y de eso que vulgarmente se llama poca vergüenza, tenía una confianza sin lí-

mites con el general. Aunque retirado del servicio algunos años hacia, y viviendo en Madrid con un sueldo correspondiente á una buena graduacion militar, como que habian peleado juntos en el pais vascongado, aquí, por efecto de unos mismos hábitos y de idénticas inclinaciones, contrajeron una amistad íntima, que ni el tiempo ni sus vicisitudes habian podido siquiera resfriar.

—Eso es lo que menos me importa, dijo con indiferencia el general: si tratan de pedir mas informes...

—Que ya los han pedido, dijo el desconocido volviendo por un segundo su rostro al general y sin dejar de pasearse.

—Me es igual, repuso el general en el mismo tono: es imposible que vengau malos, si han de venir fundados.

—Muy confiado estás, repuso secamente el de la nariz arremangada.

—¡Hombre! exclamó apurado el general echándose para atrás... extraño mucho que un militar como tú....

—No seas simple, dijo interrumpiéndole el retirado... ¿Te voy á juzgar yo...? El vencido, añadió con desprecio y encogiéndose de hombros, siempre es cobarde para los cobardes, torpe para los torpes, necio para los imbéciles... El nuevo ministerio, eso que se llama la pública opinion, todo, todo, creo que te ha creado muchos enemigos aun entre tus antiguos admiradores y favorecidos.

—¡Siempre pensando así...!

—¡Y tú siempre tan confiado! exclamó el de la nariz abierta dando la cara al general y contemplándole con cierta expresion de lástima: ¡Pues!



¡olvidar eso y enamorarte ahora como un cadete! Yo no puedo reprobarte el gusto; pero... mientras ruge la tempestad...

—Vamos, repito que eso es lo que menos me importa... de general nadie me ha de sacar... Veamos cómo salimos del apuro.

—¡Ya te dije: en el momento de recibir tu es-  
quela empecé á dar diferentes pasos; pero todos  
en vano, dijo encogiéndose de hombros el retira-  
do: la paga, añadió con parsimonia, no hay que  
esperarla hasta el 40 ó el 42, y estamos á 3... Dos  
amigos míos, á quienes he visto se hallan como  
yo, sin un cuarto... Esta paga, prosiguió arrugan-  
do el ceño y en tono despreciativo, no nos dá si-  
quiera para almorzar con decencia... ¡setenta y  
cinco duros al mes!

—Pues ya ves que es preciso salir del paso en  
este día...

—¡Oh! sí: el pensamiento no puede ser mas  
magnífico... ¡digo...! La condesita es sin disputa  
amiga de la mas soberbia ostentacion... fácil será  
deslumbrarla con ella, entontecerla y en segui-  
da... *atraparla*; pues... Ya se vé; un general con  
su rica carretela tirada por dos hermosas yeguas  
francesas y con todo el aparato consiguiente de  
lacayos, arreos, etc., debe valer mas que un mi-  
nistro recién caído...

Los ojos del general brillaron de una manera  
sinistra con el recuerdo que acababa de hacerle  
su amigo.

—Luego, prosiguió él de los ojos zarcos, como  
que ya deberás encontrarla mas racional si la ha-  
ces saber de la manera que hemos dicho quién es  
esa *chicuela burgalesa*... pues...

—Ya ves que no hay que perder tiempo, dije

con entusiasmo el general, y cuando el préstamo es cosa de ocho días y se dan sólidas garantías....

—¡Oh! eso sí: de seguro dentro de ocho ó diez días has de tomar al menos tres mil duros de tus seis últimas pagas, dijo muy formal el de la nariz abierta. ¿Pero á quién diablos acudimos? añadió meneando la cabeza y cogiéndose con la mano izquierda su labiazo inferior.

—A un usurero, á un demonio, con tal que sea reservado, repuso apurado el general.

—¡Ah! exclamó su amigo despues de meditar un rato dándose un golpecito en la frente: ¡magnífico...! mas callado que un muerto... El es vil, interesado sin segundo, desvergonzado, audaz, asqueroso...

—Sea lo que quiera, dijo de repente el general... saáuenos del apuro, y lo demás...

—Corriente... ¡ah! repuso el de los ojos zarcos... Es el dueño de la casa donde vive esa jóven burgalesa... No tengas recelo: respondo de su sigilo.

—Bien: ¿y cómo vemos á ese hombre?

—¿Cómo?... ahora mismo voy á ver si le hago venir: sí, es lo mejor. No es cosa de que un general vaya á su casa. Le hablaré de tus garantías, que bien á la vista están de todo el mundo, y como no vive lejos de aquí, creo que será al momento contigo... No perdamos tiempo: adios. Y el incógnito salió con apresurado paso de la morada del general.

—Sí, se dijo este á sí mismo, luego que desapareció su amigo; démonos tono, deslumbremos con nuestro boato, con nuestra magnificencia... ese es el mundo. La condesa, como todas las mujeres, es amiga del lujo, que, si no representa en realidad

la riqueza, al menos la significá en apariencia. ¡Cuántos pobretes han alcanzado colocaciones brillantes tan solo por vestir de una manera elegante y nada proporcionada a sus facultades!.. Con una ostentacion deslumbradora fácil me será hacer creer que acabó de adquirir una pingüe herencia... luego mi posicion, ¡oh! Sobre todo esas cartas que hay que mandar poner á todo trance... á todo trance, sí... el medio es... infame, sí; pero... no hay otro camino... Irán, irán, válgan por lo que quieran: el caso es desacreditarles, disculpándome yo... Este antiguo amigo hará ir en seguida ante la duquesa, con el propósito de apoyar nuestro plan, á uno de esos *literatueros* con quienes tiene tanta intimidación... La duquesa hablará con la condesa... me disculparán, sí... unos sentimientos reemplazarán á otros, y entonces, aprovechándome con oportunidad de todos los elementos puestos en juego, es mas que probable que logre mi objeto... ¡oh! sí, sí... ¿qué me importá ese rival?.. Si no cediese el campo, yo veria el medio de deshacerme de él con honor... Pero... estoy formando castillos en el aire: lo primero es lo primero... ¿vendrá ese hombre?... ya tarda demasiado... cada minuto que transcurre me parece una hora... ¡hora de incertidumbre, de zozobra, que es mas angustiosa mil veces que la hora de desgracia!..

Medio cuarto de hora, para él de crueles amarguras por los terribles y encontrados pensamientos que agitaban su mente, habria próximamente transcurrido, cuando uno de sus asistentes vino á anunciarle una visita de parte del retirado. Al ver que este habia desempeñado tan bien su comision, la mirada del general brilló de alegría:

—Que pase al momento, dijo en voz fuerte.

f. Al aspecto de un ente tan sucio, tan descuidado, tan repugnante como *Cernícalo*, que trabajosamente se iba acercando á él enseñando las fajas pajizas que envolvian sus abotagadas piernas, el general no pudo menos de experimentar cierta sensacion de horror, que, por más que hizo, no le fué fácil disimular por completo al corresponder al seco y, si se quiere, orgulloso saludo del marido de la *Gurgusa*. No obstante esto, como que sin el poderoso apoyo del recién venido no podía llevarse á cabo el plan ideado, penetrado que hubo aquel en la estancia, no tuvo más remedio el general que mandarle tomar asiento; señalándole con forzada afabilidad el magnífico sofá colocado frente á la mesa de bufete.

—Supongo, dijo sentándose *Cernícalo* con la misma satisfaccion que si fuera en su casa, y fijando en el general sus ojos verdosos con cierta expresion de superioridad insultante, que á quien tengo el honor de hablar...

—Sí, dijo el general saliendo al encuentro de *Cernícalo* un sí es no avergonzado; creó que no venís equivocado...

—¿El general recién venido de Cataluña, eh? repuso *Cernícalo* con una risita un tanto maliciosa.

—En efecto.

—El coronel, vuestro amigo, prosiguió *Cernícalo* yendo derecho al negocio como hombre á quien para nada gustaban los rodeos, me ha hablado de un crecido préstamo...

—¡Ah! no: es poca cosa, dijo el general dándose importancia.

—Unos cuatro mil duros, dijo *Cernícalo* no sin admiracion. Para vos no será una gran cantidad;

pero para mí sí... ¡digo! cuatro mil duros no son un grano de anís...

—Pero. . dijo apurado el general temiendo que su plan fracasase.

—Podré proporcionároslos, dijo de repente Cernícalo con su risita maliciosa; por ser vos quien sois... En verdad que yo no hago préstamos mas que sobre prendas, ó sobre alguna buena finca sita en la corte: vuestro amigo acaso os haya enterado de ello; pero tratándose de un general como vos... pues; yo he sentido tanto como el primero el éxito de la revolucion de Barcelona... Los hombres pacíficos no podemos menos de aborrecer á esos eternos revoltosos, á esos bribones que no nos quieren dejar vivir, que quisieran apoderarse de nuestros bienes... ¡Oh! si para esa gente no debia haber mas que *leña... palo y siempre palo*.

—Sí, sí, dijo el general viéndose precisado á reir cuando mas disgustado se encontraba con el lenguaje de Cernícalo; pero...

—Sí; á eso vamos, dijo Cernícalo, aunque, como os dejo dicho, no presto mas que sobre prendas, tendreis esos cuatro mil duros siempre que las garantías...

—¡Oh! eso por supuesto, dijo formalmente el general.

—Vamos á ver: vos direis, repuso secamente Cernícalo.

—Pues nada, dijo algo avergonzado el general: de garantías... ¿cuáles son las que acostumbrais pedir en estos casos?

—Ps... murmuró Cernícalo bajando al suelo los ojos. Garantías... El coronel me habló de vuestras pagas...

—Pues... dentro de ocho ó diez dias al menos

deben estar en mi poder seis de las siete últimamente vencidas...

—¿Y quereis que yo las cobre en vuestro nombre? dijo Cernícalo con una grosería, que hizo morder los labios de coraje al general.

—¡Por Dios! exclamó este esforzándose por disimular su enojo. Ya veis que eso... ¿No es bastante una obligacion?

—Ps... para el caso es igual, dijo Cernícalo con la mayor flema del mundo... Si vos quereis mejor una escritura pública...

—¡Hombre...! yo supongo que mi honradez, mi buena fé, mi posicion...

—¿Pues luego...? dijo Cernícalo extrañado, ó aparentando extrañar la salida del general.

—Se trata, señor... ¿cómo es su gracia de usted? dijo el general cada vez mas abochornado.

—*Joaquin Porto Carrero*, contestó muy sério Cernícalo.

—Pues bien, *Sr. D. Joaquin*, prosiguió el general con forzada sonrisa; se trata de una cosa secreta, de un asunto para vos y para mí solamente.

—¡Pero sin garantías! exclamó impacientado Cernícalo.

—¡Hombre! nada de eso; un pagaré.... ¿no es bastante un pagaré? repuso el general fija su mirada suplicatoria sobre el bergante.

—Ps... pagaré, pagaré, dijo Cernícalo como hablando consigo mismo. No tengo inconveniente en recibirle, pero necesito otra firma.

—¡Otra firma!—exclamó asombrado el general.

—Sí; una obligacion particular en que me faculteis para retener vuestras pagas, caso que,

cumplido el plazo del pagaré, me vea en la precision de protestarlo.

El general perdió el color y aun el juicio con esta salida de Gernícalo: en otra ocasion y en su génio hubiera arrojado por el balcon al usurero: en esta no tenia otro recurso que sufrir, y sufrir aparentando estar satisfecho y contento, que es el peor de los sufrimientos.

—Pues qué, dijo, ¿creeis acaso que llegado el plazo...

—Yo no creo mas, que siempre conviene atar las cosas en regla, dijo Gernícalo interrumpiéndole bruscamente. Al buen pagador no le duelen prendas, señor general. Si mi dinero ha de salir á otras manos... pues... he llevado infinitos chascos, y...

De buena gana hubiera ahogado el general entre sus brazos á Gernícalo en aquel momento; pero era tan angustiosa la situacion que se habia creado, que no tenia mas remedio que sufrir en silencio las crueles exigencias, y los groseros y terribles insultos del mas vil de los usureros. Así pues, se apresuró á interrumpir al bergante, diciéndole con gravedad:

—¡Ah! lo que es por ese lado, no tengais recelo: os daré esa garantía y mas que de mí querais razonablemente exigir; pero...

—Corriente, corriente, dijo satisfecho Gernícalo.

—Vamos á otra cosa; continuó el general. Os he dicho que este es un asunto que no debe salir de entre los dos...

—¡Oh! pues no faltaba mas!

—Palabra redonda, añadió el general mirando

con angustia al usurero, de que no'habeis de endosar el pagaré.

—Concedida, dijo Cernícalo sin titubear.

—Mirad que á mí ninguno me ha quebrantado su palabra impunemente, dijo el general en tono amenazador: ahora hablemos del premio.

—Ps... sobre eso no reñiremos.

—No por cierto: vos direis, pues que yo....

—¿A qué plazo quereis mi dinero? preguntó Cernícalo.

—Sobre unos ocho dias.

—¿No será mejor un plazo de quince?

—No; es bastante diez; sí, ese par de dias me vendrán perfectamente.

—¿Quién lo duda? repuso Cernícalo: Pues señor, bien: por esos diez dias pondremos... Ya os habrá dicho el coronel que yo coloco mi dinero con un veinte por ciento al mes... A vos solo os quiero un *diez y ocho*; basta que...

—Bueno, bueno, dijo el general con aparente indiferencia.

—Pondremos pues... noventa... sí; noventa mil reales: por poco no hemos de andar en picos.... ¿Estais contento?

Ps... lo mismo me da, contestó el general haciendo, como suele decirse, de tripas corazon.

—Pues corriente, repuso Cernícalo: mañana tendreis aquí el dinero á la hora que me señaleis.

—¿Qué hera es la mas apropiósito para vos?

—Cualquiera despues de las diez de la mañana.

—Pues á esa hora os espero.

—Corriente: ¿teneis que mandarme mas? dijo Cernícalo en ademan de levantarse.

—No... ¡Ah! esperad un momento, dijo el gene-



ral. ¿No sois vos el dueño de una casa en la calle de San Bernardo?

—Sí; allí poseo una.

—¿Cuyo cuarto principal habita una joven de Búrgos, ¿eh?

—En efecto; por casualidad la he visto una vez, contestó Cernícalo: ¡y qué hermosa es! añadió entusiasmado.

—¿Y teneis alguna habitacion desocupada?

—No: está alquilada toda la casa.

—No os pregunto por un cuarto completo... os hablo sólo de una pequeña pieza... aunque no fuera de grande capacidad... una piececita que no sirviese á cualquier inquilino...

—¡Hombre! precisamente esa misma joven, dijo meditando Cernícalo, tiene una piececita que cae al patio, y creo no la necesite.

—Esa, esa, dijo con calor el general. Si fuera posible el lograrla, os la pagaria como quisiérais.

—Si hablándola yo quisiera cedérmola... dijo Cernícalo abriendo el ojo con la ganancia que le ofrecia el general. Pero es el caso que esa joven no me tomó en renta el cuarto: á su nombre lo hizo un comerciante de aquí.

—Eso no importa, dijo el general despues de un momento de meditacion: como ella es la que habita la casa, lo que ella disponga en ese punto lo dará el otro por bien hecho.

—¿Y si ella me dirige, como es regular, al comerciante?

—Vos procurad porque ella le ceda á todo trance: la hablais de vuestra necesidad, de que una urgencia imprevista... en fin, vos vereis cómo ella se esplica... En caso que no ceda, la amenazais con echarla del cuarto.

—¿Y si se sale? dijo Cernícalo tan apurado como si ya viera su cuarto sin inquilino.

—¡Hombre! la amenaza se la lleva hasta cierto punto; en pasando de él... pues: ya me entendeis.

—Corriente, dijo Cernícalo despues de meditar unos segundos. Iré mañana.

—¿Os olvidais ya de nuestro negocio principal?

—¡Ah! sí: lo dejaremos para pasado mañana.

—Os advierto que procureis ir á una hora cómoda.

—Despues de las doce.

—Será mejor á las diez, porque esa jóven tiene visitas de confianza.

—Está bien, dijo Cernícalo; cualquier hora es igual para mí.

Corriente, corriente, dijo satisfecho el general: no hay mas que hablar, *señor don Joaquín*... Hasta mañana.

—Hasta mañana, repitió Cernícalo levantándose. Y haciendo un saludo al general, salió de su presencia tan trabajosamente como había entrado, encaminándose en derechura hácia su acreditado *Cosmorama*.

## CAPÍTULO XVIII.

### LAS INTRIGAS.—EL NECIO.—EL JUEGO DE LA LOTERÍA.

A la una y media de la tarde del 4 de diciembre seis personas, á cual mas simpáticas al lector, salían de la casa de la calle de Postas, propia del honrado comerciante D. Tomás Rodríguez, donde, conversando con la buena Julia, quedaba la interesante y por todos conceptos bellísima Gumer-

sinda. Esas seis personas eran el mismo Rodríguez, el conde de Melgar, D. Perrondo, el noble joven D. Pepito Escalante, Masalegre y Gutierrez. Todos nuestros amigos, si se exceptúa el comerciante, que tomó la opuesta dirección después de cambiar unas palabras con D. Perrondo, bajaron á la calle Mayor, marchando delante este, el conde y Escalante, y detrás Masalegre y el ex-carabinero. Llegado que así hubieron casi á lo último de la Puerta del Sol, hicieron alto los tres primeros é imitándoles los dos últimos, D. Perrondo se dirigió á estos diciendo:

—Con que vosotros vais...

—A ver el mundo que corre, dijo interrumpiéndole Masalegre. ¿A qué hora volvemos á casa de Rodríguez?

—A eso de las dos y media, contestó D. Perrondo.

—Corriente: en una hora ya podemos nosotros dar vuelta á todo Madrid... ¿No nos teneis que mandar algo?

—No: idos con Dios.

Mientras D. Perrondo y Masalegre habian cambiado las anteriores palabras, el conde se dirigió á Escalante y le dijo:

—Con que vos os quedais aquí, ¿eh?

—Sí; á las dos en punto sale del establecimiento, y no puede menos de pasar por este sitio, contestó el joven.

—No os canseis de prevenirle bien, ni recomendarle que proceda con muchísima cautela, repuso el conde con interés.

—Descuidad: es un muchacho que me merece una confianza sin límites, y no dudo conseguir de él cuanto apeteceamos.

—Ea pues; hasta mañana á eso de las diez.

—Sí; á esa hora estaré en vuestra casa.

Acto continuo Masalegre y Gutierrez tomaron la direccion de la calle de Alcalá, y D. Perrondo y el conde la de la Carrera de San Gerónimo, quedándose Escalante en el mismo sitio de la despedida á esperar al sugeto que, segun él, tenia que pasar por allí á las dos en punto.

—¿Con que ese hombre...? dijo D. Perrondo marchando ya por la Carrera y mirando al conde con cierta ansiedad.

—Tan insolente, tan descarado, tan infame como te he apuntado, contestó el conde indignado.

—¡Si os dije yo...! Nunca entré á gusto en que vos diérais semejante paso; pero os empeñasteis de tal suerte que...

—¿Y qué se ha perdido? nada, repuso el conde con calma. Por el contrario: yo creo que hemos ganado mucho con él... Por de contado que si vas tú, como queráis, se dá un escándalo.

—Le hubiera ahogado entre mis manos, dijo con terrible furia D. Perrondo.

—No: no es tiempo aún de producir escándalos.

—¿Cuando ya está perdida toda esperanza....? repuso como asombrado D. Perrondo. Pero no creais que yo dejo de verle...

—Cuando sea tiempo: ahora no lo es para tí.

—Veremos... Dios sabe lo que hubiera sucedido de haber ido yo, repuso D. Perrondo mudando de tono. Le habria hablado de sus juramentos, de sus promesas en Búrgos y Barcelona, del objeto sagrado de su amor... ¡amor infausto! añadió con amargura despues de una breve pausa.

—¿Acaso crees que yo no le he puesto delante cuantas consideraciones pudieran moverle á re-

conocer su deber? ¿que no le he tocado cuantos resortes podian ablandar su corazon? ¿que no le he hecho ver los contratiempos, las desgracias, las enemistades, el odio que con su conducta tenia con precision que llamar sobre su cabeza...? Durante la hora larga que ha durado nuestra entrevista, nada he escaseado, nada que tú pudieras haberle dicho he dejado yo de presentarle ante su imaginacion; pero razones, consejos, amenazas, halagos, hasta súplicas, todo ha sido en vano.

—Pero, ¿cómo se disculpa? dijo de repente Don Perrondo casi trémulo de ira: ¿qué es lo que dice? ¿qué es lo que alega para faltar tan villanamente á lo mas sagrado, á lo que se debe á simismo como hombre y como general, á lo que no falta en manera alguna el que conserva siquiera un resto de honor y de vergüenza?

—El pérfido mira con la mas criminal y horrible indiferencia el estado de nuestra pobre huérfana, dijo el conde notablemente afectado. Dice que ella es una consecuencia natural de la orfandad y del desamparo en que hasta la fecha se ha visto, y que por lo que á él atañe, no puede considerarlo mas que como el resultado igualmente natural de un legítimo pasatiempo... Vamos, añadió no sin indignacion: no hablemos de esto... No quisiera recordar las disculpas injuriosas, el insolente descaro, el asqueroso cinismo de ese hombre fementido.

—¡Ah, sociedad, sociedad! exclamó con profunda amargura D. Perrondo y como hablando consigo mismo: ¡cuán pervertida estás! ¡cuánto se necesita trabajar para ordenarte, para que la justicia, la verdadera justicia, sea la que te presida labrando la felicidad del género humano...!

—Pero ¿qué tratos traerá entre manos ese desdichado con un hombre tan vil y despreciable como Cernícalo? repuso el conde.

—¡Ah! sí, dijo D. Perrondo saliendo de su asombro. ¿Habeis dicho que encontrásteis en su casa al usurero?

—Si: al suplicar yo al ordenanza que me anunciase, salia el bergante, y á mi modo de ver extraordinariamente satisfecho. Su vista me causó no sé qué sentimiento de extrañeza y horror, que no procuré disimular. En cuanto á él, creo que no me conoció.

—¿Pero podeis estar seguro...?

—¿De si era él? ¡Vaya si lo estoy! El era, él era, con sus facciones horribles, sus piernas abotagadas y su andar trabajoso.

—Capaz será de cualquier cosa ese miserable, dijo con desprecio D. Perrondo.

—Si hemos de creer á Escalante, pronto saldremos de dudas.

—¡Oh! sí; yo le creo. Vos recelais de que encontremos otro Garcéran; pero yo no. Escalante es un jóven extraordinariamente simpático, que seduce, que encanta á todo el mundo, y como que aquí se da además la feliz casualidad de haber sido criado durante varios años de su honrado padre ese dependiente, no hay dificultad en creer...

—No me has entendido, repuso el conde: la duda que abriga mi corazón es motivada á no ser Cernícalo tan mentecato como D. Bonifacio.

—Es cierto, repuso un poco pensativo D. Perrondo... ese malvado no se fiará ni aun de sí mismo para ciertos asuntos... Sin embargo, añadió mudando de tono; cómo que el criado de Escalan-

te es su primer dependiente, con precision tiene que enterarle de todos sus contratos...

—Menos de los que un usurero reserva para sí solo, dijo el conde interrumpiendo á su amigo: en fin; veremos lo que logra Escalante, que irá en nuestra busca mañana de madrugada.

En esto nuestros amigos, que venian en busca de la duquesa del Terebinto, se encontraron á las mismas puertas de su casa-palacio. Subieron animosos la magnífica escalinata, y ganando sin detenerse la larga crugía que precedia á sus régias habitaciones, llegaron hasta el gran salon, donde unos quince dias antes les recibiera la bellísima dama, acompañados de Masalegre.

Precisamente se encontraba á la sazón en él la interesante huérfana; pero ahora no estaba sola: acompañábala, colocado en un cómodo sillón, que abandonó al solo anuncio de nuestros amigos, un jóven pequeñito, barbudo, de ojos zarcos y maneras en extremo afectadas, en el cual, si el lector recuerda los personajes que asistieron al espléndido festin dado por la misma duquesa, sin dificultad reconocerá al insigne y nunca bien ponderado D. Pedro Calasanz y Villalafuente, gloria del parnaso español.

Sin duda que un asunto importante habia llevado en este dia al literatuelo ante la noble sobrina del conde de Melgar, y por cierto que no debian ser agenos á él nuestros amigos... ¿Por qué si nó al solo anuncio de ellos abandonó Villalafuente precipitadamente su sillón con ánimo de despedirse de la linda dama? ¿por qué si nó las delicadísimas facciones de la duquesa aparecian un poco alteradas, y su seno presentaba una agitación nada comun en ella? ¿por qué si nó el ros-

tro del poetastro se presentó extraordinariamente encendido á la vista de D. Perrondo y el conde...? Para estos pasaron, como no podian menos, desapercibidos semejantes incidentes; pero para el lector deben significar mucho si recuerda por un lado la conversacion habida el dia anterior entre el general y su amigo, y si por otro se fija en la carta que, recibida en aquella misma mañana por la duquesa, aparecia aun medio abierta sobre un rico velador de caoba, colocado delante del sofa donde se hallaba reclinada la interesantísima dama.

El general, como se vé, no vivia descuidado: arrastrado por una ciega fatalidad á llevar su perfidia hasta el último extremo, habia hecho dirigir un anónimo á la duquesa muy parecido á otro escrito para la condesa, calumniando en él á Gumersinda y á nuestro viajero; y el titulado coronel, que lo proporcionara en la forma que sabemos el préstamo de Cernícalo, explotando la imbecilidad y pedantería de Villalafuente, á quien casualmente conocia, habia lanzado á este ante la duquesa para apoyar el plan infernal de su digno amigo.

Sobre si por el pronto habia conseguido ó no el perjuro seductor de Gumersinda sus criminales intentos, solo diremos, que la duquesa, que en otra ocasion hubiera arrojado mal pareciendo de su presencia á cualquiera que la hubiese anunciado lo que acababa de antuciarla Villalafuente, se contentó, á pesar de conocer bien á fondo á este poetastro, con negarle débilmente sus aseveraciones. Estaba segura la noble dama de que Villalafuente ni siquiera conocia personalmente al general, y esta circunstancia, unida al contenido de la



carta que aparecía sobre el velador, la hizo dudar, llenándose su espíritu de zozobra y su corazón de amargura.

A la aproximación de nuestros amigos, que solo contestaron con una desdeñosa inclinación de cabeza á la despedida de Villalafuente procuró serenarse la bella duquesa, y llamando aunque con sumo trabajo una sonrisa á su diminuta boca, les ordenó que tomasen asiento.

—Perfectamente, mi querida Adalberta, dijo el conde sonriéndose y mirando en dirección de la puerta, que acababa de ganar Villalafuente: supongo que hoy estarás de un humor sobremanera alegre.

—Pues... dijo como maquinalmente la joven inclinando al suelo su vista.

—Muy sencillo: de creer es que, aun cuando le tuvieras malo, el ente que acaba de salir, te le habrá quitado por completo.

—Ps.... murmuró la duquesa con amarga sonrisa.

—Qué, repuse el conde como aparentando estrañeza: ¿no te ha hecho reír como en otras ocasiones? ¿acaso su musa. alegre y retozona de continuo, ha estado hoy triste y pesada...?

—No sé qué os diga á eso, mi querido tío...

—Pues...

—¿Qué quereis? prosiguió Adalberta echando una rápida mirada sobre la carta y despues de exhalar un imperceptible suspiro: hay dias, momentos, situaciones, en que el hombre del mejor humor suele llevar, si no la tristeza, un estado de seriedad, de indiferencia... un no sé qué al alma, que creia encontrar con él risueños pensamientos, halagüeñas y lisonjeras ilusiones.

—Es decir que el poetaastro, en vez de divertirse, acaba de arrebatarle tu buen humor? repuso el conde fija su escudriñadora á la par que amorosa mirada sobre la jóven: ¡si dije yo...! vames, vamos, añadió riéndose fuertemente; al fin y al cabo has de venir á despreciarle de todo punto como se merece... cada cosa en lo que vale.

—No sé si deciros, repuso la jóven con cierta tristeza, que me alegraría de eso...

—¡Oh! por supuesto que te alegrarías, dijo el conde, interrumpiéndola. El necio divierte; pero es hasta cierto punto: en llegando á él, su trato no puede menos de ser un continuo tormento para un corazon bueno y sensible, cual es el tuyo.

—En efecto, dijo á la sazón D. Perrondo, que no habia hecho otra cosa que contemplar con cierta estrañeza mezclada de ternura á la noble jóven: las relaciones entre un necio y un hombre, no digo de superior, sino de mediano talento, no pueden ser duraderas, y siempre concluyen por parte del último, que se cansa de ser víctima de las insulseces, de las imprudencias ó de las torpezas del primero.

El lenguaje sencillo y para ella significativo de D. Perrondo, el mismo acento de sus palabras, la noble naturalidad con que los pronunciára, produjeron un efecto magnífico, efecto que, si bien se explica muy mal, se comprende perfectamente en el ánimo de la bellísima jóven. Involuntariamente fijó esta, como suele decirse, todos sus cinco sentidos en el simpático rostro de nuestro viajero, y su alma acabó de experimentar una transformacion sobremanera agradable, dulce y consoladora: ¿podia aquel hombre expansivo, franco, tierno, seductor, hermoso, ser tan pérfido, tan in-

moral, como lo decían el anónimo y Villalafuente? Sin embargo, preciso es convenir en que semejantes transformacion no podía ser completa, ó mejor, duradera, porque la herida abierta en el corazón era demasiado reciente y profunda: por de pronto, sí, obedeciendo al primer impulso de sus bellos sentimientos, y sin calcular siquiera el valor de sus palabras, dijo ruborosa y con notable exaltacion:

—¿Habeis vos experimentado eso?

—¡Por Dios, señora! dijo D. Perrondo con extraordinaria afabilidad y conteniéndose como aquel que teme ofender con una palabra indiscreta á una persona á quien respeta: permitidme que, atendido vuestro talento, dude...

—Teneis razon, repuso la duquesa volviendo en sí y sin dejar de contemplar con amor á nuestro viajero... no sé lo que me digo... mi imaginacion estaba ahora... qué se yo dónde... ¡oh! prosiguió con una exaltacion estraña y sin separar su mirada de fuego de D. Perrondo... ¿quién duda que el necio no puede simpatizar mucho tiempo con el ser sensible, ingénuo, expansivo y de nobles y elevadas aspiraciones? El entusiasmo, la aptitud, la comunicacion, *la vida*, representaada en el hombre de talento, no puede marchar unida á la indolencia, á la insensibilidad, á la torpeza, *la muerte*, así bien personificada en el necio: este y aquel se rechazan, se escluyen, se odian por decirlo de una vez, como lo bueno y lo malo. No parece sino que el necio ha nacido para interponerse en el camino del bien, que sigue toda criatura sepsible, tierna y honestamente apasionada, y arrebatarla así la felicidad que de otra manera vendria á constituir el premio de su conducta y de sus prendas: no, im-

posible es que haya un trato mas insoportable que el del necio: de seguro puede decirse que es preferible al suyo el de cualquier bribon...

Aquí, cual si creyese la duquesa haber ido mas allá de donde se propusiera en sus razonamientos contra el necio, que solo podian recaer ahora sobre Villalafuente, se contuvo anhelante, sofocada, encendida, pero mas bella que nunca, porque en sus grandes ojos y en su ovalado rostro aparecian perfectamente retratadas la natural nobleza de su corazon y la sublime elevacion de su alma. Don Perrondo, que seguia contemplándola con un entusiasmo ardiente, con un amor que no sabemos cómo calificar, al oir ahora su lenguaje elevado, digno, convincente, no pudo menos de esclamar tristemente para sí:

—¡Ah! ¡que esta mujer solo haya respirado en la corrompida atmósfera de la corte...!

—¿No sois de mi opinion, amigo mio? dijo por fin la duquesa, que al parecer tomó extraordinario aliento durante su breve pausa.

D. Perrondo quedó casi cortado con la repentina salida de la jóven, que tan bruscamente vino á sacarle de sus meditaciones.

—No os diré yo tanto, mi querida... mi...

—¿Por qué no seguís...? ¿os duele por ventura darme ese dictado? repuso la jóven con acento agradablemente conmovedor y echando sobre Don Perrondo una mirada lánguida, que luego fué á fijarse pudorosa en el alfombrado pavimento.

—Me duele, señora, contestó D. Perrondo algo ruborizado, el solo pensar que con él pudiera ofenderos.

La contestacion de D. Perrondo, hija tan solo de su escesiva delicadeza, á la que creia haber falta-

do inadvertidamente, vino á traer de nuevo la turbacion y la angustia al espíritu de la duquesa. Retraerse de darla el dictado de querida, tan justamente admitido aun entre personas que solo sostienen amistosas relaciones no muy íntimas, era en estas circunstancias tanto como confirmarla en las lúgubres ideas, que el anónimo y Villalafuente acababan de hacerla concebir. Casualmente fijó tambien sus ojos sobre su malhadada carta, y á su aspecto sintió que el corazon se la despedazaba en su cavidad, sobrado insuficiente por lo duro y repetido de los latidos que le atormentaban. Procuró no obstante, haciendo un esfuerze sobrenatural, disimular en lo posible su angustioso estado, y en tono entre grave y risueño, dijo:

—¡Ah! en ese caso no sois mi amigo, y yo tenia entendido...

—¡Por Dios, señora! ¡no me digais eso! dijo Don Perrondo con hondo sentimiento. Soy vuestro amigo, como yo lo soy de las personas á quienes quiero de todo corazon; soy vuestro amigo, tal cual yo comprendo la amistad, tal cual yo entiendo esa dulce palabra, que jamás ha salido en vano de mi boca. Decidme lo que quereis, prosiguió con ferviente entusiasmo, ordenadme lo que sea de vuestro gusto, mandadme lo que se os antoje, y vereis si soy vuestro amigo leal, sincero, apasionado y agradecido... En dudar siquiera de mis sentimientos hacia vos, me haceis un agravio, señora: franco por naturaleza, ingénuo por inclinacion, puedo decir, que de todo podrá acusárseme menos de esa falsía, que, á pesar de ser tan comun en nuestros tiempos, ni ha manchado ni manchará jamás mis labios.

Habia en las palabras de D. Perrondo tal uncion,

tal atractivo, tal encanto, y su rostro aparecía inundado al propio tiempo de una dignidad tan sublime, tan augusta, que la duquesa no pudo menos de experimentar otra repentina y agradable emoción. Convencida casi por completo de que solo un plán péfido y tenebroso podía haber hecho ir á sus 'manos la consabida carta y á Villafuente á su presencia, quería no obstante que, sin comprender su anterior estado ni las causas que le habian producido, la confirmase otro mas y mas en las lisonjeras ideas que acabára de concebir con las ardientes protestas de nuestro viajero: tenia de ello la pobre jóven una necesidad imperiosa, fuerte, imprescindible, y así, lleno el corazon de aborozo, centellantes los ojos y radiante de satisfacción el hermoso rostro, aunque un poco comóvida aun, dijo:

—¡Gracias, amigo mio.....! dispensad mi ligera sospecha, concebida tan solo por... Pero dejemos esto, sí, sí; decidme... ¿no es verdad que estamos de acuerdo en que el necio es el sér mas insoportable del mundo?

—Enteramente conformes, añadió risueño Don Perrondo.

—¡Si no podia menos! exclamó con júbilo la duquesa.

El conde, para quien no habian pasado desapercibidas las repentinas mutaciones que en poco tiempo ofreciera su linda sobrina, á la cual no habia cesado de contemplar durante ellas con la mas exquisita ternura, salió ahora á su encuentro, diciéndola con sonrisa mas bien forzada que natural:

—¿Sabes, Adalberto, que advierto en tí no sé

qué misterio, no sé qué cosa, que te tiene, digámoslo así, fuera de tu centro?

—Pues... dijo en extremo ruborizada la duquesa.

—¿Acaso ese necio, ese pedante que acaba de salir, ha venido á llenar de angustia tu corazón? repuso el conde, fija su mirada sobre la jóven.

—No... precisamente.... dijo cada vez más turbada la duquesa.

—Vamos, que sí, repuso el conde sonriéndose; es inútil que procures ocultármelo...

—No, no...

—Tú no quieres decirlo; pero cuando un mediano observador lee los sentimientos del alma en los ojos, en el rostro...

—En fin, doblemos la hoja, mi querido tío, dijo la jóven, que necesito revestirse de todo su valor para serenarse un poco: ¿qué tal le cómedia de anoche, añadió con todo cuidado para dar otro giro á la conversacion.

—Puesto que no quieres hablar del pedante....

—Aplacémoslo para otro día, repuso la duquesa procurando traer una sonrisa á su boca.

—Ya que así lo quieres, corriente, repuso el conde. La funcion, añadió en tono de indiferencia, no nos pareció muy buena.

—¿Pues cómo?

—Acaso consistiera, repuso con galanteria el conde, en que nosotros echamos dos cosas de menos en ella: tú estabas comprometida para el baile con la condesa, y la pobre Gumersinda se empeñó en acostarse al anocheecer.

El solo nombre de Gumersinda, que tan dulcemente habia sonado hasta allí en los oídos de la duquesa, pareció llevar de nuevo la intranquilidad

á su espíritu, despertando tristes recuerdos, segundos antes olvidados.

—¿Acaso está mala? dijo con cierta indiferencia nada comun en ella tratándose de nuestra huérfana.

—Estuvo, sí, un poquito indispuesta; pero ya se encuentra perfectamente bien... la infeliz está de desgracias... ¡oh! ayer, por lo que menos podia imaginarse, llevó un rato en extremo cruel.

¡Pobrecita! exclamó la duquesa disimulando todo lo posible su nueva emocion: ¿y qué fué ello?

—Nada: son cosas que ni siquiera conviene tomarlas en boca, contestó el conde afectado.

—Es preciso, dijo la duquesa dirigiéndose á Don Perrondo y fijando sobre él una mirada escudriñadora, que vos la cuideis mucho.

—Señora... los males del alma, cuando llegan á cierto periodo, con dificultad admiten cuidados de otros, dijo conmovido D. Perrondo y sin comprender, porque comprender no podia, la trascendencia de las palabras de la duquesa. Yo daría la mitad y mas de mi vida, prosiguió despues de una breve pausa, por volver la tranquilidad á su hermo o corazon; pero este se encuentra ya sordo, en fuerza de padecer, á la dulce voz de la amistad mas pura y desinteresada.... ¡oh! Ella sabe por desgracia que el pérfido, que ha abusado de su candor, que el fementido, que tan infamemente está faltando á sus compromisos y juramentos, no solo la ha perdido, sino que la ha entregado atada de pies y manos al ludibrio de las gentes para que, hasta el mas indigno la insulte, la vilipendie, haga cruel es arnio de ella... ¡Oh! continuó con noble exaltacion: vos no podeis formaros, señora, siquiera una aproximada idea



de lo angustiosa, de lo terrible, de lo desesperada que es la situación de una joven sensible, buena, simpática, que, seducida perfidamente por otro, ve al fin premiada su natural credulidad con el abandono del engañador y el desprecio, la bafa y los crueles sarcasmos del insolente y estúpido vulgo, siempre preparado a perseguir la desgracia, nunca dispuesto a apreciar la virtud perseguida... ¡Oh! no hay tormentos con que comparar los tormentos consiguientes á semejante estado... ¡Maldito, maldito el que así ha secado en la primavera de su vida el corazón mas hermoso del mundo!

Mientras que D. Perrondo explicaba con la indignación propia en semejantes casos de las almas nobles y virtuosas la triste situación de Gumer-sinda, á la manera que desaparecen las tinieblas con la aproximación del sol esplendoroso, las crueles dudas, las negras sospechas, que torpes y maquiavélicos planes llevarán á la mente de la duquesa, iban desapareciendo de ella por completo, dando lugar á la expansión mas grata de su corazón, y á que su ardiente fantasía se recrease anticipadamente con la perspectiva de nuevos y risueños horizontes, poblados de alegres y embelesadoras ilusiones. La majestad imponente, soberana, augusta, que aparecía retratada en el rostro de nuestro viajero, la misma vehemencia arrebatadora, la misma unción sagrada con que se espresaba, conmoviendo dulcemente la delicada organización de la joven, eran para ella el mas solemne testimonio de la falsedad del anónimo y de la imbecilidad, cuando no de la infamia, del que se la habia presentado á apoyarle. Un hombre perverso no podia hablar como él hablabá, un hombre villano y fementido no po-

dia dejar, como él dejaba ver en sus ojos centellantes, cual en un límpido espejo, la nobleza de su alma, un hombre, en fin, horriblemente falso, no podía presentar, digámoslo así, en la mano, como él presentaba con su sublime y firme lenguaje, el hermoso corazón. La veneración y el profundo amor que hasta allí había inspirado nuestro amigo á la noble joven, tomaron en ella proporciones colosales; por la sencilla razón de que creía haberle extraordinariamente ofendido con sus sospechas, ya no pensó mas que en agradarle, rodeándole de toda clase de atenciones y de halagos. Fijos sus negros ojos en él con una espresion de encanto indefinible, pintada al propio tiempo en su rostro sonroado y peregrino la mas pura satisfaccion, le dije grata y profundamente conmovida:

— ¡Ah! qué bien decís, amigo mio!... cómo comprende vuestro noble corazón las amarguras reservadas á la infeliz mujer, que en mal hora fia su suerte de un hombre corrompido!... Convengo en que para esa pobre niña serán hasta cierto punto insuficientes cuantos obsequios y desvelos traté de prodigarle la mas pura amistad; pero no obstante, es preciso animarla mas y mas, rodearla de toda clase de atenciones, proporcionarla todo género de cuidados, y yo quiero tener en ello la parte mas principal... Segun yo os he comprendido, segun lo que ha dicho mi tio, añadió la joven en estremo anhelante é inclinado su cuerpo en direccion de D. Perrondo, se trata de algun insulto, que su posicion habrá hecho mas insuportable... ¡oh! ¡teneis razon! el insulto en cierta posicion es la muerte, pero la muerte mas cruel y desesperada!... ¡Ah! ¿Por qué no me dejasteis traerla á mi casa?

¿dónde mas libre de cualquiera persecucion que en mi compañía? ¿quién á mi lado se hubiera atrevido á dirigirla una mala mirada?... Dejádme la traer, amigo mio: aun es tiempo. Vos que conoceis tan perfectamente su corazon, vos que debeis conocer tambien el mio, no podeis negarme que á mi lado estará mejor que en ninguna parte...

—Todo es en vano ya, dijo á la sazón el conde meneando tristemente su hermosa cabeza.

—Sí, sí, dijo en extremo conmovido D. Perrondo.

—¡No, no!...

—Es una víctima, repuso el conde en tono solemne, que marcha conforme y tranquila al sacrificio, y todo el poder humano es incapaz de sacarla de su triste situación.

—¡No! ¡no! repitió la duquesa con desgarrador acento: yo no quiero creer en esa conformidad, no quiero creer en esa desesperacion.... ¡oh! ¡eso es horrible! Una jóven tan bella, tan simpática, tan buena, ¿por qué no ha de ser feliz aun..? yo quiero que lo sea, sí, sí... Decidme, amigo mio, añadió apretándose involuntariamente sus convulsas manos, y contemplando á nuestro viajero con amoroso frenesi; ¿qué puedo yo hacer por ella? ¿en qué puedo servirla? ¿en qué me es posible trabajar para volver el sosiego y la felicidad á su hermoso corazon? quiero hacerlo, sí sí; tengo de éllo una necesidad imprescindible: disponed pues de mi como de vuestra amiga, como de vuestra mas humilde servidora.

—¡Señora! dijo D. Perrondo tan gratamente conmovido por los bellos sentimientos de la duquesa, que necesitó hacer un esfuerzo extraordinario para que no brotase de sus ojos una lágrima: no es-

peraba yo ménos de vuestro buen corazon.... Esa jóven, á quien quiero con frenesí por ser hija del mejor de mis amigos, que fué también el mas virtuoso de los hombres, ha recibido de vos infinitas y delicadísimas atenciones; vuestra solicitud la ha rodeado, digámoslo así, de banquetes, de fiestas y de toda clase de obsequios; ¡y aun pensais que nada habeis hecho por ella! ¡oh! ¡oh! ¡mi gratitud hacia vos es tan pura como el alma de esa jóven, tan grande como el universo..! Vos sí que podeis disponer de mí, añadió contemplando enajenado á la duquesa, como de vuestro amigo, como de vuestro admirador, como de vuestro esclavo... ¡oh! no dudeis que mi mayor dicha será la de poderos servir, la de poder decir en cualquiera parte con orgullo: «he sido útil en algo á la mujer mas noble y mas hermosa que encierra la corte.»

Al propio tiempo que la duquesa y nuestro amigo pusieran de manifiesto toda la bondad de sus respectivos corazones con ocasion de la suerte de Gumersinda, otros sentimientos habian tomado en ellos un incremento, difícil cuando no imposible de calcular. Unas afecciones despiertan, avivan, reaniman á otras: es cierto que ninguna declaracion esplicita habia mediado entre los dos; pero los ojos hablaban, y las almas entendian su modo á la par que elocuente lenguaje. La llama del amor ardía ya con pasmosa intensidad en ambos corazones, iguales en nobleza, generosidad y entusiasmo, en ambos corazones nacidos para vivir unidos por la belleza natural de ellos, para vivir separados, mas por el hado enemigo que por la distinta educacion de sus dueños! ¡Ah! en este momento, aun en medio de su terrible exaltacion, ambos eran felices... ¿y por qué no? ¿por qué pen-

sar en un mañana, acaso en otro instante posterior, triste, nebuloso, sombrío...?

—¡Pero esa pobre muchacha...! ¡pere ese hombre...! dijo apurada la duquesa, fija su cariñosa mirada sobre D. Perrondo.

—Nada, señora, dijo con tristeza D. Perrondo: en cuanto á ella, el conde lo ha dicho todo ya... por lo que á él toca, tenemos completamente perdida toda esperanza.

—¡Total exclamó la duquesa.

—Sí, sí, dijo el conde con furor reconcentrado: inútiles son las consideraciones para con ese monstruo... preciso es que no demores la ejecución de cuanto en justicia puedas trabajar contra él... á eso principalmente hemos venido: ya lo sabes... con que...

—¡Os vais tan pronto! dijo la duquesa con hondo sentimiento, al ver levantarse al conde.

—Son ya las dos y media, dijo es'e mirando su reloj: te prometo volver á la noche.

—¿Con Gumersinda? preguntó con ansiedad la duquesa.

—Sí.

—Gracias, gracias, repuso la joven radiante de júbilo.

—Hasta la noche, dijo D. Perrondo.

—Adios, amigo mío, le dijo la duquesa tendiendo su diestra despues de fijar sobre él una mirada lánguida, tierna, amorosa y sublime: adios, mi querido tío, añadió alargando al conde la otra mano: hoy, prosiguió con notable emoción, creo que es uno de los días mas felices que he tenido en mi vida...

—Pues... dijo el conde contemplándola con ternura.

—Ya lo sabeis, repuso Adalberta luego de meditar un segundo: ¡adios! y despues de una graciosa reverencia, se echaron á andar nuestros amigos, contemplados por la jóven con un cariño acendrado, respetuoso y profundo.

—¡Oh! ¡oh...! ¡qué buen corazon! exclamó Don Perrondo bajando la escalera, medio anegados en llanto sus hermosos ojos: ¡ah! añadió con profunda tristeza, presentándose repentinamente en su imaginacion una idea lúgubre, siniestra, aterradora: ¡esa educacion! ¡lástima! ¡lástima...! Sin embargo, dijo por último... ¡no sé lo que haré!

El conde le miró como para querer hablarle, pero al contemplarle tan conmovido tuvo por mas conveniente respetar con el silencio su intenso dolor.

Dejemos, pues, que, sobremanera afectados á causa de las estraordinarias incidencias que la visita de la duquesa les ofreciera, marchen nuestros dos amigos en direccion de la casa de Rodriguez, y veamos de pronto lo que en el tiempo que aquella durára habia pasado por Masalegre y Gutierrez.

Como ni antes ni al despedirse de D. Perrondo, el conde y Escalante, ninguna comision que entorpecer pudiera en lo mas mínimo su libre albedrio, fué encomendada á nuestros dos fieles criados, de la gran calle de Alcalá, cuya direccion les vimos tomar, bajaron al magnífico Prado, desde donde, despues de dar un par de paseos, determinaron regresar á la casa de Rodriguez tomando las afueras de la corte hasta la puerta de Toledo, y luego subir por la estensa calle de este nombre y la Plaza Mayor. Sobrado monótono le hubiera parecido á Masalegre el largo viaje que hiciera para volver á la calle de Postas, á no haber presencia-

do, mostrándose también actor en ella, la escena que vamos á describir, repetida en la corte con la frecuencia suficiente para conservar casi todos sus moradores ilusiones tan lisonjeras como engañosas.

Apenas nuestros dos criados pusieron el pié en los grandes soportales de la Plaza Mayor, del estremo de ella, que se comunica con la corta calle de Gerona, vino una horrible y confusa gritería á herir desapaciblemente sus oídos. Acercándose con apresurado paso al sitio de la gresca vieron que producian esta, sin contar una infinidad de chiquillos, como veinte ó treinta mujeres del pueblo, entre las que se divisaban cuatro ó seis robustos *marusos* y otros tantos rollizos *hijos de Pelayo*, con ocasion de haber sacado un buen premio de la lotería moderna uno de los gallegos y una castañera de pelo en pecho, lengua suelta y sal y sandunga en todo su cuerpo.

—¡*Tucóme! ¡tucóme!* gritaba con toda la fuerza de sus pulmones el afortunado, feo y colosal gallego, abriendo una bocaza de á cuarta y levantando unos brazos como dos aspas de molino de viento.

—¿Conque, *cuántu?* ¿*cuántu...*? preguntaba con ansiedad uno de sus paisanos.

—¡Tres mil *durus!* ¡tres mil *durus!* contestaba el otro arrojando ébrio de alegría su sombrero por los aires.

—¿Para tí tanto *duru?* dijo el mismo que habia hecho la anterior pregunta.

—Es solo la mitad, dijo una de las mujeres.

—*Chicu*, dijo como asombrado otro de los gallegos; puedes ya arrojar con *gustu* la cubeta.

—¡*Ya lu creu!* esclamó otro.

— ¡Viva la sandunguera! gritó con orgullo de la lotería de Ortigueira!

— ¡Viva la sandunguera! gritó al propio tiempo una de las que más próximas estaban a la castañera.

— ¡Viva la lotería...! ¡muera la castañera! exclamaba la otra de las castañeras, ¡que bendito sea el gallego que me dio parte en su billete como es un mozo que vale un mundo!

— ¡Tercerarias con él! le dijo una joven amiga suya.

— Eso no: conchis mil y quinientos duros no me faltará un hombre *rumboso* y hasta que el agua llegue para que no pague de eso.

— ¡Viva la sandunguera!

— Pero ahora le daría un beso, añadió la castañera mirando al marqués con entusiasmo.

— Eso que es tan feo! exclamó la amiga.

— Mas fea es la *escurrida* chica, y nos acostamos con ella todas las noches, repuso con gracia la castañera.

— ¡Bravo! ¡bravo!

— ¡Viva la lotería!

Debemos advertir que no todos los presentes acompañaban en su loco furor a los favorecidos por la ciega fortuna: el bullicioso grupo estaba dividido en dos bandos casi iguales: mientras que los unos celebraban con efusión la suerte del marqués y de la castañera, los otros les miraban con mal disimulada envidia y maldecían sus esperados el caprichoso juego rompiendo con furor sus billetes, recién confrontados con las listas.

— ¡Qué suerte! decía una de las mujeres con templanza, con indignación los gestos del gallego afortunado.



—¿Habrá usted visto... y que haya tocado á ese animal? exclamaba otra.

—Si será hijo de un... —

—De un *puerca-espin*, dijo otra con gracia: ¿no veis qué cara tiene de caldero?

—¡Jabaja! ¡aja!

—Y ya arrojó á un lado la cubeta, desia otra.

—Como apallala las castañas.

—¡Maldito sea el juego!

—Porque no te tocas: ¡oh! ¡si te tocará!

—¡Toma! pues por eso le maldigo... Le he jugado veinte años seguidos, y solo me tocaron cien reales en una ocasión.

—¡Y á mí que nunca me ha tocado un cuarto!...

—No le habrás jugado tanto como yo.

—Poco menos, y para eso mi marido tiene un jornal de seis reales y el tuyo de ocho.

—Sí, que no he tenido descargos á mis hijos meses enteros por la maldita añeron.

—¿Y las que les hemos tenido hasta sin camisa?..

—¿Y á quién de las presentes no habrá sucedido lo mismo? dijo otra.

—A todas, á todas, dijeron á un tiempo diez ó doce.

—Pues yo he de seguirla, dijo con resolución la que había tenido sin zapatos á sus hijos.

—Pues yo no sé lo que haga, dijo la que les había tenido sin camisa.

—O rico mercader o pobre caminante, repuso aquella.

—Siempre será lo último, repuso esta.

—¡Esto de no tocar nunca! exclamó otra con abatimiento.

—Pues ya ves que á alguno tocó: mujeres, dijo otra.

—A mí me ha tocado ahora, amigas mías, dijo á la sazón Masalegre, que recostada con Guzmán, contra un poste de los seportales, no había perdido una palabra siquiera de la anterior escena, por más de un concepto interesante que ella se había hecho.

—Ahora! exclamaron á un tiempo las diez de doce mujeres que le oyeron.

—Sí, repuso sonriendo Masalegre: y me ha tocado sin echar.

—Miren qué óplal esclamó con enfado una de aquellas que tiene gana de broma al señor?

—No es sino mucha verdad, dijo muy serio Masalegre: en la cartera tengo los billetes de banco y por cierto que no ha transcurrido una hora desde que los recogí.

—Pero no serán de la lotería, dijo otra.

—De la lotería, repuso, mas formal Masalegre.

—¿Cómo es esto? dijo una.

—Quieren ustedes que las teque como á mí?

—Ya lo creo! exclamaron casi todas á una voz.

—Bueno, la fuente es infalible; pero para lograrla preciso es que ustedes hagan lo que yo hago.

—¿Vamos á ver, vamos á ver, dijo una de ellas en toño de incredulidad.

—No habrá jugado cada una de ustedes, y lo mismo de todos los presentes, á la lotería un duro por fines?

—¡Mas! ¡mas! gritaron á un tiempo.

—Bueno, continuó Masalegre, menos de esa cantidad, porque solo han sido diez al año, he de posarlo y durante veinte seguidos en una casa de ahorros, cuya moralidad está bien acreditada en toda España, y aun en el extranjero; y ahora mis

no, á beneficio de esa dote, que es tan insignificante y que á ustedes no las es imposible, puesto que me confiesan que de lo contrario, mayor en el juego de la lotería, acabo de recoger veinte y seis mil reales, esto es, una suma un poco menor, que la que he tocado á ese gallego, á quien casi corresponden ustedes envidia por la horrible circunstancia de ser tan feo, por la tremenda particularidad de tener esa cara, no solo digna de ser comparada con el caso de un ciego, sino hasta con el de un esquilon de cofradía.

Una vez que se acabó la sesión, las últimas palabras de Masalegre, quien, aprovechándose en el momento de la hilaridad de su auditorio y también de la favorable impresión que su modo de ver había producido en sus oídos, en el ánimo de aquel, prosiguió mas impertérrito que nunca, por el

—Ahora bien, señores, si esa es la lotería segura, venga Dios y venga, ya por tal la tengo, porque el nombre es lo que menos importa como el resultado sea el mismo. Que este sea positivo y brillante, ya puedo jurárselo á ustedes, y cuando lo juzgan ciento cincuenta con quienes, para simularles, tendré ocasiones de hablar. Si ustedes quieren lograr la fortuna, que en vano aguardan de la lotería, jueguen de la manera indicada y prudente que yo he jugado, y al cabo de ciertos años verán seguramente realizados sus deseos, con la ventaja de vivir durante aquellos con esa tranquilidad tan envidiable del hombre honrado que el hombre que al todo su sueldo de etichujo, y más aún el pebaroso de la casa del malhechor, que juega siempre de la lotería, que tira con la mano brandada de la peranza de coger, que confía para luego de escapar, que tira para luego más, que se entie para luego

llorar. Y esto diciendo dió un besamanos á todas las mujeres y, seguido de Gutierrez, se echó á andar para la casa de Rodriguez, mientras que las mas de aquellas, que le contemplaban en su marcha con respetuosa admiracion, porque acababa de operar en sus ánimos una completa revolucion, exclamaban con fervor, *¡tiene razon! ¡tiene razon!* y el tramebundo gallego de los mil y quinientos del pío llenaba de vez en cuando los aires con su alegre *¡tuóme! ¡tuóme! ¡tuóme!* que involuntariamente salia de su enorme boca.

Como se ve, el solo grupo de que acabamos de hablar, compuesto de mas de cincuenta personas pobres, habia desembolsado á causa del juego de la loteria en el discurso de veinte años, suponiendo que hubiesen jugado unas diez, otras quince, otras veinte, otras veinticinco y otras treinta, y calculando prudencialmente doscientos reales al año por cada una, la enorme suma de diez mil duros, y des tan solo habian logrado por una rara casualidad en ese tiempo la de tres mil, por una rara casualidad decimos, porque si proporcionalmente tocase la suerte de veinte en veinte años á uno por cada veinticinco jugadores, desde luego, sin que dejemos de considerar como inmoral el juego aquel, podía decirse que no era tan funesto. Y para dar semejanza á esas personas, esos diez mil duros, que amarguras no habrían tenido que pasar por ellas y por sus familias...! diez mil duros arrancados á las necesidades mas legítimas y perentorias de la vida...! diez mil duros digámosle así robados al sudor de las frentes mas abatidas...! Pero ese juego, perjudicialísimo para los gobernados, horrible para los gobernantes, que desmoraliza á todas las clases, que envicia á las ricas, que cor-

rompe á las pobres al propio tiempo que las arruina, porque las priva de una gran parte de su jornal; que halagando la imaginación de estas las hace gastar mas de lo que pueden, que es lo que las dá en cambio? ¡oh! sonríe con la engañosa esperanza de exorbitantes ganancias á las ricas, á las medianas y á las pobres, y sobre todo proporcióna á las últimas, en medio de sus positivas y horriboras privaciones, risueñas, lisonjeras y embalsadoras ilusiones... ¡ah! esto no es poco. ¿Qué importa que el tiempo venga de vez en cuando á burlar aquella esperanza y á destruir cruelmente estas ilusiones? una y otra serán al momento recompensadas por la sociedad, en cuyo nombre se juega; y si con esto no se da pan, ni moralidad, ni sosiego, se proporcionan en cambio pobreza, ambiciones intranquillas, criminales deseos y malos ejemplos á montones... ¡Oh! ¿estará lejano el día en que un gobierno justo y reparador concluya con ese juego, que es una protesta viva contra nuestra cultura? Creemos que no.

## CAPITULO XIX.

### CERNICALO ENAMORADO.

El pérfido que ha abusado de su candor, el fementido que tan infamemente está faltando á sus compromisos y juramentos, no solo la ha perdido, no solo la ha abandonado á su propia deshonra, sino que al mismo tiempo la ha entregado atada de pies y manos al ludibrio de las gentes, para que hasta el mas indigno la insulte, la vilipendie, haga cruel escarnio de ella.

(Don Emmanno. *Capítulo anterior.*)

Dejamos dicho en los antecedentes capítulos que Cernicalo iba á presentarse en este día, esto es, el posterior al lance de la lotería, en la merada de

Gumersinda, y Escalante en la de nuestros amigos. La comision del primero ya la sabemos de fijo, y si el lector no ha adivinado la del segundo, por lo que relacionaremos en el presente capitulo tendrá ocasion de enterarse de ella á satisfaccion.

Precisamente subia el sobrino de Doña Carmen Salcedo la escalera de la posada del conde y Don Parrondo, lleno el noble corazon de júbilo por haber desempeñado á gusto de aquellos su cometido, cuando nuestro usurero entraba ya con su lento y trabajoso paso desde la plazuela de Santo Domingo en la calle Ancha de San Bernardo. Dejamos por ahora á aquel bello joven, y veamos cómo el asqueroso viejo desempeña el cargo que el general le cometió al tiempo de pedirle los cuatro mil duros con que pensaba *hacer furor* en la corte, y sobre todo deslumbrar á la condesa de la Alegría.

Cuáles serian las miras del general al codiciar con tanto ahinco, al desear con tan decidido empeño la posesion de una pequeña habitacion, de un oscuro retrete, de cualquier inundo chiribitil en la misma casa habitada por Gumersinda, eso no es fácil saberlo á punto fijo, por mas que, sin agravio suyo, y sin que al efecto violentemos mucho nuestro juicio, convengamos en que aquellas no podian ser ni muy santas ni muy buenas. ¿Querria tener alli un espia perpétuo para vigilar á la pobre huérfana, y seguir calumniándola torpe é infamemente? ¿Seria su ánimo aprovechar cualquiera coyuntura favorable, y hablar á la desventurada joven, con la esperanza de lograr de ella, si no por el convencimiento, por la fuerza y el terror, lo que en vano intentó lograr cuando tan ig-

nomiosamente fue despedido por el valiente y honrado ex-carabinero? ¿O acaso en su insensatez habria concebido algun otro plan tan diabólico, tan infernal, que ni siquiera podamos pensar en él...?

Discurriendo sobre el modo de salir airoso de su comision, en lo que llevaba embargados todos sus sentidos a causa de las ganancias que el general le habia ofrecido, llegó Cernicalo hasta la morada de nuestra huérfana, y con la confianza que creia asistirle en su calidad de casero, pidió que se le anunciase al momento.

Gumersinda, envuelta tan solo en una elegante bata de fuerte y rica tela de colores, y con el luengo y lustroso cabello flotando por las espaldas, habíase puesto minutos antes al piano, y tan agradables eran las impresiones que los armónicos sonidos, arrancados del dulce instrumento por su esquisita habilidad, llevaban al simpático y lacerado corazón, que involuntariamente oyó de mal gesto el anuncio de la estemporánea y estraña visita, que á la verdad no de muy bueno la hizo el excelente Gutiérrez.

—¡El casero! exclamó la jóven sin separar del teclado sus lindas manos: ¿Qué puede traer ese hombre tan de mañana.....? Decidle que vuelva á eso de las doce.

—Dice que es un asuntillo de poca monta, pero en extremo urgente.

—¡Diablo de hombre! murmuró Gumersinda, quien despues de dudar unos segundos, añadió: introducidle en el salón, y que tenga la bondad de aguardar un momento.

Mientras que Gumersinda se arreglaba un poco para no presentarse tan á la *neglige* como estaba

ante el insaciable e inmundo usurero, este, que al instante de ser introducido por Gutierrez en el magnífico salon, se instaló con la mayor confianza en una cómoda butaca; al verse solo se puso á contemplar el maravilloso lujo doquier desplegado, y como le considerase empleado en obsequio de una jóven para él indefinible, para él rodeada de extraordinarios misterios, para él circundada, digámoslo así, de sombras y secretos, empezó á discurrir de la siguiente manera:

—¿Qué jóven es esta, tan extraordinariamente hermosa, que se presenta rodeada de tantos misterios, que vive sola en medio de este esplendor, que es obsequiada al parecer por ese comerciante de un modo tan portentoso, y mirada al propio tiempo no sé de qué manera por ese general, porque aun ignoro si la odia ó la codicia? Su belleza es sorprendente, maravillosa, incomparable... nada tendria de extraño que la quisieran los dos... sí, sí; sin duda son rivales, y de ahí el empeño del general porque á todo trance se le proporcione una pieza en esta casa... ¿Viella? ¿por quién estará? un comerciante puede proporcionarla oro, y con el oro se tienen el lujo, las diversiones, los placeres... pere está estantacion, esas consideraciones de un general me las dan las telas, ni los paños, ni todo el oro del mundo, que no debe escasear por otra parte en un hombre que gana la enorme suma de ciento veinte mil reales por año... ¿Y quién sabe si estará por los dos? ¿no vienen continuamente á la corte, jóvenes de la clase de esta, que saben contentar á dos y aun mas á la vez? ¿quién duda que puede hacer esta lo mismo? sí, sí; de seguro será amiga de ambos... ¡oh! ¡y qué buen gusto tienen! ¡yo no he visto una criatura mas divina...! Cuanto



daria, y... pero, ¡cál! ¡cál! es preciso que te reconozcas, Joaquín... ¡maldita suerte! si soy más feo que un demonio... Ya se vé; para esta clase de mujeres, con un decidido desprecio hacia el dinero... ¡pero... cómo gasto yo mi dinero, sólo quiero más que á mi vida...? Si se tratara de desprenderse de la renta que gana la casa en un día ó dos, podría uno pensar en un obsequio echándose la cuenta de que solo la habia tenido alquilada veinte y ocho ó cincuenta y ocho dias en vez de treinta ó sesenta... Pero, ¡cál! no sé lo que digo: este lujo me gusta, prosiguió Cernícalo echando una mirada de asombro por todo el salón: ¡cuánto es pensar en...! Ella necesita la casa por otro mes; y adase por mejor amenazarla con que la voy á arrojar á otro... el temor de abandonarla, y ahora qué nos hallamos en una estación tan fría... ¡oh! ¡oh! tal vez sirviendo al general me sirva á mí mismo por dos lados... ¡Pero qué digo! ¡soy un intemperado...! ¿qué puede influir esa amenaza en el ánimo de esta jóven para que sucumba á mi antojo extravagante...? Sin embargo; yo soy muy testarudo... ¿qué puede ser que no sea? ¿qué cuidado me da á mí de una negativa? ¿Y quién sabe? las mujeres son muy caprichosas... ¡ha de ser esta una escepcion de la regla...? ¡ha visto una tantas y tantas extraordinarias cosas...! Veamos, veamos cómo se presenta. Y esto diciendo, puso al miserable á amplexos apresuradamente los pocos cabellos que tenia en la parte anterior de la cabeza, como si tapando del cutis, pretendiera cubrir al propio tiempo la horrible deformidad de su rostro y la asquerosa configuración de todo su cuerpo. Empleado en tan ridícula operación le sorprendió Gomersinda saliendo de su gabinete, en el que se habia entretenido unos

cuantos minutos para colocarse sobre su elegante figura un grande y hermoso pañuelo de abrigo.

—Señora... dijo Cernicabo levantándose a la vista de la joven.

—Sentados, dijo Gumerinda mirándole con una mal disimulada expresión de horror. ¿De qué puedo servirle? añadió con marcada ironía cuando al fin se dispuso a colocarse en el sofá.

—Es un asuntillo de poca monta, contestó el asarero fijando sus ojos verdosos sobre la joven.

—¿Usted dirá, repuso ésta en el mismo tono despreciativo.

—Antes de nada, dijo Cernicabo bastante formal: ¿pueda usted seguir viviendo en este cuarto por otro mes?

—Me creo relevada de contestar a esa pregunta, contestó Gumerinda después de un momento de meditación: el caballero que os lo tome en serio.

—Sí, sí, ya estoy, repuso interrumpiéndola Cernicabo: bien sé que hasta qué conclusión el mes no tiene ninguna obligación de manifestarme lo ha de seguir ocupando la casa; pero precisamente me han hablado de ese asuntillo, en términos que de una manera u otra quisiera verle resuelto en esta misma mañana, y por eso... en fin; vea qué; diga usted ó no, siga en mi casa, para el caso es igual.... Se trata, añadió con afectada indiferencia, de que cedais esa pequeña habitación independiente, que es el patio, y que creo me pertenecerá para habitarla después de los otros que se rebajará de caso a renta que la corresponda.

Gumerinda, después de echar sobre Cernicabo una mirada estupefacta, le dijo con una mal disimulada indignación.

—Y ese era el asunto que tanto os intrigaba?

—Es... ya usted vé, contestó Cernícalo con la mayor desvergüenza: los hombres de negocios procuramos orillar los que podemos en el momento mismo que se nos presentan: por lo tanto, no debeis extrañar...

—Estraño dos cosas, le interrumpió con gravedad Gumersinda: la pretension y la hora de hacerla.

—Sobre la hora, dije un si es no cortado el hombre, nada tengo que decir, sobre la pretension, ya es otra cosa, señora... Se trata, añadió reanimándose, de mis intereses, y por mas que al hacerlo sienta molestar vuestra atencion, ya veis que en mirar por ellos no creo que cometa ningun pecado... Me han pedido en renta por algun tiempo esa sola habitacion, y puesto que á vos me os es indispensable...

—Eso es mucho asegurar, dijo Gumersinda interrumpiendo de nuevo á Cernícalo. ¿No la teneis pagada por un mes? ¿Podeis siquiera dudar de que cuando llegue el caso se os pagará tambien por otro y con anticipacion...? ¿Qué exigencia es, pues, la vuestra...? Si no teneis que darme mas, hemos concluido.

—Advertid que...

—Sobre el asunto nada tengo que advertir, repuso la jóven con resolucion.

—Pues si ante lanunciarme, dijo Cernícalo con insolente y calculada parsimonia, que no podreis vivir en este cuarto mas allá del mes satisfecho.

—¿Razon...?

—De no cedermos esa pieza, aunque con todo dolor de mi corazón, añadió Cernícalo con fingido sentimiento y desentendiéndose á propósito de la

interrogacion de la jóven, me poneis en la precision de despediros.

—El cuarto, segun tengo entendido, dijo Gúmersinda con noble gravedad, está alquilado por sesenta dias, si á los treinta no se os mandan las llaves, y por consecüencia....

—Sí; pero, como vos sabeis, no está pagado mas de por treinta, y como media además la circunstancia de que ni aun hay un mal papel de arrendamiento.

—¿Es decir que usted mismo se jacta de no ser hombre de su palabra? le dijo la jóven echándole una mirada de desprecio.

—Señora... yo siento, dijo Cernícalo redoblando sus hipócritas extremos, tener que chocar con usted, porque... no me gusta... ¡oh! y menos con usted: eso lo digo de todo corazon; pero se dan tales compromisos, que... precisamente es un pariente el que se empeña, y... no sé que diábles quiere colocar en esa pequeña habitación, que, repito, no os hace maldita la falta: el resultado es que yo no puedo faltarle, y si no me la cedéis, el diez y siete del que gira vendrá un escribano á deshauciaros.

—[El diez y siete! se dijo á sí misma Gúmersinda despues de meditar un momento. ¡Dios mío! para ese día tal vez me sea imposible abandonar esta casa.

—Vámes, prosiguió Cernícalo viendo que en su concepto titubeaba la jóven: veo que os dais á razones. Si no precisais para nada la pieza esa, ¿á que el negármela...? Y para que veais quien soy yo, consiento que señaleis por ella la baja que os parezca del total de la renta... ¿Quereis mas generosidad en mí? ¡qué diantre! sirvámonos mútua-

mente: vos me haceis, esa especie de favor, y en cambio yo os hago el otro... ¡quién sabe si...

Gumersinda, despues de echar sobre Cernicalo una mirada de horror infinito, le dijo con des-  
prego:

—Yo no puedo disponer nada sobre eso; puesto que tanto empeño mostrais, podedis veros con el comerciante D. Tomás Rodriguez, que vive...

—Sí, ya sé de quién me hablais, dijo interrumpiéndola Cernicalo; y sin hacer caso de los marcadissimas desprecios de la jóven añadió con asquerosa sonrisa: pero, ¿qué quereis? prefiero tratar con vos, que en resumidas cuentas sois la única interesada... ¿por qué no hemos de convenirnos? ¡qué diantre! apuradamente mejor quiero perder con vos que ganar con otro... Me habeis entrado como suele decirse, por el ojo derecho y...

—¿De veras? dijo Gumersinda tomando las groseras palabras del usurero por la parte ridícula.

—¡Oh! sí, de veras.

—Vaya, pues ya os he dicho, y ahora sí que es escusado el que os molesteis, repuso la jóven en adaman de levantarse despues de mirar con desprecio mezclado de horror al usurero.

—Aguardad, señora, prosiguió el malyado con cínica desvergüenza y chispeantes de inmunda lubricidad sus verdosos y repugnantes ojos: yo no quiero tratar mas que con vos... quiero orillar á vuestro gusto ese y otros negocios, porque... ¡oh! no podedis figuraros lo que yo daría por servirlos! Vos no me conoceis aun... ¡ah! no lo tomeis á broma... desde el instante que tuve la dicha de veros quedó mi corazon prendado de vuestra hermosura, y la llama del amor arde en él con una fuerza cada dia mas intensa y devoradora... ¡Oh! añadió

en un momento de impúdica exaltación, que vino á arrebatarse el uso de sus sentidos: vos no sabéis de lo que yo sería capaz por agradaros... ¡atropellaría por las cosas mas sagradas, rompería por todo lo que hay de mas santo en el mundo si con ello conseguia que me tuviérais por el mas humilde de vuestros esclavos...

Gumersinda, que durante la asquerosa declaración de Cernícalo habia estado fluctuando entre la indignación y la risa del desprecio, concluyó por recibir aquella con una carcajada tan fuerte, tan estrepitosa, tan tremenda, que involuntariamente la obligó á levantarse del sofá, llevándola su oculta fuerza junto á los mismos balcones del magnifico salon.

En el instante, y cuando mas dispuesta se la creeria á seguir con su risotada sarcástica, viene á cortarla una idea lúgubre, que con la rapidéz del relámpago cruza por su ardiente imaginación. En actitud tan noble como digna de dos pasos hácia adelante, y encarándose á Cernícalo con el rostro inundado de una majestad que no dejó de imponerle sobremanera, á pesar de su insolente descarro, de su inmundo y extraordinario cinismo, ¡salid! le dice en tono alto, imperativo y hasta amenazador, estendida su diestra y apuntándole con ella la puerta.

—Pero... señora... murmuró cortado el miserable.

Viendo la joven que no es obedecida ciega é instantáneamente, dirígese en medio del asombro de Cernícalo á coger el elegante cordon de seda que pende por entre el tocador y el asiento que antes ocupara, y, apenas resuena por los umbrales del

cuarto el *dilin* de la campanilla, aparece Gutierrez á la puerta del salon.

—Haced salir á ese hombre, le dice no sin alteracion Gumersinda. Y con el corazon palpitante y el rostro en extremo conmovido se entra rápidamente en su gabinete: allí, reclinada en el ancho y cómodo sofá y puestas las lindas manos sobre sus negros y llorosos ojos,

—¡Dios mío! ¡Dios mío! esclama con desgarrador acento: ¿dudaré de vuestra bondad y misericordia..? Insultada por el mas infame, el mas inmundo y el mas vil de los hombres..!

Mientras tanto coge Gutierrez en silencio el sucio sombrero que Cernícalo celocára en su grossería sobre uno de los sillones del salon, y poniéndole de un tan fuerte golpe en la cabeza que le cubrió por completo los ojos, echa su mano de hierro al pescuezo del nauseabundo usurero y saca á este medio arrastrando hasta el mismo borde de la escalera. Cernícalo, confundido, aterrado, sin aliento para hablar siquiera una palabra, no ve al que así tan justamente le maltrata hasta que divisa el para él mas que horroroso precipicio que tiene á sus pies. Tansido de miedo hace ademán de querer hablar al terrible ex-carabiniere, pero este se lo impide diciéndole:

—¡Infame..! ¡tú no mereces mas que esto! y arrojando un tremendo salivazo sobre el asqueroso rostro del judío, dióle al propio tiempo tan soberano puntapié, que, haciéndole bajar de un solo brinco los ocho ó diez banzos que componian el primer tramo de escalera, fué á caer como un sapo en medio de la espaciosa meseta.

Ligeramente centuso en la cabeza, dilacerado el cutis de las manos, las narices ensangrentadas.

y con todo su cuerpo bien molido, púsose en pie Cernícalo con sumo trabajo, y silencioso, mohino, y por demás atemorizado, bajó sin perder tiempo el resto de la escalera, echándose á andar en dirección del consabido *Gasmorana*, con el ánimo resuelto de no volver á enamorarse en su vida, ni menos á mezclarse, aunque en ello le fuera el mundo entero, en asuntos de otro, que por parecerle á él devaneos y liviandades, vinieron á sacarle de sus casillas en triste y menguada hora, por cierto.

Concluida un poco después del soberano porrazo de Cernícalo la conferencia de nuestros cinco amigos, esto es, del joven D. Pepito Escalante, Rodríguez, el conde, D. Perrondo, y Masalegre, previo acuerdo de todos, fuese el primero, á cumplir con su obligación, el segundo á su casa para pasar en seguida á la de aquel saurero, y el tercero á la de la duquesa, encaminándose el cuarto y el quinto á la de la pobre Gumersinda.

Cuando D. Perrondo llegó ante la interesante huérfana y la vió con el semblante alterado y preñado aun de lágrimas los hermosos ojos,

—¿Pero es posible... la dijo con hondo sentimiento.

—¡Ah! ¡amigo mío! exclamó la joven mirándole con indefinible ternura: ¡cuán desdichada soy! ¡imposible es que haya una mujer mas desgraciada sobre la tierra...

—Lo serás si no procuras reanimar tu espíritu, y contigo lo seremos todos, dijo D. Perrondo en tono de amistosa reconvencción.

—No, amigo mío, no creais, repuso Gumersinda con acento melancólico, que ahora me quejo de mi situación: por triste que ella sea, tengo mas





la revelacion de Gumersinda, se apoderaron á un tiempo del noble pecho de nuestro viajero. Cortado, confuso, lleno de asombro, sin saber materialmente lo que le pasaba, no encontró al prento, ni una palabra de consuelo para la jóven, ni una imprecacion que dirigiera contra el infame, á inundo usurero. Despues de unos momentos de solemne y á la vez terrible silencio, tan solo interrumpido por los hóndos suspiros de Gumersinda, salió Don Perrondo de su estupor, y calculando, prudentemente, que lo que la jóven necesitaba eran consuelos y no vanas declamaciones, y lo que ante todo convenia era rastrear, sin que de ellos llegase á apercibirse con seriedad, los ocultos planes que allí debian haber llevado á Cerdado; hizo un extraordinario esfuerzo sobre sí mismo, para decirle en tono, que casi podríamos calificar de indiferente:

— Pero ¿cómo es que ese hombre se ha presentado ante tu vista?

— Ha venido á exigir de mí que le cediera no sé qué habitacion...

— ¿Cederte una habitacion? Y con qué objeto?

— Dijo D. Perrondo como hablando consigo mismo.

— Si tendrá relacion... Dijo sabiendo que es capaz de cualquiera cosa. Veremos...

— ¿Cómo?

— Es necesario contarlas a las *almas malignas*, presiguió D. Perrondo con misterio, darta cuanto antes su merced.

— ¡Oh! si ha llegado hasta rebosar la medida del sufrimiento, y ya no hay per-

don para él... En caso, añadió dirigiéndose á la jóven; mañana abandonarás este cuarto.

— ¡Ah! si; mas vale adoptar ese medio, amigo.

— ¿Qué medio?

— El de adoptar ese medio, amigo.

— ¿Qué medio?

— El de adoptar ese medio, amigo.

—No tengas cuidado, hija mía, la dijo con confianza D. Perrondo; si no sales, será porque no habrá necesidad de hacerlo.

En este momento apareció Masalegre á la puerta del gabinete: en su semblante, cetrino y en sus ojos centellantes, que fijó silencioso sobre el conmovido rostro de la jóven, cualquiera diría que su alma rebosaba de indignacion; que de él se habla apoderado un furor terrible, que tenia que descargar sobre alguno para que se desahogase su pecho.

—Es preciso matar, dijo con voz alterada dirigiéndose á D. Perrondo, á ese inmundado reptil; es preciso despedazar á ese usurero saqueroso. Nada sirve lo que ha hecho Gutierrez. Ahora mismo, si vos me lo permitis...

—No, dijo D. Perrondo interrumpiendo á su criado mientras que Gumersinda clavó los ojos en él con una expresion de inmenso reconocimiento: esa sería una imprudencia; con la cual nada adelantariamos, y ya es indispensable castigar á ese infame de modo que pargue todos sus crímenes á la vez... A Escatante le añadió en tono imperativo, que vaya esta noche á casa de Rodriguez; puedes al efecto buscarle antes de comer... Por lo demás, prosiguió volviéndose hácia la jóven, en la idea de llevar el consuelo y la tranquilidad á su espíritu, tú no debes amilanarte por el insulto de ese hombre grosero; ni menos creerle hijo de tu fatal, pero no desesperada situacion. En este pueblo, centro de todo lo bueno y de todo lo malo, se dan caseros á montones que, en el hecho de serlo, se creen facultados para insultar á una señora sin considerar si es buena ó mala, soltera ó casada, jóven ó de edad madura. Aquí, por efecto de una civiliza-

cion esquisita, ó mejor, de un extraordinario refinamiento de vicios, se ven cosas feas, repugnantes, que horrorizan... ¡oh! tu no estás enterada de ello; pero, yo debo decírtelo para que, sin que dejes de estrañar el suceso de hoy, no le mires bajo un punto de vista que te le haga mas amargo, mas insoportable y cruel.

Pero dejemos que D. Perrondo, secundado tambien de Masalegre, consuele á la pobre huérfana, y veamos el resultado de la conferencia que minutos antes tuvieron con Escalante delante de Rodriguez y el conde, por lo que va á suceder en casa de Cernícalo.

Despues de detenerse unos cuantos minutos en la suya el honrado comerciante Rodriguez, fuése en derecha, segun dejamos apuntado, al célebre *Cosmorama*, donde ya Cernícalo, en la idea de disimular á la Gurgusa lo sucedido, aunque un poco azorado, y hasta si se quiere turulado, se encontraba ayudando, ó haciendo que ayudaba, á los dos dependientes en sus consabidas faenas de *socorrer á los necesitados*.

Si de repente hubieran puesto á su pecho dos enormes trabucos amartillados, seguro es que no habria cogido tan terrible pavor como el que cogió el usurero con la sola vista de nuestro comerciante. Y esto era muy natural. ¿Qué otra cosa podia llevar en aquel momento ante su presencia al para él querido de la linda dama, á quien tan indignamente acababa de ofender, sino que un legítimo deseo de lavar con su sangre la ofensa? Considerándose irremisiblemente perdido al ver ganar á Rodriguez el grasiento mostrador y pedirle con cierto imperio en el acto una entrevista, giró en todas direcciones sus ojos suplicantes, y como ni

con los de su esposa ni con los de sus dos dependientes se encontraron, no tuvo más remedio que seguir a la pieza inmediata al comerciante en el convencimiento de que, si no lograba aplacarle con súplicas y protestas repetidas, era llegada ya su última hora.

— ¡Caballero! dijo Cernícalo casi llorando y estendiendo sus brazos en ademán suplicante a luego de verse solo con Rodríguez. Usted me ha de dispensar... ha sido solo un... no creí que...

Rodríguez se quedó al pronto cortado con la salida para el incalificable de Cernícalo, pero afortunadamente este prosiguió en el mismo tono y con idéntico aturdimiento:

— No ha sido mi ánimo ofenderos... ¡os lo juro por lo más sagrado...! ¡Por Dios! añadió mirando azorado en dirección de la puerta: ¡no deis un escándalo delante de mi esposa...! exigid de mí las satisfacciones que queráis, cuantas explicaciones se os antojen, cuantos sacrificios sean de vuestro agrado.

— No sé de qué me habláis, hombre, dijo Rodríguez algo repuesto de su primera impresión.

— A todo estoy pronto, prosiguió Cernícalo, a quien el miedo impidió comprender lo que acababa de decirle Rodríguez: yo soy un hombre pacífico que no sirvo para... yo no he hecho otra cosa que ofender de palabra, y cuando el ofensor... pues ¿podeis exigir más de mí...?

— Pero, hombre...

— Conozco que he obrado mal, continuó Cernícalo en el mismo tono humilde y suplicatorio: sobre todo, el empeño de la habitación era un empeño tonto que... ¡oh! pero espero vuestra benevolencia, vuestro disimulo... ¡por Dios! no digais

nada aquí, señor Don... ¿cómo es su gracia de usted...? ¡ah! Don Tomás; sí, señor D. Tomás: ha sido un rapto de locura, un... qué se yo... pero...

—¡Magnífica ocasión! se dijo á sí mismo Rodríguez, calculando sobre el partido que podría sacar, en vista del estado del usurero: aprovechémosla. Y revistiéndose de una gravedad, que bien podríamos calificar en él de ridícula, dijo:

—Bueno: yo no tendré inconveniente...

—¡Ah! gracias, gracias...

—En disimular vuestro...

—Gracias, gracias, repitió trémulo de alegría Cernícalo.

—Pero...

—¡Por Dios, no me digais aquí nada! exclamó Cernícalo.

—Esta bien, repuso el comerciante en tono de abnegación: hasta en eso os serviré... Sentémonos ante todo, añadió con cierto imperio.

—Sí, sí, dijo Cernícalo alargando una silla al comerciante.

—Ya que vos mismo os confesais culpable...

—¡Oh! sí, sí; pero ya os he dicho...

—Corriente, prosiguió Rodríguez, vuestras disculpas están admitidas, y por consecuencia no hablemos mas del asunto. Me precio de noble y de generoso, y con esto está dicho todo.

—No esperaba yo menos.

—Pero en cambio de mi generosidad, continuó Rodríguez interrumpiendo al usurero, exijo de vos un.... no sé si llamar favor....

—¡Oh! ¡no faltaba mas! exclamó de repente Cernícalo: todo lo que usted quiera... nada, nada: aquí me tiene usted para cuanto...

—Una mano con otra se laba, dice el refrán:

—¡Oh! sí; eso es muy justo, repuso Cernícalo, cuyo pecho iba cobrando ya la pérdida calma.

—Pues bien, prosiguió Rodríguez fijando una mirada escudriñadora sobre el avaro: vos teneis un pagaré...

—¡Un pagaré!

—Sí, dijo resueltamente Rodríguez, y si quereis que seamos amigos, preciso es que no os hagais el desentendido.

—Pero...

—¿Para qué es el negármelo? prosiguió Rodríguez sin separar su vista de Cernícalo: teneis un pagaré de *noventa mil* reales, que vence el 14 del que gira.

—¡Dios mío! exclamó involuntariamente Cernícalo: ¿quién ha podido...

—No formeis juicios varios, le dijo con aparente indiferencia Rodríguez: precisamente me lo ha dicho uno... que debe haber andado en el negocio.

—¿Quién?

—Un caballero, contestó Rodríguez con calculada parsimonia y sin separar sus ojos de Cernícalo en la idea de ver el efecto que en él iban produciendo sus palabras, que es conocido vuestro y del sugeto á quien habeis prestado... de barba cana, nariz abierta, ojos muy azules...

—¡El coronel!

—Sí, el coronel, el mismo, dijo sumamente satisfecho Rodríguez.

—¿Pero ese hombre...?

—¿De qué os extrañais? es íntimo mío, mucho mas que del general...

—Sí, sí, ya lo veo, dijo Cernícalo: en efecto que no puedo negaros la existencia de ese pagaré.

—¿Y por qué há un momento tratábais de hacerlo? ¿es así cómo quereis corresponder á mi generosidad? le dijo Rodriguez volviendo á su antigua seriedad.

—No lo tomeis á mal, Sr. D. Tomás, contestó con bajeza Cernícalo: ¡oh! ¡se ven tales cosas...! y luego dicen que sea uno callado...! ¿sabeis por qué involuntariamente me retraia de deciros la verdad? me encargaron el mas riguroso sigilo, y ya veis que...

—El que os le encargó ha sido el primero que le ha reto, le interrumpió bruscamente Rodriguez.

—Sí; pero quiere decir que...

—En fin, dijo Rodriguez interrumpiéndole de nuevo con aparente incomodidad: el resultado es que yo quiero negociar ese pagaré, sin perjudicar por supuesto vuestros intereses.

—¿Pero no podiais exigir de mí otro favor, señor D. Tomás? dijo Cernícalo mirando con marcada ansiedad al comerciante.

—¡Cómo! ¿con esas me venís? ¿pues qué inconveniente teneis en hacer un trato tan admitido entre toda clase de comerciantes?

—En otra ocasion ninguno, pero... ¡dí palabra redonda de no endosarle...!

—Pues le has de endosar, ladron, se dijo para sí Rodriguez. ¿Y eso es lo que os detiene? añadió mirando con desprecio al usurero: ¡vaya un escrúpulo de monja! tambien dísteis palabra de guardar sigilo, y ya veis que os han relevado de ella en el hecho de haberla quebrantado ellos mismos.

—Sí; pero, dijo con timidez el hebreo, yo no he faltado; y si ahora falto en lo principal...

—Vamos; no admito pretesto, repuso con energía Rodriguez: repito que quiero negociar ese pa-



garé sin perjudicar ni en un ochavo vuestros intereses... ¿volvemos al principio? añadió en tono amenazador: si quereis me pondreis en la precision de...

—No, señor: no se altere V., Sr. D. Tomás, dijo Cernícalo lleno de miedo: queria solo advertir á usted... pues... por lo demás... ¡Ay! añadió para sí al mismo tiempo que le daban sudores mortales... ¡y el general! ¡palabra redonda! ¡me va á matar luego que lo sepa! ¡me lo prometió así que recibí mi dinero...! ¿quién me metió á mí entre esta gente?

—Veo que sois un imbécil, un bestia, prosiguió Rodríguez despues de haber observado unos momentos el terrible estado que presentaba Cernícalo; á pesar de vuestros años y de vuestro estudio, ni conoceis vuestros intereses, ni sabéis dónde os habeis metido.

—¡Oh! ¡y qué verdad dice! exclamó para sí Cernícalo pensando con terror en el general.

—Y es muy extraño, continuó Rodríguez en tono de reconvencion para obligar mas y mas al usurero á orillar el asunto que ante él le habia llevado, que seais tan torpe á vuestra edad, que os haya dejado engañar como un chino hasta cierto punto... el pagaré ese, vos no le cobraríais...

—¿Qué decís! exclamó Cernícalo con los ojos espantados por la noticia que acababa de darle el comerciante.

—Aguardad, repuso Rodríguez mirándole con desprecio: digo que vos no le cobraríais tan pronto como yo puedo cobrarle, porque conozco un... rinconcillo, donde el general puede ser compelido á satisfacerle al contado, mientras que vos solo te-

neis por garantía sus pagas y estas no se realizarán acaso en todo el presente mes.

—¿De veras? repuso Cernícalo olvidándose completamente del general para solo acordarse de sus intereses.

—Sí: los acontecimientos de Barcelona han colocado en una situación deplorable al Tesoro, y pueden dar gracias tanto las clases activas como las pasivas si logran ver una paga para Navidad... ¿por qué si no, no os garantizó *mi amigo* el pagaré...?

—Es cierto, dijo pensativo y con cierta tristeza Cernícalo.

—Ya veis que un protesto era consiguiente...

—¡Oh! eso por de contado, dijo de repente Cernícalo con visible incomodidad; pues en ese caso es hasta cierto punto una infamia; lo es de todas veras... ¡digo! no puede ser mayor... gracias, añadió procurando sonreírse, á que si vos teneis la probabilidad de cobrar el día del vencimiento...

—¡Hola...! ¿ahora parece que me le cedéis con gusto? dijo Rodriguez contemplando con insolente desprecio al usurero.

—Ps... si vos no os perjudicais... dijo algo avergonzado Cernícalo.

—No; no me perjudico, ni quiero tampoco perjudicaros á vos en mi trato. Para que veais quién soy yo os temo el pagaré de igual á igual, es decir, que ahora mismo le recojo y ahora mismo os dejo su total importe en billetes de banco.

Bien hubiera querido en aquel momento Cernícalo dar un fuerte abrazo y aun un ardiente ósculo á nuestro comerciante viendo la extraordinaria generosidad que, tan sin merecerlo, tenia con él; pero le contuvo un resto de pudor, ó mejor, el mie-

do de ser rechazado con indignación. Esto no obstante, el vil usurero, olvidado ya completamente de la palabra redonda que con el general tenía empuñada, dijo radiante, enajenado y hasta trémulo de alegría:

—¿Decís que le quereis ahora mismo?

—Sí, contestó el comerciante sacando la cartera del bolsillo de su gaban: aquí están los noventa mil reales en billetes del banco de *San Fernando*.

—Voy, voy por él, dijo Cernícalo levantándose así que vió desplegar los billetes á Rodriguez. Y acercándose á un viejo y carcomido armario sacó un papel, que puso un tanto receloso, á fuer de buen avaro, sobre la mesa junto á la cual seguia sentado el comerciante.

—Corriente, dijo este despues de pasar su vista por el papel: Ahí teneis vuestro dinero... ¿está bien?

—Sí, contestó Cernícalo despues de mirar y remirar los billetes: veinte por cuatro son... ochenta, y diez son... noventa; justo, justo.

Posesionado ya Cernícalo de los *noventa mil* reales en billetes de banco, importe con los *moderados réditos* del pagaré firmado por el general en el dia anterior y ya en la cartera de nuestro comerciante, este se levantó y dirigiéndose al logrero por última vez le dijo con cierto misterio y con mal disimulada ira:

—Ya veis lo bien que arreglamos nosotros ciertos negocios; pero os advierto que no me gusta mucho perder siempre: esto, como debeis conocer, pone de mal humor al mas pintado... si otro trato tenemos, no estrañeis que procure sacar mi desquite. Y esto diciendo, sin dar lugar á que le contestase el usurero, sobré el que echó uua mirada de

horror, salió precipitadamente del *Cosmorama* en direccion de su casa, á la cual habian quedado en ir sus amigos despues de comer.

## CAPITULO XX.

### JUSTICIA IMITATIVA DE LA DE DIOS.

Un hombre, conocido bajo el nombre terrorífico de *bandido*, sale animoso, con un valor digno de otra causa mejor, por caminos, por campos y otros sitios solitarios, y roba, ofende y maltrata á pacíficos é indefensos ciudadanos; otro, á quien la sociedad señala con el nombre no menos espantoso de *ladron*, entra lleno de arrojo, de dia, de noche, cuando mejor se le proporciona, en una, dos, veinte casas en poblado y, aterrando y matando en caso necesario á sus moradores, las saquea hasta saciar, si puede, por completo su codicia: otro, á quien designamos bajo el dictado no tan terrible de *ratero*, aprovechándose del silencio, de la oscuridad, ó de otra circunstancia que conceptúa á sus designios favorable, entra tambien en una casa y se apropia lo primero que en ella se le pone á las manos, y otro, á quien conocemos por el ominoso título de *incendiario*, cobarde y vil como todos los que sacian su venganza destruyendo cosas inanimadas, satisface sus innobles pasiones quemando infame y traidoramente los edificios, las mieses y los ganados de la propiedad de su enemigo; pero bandido, ladron, ratero é incendiario, todos, todos, unos mas y otros menos, corren el gran peligro de caer en manos de la justicia, que al momento les conduce al presidio ó al patíbulo, y el no menor de encontrarse con un hombre de corazon, que les

deja tendidos de un balazo ó de una estocada en el mismo sitio escogido por ellos para la perpetracion de sus crímenes. En contraposicion á esto, descuellan en mediode la sociedad, por los grandes perjuicios que ocasiona, por las largas lágrimas que hace verter, por los hondos gemidos que hace exhalar, por los atroces dolores que hace sentir, la fatídica figura de otro ser, á quien no debemos llamar humano, porque es el enemigo mas declarado de la humanidad, porque es su verdugo, porque es su matirizador, y ese ser es el *usurero*, que sin embargo de causar mas víctimas que un bandido, de robar mas que un ladron, de usurpar mas que un ratero, de ocasionar mas estragos que un incendiario, se pasea entre nosotros con la cabeza esguida, satisfecho el semblante y el corazon sereno, esperando en tal estado, en vez del castigo de los tribunales ó la legítima venganza de los ofendidos, la consideracion, las distinciones y aun los honores que el mundo corrompido tiene siempre á disposicion del hombre de dinero, sea la que quiera la procedencia de este.

¿Existe acaso un corazon generoso que no se haya sublevado multitud de veces en el curso de su vida contra esa polilla de la sociedad, contra esa raza inhumana, dedicada al infame tráfico de la usura, esclamando con santo fervor: ¡maldita, mil veces maldita sea esa raza depravada, que solo respira con las angustias y los sufrimientos de los mas oprimidos por la suerte?

Nosotros reconocemos, y no podemos menos de reconocer, la utilidad inmensa de los bancos de préstamo: mas; nosotros estamos íntimamente convencidos de que para que la usura no haga los horrorosos estragos que está haciendo en el dia,

Es preciso que haya más caridad en el corazón del prójimo; pero no por eso dejaremos de mirar como se merecen á los que mejor que de prestamistas, merecen el nombre de *grandes estafadores irresponsables*, porque impunemente llevan la miseria, el llanto y la desolación á multitud de familias acosadas por la desgracia (1).

Era la noche de un sábado, noche de cuentas y liquidaciones, de tristeza para el que ha perdido, de alegría para el que se encuentra con que le han salido bien sus especulaciones durante la semana. El viento Norte, arrastrando consigo infinitas é imperceptibles moléculas de las grandes masas de nieve que cubren el elevado *Guadarrama*, rugió con un furor espantoso al estrellarse contra los soberbios edificios de la coronada villa, y lleva no sólo un frío glacial, sino también la angustia y la zozobra, á la mayoría de sus moradores, porque es de advertir que el corazón se persuade, aunque de ello no se aperciba la cabeza, que en las noches tempestuosas es el génio del mal el que agita y revuelve los elementos reinando como soberano sobre el inmenso espacio. Sin hacer aprecio de la tempestad, completamente indiferentes á ella, dos personas de alguna más edad que la madura, se ocupan en el fondo de un subterráneo interior de la casa que habitan en contar y recontar su querido tesoro, que van á aumentar con el producto de las especulaciones hechas durante la semana. Tan asqueroso, tan repugnante es el aspecto que presentan esas dos personas, alumbradas sola-

---

(1) Sabemos la diferencia que hay de un prestamista honrado al usurero que se goza en arruinar al infeliz que cae entre sus manos.

mente en su húmeda y silenciosa guarida por la pálida y triste luz de un enorme farol, que cualquiera que, sin conocerlas, las hubiese visto entretenidas en su áureo recuento, mas que por figuras humanas, las habria tomado por dos horrendos demonios, á quienes el mismo *Satanás* acabara de arrojar del infierno por no sufrir su espantosa deformidad. Y no se estrañará el lector de semejante comparacion si le decimos, que esas dos personas no eran otras que *Cernícalo* y la *Gurgusa*, quienes, siguiendo la costumbre adoptada desde algunos años atrás, habian bajado al lóbrego subterráneo para proporcionarse el mayor placer que puede tener un usurero, cual es el recrear durante unos momentos su negro corazon con la vista de los grandes intereses amontonados por una antigua y constante rapacidad, y cuidadosamente escondidos por miedo á una sorpresa, que para él sería equivalente á la misma muerte.

Sobre una grande y rososa mesa de pino, recién sacada por los dignos esposos de un escondrijo que tiene el mismo subterráneo, y tan bien dispuesto, que aun al mas ducho le sería imposible dar con él, aparecen ya contadas como unas mil onzas de oro en toda clase de monedas de este metal; vénse tambien á un extremo de la mesa diferentes y preciosísimas alhajas de plata, oro y deslumbradora pedrería, que, empeñadas una vez en el *Cosmorama*, no han podido ser rescatadas por sus dueños, y, por último, divísanse asimismo junto á aquellas los *noventa mil* reales en billetes de Banco que el usurero recibiera el dia anterior de mano de *Rodríguez*. Si conjunto tan maravilloso de riqueza es capaz de alborozar al hombre mas tétrico y displicente del mundo, ¿qué diremos de *Cernícalo* y de

su interesante mitad, cuyo Dios era el oro, cuya familia era el oro, cuya patria era el oro, cuya religion, meras y virtudes eran el oro tambien? Ebrios de gozo, palpitándolos el corazon hasta el extremo de querer salirse del pecho, rebosando de satisfaccion el feo, asqueroso y aun patibulario semblante, no aciertan á separar su codiciosa vista de aquel prodigioso número de monedas, á tan poca costa adquiridas por ellos, á tan inmensa llevadas por miles de desgraciados á su establecimiento.

—¿Conque mil onzas, eh? dice la Gurgusa, contemplando enajenada las numerosas torrecitas de oro que ella y su marido acabán de levantar sobre la grasienta mesa.

—Mil, mil, contesta trémulo de alegría Cernicarlo, fijos tambien sus ojos verdosos sobre el crecido y variado tropel de rica moneda, eso sin contar con el valor de aquellos billetes... ¡Oh! ¡se importan al pié de trescientas onzas! ¡se volveremos á su gabeta, y para el sábado próximo vendrán otra vez convertidos en oro... ¡Cuánto oro! ¡cuánto oro! añadió fuera de sí, frotándose convulsivamente sus manos, y bajando la cabeza hasta casi tocar con su agaviluchada nariz las rojizas y encufares piezas.

—¿Y esta alhaja?... repone la Gurgusa, tomando en sus secas y descarnadas manos un riquísimo aderezo de oro y de pedrería: ¡oh! ¡qué preciosa! Es la de aquella jóven tan hermosa, ¿eh? añadió, echando sobre su marido una mirada sobrado significativa.

—Ps... ella se tuvo la culpa de no necesitarla, contestó Cernicarlo, procurando, aunque en vano, disimular la dolerosa impresion que en él causaba.



de causar la Gurgusa con su recuerdo. ¿Quién la mandó corresponder con insultos á nuestros favores?... Me llamó ladrón, pirata, verdugo, asesino, qué sé yo que mas... Ya se vé... yo podía negársela... se la negué: así habrá aprendido á ser mas *agradecida*.

—Seis onzas son las que nos tiene por allá, ¿no es verdad?

—Sí; pero el aderezo, ese bien vale cincuenta ó sesenta.

—¡Qué bonito! repuso la Gurgusa, contemplando de nuevo el precioso aderezo. ¡Si yo fuera mas jóven!

—¡Cielos! exclamó de repente Cernícaleo, enderezando el cuerpo y aplicando el oído en dirección de la puerta. No sé qué... Me parece que he sentido ruido! añadió con un terror que fué á helar en sus venas toda la sangre de la Gurgusa.

—¡Calla... hombre, balbuceó esta, pasado el primer momento de espanto: yo... nada he... sentido... ¿no cerraste la puerta de arriba?

—Sí; pero diría que... dice todavía, trémulo de miedo, Cernícaleo.

—Será una aprension, repone la Gurgusa; y procurando revestirse de algun valor, se acerca á la inmediata puerta, y contiene durante unos segundos la respiracion, para ver si llega á sus oídos ruido mas insignificante. Si dija vol, añade, volviéndose hácia la mesa un poquito animada: ni una mosca que se advierte en toda la cueva.

—¡Huí qué gusto, mi querida *Pancracia*! exclamó Cernícaleo lleno de satisfaccion, pero, sudando por cada pelo una gota. De veras que creí haber sentido ruido... Estos malditos ladrones le tienen á uno volado. Vamos, vamos: recojamos velas,

mi buena esposa: metámos nuestro *almuerzo* en su sitio, que ya se va acercando la hora de cenar. Y esto diciendo, tomó Cernicabo dos fardellitos de lienzo que estaban a un lado de la mesa, y, alargando uno a la Gurgusa, ambos esposos empezaron a coger las torrecitas de oro, que a compás iban sepultando en aquellos; después, empero, de dirigirles una mirada tan cariñosa por lo menos como la que la mejor de las madres tiene siempre a disposición de su hijo querido.

De repente, y cuando aún estaba sobre la mesa la mitad próximamente de las torrecitas de oro, llega a los oídos de los dos usureros un ruido, que ahora no les es dado atribuir a aprensión, porque se siente perceptiblemente, cada vez mas cercano y cada vez mas pavoroso, porque es el ruido que producen varias pisadas de hombres que se aproximan en medio de un silencio sepulcral, porque es el estrépito horrible, espantoso, asesino, que causan en su descenso por la estrecha y robregue cueva diferentes personas, cuyas respiraciones casi se oyen junto a la inmediata puerta.

— ¡Dios mío! ¿que están...? ah! murmura medio acongojado Cernicabo, escapándosele de puro tremulo la torrecita de monedas que contiene su diestra, y al son que aquellas producen en su diferente rotación por la redonda mesa, abrese la puerta y aparecen uno tras otro hasta once sujetos, gruesos, gruesos, silenciosos como estatuas, severos como los jueces en la vista de una causa de asesinato, se colocan en forma de semicírculo dando la espalda a la entrada y la cara a los dos miserables usureros, que miran transidos tan terrible y misteriosa aparición.

— ¡Asesinos! ¡ladrones! ¡vecinos! grita la Gurgusa.

gusa haciendo un esfuerzo sobrenatural á la vista de tanta gente.

— ¡Silencio! dijo una voz solemne, que dejó petrificada á la Gurgusa y mas helado de lo que estaba el corazón de Cernícalo: es inútil quanto gritéis; este subterráneo no tiene mas comunicacion que esa por donde acabamos de entrar, y si toda la noche astuxiérais voceando, nadie os oiria.... ¿Creéis que, al descender á este inmundo sitio, que lo es mas por servir de depósito á vuestras rapiñas, no hemos tomado todas las medidas indispensables para el buen éxito de nuestra empresa? ¿No vais aquí entre nosotros á vuestro primer dependiente? ¿No vais aquí algun otro conocido.....?

— ¡Ah! exclamó medio muerto Cernícalo reconociendo alguno de los recién venidos.

— Debeis, pues, conocer que nosotros no queremos vuestro dinero, prosiguió la misma voz con un acento tan imponente y magafuoso, que visiblemente los aumentando el terrible pánico de Cernícalo; queremos otra cosa, y no saldremos de aquí sin habérlo conseguido. Ha llegado el día de liquidar vuestras cuentas, y nosotros somos los encargados de tomárnoslas.... ¡Silencio ha dicho, heuja maldita, añadió la propia voz al hacer ademán de querer hablar la Gurgusa: solo una gran prudencia podrá libraros del castigo reservado á tu digno consorte: si vuelves á hacer la menor moción para interrumpir este acto, serás atada de piés y manos como un perro, y una mordaza en la boca se encargará de imponerte ese silencio que tanto hemos menester.

Al oír tal amenaza la Gurgusa, aterrada, azarosa, semidemente, giró en todas direcciones sus ojos suplicantes, pero solo se encontró con mira-

das iracundas y brazos levantados en ademán de realizar aquella: perdida toda esperanza, se acurrucó suspirando en un rincón de la cueva, donde permaneció largo rato, cubriendo el feo rostro con sus enjutas y crispadas manos y como indiferente á cuanto pasaba.

. En este, en medio de un silencio espantoso y del terror mas espantoso aún de Cernícalo, que á duras penas sostenía su cuerpo contra la pared casi frente por frente de donde se había refugiado su esposa, avanza hacia la mesa el de la voz solemne y prepotente, siguiendo dos que se colocan á sus lados, dando como él la espalda al dinere, que ni aun miran, cual si quisieran manifestar así el desprecio que les inspira, y despues un tercero, que tambien toma posición á la cabecera de la mesa recostándose contra ella y contra la pared: otro se queda de guardian de la puerta y los seis restantes esperan al parecer las órdenes de los cuatro primeros constituidos en misterioso á la par que terrible tribunal.

—Este tribunal no necesita de asientos, dice la misma voz: es tan sencillo como la justicia que viene á ejercer... *Alfredo Arjonilla!* grita con terrible fuerza. Queremos el castigo de tus crímenes y que tu mujer le presencie.

Cernícalo, mas que por la terrible amenaza, queda helado por oírse llamar por aquel nombre, y aunque intenta hablar, su voz se le ahoga en la garganta.

—Atiende, miserable, prosiguió el de la voz majestuosa sacando un cuaderno manuscrito del bolsillo de su gabán, mientras que Cernícalo tiembla como un azogado: en este papel están sentadas las principales maldades de tu infame vida: vas á

oir algunas para que las confieses y después seas juez de ti mismo. ¿Es cierto, añadió mirando el manuscrito que tu nombre verdadero es el de *Alfredo Arjonilla*, y que al venir á Madrid de tu pueblo de la *Mancha*, há ya treinta años, adoptaste el de *Joaquín Portocarrero* en la idea de que, ocultando aquel, ocultabas tu crimen principal? Responde, miserable, responde.

—Cierto, balbuceó Cernícalo.

—¿Es cierto que te alejaste del pueblo á causa de haber robado la cantidad de cuarenta mil reales á una señora viuda, que tenía depositada en ti su confianza?

—No... lo puedo... negar, dijo con voz apagada Cernícalo.

—¿Es cierto, prosiguió el presidente del misterioso tribunal, que esos cuarenta mil reales estaban destinados por su dueña á la dote de una hija única, que se hallaba en vísperas de mudar de estado?

—Sí señor, dijo Cernícalo casi llorando.

—¿Es verdad que empezásteis vuestro infame tráfico en la corte con esos cuarenta mil reales, que representaban el sudor de una familia entera durante veinte ó mas años?

—¡Es verdad!

—¿Es cierto que durante los treinta años que ejerces el oprobioso oficio de usurero, y solo con él has levantado una fortuna colosal, consistente en cuatro ó cinco casas en la corte, que valen cuatro millones de reales, sin contar con este oro y estas alhajas que hay á nuestra espalda, ni con otra cantidad mayor que acaso tengas guardada en otro sitio?

—No tengo más...

—Contesta sí ó no.

—Sí.

—¿Es cierto que has prestado cuando menos al exorbitante y horroroso interés de cuatro por veinte, ó sea veinte por ciento al mes, ó sea doscientos cuarenta por ciento al año?

—Cierto.

—¿Es cierto que prestaste el día pasado á un general la cantidad de *cuatro mil duros*, exigiéndole un rédito de *quinientos* por solo el término de *diez días*?

—Cierto.

—¿Es cierto que además de robar tan inhumanamente á los que una apremiante necesidad hace venir al que llamas *Cosmerama*, tanto tú como esa vil mujer los llenais de insultos groseros, de repugnantes é indecentes improperios, haciendo así mas angustiosa su situación?

—Eso...

—¿Es cierto que tu eres el corruptor de esa juventud que, ausente de sus familias, se lanza á los vicios con la esperanza de encontrar aquí á cualquier precio los medios de satisfacerlos?

—Yo no.

—No te disculpes, perverso: tu eres el que la seduces, el que la perviertes, el que la corrompes, incitándola á los placeres y con ellos á la holganza, y brindándola con tu dinero siempre que te traiga prendas de cuádruplo, de séstuplo ó de mayor valor que lo que la facilitas... ¡oh! eres el mas infame de los hombres: no admiten perdón tus delitos, no... Di, bandido, vil y cobarde: ¿es cierto que negaste en una ocasión un depósito de *cinco mil reales*, que en tí hizo un pobre menestral, por que, no sabiendo este leer, tuviste la infamia de

no suscribir el documento que le diste para su resguardo?

—¡Es cierto!

—¿Y es cierto que tambien negaste no há mucho á una infeliz viuda dos docenas de cubiertos de plata, que la miseria la hizo llevar á tu poder por la cantidad de mil reales?

—¡Cierto!

—¿Y es cierto, por último, que en otra ocasion no muy lejana negaste asimismo á una honrada y bella señora un aderezo de oro y de pedrería, que habia costado cincuenta onzas; y ella á la vista de un grande apuro, empeñó en tu establecimiento por seis?

—¡Por Dios!

—No blasfemes, indigno... eso no puedes negarlo porque lo he averiguado en esta misma mañana, porque en esta misma tarde he encontrado tambien al dueño de esa alhaja, porque ese mismo dueño, en fin, está en tu presencia, está entre nosotros á pedir estrecha cuenta de ella.

—Ahí... está... sobre la mesa, dijo acongojado Cernícalo.

—Bueno; lo mismo daria que no estuviera, repuso con indiferencia el presidente, conteniendo un movimiento que observó en uno de los que á parecer esperaban órdenes para obrar. Resulta, pues, añadió dirigiéndose de nuevo á Cernícalo y dando á su voz una entonacion sobremanera solemne, que empezaste tu carrera con un crimen enorme por una porcion de circunstancias, y que toda esta ha sido como consecuencia natural de él una larga y espantosa cadena de delitos, de atrocidades y de perfidias, que no pagarias con cien vidas que tuvieras, ni con mil veces mas caudal que el que

tu insana avaricia ha aumentado; que en los treinta años de esa carrera oprobiosa has robado mas que todos los ladrones que pueblan las cárceles y los presidios de España; que has sido mucho peor que esos ladrones, porque ellos al menos respetarian á las personas robadas, interin que tú las has llenado de improperios con una cobardía y una vileza inauditas; que para tí el ladron, sea de la clase que quiera, que gasta mucho, pero que roba mas de lo que gasta, es un hombre probo y económico, mientras que el desgraciado que por efecto de los contratiempos, de los continuos vaivenes de la fortuna se ve en la dura precision de pedir prestado, es un gastador, un vicioso, un pícaro sin honor, sin vergüenza y digno hasta de tu desprecio; que, mas perverso que la misma perversidad, te has cubierto de infamia negando diferentes depósitos que en tí hicieron personas honradas y beneméritas, aunque acosadas por la desgracia; que en una palabra eres por todos tus actos, por todos tus dichos y aun me atreveré á decir que por todos tus pensamientos, el enemigo mas declarado é incorregible del género humano, puesto como tal fuera de la ley, si no por disposiciones humanas, por disposiciones divinas... ¡si! ¡estás fuera de la ley, cual si fueras una fiera rabiosa, un mónstruo abominable...! Cuando la justicia defectuosa de los hombres deja impunes los crímenes mas atroces, aun debe haber, aun hay para el malvado otra justicia, que es superior á la de los hombres, que no se engaña como la de los hombres, que no es engañada como la de los hombres, y esa justicia es la de Dios, es la que contigé vamos á ejercer con permiso de Dios, de quien emana todo poder conocido sobre la tierra. ¿Eres



acreditar á esa justicia...? No respondes, ¿eh? Lo mismo dá. El suplicio á que por tus crímenes estás condenado es el que puede dar, aunque imperfecta, la idea mas aproximada de los tormentos, de las angustias, de las penas y aflicciones que has hecho sufrir á los millares de víctimas de tu odiosa avaricia. Prepárate, pues, á sufrirlo.

Un silencio, puede decirse mas que sepulcral, porque hasta las respiraciones se veían involuntariamente contenidas, siguió á las terribles palabras del presidente; pero á los pocos segundos, á una señal de este, cuatro de los seis que estaban esperando órdenes arrojánsese sobre Cernícalo, mientras que los otros dos se colocan junto á la Gurgusa con objeto de impedirle todo movimiento: sin la menor oposicion de parte del miserable, porque se hallaba mas muerto que vivo, uno le coloca delante de sí y sujeta perfectamente su cabeza, echándole una mano al cuello y otra á la frente, dos le oprimen con fuerza por ambos lados y el cuarto, que ostenta una reluciente y finísima tenaza, abre con esta la enorme boca del usureros. Síguese á esto un grito terrible, espantoso, que el mas agudo dolor hace exhalar á Cernícalo: es que la tenaza acababa de arrancarle uno de sus diminutos y puntiagudos dientes superiores, que al momento aparece sobre la mesa.

—¡Mátense ustedes! esclama la Gurgusa mesándose desesperada sus pocos cabellos al oír el grito desgarrador de su marido.

Pasa la tenaza á otra mano, y el que la manejaba sustituye en su faena al que se la coge. Déjase oír un nuevo grito no menos fuerte que el anterior en el húmedo sótano, y un segundo diente del

malvado va á hacer compañía al primero, depositado sobre la mesa.

En medio de las ahogadas voces y de los desesperados movimientos de la Gurgusa, que con brioso brazo contienen sus guardianes, clava aquella sus ojos exaltados y á la par llenos de una angustia indecible sobre el vil compañero de todas sus maldades, y ve cómo una tercera mano le arranca uno tras otro los dos dientes caninos, que en el instante van á hacer compañía á los incisivos.

—¡Basta! esclama, conmovido el presidente. Y Cernícalo, que en el momento se ve libre de toda opresion, abre su corazon á la esperanza, y dirige sobre él una mirada entre suplicante y agradecida.

—Dar agua y vinagre á esa desgraciado, añade el presidente.

Despues que Cernícalo se enjuagó por dos ó tres veces la boca con el líquido que le presentára el que le habia sujetado la cabeza, y que á prevención llevó consigo en una botella, el presidente continuó:

—Puedes contar con que tu suplicio ha concluido, siempre que quieras enmendar tu infame vida de la única manera que puedes hacerlo, de una manera digna hasta cierto punto y grata á los ojos de Dios y de los hombres; pero si no, cuenta como una cosa segura que aun no ha empezado.

Cernícalo vuelve á mirar angustiado al que así le habla en medio del silencio para él pavoroso de todos los que le rodean, y la Gurgusa, procurando ahogar sus sollozos, presta su atencion á aquel hombre misterioso y terrible.

—Va á hacer tres cosas, prosigue el presidente; pero es preciso que haya en ti voluntariedad,

que las hagas, si no con gusto, porque en tu envilecido corazón no puede haberle, al menos sin replicar, como convencido de la justicia con que te se exigen... Caballero, añade, dirigiéndose al que arrancó al usurero los dos dientes caninos; acercáos. Este señor, continuó volviéndose á Cernícalo, es esposo de la noble joven á quien negaste el aderezo que está á vuestra espalda, y esa joven, de tí desconocida, ¡pásmate! es precisamente la nieta de la viuda á quien robaste los *cuarenta mil* reales en tu pueblo.

—¡Oh! exclamó involuntariamente Cernícalo.

—¿Parece que te remuerde la conciencia á la vista de los inescrutables designios de la Providencia, eh? Es verdad que es una cosa milagrosa... ¡oh! ¿quién diría que la nieta de tu bienhechora, que la hija de la que fué privada de su legítima dote por tu crimen indisciplable, había de venir, pasando por las mayores amarguras del mundo, á empeñar una alhaja á tu establecimiento para que luego se la negase tu infame codicia?... Reconoce la mano de Dios, y apresúrate á devolver lo que no te pertenece.

—Señor... yo no quiero los *cuarenta mil* reales, dice afectado el desconocido; solo quiero mi aderezo.

—Pasad á reconocerle, le dice el presidente.

El desconocido coje de encima de la mesa el aderezo, y despues de examinarle un momento,

—Esta es, dice todavía conmovido, la joya que compré á mi esposa há tres años que nos casamos. La desgracia la obligó á traerla á este establecimiento en la última semana santa, y la infamia se la negó á los dos meses de empeñada.

—¿Es cierto todo esto? dice á Cernícalo el presidente.

—Cierto.

—¿Consientes en devolvérsela?

—Sí señor.

—Aquí tienes, prosiguió el presidente sacando unas monedas de su bolsillo que depositó sobre la mesa, las seis onzas de oro por que fué empeñada.

—Señor... dice asombrado el desconocido.

—Silencio, amigo: usted ha venido aquí con la condicion de callar y hacer todo lo que le digan siendo justo: guardad vuestra alhaja, y prosigamos con nuestra comisión... ¿Cuánto oro, añadió el presidente volviéndose á Cernícalo, ha amontonado aquí tu infame avaricia?

—Mil... onzas, contestó balbuciente el usurero.

—¿Y los *noventa mil* reales que en esta mañana te se entregaron en billetes de banco?

—Ahí están también.

—Corriente: vas á firmar un donativo de todo este oro y estos billetes en favor de los pobres de *San Bernardino*...

—¡Señor...! esclamó Cernícalo mas acongojado que si acabaran de anunciarle que iba á perder todos los dientes y muelas que aun le quedaban.

—¡Eso no! ¡eso no! gritó desolada la Gurgusa.

—¡Silencio, gritó el presidente mientras que los dos guardianes de la Gurgura la tapaban por unos momentos la asquerosa boca, á fin de hacerla comprender que no tenia otro remedio que sufrir y callar. ¿Te parece, ladron, añadió dirigiéndose indignado á Cernícalo, que con este oro vil puedes siquiera lavar la centésima parte de todos tus crímenes? ¿te pertenece por ventura algo de lo que tienes? ¿no constituye todo cuánto posees el fruto

infame de tus rapiñas, de tus increíbles iniquidades...? Y no creas que con esto nos contentamos, no: ¡tiene que cumplirse tu destino...! ¡firma aquí, inmundo reptil, y si no, empieza de nuevo tu martirio y no concluye hasta sacarte los ojos y después desollarte vivo!

A la vista de tan terrible amenaza, aproximase aterrado y como maquinalmente Cernícalo. El que ocupa la cabecera de la mesa, y desempeña al parecer el oficio de escribano, lee un documento, redactado con anterioridad, y sacando después de su bolsillo un pequeño tintero, pone la pluma, que contenía, en la mano trémula de Cernícalo. Este, apoyando su medio cuerpo y su brazo derecho sobre la mesa, suscribe, aunque mal, el documento, que empañan dos gruesas lágrimas arrancadas a sus ojos por el hondo sentimiento que le causa la cesión de su querido tesoro.

—Usted, señor escribano, dijo a luego el presidente, puede recoger ese dinero y esos billetes, y mañana a primera hora lo depositais todo en la administracion de San Bernardino... Acabas de hacer una obra meritoria, acaso la primera en tu vida, añadió dirigiéndose a Cernícalo; pero no tiene que ser la última: es preciso que firmes otro documento.

—¡Señor! exclamó Cernícalo mas pálido que un difunto.

—No hay remedio, repuso con entereza el presidente: es otra obra de misericordia, que irá en descargo de tus crímenes. Vas a firmar la donacion de una de tus casas a favor de la *Inclusa y Colegio de niñas de la Paz*, y esa casa es... la de la calle *Ancha de San Bernardo*.

—¡No! no se firmó! gritó de repente la Gurgusa.

—No la firmo, dijo Cernícalo algo animado con las palabras de su esposa, á quien, aunque con trabajo, impedían hablar ya sus guardianes. Mátenme ustedes si quieren, añadió con extraña resolución.

—¡Infamel le dijo con voz de trueno el presidente. ¿No quedas satisfecho con la inmensa fortuna que aun te resta, y de la cual no deberíamos dejarte ni un sólo maravedí...? ¿No quieres ceder esa casa, eh? ¿Querrás acaso volver á ella á servir de miserable y ciego instrumento en los pérfidos planes de ese general, á quien prestaste los ochenta mil reales, y cuya vileza solo es comparable á la tuya...? ¿Querrás acaso volver á ella, aprovechándote como un cobarde de las primeras horas de la mañana, para insultar, para seducir, para hablar de amores á la noble jóven que la habita...? ¿Querrás volver otra vez, tonto, lelo, desalentado ante la presencia de esa beldad, para repetirla la indecente pasión que te devora, esa pasión que te valió el bajar las escaleras por los aires estrellándote contra la pared; esa pasión que, si lograste ocultar á tu esposa, no pasó desapercibida para tus dependientes al verte con las manos y las narices ensangrentadas...? ¡Oh! ¡no sé cómo me contengo, hombre vill! ¡no sé cómo no te deshago yo mismo con mis manos, con mis uñas, con mis dientes, hombre perverso, fementido, ladrón, hipócrita, ruin, bajo, impúdico, nauseabundo, canalla...! Tú (¡Dios mío!), tú, mas feo que el mismo Satanás, tú, mas horroroso que la lepra, tú, mas asesino que todos los asesinos, tú, mas ladrón que todos los ladrones, tú, mas despreciable y asqueroso que el último de los reptiles, haber ido á seducir, haber ido á pretender, haber ido á requerir de amores á

esa jóven noble, bella, generosa, honrada, prudente, simpática... ¡Oh! ¡maldito seas! ¡Solo por esa accion merecias ser atenaceado, solo por esa accion merecias ser escupido y estigmatizado por todo el género humano, inclusa tu digna consorte.

—¿Qué decís....? dijo la Gurgusa, á quien sus guardianes permitieron incorporar al ver que la noticia que acababa de oír la hacia olvidar por el pronto su situacion. ¿Ese bribon seduciendo á una mujer...? ¿Es posible?

—Su estado os lo está diciendo, contestó el presidente señalando á Cernícalo, que con los ojos estraviados, los cabellos erizados y las manos crispadas, aparecia poseido de un terror mortal.

—¡Ah, infamel exclamó la Gurgusa agarrándose sus raros cabellos y dando fuertes patadas en el suelo: ¿y ese era el atrepello de gentes que te hizo caer y rozarte contra la acera...? ¡bribon! ¡has de pagármelas, ó no he de ser yo quien soy...!

—Déjame en paz, mujer, dijo Cernícalo haciendo un esfuerzó por volver en sí; no estoy ahora para esas cosas... ¡Oh! ¡mas vale que me maten ustedes! añadió con acento sobremanera suplicante.

—¡Infamel ¡ladron! ¡asesino! gritó con creciente furia la Gurgusa. No quiero vivir ya mas con un hombre como tú: desde mañana nos separamos, y yo no he de perder nada de todo lo que has cedido y ceder puedas á estos señores: todo corre de tu cuenta: lo que resta ya me pertenece entero...! ¡Te he de dejar en la calle, asesino, asesino..!

—¡Silencio! gritó á la sazón el presidente, dirigiéndose á la Gurgusa. Ya ves, añadió volviéndose hácia Cernícalo, que hasta para tu misma esposa eres un asesino... No, no puedes encontrar ya con-

suelo mas que en Dios, que nunca desampara al arrepentido... ¡A ver cómo firmas este documento, que te ha de reconciliar en mucha parte con él...! Y acercándose á la mesa el hebreo como atraído por una fuerza magnética, con los ojos espantados, las facciones horriblemente desencajadas, la respiracion anhelante, y arrojando asqueroso espumarajo por la tremenda boca, tomó otra vez la pluma y, sofocado, entontecido, sin saber completamente lo que hacia, firmó el nuevo documento que le presentó el escribano, mientras que la Gurgusa, retirada de nuevo en su rincon, exclamaba para sí con vez ahogada por la rabia; ¡asesino! ¡asesino! ¡asesino..!

En esto, levantando en alto el escribano el documento que Cernícale acababa de firmar y previa una inclinacion á todos los circunstantes, dijo en solemne tono:

—«Son ustedes testigos de cómo el señor declara, afirma, ratifica y otorga en esta pública y solemne escritura de donacion *inter vivos*, que vi-  
«viendo hace unos treinta años en un pequeño pueblo de la Mancha, cometió una *fechuria* imperdonable con los intereses de una señora viuda, de  
«cuya confianza abusó tan cruel como infamemente: que por huir la consiguiente persecucion de la  
«justicia se vino á esta corte, donde trocó su verdadero nombre de *Alfredo Arjonilla* por el de *Joaquín Portocarrero*, que ha llevado desde entonces  
«hasta la fecha: que puesto así en la corte abrió  
«un establecimiento de préstamos sobre prendas,  
«no habiendo hecho en él una especulacion siquiera con menor ganancia que la de un poscientos  
«cuarenta por ciento al año: que sacrificando de  
«esta manera á los menesterosos y afligidos, ha le-



«**avantado una fortuna, que por la parte mas corta**  
 «**puede calcularse en unos seis millones de reales;**  
 «**y que por último, no contento con estafar é in-**  
 «**sultar escandalosamente á los que le empeñaban**  
 «**sus efectos, ha negado diversos depósitos que en**  
 «**él hicieran personas, á quienes merecia el concep-**  
 «**to de probe, y varias alhajas de algun valor que**  
 «**la mas apremiante necesidad trajera á su dicho**  
 «**establecimiento: que, considerándose por todo es-**  
 «**to lleno de culpas y pecados, y deseando ponerse**  
 «**abien con Dios y con la sociedad, abandona desde**  
 «**este momento su infame vida de usurero, y en**  
 «**descargo de su conciencia y para que le sirva de**  
 «**mérito en esta vida y en la otra, hace desde este**  
 «**momento donacion perfecta é irrevocable, que el**  
 «**derecho llama *inter vivos* á favor de la *Inclusa* de**  
 «**esta corte y de su adjunto *Colegio de Niñas de la***  
 «***Paz*, de la casa que por legal compra le pertene-**  
 «**ce en esta muy ilustre y coronada villa de Ma-**  
 «**drid y su calle denominada Ancha de San Ber-**  
 «**nardo, núm..., que consta de cuatro pisos inclu-**  
 «**sa la bohardilla y linda con otras del Excmo. se-**  
 «**ñor conde del Robladillo, del baron de la Encina**  
 «**y de doña Teresa Antonia Concepcion de Andoain**  
 «**y Yurreta, vecina la última de Bilbao y los dos**  
 «**primeros de esta dicha corte.»**

—Corriente, dijeron á una voz todos los circuns-  
 tantes.

—¡No es corriente, no! ¡yo no la cedo! ¡yo no la  
 cedo! exclama desolada y con pasmosa rapidez la  
 Gargusa burlándose de los esfuerzos de sus dos  
 guardianes: ¡la he comprado con mi dinero..! ¡Ah  
 infame! ¡cederla deshonorándote! ¡bribon! ¡asesino!  
 ¿quén vive ya contigo? ¡yo no! ¡yo no! ¡venga lo  
 mio! ¡venga lo mio! ¡el ladron; al estafador, al in-



nada importa: ¿por qué me habeis de arrancar ahora la casa, fantasmas horribles, espeluznadores, asesinos...? ¿no veis lo que dice mi compañera? Ya no quiere vivir conmigo, porque he tratado de serla infiel, porque estoy deshonorado..... ¿no ois que me amenaza con el presidio ó con una muerte afrentosa? ¡oh! ¡dejadme la casa, dejádmela, verdugos...! No... no eran verdugos los que me martirizaban; eran ministros de Dios... era el mismo Dios el que me la hizo donar, sí, sí... ¡qué figura mas imponente! ¡qué lenguaje! ¡qué voz de trueno! resuena aun en mi oído como el son de la trompa del juicio final...! ¡oh! hice bien en ceder la casa en descargo de mi conciencia, hice bien en ceder el oro en descuento de mis culpas y pecados... ¿lo oyes, vil esposa...? ¡huye, huye de mí, mujer diabólica, que me has impulsado á cometer tantos crímenes! ¡huye, desventurada, de mi presencia..! Yo necesito purgar mis delitos si no quiero ir á los infiernos; sí, sí; yo necesito ceder esa casa y ese oro vil y despues toda mi fortuna, levantada á expensas de las lágrimas y suspiros de los desgraciados... ¿No has oido lo que me ha dicho ese Dios? ¿no te ha hecho temblar su voz terrible y majestuosa...? Tambien á tí te alcanza, porque has sido tan mala como yo, mas mala que yo, mas codiciosa y desvergonzada que yo..... ¡Huye, huye, desgraciada....! ¡maldito sea el día que puse los ojos en tí! ¡yo bien te decía, mujer infernal! ¡á los dos nos van á llevar los demonios! ¡oh qué tormentos! Te sacarán las muelas, los dientes, los ojos... te atenazarán viva... lo dice la Sagrada Escritura, lo dice la Novísima Recopilacion, lo dicen los Santos Padres... ¡no hay perdon para el insaciable usurero...! ¡doscientos cuarenta... trescientos... cuatre-

cientes por ciento! ¡horror! tú tienes la culpa de todo, tú, mujer vil y endemoniada...! ¡Ah! no, no; no sé lo que digo... ¡perdon, esposa mía, perdon! he sido compañero tuyo durante cuarenta años, y no te soy infiel... ¡Jál! ¡jál! ¡jál! Si es cosa de risa. ¡Oh! no; no es cosa de risa... se trata de un horrendo delito, de dos, de ciento, de mil, de cien mil, que estoy ahora purgando... escucha... Yo, mas feo que Satanás, mas asqueroso que un sapo, me atreví á solicitar á una mujer de sobrehumana hermosura... ¡era una *hurí* del paraíso de Mahoma! ¡era un ángel, á quien quería tentar el demonio...! pero habia allí otro demonio mas fuerte que yo... La custodia de la *hurí* estaba confiada á una serpiente astuta y de un tamaño prodigioso... ¡Vela ahí! ¡vela ahí! gritó á la sazón con terrible fuerza el desgraciado encorvando su cuerpo en direccion del rincon de la cueva mas inmediato á la puerta... ¡no huyas, mónstruo! ¡no huyas....! ¡Aguarda! añadió apoyando sus cuatro remos en el suelo... ¡ya no te temo! ¡jál! ¡jál! ¡jál! ¡cómo se esconde llena de pavor! ¡aguarda que yo soy Cernícalo...! aunque no tengo dientes, tengo fuertes y largas uñas para deshacerte entre ellas... ¡aguarda, aguarda, que tú eres la serpiente tentadora, tú eres la que me perdiste, tú eres la que me asesinaste! Y al decir esto escarbaba el pavimento con tanta furia que la sangre manaba en abundancia de todos sus dedos... ¡Se escapó...! ¡maldicion! ¿Qué veo en su lugar? ¡oh! ¡ocho, diez, veinte horrendos demonios que vienen á martirizarme! ¡sus cabellos son culebras enroscadas que dan espantosos silbidos, sus bocas vomitan lava como la de los volcanes, sus orejas son como las alas de enormes murciélagos...! ¿Qué quereis, espíritus in-

fernales...? Vosotros no tenéis dominio sobre mí, ya quiero ser bueno... ¿lo oís? ya no prestaré ni aun al uno por ciento! prestaré de balde como quiere la Sagrada Escritura; ya no robaré, ya no negaré depósitos ni prendas empeñadas... ¿lo oís? ya no soy yo el ladrón que roba mas que todos los malvados que pueblan las cárceles y los presidios de España... estoy pronto á hacer lo que mandan los Santos Padres y la Novísima Recopilación... ¡huid, huid de mí...! Y dicho esto empezó á revolcarse por el húmedo suelo como un animal inmundicio, exclamando con acento desgarrador ¡perdon! perdon! ¡perdon! ¡perdon...!

El espectáculo que ofrecia el usurero no podia ser mas horrendo... El miserable estaba loco.

La Gurgusa que, á pesar de su exaltación, habia llegado á apercibirse de ello, libre ya de sus dos guardianes, y apoyada de cara en el rincón adonde desde el principio de la escena se refugiara, derramaba copiosas y gruesísimas lágrimas. Estas, en medio de lo que en su derredor pasaba, podian serla hasta cierto punto consoladoras, porque en el momento de oír al presidente la orden de marcha de cuantos con él tan inopinada y hasta casi milagrosamente habian bajado una hora hacia el lóbrego sótano, volviéndose á ellos, exclamó con un acento dulce, suplicante y sobremanera conmovedor: *¡Pedid á Dios por mí...!* Lo que acababa de presenciar habia operado en ella una completa revolución, la habia llevado instantáneamente de las tinieblas á la luz, del error y del crimen á la verdad y á la virtud... La desdichada pensaba ser buena en adelante.

—Vamos, repitió con voz ahogada el presidente: ¡este es... horroroso! y se lanzó con resolución á

la escalera, siguiéndole en silencio sus diez compañeros. Dad orden, dijo al dependiente de Cernícalo al verse del otro lado de la primera puerta del subterráneo, que saquen de ahí á esos desgraciados, y en el momento os vais á la calle de Postas.

—Está satisfecha la justicia, dijo al presidente en el momento de verse fuera de la casa de Cernícalo el personaje que habia ocupado su derecha en el fondo del sótano.

—¡Ah! exclamó aquel en extremo conmovido. ¡No era el último! ¡y este tampoco lo es!

Sin dificultad habrá conocido el lector en el presidente del terrible tribunal á nuestro D. Perrondo, y aunque conocido este, lo están tambien ya varios personajes á causa del importante papel que desempeñan en esta historia, diremos, que los dos que en clase de jueces habian ocupado sus lados eran el conde y Rodriguez; el que habia estado á la cabecera de la mesa, un honrado escribano, antiguo é íntimo amigo de nuestro comerciante; el que sujetó la cabeza de Cernícalo, Masalegre; el que le arrancó el primer diente incisivo, en obsequio al mucho dinero que le tenia robado, Sergio; el que le sacó el segundo, su compañero de glorias y fatigas, Rojas; el que le estrajo los dos caninos, el marido de la señora del aderezo, nieta de la viuda á quien robara los cuarenta mil reales, fundamento de su infame fortuna; los dos que contenian á la Gurgusa y la dejaban hablar cuando convenia, Escalante y Gutierrez, y por último, el que hizo de portero, el primer dependiente del mismo usurero: amigo aquel de Escalante por la circunstancia de haber sido criado de su buen padre, segun tenemos dicho en uno de los anteriores capitulos, é indignado hasta no mas de

las infinitas maldades del dueño del Cosmorama, á quien solo la necesidad le obligara á servir. Interin le salia mejor colocacion, habíase prestado gustoso á cuánto le ordenara el hijo de su antiguo amo, proporcionando las noticias oportunas sobre el préstamo del general, las que ahora hemos oido en el sótano, y, lo que mas importa, la ocasion de sorprender á Cernícalo y á la Gurgusa en el recuento de su tesoro de la manera que acabamos de relacionar.

Al dia siguiente, sobre las doce de su mañana, en todos los cafés de la corte, en los gabinetes de lectura y en una infinidad de círculos particulares se leia y comentaba la noticia que daban los periódicos que habian visto la luz pública á aquella hora, concebida en estos términos:

«UN HOMBRE DADO Á DIOS. El dueño del establecimiento de préstamos sobre prendas, conocido bajo el fatídico nombre de *tio Cernícalo*, que habia logrado levantar con aquel una fortuna colosal sobre las privaciones y las lágrimas de millares de desgraciados, acaba de cerrarle, abandonando su infame vida de usurero: al verificarlo, para descargo de su conciencia, ha hecho donacion en solemne forma de *mil y seis onzas en oro y noventa mil reales en billetes de Banco á favor de los pobres de San Bernardino*, y de una magnífica casa, sita en la calle Ancha de San Bernardo, cuyo valer asciende de *cuarenta á cincuenta mil duros*, al de la *Inclusa y Colegio de niñas de la Paz* de esta corte. ¡Quiera Dios tenga muchos imitadores!»

Y mientras esto pasaba, un coche simon conducia á Cernícalo al nuevo hospital de locos de *Leganés*, y la Gurgusa, postrada en el lecho del dolor, pedia á Dios, con el fervor propio de un

verdadero arrepentido, por la salud de su cuerpo y de su alma.

## CAPITULO XXI.

### REPULSAS TERRIBLES.

Unos cinco ó seis días, empleó el general en rodearse de todo el boato que, de conformidad con las lisonjeras ilusiones que se forjara su exaltada fantasía, creyó indispensable para llevar á feliz término sus infames proyectos. Durante ellos no escaseó medio para que por todos los círculos aristocráticos y mercantiles de la corte corriese la voz de que la reciente muerte de una tia, vecina de Granada, habla venido á proporcionarle una herencia tan inmensa como desempeñada. Sobre el 9 ó 10 de diciembre se decidió, de una manera irrevocable á presentarse ante la condesa, circundado de esplendor y firmemente resuelto á exigir de ella la contestacion, de que hasta cierto punto dependia, su porvenir.

A la misma hora de uno de esos dos días, en que el sol tenia ya ganadas las dos terceras partes de su corta carrera, una flamante y magnífica carretela que, gobernada por un cochero y dos lacayos, vestidos de vistosa librea, y tirada por dos soberbias yeguas normandas lujosamente enjaezadas, partiera con velocidad de una casa de la calle del Principe, logró presentarse en pocos minutos ante la, de la linda condesa de la Alegría, y haciendo alto á su frente, dió lugar á que bajase de ella un hombre de elevada talla, rubios cabellos, mirada un tanto siniestra y ño muy nobles facciones. El hombre, que iba vestido completamente de negro, en la resolucion y hasta en el



orgullo con que se entró en la morada de la dama aristocrática, daba á demostrar que pertenecía, al menos en un concepto, á la mas encopetada alcurnia... Era el general, que queriendo llevar su farsa hasta el último extremo, se habia puesto de riguroso luto por la supuesta muerte de la opulenta y bishechora tia de *Granada*.

Precisamente cuando la fué anunciado el general acababa la condesa de abandonar el tocador para instalarse en un salon de recibimiento, amueblado con régia suntuosidad. Bellísima por naturaleza, las ricas y esplendentes galas con que se engalanara momentos antes la noble jóven, habian venido á realzar las gracias de su semblante y el seductor donaire de su cuerpo gentil. Lucia este un vestido de fino terciopelo verde, bonitamente recamado, sobre el cual campeaba un abrigo de riquísima tela de seda y de forma tan vistosa y elegante, que dejaba al descubierto no solo el abultado seno sino tambien el breve y airoso talle: la especie de corona que, formada con mil trenzas de sus luengos cabellos rubios, la cubria la parte occipital de su hermosa cabeza, ostentaba una preciosísima joya de oro, atestada de rosas y esmeraldas, y los seis grandes bucles que de cada lado caian hasta tocar en el hombro, remataban con una linda florecita tambien de oro, á cuya punta se divisaba un diminuto y lustroso rubí: adornaba lo mas elevado de su tersa y despejada frente, sujetando al propio tiempo el gracioso peinado, una angosta cinta, de la cual pendia una bonitísima estrella de brillantes; de su cuello de cisne bajaba una gran cadena de oro, que aparecia sujeta por bajo del seno con un rico medallón, y por último embellecian sus medio descubiertos,

mórbidos, niveos y torneados brazos unos brazaletes de preciosas y bien bruñidas piedras. Si á esto añadimos que su peregrino rostro azul y rosa espresaba la mas pura alegría, y que sus grandes ojos de azul de cielo brillaban de inefable satisfacción, á causa del lisonjero estado que ya presentaba su anciana y querida madre, no podremos menos de convenir en que la jóven condesa aparecía en este momento mas encantadora que cualquiera de las tres Gracias.

—¿Qué querrá ese hombre? se dijo meditando la condesa á luego de serla anunciado el general por un portero; pero hoy es dia de satisfacciones para una buena hija, y no será justo despedirle así. descubiertos están sus planes diabólicos para con esa pobre jóven... veámosle aunque sea por última vez.

Un momento despues pisaba el general con su flamante bota de charol el alfombrado pavimento del régio salon. Prévia una gran reverencia, que fué correspondida por parte de la condesa con un gracioso movimiento de cabeza, avanzó con notable desenvoltura hasta una de las dos cómodas butacas colocadas á la cabecera del lujoso sofá, ocupado por la noble dama.

—¿Me permitireis ante todo, mi bella Aurea, dijo contemplando hasta cierto punto enajenado la hermosura de la jóven, preguntaros por la salud de vuestra mamá?

—¿Pues qué he de hacer, señor general? dijo la condesa un poco sorprendida con semejante pregunta: no solo lo permito, sino que lo agradezco... Por ahora la tengo fuera de peligro.

—¡Feliz vos! exclamó el general con cierta tristeza. Y despues de exhalar un ligero suspiro se

acomodó en una butaca con la confianza de un hombre de gran tono.

—¿Qué... os pesa, por ventura?

—Per Dios, señora! repuso el general, llevándose su diestra sobre el corazón. Me hacéis un agravio en suponerme de tan bajos sentimientos... ¿No veis mi vestido? añadió inclinando la vista sobre su pecho.

—En efecto, dijo la condesa... ¿Pues, qué desgracia?...

—Crefique mi luto no os cogiera de sorpresa, señora...

—En verdad, repuso la condesa recapacitando... No sé qué noticia ha llegado á mis oídos sobre una desgracia en vuestra familia.

Las palabras de la condesa vinieron á oprimir el pecho del general de una manera terrible: ignoraba por lo visto, sólo que es peor, aparentaba ignorar su sorprendente mutación de fortuna.

—¡Oh! dijo con fingido sentimiento después de una breve pausa que necesitó para tomar aliento; para mí es irreparable... Era una señora que ocupaba el lugar de madre... Dios no me dejó conocer esta, y ahora acaba de llevarme la que la sustituyó desde mi mas tierna infancia. Hoy hace diez dias justos que falleció en Granada, mi buena tía la *marquesa de las Marismas*.

—¿Y era hermana de vuestra madre? preguntó nada mas que por seguir la conversacion la condesa.

—Sí, la hermana mayor, que ha muerto con el descansuelo de ver rodeado su lecho de extraños, contestó el general aparentando un sentimiento profundo: es cierto, que por la edad... era ya una señora bastante aneiana... pero... me queria co-

mo á hijo...! ya se vé: ella no tenía ninguno... yo á mi vez la quería como á madre... Me ha dejado, añadió echando una mirada obervadora sobre la jóven, toda su fortuna, que tengo el gusto de poner á vuestra disposicion.

—Gracias, dijo la jóven en tono de indiferencia.

—Y... ya se vé, prosiguió el general dándose importancia: como ella sea un poco cuantiosa, tengo un deber de no dejarla abandonada. Necesito ir cuanto antes á Granada, y no he querido hacerlo sin tener el honor de despedirme de vos y....

—Yo os lo agradezco, le dijo interrumpiéndole la condesa.

—No he querido marcharme, prosiguió el general con algun embarazo, sin saber la sentencia que ha de decidir de mi vida... El dia pasado ¡oh! tuve la desgracia de...

—Seguid, dijo la condesa con una risita un tanto irónica.

—En fin; fué una ocurrencia desagradable, que lo mejor es darla al olvido; pero... creo que el tiempo trascurrido habrá venido á desengañaros de....

—¿De qué, señor general? le dijo la condesa en tono desdeno.

—De que mi pasion hácia vos, dijo el general en un momento de entusiasmo que no le fué dado contener, es tan pura como el sol, tan grande como el universo...

—Pues es muy extraño, dijo interrumpiéndole la condesa con su punzante ironía.

—¡Señora...! esa esquivez... dijo el general desconcertado con las palabras sarcásticas de la jóven.

—¿Y á qué llamáis esquivéz...?

—¡Por Dios! repuso el general haciendo ridículos gestos: ¿es posible...? ¡que así habeis de corresponder á mi amor noble, ardiente, desinteresado...!

—General... ¿y es esa vuestra despedida...? dijo la condesa con gravedad. Si no quereis darme un disgusto, si no quereis tenerle vos mismo, doblamos la hoja.

—¡Pero, señora... dijo el general aterrado.

—Nada, nada, repuso la condesa con la misma gravedad: vuestra pasion será pura, ardiente, desinteresada, como decís; pero debeis conocer que no estando obligado mi corazon á corresponder á ella, soy libre para aceptarla ó desecharla. He adoptado este último medio y no teneis derecho á quejaros... Podeis ir á vuestro Granada, añadió con su fina ironía, y tal vez allí...

—¿Pero habeis mirado bien...

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡Me gusta la salida...! ¿Por ventura tengo yo algo que mirar en el asunto...?

—Señora... no os riais, dijo el general pálido de rabia y con la voz notablemente alterada. Vos no sabeis en ese caso de lo que es capaz un corazon horriblemente lacerado, un corazon cruelmente tratado, un corazon entregado á la mas terrible desesperacion.

—¡Cómo! eso se llama una amenaza, dijo la condesa revistiéndose de extraordinaria dignidad.

—Y lo vuestro un desprecio.

—Estoy en mi derecho.

—Yo busco el mio.

—No blasfemeis... ¿Y os teneis por caballero?

—Y lo soy.

—Lo dudo, dijo la condesa contemplándole en

una actitud que á la vez espresaba el horror y el profundo desprecio que la inspiraba: ¡me gusta el modo de enamorar...! ¿habeis acaso creído que yo soy algun recluta de un batallon sometido á vuestras órdenes...? Sabed que estais hablando á una señora, y que esta señora, hija del conde de la Alegría y de la marquesa de los Valles, desprecia altamente vuestras ridículas amenazas.

—¡Valiente estais por vida mia...! repuso el general balbuciente de ira y con los ojos inyectados de sangre: A su tiempo veremos...

—¡Hombre indigno! exclamó fuera de sí la condesa á la vista del proceder cobarde é insensato del general: ¡y es un general del ejército español el que se atreve á insultar á una señora! ¡oh! ¡por Dios que vos sí que sois el valiente...! ¡Salid de mi casa en este mismo momento! ¡pronto! si no queréis que llame gente, que os eche de ella tan ignominiosamente como mereceis... ¡Mal caballero! tened entendido que solo os he recibido hoy en ella por un exceso de delicadeza, que nunca pensé fuese correspondido con otro exceso de grosera brutalidad. Y si acaso, por efecto de vuestra insensatez, ó fiado en vuestros maquiavélicos planes, habeis imaginado que yo pudiera corresponder algun dia á esa indecente, á esa estrafalaria pasión que os devora, sabed que os detesto con toda mi alma, que os aborrezco con todos mis cinco sentidos; que solo vuestra vista me ofende, me irrita y me horroriza.

La repulsa no podia ser mas terminante ni terrible. Otro que el general habria bajado la cabeza y se hubiese salido del salon para ocultar su vergüenza en una inmunda cloaca; pero la osadía, la brutalidad y la desesperacion de aquel eran dema-

siado grandes. Al ver que la condesa, cuyo peregrino semblante presentaba una agitacion tremenda, levantándose precipitadamente del asiento, se dirigia á un inmediato gabinete por no poder sufrir ya un segundo siquiera su odiosa presencia, se levantó él tambien de la butaca, é interponiéndose de una manera brutal al paso de la dama, exclamó con voz si bien ahogada en extremo amenazadora:

—¡Señora! ¡es preciso que aguardeis!

—¡No! ¡no! exclamó la condesa cubriéndose involuntariamente su rostro con las manos y dando para adelante dos inciertos pasos.

—¡Señora...! repitió el general en tono si cabe mas amenazador.

—¡Caballero! gritó á la sazón con voz de trueno un hombre que apareció súbitamente á la puerta del salon.

El general volvió asustado su rostro hácia el punto de donde habia salido la voz. Sus ojos brillaron de una manera siniestra.

El sugeto á quien estaba viendo era su rival, era el ex-ministro, que habia oido una gran parte de su conversacion con la condesa.

—He dicho mal, añadió el ex-ministro: ¡asesino!

—¡Cómo! exclamó el general apretando los puños y rechinándole terriblemente los dientes: ¿sabéis lo que habeis dicho, señor pedante y necio *abogadillo*?

—Sé lo que he dicho, señor *rompe-cristas*... de boea, repuso el ex-ministro mirando con el mas insultante desprecio al general: ¡en lo que ha venido á parar el *glorioso ceucedor* de Barcelona! añadió con sangriento sarcasmo.

—¡Ira de Dios! exclamó el general rugiente como un tigre y en ademán de arrojarle sobre el ex-ministro.

—¡Voy á llamar gente! exclamó la condesa acercándose apresuradamente al sofá que momentos antes ocupara.

—Sí, dijo conteniéndose el general á la exclamación de la condesa: eso le vendrá bien á este cobarde.

—¡Miserable! gritó lleno de indignación el ex-ministro: ¡El vil injuriador de una dama llamar á otro cobarde...! Os suplico, señora, que no os movais, añadió volviéndose á la condesa, que ya iba á tirar del cordón de una campanilla: no le supongo al señor tan insensato que quiera provocar un escándalo, en cuya virtud haya que ejecutar á viva fuerza vuestras órdenes.

—Bien: saldré, repuso el general con ronca y amenazadora voz después de echar una mirada ansiosa por todo el salón: pero si sois caballero...

—Infinitamente mas que vos.

—Lo veremos... Exijo una satisfacción.

—¿Una satisfacción? dijo el ex-ministro con sonrisa despreciativa. A eso es digno yo á mi vez que lo veremos.

—Nada hay que ver: me la dareis, ó de lo contrario os tendré por un cobarde, por un vil, por un infame... Os buscaré por todas partes, os insultaré, os escupiré en la calle, en el paseo, en el templo...

—¡Maldad! exclamó el ex-ministro levantando sus brazos con los puños cerrados: si vos tenéis boca para insultar y escupir, yo tengo manos para arrancáros la infame lengua.

—O sálvate al momento de mi presencia, dijo la



cendese en imperativo tono, y con el cordón de la campanilla en la mano, ó llamo gente que os arroje de ella como un asesino.

El general rugió de ira como la fiera mal herida de un tiro y acorralada por una trahilla de perros. Despues de clavar sus ojos ensangrentados sobre la jóven con una ansiedad terrible, los volvió chispeantes de indecible furor hácia su adversario, esclamando con estentórea voz:

— ¡Ireis adonde os aconseja el honor, miserable!

— Si antes no vais vos adonde os aconseja la justicia, le dijo con misterio el ex-ministro.

— A dónde, cobarde, ¿ dónde? repuso mas furioso el general.

— A un presidio! exclamó con fuerza el ex-ministro. Por ahora hemos concluido, añadió señalándole con dignidad la puerta del salon.

— ¡Dime que os he de matar, mal nacido! exclamó el general lanzándose desatentado en direccion de la puerta.

— Idos preparando, le dijo el ex-ministro contemplándole con manifiesto desprecio; pero cuidado de que antes de realizar la amenaza no se haga justicia á vuestra infame conducta.

El general, por toda respuesta, volvió hácia el ex-ministro su desencajado semblante, y despues de dirigir á aquel una mirada amenazadora, ardiendo el pecho en vengadora ira, eiego completamente de desesperacion, se echó á andar con precipitado é inseguro paso en busca de su carro.

En la Carrera de San Jerónimo, gritó al cochero á luego de acomodarse en el carruaje.

— ¡Unos minutos despues pisaba las antecámaras de

la lindísima duquesa de Terrebinto, adonde solo le condujera una vengativa rein y propia de su noble y menguado pecho. La ilustre dama, que acababa de regresar á casa de una visita, habíase colado según llegara en un sillón inmediato á la elegante chimenea francesa de uno de sus salones de invierno, y al benéfico calor que de aquella salía, se entretenía ahora leyendo con avidez el periódico de la mañana á que estaba suscrita. Cuando la fué anunciado al general fluctuó también como su amiga Aurea entre rechazarle ó admitirle: al fin, aunque decidida á romper con él de todo punto, adoptó el último medio. Introduciendo aquel ante su presencia, correspondió al frío saludo que la hizo, con otro tan glacial y desdenoso.

—¿No gustais sentaros? le dijo al vislombroso breve rato de pié.

—Lo agradezco, señora, dijo el general con voz alterada; pero para lo que vengo, no necesito hacer aquí mucha estancia, y por lo mismo...

—Como gustéis, dijo secamente la duquesa fija su vista sobre el diario que tenia en la mano.

—Vengo á daros, prosiguió el general con sonrisa sarcástica, aunque con la voz todavía alterada, las mas expresivas gracias por... vuestros buenos oficios.

La duquesa alzó de repente su vista, y preciso es confesar que no dejaron de imponerla al pronto la mirada siniestra del general, y la ironía que aparecia retratada en sus notablemente palidas y conmovidas facciones. Despues de una breve pausa, durante la cual logró reponerse de su ligera impresión, sin separar de él su penetrante mirada, le dijo en tono de extrañeza:

—¿Por qué, general?

—¡Vos, continuó este, apoyando generosamente su brazo izquierdo sobre la chimenea, y sin separar de la duquesa sus verdes ojos, preñados de vapor, sabéis los que habeis desempeñado ante vuestra ilustre amiga la condesa de la Adegría.

—¡Caballero! exclamó la duquesa con indignación.

—No os incomodeis tan pronto, noble dama, dijo el general sin abandonar su tono irónico; lugar tendréis en caso.

—¿Sabéis con quién estais hablando? repuso la duquesa revistiéndose de un orgullo tan noble como imponente.

—Con la señora duquesa del Tesobinto, contestó el general algo balbuciente, aunque con el mismo acento burlón, ¿quién quiere pagar, como es justo, una deuda de gratitud.

—¿Cómo os atrevo! exclamó la duquesa cada vez mas indignada.

—No os asustéis, bella duquesa.

—¿Estais loco...! Yo asustarme de vos...

—Bien podría ser, repuso el general dando a su voz un acento sombrío y amenazador.

La duquesa, por un movimiento instintivo, tiró del cordón, que bajaba al lado de la chimenea hasta casi tocar con su diestra. En el momento apareció un joven lacayo.

—¿Está Bernardo con vos? preguntó á aquel con voz firme, mientras que el general se incorporó algo sobresaltado.

—Sí señora, contestó el lacayo.

—Que espere ahí nuevas órdenes repuso la duquesa. Podeis decirme lo que gustéis, añadió volviéndose con impaciencia al general; pero despa-

ohad pronto, porque ya me irrita vuestra sola presencia.

— ¡Jál jál! no teméis, dijo el general con sonrisa infernal, y preparais á vuestras lacayos.

— A ver si despachais pronto; repuso la duquesa con creciente furia, y haciendo que jugaba con el cordón de la campanilla; ó si no mando que os arrojen ignominiosamente de mi casa.

— Voy allá; pero no necesitáis de esa clase de precauciones.

— Todo es de temor de vos, dijo la duquesa mirando al general en medio del mas profundo desprecio. Os tuve un dia por caballero; pero veo que sois... un malvado.

— Decidme lo que queráis, repuso el general procurando reprimir la furibunda rabia que trababa su pecho. Vengo decidido á oiros con calma.

— ¡Prento! prento! exclamó la duquesa.

— Agábo de romper con la condessa, dijo el general con voz enrojecida por el furor. Vos que al mismo tiempo que procuráis engañarme, trabajáis por que llegásemos á ese rompimiento... No os altereis... Vos, digo, que habeis trabajado en mucha parte para que sucediese ese rompimiento, debeis conocer lo que es la pasión de los celos.

— Y qué...

— ¡Oh! presiguió el general interrumpiendo á la joven y gozándose con risa sardénica en los tormentos que con su lenguaje la hacia sufrir. Tal vez no me creais; pero el tiempo vendrá sin disputa á traer os un cruel desengaño. En estos últimos dias he sabido muchas y muy interesantes cosas... Sé que se me ha calumniado; sé que se ha tratado de presentarme como el unico y mas vil seductor

de esa joven de Búrgos que han logrado daros por amiga; sé que se tiene en el mejor concepto á ese caballero campesino, de quien vos estáis tan perdidamente enamorada.

— ¡Sois un villano! exclamó supra de sí la duquesa.

— Repite que no os alteréis, prosiguió el general con aparente calma, mientras que la duquesa, abandonando el cordón de la campanilla, se retorcia convulsivamente sus lindas manos no hay motivo para ello; y menos cuando no hago otra cosa que pagaros vuestros buenos oficios. La condesa no será mía; pero si vos pensáis tan seriamente en ese noble caballero...

— ¡Silencio! barbaro! gritó con voz ahogada la duquesa.

— Sabed, continuó el general con gran velocidad y sin hacer aprecio de la exclamación de la duquesa, que ese caballero tiene que cumplir una palabra solemne, tiene que enmendar un agravio, tiene que llevar á cabo un compromiso, tiene que reconocer, dejando en paz al general, el estado de esa joven; antes que por mí, por él seducida; antes que por mí, por él pervertida; antes que por mí, por él deshonrada y envilecida.

— ¡Mientes, infame! exclamó la duquesa haciendo un esfuerzo extraordinario por dominar la terrible indignación de que rebotaba su noble pecho. ¡Mientes, cobarde y envilecido calumniador...! ¡Se os figura, prosiguió, convulsa la hermosa y redonda barba, y pintada en el peregrino rostro una ansiedad que la hacía mas interesante que en el estado normal, que no están ya descubiertos vuestros planes diabólicos, y solo propios de un bandido? ¡Hombre perdido y corrompido! añadió

incorporándose; os escupiría á la cara si no considerase que hasta mi saliva os podia honrar!

—¡Jál, jál, jál! ¿Os ha llenado el ojo el caballero Bárcena? ¿os ha hecho creer que esa jóven es un modelo de virtud, eh? repuso el general con indecible cinismo. Ya venia yo en la idea de no ser creído; pero quise que antes de que la bella duquesa del Terebinto se enlazara á aquel noble y valiente caballero...

—Fuera de mi presencia, monstruo! exclamó ya del todo desesperada la duquesa! Fuera, asesino, ó suena otra vez la campanilla! añadió cogiendo de nuevo el cordon y levantando la mano en actitud de tirar de él.

—Me voy, sí, dijo el general dando dos pasos hácia atrás, y sin dejar de contemplar á la noble dama en medio de su sonrisa diabólica. Ya os pagué mi deuda... si no he conseguido mi objeto, no perdais de vista que os he puesto cada cosa en el lugar correspondiente... Adios. Y prorumpiendo de nuevo en una tremenda carcajada, volvió la espalda y salió de la magnífica estancia llevando pintada en su irónico rostro una satisfaccion verdaderamente infernal, interin que la duquesa se dejaba caer anhalante y medio desfallecida en el blando sillón á impulsos de los terribles disgustos que la bárbara é inconcebible conducta del general la estaba haciendo sufrir.

—Unos minutos despues de esta escena, el general, obedeciendo tan solo á los impulsos de su cólera violenta, discurría en balde en su casa de la calle del Principe sobre el modo de deshacerse de su odiado rival en el duelo á muerte á que le habia provocado: y decimos que en balde, porque el ex-ministro en manera alguna queria ni debia acep-

acomodó en una butaca con la confianza de un hombre de gran tono.

—¿Qué os pesa, por ventura?

—Per Dios, señoral, repuso el general, llevándose su diestra sobre el corazón. Me hacéis un agravio en suponerme de tan bajos sentimientos.

—No veis mi vestido? añadió inclinando la vista sobre su pecho.

—En efecto, dijo la condesa. —Pues, qué desgracia?...

—Crefique mi luto no os cogiera de sorpresa, señora...

—En verdad, repuso la condesa recapacitando... No sé qué noticia ha llegado á mis oídos sobre una desgracia en vuestra familia.

Las palabras de la condesa vinieron á oprimir el pecho del general de una manera terrible: ignoraba por lo visto, sólo que es peor, aparentaba ignorar su sorprendente mutación de fortuna.

—¡Oh! dijo con fingido sentimiento después de una breve pausa que necesitó para tomar aliento; para mí es irreparable... Era una señora que ocupaba el lugar de madre... Dios no me dejó conocer esta, y ahora acaba de llevarme la que la substituyó desde mi mas tierna infancia. Hoy hace diez dias justos que falleció en Granada mi buena tía la *marquesa de las Marismas*.

—Y era hermana de vuestra madre? preguntó nada mas que por seguir la conversacion la condesa.

—Sí, la hermana mayor, que ha muerto con el descansuelo de ver rodeado su lecho de extraños, contestó el general aparentando un sentimiento profundo: es cierto que por la edad... era ya una señora bastante anciana... pero... me queria co-

mo á hijo...! ya se vé: ella no tenia ninguno... yo á mi vez la queria como á madre... Me ha dejado, añadió echando una mirada obervadora sobre la jóven; toda su fortuna, que tengo el gusto de poner á vuestra disposicion.

—Gracias, dijo la jóven en tono de indiferencia.

—Y... ya se vé, prosiguió el general dándose importancia: como ella sea un poco cuantiosa, tengo un deber de no dejarla abandonada. Necesito ir cuanto antes á Granada, y no he querido hacerlo sin tener el honor de despedirme de vos y....

—Yo os lo agradezco, le dijo interrumpiéndole la condesa.

—No he querido marcharme, prosiguió el general con algun embarazo, sin saber la sentencia que ha de decidir de mi vida. El dia pasado ¡oh! tuve la desgracia de...

—Seguid, dijo la condesa con una risita un tanto irónica.

—En fin; fué una ocurrencia desagradable, que lo mejor es darla al olvido; pero... creo que el tiempo trascurrido habrá venido á desengañaros de....

—De qué, señor general? le dijo la condesa en tono desdén o.

—De que mi pasion hácia vos, dijo el general en un momento de entusiasmo que no le fué dado contener, es tan pura como el sol, tan grande como el universo...

—Pues es muy extraño, dijo interrumpiéndole la condesa con su punzante ironía.

—¡Señora...! esa esquivez... dijo el general desconcertado con las palabras sarcásticas de la jóven.



geles... ¿Qué le importa la manera de cómo ha venido al mundo? ¿Qué el que al salir de él no le recibiera un cariñoso padre, ébrio de gozo, en sus brazos? ¿Por ventura puede haber ahora para él otro padre que el que lo es de todos, que el *Ser* infinito, increado y eterno, autor de cuantas creaciones se presentan y presentarse puedan á nuestra limitada vista, que Dios, bueno, justo y omnipotente...? La bella Julia Rodriguez, que guarda la cabecera de la enferma, al propio tiempo que consuela y anima á esta con las mas dulces palabras, da las disposiciones oportunas para su mejor asistencia, cuya parte material está encomendada á la fiel Irene, al excelente Gutierrez y á la pobre viuda, ama de leche de la criatura que dias atrás sacára el conde de la inclusa. Este, D. Perrondo Masalegre, Sergio y Escalante, instalados en el salon inmediato, conversan á media vez por no molestar á la interesante y desgraciada huérfana: los rostros de los tres primeros, severos y algo descompuestos por efecto de un completo insomnio durante la noche precedente, espresan la ansiedad que es consiguiente á todo hombre cuando por él pasa una cosa extraordinaria, y en las angustiosas miradas que ya dirigen hácia la puerta de la magnífica pieza, ya hácia el revuelto y encapotado horizonte, cualquiera conoceria que estaban esperando la venida de algunas personas, absolutamente indispensables si se habia de Hevar á cabo una solemne y augusta ceremonia. De pronto viene á animar los semblantes de nuestros cinco amigos el ruido de personas que trepan por la escalera, y acercándose Masalegre á abrir la puerta, da lugar á que penetren en la estancia tres hombres, cuyas negras vestiduras casi cubren una ligera y

vidriosa capa de nieve. Son Rodriguez, un sacerdote de la inmediata parroquia y su sacristan. El activo y honrado comerciante, desafiando la crudeza del día por dargusto á Gumersinda y tambien á D. Perrondo y al conde, que quieren añadir cuanto antes un número al de los infinitos que componen el gremio de la iglesia, ha logrado traer consigo al ministro del Señor para que acristiane en casa á la tierna criatura espuesta á perder de frío caso de ser llevada á la pila bautismal.

—Pasemos á esta pieza inmediata, dice D. Perrondo al sacerdote á luego de corresponder á su afectuoso saludo: en ella tendreis lugar de calentaros.

—Sí; el día está horroroso, dice tiritando el sacerdote.

—No puede estar mas, repuso D. Perrondo: dejareis esa capa para que se os seque, y ahí os pondreis otra que se ha traído á prevencion. A Julia, añadió dirigiéndose á Masalagre, que prepare el niño para la ceremonia.

Masalegre se dirige á la alcoba ocupada por Gumersinda, y el sacerdote y los demás circunstancias entran en el opuesto gabinete, en cuya chimenea arden, dándole un aspecto sobremano alegre, grandes y olorosos trozos de enebro.

—¿Qué hay? dice con voz doliente Gumersinda no mas ver á Masalegre.

—Que acaba de llegar el sacerdote.

Gumersinda dirige al cielo una mirada de gratitud, que luego va á fijarse casi llorosa sobre el rostro angelical de su querido hijo.

—Pedeis ya vestir al niño, Julia, añade Masalegre.

—Ya está medio vestido para la ceremonia, y no

hay necesidad de molestarle mucho, dice Julia acercándose á coger la criatura. Ven, ven, hijo mio... ¡ángel de Dios! ¡qué sueño tan hermoso y apacible! ¡lástima me dá el privarte de él!

En el momento que Julia, ayudada de Masalegre, concluyó de vestir al tierno infante con un blanco faldon de encaje de seda y un elegante gorro azul, matizado de piedras preciosas y de lindísimas flores artificiales, Gumersinda, que no habia dejado de contemplar entre ansiosa y embelusada las divinas facciones del ángel, que son un vivo retrato de las suyas, dijo con voz apagada, si bien no exenta de resolucien:

—Ya sabeis mi voluntad... no quiero que se le dé otro nombre.

—Descuida, hija mía, la dijo con afabilidad Masalegre. Tú ne hagas caso ahora mas que de ponerte buena.

—Llevará... mis dos apellidos, murmuró Gumersinda derramando una lágrima.

Niña, niña; no nos des un sentimiento, repuso Masalegre en extremo conmovido.

—¡Por Dios, hijal! exclamó Julia dirigiendo una mirada suplicante sobre la jóven: es preciso que mireis por vos y tambien por los amigos que tanto os queremos.

—Vamos, vamos, hijo mio, dice Masalegre contemplando enternecido á la hermosa criatura: el apellido *Solís*, ennoblece por tu abuelo, vale mas que el de todos los generales del mundo.

—¿Concluí? dice entrando á la sazon D. Per-rondo.

—Vamos cuando gustéis, contesta Julia puesta de pié con el niño entre sus brazos. Un hesito de

mamá, hijo mio, añade acercándosele á Gumer-sinda.

—Vaya, hija mia, dice á esta D. Perrondo procurando disimular su honda conmocion; alégrate: se va á cristianar al niño, y así puedes ya mas tranquila pensar en tu restablecimiento... de lo demás, añadió con cierto misterio y despues de exhalar un suspiro, nada debe importarte... cuando estás entre nosotros.

Un momento despues y mientras que Gumer-sinda derramaba sin poder remediarlo abundantes lágrimas, arrancadas en su mayor parte al alma, á causa de los esquisitos desvelos y de las delicadísimas atenciones de que en su triste posicion se veia rodeada por la mas pura y desinteresada amistad, el sacerdote en medio de un recogimiento religioso de parte de todos nuestros amigos, administraba en el inmediato gabinete al recién nacido con todos los rites y solemnidades de la Iglesia el primero y mas importante de los sacramentos, sirviendo de padrinos el noble conde de Melgar y la simpática Julia Rodriguez: ¡oh! mas abundantes y mucho mas gratas serian las lágrimas de la pobre huérfana, á haber podido presenciar la augusta ceremonia y la interesante escena que la subsiguio.

Podeis poner la partida de bautismo, y sacarnos en el dia de hoy un testimonio de ella, dijo al sacerdote con noble gravedad D. Perrondo á luego que concluyó de acristianar al niño.

—Sí; ahora mismo, dijo el sacerdote: no acostumbro á bautizar uno sin arreglar acto continuo la correspondiente diligencia.

El sacerdote se acercó á un pequeño bufete, donde el sacristan acababa de colocar un gran li-

bro, y despues de escribir en este unos cuantos renglones significó su voluntad de leérselos á todos los circunstantes, que se prepararon á escucharle en religioso silencio.

«En la villa de Madrid, dijo el sacerdote fija su vista sobre el libro, á trece de diciembre de 184... yo, D. F. de T., cura ecónomo de la parroquia de T..., bauticé solemnemente en la casa de su nacimiento *pro periculo mortis*, y puse los santos óleo y crisma á un niño, que vino al mundo á las diez de la noche del doce de dicho mes. Dile por nombre José y por su abogada María Santísima...»

—¿Es hijo de legítimo matrimonio? preguntó á la sazón el sacerdote volviéndose á todos los circunstantes.

—No, dijo con voz cenmovida D. Perrondo.

—¿De padre conocido? dijo el sacerdote.

—Sí, contestó resueltamente D. Perrondo.

El conde, Masalegre, Rodríguez y todos los circunstantes le miraron con asombro; pero este creció de punto cuando sin aguardar á que el sacerdote hiciese mas preguntas, le añadió con su acostumbrada afabilidad:

«Tendreis la bondad de concluir la partida con lo que yo os dicte?»

—¡Oh! sí; con mucho gusto, contesté el buen sacerdote: ya hasta es necesario.

—«Es hijo habido fuera de matrimonio, aunque bajo palabra formal de él, dijo dictando D. Perrondo, de doña Gumersinda Solís y de... D. José Redondo de la Bárcena.»

—¡Cielos! exclamó el conde en voz baja, fija su asombrada vista sobre nuestro viajero.

—¡Sálvese hasta donde pueda su honor, mi querido conde, dijo al oido de este tristemente Don

Perrondo, y continuó dictando en tone algo conmovido y solemne:

—«Naturales y vecinos de la villa de A... en la provincia de *Palencia*: sus abuelos paternos Don Eugenio Redondo de la Bárcena y doña Concepcion Bascones, y los maternos D. Vicente Solís y doña Ignacia Guzman, todos difuntos y vecinos que así bien fueron de la citada villa. Han sido sus padrinos en el bautismo el señor conde de Melgar y doña Julia Rodriguez, vecinos el primero de Búrgos y la última de esta corte, á quienes advertí el parentesco espiritual que en calidad de tales han contraído y las obligaciones á él consiguientes. Fueron testigos entre otros D. Tomás Rodriguez, D. José Escalante y D. Tomás Alegre, vecinos y residentes en esta precitada corte, etcétera.»

Calló D. Perrondo: tanto sus hermosos ojos como su simpático rostro espresaban ya la conformidad del gran corazon, que comprende todo el valor del sacrificio que acaba de hacer. Involuntariamente elevó el conde al cielo su mirada y sus brazos en una actitud de asombro imposible de definir con toda fidelidad. Julia, su esposo, Sergio y Escalante, grata é inmensamente conmovidos, derramaban en elocuente silencio un llanto copioso y á la vez expansivo y consolador. En cuanto á Masalegre, tan absorto estaba á la vista de la sublime abnegacion de su amo, que no sabia lo que por él pasaba: diríase al pronto que aquel hombre de una organizacion tan activa y delicada, de un despejo natural tan claro y extraordinario, acababa de volverse lelo... el infeliz queria llorar, tenía de ello una necesidad imprescindible; pero por el momento sus ojos se negaban tenaz y

cruelmente á darle el en ocasiones inefable consuelo de las lágrimas.

—¡Ah! ¡esto es demasiado! exclamó el conde con acento desgarrador.

—¡Esto... está concluido! dijo en tono solemne D. Perrondo. Y á la mira de que el sacerdote, fijándose en lo que en su derredor pasaba, no llegase á concebir sospechas sobre el heroico sacrificio que acababa de ejecutar en obsequio de la mas grande y pura de las amistades, añadió con melancólica dulzura: Podeis llevar el niño á su madre, mi querida Julia, y... os suplico que por ahora no la habéis de... ninguna cosa... la infeliz necesita... descansar.

Julia salió al salón inmediato, pero á pesar de revestirse de todo su valor, necesitó invertir en él algunos segundos para poder llevar el niño y Gumersinda con el rostro á medio serenar y el corazón un tanto tranquilo.

—¡Ah! ¡habeis llorado, amiga mia! la dijo con voz doliente la enferma, que tenia fijos sus llorosos ojos con una ansiedad terrible en direccion de la puerta del gabinete.

—Sí... pero... ha sido... de placer, dijo Julia algo sorprendida: ¿es el asunto para menos?

—¡Cuán buena sois! exclamó Gumersinda contemplando á Julia con un amor y un agradecimiento infinitos.

—Está satisfecho vuestro deseo, querida, repuso Julia procurando sonreirse.

—¡Gracias, gracias! murmuró Gumersinda.

—Quisiera dar ahora á Pepito, añadió Julia mirando al niño con ternura, una cucharita de lamedor.

—¡Ah! ¡dádmele primerol repuso Gumersinda

contemplando embelesada las gracias de su hijo; dádmele, le besol ¡quiero besarle ahora que ya tiene nombre. Y acercándola Julia el hermoso niño estampó en un segundo sobre su divino rostro tres ardientes y cariñosos besos.

Ya en esto se había levantado de su asiento el sacerdote: un coche, buscado por el buen Gutierrez mientras se cristianaba al hijo de Gumersinda, le esperaba á la puerta de la que fué casa de Cernicalco: instalado en él en compañía de Rodríguez y Masalegre pudo llegar á su morada casi libre del horroroso frio del dia, tocando antes en la parroquia á que estaba agregado, con el objeto de despojarse de los sagrados ornamentos que se había vestido para la augusta ceremonia.

—Podeis retiraros á cumplir con vuestros deberes, dijo con dulzura D. Perrondo á Sergio y á Escalante así que salió el sacerdote. Por ahora... no os necesito.

—Hasta la tarde, dijeron los dos jóvenes fijando sus llerosos ojos sobre nuestro viajero.

—¡Oh! ¡cuánta abnegacion! exclamó el conde extraordinariamente conmovido á luego de verse solo con su amigo.

—¡Aun no ha concluido, mi querido conde! dijo tristemente D. Perrondo.

—Pero... ¡sin decirme nada! ¡Dios mío! ¡sacrificarse así! repuso el conde llevándose su diestra sobre la frente.

—¿Para qué?... ¿acaso para que me lo hubierais quitado de la cabeza? repuso D. Perrondo mirando al noble anciano con ternura. ¡Ah, querido conde! Vos que comprendéis todo el valor del paso que acabo de dar, no podreis menos de aprobarle... Yo, añadí con progresiva exaltacion toman-



do involuntariamente la mano de su amigo, amo de la duquesa... ¡oh! vos sabeis mis escrúpulos, mas no sé lo que haria... A pesar de sus defectos, si así pueden llamarse, pretenderia ser suyo... Pero quiero á esta infeliz con delirio, con verdadero frenesi... ¡la adoro mas que si fuera hija mia!... Vos la conoceis, mi buen amigo, vos sabeis lo susceptible, lo pundonoroso, lo sensible que es su noble corazon... ¡se moriria de pesar tal vez antes que espirase el presente mes! ¡de seguro que la vergüenza y los remordimientos concluirian mas pronto de lo que imaginarnos podemos con su preciosa existencia!... La vista de su mismo hijo (no lo dudeis) seria para ella un horrible tormento... Pues bien: yo no quiero que se muera... ¿qué importa mi felicidad, en comparacion de la de esa jóven interesante, de la de ese fruto inocente de su desventurada pasion? ¡Sálvense una y otro! ¡oh! ¡y yo tambien! sí, sí... Os he dicho mal, mi noble amigo, al hablar de mi felicidad... Todos tres podemos ser felices; sí, sí, querido conde... ¿Y por qué no? ¡Pobre criatura! ¿por qué se ha de avergonzar de su origen? Mejor es que le ignore, que sea dichoso no teniendo noticia del padre cruel que le engendró...

—¡Oh! ¡oh! exclamó el conde sollozando.

—Sí, sí, mi querido conde. ¿Qué delito ha cometido ese ángel para que no pudiera gozar ni una vez siquiera durante su vida de las delicias que proporciona el dulce nombre de *padre*? ¿qué delito ha cometido para que el mundo le insultase y le escarneciese sin piedad? ¿Y qué crimen ha perpetrado su madre para que llegase un dia en que tal vez ese hijo querido la mirase con horror ó con desprecio? una disculpable debilidad, menos... ¡la

infeliz creyó en las mas vivas, ardientes y repetidas protestas...! ¡oh! ¡mal haya el hombre que así ha secado en la primavera de su vida esa tierna y delicada flor...!

—¿Pero tú piensas...? dijo el conde enjugándose sus hermosos ojos azules.

—Os comprendo, señor conde, repuso D. Per-rondo con indefinible amargura. Aunque yo lo quisiera, esa pobre niña se resistiria á ello... Es preciso conocerla, y ni aun así puede uno formar una idea aproximada de toda la elevacion de su alma. Lo que yo quiero ahora es salvarla de una muerte cierta... Despues la llevaré á mi casa; vivirá conmigo como una hermana, como una hija querida. Tendremos por de los dos ese ángel que acabó de adoptar... ¡oh! ¿quién con mas derecho que él para heredar mi nombre y mi fortuna? Es nieto del mejor de los hombres, hijo de la mas noble y bella de las mujeres, no tengo deudos que circunden enternecidos mi lecho mortuario... se han pasado, si bien se considera, los mejores años de mi vida... ¿qué puedo esperar ya...? Tal vez el mundo se ría de mi abnegacion, tal vez se burle de mi sacrificio; pero yo debo elevarme sobre sus miserias, debo arrostrar sus sarcasmós, debo desafiar con alma fuerte y serena su bafa insolente y sus necias preocupaciones... ¡oh! ¡cúmplase así mi mision sobre la tierra!

El conde no sabia qué decir á su amigo. Cediendo al parecer á un cansancio extraordinario, dejóse caer de repente en un sillón que estaba á su espalda. Por lo que espresaba el noble rostro del anciano, diríase que la mas grande admiracion y el mas ferviente entusiasmo, conmoviendo de una manera prodigiosa su fuerte orga-

nizacion, acababan de quitarle hasta el uso de la palabra. Trascurre así un breve rato, cruza despues una idea por su abrasada mente é incorporándose como con algun sobresalto, dice:

—Pero ¿y si ese hombre quisiera reconocer su deber...?

—¡Per Dios, conde...! ¿podeis siquiera pensar en eso despues de lo sucedido ante ayer con la condesa y la duquesa? le dijo con la misma amargura D. Perrondo. Contad, mi querido amigo, con que yo he hecho el sacrificio que acabais de presenciar, ese sacrificio que creo lleva consigo mi libertad, con pleno conocimiento de causa, firmemente convencido de que nada hay ya que esperar de hombre tan funesto y depravado. ¡Cómo! añadió pintándose de súbito en su rostro una indignacion tan noble como imponente. Ya no hay que pensar de ningun modo en ese hombre perverso, ruin é infamemente envilecido. Aun cuando quisiera volver al buen camino, ya era necesario rechazarle con ignominia. Un malvado como él ya no puede unirse á un ángel de bondad; un miserable como él ya no sirve ni para enmendar agravios; un perjurio como él ya no presta ni aun para cubrir una debilidad humana, hija de sus pérfidos y maquiavélicos planes... ¡oh! ¿qué podria en su vergonzosa posicion llevar á esta infeliz? en vez del honor la afrenta, en vez de las delicias de un casto himeneo los remordimientos y la desesperacion, en vez de la dicha una muerte lenta, cruel y espantosa... no, no: ¡mil veces mas cuenta la tendria morir ahora con esa conformidad del justo, de que se halla lleno hasta no mas su sensible y hermoste corazon; mil veces mas cuenta la tendria llevar consigo á la tumba ese precioso pedazo de sus entra-

has que unirse á un hombre tan abyecto y corrompido!

—¡Tienes razon! exclamó el conde radiante de magestad.

Sí, continuó D. Perrondo con creciente furor; ese hombre se acabó ya para nosotros: ha llenado la medida del sufrimiento, y solo debemos pensar en él para una cosa, para una venganza digna de su infame conducta... Mañana voy yo en su busca....

—¿Mañana?

Sí, mi querido conde, mañana le veré á todo trance, repuso con resolucion D. Perrondo: mañana, añadió con terrible misterio, es el gran dia de la liquidacion de cuentas, mañana es el *catorce* de diciembre.

—¡Ah!

—Dia señalado, prosiguió D. Perrondo, para que purgue todos sus crímenes... mañana le veré á todo trance, sí, y aunque quisiera escondérseme en lo profundo de la tierra, allí iria á buscarle... veremos si conmigo se manifiesta tan arrogante como con el ex-ministro... pero dejémosle por el pronto: ya hablaremos del asunto, mi querido conde... Por ahora, y antes que venga gente quiero haceros un encargo... ¡oh! ¡cuánto siento el *abusar* con él de vuestra amistad.

—¡Por Dios, hijo mio! exclamó conmovido el anciano.

—¡Ah, querido conde! exclamó D. Perrondo contemplándole con respetuosa ternura: es un abuso de la fiel y tierna amistad que nos profesamos, y yo, que conozco vuestro carácter, no sé cómo me atrevo á proponérosle; pero... ¡no hay mas remedio! ¡es preciso hacerlo...!

—Tú dirás...

—Os he dicho antes, continuó D. Perrondo volviendo á su anterior estado melancólico, que aun no ha concluido mi abnegacion... ¡oh...! Mañana, mi buen amigo, mientras yo voy en busca del general, vos ireis ante la duquesa... la declararéis sin comentarios cuanto aquí acaba de pasar... la direis que tenia razon ese hombre infame...!

—¡Yo! exclamó el conde hasta no mas asombrado: ¡yo apoyar las calumnias de ese malvado...! No, no, querido mio: mándame todo cuanto gustes, todo cuanto sea de tu agrado... dispon, si la necesitas, de esta ya trabajosa é inútil vida; pero no exijas de mí, no pretendas que yo me convierta en asesino tuyo.

—No hay remedio, mi querido conde; tiene que consumarse el sacrificio, prosiguió D. Perrondo con una conformidad tan dulce, tan melancólica, tan sublime, que vino á despedazar el corazon del noble anciano: doloroso os será el mentir; pero... ¿haceis en resumen otra cosa que relacionar un suceso cierto segun todas las apariencias...? ¡Oh! vos lo sabeis... La duquesa corresponde á mi passion... Pues bien: acaba de abrirse entre ella y entre mí un abismo insondable... ¿no es un deber mio el ponerlo en su conocimiento. cuanto mas antes...? ¿y quién mejor que vos para el objeto? ¿quién mejor que vos para desengañarla, anticipándoos tal vez á la envidia y á la maledicencia? á los dos dos conviene semejante paso... ¿no es verdad, mi querido conde? Nuestro amor no ha echado todavia hondas raices: el suyo puede ser reemplazado sin peligro por otro muy digno de ella... ¡oh! sí, muy digno... Ese baron del Puerto me parece un sujeto apreciableísimo... con él puede ser

feliz, porque la adora con delirio... sí, sí: ¡que lo sea! ¡que lo sea tanto como yo deseo!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó el conde juntando sus manos.

—Yo pasaré ante ella por un hombre sin fé, sin virtudes, sin honor, prosiguió D. Perrondo con voz medio ahogada por los sollozos. A esta infeliz la vamos á ultrajar sin piedad, la vamos á poner en un predicamento el mas perdido del mundo... ¡Oh, Dios mío! añadió con acento desgarrador al propio tiempo que elevó al cielo sus hermosos ojos preñados de lágrimas. ¡Vos vendreis á vindicarnos con el tiempo! ¡vos saldreis á paten tizar la virtud y la inocencia, empeñadas á causa de la mas vituperable de las perfidias, del mas infame de los perjuros..! Todo esto es horrible por el pronto, mi querido conde; pero vos conocéis que no tiene remedio, vos conocéis que no puede menos de hacerse, porque es una consecuencia natural del paso que se acaba de dar. Conviene á la duquesa, me conviene á mí, nos conviene á todos... ¿no es verdad...?

—Bien; iré, dijo el conde con profunda tristeza: ¡iré á asesinar á la virtud, iré á calumniar á la abnegacion mas sublime que han conocido los siglos..!

—¡Garacias, gracias, mi querido conde! exclamó D. Perrondo fijos sus enternecidos ojos sobre el simpático y venerable anciano con una expresion de reconocimiento infinito.

—Es la única vez en mi vida que voy á mentir, prosiguió el conde con el mismo acento; pero mentiré por tí, por la duquesa...

—Sí, sí, por la duquesa, dijo interrumpiéndole D. Perrondo con una alegría extraña... ¡Pobre jó-

ven! ¿por qué no ha de ser feliz? ¡ella que es tan buena, tan excelente, tan simpática...! ¡oh! ¡oh! ¡que lo sea, que lo sea, mi querido conde...! Una cosa os encargo, añadió con acento suplicante: ¡oh! ¡no os olvideis de ella, mi querido amigo! hacieda comprender que, mas que de odio, soy digno de lástima... ¡procurad por que no me aborrezca, per que no aborrezca á Gumersinda...! ¡los dos... la idolatramos...!

—¡Lo haré... hijo mio! dijo el conde derramando en abundancia gruesas á la par que expansivas lágrimas.

—Gracias... gracias, murmuró D. Perrondo: soy feliz... ¡ah...! ¡no puedo mas...! Y sin separar del conde sus negro ojos, turbios por efecto de las lágrimas que de ellos salian, se dejó caer medio inanimado sobre el asiento mas inmediato.

De repente suenan dos golpecitos en la puerta del gabinete... Es el buen Gutierrez el que los dá, pidiendo enseguida permiso para entrar: obtenido al momento,

—El astusiano, dice el ex-carabinero puesto en medio de la habitacion, acaba de traer estas dos cartas... ¿Aguarda ahí ese hombre vuestras órdenes?

—No: ordenadle que se vuelva al momento á casa, y que diga á la señora que no nos espere á comer.

—Está bien,

—Una es de Eduardo, dice D. Perrondo mirando los sobres de las cartas así que salió el ex-carabinero: la otra trae el sello de Búrgos. Veamos esta primero... Tomad, si quereis verla, añadió alargándosela al conde despues de haberla leído... Es del buen Arciniega.

—¿Y qué dice de particular nuestro abogado?

—Nada mas que mañana 14 sale de Búrges con direccion á esta... Viene solo por unos dias.

—¡Diantre! ¿tan pronto piensa volverse?

—Leedla, leedla, mientras yo veo lo que dice Eduardo, dijo con cierta ansiedad D. Perrondo, Y abriendo la carta del hermano de Gumersinda fijó sus aun enterneados ojos en ella con una avidez extraordinaria.

—¡Dios mio! ¡mañana mismo le tenemos en esta! exclamó con satisfaccion D. Perrondo á luego que leyó el primer párrafo de la carta.

—¡Mañana! dijo con alegría el conde, que ya no quiso continuar la lectura de la de Arciniega.

—Sí, sí... ¡y viene Adela en su compañía! dijo D. Perrondo fija su vista sobre la epístola de Eduardo.

—¡Hombre! ¡hombre! exclamó el conde rebosando de satisfaccion.

—¡Oh! ¡oh....! salieron de Barcelona el 14 de madrugada, añadió D. Perrondo interrumpiendo á cada paso su lectura. Con lo que les decíamos en la nuestra del 6 no han querido aguardar á la resolucion definitiva del espediente... Esta es una noticia interesante, amigo mio... Tomad, tomad: leedla de un pronto, y vamos á poner su contenido en conocimiento de Gumersinda.

—¿Pero si no trae mas la carta, para qué he de leerla? dijo el conde.

—Nada mas, nada mas... ¡oh! y no es poco, mi querido conde, dijo D. Perrondo levantándose lleno de alegría de su asiento. Vamos, vamos, amigo mio... Consolemos con tan fausta nueva á esta infeliz.

—Sí, sí, dijo el conde gratamente conmovido;



es la mejor noticia que podemos darle de su situación.

Y los dos amigos se encaminaron, radiantes de júbilo los nobles rostros, hacia la alcoba donde se hallaba la interesante huérfana, cuidada con solicitud verdaderamente maternal por la bella esposa de Rodríguez, y donde no tardaron en reunirse este y Masalegre, de vuelta de su corta expedición, acompañando al consabido sacerdote.

### CAPITULO XXIII.

OTRA JUSTICIA QUE NO PUEDE O NO QUIERE HACER  
LA SOCIEDAD.

¿Quién es ese hombre que, ya apresurada, ya precipitadamente, pero siempre cabizbajo, se pasea bastante de madrugada de uno á otro extremo de un salon, mas que con decencia amueblado, la vista estraviada, cetrino el semblante, desordenado el cabello, cárdenos y contraídos los lábios y dura al par que fatigosa la respiracion...? ¿quién es ese hombre de elevada estatura, membrudo, de corazon intrépido y valiente al parecer, que anda de acá para allá, solo, pensativo, silencioso, terriblemente intranquilo, fuerte y espantosamente desasosegado...? ¿es acaso algun ser misterioso que, perseguido por una sombra imponente, por una vision aterradora, eseogita en este momento el modo de alejarla de sí, volviendo al camino del bien, de que en hora triste y menguada se separará? ¿es por ventura algun infeliz, que, acosado por los remordimientos de una conciencia sobremanera cargada, forma ahora bajo su impresion dolorosa el propósito de enmendar los actos que engendran digámoslo así en el alma á aquellos

invisibles, importunos, despiadados y crueles verdugos...? De tarde en tarde, á imitacion de la ráfaga de viento fresco que se presenta en el abrasado arenal para desaparecer por desgracia en el segundo, asoma á su desencajado semblante una ligera tinta de rubor; pero esta es borrada instantáneamente por la prodigiosa fuerza de contrapuestas ideas, de encontrados y atroces pensamientos, que bullen en su cabeza, hecha un volcan á causa del mas completo y pesadoso insomnio durante la noche precedente. La conciencia sin duda es la que trae al rostro aquella pasajera emoci6n, que retiran e él precipitadamente y á porfía el furor, la desesperacion y la angustia. Dominado por estos afectos, no es el hombre de quien nos ocupamos un ser misterioso, de esos que dejan en el alma grandes y terribles recuerdos, entre los cuales suele haber alguno que la interesa, la eleva ó la conmueve agradablemente: es un ser vulgar que no puede inspirar en su lamentable posicion mas que el aborrecimiento y el desprecio; es, si se quiere, un desgraciado, pero indigno de lástima, como lo son todos los que se proporcionan su de dicha con la práctica de indisculpables errores y de negros y premeditados crímenes; es un infortunado, pero, mas que á la compasion, acreedor á la animadversion de las gentes por su pertinacia en seguir el camino del mal; es un malaventurado, que encuentra ya en su interior, sin necesidad de tribunales ni de sentencias, el merecido de su infame conducta; es el general, en fin, que lleno de angustia por el éxito inmediato de su residencia, entregado á la desesperacion por la horrorosa é inapelable repulsa de la condesa, trémulo de furor por los furibundos celos y el

invencible odio que le inspira su afortunado rival, ha dejado muy de mañana el mullido lecho, y ahora, amarillento, fatigado é incorregible, recorre sin orden y sin concierto su habitacion de la calle del Príncipe, ideando nuevos, criminosos y descabellados planes, como si pretendiera con ellos echar de su corazon el enorme y asesino peso que le oprime, el cual, sin embargo, cuanto mas discurre y trabaja, se ceba con una tenacidad cada vez mas intensa y cruel. Oigamos siquiera una parte del espantoso monólogo que tiene en su desordenado paseo.

«No, no acierto.... ¡maldicion...! por mas que discurro..... me sucede lo que en esta noche de cruel martirio... no doy en el modo de deshacerme con honor de ese rival aborrecido... abrasan mi mente las mas lúgubres ideas; dirian que el corazon me anuncia que hoy ha de ser un dia fatal... y lo será, sí... ¡es preciso que perezca uno de los dos... ¿pero cómo...? ¡ah! ¡idea feliz! Voy a buscarle á su misma morada; la entro á viva fuerza, le provocho, le ultrajo de palabra y de obra!.... ¡estoy en mi derecho! ese cobarde no ha querido aceptar el desafío... amigos, indiferentes, cartas provocativas, billetes insultantes, de todo me he valido para hacerle salir al campo... he recorrido tambien en busca suya todas las calles, las plazas, los paseos, los sitios públicos y... ¡todo ha sido en vano! el cobarde no se atreve á salir de casa sin duda. No hay mas remedio que buscarle en ella... yo tengo una necesidad imprescindible de matarle, de beber su sangre impura... ¿quién sabe si despues la condesa... ¿no hemos visto doscientos ejemplos...? Pero, en fin, eso hasta es ya para mí una cosa secundaria. Lo que ahora ansío

es vengarme; no, no puedo quedar tranquilo sin una venganza terrible, ejemplar, espantosa... me ultrajó el infame delante de la dama de una manera inaudita. ¡Ira de Dios...! ¿y quién ultrajó á quién? ¡un *abogadillo* necio, parlanchin y cobarde, á un general del ejército! ¡oh! ¡perezca, perezca ese ruin y miserable *leguleyo*! Hoy le busco, sí... ¡hoy! ¡si he dicho que hoy es un día fatal! ¡la frente se me abrasa...! ¡tengo la cabeza hecha un volcán...! hoy se santencia mi negocio... hoy es el día del vencimiento del pagaré... por pronto que vengan á cobrarle, ya serán las dos de la tarde... ¿cómo salgo de casa ínterin no le recoja? ¡oh! ya no abrigo sobre aquel las esperanzas que me han hecho mirar hasta el día con desprecio; ya el sigilo que acerca de este exigí del bribón del usurero ha sido violado á causa de su misteriosa locura... ¡y si lo saben mis enemigos! ¡maldición! ¡el infierno entero parece que se ha conjurado en contra mía! Ahora me convenzo que tengo muchos enemigos... mi conducta con esa jóven me ha acarreado sin disputa algunos mas... ¡oh! ese hombre, que vela por ella con el mismo interés que si fuera su padre, es poderoso, astuto, elocuente, seductor... de seguro que no habrá escaseado medio... Ya me lo dijo el conde..... ¡oh! en verdad que todo lo que me está pasando me lo he yo mismo acarreado con mi insensato proceder... ¿Y quién sabe si es la justicia de Dios la que ahora estoy experimentando por tantos y tan diversos estilos...? Si aprovechando los cortos momentos en que aquel venerable anciano me llegó á tocar en el corazón.... si todavía... ¡eh! ¡fuera esos pensamientos! ¡soy un imbécil! Dios no descende á esas pequeñeces, y yo ya debo estar curado de espanto,

ya debo estar exento de pueriles y ridículas preocupaciones... ¿He podido hacer mas de lo que he hecho por esa *chicuela*? ¿habia de descender un hombre de mi rango hasta el extremo de tomarla por esposa...? que el honor, que el deber, que la naturaleza, que las leyes, que la moral, que las palabras, que esto, que lo otro... ¡oh! ¿qué es todo eso en resumidas cuentas? livianas y fútiles observaciones, miserables é imbéciles razonamientos de que la sociedad se burla, de que la opinion, que es la reina del mundo, serie completamente.. Dejemos esto, dejémoslo, sí... ¿Y puedo acaso dejarlo...? ese pagaré, ese pagaré... ¿quién le tendrá? no parece en aquella casa maldita... por mas diligencias que ha practicado el coronel para indagar su paradero, nada ha podido adelantar... ¿si se habrá perdido...? pero ¡cál! sin 'duda le endosó el infame antes de volverse loco! ¡oh! ¿y á qué malos habrá ido á parar...? ¡es cosa de volverse tambien uno demente...! ese rival, esa sentencia, ese pagaré... ¡estoy acorralado como una fiera! ¡estoy metido dentro de un círculo de hierro! ¿cómo salir de él? ¡oh! ¡oh! sentémonos un rato á ver si, calmándose la ardiente fiebre que me devora, encuentro el medio de salir de tanto y tan terrible apuro..

Siéntase el indigno; pero condenado ya á no gozar un momento siquiera de reposo, hácele levantar el ruido que percibe en el inmediato tránsito. donde un hombre pugna al parecer con los dos asistentes, que guardan la entrada, por pasar ante su presencia.

—¿Qué es eso? grita desaforadamente mirando al tránsito desde la misma puerta del salon.

—Nada, señor general, contesta una voz sonora, que vino á helarle toda la sangre en sus venas.

Que estos imbéciles creen que conmigo pueden rezar vuestras órdenes.

El hombre que acababa de dar esta contestacion se aprovecha del primer momento de asombro que en el general produce, y despues de cambiar una palabra en voz baja con uno de los asistentes, avanza hácia el salon con la mas grande confianza.

—¡Que no entre nadie hasta nueva orden! grita con imperio el recien venido. Tenemos que hablar, añade echando sobre el general una mirada de profundo horror, y no es razon de vernos interrumpidos á lo mejor... Cerraremos esta puerta; así, perfectamente.

El general estaba muerto. El sugeto que tenia en su presencia, fijos sobre él sus negros y brillantes ojos, sereno, imponente, magestuoso, severo, amenazador, tal cual nos pintan á la inflexible y vengadora justicia, era D. Perrondo.

—Supongo adivinareis á lo que vengo, dijo este per último con voz terriblemente amenazadora.

—Ps... un desafio, dijo el general haciendo un extraordinario esfuerzo por dominar su espantosa conmocion.

—¡Un desafío! ¡cál! ¿Me suponeis tan imbécil? repuso D. Perrondo contemplándole con insultante lástima. Pues qué... ¿Podeis perder de vista que para mí, ya triunfante, ya vencido en un desafío, siempre seriais, como sois, un miserable, digno del mas soberano desprecio...?

—¡Caballero!

—¡Hola! ¿parece que teneis aún un resto de pudor, ¿eh? continuó D. Perrondo trayendo á su boca una sonrisa atrozmente sardónica. A la verdad, creí que hasta ese os faltaria ya.

El general dió evidentes señales de querer mo-

verse; pero á su pesar le contuvo la mirada altiva y fascinadora de nuestro viajero. Este prosiguió

—Pero.... casi me alegro de encontraros así... tal vez podamos orillar mejor el negocio que ante vos me trae.

—Sin perjuicio de contestar despues á vuestros insultos, dijo el general con voz notablemente alterada; estoy pronto ahora á escucharos... Podeis decir lo que quereis de mí.

—Por querer, dijo D. Perrondo, cuya sonrisa se convirtió en un espantoso rechinamiento de dientes, queria mataros, estigmatizaros, atenacearos despedazaros, y luego arrojar vuestros infames fragmentos á una inmundia cloaca.

—¡Mirad....!

—¡Silencio, miserable! exclamó con voz de trueno D. Perrondo. Vengo dispuesto á todo: os lo advierto... hasta traigo dos pistolas á prevención en el bolsillo para levantaros la tapa de los sesos.... ¡Dudo aún sobre hacerlo!

El general dió dos pasos hácia atrás sobremanera aterrado.

—No cree yo, dijo reponiéndose un poco, que querais cometer un asesinato, por el cual os perseguiria la justicia.

—Vamos; está visto que desde que os habeis puesto con vuestras obras al nivel de los mas refinados truhanes y tahures, teneis el juicio completamente trastornado, dijo con espantosa calma D. Perrondo. ¿Merecería por ventura vuestra muerte que yo pasase por ella un solo cuarto de hora de desasosiego...? Primero que mataros, haria que el mundo os tuviera por un suicida.... lo haria, sí: no lo dudéis.

El general aparecia cada vez mas atónito.

—Parece que os asombran mis planes, ¿eh? prosiguió D. Ferrondo. Lo haria, si... es que si quisiera (os lo pruebo), contaria con casi todos vuestros domésticos... Y bien mirado, añadió mientras que el general giraba sus ojos en todas direcciones con una expresion de angustia imposible de describir, os dispensaria un señalado favor. Yo nunca aprobaré el suicidio; pero conozco que hay situaciones en que el hombre no tiene otro remedio que optar entre él y entre retirarse de la sociedad para vivir con las bestias mas feroces... Vos precisamente os hallais en una de esas espantosas situaciones... ¡oh! ¿Qué pasos habeis dado en la carrera del deshonor de tres meses escasos á esta parte? Arrastrados por el torbellino de las mas infames pasiones, habeis pasado por todos los grados del mas lastimoso de los envilecimientos... ¿Sois el hombre por excelencia despreciable del universo...?

Per dos ó tres veces intentó el general cortar en su relacion su terrible adversaria; pero sometido invenciblemente á la mirada imperativa de este, sintió otras tantas ahogársele la voz en la garganta...

—Mas... concluyamos, añadió en displicente tono D. Ferrondo, porque vuestra sola vista me inspira horror... ¿Sabeis que ya teneis un hijo?

—Podrá ser, dijo el general procurando disimular su tremenda emocion...

—Le teneis, si, continuó D. Ferrondo con la misma risa sardónica, cruel y dolorosa que segundos antes abandonara. Ya podeis alegraros... aya le he reconocido como mio...

—¡Cielos! exclamó involuntariamente el general...  
Terminó la obra en 1860



De este modo, prosiguió en el mismo tono Do Ferrondo, ha apoyado solemnemente vuestras infamias ante la duquesa y la condesa. Estais, pues, de enhorabuena. No han transcurrido aun pocos meses, de que antes ha, hablado, desde que vi á la pobre jóven seducida por vuestros perversos halagos y vuestras mentidas promesas, y bien sabeis que algunos años antes de aquella época ni sabia (¡desgraciadamente!) que existiese en el mundo. ¡Oh! sois un excelente calculista. Sin dudar pensasteis desde luego que yo tenia que apoyar, ab vuestras calumnias. Esperad. Preciso es que antes que habléis concluya yo con mi razonamiento. Sabeis por qué reconocí ayer como mío el fruto inocente de vuestra criminal seducción? porque no quisé que llevara en su mano alguna, ni ahora ni nunca, un apellido que vos habeis cubierto de ignominia. ¡Ah! si los habeis llenado de fango y de inmundicia con el nombre de Diosesolano el general en ademan de arrojarlos sobre Do Ferrondo con los puños cerrados.

—¡Miserable! gritó este poniendo en alto sus brazos y habiendo al general con su actitud terrible y con el fuego de su mirada. ¿Dices cómo no os ligga entre mis manos? No sé cómo he podido arrancos de vuestro corazón tan negro, tan frío y tan envilecido que encierra vuestro pecho.

—¡Vos! ¡vos satisfacientemente exclamó D. Perce-  
do, dando un paso hacia el general con los brazos  
aun levantados y en disposición de caer sobre el  
miserable! ¿Creeis que yo puedo dar la satisfaccion

alguna á quien, si quiero, arranco con la misma facilidad que lo digo la voz y temblor de la lengua:...

— ¡Yel! yo soy el que la exijo! gritó una voz plateada y vibrante, que hace volver á ambos su espantada vista en dirección de la puerta.

El personaje que acaba de ganar el salón avanza intrepido hasta el general. Es un mancebo, todavía imberbe, casi un niño, esbelto, mimbrado, de talle de dama, cuyo hermoso rostro expresa la mayor indignación, y cuyos negros y rasgados ojos despiden chispas de un furor implacable. Es el hermano de Gumersinda.

— ¡Cielos! exclamó D. Perrondo, cogiendo por un movimiento instintivo el brazo izquierdo del mancebo.

— Ya está Adele al lado de Gumersinda, dice este á media voz á su padrino; cogimos la posta en Zaragoza; acabamos de llegar, y os he visto conducido hasta aquí por Gutiérrez. ¿Le habéis oído? añade encarándose con arrogancia al general. Yo, yo soy el que os la exijo, malvado!

— ¡Silencio, niño! grita D. Perrondo, mientras que el general echa sobre Eduardo una mirada como de lástima.

— Soy su hermano y...

— ¡Silencio, he dicho! Si quisierais permanecer aquí, solo se osca dar, ver y callar.

— ¿Vos lo queréis así? dice Eduardo en humilde tono y mirando con la mayor ansiedad á su padrino.

— Lo mando, contesta este.

El joven baja la cabeza, se retira á un lado y, cediendo al parecer á la fatiga que le oprime, se jase caer en un sofá, desde el cual se prepara á...

presenciar lleno de ansiedad lo que aun resta de la escena.

—He reconocido, como dejo dicho, vuestro hijo, dijo D. Perrondo con voz grave y pausada, volviéndose al general; pero no por eso os he librado de la obligación que de consuno os imponen la religión y la naturaleza... no hablo de las leyes, porque estas son ilusorias para el malvado en casos como el presente. Para que yo haya dado aquel paso se han apurado antes con vos todos los medios á fin de haceros cumplir con vuestros sagrados deberes... ¡Todo ha sido en vano! oh...! Ya os he calificado, y no quiero manchar mas mi boca con los bochornosos epítetos á que por vuestra conducta os habeis hecho acreedor. Os acordais, añadió en tono mas alto y mas solemne, de la palabra que solísteis en vuestro banquete de Burges cuando yo, obedeciendo á las inspiraciones de mi corazón, os pregunté por el merecido del vil seductor, que bajo solemnes palabras abusase de una pobre jóven para luego faltar á aquellas y dejar á esta sumida en el llanto y la deshonra...? ¿Parece que se os oscurece la frente? ¿parece que no acertais á contestarme? ¿parece que el crimen os ahoga la voz en la garganta...? Yo contestaré por vos, porque tengo muy presentes vuestras terminantes y terribles palabras... Yo LE DARIA CUATRO TIROS, dijisteis sin titubear. Yo os daría esos cuatro tiros, no solo porque así lo quereis vos mismo, sino porque cuando las leyes y los tribunales son insuficientes para hacer entrar en razon á los malvados, creo que sin escrúpulo alguno pueden las víctimas de esos malvados exigir una justa reparación apoyándose en el derecho natural, que es superior á todos los derechos; pero... quiero ser

con vos mas humano, quiero ser con vos... hasta mas cortés... Es necesario educar á vuestro hijo con arreglo á su clase... este derecho no podeis negársele... Elegid pues entre los cuatro tiros ó dar *cuatro mil duros* para con ellos atender á la crianza y educacion del niño.

Tan aterrado estaba el general, tan persuadido se hallaba ya de que nuestro viajero no podia salir de su presencia, sin que antes se derramase sangre, y que esta sangre tenia que ser la suya, que su corazon se ensanchó, y aunque dijéramos se alegró, nada diríamos de mas, al oir la proposicion de los cuatro mil duros. Con todo, si bien desde luego se propuso en su interior aceptarla, no por eso pensó en desprenderse incontinenti de aquella cantidad: en otra ocasion nada le hubiera esto importado; pero estaba de por medio el pagaré que no le permitia mostrarse tan puntual como él quisiera.

—¿Y á eso está reducida vuestra comision? preguntó con desprecio. Permitidme os diga, que para descompenarla no teniais necesidad de los insultos groseros de que os habeis valido...

—¡Sellad esa boca!

—Bueno, dijo el general aparentando conformarse: iré derecho al negocio para daros un ejemplo de moderacion.

Una risa cruel asomó á los labios de nuestro viajero.

—Consiente en dar esos *cuatro mil duros*; pero por ahora me es imposible.

—¿Os es imposible por ahora, ¿eh? dijo D. Perroñdo en tono de incredulidad. Pues precisamente vengo yo decidido á exigir imposibles... pero no,

no; así como vos, tengo yo donde elegir... ¡O los cuatro mil duros, ó los cuatro tiros!

—Permitidme...

—Nada, nada, repuso interrumpiéndole D. Perrodo.

—Yo soy el que nada quiero de ese hombre infame, dijo á la sazón Eduardo levantándose sobremanera indignado. Tengo yo con que educar á mi sobrino y...

El puidonóroso jóven, ignorando la situación del general, no podia comprender todo el valor del plan de su padrino.

—Aun tengo yo mas, le dijo este interrumpiéndole con pasmosa calma; pero esa es una obligacion imprescindible del señor, ó por mejor decir, es un derecho del recién nacido, que yo, como padre adoptivo, estoy en el deber de defender... Está dicho, añadió con imperio volviéndose al general: tenéis esos cuatro mil duros, y no es cosa de que yo me tome la molestia de venir otra vez en busca vuestra.

—Y si yo voy en la vuestra dijo el general obedeciendo á los resentimientos que embargaban su pecho.

—Me encontrareis, contestó D. Perrodo mirándole con desprecio. Acabamos, añadió con impaciencia: os ha dicho que tenéis esos cuatro mil duros, porque por una rara casualidad llegó ayer á mi noticia que cobrásteis próximamente tal cantidad á cuenta de vuestras pagas atrasadas.

El general hizo un involuntario movimiento de sorpresa: fluctuó despues unos segundos como para tomar un partido decisivo, y viniendo á halagar su imaginacion una idea risueña, se echó á andar en direccion del gabinete, diciendo:

—Vamos... Yo veré después de componerme...

—¡Alto...! ¿A dónde vais? le dijo D. Perrondo.

—A daros esa suma, contestó el general.

—Aguardad... ¿Creeis que yo me voy á llevar vuestro dinero cual si acabára de hurtároslo...? repuso D. Perrondo. Y acercándose á la puerta en medio del asombro del general. ¡Ya podeis pasar! gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Como por encanto apareció en el salón el mismo escribano que asistió al suplicio de Cernícalo; llevaba en su diestra un papel, que cualquiera hubiese tomado á primera vista por una escritura.

Al señor es á quien teneis que dar esa suma, prosiguió D. Perrondo volviéndose al general y fijando sobre él su mirada imperativa. Es un antiguo escribano en la corte, y dará fe en solemne forma de la entrega.

El irónico rostro del general se contrajo de una manera horrorosa. La impresion que acababa de recibir con la entrada de aquel funcionario era grande y terrible. Durante unos segundos, viósele fluctuar entre cumplir lo que tan imperiosamente se le mandaba y volverse atrás de su palabra; al fin con roncá voz y grande desenfado,

—Pasen ustedes, dijo, y se echó á andar en direccion del gabinete, adonde le siguieron D. Perrondo, el escribano y Eduardo.

—Será necesario llamar los testigos oportunos para esta escritura, dijo el escribano, no mas entrar en el gabinete.

—Como... ¿trais ya puesta la escritura? dijo el general mirando entre el asombro y la indignacion el papel que tenia en su diestra el escribano.

—No debe extrañaros, le dijo este con estudia-

da indiferencia: se me ha mandado poner á prevención esta escritura, sin citar nombres propios.... aunque lo sospecho ya, puedo aseguraros que á punto fijo ignoro aún quién sea el otorgante. Podéis leerla; añadió alargando la escritura al general; y de paso que os enteráis de su lacónico contenido, vereis los huecos que se han de llenar al tiempo de la entrega.

El general tomó en sus manos la escritura, la leyó rápidamente y, devolviéndosela al escribano, dijo:

—No está mal: concluyamos.

—¿Cantidad y nombres? dijo el escribano.

—Ochenta mil reales, el general T... y don Eduardo Solís, contestó sin titubear D. Ferrondo.

Mientras que el general abría un cajoncito de su bufete, de donde sacó una porción de billetes de banco, el escribano, leyendo ya los huecos de la escritura, se dirigió hacia el tránsito en busca de los tres sujetos, que habían de servir de testigos: con él entraron incontinenti dos de sus escribientes que á prevención le estaban esperando y uno de los asistentes del general.

«Son Vds. testigos, dijo el escribano dando á su voz una entonación solemne, como el señor general me hace entrega por esta pública escritura de la cantidad de *ochenta mil* reales vellón, que quedan depositados en mí, para que de ellos pueda disponer como y cuándo le tenga por oportuno don Eduardo Solís, vecino y del comercio de Barcelona: lo son también Vds. de que es su libre, expresa y terminante voluntad el desprenderse, como se desprende en el acto, de la precitada cantidad, para que con ella se atienda á un caso de conciencia, de que ni Vds. ni yo tenemos necesidad de

enterarnos... Tomaos la molestia, añadió dirigiéndose al general, de hacerme la oportuna entrega, y en seguida firmad el documento.»

El general entregó al escribano ocho billetes de á diez mil reales, que éste guardó en su cartera, y apenas acabó de suscribir la escritura, que así bien pasó á manos del de la fe pública, cuando por todos los ámbitos de la habitación resonó un humilde, si bien estudiado *Deo gracias!* que si cogió de sorpresa al general y á Eduardo, ninguna causó en D. Perrondo ni en el escribano.

—¿Quién es ese pordiesero? dijo el general lanzándose repentinamente al salón con la incomodidad pintada en su semblante.

—Me han dicho que entre... dijo con sorna el sujeto que tan bruscamente se entrara hasta la mitad del salón.

—¿Y á quién buskais? le dijo ardiendo en ira el general.

—Creo que á vos, le contestó el incógnito contemplándole con cierta fastidia que no dejaba de ser insolente.

—Nosotaoos hemos concluido, dijo á la sazón Don Perrondo saliendo al salón acompañado de Eduardo, el escribano y los testigos.

—Permitidme, caballero... dijo el recién entrado.

—¿Qué os ocurre? dijo el escribano con fingida extrañeza.

—No os vayais... creo que sois escribano...

—Servidor.

—¡Ahl... pues... tened la bondad de aguardaros por... un por si acaso... Tal vez os dé á ganar algunos cuartos: esperad.

El general trocó por un profundo asombro la ira que le había inspirado la venida del incógnito.



—Adios! dijo D. Perrondo en disposición de marchar.

—Os he dicho que si os encontrare, le dijo el general con ronca y amenazadora voz.

—Y yo os he contestado que si, le dijo con desprecio D. Perrondo. Cuidad de no tropezar en el camino, le añadió con misterio. Y sin siquiera saludarle, salió de su presencia, haciendo antes una seña para que le precediese Eduardo.

Masalegre y Gutierrez esperaban a ambos en el inmediato tránsito.

—*Si será este el último?* dijo Masalegre mirando a su amo con cierta ansiedad.

—Dios lo quiera! contestó conmovido D. Perrondo.

Pero dejémosle que marche presuroso y sobremanera anhelante por ver cuanto antes a su querida Adela, y volvamos a nuestro general.

Sospechando este por las palabras del incógnito, que tenia delante de si al dueño de su consabido pagaré, que lo era por consecuencia de su honra, a luego que marcharon nuestros amigos, le dijo mirándole ya con cierto respeto y en tono si se quiere suplicante:

—Dispensad... creí...

—No hay de qué, le dijo con burlona sonrisa el incógnito.

—Podéis pasar adelante, continuó el general con el rostro en extremo encendido, y que los señores tengan la bondad de esperar...

—¿Cá...! ¿para qué? repuso el incógnito con una insolencia que dejó helado al general. Es un asunto el que ante vos me trae, el mas natural del mundo, y nada tiene de particular que os le manifieste ante testigos... Se trata, añadió contemplando con

una verdadera satisfaccion el estado angustioso del general, de un pagaré de *noventa mil* reales, que traigo contra vos: si me le satisfacéis, no están de más los testigos; si no le recógeis en el acto, son absolutamente indispensables.

El general se quedó muerto: hacerle tan descarada, tan terminante y tan terrible declaracion cuando acababan de quedarle unos mil duros escasos de los cinco mil que á fuerza de fuerzas habia podido reunir en los anteriores dias, y hacer-sele precisamente delante de tantos testigos era lo mismo, era mil veces peor que atravesarle el corazon de una estocada. Terrible, espantosa hasta no mas fué la impresion, que la produjo: sin embargo, calculó en medio de ella que no habia mas remedio que ver de lograr una próroga, cual pensára al condescender minutos antes con la entrega de los cuatro mil duros, y así, llamando en su ayuda al poco valor que aun le quedaba, y trayendo á su boca una sonrisa que daba lástima, dijo en extremo halbuciente:

—Me liasonjeo con la idea de que estoy hablando á un caballero, y por lo mismo me tomo la satisfaccion de preguntar... ¿quién es á quien tengo el honor...

—Tomás Rodríguez, comerciante en la calle de Postas, contestó interrumpiéndole con cierto orgullo el incógnito.

—Muy señor mío, repuso el general: permitidme os suplique de nuevo tengais lá dignacion de pasar adelante.

Gracias: no os molesteis, señor general, repuso con cruel sonrisa Rodríguez. Decidme si es corriente el pagaré...

— ¡Oh! por supuesto que lo será, dijo el general con el rostro cada vez mas encendido.

— ¡Pero, ahora mismo?

— ¡Hombre...! precisamente, dijo el general en medio de un terrible rechinamiento de dientes.... eso queria deciros... Veo que no queréis pagar adelante... pero, para el caso es igual. Acabo de dar en este momento cuatro mil duros... El señor escribano lo sabe, puesto que obra en su poder los tenia destinados para ese pago, y un compromiso de honor... Ya sabeis lo que es un compromiso de honor....

— Sé lo que es un compromiso de honor, señor general, repuso Rodriguez con gravedad; pero vos debeis saber tambien que en el comercio es un pagaré la cosa mas sagrada. Vencido el plazo no hay mas remedio que pagar....

— Si, todo está bien, dijo el general contemplando con terrible angustia al comerciante; pero en vista de lo sucedido... me atrevó a suplicaros que dilateis el cobro un par de días siquiera... Si gustais, podeis llevar mil duros que me han quedado, y... no quiero perjudicar vuestros intereses... Vos direis de garantías y de lo demás lo que os parezca conveniente.

— No puedo servirlos, señor general, dijo Rodriguez con entereza: tengo que cumplir con mis obligaciones y me seria imposible el hacerlo si no realizase cuante antes esta cantidad... Acabemos: ó me satisfacéis ahora mismo el pago, ó de lo contrario se le doy al señor escribano para que arregle el oportuno protesto, y se cubra así hasta cierto punto mi responsabilidad.

El general miró fijamente y con la mas dolorosa ansiedad al comerciante. Al cabo de algunos se-

gracias una idea. La idea hermosa que, en un relámpago, sintió en su abrazada, mente atraída y no otra, que le hizo recordar lo brillante que, al menos, había sido su posición para seguir desempeñando por ese tiempo un papel tan bochornoso como el que estaba haciendo á presencia de tantos testigos: revisó en el instante de un orgullo, que no carecía de nobleza, y con voz un tanto enrognecida, y á la par grave y pausada, dijo dirigiéndose al escribano:

—¿Y qué efectos son los que produce ese protesto?

—Hé... dijo el escribano bajando al suelo su vista. Teneis que responder de las costas y de los daños que se originen al señor... Como militar que sois, su llevará el negocio á la capitania general... se anunciará en el *Diario* y en la *Gaceta*... se os retardarán todas las pagas, y...

—Basta, dijo el general con reconcentrado furor. Pueden ustedes arreglar el protesto... yo, waré si hoy pueda satisfacer á todo trance. Y sin saludar á ninguno de los presentes, se entró en su gabinete con el corazon horriblemente lacerado.

—¿Ohé esto es espantoso! exclamó al verse solo y recorriendo con peso trémulo la pequeña estancia, mientras que el escribano arreglaba el protesto del pagaré de Carrizalco. ¡Nunca se í llegar á una situación tan desesperada! ¡Esto no puede parár en bien! ¡es, es hoy un día fatal! ¡me lo anuncia el corazon! Despreciado, insultado, deshonorado ahora de una manera tan horrorosa! ¡oh...! ¿Para qué quiero esta cosa que se llama vida, si ya no puede menos de ser para mí una carga insostenible? ¿qué resorte podrá animarla ya? ¿qué peder invisible vendrá á componer este corazon

tan horriblemente despedazarlo?... ¿Qué?... añadió,  
 con una sonrisa infernal, el rostro atrozmente con-  
 traído y los ojos chispeantes de un furor indecible,  
 ¡la venganza...! Para esta debe apretar la vida,  
 aunque despues me prive de ella con insolita y  
 cruel indiferencia... Para salir del apuro, para im-  
 pedir que mañana se pulte que por todas partes me  
 deshollra, voy á escribir ahora mismo al coronel...  
 Debe hallarse en el tribunal á la mira de mi nego-  
 cio... no importa: que le busquen allí, sí. Vende-  
 ré con su ayuda este tren, de que en mal hora me  
 rodeé... lo venderé por cualquier precio, por lo  
 que quieran darme... haré que él busque dinero  
 por todos lados; que inste, que suplique... ¡yo  
 también suplicaré; si necesario fuese, hasta á mis  
 mismos enemigos...! Salga de este principal apuro,  
 sí: en sali'ndolo, ya puedo levantar alta mi fien-  
 te, ya puedo buscar á ese ívat' indigno, cuya san-  
 gre quiero verter gota á gota, cuyo corazón quiero  
 despedazar con mis manos, porque tengo de ello  
 una necesidad imprescindible... Despues, aunque  
 muera... ¡moriré contento...! Tambien es necesario  
 que busque á ese otro hombre para mí funesto...  
 ¡oh! ¡qué hombre mas extraordinario...! Yo puedo  
 asegurar que no sé cómo le miro... me parece que  
 le aborrezco y... dirian que le temo; mas, que de  
 respeto... Sin embargo, ¿cómo quedar impunes los  
 insultos de hoy...? ¿Y cómo castigarle, cuando no  
 ha hecho otra cosa que recordarme... ¡oh! le diga  
 que irá á buscarle... no sé lo que haré... Pero, ¡el  
 pagaré...! ¡maldición! ¡la sangre toda se me amon-  
 tona en la cabeza...! Escribamos al coronel para  
 que se presente al momento, sí, sí; lugar hay des-  
 pues de calcular con mas acierto sobre lo que con-  
 venga hacer.

Iba ya á sentarse con ánimo de poner un billete al coronel, cuando de improviso se presenta á la puerta del gabinete uno de sus asistentes. Traía este en su diestra un oficio cerrado y pintada en su rostro una profunda tristeza. El pobre sentía las desgracias de su amo.

El general coge el oficio, y apenas fija su vista en el sello que contiene el sobre, empieza el corazón á palpitarse de una manera terrible.

— Parece que conluyeron esos hombres, eh? — dice lleno de ansiedad mientras rompe el lacre.

— Ahora mismo bajaban la escalera, contestó el militar.

Aguarda un momento, repuso el general. Y trémulo y con el pecho oprimido, da dos pasos hácia el balcon para leer, con mas comodidad el contenido del oficio.

A manera que avanzaba el general en la lectura de aquel, su rostro se cubria de una palidez cadavérica, y de su frente manaban gruesísimas gotas de sudor, que se deslizaban una tras otra por la abrasada mejilla. Otra vez le leyó como aquel que duda si se hallan ó no cabales sus sentidos para comprender lo que está palpando... no habia duda; su contenido era tan cierto como fatal. Despues de exhalar un profundo suspiro y dirigir una mirada suplicante y por demás significativa sobre la inmensidad del espacio, procuró revestirse de toda la serenidad posible, y volviéndose al asistente le dijo con una afabilidad extraña á su angustiosa situación.

— Vaya, chico, ya puedes retirarte... Que nadie entre dentro de un cuarto de hora: ¿lo oyés?

— Corriente, dice el asistente haciendo una inclinación.

—Aguarda; repuso el general mirándole penetrante. —Tu siempre me has sido fiel...

—Señor...

—Sí, prosiguió el general con acento melancólico: lo estoy leyendo en tu rostro... No todos han tenido conmigo tan honrado proceder.

—Señor.... yo siempre agradezco el pan que como.

—Sí, estoy convencido de ello, y por lo mismo... quiero dejarte un recuerdo...

—¡Pero, señor...! exclamó, atorado, el asistente.

—No te asustes, hijo mío, le dice el general, en medio de la mas amarga sonrisa y mientras que se despoja con aparente calma de sus ricos relojes y de la grande y áurea cadena de que está pende... Voy al extranjero y...

—Yo os acompañaré, repone conmovido el asistente militar.

—No... me mandan ir solo, continúa el general con su amarga sonrisa. Toma, añade, alargando las dos alhajas al pobre soldado... con esto... me tendrás siempre en la memoria.

—¡Oh! ¡oh! exclama el militar, sollozando.

—Dentro de ese cuarto de hora, prosiguió el general con el mismo acento melancólico, puedes entrar... yo estaré acostado... necesito descansar... recoge una carta, que dejaré ahí sobre ese pupitre, y te suplico muy encarecidamente que la lleves cuanto antes á su destino: este la varás en el sobre... *Ancha de San Bernardo, número...*

—¡Pero, señor...!

—¡A Dios! ¡á Dios! dijo el general volviendo hacia el balcon su conmovido rostro.

El infeliz militar salió llerando: á pesar de las

seguridades del general, su corazón le anunciaba que estaba próxima una espantosa catástrofe.

—¡Oh! exclamó con desgarrador acento al verse sólo el general estrujando máquinalmente entre sus manos el oficio fatal... ¡Esto se acabó! ¡Es una sentencia inapelable! ¡es la sentencia de mi muerte...! ¡Se reprueba altamente mi conducta en Barcelona! ¡se me condena á no desempeñar cargo alguno en la milicia durante el término de diez años! ¡á que se publique esa sentencia infamatoria en la *Gaceta*, y se lea en la orden general de la misma plaza de Barcelona y de la de Madrid...! ¡oh! ¡No presenciare mi deshonor, no...! Leyendo este oficio funesto he tomado mi partido... ¡hasta el deseo de la venganza parece que ha desaparecido de mi corazón! ¡Venganza...! ¡para qué la quiero yo ya en mi espantoso y universal envilecimiento...? *Hay situaciones*, me ha dicho ese noble caballero, *en que el hombre no tiene mas remedio que optar entre el suicidio y entre...* No, no tengo necesidad de pasar adelante... ¡la mia no puede ser mas terrible, la mia no puede ser mas á propósito...! ¡El suicidio! ¿Qué es la muerte para él que se halla deshonrado de tantas y tan diversas maneras? la suprema felicidad... ¡Oh! ¡venga, venga cuanto antes esa felicidad...! Mis armas queridas, prosiguió abriendo un cajoncito del bufete y sacando una pistola cargada hasta la boca. Perfectamente... no faltará, no, añadió examinándola con valor digno de mejor suerte... Sentémonos, sentémonos... voy á escribir esa carta y luego...

Aquí se detuvo un momento, al cabo del cual, trayendo á su boca una sonrisa la mas amarga dijo:

—Un general debe morir con dignidad... yo pre-



curaré por no hacer el menor movimiento en este sillón, que ha de servirme de lecho mortuario.... bien; escribamos... ¡Oh! ¡cuán infame he sido, añadió ya sentado clavando sus ojos enternecidos sobre el hermoso azul del cielo... ¡ninguno, ninguno se marcha sin su merecido...! esa pobre jóven... ese caballero... ese hijo... ¡mi hijo! ¡mi hijo! ¡quisiera conocerle, comerle á besos...! ¡ah! ¡me faltan las fuerzas...! ¡se me parte el corazón...! Si antes pudiera dar un abrazo á ese hombre grande, si antes pudiera estrechar contra mi seno á ese hijo, privado de mi nombre por mi infame conducta... ¡eh! No pensemos en cosas imposibles: pongamos, pongamos la carta que me ha de reconciliar hasta cierto punto con esa jóven, á quien tanto he ofendido... ¡oh! á pesar de todo ello es tan buena, que pedirá á Dios por mí... pero ¡pronto! ¡pronto! que el espíritu se abisma á la vista de tantas y para mí tan crueles ideas; que el corazón desfallece, que las fuerzas me abandonan ahora que mas he menester de ellas.

Y cogiendo papel y pluma escribió con mano trémula las siguientes desordenadas frases:

«Gumersinda: Cuando recibas esta habré puesto fin á mi existencia. Si no me considerase indigno de tí, en vez de matarme, hubiera ido á prosternarme á tus plantas; pero un hombre tan envilecido como yo ni puede vivir en el mundo, ni debe compartir su deshonor con un ángel de bondad. Dispénsame lo mucho que te he ofendido, y suplica al noble caballero Bárcena que me dispense también. No soy acreedor ni aun á vuestra compasión; pero si aquel es generoso, tú eres buena y á ambos pido mi perdón en la seguridad de alcanzarle. Cuida mucho de nuestro hijo, y procura, edu-

cándole, por que no sea tan desgraciado como su padre; hago el mismo encargo á aquel por tantos títulos grande hombre..... ¡Adios!.... Pide á este tenga misericordia de tu infeliz.—CAYO.

Dos gruesas lágrimas bajaron á regar las anteriores líneas... El desventurado dejaba un hijo, y el recuerdo de estefué el que las hizo brotar de los hundidos ojos. Cerró la carta con aparente calma, y poniéndola el sobre la colocó en lo mas elevado del pupitre. Cogió y montó en seguida la pistola, que estaba á su diestra y despues de examinarla nn momento aplicó su cañon al lado del corazon..... Una idea cruzó entonces por su mente..... A pesar del crimen que iba á perpetrar, creía en Dios. Incorporóse un poco; dirigió al cielo sus ojos suplicantes como en demanda de perdon, y recostándose despues con cierta nobleza contra el respaldo del sillón, aplicó de nuevo á su pecho la pistola... Siéntese al instante por toda la casa una detonacion horrorosa... Acuden presurosos todos los criados y ven al general acomodado en el sillón cual si estuviera vivo, la pistola aun en su diestra y la cabeza reclinada sobre el hombro derecho. Las balas acababan de destrozarle el corazon de una manera horrorosa, y de la enorme boca que el tiro abriera en el pecho manaba sangre en abundancia. Sin embargo, cualquiera hubiese dicho á primera vista que estaba durmiendo... El desventurado habia muerto, como dijera, con ignidad.

El criado, á quien minutos antes diera su reloj y su cadena, coge en medio de la confusion la con-sabida carta y vuelve desolado al tránsito inmediato: siente ruido en la escalera, y acercándose á ella,

—¡Llegais tarde! esclama al ver un caballero que sube preáuroso y anhelante. Era el coronel.

—¡Muerto! exclamó este aterrado. ¡Oh! ¡oh! añade sollozando despues de un momento de pausa: ¡no sé si diga que ha hecho bien...! Y llevándose sus manos á la frente baja la escalera, apoyado el cuerpo contra la barandilla por no caer á impulsos de su terrible emocion, murmurando tristemente: ¡si no podia menos! ¡si no podia menos....

Al dia siguiente todos los periódicos de Madrid anunciaban en estos términos la muerte del General:

«LAMENTABLE SUICIDIO. El general D. Cayo de T..., que tan célebre se hizo durante su mando en Búrgos, y con su imprudencia provocó los recientes acontecimientos de Barcelona, se dió ayer al mediodia un pistoletazo despues de haber sabido la sentepcia del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, en que tan justamente se censura y castiga su proceder. Creese, segun el contenido de una tierna carta que escribió momentos antes de morir, que no solo le impulsaron á privarse de la existencia sus desgracias como general, sino tambien los mas crueles remordimientos por su reprehensible conducta con una noble y lindísima joven, en quien parece tuvo un hijo natural. Aun quando dicho general se ha privado impiamente de una vida que solo á Dios pertenecia, nosotros pedimos á este de todas maneras por el descanso de su alma y tambien por que el suyo sea el último de los suicidios.»

## CAPITULO XXIV.

### LOS DOS SUICIDIOS.—MAS ABNEGACION.

Han trascurrido ya cinco ó seis dias desde la

aciaga muerte del general. Sentados en dos cómodos sillones junto á la chimenea francesa del gabinete de su posada de la calle *Ancha de San Bernardo*, nuestro viajero y el ilustre conde de Melgar se ven libres del seco é intenso frio de la mañana por el benéfico fuego que despiden los grandes y aromáticos trozos de enebro que en aquella arden, comunicando á la pequeña estancia un hermoso color de oro. D. Perrando, triste y tan inmóvil, que cualquiera le hubiese tomado á primera vista por la estatua del dolor, apoya sobre la mano izquierda, fija á su vez en uno de los brazos del sillón, su abrasada frente; su rostro se presenta un poco pálido y alterado, y sus ojos, siempre espresivos y brillantes, aparecen ahora turbios y distraídos: es que perturban su alma noble y heroica punzadoras ideas, que una tras otra se suceden sin interrupcion en su cabeza, como en el golfo se suceden las olas cuando la mar está revuelta y bramadora. El conde, grave, meditabundo y ligeramente conmovido tambien, le mira en medio de esa ternura inmensa é indefinible, que Dios parece tiene solo reservada á la mas pura y ardiente amistad.

—¿Con que ello es, dijo el conde en voz baja y pausada, cual si sintiera sacar de sus meditaciones á nuestro viajero, que estás decidido á que nos marchemos pasado mañana?

—¡Ah, sí, mi querido conde! dijo D. Perrando incorporándose con alegría, y como si le hubiera tocado el único asunto capaz de animar su abatido semblante: ¡pronto! ¡pronto! ¡marchémonos pronto!.. es lo que ardientemente anhela mi corazón... dejar la corte, sí; dejar la corte, donde todo cuanto presentarse pueda, á mi imaginacion tiene que

ser lúgubre, triste, punzador... ¡oh! hasta su atmósfera es ya para mí pesada, ponzoñosa, mortal... Gumersinda se encuentra levantada; la pobre, aunque imposibilitada de criar á su hijo, se siente bien; tiene el mismo deseo, la misma necesidad que yo... Ya lo oísteis ayer en aquel tono misterioso, que á mi me parte el alma: «No puedo permanecer mas tiempo en Madrid; aquí estoy demas, y tal vez haga falta en otra parte.»

—¡Pobre jóven!

—¡Oh...! adivino sus pensamientos, presiguió conmovido D. Perrondo: quisiera equivocarme; pero... en fin: luego he de verlo: voy á vestirme al momento para ir en su busca... En seguida, añadió exhalando un suspiro, pienso ir á casa de la duquesa.

—¡Oh! te lo agradecerá, sí, dijo el conde con visible entusiasmo. ¡Qué corazón...! hasta ahora no he podido penetrarme de toda la grandeza, de toda la generosidad que encierra... Ya está decidida á corresponder, ó mejor dicho, ya corresponde á la ardiente pasión de ese bello jóven; pero...

—¡Ah, querido amigo! exclamó interrumpiéndole D. Perrondo con acento desgarrador: ¡que sea feliz con él! es lo que deseo!

—Bien se lo anunciaba el corazón, prosiguió el conde meneando tristemente su venerable cabeza, en el mismo día que me obligaste á calumniarte y á calumniar á Gumersinda... ¡oh! ¡y qué pronto vino á confirmarla en sus presentimientos la noticia que sobre la muerte del general trajeron todos los periódicos...! La infeliz admira y aplaude tu heroico sacrificio; pego en medio de esto... ¡qué lucha mas espantosa, Dios eterno...!

—¿Con que ello es que no me aborrece, que no

aborrece á Gumersinda, no es verdad, mi buen conde? repuso D. Perrondo con extraña alegría.

—¡Por Dios, querido!... contestó el conde hondamente conmovido. Derramaria por tí toda la sangre de sus venas.

—¡Oh!... ¡Y yo por ella, dijo D. Perrondo con el acento de la gratitud y el rostro radiante de majestad, perderia cien vidas que tuviera!

—Mientras tú ves á Gumersinda, repuso el conde, quiero yo verla á ella; la diré que vas á ir... ¡oh! la llevo una noticia á la vez fausta y desgarradora. Ya te he dicho que la pobre ha lamentado tu ausencia durante tantos dias.

—¡Ah! exclamó D. Perrondo exhalando un profundo suspiro. ¡El corazon se sentia sin fuerzas para soportar su vista! ¡dudo que á estas fechas las tenga!... ¿Quién viene? añadió volviendo su vista hácia la puerta.

—El señor baron del Puerto desea hablaros, dijo el asturiano dirigiéndose á D. Perrondo.

—Me marchó, dijo el conde: ¿á dónde nos vemos despues?

—A las dos en casa de Rodriguez... Adios, conde, dijo D. Perrondo. ¡Que paset! añadió dirigiéndose al asturiano.

Un minuto despues tenia delante de sí al haron del Puerto.

—Sin duda alguna que el caballero Bárcena, dijo el jóven con timidez, estrañará mi intempestiva visita.

—Ni estraño, ni dejo de estrañar la presencia en mi casa del caballero Aurelio, le dijo D. Perrondo mirándole con solicitud; lo que puedo asegurarte es que la agradezco.

—¡Ah!... ¡gracias, gracias! exclamó el noble jó-

ven contemplando á nuestro viajero con profunda admiración. No esperaba yo otra cosa de vuestro gran corazón. Por lo mismo, y aun á trueque de pasar por la neta de importuno, me he decidido á venir tan de mañana á vuestra casa... era una deuda sagrada... os he ofendido con mi conducta y necesito...

—Mi amistad, dijo interrumpiéndole D. Perrondo: esa es la que os ofrezco de todo corazón.

—¡Gracias! repitió ébrio de satisfacción el manco.

—Sí, mi pura, mi eterna amistad, prosiguió Don Perrondo llevándose su diestra sobre el corazón, y en que la acepteis me tendré por dichoso.

—¡Dios mío! ¡tanto favor! exclamó el barón sobremanera conmovido. La acepto con trasportes de júbilo, la recibí con orgullo; pero no correspondría á ella dignamente, no me consideraría acreedor á tanto honor si antes no lograba el disimulo...

—No hablemos de disimulo, señor barón.

—¡Oh! sí; me avergüenzo de decirlo, Sr. Bárcena. Dominado por la pasión de los celos he apoyado villanamente las calumnias del general... Os he pues ofendido de un modo tan cobarde como ínicuo: lo confieso; al hacerlo, descargo á mi corazón de un enorme peso, y experimento la verdad de que cuesta menos ser franco y leal, que impenitente y traidor. Vos sois tan bueno, que viniendo por mi perdón, me concedéis vuestra amistad... ¡ah! si ya que sabéis mis ofensas, insistís en dispensármela, no dudeis de mis buenos deseos por corresponder á ella de la manera mas digna.

—Nada tengo que perdonaros, barón, repuso D. Perrondo con su dulzura melancólica: ¿que importa que apoyárais á aquel desgraciado, cuando

todas las apariencias, venien á condenarme...? En cambio, vos amábais y... Pero no hablemos de eso, añadió en voz doliente y haciendo un esfuerzo por alentarse, lacerado corazón. Vais á unir os á una mujer á quien debo respeto, á una mujer á quien debo infinidad de preciosas y delicadísimas atenciones, á una mujer por cuya felicidad dirigia al cielo hace un momento los mas fervientes votos, y este es sobrado suficiente para que yo tenga en la mas alta estima vuestra amistad.

—¡Dios mío! ¡qué corazón! exclamó el baron con los ojos preñados de consoladoras lágrimas. No soy digno de la vuestra; pero procuraré serlo; no lo dudeis.

—No, no; siémpre os tuve por un noble y cumplido caballero, dijo D. Perrondo tendiendo su mano, que el jóven apretó con efusion.

—Gracias, gracias, mi buen señor Bárcena, dijo el baron fijes sus enternecidos ojos en nuestro viajero con una expresion de profundo y sincero respeto. Paréceme que me habeis convertido en otro hombre. Mi vida será mejor acordándome continuamente de vuestra amistad, de esa amistad que temia no alcanzar, sin duda por la inmensidad de su precio. Pero ya puedeirme contento; mas, orgulloso.

—¿Os vais tan pronto?

—Sí, señor Bárcena; pero no lo haré sin deciros, porque nada debo ocultar al que ya puedo dar el dulce dictado de amigo, que la mujer á quien adoro, que la mujer que será mia por la grandeza de vuestra alma, ha exigido de mí este paso, que no llamaré sacrificio, porque tambien le ansiaba mi corazón, porque tambien le necesitaba mi conciencia.



—¡Oh...! exclamó D. Perrondo elevando sus ojos al cielo. ¡Digne sois de ella...! ¡dignos sois ambos de la felicidad!

—¡Y vos del aprecio de todo el universo!

—¡Adios!

El Barón apretó fuertemente la mano que de nuevo le tendió D. Perrondo, y después de echar sobre él una mirada de admiración y reconocimiento, salió de su presencia con los ojos llorosos y el corazón palpitando de grata é indefinible emoción.

Un cuarto de hora después sabía nuestro viajero la escalera de la casa de Gumersinda.

Hasta el día anterior, en que nuestra interesante huérfana abandonara el multido lecho, un poco débil el cuerpo, pero en extremo confortado el espíritu, ninguna noticia había tenido sobre la muerte del general. La tierna carta que este escribiera momentos antes de morir, había caído en poder de D. Perrondo, quien no creyó conveniente entregársela mientras no la viese suficientemente preparada para sobrellevar la impresión que no podía menos de causarla: dolorosa fué esta por el pronto: lloró Gumersinda la muerte del general, lloró la suerte del hombre causante de todas sus desgracias... ¡era bueno su corazón y nadie apelaba á él en vano...! Desde entonces no se separó de su mente un proyecto de tiempos atrás concebido: la misma naturaleza parecía conspirar de consuno con su espíritu á la realización de aquel: sin quebrantar su salud hábala privado casi por completo del sencillo é indispensable alimento para su querido hijo, á cargo por esta razón dos días hacia de una robusta y honrada ama de casa, que la cohesión amorosa de Julia Rodríguez proporcionalara.

La pobre huérfana apuraba hasta las heces el cáliz de la amargura; pero vivía en el amor de Dios, y este bastaba para sobrellevar todas sus desgracias con heroica conformidad.

Reclinada ahora en el sofá de su lindo gabinete, mira con una ternura imposible de describir á su querida hermana, á la noble y bellísima Adela, que sentada á su lado, la contempla á su vez á ella con un amor infinito y se esfuerza en vano, jugando maquinalmente con su mano izquierda, por animar para el mundo un corazón, condenado ya hacia tiempo á no vivir en él.

Gumersinda, pálida, entristecida, llenos sus grandes y negros ojos de una dulzura indefinible, pintada en su peregrino semblante la conformidad cristiana y la bondad mas exquisita, es la misma *Caridad* cien veces mas expresiva, mil veces mas elocuente que la *Caridad* de *Jorge Vassari*: Adela, tierna, noble, bella, seductora, es un ángel que el cielo ha enviado á la pobre huérfana para consolar sus últimos momentos en un mundo que no ha tenido para ella mas que infinites sinsabores, amargos y crueles desengaños.

Grave, melancólico y con el corazón oprimido, aunque esforzándose por aparecer tranquilo y satisfecho, entra D. Perrondo en la pequeña pieza, ocupada por las dos interesantes jóvenes: Gumersinda, inmóvil como una estatua, fija en él con la expresión del mas vivo reconocimiento sus grandes y negros ojos, y Adela, que á su aspecto se levanta alborozada, le presenta su tersa y serena frente para que estampe sobre ella un ósculo de entrañable y purísimo cariño.

—¿Y Eduardo? dice D. Perrondo sentándose en el sofá entre las dos jóvenes despues de dirigir

una mirada por todo el gabinete, como en busca de su querido alijado.

—Ha ido en busca vuestra... ¿acaso no os ha encontrado? le dice Adela mirándole con respetuosa ternura

—No, hija mia, le contesta D. Perrondo contemplándole á su vez con un amor ilimitado: habrá ido antes á otra parte; pero dejémosle, que no tardará en volver... ¿Y tú? añade volviéndose un si es no afectado hácia Gumersinda.

—Me siento bien, amigo mio, contesta la jóven con melancólica dulzura:

—¡Ah! ¡decid que no, padrino mio! esclama enternecida la pobre Adela. ¡Aun no he podido alegrarla...! ¡cuán desgraciada soy!

—Pero, hija mia. ¿qué quieres que haga? dice Gumersinda con débil, aunque cariñoso acento... Estoy tranquila... contenta... tu sola vista me ha llenado de felicidad...

—Sí, sí, dice á Adela D. Perrondo: tu presencia ha venido á calmar sus pesares... no lo dudes; hija mia... ¡eres tan buena...! Pero, ¿y el niño? añade con toda intencion volviéndose á Gumersinda.

—Le está cuidando el ama en el cuarto inmediato, contesta tristemente la infeliz huérfana.

—¡Ah! ahora que no duerme el angelito, dice Adela reanimándose y clavando de nuevo sus ojos seductores en Gumersinda, quisiera tocar un poco el piano: la música te alegrará, querida mia, sí... Mal lo hago, añade en medio de una ligera sonrisa; pero tanto mejor... me proporcionaré tambien la ventaja de recibir de tí una leccion.

—Como quieras, la dice con dulzura Gumersinda.

—Sí, sí, prosigue Adela con entusiasmo; voy á

mi parto por unos papeles que traje á prevención conmigo, y á luego que arregle un poco mi vestido, soy con ustedes.

—¡Oh! ¡cuán buena eres! esclama Gumersinda con el acento del reconocimiento.

—Hasta luego, queridos, repone Adela levantándose. Y despues de echar sobre su hermana una mirada de inmensa ternura, salió la preciosa niña para el próximo gabinete.

—¡Pobre jóven! ¡tu bondad me despedaza el corazón! exclamó Gumersinda.

—¿Por qué, hija mia...? la dijo con dulzura Don Perrondo.

—¿Por qué me decís...? ¡ah, amigo mío! repuso Gumersinda con un acento de cristiana conformidad que vine á partir el corazón de su protector: ¿no cenocéis que es para mí una flor, que se va á marchitar en el momento de poseerla? ¿no cenocéis que es el ángel de paz y de hermosura que viene á velar mi lecho mortuario...?

—¡Pero, hija mia...

—Ha habido un suicidio, prosiguió la jóven con voz ahogada però sobremanera solemne, y es preciso que haya dos.

—¿Cómo! exclamó aterrado D. Perrondo.

—No os asusteis, amigo mío, continuó la jóven con sonrisa melancólica: ¿no sabéis que vivo en el amor de Dios y del prójimo? mi suicidio tiene que ser grato por consecuencia á los ojos de la Divinidad y de los hombres.

—No te comprendo, hija mia, dijo como maquinalmente D. Perrondo mirando á la jóven con indecible ansiedad.

—Tengo tomada mi resolucion, prosiguió con amargura Gumersinda; mi resolucion que vos

mismo no podréis menos de aprobar... El mundo ya no tiene para mí ningún atractivo...

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó D. Perrondo con acento desgarrador y elevando al cielo sus ojos suplicantes. ¡Esto me faltaba!

—¡Ah, amigo mío! ¿qué puede ofrecerte ya á vuestra pobre huérfana este mundo de decepciones y miserias? Es cierto que tengo en él unos cuantos seres queridos.

—¿Tienes á tu hijo, á tu hijo que no debes, que no puedes abandonar en manera alguna?

—¡Ah! ¡le tengo ya abandonado! ¿puedo por ventura criarle...? ¡seca, Dios mío! ¡seca! exclamó la jóven cubriéndose el rostro con sus manos.

—No importa... ¡no puedes abandonarlo, no! respondió D. Perrondo hasta no más conmovido: ¡no puedes abandonarme á mí!

—¡Ah! ¡no, no! ¿abandonaros yo? repuso la infeliz con voz doliente y fijó sus ojos en nuestro viajero con una expresión de ternura mezclada de indecible angustia. Quiero en mi retiro pedir á Dios por vos, por mi hijo, por mis hermanos y por las demás personas queridas que dejo en este mundo engañador... quiero desde allí, consagrándome al alivio y consuelo de los desgraciados, con el corazón tranquilo y exento de toda impureza, impetrar del Eterno vuestra felicidad en la tierra y vuestra bienaventuranza en el cielo.

—No, hija mía, no, dijo sollozando D. Perrondo y cogiendo maquinalmente entre las suyas la mano fría de la jóven: ¡no quiero que me abandones! ¡oh! ¡esta idea me mata!... es preciso que vengas conmigo... dentro de dos días partiremos... necesito que vivas en mi compañía, que me cuidas en mi edad madura, que veas mi anciani-

dad, que al exhalar el último aliento cierran sus  
cienos queridas mis hundidos ojos!... ¡oh! ¡ah,  
sí!... Mira, hija mía: en llegando á casa te adoptaré  
según he adoptado á tu hijo, y si tratara de casarme...  
¡ah! no, no: pareceme que no lo haré; no lo haré, no, y si lo hiciera, tendrías una hermana  
en mi esposa, porque la primera condición que la  
impondría al casarnos sería tu eterna amistad...  
ahí...

—¡No, no puede ser, amigo mío! exclamó desolada Gumerinda. Si quereis que luego muera vuestra pobre huérfana, si quereis que sucumba en medio del mas espantoso martirio, privadla del único resorte que ya puede animar su angustiado corazón, de la única savia que ya puede alimentar su alma atribulada... Yo, que os adoro con frenesí, querría consolar vuestros días; querría servir de rodillas hasta donde mis fuerzas alcanzasen... querría también educar á mi hijo en medio de esta sociedad envilecida; pero... ¡me falta el valor para soportar las miradas injuriosas del vulgo, sus murmuraciones, sus insultos... ¡ah! todos me escarnecerían, todos se creerían con derecho á ultrajarme!... ¿no visteis á D. Bonifacio? ¿no visteis al nauseabundo dueño de esta casa?...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó D. Perrondo llevándose sus manos á la frente:

—Me habeis sacado á mí de la deshonra, prosiguió la jóven; habeis librado de la ignominia á mi hijo querido dándole vuestro nombre... ¡oh! ¡oh!... ¡bendito sea Dios!... ¿qué mas puedo yo desear?... no quiero yo privaros de la libertad...

—¡No, no!...

—Casaos, amigo mío, si es que encontráis una esposa digna de vos... Vos podeis ser feliz en el

mundo; pero yo, ¿qué hago ya en él?... mi hijo no necesita de mis cuidados... ¡ni aun puedo criarle, Dios mío!... Vos, que sois tan bueno, velareis por él... ¡Dios velará por los dos!... yo se lo pediré en mis diarias oraciones; sí, sí... dejadme, dejadme que viva entre las hermanas de la Caridad; dejadme que muera ejercitando esa virtud, la más grata á los ojos del Criador y la única que ya puede sostener mi pobre existencia, endulzando los días de que conste.

— ¡Dios mío!... ¡dadme fuerzas para soportar este espantoso martirio! exclamó D. Perrondo, elevando al cielo sus llorosos ojos en actitud humilde y suplicatoria.

— ¡Ah! ¡bendito sea Dios! veo que no os oponéis ya más á mi plan; veo que conocéis mi situación y no podeis menos de aprobar mi proyecto, prosiguió con alegría extraña Gumersinda: ¿no os dije que era indispensable otro suicidio? Iré á Santander, si es que vos no quereis que vaya á otra parte... conozco aquel asilo de paz y de bonanza... Pero ya hablaremos de mi viaje, del vuestro y del de esas cuatro personas que á ambos nos son tan caras; sí; lugar tenemos de ello... ¿no es verdad, amigo mío?

Hubo unos momentos de religioso y sublime silencio, tan solo interrumpido por la respiración fatigosa de la jóven y los hondos suspiros de nuestro viajero: al fin este hizo un esfuerzo extraordinario por serenarse, y volviendo hácia Gumersinda su hermoso rostro, la dijo con voz á la vez doliente y sobremanera solemne:

— Bien, hija mía. No te diré que apruebo tu determinacion, porque no tengo el valor necesario para ello; pero si que... la respeto... ¡Ah! ¿qué de

ideas no despierta en mi pobre espíritu tu heroico sacrificio!... ¡ojalá que el suicidio del general sea el último!... ¡quiera Dios que en él concluya la vieja sociedad y en él empiece la nueva!

—¡Ah! ¡soy feliz! exclamó la joven sin separar su tierna y respetuosa mirada de D. Perrondo. ¿Habéis dicho que partiremos dentro de dos días?

—Sí, hija mía; ni á tí ni á mí nos conviene permanecer mas tiempo en la corte.

—Tengo que pedir os un favor... Yo no puedo despedirme de la duquesa; y... ¡la quiero tanto!

—Lo haré, lo haré por tí, exclamó D. Perrondo con acento desgarrador.

—Podeis, continuó tristemente Gomersinda, presentáros a ella sin recelo... ¡oh! ¿por qué no habia de saber esa noble joven á punto fijo y por el mas legitimo conducto nuestro gran sacrificio? ¿por qué ella, que es tan sensible y simpática, no habia de admirarlo? No lo toméis á mal, añadió mirando con cierta angustia á su protector; pero sabed que desde esta mañana obra en su poder la carta del general.

—¡Oh Dios! exclamó D. Perrondo levantándose; voy en su busca al momento.

—Sí, sí, amigo mío, dijo con voz ahogada Gomersinda; hacéda presente... que la llevo en el corazon, que sus buenos recuerdos... jamás se borrarán de mi memoria.

—Ella es tan buena, que dará lugar á que pueda tú misma decírselo, dijo D. Perrondo con el acento de la mas íntima convicción. ¡Adios!

—¿Que me vais, padrino mío? le dijo Adela con acento suplicante viéndole ya junto á la puerta del salon desde la de su gabinete.



—¡Ah...! luego soy contigo, hija mía; la dijo con dulzura D. Perrondo procurando disimular su sorpresa: ¡Adies...! Y sin aguardar la contestacion de Adela traspuso la puerta con el corazon horriblemente oprimido, pero todavía animado para apurar hasta las heces, presentándose ante la duquesa; el cáliz de la amargura.

Cualquiera que, conociéndola de antemano, hubiese visto á la sazón á la bella y simpática sebrina del conde de Melgar, no podría menos de sospechar al momento que habian pasado para la interesante duquesa aquellos días felices en que, burlándose aunque de una manera superficial del engañoso mundo, marchaba, digámoslo así, por él alegre, ligera, viva, risueña, radiante de satisfacciones y de júbilo para libar sus placeres y embriagarse con las mas lisonjeras y enbelesadoras ilusiones. Creerla tambien sin violentar mucho su juicio que la lindísima dama aristocrática era en le moral la verdadera imagen de la alegre y juguetona mariposa que, pensando burlarse de la luz, encuentra junto á ella una muerte tan segura como cruel. Colocada en un sillón inmediato á la elegante chimenea francesa de uno de sus lujosos salones, la cabeza apoyada sobre la mano derecha y tan inclinada que casi tocaba la lustrosa y enroscada cabellera contra el mármol de aquella, vestida de ropa talar, inmóvil, pensativa y sobremañera triste, dábale á primera vista la noble duquesa cierta semejanza con una de esas hermosas cariátides, que tanto nos interesan por la actitud angustiosa que supo dadas el cíncel de los grandes artistas griegos. Cuando no los dirige sobre una carta que contiene su izquierda tremula y abrasada, los hinchados y turbios ojos de la joven

miran fijamente al benéfico fuego de la chimenea, cuya accion lenta pero segura presenta inquietas y ligeras tintas de encarnado sobre el fondo pálido de su conmovido semblante. ¿Acaso cree ver en la azulada llama, que paulatinamente consume los resinosos y odoríficos leños, la imagen aproximada de otra llama, que, aunque invisible, suele devorar tambien en fuerza de tiempo el tierno, lacrado y palpitante corazon..? ¿Quién sabe..? ¡Pobre joven..! ¿Por qué en este dia adorna tan solo su esbelta figura una bata sencilla de negro y lustroso terciopelo y no luce sobre su tersa frente ni sobre su poblada cabellera una joya siquiera de las riquísimas y elegantes que con maravillosa profusion ostenta su inmediato tocador..? ¿Está por ventura de luto..? ¡ah! lo está su corazon que recuerda, sin esperanza de conseguirle, un objeto idolatrado, que grita en vano por una pasion que no admite reemplazo, que padece horriblemente por la misma razon que tiene que presentarse á los ojos del mundo como alegre y satisfecho! Es cierto que por los consejos y hasta por las suplicas de su tio ha empeñado su palabra de corresponder al cariño que la profesa el baron; es cierto que este noble y arrogante mancebo la idolatra con frenesí; pero esto no satisface á su alma, no llena el inmenso y terrible vacío que siente dentro del pecho acordándose de otro amor vehemente, puro, sublime, ahogado en su pecho al instante de nacer en el revuelto mar de las pasiones mas bajas y criminales. De tarde en tarde, cuando como maquinalmente clava sus ojos en la carta que maltrata su linda mano, parece que una idea halagüena quiere lisonjear el alma atribulada; pero al momento asoma á su divina boca una imper-

ceptible y amarga sonrisa, y la idea placentera es reemplazada por otras punzantes y desconsoladoras, que, oprimiendo el corazón, la privan hasta del último respo de esperanza. La carta, que á la vez la produce angustia y admiracion, es la escrita por el general al suicidarse; es la redactada en un momento supremo por el hombre desgraciado y funesto, á quien no puede menos de considerar como la causa de su congojosa situacion; es la que para mayor desventura suya la acredita de una manera solenne y terrible el heroismo y la grandeza de otro hombre cuando ya le considera perdido para su amor tierno, sublime y por demas acendrado. En este estado, en que el alma de la jóven, ya contemple el pasado, ya el presente, ya el porvenir, no puede menos de sufrir horriblemente, anuncia la visita de nuestro viajero. Al solo nombre de este incorpórase la noble dama palpitándola de una manera terrible el doliente corazón, pone sobre la chimenea con temblorosa mano la carta fatal, llama en su auxilio el poco valor que aun encierra su pecho, y colocándose de nuevo con dignidad en el sillón, se prepara á recibir al hombre por quien todavia daria ella su preciosa existencia, el cual se presenta ante su vista tímido, noble, digno, conmovido y anhelante.

—Señora... dice D. Ferrando en tono grave y respetuoso, haciendo una gran reverencia á la linda y afligida dama.

—Pasad, dice esta con voz conmovida y elevando en el sus hinchados ojos con una expresion de indecible angustia.

—¿Me permitis preguntaros con confianza por vuestra salud?

—Gracias... estoy... perfectamente, contesta la duquesa con ligera y amarga sonrisa.

—¡Ah!... ¡no es así, señora! exclamó D. Perrondo con acento desgarrador... Si acaso mi presencia...

—¡Oh! ¡por Dios! ¡por Dios! repone la duquesa volviendo a contemplarle con terrible angustia... Me creéis tan...

—¡Ah! yo agradezco, dijo D. Perrondo interrumpiéndola y llevándose su diestra sobre el corazón, vuestros bellos sentimientos; pero...

—Sentaos, sentaos, dijo la duquesa interrumpiéndole a su vez con dulzura melancólica. Vuestra presencia nunca puede serme enojosa... Decidme, decidme, añadió con visible interés después de verle colocado en un sillón fronterizo al suyo: ¿cómo está Guersinda?

—¡Señora! ¡si van muy buena! exclamó D. Perrondo con el acento de la mas viva gratitud.

—¡Oh!... me interesa tanto esa joven! prosiguió la duquesa después de exhalar un profundo suspiro. Me he portado mal con ella... no he ido a consolarla en su angustiosa situación; pero... ¿disimularé, ¿no es verdad?

—¡Oh! ¡oh!

—Temí con mi presencia afligir mas su corazón, continuó la duquesa con acento melancólico. Por otra parte, el mio se sentía sin fuerzas para animar el suyo; pero vos, que podeis tanto con ella, hareis que dispense a su amiga, hareis que siga correspondiendo al afecto entrañable y purísimo que esta la profesa.

—¡Oh! vuestra bondad no tiene límites... Después de haberla colmado de obsequios, después de haber sido el objeto de vuestras mas delicadas

atenciones, aun creéis que nada habeis hecho por ella! ¡aun pensais que vos sois la favorecida y ella la favorecedora! Sin embargo; esa pobre niña... ¡os idolatra!... Acaba de encargármelo... Vamos á marchar...

—¡Tan pronto! exclamó la duquesa con hondo sentimiento.

—«Haced entender á la duquesa, me ha dicho, que la llevo en el corazon, que su imagen y recuerdos jamás se borrarán de mi memoria.»

—¡Oh!... exclamó la duquesa derramando una lágrima. ¡Pero así!... ¡marchar tan de repente! añadió con el acento de la desesperacion... ¡Y si no está buena? ¡por Dios! Mi tio me la ha puesto en un estado de espantosa melancolía...

—¡Que jamás la abandonará! exclamó tristemente D. Perrondo. Vengo de despedida, señora, añadió con voz ahogada. Mañana será el último dia que estemos en la corte.

—¡Mañana!

—Sí.

—¡Oh! la veré: tengo que devolverla un papel... fatal recordo!... Quiero verla, sí; quiero abrazarla por última vez; consolarla, ensanchar su corazon...

—¡Ah! exclamó radiante de gratitud y de entusiasmo D. Perrondo: ¡la vais á proporcionar el rato mas feliz que ya tendrá en su vida...! Despues... ¡oh! ¡el alma se abisma...! ¡No sé lo que va á hacer! ¡no puedo pensar en ello! añadió volviendo á su profunda tristeza. Pero... ¡cúmplase su destino.....! ¡Su corazon está ya seco para el mundo!

—¡Y qué corazon no está lacerado! ¡qué cora-

zon no está partido en mil pedazos! exclamó la jó-  
ven con acento desgarrador.

—Sí, sí; teneis razon, señora, dijo D. Perrondo, fijos sus enternecidos ojos sobre la duquesa con una espresion que demostraba el horrible tormento que estaba sufriendo su corazon. No sé qué espantosa série de acontecimientos ha venido á arrebatat el sosiego de nuestras almas, privándolas de la dicha de que dulcemente disfrutaban.... Yo creí ser un dia el mas feliz de los mortales; creí, despues de crueles dudas, poder consagrar mi existencia..... Pero ¡ahl no sé lo que digel ¡aun puedo consagrãrle, aun puedo dedicarla entera al ídolo á quien levanté altares dentro del doliente pecho...! Vos sereis feliz, sí, sí, y siéndolo vos...

—¡Feliz...! exclamó la duquesa con amaarga son-  
risa. ¿Feliz habeis dicho? añadió echando sobre D. Perrondo una mirada lánguida y sobremanera triste. ¡Ahl sí, sí, teneis razon... Vos, que elevásteis mi alma; vos, que sin saberlo y tal vez sin pensarlo, ia ibais llevando por el camino del bien, haciéndola despreciar infinidad de mundanales miserias, la enseñásteis tambien una cosa que vivifica, que alienta, que anima y consuela... «¡Para los buenos, sea pronta, ó tardía, siempre hay una felicidad...!»

—¡Por Dios, señora...! Vos podeis ser feliz, ..  
¡Oh! sí, sí... Yo me complazco en ello... no lo dudeis, no... Os adora un brillante jóven, y vuestro corazon...

—¡No padece tanto como el vuestro, no... pero...! sufre horriblemente! dijo la duquesa retorciéndose maquinalmente sus pulidas y niveas manos...

—¡Ahl exclamó D. Perrondo exalando un pro-

fundo suspiro... El mio... El cielo lo ha dispuesto así, respetemos sus juicios. Pero el vuestro es bueno, noble, sensible, simpático, amará, sí, y los tormentos que ahora sufrís serán reemplazados por sentimientos tiernos, placenteros, dichosos... Vos podéis ser feliz, noble joven, si quisierais serlo. reís... Nuestra pobre huérfana tiene poco tal corazón para el mundo, pero nó lo tiene para Dios. Ella se ha encargado de impetrar de él vuestro dicha y la de unas ochentas personas queridas, y lo conseguirá, si quisierais tan buena. Yo, que seré feliz, si vos quisierais, dirigirá también al Eterno mis fervientes plegarias.

— ¡Dios mio! Dios mio...! [Cuán gustosa os entregaría en este momento esta vida miserable, esclama la duquesa rompiendo en un llanto copioso y consoladora.]

— ¡Ah! no, no, dijo Don Perroño esforzándose, aunque en vano, por disimular sus heridos sentimientos: guardadla, cuidad de ella aunque no sea más que para hacer el bien. Vos podéis hacerle de hallar en posición de dispensarle por todas partes, tendreis en el noble compañero que os dé para el sueno el instrumento mas á propósito para ello. ¡oh! ¡oh! Vereis qué pronto recobrará la perdida calma... ¡qué tan dulce el hacer bien! después que ha sufrido el corazón.

— ¡Dios mio! qué hombre este! exclamó la duquesa juntando sus lindas manos: ¡aumentando apetecible y grata la vida!

— ¡Ah! respondió don Perroño, quiero que os sea grata, quiero que os sea apetecible la vida. Yo tambien haré por conservar la mía para el mismo fin... Así seremos ambos felices... estaremos separados...

—¡Oh!

—Pero nos unirán unas mismas ocupaciones, unos mismos sentimientos, unas mismas virtudes...

Aquí se paró nuestro viajero: de sus hermosos ojos brotaron dos gruesas lágrimas, que escaldaron la ya ardiente mejilla: la espantosa y tremenda lucha interior que había estado sosteniendo durante tanto tiempo acababa de agotar por el pronto sus fuerzas. Hubo unos momentos de elocuente silencio; pero la duquesa que se reanimó un poco á beneficio de aquella lucha heroica, después de enjugarse con un lindo pañuelo de batista, salió á romper aquel, y en un tono hasta no mas melancólico y despedazador, fijos sus turbios ojos en el semblante de D. Perrondo, dijo:

—Bien está: procuraremos ahogar así los sentimientos de nuestra alma, procuraremos sofocar así los latidos del corazón...

—¡Señora..!

—Sí, prosiguió con amargura la duquesa, eso es lo que tenemos que hacer...

—¡Oh! ¡no puedo mas! exclamó medio acongojado D. Perrondo. Señora, añadió mudando de tono y después de un momento de pausa: os he dicho que vengo de despedida y...

—Qué... ¿os marchais ya? le dijo desolada la duquesa al verle levantarse.

—Sí, contestó tristemente D. Perrondo.

—¡Tan pronto!...

—¡No es pronto para el que tanto sufre, no es pronto para la que tan horribilmente padece!.. exclamó D. Perrondo llevándose su mano sobre el corazón. Me marchó, sí... mandadme, señora; disponed de mí como de vuestro esclavo... Pero ¡ah!



añadió despues de un momento de pausa contemplando á la jóven con terrible angustia: ¿qué os puedo yo ya ofrecer?...

—¡Oh! ¡mucho! ¡mucho! exclamó levantándose la jóven y mirándole con una espresion de amor infinito.

—Pues bien, repuso D. Perrondo con entusiasmo: ¡mi eterno respeto, mi constante admiracion!... En cambio, señora... ya que no vuestro amor...

—¿Qué quereis de mí? dijo sollozando la duquesa.

—Vuestra amistad, contestó D. Perrondo soltando una lágrima.

—¡Oh! sincera, inviolable, eternal... exclamó la duquesa alargando su linda mano á nuestro viajero despues de elevar al cielo, como poniéndole por testigo de la oferta, sus llorosos y hermosísimos ojos.

D. Perrondo dió dos pasos para cojer con transportes de júbilo entre las suyas la mano de la duquesa. Durante un minuto largo solo se percibieron los hondos suspiros y las fatigosas y próximas espiraciones de los dos desgraciados amantes. La dama, recostada contra un extremo de la chimenea, un poco inclinada la hermosa cabeza, contempla amorosa, lánguida, medio acongojada, sin fuerzas, al brillante caballero que á su vez la mira á ella, aunque anhelante, en medio de una satisfaccion celestial: de repente se apodera de él una especie de vértigo que, turbando su vista, *le impulsa irresistiblemente á estampar un ardiente beso sobre la tersa y purísima frente de la jóven...* ¡era el ósculo de despedida, el ósculo que daba el doliente *adios* al amor mas puro y desventurado!..

La duquesa siente un fuego vivísimo, penetrante, que pasa al cerebro y conmueve de una manera terrible todo su ser... los labios que acababan de tocarla abrasaban como un hierro candente. Retira la dama por un movimiento involuntario su ruboroso y hasta no mas encendido semblante, y al clavar de nuevo sus grandes y seductores ojos, con una espresion que á la vez encerraba amor, dulzura y angustia sobre nuestro viajero, este suelta su linda, suave y torneada mano, y avergonzado, tímido y suplicante, esclama:

—¡Ah!... ¡dispensad! ¡dispensad!

—¡Ah!...

—¡Adios! ¡adios! esclama D. Perrondo en disposicion de marchar, pero sin quitar sus ojos de la conmovida é interesante jóven.

—¡Adios! dice la duquesa con acento desgarrador.

—Aquí, dijo D. Perrondo en tono hasta no mas despedazador, volveremos á vernos... AHÍ, nos juntaremos como buenos, añadió señalando al cielo. Y agitado, lloroso, sofocado, fuera de sí, con el corazon partido en mil pedazos, se echó á andar en busca de la puerta, mientras que la duquesa caía inconsolable, turbios los ojos, traspasada el alma, y hasta por el pronto inanimada, sobre el sillón mas próximo.

## CAPITULO XXV.

### DESPEDIDA Y REGRESO.—EMANCIPACION DE MASALAGRE.

Llegamos ya con satisfaccion al término de nuestra historia. ¿Será por que creamos haber llenado cumplidamente nuestro deber... ¡ah! feli-

ces si tal pudiéramos decir...! Nuestra satisfaccion no es ni puede ser otra que la satisfaccion que experimenta el pobre navegante cuando despues de un largo y penoso viaje ve anclar en el seguro puerto la tan querida como frágil embarcacion. Largo y por varios estilos penoso ha sido tambien nuestro viaje: ¿por qué no hemos de alegrarnos si, despues de volver la vista al punto de partida, la dirigimos adelante y distinguimos perfectamente el punto donde finaliza...?

Es el 22 de diciembre; el tiempo está sentado; el sol se va á ocultar, y el firmamento presenta ese hermoso color azul, cuyos encantos infinitamente mejor se sienten que se espresan. Gumer-sinda, la interesante huérfana, arrastrada á su pesar en lo mas florido de sus años y de su belleza á servir de ludibrio á una sociedad ruin y mezquina, la jóven brillante impiamente privada de gustar las dulzuras de esposa, la pobre madre condenada á separarse de su querido hijo cuando mas necesitaba de sus tiernas y embelesadoras caricias, ofrece en este momento á la imaginacion un cuadro, que no deja de tener semejanza con el que presenta la admirable naturaleza. Como el tiempo está serena, porque la misma grandeza de su sacrificio ha llevado al doliente corazon la conformidad mas heroica y sublime; como el sol, se va á ocultar y tambien para aparecer mas radiante y esplendorosa en otro hemisferio; y como el firmamento tiene por último su color, y es el de la ligera palidez que reviste su noble y divino rostro, haciéndole mas interesante y simpático. A su lado se encuentra D. Perrondo, el hombre por quien ella daria cien vidas que tuviera, el hombre que á su vez por ella perderia una y mil y mil existencias.

Grave, melancólico, pálido y conforme tambien, ha venido nuestro viajero á dar y recibir á solas el que puede ser el penúltimo y desgarrador *adios*... ¡ah! ¿quién sabe? ¿No es la vida un hilo delgado y debilísimo, que compe con la mayor facilidad la fuerza de una mala calentura? ¿no es la vida un objeto ligerísimo que, puesto al borde de un abismo, puede arrojar á su fondo el mas blando y apacible viento? ¿no es la vida un vaso quebradizo, que el mas pequeño accidente suele romper en mil pedazos...? La pobre jóven ansía tambien dar y recibir ese *adios* triste, despedazador, pero indispensable al alma que ama, porque se desahoga con la pena, se ensancha con el dolor, recibe expansion en medio del mas atroz y espantoso martirio. Oigamos el diálogo que sostienen estas dos personas tan simpáticas al lector.

—Ahora podemos hablar, amigo mio, dice Guersinda, fijos sus grandes y negros ojos sobre el semblante de D. Perrondo, que á su vez la mira con una ternura indefinible. Mientras la pobre Adela se entretiene en arreglar su equipaje, aprovechémonos de unos momentos... despues no nos será posible.....

—Sí, dice con dulzura D. Perrondo; por eso he venido á esta hora, pretestando una ligera pero urgente ocupacion .. A casi todos, incluso tu hermano, les dejoreunidos en nuestra posada... ¡Cuánto siento el privarme de tu compañía dura te un par de horas...! Pero no hay remedio; quiero despedirme así de nuestros buenos amigos.. Necesito, añadió despues de una breve pausa y con cierto misterio, coronar mi viaje con una accion meritoria.

—¡Oh! ¡aun no estais satisfecho! exclamó conmovida la jóven.

—Aun no está cumplida mi mision, hija mia, repone tambien afectado D. Perrondo.

—¡Oh! sí, sí... volveis á vuestra casa despues de haber hecho el bien por todas partes.... ¿qué mision se ha cumplido mejor en el mundo.. ? dijo con entusiasmo la jóven: la mia se cumplirá tambien, añadió tristemente.

—¡Oh! sí, dijo D. Perrondo tomando la linda mano de la jóven; tambien se cumplirá; pero... hablemos de nuestro viaje, de nuestros encargos, de tí... ¡vamos á separarnos puede decirse que para siempre!

—¡Ah! no, no, amigo mio. ¿No me habeis prometido visitarme en mi retiro de Santander? repuso la jóven con acento suplicante.

—Sí, sí, hija mia, y lo cumpliré mediante Dios pero allí no podremos hablar.

—¡Oh! ¡sí, sí...

—Bien, querida, repuso con voz pausada y melancólica D. Perrondo; allí hablaremos... de cosas celestiales.

—Hablabamos de todo, amigo mio, dijo la jóven con la angustia pintada en su divino rostro: aunque adorne mi cuerpo la blanca toca, símbolo de la caridad á que voy á consagrarme, aun dejo por aquí seres queridos, cuya suerte me interesa mas que la mia..... ¡oh! hablaremos de ellos, sí, de esa noble é interesante duquesa, que hoy me ha partido el corazon con su bondad, del venerable conde, de mis hermanos, de Julia, su esposo y otros amigos... ¡de vos y de mi hijo...! ¡ah...! ¡hijo mio! ¡hijo mio! añadió con acento desgarrador y llevándose sus manos á la frente.

—Tu hijo será mas feliz que nosotros, dijo Don Perrondo con profunda tristeza; se queda en mi poder, y yo... ¡le adoraré!

—¡Ah, mi buen amigo! prosiguió la jóven volviendo sus enternecidos ojos sobre D. Perrondo: sé que vos cuidareis mejor que yo de ese pedazo de mis entrañas; pero... cuanto mas se acerca el terrible momento... ¡oh Dios! paréceme que me han defaltar las fuerzas, que no he de tener valor para separarme de él... ¡hijo mio...! Pero, sí, sí, añadió mudando de tono y despues de una breve y dolorosa pausa; no sé lo que digo... sacaré fuerzas de mi flaqueza... me separaré de mi hijo... sin dolor. . casi con alegría... como si fuera á un convite nupcial... ¡así lo ha querido la sociedad...! ¡así parece que tambien lo ha querido Dios...! ¡pero primero le comeré á besos... ¡soy su madre! ¡es mi hijo!

—¡Oh...! Dios mio! ¡Dios mio!

—¡Ah...! ¡cuán niña soy! continuó la jóven con sonrisa melancólica y procurando serenarse. Os estoy martirizando.

—No, no...

—Sí, y cuando menos debia hacerlo, prosiguió Gumersinda, porque mi hijo... ya es vuestro, porque mi hijo es y será feliz al lado del hombre mas grande del universo, porque lo que me toca ya es pensar en mi apacible retiro... ¡allí, allí es donde está mi sosiego, mi esperanza, mi dicha...! mas no estrañéis mis sentimientos, no estrañéis los arranques del corazon... el espíritu está pronto; pero... ¡soy madre!

—Bésale, bégale, hija mia, dijo D. Perrondo tomando de nuevo la mano de la jóven: el ósculo de una madre hace sagrado al hijo querido, y mas en

el momento s6lemne de una despedida: esta no es eterna, hija mia, no... b6sale, b6sale; esc6lale al separarte de 6l con los extremos de tu amor puro y vehemente. Quiero recibirle asi de tus brazos cari6nosos; de lo contrario temeria perderle... ¡ah! ¡terrible idea...! pero no, no, no podemos perderle... ¿no es verdad, querida mia...? Yo le cuidar6, yo me sacrificar6 por 6l... ¡es mi consuelo, es el tuyo! ¡es mi vida, es la tuya...! ¿qu6 me quedar6 á m6 en el mundo perdiendo ese ánge-  
gel de inocencia y de hermosura?

—No, no; el corazon me dice que no le perdere-  
mos, dijo la j6ven con insp6rado acento. Animaos, amigo mio... ¡harto desgraciada he sido para que Dios no me conservase, siquiera por vos, ese fruto de una pasion desventurada...! ¡vivir6, s6, vivir6! har6 con 6l lo que acabais de decirme... ir6 de mis brazos á los vuestros escudado con mi amor... despues ¡oh! en mi santo retiro, practican-  
do la caridad de dia, de noche, á todas horas, á todos momentos, pedir6 al Eterno por 6l y por vos... Dios oir6 mis s6plicas... 6l y vos sereis fe-  
lices... lo ser6 yo.. ¡felices en cuanto ya podemos serlo en este mundo...!

—¡Ah! ¡por qu6 ha de estar tan cercana nues-  
tra separacion! exclam6 D. Perrondo elevando al  
cie'o sus ojos preñados de lágrimas.

—¡Oh! bien mirado, repuso Gumerinda con su-  
blime conformidad, no nos separamos, amigo mio...  
¿qu6 importa que haya entre los dos unas cuan-  
tas leguas de por medio? ¿no vamos á vivir unidos  
en el amor de Dios y del pr6jimo?., Pues lo de-  
mas, prosigui6 la j6ven mirándole con una espres-  
sion de dulzura celestial, nada importa. Esta vida  
no es mas que un corto paseo plagado de abrojos

y de cambróneras. Después de ella... ¡nos juntaremos para siempre en el cielo!... ¡Oh! ¡oh! añadió mudando de tono y después de exhalar un profundo suspiro: pensemos en nuestra marcha con la misma serenidad que si hubiéramos de vernos dentro de unos días... a las doce... ¿no es a las doce nuestra marcha, amigo mío?...

—Sí, hija mía, contestó D. Ferrondo esforzándose por disimular su dolorosa conmoción... ya te habrá dicho Eduardo... ¡cuánto siento no acompañarte! pero así lo hemos acordado... así nos conviene a todos... yo no tendría valor para verte... ¡oh!.. él y el conde te acompañan; él y el conde te dejarán en tu retiro... A un tiempo entraremos en Castilla, tú por *Somosierra*, nosotros por *Guadarrama*... Adela, las amas, Gutiérrez e Iñés, se vienen conmigo y con Masalegre... así está dispuesto. El Conde y tu hermano regresarán por mi casa... allí se renovarán nuestras fagas... después... tus hermanos volverán a Barcelona... el conde se irá a Burgos con el ama y con su hija y... ¡yo me quedaré con nuestro hijo pensando siempre en tí..

—Y yo en mi retiro pensando ante todo en los dos, dirigiendo al cielo para los dos humildes oraciones, dirigiendo al cielo para los dos humildes oraciones, dirigiendo al cielo para los dos humildes oraciones... Parece que es cada vez más triste, amigo mío, presiguió con melancólica dulzura; que estás abismado, menos conforme con mi resolución; menos tranquilo con que yo me vaya a mi apartado y hasta venturoso retiro... ¿no estabas ya convencido de que solo en él puedo encontrar la calma necesaria durante mi mansión sobre la tierra?...

—¡Oh! sí, sí, hija mía, dijo D. Ferrondo rompiendo



mado con las palabras de la jóven aunque con voz todavía doliente; y lo estoy ahora, sí... sí... también estoy conforme, mas... ¡tú lo has dicho..! *el espíritu está pronto*; pero el corazón *flaquea*.

—Convengo, amigo mio, repuso Gumersinda: también el mio se encuentra horriblemente despe-  
dazado; pero el alma está fuerte, animosa... ¡oh!  
¡y cómo no lo ha de estar...? ¿no creéis que solo en  
aquel retiro hay ya tranquilidad para ella? ¿no  
creéis que este corazón, por mas que sienta aban-  
donar á los objetos de su predileccion, solo puede  
encontrar allí la calma que há menester á fin de no  
secarse para Dios, ya que se ha secado para el  
mundo? ¡oh..! cada vez que me acuerdo de mis  
pensamientos de hace tres meses, cada vez que me  
fijo en las lúgubres ideas que ya entonces ator-  
mentaban mi imaginacion, cada vez que considero  
que si no es por vos un cobarde y criminal suici-  
dio... ¡oh..! os aseguro, amigo mio, que quisiera se  
anticipase la hora de la marcha, quisiera verme  
ya en camino, quisiera estar ya desempeñando en  
el hermoso y cristiano asilo que ha de recibirme,  
mi augusta mision.

—Vete, vete, dijo de repente D. Perrondo con  
voz fuerte, si bien enternecida; vete, hija mia: hu-  
ye de este mundo que no ha tenido para tí mas  
que sinsabores y disgustos; llega en paz á ese que  
llamas hermoso retiro... ¡oh! ¡y qué hermoso es..!

—Sí, sí, amigo mio, dijo entusiasmada la jóven:  
¡hermoso, bello, encantador..! ¡físicamente toma-  
do es un paraíso en la tierra! ¡moralmente consi-  
derado es una escala dorada en el camino del cielo!

—Le conozco, querida mia, presiguió D. Per-  
rondo entusiasmado á su vez con las palabras y el  
asento de Gumersinda: también como tú le he visto

en una ocasión de grato y sempiterno recuerdo... ¡oh! ¡qué estancia mas magnífica!.. Mira, añadió sin separar sus ojos brillantes de la joven y jugando maquinalmente con su linda mano: tú, que tienes un corazón tan hermoso, tú, que posees un alma tan sensible y heroica, encontrarás allí objetos que te animen aquel, que te sublimen esta, que te hagan apetecible y grata la vida para practicar el bien y como buena pedir con confianza al que todo lo puede por los sujetos que te idolatramos... Instalada en aquella mansion, para tí venturosa, dirigirás cuando quieras tu vista por las ondas azuladas de la gran bahía; la elevarás á los peñascos de enfrente, magestuosos por el fondo negro que en lontananza ofrecen al espectador, imponentes como la mano que les crió. Verás los barcos que vienen de lejanos países: echarás la bendición á los que salgan: te alegrarás con los bravos marinos que, ganando el puerto despues de mil trabajos y penalidades, ansían abrazar enagenados á su esposa, á sus hermanos y á sus hijos queridos: suspirarás con el pobre navegante que se aleja de la dulce patria, donde le queda la mitad ó mas de su alma: como buena también pedirás á Dios por la felicidad de su viaje... sí, sí... ¡ese es tu corazón! ¡ese y la caridad tu santa y feliz tarea!.. ¡oh!.. ¡escucha, escucha, hija mía!.. al menos una vez en cada año te llevaré á tu hijo, ese fruto inocente de un amor tan inocente como él por tu parte... de un amor criminal por la de tu vil seductor; pero... dejémosle: ya ha dado cuenta á Dios de su conducta... Una cosa te encargo, hija mía, añadió mudando de tono y despues de una breve pausa: si Dios ha de guardar justicia, tú me sobrevivirás...

— ¡No! ¡no!... exclamó la joven rompiendo en un copioso llanto.

— Pues bien: si así fuese como espero, tengo que hacerte un encargo, querida mía. Pide entonces licencia, que te la concederán, porque entrarás con esa condición... ¿no es verdad, hija mía? Sí, sí, y vente á derramar una lágrima sobre mi tumba, que estará al lado de un arroyuelo en un bosquecillo sagrado, donde florecen varios sauces que yo mismo planté por mi madre...

— ¡No, no!

— ¡Sí, sí!... ¡cumple mi voluntad! exclamó Don Perrondo con acento hasta no más conmovido y suplicatorio.

— Bien, dijo la joven con voz ahogada por los sollozos... iré... si os sobrevivo... iré, sí... y con mis propias manos pondré la funeraria losa... con la siguiente inscripción: «AQUI DESCANSA EL CORAZÓN MAS HERMOSO QUE HAN CONOCIDO LOS SIGLOS.»

— ¡Gracias!... ¡adiós! dijo D. Perrondo levantándose y extendiendo sus brazos, á los que se arrojó la joven redoblando sus sollozos.

También D. Perrondo lloraba en términos de no poder hablar trascurrido un corto rato, en vano intentó separarse de la joven: el amor más puro, llevando á todo su ser una conexión profunda hasta lo infinito, le tenía privado del valor necesario para desprenderse de la pobre é interesante víctima. Al fin hizo un esfuerzo; sus labios tocaron acaso por última vez la despejada y tersa frente de la desgraciada, sus manos abrasadas cogieron los muertos brazos de la semi-animada belleza, y obligando dulcemente á esta á que se sentase en el sofá exclamó con acento desgarrador: ¡adiós! ¡hasta dos horas!... Volvió en esto su des-

encasado: rostro, y contemplado por la jóven con una espresion de angustia indescribible, salió con incierto paso del caldeado y lindísimo gabinete. ¡Oh! ¡oh! añadió ya al abandonar el salon: cúmplase su mision!... ¡cúmplase tambien la mia!... Falta una cosa... hagámosla. Y esto diciendo, bajó la escalera, y casi á ciegas, á causa de lo turbio de sus hermosos ojos, tomó la direccion de su consabido alojamiento, cuando la triste y vacilante luz del crepúsculo vespertino alumbraba ya solamente las magníficas calles de la bonita metrópoli de las Españas.

No sin cuidado le esperaban en la pieza principal de aquel, á la sazón brillantemente iluminada, las siguientes personas, conocidas todas del lector: el anciano conde de Melgar, cuyo rostro venerable se hallaba sobremedida conmovido; el bello Eduardo que, pálido como la muerte, aparecía abismado por la fuerza del mas intenso dolor; el honrado Rodriguez, cuya inteligente frente se presentaba hasta no mas intranquila; los jóvenes Sergio, Rojas y Escalante, cuyos ojos espresaban la angustia; Masalagre y Gutierrez, que vestidos de chaqueta y retirados á un rincon con la cabeza inclinada y la vista fija en el suelo no daban siquiera señales de vida; el buen Acciniega, que dirian habia venido los dias atrás de Burgos en la idea de participar de los dolorosos sentimientos de sus amigos; y por último el noble baron del Puerto que, fiel á la amistad recien jurada á nuestro viajero, acababa de presentarse en su casa con ánimo de no separarse de él hasta el acto mismo de abandonar la corte.

—Señores... dijo entrando D. Parrondo y haciendo una inclinacion á todos los presentes. Es-

pero me dispensen ustedes: no me ha sido posible volver antes.

—No llegas tarde, le dijo tristemente Rodríguez.

—Pues... ¿aún falta alguno...? responde Don Perrondo dirigiendo una mirada inquieta por todo el salón.

—El escribano, que ya no debe tardar, contestó Rodríguez.

—Perfectamente, dijo D. Perrondo, por cuya mente cruzó una idea hasta cierto punto consoladora. Interin llega, voy á escribir dos cartas, que tú procurarás encoorrear... Con permiso de ustedes. Y esto diciendo, tomó una de las luces que habia sobre la mesa que ocupaba el centro del salón, y se entró en el inmediato gabinete, donde en breve rato escribió las dos cartas. El contenido de ambas venia á ser idéntico: estaba reducido á participar su próxima salida de la corte á dos jóvenes, á cual mas interesantes, á cual mas queridos: el uno era D. Teodoro Valverde, el otro don Roberto Vicens.

Cuando volvió al salón nuestro viajero ya estaba en él el escribano al lado de su amigo Rodríguez.

—Adios, amigo mio, le dijo D. Perrondo tendiéndole afectuosamente su mano... Mucho habeis tardado en honrarnos con vuestra presencia.

—No me ha sido posible concluir antes nuestro encargo: lo mismo estaba diciendo á Rodríguez.

—Bien, bien; es igual: lo que importa es traerle arreglado.

—Vos lo vereis, repuso el escribano sacando un papel de su cartera.

—Sentémonos, señores, dijo D. Perrondo dirigiéndose á todos los presentes.

A la invitacion de nuestro viajero, todo el mundo se acercó á colocarse al rededor de la prolongada mesa, la cual aparecia perfectamente preparada para un convite, que segun la tristeza que se reflejaba en todos los semblantes, bien podia calificarse de mortuario. D. Perrondo se colocó teniendo á su derecha al conde, y á su izquierda al baron: á su frente se sentó Masalegre, que así bien tenia á sus dos lados á Sergio y á Gutierrez.

Todos sentados, D. Perrondo con voz grave y sobremañera conmevida, dijo:

—Señores: si es verdad que, á pesar de lo miserable de nuestra vida, se dan momentos solemnes en que el corazon se abre á las emociones mas gratas y lisonjeras, no se estrañará el que yo diga que el mio se encuentra ahora dulcemente conmovido á la vista de tantas, tan respetables y queridas personas como se han servido honrarme aceptando este convite, que tal vez será para los mas de triste y eterna despedida. Deber mio es por lo tanto dár á ustedes ante todo las mas sinceras y espresivas gracias. Aunque con un natural temor de abusar de la bondad de ustedes, quiero antes de dar principio al convite cumplir con otro deber, que para mí no puede ser mas sagrado. Yo podria, á imitacion del pobre navegante que deja el cumplimiento de sus solemnes votos para despues de ganado el seguro puerto, dilatar la ejecucion de ese deber sacrosanto para cuando ganase el ansiado puerto de mi modesta morada; pero él tiene que señalar por una parte los últimos momentos de mi viaje, y por otra, yo siento

una necesidad imprescindible de no dejar para despues de este cuidado alguno que oprima dolorosamente mi corazon: ese deber requiere tambien la presencia de testigos, y ningunos mas á propósito, al yo desempeñarle, que los sujetos en todos conceptos apreciabilisimos que me escuchan... Señores, prosiguió despues de un momento de pausa dando á su voz una entonacion solemne: desde mi mas tierna edad no se ha separado de mi lado un ser querido, un ser á quien aprecio con todo mi corazon, porque sé que él me estima con toda su alma: ese ser me está escuchando, ese ser es Masalegre. El me ha servido durante tantos años con una fidelidad pura y constante; ha aumentado con su celo mis intereses; ha sido el centinela que ha velado mi hacienda y el escudo que ha defendido mi persona, ya estuviese yo delante, ya ausente; ha sufrido mi genio y mis incomodidades; me ha cuidado en mis enfermedades; ha sucumbido á todos mis gustos; ha respetado todos mis caprichos; ha sudado y remado solo por verme contento: se ha espuesto, en fin, por mí en multitud de ocasiones, y en una de sempiterno recuerdo ha salvado mi vida con riesgo inminente de perder la suya. A tan buen proceder he procurado yo oponer otro proceder, que si no lo ha sido, al menos en conciencia he considerado digno; á tan insigne amor he procurado yo corresponder con otro amor tierno, acendrado y vehemente; pero aun me falta que hacer una cosa; aun me falta para que quede tranquilo mi corazon, pagar una deuda la mas legitima, la mas santa, la mas sagrada del mundo... es mi *criado*, señores, y yo quiero que ya deje de serlo...

—¡Señor...! exclamó en esto con voz doliente Ma-

alegre en medio del enterneamiento y asombro de todos los circunstantes.

—Sé, hijo mío, prosiguió D. Perrodo contemplando á Masalegre con una expresión de inmensa ternura, el verdadero valor de la palabra *criado*; no lleva en sí, como muchos creen (y tú mismo debes saber, puesto que así lo confesaste en una ocasión de terrible prueba) ninguna significación injuriosa, pero con todo, ha llegado ya para los dos el momento de que debes de ser mi *criado*.

—Pero...

—De hoy en adelante, continuó D. Perrodo sin dejar hablar á Masalegre, quiero que seas considerado... como mi hermano.

—¡Oh! exclamó Masalegre elevando al cielo sus ojos preñados de lágrimas.

—Vivirás conmigo como hasta aquí, prosiguió D. Perrodo en medio de la mas grata emoción de todos los presentes y sin separar la mirada de Masalegre: ¡oh! ¿cómo es posible que ya nos separemos? nunca, nunca! la muerte sola es la que puede separar á dos seres nacidos para vivir unidos; á dos almas unidas con los mas poderosos y sagrados vínculos. Con todo, ya es preciso que tengas á mi lado las consideraciones de hermano, y al efecto ha determinado que mis intereses corran confundidos con los tuyos; que tus ganancias sean proporcionadas á tus merecimientos; que los padrones de mi hacienda se dividan desde esta fecha en tres partes iguales, una para ti, otra para mí y otra para mi hijo adoptivo. Eso es lo que he mandado redactar al señor escribano, esoes lo que constituye el cumplimiento de mi deber sagrado, y de eso es de lo que todos estos señores van á ser testigos.



Dignaos, añadió dirigiéndose al escribano, dar lectura a ese papel. El escribano, oído esto,

Señor, dijo Masalegre en lastimero tono: nada me debeis, por todo lo contrario. Estoy contento con lo que tengo, estoy obligado a servirlos

En este dicho, hijo mío, le dijo D. Perendo, contentaos con lo que tú consideras en mí como una generosidad, no es mas, que una obligación imprescindible... Leed, señor escribano, añadió dirigiéndose a este

En medio del mas religioso silencio, palpitando todos los corazones de admiración y de entusiasmo, leyó el escribano el papel que empuñaba su diestra y que en sustancia contenia la resolución adoptada por nuestro viajero en favor de su criado. Traiga una pluma y firme esa escritura, dijo D. Perendo inmediatamente que concluyó de leerla el escribano. Estaba emancipado, prosiguió con voz entera y solemne, volviéndose á Masalegre á las gongorinas del documento. Cuando los señores romanos querian manumitir, solemnemente á sus esclavos, practicaban una ceremonia, que servía como de sello al augusto acto, en cuya virtud recobraban estos su legítima libertad. Conducíanlos adornados con sus mejores ropas al templo, y significando su voluntad ante los amigos, los sacerdotes y el pueblo, se abrian de par en par á una señal convenida las puertas principales del sagrado recinto (portae sacrae) y ellos, dejaban ir libres á donde les acomodase. También, entre nosotros, que somos cristianos, esto es, de los siglos de la Cruz, sin perjuicio de verlo por la naturaleza y por la mas amplia voluntad, debe haber otro sello que cierre, digámoslo así, el acto. Hacedlo de tu

emancipacion, de tu sublimamiento... Est<sup>as</sup> es, añadió levantándose radiante de satisfaccion, y alargando su diestra á Masalegre; el solo que hay que poner á nuestro justo contrato, y así se ab

Masalegre se levantó de repente, y hasta no mas conmovido, el pobre corrió con timidez la mano de su amo; despues la apretó con efusion y concluyó por llevarla respetuosamente á sus labios.

La escena no podia ser mas tierna ni patética. Todas las corazones palpitaban de inmenso y purísimo júbilo; todas las almas rebosaban de inefable satisfaccion; todos los ojos tenían lágrimas espesas y consoladoras. ¡ah! ¿y por qué no? ¿Habeis conocido en vuestra vida, un dia grande, magnífico, de esos que dejan en el alma rastros consoladores é indelibles, en el corazon recuerdos gratos é imperecederos? ¿Habeis conocido, leyendo la historia de la pobre humanidad, un dia mas glorioso para ella que aquel en que la república francesa, elevándose sobre todas las repúblicas, que aquel en que la nacion francesa, elevándose sobre todas las naciones, que aquel en que el pueblo francés, elevándose sobre todos los pueblos, dijo al universo entero, *no hay mas esclavitud*? Pues bien: este dia, este momento fué grande, glorioso, magnífico, de sempiterno recuerdo para todos los asistentes al acto sublime y elocuente que acababa de ejecutar nuestro viajero, á ese acto con el cual consideró el noble caballero por cumplida la mision de su viaje, á ese acto que tambien podemos nosotros considerar como el li-sonjero preludio, como el seguro anuncio, como el infalible precursor del dia grande, que como era la humanidad, aunque para ello trabaje y sufra inmensamente... ¡oh! sí; le conocerán. ¡y que

grande, que magnífico, que glorioso día... Será  
asimismo en las alturas por inmensidad de coros  
de ángeles y querubines, y el Dios omnipotente le  
bendecirá con su mano protectora.

Después de la escena que acabamos de describir  
nos servida una comida espléndida, de la cual to-  
dos gustaron muy poco y amados D. Perrondo, el  
conde, Eduardo y Masalegre: la conmoción de los  
últimos no podía ser mas profunda. En seguida  
todos los presentes salieron en dirección de la ca-  
sa de Gunderinda. La noche era serena; pero de  
un terrible hielo. D. Perrondo tomó el brazo del  
conde su hermoso corazón no estaba tranquilo,  
interm no hiciera todo el bien posible.

—Os he dicho, mi querido conde, dijo a este  
marchando para la morada de la pobre huérfana,  
que me llevo conmigo a Irene y a Gutiérrez: quie-  
ro que se casen al momento: les dare tierras para  
una yunta de mulas, que yo mismo les compraré;  
es preciso que sean dichosos a mi lado, si les  
veo felices, yo tambien lo seré. En buen hora nos  
ha prometido colocar al criado de Gunderinda, que  
tanto nos sirvió. Rodríguez queda con el cuidado  
de que nada falte a este brillante joven ni a su es-  
celentísima dona Carmen. Todo pues está arreglado  
a nuestra satisfacción: sin embargo, falta aun una  
cosa.

—¿Cuál?

—Somos mortales, mi querido conde: vos po-  
deis perecer antes que se complete la educación  
de nuestra hija adoptiva; yo tambien puedo falle-  
cer antes que mi hijo, llegue a una edad regular.

—¿Y qué...? dijo el conde dulcemente afe-  
ctado.

—Quiero que el que sobreviva se bargue con las dos criaturas.

—¡Oh! sí, sí, convenidos, repuso el conde con entusiasmo. Te comprendo... no hablo mas.

—¡Ah...! soy feliz... porque por cualquier parte que tienda mi vista no puedo menos de quedar tranquilo, dijo D. Perrondo lleno de gratísima conmocion.

En esto llegaron todos á la morada de la interesantísima huérfana, en cuya compañía se hallaba ya la bella y simpática Julia. Era un poco mas de las siete de la noche.

Cince horas despues todas las personas que habian asistido al convite, Gumersinda, Adela, Julia, Irene y las amas de leche con sus respectivas criaturas, estaban en un parador de diligencias de la ancha y magnífica calle de Alcalá... De repente suenan las doce en el reloj mas próximo: sucedense unos instantes de movimiento doloroso, de lágrimas, de suspiros, de tiernos abrazos, de afectuosos apretones de manos, de desgarradores adioses, de intenso y terrible sufrimiento... En seguida arrancan á todo correr des grandes coches: en el uno, que toma la direccien de Santander por el puerto de Somosierra, van el conde y Eduardo acompañando á Gumersinda; en el otro, que tambien tema la direccien de la misma ciudad, aunque por el puerto de Guadarrama, van Adela, Don Perrondo, Masalegre, Gutierrez, Irene y las amas con sus niños... ¡que vayan en paz! ¡que todes lleguen con felicidad á su destino...! Mientras tanto el baron, los tres estudiantes, Rodriguez y su esposa, Arciniega y el escribano se ensaminaron, turbios los ojos y el corazon horriblemente lacerado, para sus respectivas viviendas... ¡ah! ¡que

les queda ya del hombre eminente que por tantos y tan diversos estilos ha sabido engrandecer sus corazones y elevar sus almas hasta lo infinito? ¡oh! mucho, mucho! Les queda un recuerdo inapreciable, magnífico, gratisimo, sempiterno: EL RECUERDO DE LA VIRTUD.

Tradujo el Sr. D. Perroño de la...

En esta legación todos a la medida de la inerte-  
santísima inerte, en cuya compañía se hallaba  
va la bella y simpática Julia. Era un poco más de  
las siete de la noche.

Cinco horas después todas las personas que ha-  
bían asistido al congreso, Guatemaltecos, Abales, Ju-  
díos, etc., y las señoras de la legación con sus respectivas  
familias, estaban en un gran salón de la legación de  
la legación y en un gran salón de la legación de la legación.

### FIN DE LA OBRA.

En esta legación todos a la medida de la inerte-  
santísima inerte, en cuya compañía se hallaba  
va la bella y simpática Julia. Era un poco más de  
las siete de la noche.

Cinco horas después todas las personas que ha-  
bían asistido al congreso, Guatemaltecos, Abales, Ju-  
díos, etc., y las señoras de la legación con sus respectivas  
familias, estaban en un gran salón de la legación de  
la legación y en un gran salón de la legación de la legación.

En esta legación todos a la medida de la inerte-  
santísima inerte, en cuya compañía se hallaba  
va la bella y simpática Julia. Era un poco más de  
las siete de la noche.

Cinco horas después todas las personas que ha-  
bían asistido al congreso, Guatemaltecos, Abales, Ju-  
díos, etc., y las señoras de la legación con sus respectivas  
familias, estaban en un gran salón de la legación de  
la legación y en un gran salón de la legación de la legación.









